

**Tesis Doctoral**

***Los conflictos armados de Occidente  
en el cambio de milenio***

**Enrique Vega Fernández**

Coronel de Infantería

Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación

(Sección Psicología)

**Instituto Universitario “General Gutiérrez Mellado”**

**Universidad Nacional de Educación a Distancia**

**Año 2008**



**Instituto Universitario “General Gutiérrez Mellado”**

**Universidad Nacional de Educación a Distancia**

*Los conflictos armados de Occidente en el cambio de milenio*

**Enrique Vega Fernández**

Coronel de Infantería

Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación

(Sección Psicología)

**Director: Dr. D. José García Caneiro**

**Codirectora: Dra. D<sup>a</sup>. Fanny Castro-Rial Garrone**



Al anterior Enrique, mi padre,  
que me enseñó, quizás sin pretenderlo,  
a preferir entender que tener razón.  
A Tritri, que lleva soportándolo toda la vida.

## MI AGRADECIMIENTO

A mi maestro y director de Tesis, Pepe Caneiro, piloto de caza y doctor en Filosofía, sin cuya inspiración y ejemplo, esta Tesis no hubiera sido posible. A mi codirectora, Fanny, que tanto ha coadyuvado. A Tritri, a mis hijas, Trinidad y Victoria, y a mi madre, de quienes era el tiempo que les he robado para la Tesis. A mi hermana Mária, que no hubiera permitido que abandonara. A las personas que trabajan en el Instituto Universitario “General Gutiérrez Mellado”, sin cuya dosis diaria de alegría y estímulo intelectual no hubiera sido capaz de seguir adelante. A todas aquellas personas con las que me he cruzado en la vida, cuyas ideas y actitudes me han ayudado a confirmar las mías, unas por adhesión, por rechazo, las otras.

Estas son las reflexiones que he querido hacerles llegar,  
sin mucha esperanza de ser atendido,  
con el riesgo de ser despreciado,  
pero fiel al compromiso que asumí conmigo mismo  
hace mucho tiempo  
de decir lo que pensaba  
después de pensar lo que decía.

ANÓNIMO



# **Los conflictos armados de Occidente en el cambio de milenio**

## **ÍNDICE**

	<u>página</u>
<b><u>I PARTE: INTRODUCCIÓN</u></b>	
1. <u>INTRODUCCIÓN</u>	1
1.1. Objetivo	1
1.2. Hipótesis	3
1.3. Contenido	4
1.4. Justificación	5
1.5. Metodología	6
1.6. Precisiones ortográficas	7
 <b><u>II PARTE: APROXIMACIÓN A LOS CONCEPTOS DE CONFLICTO POLÍTICO Y CONFLICTO ARMADO</u></b>	
2. <u>NATURALEZA, FINALIDAD Y FUNCIÓN DE LA GUERRA</u>	8
3. <u>FUNDAMENTOS BÁSICOS DE LAS RELACIONES POLÍTICAS</u>	16
3.1. Marco de referencia	16
3.1.1. Condicionantes de la conducta humana	16
3.1.2. Cratotropismo	29
3.1.3. Racionalización	39
3.1.4. Identidad social	46
3.2. Materialismo histórico	63
3.3. Relaciones de poder	72
 <b><u>III PARTE: LOS CONFLICTOS POLÍTICOS Y LOS CONFLICTOS ARMADOS DEL CAMBIO DE MILENIO</u></b>	
4. <u>LA SOCIEDAD INTERNACIONAL DEL CAMBIO DE MILENIO</u>	85
4.1. Identitarismos legitimadores y de resistencia	85
4.2. La Teoría del Espacio Corazón	89
5. <u>EL NEOLIBERALISMO COMO IDENTITARISMO LEGITIMADOR</u>	95
5.1. La globalización	95
5.2. La racionalización filosófica del neoliberalismo	100
5.3. El neoliberalismo como ideología	110
5.4. La ideología del neoliberalismo	123
5.5. Los conflictos armados del neoliberalismo	134
5.5.1. Las funciones del aparato militar neoliberal	134

5.5.2.	Las guerras iraquíes	147
5.5.3.	Las guerras balcánicas	183
5.5.4.	Las guerras afganas	238
<b>6.</b>	<b><u>EL ISLAMISMO COMO IDENTITARISMO DE RESISTENCIA</u></b>	<b>258</b>
6.1.	Poderosos y subordinados: el mundo colonial	258
6.2.	La frustración: independencias y nacionalismos	265
6.3.	La compensación: concepto de islamismo	273
6.3.1.	Los Hermanos Musulmanes	273
	a/ El primer regeneracionismo egipcio	273
	b/ La Asociación de los Hermanos Musulmanes	274
6.3.2.	Evolución, expansión y diversificación	279
	a/ Mawdudi	279
	b/ Los movimientos <i>tabligh</i> y deobandi	280
	c/ Sayyid Qutb	283
	d/ Jomeini y la revolución iraní	286
	e/ Wahabismo	288
6.3.3.	El islamismo como identitarismo	293
6.4.	El conflicto armado: la <i>yihad</i> islamista	298
6.4.1.	Surgimiento del salafismo yihadista	298
6.4.2.	Los ejércitos clandestinos	303
6.4.3.	Los taliban: santuario de al-Qaeda	311
6.4.4.	La nebulosa al-Qaeda	313
<b>7.</b>	<b><u>EL INDIGENISMO COMO IDENTITARISMO DE RESISTENCIA</u></b>	<b>324</b>
7.1.	Concepto de indigenismo	324
7.2.	Comunidades indígenas y marginación en la Chiapas del siglo XX	334
7.3.	La teología de la liberación	338
7.4.	La evolución de las propias comunidades indígenas	341
7.5.	El neoliberalismo como agravante de la situación	344
7.6.	La tradición revolucionaria latinoamericana	348
7.7.	El indigenismo como ideología	356
7.8.	El conflicto armado de Chiapas	366
<b>IV PARTE:</b>	<b>CONCLUSIONES</b>	<b>374</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>		<b>383</b>



# Los conflictos armados de Occidente en el cambio de milenio

## RELACIÓN DE SIGLAS Y ACRÓNIMOS

ANCIEZ	Alianza Nacional Campesina Independiente Emiliano Zapata
APC	Autoridad Provisional de la Coalición
ARIC	Asociación Rural de Interés Colectivo
BM	Banco Mundial
CAN	Consejo del Atlántico Norte
CCG	Consejo de Cooperación del Golfo
CCRI	Comité Clandestino Revolucionario Indígena
CDDL	Comité para la Defensa de los Derechos Legítimos
CE	Comunidad Europea
CEE	Comunidad Económica Europea
CEPAL	Comisión Económica Para América Latina
CIA	<i>Central Intelligence Agency</i> (Agencia Central de Inteligencia)
CIMIC	<i>Civil-Military Co-operation</i> (Cooperación cívico-militar)
CMR	Consejo del Mando de la Revolución
DHI	Derecho Internacional Humanitario
DRAE	Diccionario de la Real Academia Española
EAU	Emiratos Árabes Unidos
EIS	Ejército Islámico de Salvación
ELK	Ejército de Liberación de Kosovo
EMPTA	(Ácido) EtilMetaPhosphonotiótico
EPY	Ejército Popular Yugoslavo
ERP	Equipo de Reconstrucción Provincial

EUFOR	<i>European Force</i> (Fuerza de la Unión Europea)
EZLN	Ejército Zapatista de Liberación Nacional
FIS	Frente Islámico de Salvación
FLN	Frente de Liberación Nacional (en Argelia) Fuerzas de Liberación Nacional (en México)
FMI	Fondo Monetario Internacional
FORPRONU	<i>Force de Protection des Nations Unies</i> (Fuerza de Protección de las Naciones Unidas)
FZLN	Frente Zapatista de Liberación Nacional
GIA	Grupo Islámico Armado
GWOT	<i>Global War on Terrorism</i> (Guerra total contra el Terrorismo)
HDZ	<i>Hrvatska Demokratska Zajednica</i> (Unión Democrática Croata)
HOS	<i>Hrvatske Odbranbene Snage</i> (Partido del Derecho Croata)
HRO	<i>High Representative Office</i> (Gabinete del Alto Representante)
HV	<i>Hrvatska Vojska</i> (Ejército croata)
HVO	<i>Hrvatsko Vijece Obrane</i> (Consejo de Defensa Croata)
IFOR	<i>Implementation Force</i> (Fuerza de Aplicación de la OTAN)
IPC	<i>Irak Petroleum Company</i> (Compañía de Petróleos de Irak)
ISAF	<i>International Security Assistance Force</i> (Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad)
KDOM	<i>Kosovo Diplomatic Observation Misión</i> (Misión Diplomática de Observación en Kosovo)
KFOR	<i>Kosovo Force</i> (Fuerza en Kosovo)
MPRI	<i>Military Professional Resources Incorporated</i> (Compañía de Recursos Profesionales Militares)
MINUK	Misión de las Naciones Unidas en Kosovo
MVCE	Misión de Verificación de la Comunidad Europea

MVK	Misión de Verificación en Kosovo
MVUE	Misión de Verificación de la Unión Europea
NSS	<i>National Security Strategy</i> (Estrategia Nacional de Seguridad)
OIEA	Organización Internacional de la Energía Atómica
OLP	Organización para la Liberación de Palestina
ONG	Organización No Gubernamental
ONU	Organización de las Naciones Unidas
ONUCRO	Operación de las Naciones Unidas en Croacia
ONUSOM	Operación de las Naciones Unidas en Somalia
OPEP	Organización de Países Exportadores de Petróleo
OPLAN	<i>Operational Plan</i> (Plan Operativo)
OSCE	Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PIB	Producto Interior Bruto
PRD	Partido de la Revolución Democrática
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PRONASOL	Programa Nacional de Solidaridad
PRT	<i>Provincial Reconstruction Team</i> (Equipo de Reconstrucción Provincial)
QDR	<i>Quadrennial Defense Review</i> (Revisión Cuatrienal de Defensa)
RAM	Revolución de los Asuntos Militares
RFY	República Federal Yugoslava
RSFY	República Socialista Federativa Yugoslava
RSK	República Serbia de la Krajina
SDA	<i>Stranka Demokratska Akcije</i> (Partido de Acción Democrática)
SDS	<i>Srpska Demokratska Stranka</i> (Partido Democrático de Serbia)

SFOR	<i>Stabilization Force</i> (Fuerza de Estabilización de la OTAN)
TBD	<i>To Be Decided</i> (aún sin determinar)
UE	Unión Europea
UEO	Unión Europea Occidental
UNITAF	<i>United Task Force</i> (Fuerza Multinacional)
UNMIK	<i>United Nations Mission in Kosovo</i> (Misión de las Naciones Unidas en Kosovo)
UNMOVIC	<i>United Nations Monitoring, Verification and Inspection Commission</i> (Comisión de Control, Verificación e Inspección de las Naciones Unidas)
UNPA	<i>United Nations Protected Area</i> (Área Protegida de las Naciones Unidas)
UNPREDEP	<i>United Nations Preventive Deployment</i> (Despliegue Preventivo de las Naciones Unidas)
UNPROFOR	<i>United Nations Protection Force</i> (Fuerza de Protección de las Naciones Unidas)
UNSCOM	<i>United Nations Special Commission</i> (Comisión Especial de las Naciones Unidas)
UNTAES	<i>United Nations Transitional Authority in East Slavonia</i> (Autoridad Transitoria de las Naciones Unidas en Eslovenia Oriental)
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USAID	<i>United States Agency for International Development</i> (Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional)
UÇK	<i>Ushtria Çlirimtare e Kosovës</i> (Ejército de Liberación de Kosovo)
VRS	<i>Vojska Republika Srpska</i> (Ejército de la República Serbia de Bosnia-Herzegovina)

# I PARTE

## INTRODUCCIÓN

### 1. INTRODUCCIÓN

#### 1.1. Objetivo

El objetivo de esta Tesis es encontrar un posible esquema general, que permita interpretar y comprender los conflictos armados internacionales actuales, en los que se ha visto, y se está viendo, implicado Occidente. Con el término ‘actuales’, se quiere especificar su limitación temporal, que se ha fijado en lo que comúnmente se conoce como la Posguerra Fría, a la que esta Tesis se refiere con frecuencia, incluido su propio título, como el cambio de milenio, dado que abarca la última década del siglo XX y la primera del XXI, en la que nos encontramos.

De la misma forma, la palabra ‘internacional’ pretende establecer las limitaciones de su ámbito de aplicación, aunque reconociendo, que la expresión internacional exige, hoy día, una cuidadosa explicación semántica. De forma general, se solía entender por conflicto internacional el que enfrentaba a dos Estados, cuyo antónimo era el conflicto civil o interno, en el que alguna o algunas de las partes no era otro Estado nación. Hoy día, sin embargo, sabemos que en la sociedad internacional intervienen algunos actores distintos de los Estados, que pueden tener en ella una capacidad de incidencia, influencia y condicionamiento tan significativa, cuando no más, que los propios Estados. Son, por ejemplo, las numerosas organizaciones internacionales y multinacionales de carácter político: *i. e.* las Naciones Unidas, la Unión Europea, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) o la Liga Árabe; o las de carácter económico: el Banco Mundial (BM) o el Fondo Monetario Internacional (FMI); así como las empresas y entidades financieras multinacionales y transnacionales; o como ciertas organizaciones clandestinas de carácter político: al-Qaeda, por ejemplo, o de carácter económico: carteles del narcotráfico o de cualquier otra rama de la delincuencia organizada. Es pues a las relaciones y a los conflictos de todo este conjunto de posibles actores, naciones (los Estados nación) y lo que podríamos llamar por similitud *paranaciones*, a los que esta Tesis quiere referirse como las relaciones internacionales y los conflictos internacionales. De los cuales, la Tesis, en una segunda autoimpuesta

limitación de su ámbito de aplicación, sólo se centra en aquellos en los que han intervenido fuerzas armadas de lo que llamamos Occidente, o éste, como tal, ha sido de alguna forma violentamente atacado.

Por su parte, en esta definición inicial del objetivo de la Tesis, se ha utilizado, asimismo, el término ‘conflicto armado’, prefiriéndolo al de guerra, el cual, en cualquier caso, también aparece con frecuencia en la misma. La razón es que conflicto armado es la expresión que está progresivamente sustituyendo a la histórica de guerra por una doble causa. En primer lugar, por su mayor imprecisión; ya que el concepto de guerra viene determinado en numerosos textos legislativos, constitucionales y jurídicos por unas especificaciones, como, por ejemplo, la exigencia de su declaración formal o la necesidad de que otros se declaren neutrales o no beligerantes respecto a ella, reconocidamente inviables en el mundo actual. Pero no sólo por estas especificaciones, sino que además, quien acepte estar en guerra, se ve jurídicamente vinculado por lo que hasta hace no mucho tiempo se conocía como el Derecho de Gentes o de la Guerra (Convenciones de La Haya de 1899 y de Ginebra de 1949 y 1977), que no todos los actores internacionales parecen estar dispuestos a respetar o en condiciones de poder respetar. Razón por la cual, el propio Derecho de la Guerra está modificando su propia denominación por la de Derecho de los Conflictos Armados o Derecho Internacional Humanitario, con el doble objetivo, primero, de adaptarse a los tiempos y, segundo, de invalidar posibles justificaciones para su incumplimiento. La segunda razón por la que el término conflicto armado está progresivamente sustituyendo al de guerra son sus connotaciones semánticas en una sociedad en la que, como se argumenta más adelante, todos sus actores presumen de rechazar la guerra, claramente proscrita por el derecho internacional actual, y considerarla como el peor de los males posibles, a pesar de seguir practicándola con métodos que parecen no tener nada que envidiar a los del pasado, en cuanto a crueldad y desconsideración, a la vez que se prepara para llevarla a cabo con armamentos cada vez más destructores.

Por todo ello, a lo largo de esta Tesis, los términos guerra y conflicto armado se utilizan indistintamente como sinónimos y, tal como se argumenta en el primer capítulo de su segunda parte, siguiendo la concepción que de ellos tenía Clausewitz.

Por último, conviene llamar la atención sobre los dos adjetivos con los que se califica el esquema con el que esta Tesis pretende interpretar y comprender los conflictos armados internacionales del actual cambio de milenio en los que se ha visto implicado Occidente. En primer lugar, lo que la investigación persigue es validar un posible esquema explicativo, que, pudiendo ser compatible con otras vías de interpretación —pero, por supuesto, no con todas— de las que sería complementario, resulte, sin embargo, indispensable. Se trata, por tanto, de encontrar explicaciones necesarias, aunque dada la magnitud del tema analizado, no se pretende que sean suficientes. Lo cual nos enlaza con la otra característica del esquema que busca la investigación: que presente un esquema general, aplicable a todos y cada uno de los conflictos armados que realmente han tenido lugar durante el periodo temporal y los ámbitos de aplicación establecidos, o puedan acontecer en el futuro, en tanto no cambien significativamente los parámetros que se han identificado en la Tesis como los característicos de la sociedad internacional del cambio de milenio. Cada caso concreto, cada conflicto armado acaecido, exige, por tanto, como se plantea en la tercera parte de la Tesis, una explicación de cómo los parámetros de este esquema general se manifiestan en cada situación específica, explicándola y permitiendo su interpretación.

## **1.2. Hipótesis**

La hipótesis que pretende comprobar esta Tesis es que, en la sociedad internacional actual del cambio de milenio posterior a la Guerra Fría, se cumple la premisa establecida por el sociólogo español Manuel Castells, según la cual “la oposición entre globalización e identidad está dando forma a nuestro mundo y a nuestra vida”<sup>1</sup> y que, por tanto, los conflictos políticos que se dan en ella, al menos, de los que son parte las sociedades occidentales, algunos de los cuales acaban transformándose en conflictos armados, son una forma y una consecuencia de dicha oposición entre globalización e identidad. Dos palabras, cuyo significado y formas de manifestación en la sociedad internacional de nuestros días, deben ser esclarecidos para que, efectivamente, su oposición pueda ser el soporte del “posible esquema general” que permita interpretar y comprender los conflictos armados internacionales actuales.

---

<sup>1</sup> CASTELLS, Manuel, *La era de la información*, volumen 2 de *El poder de la identidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pág. 23.

### **1.3. Contenido**

Para alcanzar, de la forma más completa posible, la comprensión de los fenómenos de la globalización y la identidad, tal como se nos aparecen en nuestros días, y la manera en que los mismos, y en concreto su oposición, pueden ser la causa de guerras o conflictos armados, se intenta en primer lugar, por una parte, determinar qué es la guerra y cuáles son sus características (capítulo 2), y, por otra, por qué existen las guerras (capítulo 3) teniendo en cuenta un doble punto de vista: los condicionantes de la conducta humana (epígrafe 3.1), de entre los que destaca el neologismo introducido por esta Tesis del *cratotropismo*, y cómo dichos condicionantes modelan las relaciones entre personas, grupos humanos y sociedades en los campos económico (epígrafe 3.2) y político o de poder (epígrafe 3.3). A ello se dedica la segunda parte de esta Tesis.

En la tercera parte se analiza cómo, en primer lugar, estas tendencias generales se manifiestan en la actual sociedad internacional (capítulo 4), para, a continuación, estudiar la manera en que la forma concreta en la que la globalización se manifiesta en ella —que se interpreta como el neoliberalismo— puede, como consecuencia de su enfrentamiento con ciertas identidades, desencadenar intervenciones militares concretas como en los casos de Irak, los Balcanes y Afganistán (capítulo 5). De igual manera, en los capítulos siguientes de esta tercera parte de la Tesis, se estudia cómo la manifestación de ciertas identidades del mundo actual, a las que la Tesis denomina identitarismos de resistencia, pueden, como una forma más de su enfrentamiento con la globalización-neoliberalismo, desencadenar los tipos de acciones violentas que hoy conocemos como las versiones más recientes del conflicto armado: el terrorismo transnacional del islamismo (capítulo 6) y la insurgencia simbólica del indigenismo (capítulo 7).

La Tesis se completa con la presente primera parte introductoria y con una cuarta y final de conclusiones.

Es necesario volver a llamar la atención, sobre el hecho de que los conflictos armados que la hipótesis pretendería poder explicar, como puede apreciarse en la



sucinta revisión que se ha hecho en los párrafos precedentes, no son todos los conflictos armados acaecidos “en” el cambio de milenio, sino solamente los “del” cambio de milenio, es decir, aquellos cuyo origen y gestación se deben directamente a las características de la actual sociedad internacional, tal como éstas se identifican a lo largo de los capítulos 4 y 5; aceptándose que, contemporáneamente con ellos, existen otros tipos de conflicto armado, que, aunque indudablemente condicionados por estas características que permiten definir e identificar el orden mundial de la Posguerra Fría, no pueden considerarse como específicamente originados por ella, sino por otras formas, históricamente anteriores, del modelo general de relaciones sociales, y por tanto económicas y políticas, esbozado en el capítulo 3 de la Tesis, basado en los condicionantes de la conducta grupal o colectiva humana.

A esta categoría de conflictos armados acaecidos “en” el cambio de milenio, pero no debidos a las características propias de la sociedad internacional “del” cambio de milenio, aunque indudablemente sus formas actuales se hallen influidas y condicionadas por ellas, pertenecerían situaciones como el conflicto interno colombiano, cuyas raíces se pueden detectar en los condicionantes del panorama estratégico de la Guerra Fría, o las sucesivas guerras árabo-israelíes, de las que forma parte esencial y nuclear la ininterrumpida guerra israelo-palestina, que, como las guerras indo-paquistaníes, que en cualquier momento podrían resurgir, o las numerosas del continente africano o asiático (Filipinas o Sri Lanka), hunden sus raíces en procesos de descolonización fallidos, debido a que se llevaron a cabo, en función de los intereses de las potencias colonizadoras y no de los pueblos que se estaban descolonizando. Lo mismo puede decirse de guerras como la de Chechenia, cuyo esquema de comprensión estaría más cerca del paradigma guerra colonial-guerra de liberación, propio de la época de la Guerra Fría, que del paradigma globalización/neoliberalismo-identitarismo de resistencia, propio de la Posguerra Fría. En cualquier caso, también quedaría fuera del ámbito de esta Tesis por no ser un conflicto, como lo son todos los previamente citados, en el que se vean directamente implicadas las sociedades occidentales o sus fuerzas armadas.

#### **1.4. Justificación**

La Tesis presenta, por tanto, como puede verse, una investigación ambiciosa, consecuencia, sin embargo, y en ello podría encontrarse la justificación a tal osadía, de un doble impulso investigador. El primero, producto de la propia biografía del autor, que, a lo largo de sus cuarenta y tres años de servicio como oficial de la Fuerzas Armadas, siempre se ha sentido intrigado por las razones que sustentan que un fenómeno, causante de tanta muerte, sufrimiento y destrucción como la guerra, forme parte, sin embargo, de la naturaleza humana, de la historia y de las costumbres de todas las épocas y civilizaciones. Inquietud que le llevó a licenciarse en Psicología y a aficionarse a la política, a la historia y a las relaciones internacionales. Y como consecuencia de todo ello, segundo impulso investigador, por el asombro que, al autor de estas líneas, le sigue produciendo, que no solamente la guerra haya formado parte de los hábitos del pasado, sino que siga haciéndolo de los de una época y de los de unas sociedades como las actuales, incluida la desarrollada sociedad occidental a la que pertenece, que presumen de rechazarla y de considerarla como el peor de los males posibles, a pesar de lo cual, hecho al que ya se ha aludido, se siga practicándola con métodos que parecen no sólo no tener nada que envidiar a los del pasado en cuanto a crueldad y desconsideración, sino que se lleva a cabo con armamentos cada vez más destructores.

#### **1.5. Metodología**

La metodología seguida en la segunda parte de la Tesis, en la que, como ya se ha mencionado, se intenta determinar las características de la guerra y del comportamiento económico y político de los grupos humanos, ha consistido en seleccionar una serie de autores, cuyas teorías o propuestas, debidamente analizadas y armonizadas, han permitido entender dichas características e ir construyendo el entramado que supone el esquema general que preconiza esta Tesis para interpretar y comprender los conflictos armados del cambio de milenio. No es, por tanto, un trabajo de análisis, exégesis o interpretación de dichos autores ni de síntesis de la totalidad de sus teorías y propuestas, sino solamente una selección de aquellas partes de sus obras, por otra parte consideradas como generalmente aceptadas, que nos van a permitir, basándonos en ellas a modo de premisas, determinar las citadas características de la guerra y del comportamiento

económico y político de los grupos humanos, así como, en la tercera parte de la Tesis, las características de la sociedad internacional actual, en la que la llamada Teoría del Espacio Corazón<sup>2</sup> sería capaz de explicar las consecuencias, armadas y violentas en lo que a esta Tesis atañe, de la preconizada por Castells oposición entre globalización e identidad.

En cuanto a la confirmación, en los últimos epígrafes de los capítulos 5, 6 y 7, de que los conflictos armados “del” cambio de milenio realmente acontecidos desde 1991 sean comprensibles e interpretables en función de la premisa de Castells y de la Teoría del Espacio Corazón de García Caneiro y Vidarte, se ha seguido una metodología descriptiva de los mismos, apoyándose en autores de reconocido prestigio que los han detallado y analizado, resaltándose intencionadamente, aquellos aspectos que permiten corroborar la correspondencia entre la evolución de cada uno de los conflictos políticos, que han dado origen a cada uno de los conflictos armados analizados, y la hipótesis sustentada por esta Tesis para su explicación, no siempre coincidente con la verdad oficial o la versión más extensamente difundida sobre sus causas y motivaciones.

Por último, conviene resaltar, que esta confirmación, arriba mencionada, no es un estudio sobre el desarrollo de los conflictos armados analizados en la Tesis como “típicos” de la sociedad internacional del cambio de milenio, sino un intento de comprobación de que las causas políticas que han llevado, en cada caso, a dichos conflictos armados se ajustan a la ya varias veces citada premisa de Castells, a la también ya citada Teoría del Espacio Corazón y, sobre todo, a las reflexiones y argumentaciones que, basadas en ellas, y con ellas como excusa, se han ido tejiendo a lo largo de la Tesis. No es éste pues, un trabajo sobre la guerra o los conflictos armados, ni sobre su historia, procedimientos o batallas, sino una Tesis sobre sus causas políticas, y por ende económicas, y en última instancia, humanas.

## **1.6. Precisiones ortográficas**

A lo largo del presente texto, se han procurado seguir, de la manera más fiel posible, las prescripciones establecidas por la Real Academia Española de la lengua y

---

<sup>2</sup> GARCÍA CANEIRO, José y VIDARTE, Francisco Javier, *Guerra y filosofía. Concepciones de la guerra en la historia del pensamiento*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2002, págs. 191 a 209.

las recomendaciones de las actuales tendencias lingüísticas, relativas a la utilización de los signos de puntuación y de las reglas de ortografía. Pero, dado que éste es un campo que admite cierta flexibilidad, algunos signos de puntuación se han empleado con una intención particular, independientemente de que, en la mayoría de las ocasiones, aparezcan con el significado que le asignan las actuales normas gramaticales. Así, las citas textuales, se han enmarcado con el signo « ... ». Se han introducido entre dobles comillas, “ ...”, las palabras o expresiones que se quieren usar en sentido metafórico o alusivo, dejando la comilla simple, ‘ ...’, para los términos o expresiones que se quieren resaltar o que ya se han utilizado antes con algún significado especial. Por último, el paréntesis, ( ... ), se ha empleado para enmarcar la palabra o expresión correspondiente a un concepto ya analizado anteriormente, aplicable a lo discutido en ese momento, es decir, como recordatorio, mientras se reserva el enmarque con guión largo, — ... —, para aclaraciones de cierta extensión que, introducidas de otra manera, podrían restar comprensión a la exposición o, incluso, producir cierta confusión.

## **II PARTE**

### **APROXIMACIÓN A LOS CONCEPTOS DE CONFLICTO POLÍTICO Y CONFLICTO ARMADO**

#### **2. NATURALEZA, FINALIDAD Y FUNCIÓN DE LA GUERRA**

A la forma violenta de dirimir los enfrentamientos en el ámbito de las relaciones internacionales, entendidas en sentido amplio como las relaciones entre grandes grupos humanos, que es el que utiliza esta Tesis, es a lo que tradicional y comúnmente se le ha denominado “la guerra”, un fenómeno cuya naturaleza intentó fijar, en la primera mitad del siglo XIX, Clausewitz con su obra *De la guerra*<sup>3</sup>, en cuyo capítulo III(B) del libro octavo, lleva a cabo un breve repaso histórico en el que relaciona tipos de sociedades, formas de guerra y clases de ejércitos, cuya principal conclusión es que, a lo largo de la historia, cada tipo de sociedad ha generado su forma específica de guerra y su tipo concreto de ejército o fuerzas armadas. Es decir, que la manera en que se articulaban las relaciones sociales en cada momento histórico, que daban lugar a diferentes tipos de

---

<sup>3</sup> CLAUSEWITZ, Carl von, *De la guerra*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1999.

Estado<sup>4</sup> y a diferentes formas de relación entre esos Estados, originaba sus formas específicas de guerra y a sus tipos concretos de ejércitos; los cuales, a su vez, se condicionan mutuamente, ya que, siendo los ejércitos o fuerzas armadas el instrumento con que se hacen las guerras, los diferentes tipos de ejércitos que realmente existan en cada momento determinarán el tipo de guerra que pueden llevar a cabo, como, de igual manera, cada forma violenta de resolver determinados conflictos, es decir, cada tipo de guerra que instaure una determinada forma de sociedad tenderá a crear la clase de ejército más adecuado a ella.

Así, Clausewitz, tras repasar las principales características de las guerras hasta las de los Estados nacional-dinásticos de los siglos XVII y XVIII posteriores a la Paz de Westfalia (1648), considera que estas guerras inmediatamente posteriores a dicha paz, sólo podían ser de muy limitada intensidad y duración, debido a que se llevaban a cabo con ejércitos permanentes y reducidos, constituidos por soldados profesionales, a los que había que remunerar, por lo que todo dependía de las posibilidades del tesoro «que el príncipe consideraba casi como sus arcas privadas»<sup>5</sup>. «He aquí», continúa Clausewitz, «como estaban las cosas en el momento de la explosión de la Revolución Francesa», a partir de la cual, la guerra se vuelve popular, es decir, masiva, pareciendo como si los medios que hubiera que emplear, los esfuerzos posibles y la energía que se debe imprimir no pudieran tener ya límites. «Así, la guerra después de Bonaparte, siendo unas veces por una parte [por un bando] y otras por la otra [por el otro bando] una causa nacional, ha cambiado completamente de naturaleza [...] su objetivo militar ha llegado a ser la completa destrucción del adversario [...] [siendo] conducidas con la entera potencia de los Estados»<sup>6</sup>.

Tal es la impresión que las guerras napoleónicas dejaron en el ambiente intelectual de principios del siglo XIX: que las guerras napoleónicas, al haber logrado implicar a las naciones como un todo (guerras totales se les llamará desde entonces), al poner todos los recursos humanos, materiales y financieros de la nación a su servicio, han alcanzado un grado de plenitud que la acerca a lo que, en pura teoría, sería la guerra

---

<sup>4</sup> Se utiliza aquí el término Estado como genérico que pretende abarcar cualquier tipo de organización político-social, haya sido cual haya sido la forma y el grado de cohesión que hayan alcanzado y conseguido.

<sup>5</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, págs. 831 a 837.

<sup>6</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, págs. 837 a 840.

considerada como absoluto, como fenómeno independiente o autónomo, cuyo único resultado posible es un final definitivo: la completa aniquilación del adversario (los regímenes monárquicos o, por el contrario, los presupuestos revolucionarios), sin que para ello deba haber límites, ni en la magnitud o duración de los esfuerzos que se han de llevar a cabo, ni en la violencia que se ejercerá.

Pero Clausewitz va a reaccionar frente a esta pretendida consideración de la guerra como un fenómeno en el que llegados ciertos casos —las guerras totales motivadas por grandes intereses nacionales<sup>7</sup> que habrían inaugurado las campañas napoleónicas— podría funcionar como un fenómeno autónomo, cuyos únicos límites serían los impuestos por su propia naturaleza. Y lo va a hacer basándose precisamente en lo mismo que, pretendidamente, ha justificado la anterior conclusión: la realidad de los hechos históricos, a los que Clausewitz se refiere como «la experiencia». Y es que, entre otras cosas, Clausewitz esta viendo, por esos años, el regreso de las guerras limitadas: las intervenciones de la Santa Alianza en España e Italia, la independencia griega, la guerra ruso-turca, etcétera, todas ellas marcadas por un objetivo (político) común: la contención del liberalismo (político).

La reacción de Clausewitz va a consistir en ir desmontando, en primer lugar, los presupuestos sobre los que se basan estas teorías de la guerra, imperantes en su tiempo, para ir construyendo, paralelamente y basándose en dichas críticas, su propia teoría de la guerra. Así, empieza definiendo la guerra como lo que cree que no es (para poder razonar posteriormente lo inadecuado de esta definición) como solamente «un acto de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad». Un acto del que sólo contaría, por tanto, el propósito: imponer nuestra voluntad, y el medio por el que éste se intenta llevar a cabo: la fuerza física «que se arma con los inventos de las ciencias y de las artes». Las características de la guerra que Clausewitz deduce de esta (primera) definición, que es la que más se adecuaría a las teorías imperantes en su tiempo, tendrían, así, su razón de ser en la única consideración de lo que él llama la «la continua interacción entre adversarios»<sup>8</sup> o «acción recíproca» que es la guerra, que supone el hecho de que ésta no sea asunto de uno solo, sino un choque de voluntades o, como textualmente dice en otro momento, «la guerra no sea la acción de una fuerza viva

---

<sup>7</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 839.

<sup>8</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 252.

sobre una masa inerte sino siempre el choque de dos fuerzas vivas»: tendencia al uso irrestricto del máximo empleo de la fuerza posible, durante todo el tiempo que haga falta y empleando cuantos esfuerzos hagan falta.

Pero tal situación se daría, razona Clausewitz, si la guerra fuese un acto aislado, autónomo, exclusivamente dependiente de las reglas derivadas de su propia naturaleza y si tuviese un único resultado final posible: el aniquilamiento del adversario. Pero, en primer lugar, la guerra no es un acto aislado (autónomo) de los acontecimientos y circunstancias políticas en que se origina y desarrolla. «La guerra nunca estalla de manera inesperada»<sup>9</sup>, razona Clausewitz, «al contrario, es siempre la continuación de las transacciones políticas», aunque éstas se lleven a cabo mediante «otros medios». O es que, se interroga retóricamente Clausewitz, «la interrupción de las notas diplomáticas, ¿hace jamás cesar el aspecto político [de las decisiones] de las diversas naciones y de los diversos gobiernos?» La guerra sigue teniendo los mismos objetivos políticos que la diplomacia, sólo que utiliza otros métodos, un nuevo tipo de lenguaje, dice Clausewitz, que aunque pueda tener su propia sintaxis, no tiene otro significado<sup>10</sup>.

Y en segundo lugar, en la guerra, el resultado tampoco es nunca definitivo. Aunque en el concepto puro de guerra, como mero acto de violencia llevado a cabo para imponer nuestra voluntad, el único objetivo concebible es destruir al enemigo y desarmarlo, «reduciendo a sus fuerzas armadas a una condición tal que no puedan seguir luchando», en la realidad, argumenta Clausewitz volviendo a basarse en la experiencia histórica, «no puede considerarse que la guerra ha terminado mientras no se haya quebrado su voluntad, es decir, mientras no se haya forzado al gobierno enemigo y a sus aliados», porque «aunque se ocupe totalmente un país, las hostilidades pueden reavivarse en el interior, o quizá, desde el exterior con ayuda aliada»<sup>11</sup>. De modo que «cuando hablamos de destruir a las fuerzas armadas enemigas [es decir, «de reducirlas a una condición tal que no puedan seguir luchando»], debemos subrayar que nada nos obliga a limitar esa idea a las fuerzas físicas; también hay que considerar el elemento moral, ya que los dos están íntimamente combinados y son inseparables»<sup>12</sup>.

---

<sup>9</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 183.

<sup>10</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, págs. 853 a 859.

<sup>11</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, págs. 197 y 198.

<sup>12</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 206.

En definitiva, la guerra no puede considerarse acabada (ganada) hasta haber «quebrado la voluntad adversaria», lo que significa, hasta haber destruido, no su capacidad física (de lucha), sino, fundamentalmente, su voluntad anímica (de seguir luchando), porque esta destrucción o aniquilación de su voluntad (de seguir luchando) equivale a una más completa neutralización de su capacidad física (de lucha) que su mera reducción a «una condición [física] tal que no pueda seguir luchando», de la que siempre es posible resurgir o recuperarse, reiniciando las hostilidades desde el interior (desde zonas no ocupadas o mediante guerra de guerrillas) o (si es necesario) desde el exterior con ayuda extranjera. Los pueblos, las naciones, se levantan, se recuperan. Ninguna paz en la historia ha sido definitiva.

Razonamiento que Clausewitz utiliza para contrarrestar la exclusiva, a su entender, atención que las teorías de la guerra imperantes en su tiempo concedían a los factores y efectos físicos de las guerras, «cuando», dice, «toda acción militar está penetrada con fuerzas y efectos psicológicos o morales»<sup>13</sup>. Efectos psicológicos y morales que García Caneiro<sup>14</sup> ha logrado resumir con acierto, indicando que tal expresión no sólo abarca el estado de ánimo de los soldados (las tropas, los jefes y el comandante en jefe) y de los políticos que dirigen la guerra, sino asimismo el «de la población que la soporta», cuya máxima y mejor expresión actual sería la llamada opinión pública.

De todo lo cual, Clausewitz deduce que «el fenómeno de la guerra escapa a la exigencia teórica según la cual deben aplicarse fuerzas [esfuerzos, duración y violencia] extremas. Una vez que estos extremos dejan de ser buscados [y temidos], el grado de [magnitud y duración de los] esfuerzos que deben aplicarse se convierte en una cuestión de juicio y [...] de leyes [del cálculo de] probabilidades»<sup>15</sup>.

Pero, ¿en qué consiste este cálculo de probabilidades? Para Clausewitz, llegados a este punto del razonamiento, «el propósito político de la guerra impone de nuevo su presencia»<sup>16</sup>. La violencia que se esté dispuesto a emplear en cada guerra concreta, el

---

<sup>13</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 252.

<sup>14</sup> GARCÍA CANEIRO, José, *La racionalidad de la guerra. Borrador para una crítica de la razón bélica*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, pág.77.

<sup>15</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 185.

<sup>16</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 185.



tiempo que se esté dispuesto a invertir en ella y el esfuerzo (humano, material, financiero) que se esté dispuesto a hacer (a lo que quizá habría que añadir los riesgos que se esté dispuesto a correr y asumir) dependen del valor que se le asigne al objetivo u objetivos políticos pretendidos. Por ello, «las guerras admiten cualquier grado de importancia e intensidad, desde la guerra de exterminio hasta la simple observación armada»<sup>17</sup>.

O dicho con otras palabras, «la guerra nunca debe considerarse como algo autónomo, sino siempre como un instrumento político; [...] Esta forma de verla nos enseñará cómo deben variar las guerras con la naturaleza de sus motivos y de las situaciones que las originan»<sup>18</sup>. Es decir, la guerra, cada guerra concreta que se emprende, no es un fenómeno que necesariamente tenga que tender hacia lo absoluto, hacia los límites de lo posible, sino un fenómeno (social) que se rige por un subjetivo cálculo de probabilidades entre el esfuerzo que se ha de realizar (y el riesgo que se puede correr), además del valor (también subjetivo) que se le asigna a la finalidad política a la que se pretende que sirva.

La guerra, en definitiva, concluye Clausewitz, como definición propia frente a la idea de guerra imperante en su tiempo, que él cree que ha conseguido desmontar<sup>19</sup>, «no es más que la continuación de la política por otros medios»<sup>20</sup>. Es, por tanto, «un genuino instrumento político»<sup>21</sup>. Es precisamente la naturaleza peculiar de estos nuevos medios, lo que permite singularizar la guerra como fenómeno (que no por ello deja de ser político). Medios peculiares hasta tal punto, que la política no puede permitirse «tendencias y designios que sean incoherentes con ellos»<sup>22</sup>, porque en la guerra, las finalidades políticas no tienen más remedio que adaptarse a las posibilidades de los medios (de que se dispone), de igual manera que estas finalidades políticas determinarán los medios (de los que nos gustaría disponer).

«Que la guerra y la política vayan indisolublemente unidas y una [la guerra] subordinada a la otra [la política] ha valido (y vale), implícita y explícitamente, para,

---

<sup>17</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 187.

<sup>18</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 195.

<sup>19</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 193.

<sup>20</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 173.

<sup>21</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, págs. 194 y 859.

<sup>22</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 194.

[...], admitir la legitimidad de la guerra»<sup>23</sup>, deducen García Caneiro y Vidarte de los razonamientos clausewitzianos. Pero no sólo para legitimar el hecho de la guerra en sí desde un punto de vista conceptual y filosófico, como una primera lectura de este comentario podría inducir, sino que, incluso, yendo más allá, para legitimar las guerras concretas. Una guerra sería legítima o no, en este sentido, en función de que lo sea la causa política que la origina, el fin político que se persigue.

Sin perjuicio de que dicha legitimidad exija, además, otro requisito, que, asimismo, apuntan los mismos autores anteriormente citados, cuando de la proposición clausewitziana ‘la guerra no es más que la continuidad de la política por otros medios’ deducen que «la violencia, que desempeña un papel esencial en la historia, parecería estar lejos de ser el motor inicial o el instrumento de uso permanente al servicio de intereses o ideas opuestas; la violencia armada no intervendría más que como un último recurso para cortar el nudo de los conflictos insolubles»<sup>24</sup>. Así pues, e insistiendo en la funcionalidad del fenómeno de la guerra que Clausewitz trata en todo momento de demostrar, la guerra no sería más que la política proseguida, como último recurso, por medios violentos y su legitimidad, en cada caso concreto, vendría determinada no sólo por la legitimidad de la causa política que la origina sino, asimismo, porque su uso como instrumento de dicha política fuese realmente como último recurso.

Por último, ¿qué es lo que materializa la guerra? «La guerra sólo tiene un medio de hacerse: el combate»<sup>25</sup>, el enfrentamiento (violento) de voluntades, «esa prueba de fuerza moral y física que se dirime por medio de la segunda»<sup>26</sup>, nos contesta Clausewitz. Combates que pueden adoptar muchas formas en la práctica, pero que siempre estarán presididos por dos características: la presencia de fuerzas (organizadas para imponer la propia voluntad) y la posibilidad o materialización del empleo por ellas de la violencia, de la violencia armada.

Esta es la “teoría de la guerra” que Clausewitz nos ha legado. Una teoría que, como él mismo nos dice, no es, ni pretende ser, una doctrina de cómo hacer la guerra, «una especie de manual para la acción», sino, al contrario, solamente una guía que

---

<sup>23</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, pág. 97.

<sup>24</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, pág. 99.

<sup>25</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 203.

<sup>26</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 241.

«alumbre el camino, facilite el estudio y ayude al juicio»<sup>27</sup> de aquéllos que deben, por su posición social o institucional, dirigir (es decir, decidir y planear) la guerra y los combates.

Una guía que aconseja recordar que cada tipo de sociedad, que da lugar a diferentes formas de organizaciones políticas (sean éstas Estados, organizaciones multinacionales, sociedades desestructuradas o grupos clandestinos) y a diferentes estructuras de relaciones entre ellas, crea su propio tipo de guerras y su propia clase de fuerzas armadas (sean ejércitos regulares, guerrillas irregulares u organizaciones clandestinas).

Una guía que ayude a entender y asimilar, a políticos y a militares, y, hoy día, cómo no, a analistas y expertos, pero quizás también a la opinión pública, cuál es la naturaleza, la finalidad y la función de ese fenómeno, al parecer tan detestado, pero tan universal, que conocemos como la guerra.

Una guía que nos dice que la guerra es un instrumento genuino de la política, un medio, como cualquier otro, de las relaciones políticas, y que sólo de tal forma, es posible entender, no sólo la historia de la guerra, sino la historia.

Una guía que nos dice que es precisamente la naturaleza peculiar de estos medios, su capacidad de producir sufrimiento, destrucción y muerte<sup>28</sup>, lo que permite singularizar los conflictos armados como situaciones diferentes, sin eximirles por ello de continuar siendo políticas. Y lo que obliga (debería obligar) a utilizarlos como realmente último recurso.

Una guía que nos dice que si la guerra sólo debe ser el último recurso de la política, la legitimidad de cada guerra concreta vendrá definida tanto por la legitimidad de la causa política que la origina (cuya expresión más diáfana sería la legítima defensa) como por su condición real de “último recurso”.

---

<sup>27</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*, págs. 257 a 259.

<sup>28</sup> «La guerra es la política con derramamiento de sangre» parafraseaba Mao Tse Tung a Clausewitz.

Una guía que recuerda que un conflicto armado no puede considerarse acabado (ganado) hasta ‘haber quebrado la voluntad adversaria’, es decir, hasta haber destruido más que su capacidad física (de lucha), su voluntad anímica (de seguir luchando).

### **3. FUNDAMENTOS BÁSICOS DE LAS RELACIONES POLÍTICAS**

#### **3.1. Marco de referencia**

Si las guerras son fenómenos políticos —indeseables por violentos, pero políticos— sólo podremos encontrar su razón de existir en la política. Política, que esta Tesis concibe como las diferentes formas de organizar y normativizar la convivencia y las relaciones entre personas y grupos humanos. Y sólo podremos encontrar la razón de ser de cada guerra concreta en la forma concreta que han tomado las relaciones políticas en el momento y lugar en que esta guerra ocurre: se gesta, estalla y se desarrolla.

Siguiendo un razonamiento similar, si la política, y por lo tanto las guerras, son formas de organizar la convivencia y las relaciones entre seres humanos, establecidas por ellos mismos, porque nada ni nadie más puede hacerlo, para entender la política habrá que comprender por qué y cómo los seres humanos tienden a comportarse de unas determinadas maneras, que, en última instancia, llevan a la creación y mantenimiento de las estructuras políticas de relación y convivencia que generan las guerras.

Razón por la cual, este tercer capítulo se dedica a intentar vislumbrar estos porqués y estos cómo, y a determinar cuáles son las estructuras políticas de relación y convivencia de la actual época del cambio de milenio, que han generado las guerras o conflictos armados que a diario vemos y oímos en los medios de comunicación, cuyas causas subyacentes son el auténtico objetivo de esta Tesis.

##### **3.1.1. Condicionantes de la conducta humana**

Hoy día parece suficientemente demostrado, y aceptado, que los seres humanos, y cada ser humano en particular, sólo puede ser y hacer (física y mentalmente) lo que le permite su dotación genética. Esta especie de axioma inicial es lo que esta Tesis va a denominar “hipótesis de actuación de los instintos”. Una hipótesis que no pretende ser

la explicación de qué sean los instintos ni cuáles sean o puedan ser éstos, sino la interpretación de cómo estos instintos, como realidad interna mental del individuo, interactúan con su realidad interior corporal o somática y, sobre todo, con la realidad exterior, física y social, para dar como resultado la conducta o comportamiento, o más precisamente, cada una de las conductas o comportamientos concretos del individuo en cada situación, física y social, específica<sup>29</sup>.

En este sentido, los instintos serían esas inclinaciones o tendencias a actuar de determinada forma, o a dirigir la conducta en determinado sentido, que le vienen impuestas a todos los miembros de una misma especie animal por su herencia filogenética<sup>30</sup>. El eminente etólogo Konrad Lorenz define la acción instintiva como aquella que se apoya en caminos heredados, para la que, por lo tanto, no existe definición psicológica sino histológica; son cursos de acción basados en una disposición hereditaria de las vías del sistema nervioso central<sup>31</sup>. Éste es el sentido en el que esta Tesis considera que los instintos son innatos, es decir, filogenéticamente heredados, como un mecanismo adaptativo, inserto en la dotación genética de la especie humana como consecuencia del proceso evolutivo. Instintos que hacen que tendencias como la sexual o la de pena sean universales y atemporales; instintos, de los que los más conocidos, o quizás en los que siempre acaban agrupándose todos, son el instinto de conservación y el instinto gregario.

Una característica significativa de los instintos así entendidos es que pueden ser inconscientes. Pueden actuar sin que tenga que mediar para ello voluntad alguna del propio individuo. Lo inconsciente, nos recuerda el psicoanálisis, es un concepto «más bien teórico, empírico, una mera inferencia que permite explicar, de una manera lógica y sistemática, gran cantidad de observaciones»<sup>32</sup>. Una inferencia que es importante distinguir de aquellas razones de conducta que deliberadamente (es decir, conscientemente) se ocultan a los demás o se niegan ante ellos, que más adelante analizaremos con un poco más de detalle etiquetándolas de “esoconscientes”, término con el que se quiere expresar aquello de lo que uno admite ser consciente solamente

---

<sup>29</sup> TOBEÑA, Adolf, *Anatomía de la agresividad humana. De la violencia infantil al belicismo*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2001, págs. 103 a 107.

<sup>30</sup> LAGACHE, Daniel, *El psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1979, pág. 29.

<sup>31</sup> LORENZ, Konrad, *El comportamiento animal y humano*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977, págs. 89 a 109.

<sup>32</sup> TALLAFERRO, Alberto, *Curso básico de psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1979, pág. 54.

ante los íntimos o iniciados (*esotéricos* en griego), así como de aquellas razones temporalmente olvidadas pero recordables y recuperables, es decir, conscienciables.

En este sentido, la neurobiología actual, ciencia que ha avanzado extraordinariamente en los últimos años, considera que es inadecuado concebir el comportamiento humano en términos de naturaleza (animalidad) frente a cultura (racionalidad) o de genes (primitivismo) frente a experiencia (civilización). Ni el cerebro (la mente) humano es una *tabula rasa* cuando nacemos, ni está total y plenamente desarrollado, sino que los genes actúan como una especie de mapa de carreteras, estableciendo las vías posibles, y las características de cada una de ellas, pero también las correspondientes prohibiciones, direcciones y giros obligatorios, etcétera; lo que circule y cómo y cuándo circule por ellas lo determinará la experiencia individual (la biografía de cada individuo); o, dicho en términos de la neurobiología, los genes determinan que ciertos circuitos neuronales innatos —los que constituyen el sistema endocrino, el sistema inmunitario, los impulsos y los instintos, constituidos por operaciones bioquímicas internas— ejerzan un constante y poderoso condicionamiento sobre prácticamente todo el conjunto de los circuitos neuronales que puedan modificarse por la experiencia. ¿Con qué objeto? Con el objeto de que tanto las respuestas como la experiencia registrada (aprendizaje) sean adaptativas, favorezcan la supervivencia (individual y de la especie) y no vayan en detrimento de la misma<sup>33</sup>.

Instintos (circuitos neuronales innatos) que pueden operar, o bien directamente mediante la generación de un determinado comportamiento, o bien mediante la inducción de estados fisiológicos que encaminan a los individuos a comportarse de una manera (pre)determinada, de la que pueden llegar a ser conscientes o no. En cualquier caso, todos los comportamientos a los que inducen, contribuyen (o contribuyeron en su día) a la supervivencia (individual, del grupo o de la especie), bien directamente (reflejos que ayudan a salvar la vida) o indirectamente, propiciando condiciones ventajosas o tendiendo a eludir situaciones potencialmente dañinas, peligrosas o desventajosas a través de emociones y sentimientos<sup>34</sup>. Los instintos (instancia o secuencia génica) desencadenan ‘apetitos’ (cambios electroquímicos, hormonales,

---

<sup>33</sup> DAMASIO, Antonio, *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*, Crítica, Barcelona, 2006, págs. 136 a 139.

<sup>34</sup> DAMASIO, *op. cit.*, págs. 140 y 141.

neuronales, etcétera, en el cerebro y en el resto del cuerpo) como el hambre, la tensión sexual o las tendencias cratotrópicas (que se analizan en el siguiente apartado 3.1.2), que buscan la recuperación del equilibrio homeostático del organismo. En los casos en que estos cambios orgánicos afecten a las regiones cerebrales productoras de la consciencia, es decir, cuando el individuo es consciente de ellos, se les denomina ‘deseos’<sup>35</sup>.

En función de esta concepción, un primer esbozo de nuestra hipótesis de actuación de los instintos sería que éstos, que en muchos casos actúan sin que el propio individuo sea consciente de ello, son la base, y la única base posible, sobre la que el ser humano construye todas sus conductas. Al principio, en los primeros estadios de vida, de forma exclusiva; enseguida, combinándose con las exigencias y limitaciones que le imponga el mundo físico que le rodea y, sobre todo, combinándose con lo que progresivamente le va exigiendo el mundo social, las demás personas, el llamado proceso de socialización. Afirmación de la que inmediatamente puede extraerse su principal corolario: ninguna conducta humana podrá estar, por tanto, totalmente libre de la influencia, más o menos directa o explícita (más o menos reprimida en lenguaje psicoanalítico), de los instintos, de alguna particular combinación de ellos<sup>36</sup>.

Para denominar al conjunto de todos estos instintos y sus posibles combinaciones, al recipiente metafórico que contiene todas estas tendencias, se va a utilizar la denominación que el psicoanálisis —en cuyo poderoso aparato teórico pretende basarse nuestra hipótesis de la actuación de los instintos— utiliza: el ‘Ello’, término que Freud toma de Nietzsche, a través de Georg Groddek, quienes ya lo habían utilizado para designar lo involuntario, lo inconsciente, las fuerzas profundas que gobiernan la vida humana<sup>37</sup>. Sus principales características son: ser innato (filogenético), inconsciente y regirse por lo que Freud llamó ‘el principio del placer’, la forma que la evolución ha tenido de que todos los miembros de una misma especie animal tiendan a efectuar un mismo tipo de conducta: que ésta les proporcione placer,

---

<sup>35</sup> DAMASIO, Antonio, *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*, Crítica, Barcelona, 2005, págs. 37 y 38.

<sup>36</sup> LAGACHE, *op. cit.*, pág. 31.

<sup>37</sup> FREUD, Sigmund, *El Yo y el Ello* (y otros ensayos), Alianza Editorial, Madrid, 1973, págs. 17 y 18.

signifique lo que signifique este término<sup>38</sup> (para Freud, siguiendo sus símiles sacados de la Física, una descarga de tensión acumulada<sup>39</sup>).

«El inconsciente [el Ello] no es una entidad, sino meramente un término [para designar] la naturaleza metafísica [...] de procesos fisiológicos de la corteza cerebral. [...] describe en términos simbólicos unas influencias cuya fuente no es consciente»<sup>40</sup>. Esto es lo que, empíricamente, quiere decir que los instintos sean tendencias permanentes y universales de conducta de una especie animal, la humana en este caso.

Donde mejor puede comprobarse esta hipótesis es en el bebé recién nacido, en el que la actuación instintiva es observable porque es exclusiva. Veámoslo con el ejemplo del llanto. En un primer momento, solamente llora (instintivamente) cuando algo interno, hambre o dolor, o externo, frío, calor o aspereza, le molesta (le causa displacer en lenguaje psicoanalítico). Pero, pronto, como consecuencia de la maduración de su sistema nervioso, al niño se le hará presente la diferencia yo-objetos, objetos externos a él, ajenos a él, distintos de él, y empezará a asociar el hecho de que si llora, alguien sacia su hambre o le proporciona abrigo, que si llora, aparecerán en su corto campo sensorial otros seres humanos, cuya simple presencia y contacto le proporciona placer en función del instinto gregario con el que ha nacido. Tardará años en deshacerse del llanto como instrumento de reclamo y exigencia. A lo mejor, nunca; hay personas que siguen llorando toda la vida para exigir atención. Otras no lloran físicamente pero reclaman atención llorando metafóricamente (“el que no llora, no mama”, dice el sabio refranero español<sup>41</sup>). Y además de para llamar la atención, se sigue llorando toda la vida para descargar ciertas tensiones anímicas: se llora por pena, se llora de rabia; o ciertas tensiones físicas: se llora de dolor. Dos manifestaciones del mismo instinto, evolucionado en el primer caso, casi intocado en el segundo.

---

<sup>38</sup> En DAMASIO, *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*, op. cit., pág. 39, puede encontrarse una explicación neurobiológica del concepto del “principio del placer”, al que Damasio se refiere como «estado de supervivencia con bienestar».

<sup>39</sup> FREUD, Sigmund, “Más allá del principio del placer” en *Psicología de las masas* (y otros ensayos), Alianza Editorial, Madrid, 1981, pág. 84.

<sup>40</sup> JUNG, Carl, *Teoría del psicoanálisis*, Plaza y Janes, Barcelona, 1974, pág. 85.

<sup>41</sup> No sólo español. Formulaciones similares a esta expresión se han encontrado en mil seiscientos veinte y seis lenguas, por lo que los lingüistas lo consideran uno de los mejores ejemplos de ‘universal lingüístico’, en el sentido chomskiano del término universal.



Así es, pues, aunque se haya descrito de una forma muy elemental, como se van combinando instintos y realidad exterior. Desde el Ello, se tenderá a actuar siempre en función del principio del placer, pero el mundo circundante, poniendo e imponiendo exigencias y limitaciones, lo que Freud llamó el ‘principio de realidad’, frustrará muchas veces el logro del placer y volverá al Ello impotente para liberarse del displacer<sup>42</sup>. En esta dinámica consiste el proceso de socialización, en la adaptación del ser humano a las exigencias y limitaciones del mundo y a las normas de los grupos sociales en los que le ha tocado vivir. Este proceso (continuo, permanente, siempre inacabado<sup>43</sup>) de confrontación y adaptación entre el Ello y el mundo exterior, entre el principio del placer y el principio de realidad, es el proceso de formación de la personalidad, o, siguiendo la terminología psicoanalítica, de formación del ‘Yo’, la segunda instancia de esa metáfora o artificio que Freud creó para explicar el comportamiento humano, a la que llamó “aparato psíquico”.

El Yo es, consecuentemente, el resultado de la confrontación de tendencias instintivas o Ello (instintos y emociones o sentimientos) y mundo circundante (exigencias, facilidades y limitaciones). Es, por tanto, una parte del Ello<sup>44</sup>; la que le permiten ser las exigencias y limitaciones del mundo (físico y social) que le rodea. Tiende al placer, pero actúa en función del principio de realidad. Percibe los estímulos externos y siente los internos, los contrasta todos con la experiencia (memoria) y los evalúa (pensamiento o razonamiento) y, por último, da las órdenes (nerviosas) oportunas al aparato motor para que lleve a cabo las correspondientes conductas observables<sup>45</sup>. El Yo es siempre quien actúa (a quien se ve actuar<sup>46</sup>). Éste sería el segundo esbozo de la hipótesis de actuación de los instintos: que la conducta humana, la del Yo, que es quien actúa (a quien siempre se ve actuar) es la resultante (en sentido vectorial), el producto (en sentido matemático) de los conocimientos e informaciones que tenga una persona, de sus razonamientos y cálculos conscientes, pero también, inexorablemente, de sus instintos y emociones o sentimientos, de muchos de los cuales ni siquiera es consciente.

---

<sup>42</sup> FREUD, *Más allá del principio del placer*, *op. cit.*, pág. 86.

<sup>43</sup> TOBEÑA, *op. cit.*, págs. 141 a 187.

<sup>44</sup> FREUD, *El Yo y el Ello*, *op. cit.*, págs. 13 a 21.

<sup>45</sup> FREUD, *El Yo y el Ello*, *op. cit.*, págs. 13 a 21.

<sup>46</sup> Ver, en este sentido, se utiliza como genérico de cualquier forma en que otras personas pueden percibir lo que una persona está haciendo (conducta corporal o verbal) o ha hecho (resultados de las mismas). Oírlo, por ejemplo, aunque no se le vea e incluso aunque sea en diferido y a distancia por medios electrónicos.

Pero la hipótesis de actuación de los instintos, tal como la hemos presentado hasta ahora, podría servir tanto para seres humanos como para especies animales, con tan sólo variar algunas expresiones. Para que la hipótesis de actuación de los instintos pueda ser específica y exclusivamente aplicable a los humanos, nos falta completarla con la tercera instancia del aparato psíquico freudiano: el ‘Superyó’ o proceso de socialización.

Puede que una persona no robe porque la policía o los vigilantes están demasiado cerca. En este caso, es el mundo exterior el que frustra el deseo. Pero puede que no robe porque realmente cree que está mal robar. En este caso, es el propio individuo quien frustra su propio deseo. Sin embargo, no robar no es una tendencia instintiva, no forma parte del aparato filogenético de los seres humanos, no es parte del Ello. Lo instintivo sería, por el contrario, apoderarse de eso que tanto nos está apeteciendo y que no hay otra forma de conseguir más que robándolo. Sentir displacer (culpa, remordimientos, necesidad de confesar la falta, pecado o delito, etcétera) si se roba es algo que se adquiere, que se aprende, que se asimila a lo largo de la vida mediante el llamado proceso de socialización.

Al recipiente metafórico que agruparía a todas estas normas sociales (sean del tipo que sean) aprendidas e interiorizadas que influirían en el Yo actuante de forma similar a como lo hacen las tendencias instintivas del Ello, el psicoanálisis lo denomina Superyó, del que podemos decir, por tanto, que es una especie de parte o excrecencia del mundo, del mundo social en el que estamos insertos, en el mismo sentido en que dijimos que el Yo lo era del Ello, y al que, por tanto, podemos definir como la asimilación o interiorización de las normas o reglas de conducta de los grupos sociales de los que cada individuo forma parte, de las que unas veces éste será consciente y otras no<sup>47</sup>, pero que, siéndolo o no, le condicionará, a través de lo que podríamos denominar, por similitud, “principio del deber” o componente social del principio de realidad.

Con lo que ya estaríamos en condiciones de enunciar la definitiva hipótesis de actuación de los instintos. El Yo, que es siempre quien actúa (a quien se ve actuar), es

---

<sup>47</sup> FREUD, *El Yo y el Ello*, *op. cit.*, págs. 21 a 31.

siempre el producto de la confrontación del Ello (instintos y emociones o sentimientos), del mundo externo (exigencias, facilidades, limitaciones), del Superyó (normas sociales interiorizadas) y de sí mismo (memoria consciente, pensamiento)<sup>48</sup>. Hipótesis de actuación de los instintos de la que, como ya apuntamos antes, lo que interesa resaltar en esta Tesis son las siguientes conclusiones.

Que nunca podrá entenderse la conducta humana, si no se tienen en cuenta sus componentes subyacentes no explícitos: los auténticamente inconscientes, los recordables o conscienciables y los voluntariamente ocultos o esoconscientes.

Que la conducta humana es la resultante (en sentido vectorial), el producto (en sentido matemático) de los conocimientos e informaciones que tenga una persona, de sus razonamientos y cálculos conscientes, de sus principios éticos, políticos o ideológicos y de sus intereses conscientes expresados, pero también, inexorablemente, de sus instintos y emociones o sentimientos, muchos de los cuales ni siquiera son conscientes, y muchos de los cuales hemos tenido que deformar para poder hacerlos explícitos, porque nos resultaban insufribles por ser social, ética o moralmente inaceptables.

Que las tendencias de conducta a que induce el principio del placer son, y siguen siendo toda la vida, motores permanentes y universales del devenir humano; aun cuando se manifiesten de muy diferentes maneras.

Que cualquier conducta es el resultado de la “deformación” que los condicionantes físicos y sociales que aprendemos e imitamos en los diferentes medios sociales en los que estamos insertos, infringen a nuestras tendencias instintivas, moldeándolas conforme a lo socialmente aceptable y adecuado<sup>49</sup>. Lo que quiere decir que no sólo todos los humanos compartimos, por el mero hecho de serlo, una serie de tendencias de origen filogenético, sino que, asimismo, las personas que conviven en un mismo medio social también comparten similares condicionantes sociales (similares procesos de socialización, de Superyó) e incluso físicos.

---

<sup>48</sup> FREUD, *El Yo y el Ello*, op. cit., pág. 47.

<sup>49</sup> ERIKSON, Erik, *Identidad: juventud y crisis*, Piados, Buenos Aires, 1997.

Todo lo cual parece permitir, en principio, una primera intuición: que los procesos por los que se regiría el comportamiento de grupos o colectivos sociales debe tener, al menos, en términos básicos y generales, algún tipo de similitud con los que rigen el comportamiento individual. Efectivamente, el individuo (los Yoes), como tal, como ente perfectamente distinguible de las demás personas, al que se ve actuar, y que siente y piensa, aunque no se le pueda ver sentir y pensar, existe (¿sería absurdo intentar negar la existencia de los seres humanos!). Pero, como hemos visto, la forma concreta en que todos y cada uno de nosotros siente, piensa y actúa es aprendida, copiada, imitada (Superyó), de los ambientes, de los grupos sociales, en cuyo seno vamos viviendo; aunque, indudablemente, cada uno con los límites y las tendencias (Ello) que sus propias dotaciones filo y ontogenética le imponen. Razón por la cual —junto al hecho de que cada individuo vive constantemente en el seno de diferentes, diversos y jerarquizados grupos sociales— puede decirse que no hay dos individuos iguales, dos individuos que sientan, piensen o actúen exactamente igual, pero, al mismo tiempo, que no existe ningún individuo plenamente autónomo, sino que, todos estamos socialmente conformados.

Lo que parece cierto incluso para aquellos individuos que por enfermedad (esquizofrénicos, sociópatas, etcétera), se considera que actúan de manera diferente a las formas sociales generales de conducta, como probaría el hecho de que cada época y cultura tiene su propio “tipo” de locura y delitos. Esquizofrénicos, por ejemplo, los ha habido en todas las épocas y culturas y probablemente sus disfunciones orgánicas hayan sido las mismas en todas, pero la forma en que han manifestado esta disfunción (en que se les ha podido ver actuar, corporal o verbalmente) ha diferido de una época a otra, es decir, ha estado y está “socialmente condicionada”.

Todo lo cual, parece permitir establecer como premisa de trabajo que, del mismo modo que se ha aceptado que el individuo físico, la persona, es algo que realmente existe, “lo individual”, como algo totalmente independiente y aislable, no existe, es sólo posible como concepto derivado, útil para el razonamiento, pero sin correspondencia concreta en la realidad. Un concepto derivado que nos permite hacer referencia a la resultante (en sentido vectorial), al producto (en sentido matemático), de la incidencia sobre cada uno de los individuos de “lo social”, que es lo que, junto con el individuo, realmente existe como algo independiente y aislable, porque es como cada persona de

un determinado grupo social actúa, se la puede ver actuar, induciendo que el resto del grupo imite y asimile su conducta.

Algo parecido puede decirse de ‘la sociedad’, a la que esta Tesis incluye dentro de lo que se está refiriendo como grupos sociales<sup>50</sup>. Y de los que hay que tener en cuenta que, en su inmensa mayoría, no están permanente y constantemente constituidos por las mismas personas, ya que es posible incorporarse o salirse de ciertos grupos, aunque solamente sea aislándose mentalmente de ellos. Además de que todas y cada una de las personas que en un momento determinado puedan formarlos están, en ese mismo momento, también condicionados por otros grupos sociales a los que también pertenecen, lo que en absoluto contribuye a garantizar conductas constantes y coherentes. No es posible ver físicamente a la sociedad ni a ninguno de los grupos sociales que la conforman. A quien puede verse actuando es solamente a los individuos, de cuya actuación conjunta, similar o sinérgica inferimos la existencia del grupo social, concepto derivado que resulta extraordinariamente útil como herramienta para el análisis y el razonamiento.

Así pues, lo que existe en la realidad son solamente individuos, personas físicas perfectamente diferenciables unas de otras, y “lo social”, los mecanismos genéticos por los que estas personas tienden a imitar y a asimilar sus conductas a las de otros individuos con los que conviven. Nada, por tanto, en la conducta de una persona es puramente “individual”, ya que todo está “socialmente” condicionado por las conductas de las demás personas que constituyen los diferentes grupos sociales de los que forma parte. Como no existen grupos sociales, salvo como inferencia de la actuación conjunta, similar o sinérgica de grupos de personas (de Yoes). “Lo individual” y “la sociedad” (los grupos sociales) son sólo útiles conceptos derivados sin correspondencia material.

Por otra parte, la vida humana es siempre vida social, vida en convivencia (los Tarzán y los Mowgli son sólo adaptaciones literarias y, si de verdad se hubiesen dado, tal como nos los presentan dichas adaptaciones, es dudoso que pudiera calificárseles de

---

<sup>50</sup> La diferencia entre ambos conceptos es puramente práctica. Grupo social parece referirse a entidades menores, mientras que sociedad parece abarcar totalidades. Pero, en realidad, la sociedad no deja de ser un grupo social grande. Para esta Tesis, grupo social abarcaría desde el pequeño grupo social que forma una pareja (un matrimonio) o una familia nuclear hasta un Estado o toda una cultura (la que hoy día puede denominarse como occidental, por ejemplo). El apartado “Identidad social” de esta misma Tesis analiza posteriormente qué son los grupos sociales y cómo condicionan a los individuos que forman parte de ellos.

“humanos”). Vida social, de la cual forma parte lo que podríamos llamar la “conducta colectiva”: las naciones “actúan”, los colegios profesionales “actúan”, los equipos deportivos “actúan”, etcétera. Luego la conducta colectiva existe. ¿Cómo y cuándo? Cuando un grupo de personas actúa, como ya se ha aludido, de forma conjunta o sinérgica. Lo que implica dos tipos de condicionamientos o regulamientos de esta conducta colectiva. Los que se derivan de los parámetros (Ello y Superyó) que condicionan la conducta de cada una de las personas que en ese momento están actuando de forma conjunta o sinérgica (sólo existe el individuo, el grupo social es una inferencia) y los que se derivan de las reglas, normas, costumbres, etcétera, que el propio grupo social se haya impuesto o haya adquirido con el tiempo para actuar de forma conjunta o sinérgica (sólo existe “lo social”, “lo individual” es una inferencia). Lo que quiere decir que aunque la conducta colectiva pueda tener sus propias formas, procesos, orígenes y causas, como bien muestran la Sociología, la Antropología y la Semiótica, no puede, por otra parte, sino reflejar lo que inevitablemente está condicionando la conducta de las personas que forman parte del grupo actuante: el Ello de cada uno y el Superyó de cada uno, este último en gran parte conformado por las propias pautas de conducta del grupo actuante en cuestión.

Conjunto de razonamientos que se han traído a colación para justificar por qué ciertas pautas del comportamiento individual, que se consideran parte del Ello filogenético de la especie humana y, por lo tanto, presentes en la generalidad de los individuos, pueden y deben ser tenidos en cuenta en la conducta colectiva, concretamente en la que induce los conflictos políticos y los conflictos armados, incluidos los internacionales del cambio de milenio, que es el ámbito de trabajo de esta Tesis. Conjunto de razonamientos que la neurobiología avala a través de la epigenética, una rama de la investigación que pretende completar a la genética. La epigenética se basa en el descubrimiento del envoltorio (cromatina) en el que el ADN está encapsulado dentro de los núcleos celulares. Un envoltorio que funciona a modo de puerta selectiva y discriminatoria, permitiendo o impidiendo la salida de las diferentes clases de proteínas que puede producir la secuencia genética. Se posibilita, así, la diferenciación celular, ya que, aunque el ADN contenido en todas las células es idéntico, su envoltorio cromatínico, no, por lo que, en condiciones normales, éste sólo permitirá que salgan las proteínas adecuadas al tipo de célula que corresponde. Su diferencia con el ADN es que es alterable (condicionable) por las condiciones ambientales y, por lo tanto,

indirectamente, a través de los cambios fisiológicos (hormonales, de excitación o relajación nerviosa o muscular, etcétera) que éste puede inducir en el individuo, por las circunstancias del ambiente social. Razón por la cual, se está empezando a considerar la base genética sobre la que descansarían los «sesgos grupales»<sup>51</sup>, que estarían en la base de las tendencias gregarias (que facilitan la formación de grupos sociales) y agonísticas (competitivas, que facilitan la supervivencia de los grupos sociales)<sup>52</sup>.

Apoyo neurobiológico que se cita porque, durante cierto tiempo<sup>53</sup>, se ha tendido, desde posiciones desmesuradamente positivistas y racionalistas, a negar la validez de este tipo de explicaciones de la conducta humana, basándose en la imposibilidad de “probar” experimentalmente la existencia de algo que pudiera corresponderse con los conceptos de Ello o de inconsciente y de “comprobar” su incidencia en la conducta<sup>54</sup>. Sin embargo, conforme los modelos experimentales de explicación<sup>55</sup> y las técnicas neurobiológicas de comprobación<sup>56</sup> se han ido desarrollando, tratando de encontrar correspondencias entre situaciones multiestimulares, actividades neuronales pluriregionales y conductas complejas y no simples correspondencias estímulo-respuesta o conducta motora-circuito nervioso activado, sus paradigmas se han visto forzados a introducir conceptos, experimental y tecnológicamente comprobables, cuya función parece muy similar a los viejos conceptos intuitivos de Ello o inconsciente.

Hoy día, pueden encontrarse comprobaciones experimentales<sup>57</sup> que demuestran la existencia de causas de unas determinadas conductas complejas de las que el sujeto actuante no es consciente e, incluso, no es posible que llegue a serlo. Causas cuyo origen es algún tipo de aprendizaje adquirido en algún momento anterior de la vida del sujeto (hábitos o aprendizajes tempranos o infantiles, Superyó, proceso de socialización, etcétera) o alguna predisposición innata. Comprobaciones frente a las que el positivismo racionalista lo único que puede hacer es negarse a llamarle Ello o inconsciente. Lo que ha llevado al eminente neurobiólogo, ya repetidamente citado, Antonio Damasio, a

---

<sup>51</sup> TOBEÑA, *op. cit.*, pág. 281.

<sup>52</sup> TOBEÑA, *op. cit.*, págs. 281 a 287.

<sup>53</sup> «[...] lo que yo creía [lo que me enseñaban] acerca de los sentimientos durante mi formación [...] era simplemente que uno no podía acceder a la “parte de atrás”, a los sentimientos», DAMASIO, *op. cit.*, págs. 10 y 11.

<sup>54</sup> TOBEÑA, *op. cit.*, págs 192 y 193.

<sup>55</sup> Ver GLADWELL, Malcolm, *Inteligencia intuitiva*, Taurus, Madrid, 2005.

<sup>56</sup> Ver TOBEÑA, *op. cit.*

<sup>57</sup> Ver GLADWELL, Malcolm, *op. cit.*

afirmar que quizás una de las cosas más útiles que se puede hacer para comprender el comportamiento humano, individual y, sobre todo, colectivo, es bajar a la razón del pedestal en que todavía la tenemos, al tiempo que se conserva su dignidad y su importancia<sup>58</sup>.

Consecuencia de todo lo cual sería, al igual que se dedujo para la conducta individual, la aceptación de que nunca podrá entenderse la actuación de los grupos sociales (naciones, ideologías, religiones, civilizaciones, etcétera), especialmente las relativas a sus comportamientos políticos, si no se tienen en cuenta sus componentes subyacentes no explícitos, sea por ser auténticamente inconscientes o por estar voluntariamente ocultos (esoconscientes), ya que las predisposiciones de conducta, a que induce la herencia filogenética de la especie humana, están siempre presentes, como motores permanentes y universales de ella. Una perspectiva que puede ayudar a entender, desde estas predisposiciones filogenéticas inconscientes de la conducta, por qué el fenómeno político de la guerra, tan denostado y del que hoy día todo el mundo (ideologías, naciones, religiones, dirigentes y gobernantes) parece renegar y declararse en contra, sigue estando tan presente y con tan diversas modalidades. Cómo estas predisposiciones filogenéticas del ser humano le condicionan (consciente o inconscientemente) para construir estructuras políticas de convivencia en las que el conflicto se vuelve inevitable, y le condicionan (consciente o inconscientemente) para intentar resolverlos de forma que el conflicto armado no siempre es evitable.

Intentaremos a continuación ver cuáles podrían ser las principales predisposiciones filogenéticas inconscientes, que están en la base de estas tendencias al conflicto político —que a veces deriva en conflicto armado— del ser humano y de los grupos sociales que él forma.

Éstas, a modo de conclusiones, son la única razón por la que se inicia esta Tesis con estos apuntes, basados en los esquemas psicoanalíticos de conducta y en su posible y reciente verificación experimental y neurobiológica: vislumbrar una posible explicación, una posible base, sobre la que se sustentan ciertos comportamientos humanos; ciertos comportamientos de los grupos sociales; ciertos comportamientos

---

<sup>58</sup> DAMASIO, Antonio, *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*, op. cit., pág. 288.



políticos, es decir, relativos a la forma en las que cada sociedad organiza sus formas de relación y convivencia. En esta Tesis, los fundamentos psicoanalíticos no han interesado ni como teoría sobre las enfermedades mentales ni como terapia clínica, sus dos principales campos, sino solamente como planteamiento ontológico (y aun así, parcial) que sirva de base a una sociología de esos fenómenos políticos que se conocen como guerras o conflictos armados.

### 3.1.2. Cratotropismo

Aunque el originador y creador de los esquemas psicoanalíticos de conducta, Sigmund Freud —hijo, como cualquier otra persona, de su época y por lo tanto de los prejuicios, moral, léxico y de estado de los conocimientos de ésta— parece tender a considerar, quizás demasiado reductivamente, los impulsos de amor y odio hacia sí mismo y hacia los demás como la única, o al menos la hegemónica, predisposición instintiva subyacente al comportamiento humano, no todos sus discípulos y seguidores aceptaron este punto de vista. Alfred Adler, por ejemplo, mostró, a partir de 1911, su disconformidad con este excesivo protagonismo sexual de las teorías y concepciones freudianas<sup>59</sup>.

Para Adler, el comportamiento humano se mueve en función de dos parámetros conceptuales principales: lo que él llama «sentimiento [ley, algunas veces] de comunidad» y lo que denomina de forma indistinta «afán [línea o anhelo, algunas veces] de soberanía, superioridad, poder o dominio» o «voluntad de poder»<sup>60</sup>. En sus propias palabras:

«[...] para llegar a tal sistema y [...] al seguir tal proceso de ideas, topamos con dos fenómenos humanos universales: el sentimiento de comunidad, que une a los individuos entre sí, [...] y el descubrimiento de que todas aquellas fuerzas, a cuyo influjo enemigo está más expuesto el sentimiento de comunidad, son siempre impulsos del afán de poder y superioridad. Basándonos en estos dos puntos fundamentales para nosotros, pudimos entender que las diferencias humanas están condicionadas por la magnitud del sentimiento de comunidad y del afán de poder,

---

<sup>59</sup> MANDOLINI, Ricardo, *Historia General del Psicoanálisis*, Ciordia, Buenos Aires, 1981 págs. 277 a 290.

<sup>60</sup> ADLER, Alfred, *El carácter neurótico*, Paidós, Barcelona, 1984, pág. 24.

factores que se influyen recíprocamente. Es un juego de fuerzas cuya forma fenoménica constituye lo que llamamos carácter»<sup>61</sup>.

El punto de partida de Adler es la extrema vulnerabilidad del cachorro humano, incapaz de sobrevivir por sí mismo durante bastantes años. En un primer momento, el mundo externo es para el lactante sólo una difusa aportación de sensaciones que le causan placer o displacer en un esquema muy elemental de necesidades concretas, pero pronto empieza a ser capaz de distinguir que el mundo externo es precisamente eso, un conjunto de objetos externos a él, ajenos a él, distintos de él. Pronto captará también que de todos esos objetos del mundo que le rodea, hay unos de una especial significación, los otros seres humanos, a algunos de los cuales se sentirá especialmente vinculado por ser los que cubren sus necesidades, los que le proporcionan, o a través de los cuales le son proporcionadas, las sensaciones de placer, los que le suprimen las otras sensaciones displacenteras procedentes de ese mundo exterior ajeno a él, distinto de él.

Hasta aquí, Adler no deja de ser un psicoanalista ortodoxo, para quien aceptar que el niño en sus primeros estadios de vida reacciona y actúa exclusivamente en función del principio del placer, no representa ningún problema. Pero para Adler, llega un momento en el que el niño llega a apreciar fenómenos como «la capacidad que permite abrir una puerta, la fuerza para levantar objetos, la capacidad para decir lo que hay que hacer, etcétera», acciones que los adultos pueden hacer y él no, es decir, llega un momento en que el niño capta “su inferioridad” (su inseguridad, su insuficiencia o su desvalimiento, dice otras veces) respecto de los adultos que le rodean<sup>62</sup>, y empieza a desear ser como ellos, a no ser menos que ellos, menos capaz que ellos. El niño pasa, como lo expresará Donald Winnicott medio siglo después, de una «experiencia de omnipotencia subjetiva» a una «experiencia de realidad objetiva», en la que las limitaciones de la realidad física y social que le rodea, empiezan a enseñarle lo que es la frustración y a impulsarle a compensarla<sup>63</sup>. De hecho, nos dice Adler, la mayoría de las peroratas y fantasías infantiles empiezan con expresiones del tipo «cuando yo sea mayor...»<sup>64</sup>.

---

<sup>61</sup> ADLER, Alfred, *Conocimiento del hombre*, Espasa Calpe, Madrid, 1931, págs. 173 y 174.

<sup>62</sup> ADLER, *Conocimiento del hombre*, op. cit., págs. 53 a 75.

<sup>63</sup> WINICOTT, Donald, *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*, Paidós, Barcelona, 1994.

<sup>64</sup> ADLER, *Conocimiento del hombre*, op. cit., pág. 67.

A este sentimiento y posterior percepción de la insuficiencia infantil por el mismo niño, es a lo que Adler denominó «sentimiento de inferioridad», presente, de una u otra forma, en todos los niños, lo que alerta sobre su probable origen filogenético; sentimiento de inferioridad al que el niño reacciona con un «deseo de compensación», que se manifiesta en ese «fenómeno humano universal» que llamó «afán de poder y superioridad», fácilmente apreciable también en las fantasías y juegos infantiles, en los que «se descubre fácilmente la inclinación o propensión [del niño] a ponerse en primer término y [...] a representar un papel dominante y poderoso». Aunque no sólo el niño, ya que como nos recuerda Adler, éste es un fenómeno también generalizado en las fantasías de los adultos («también existen adultos que siguen viviendo como si hubieran de ser mayores algún día»<sup>65</sup>). ‘Afán de poder’, de ser capaz de manejar cuanto le rodea en su propio beneficio, como él cree que los adultos pueden hacer de forma ilimitada, ‘y de superioridad’, como siente que los adultos son superiores a él.

No hay que entender, sin embargo, la necesidad del niño de compensar su sentimiento de insuficiencia como la producción automática de un mismo tipo de conducta estereotipada para todos los niños. La incapacidad del niño para hacer cosas que le gustaría hacer o para forzar a los adultos que le rodean a que las hagan por él, le obligan a tantear posibilidades y a acumular experiencias de éxito o fracaso. Con ellas va construyendo esa especie de memoria intuitiva e inconsciente de la que echará mano en el futuro para seleccionar patrones de conducta cuya probabilidad de éxito, en función de dichas experiencias primigenias, sea la más alta posible.

Afán de poder y superioridad al que toda la educación posterior contribuirá, ya que, como nos recuerda Adler<sup>66</sup>:

«a esto hay que agregar la organización de la familia misma, en la que predomina la autoridad paterna. Su más grave inconveniente es que proporciona al niño un modelo de dominio o soberanía enseñándole el placer que se deriva de la posesión de poder. Los niños acaban exigiendo de los otros la misma obediencia y sumisión que están habituados a ver en la persona del más fuerte de su mundo circundante, acabando por adoptar una actitud de contrincantes hacia los padres y hacia todas las demás personas que le rodean. Así pues, en nuestra educación familiar es casi inevitable que el niño se oriente en el sentido de la superioridad».

---

<sup>65</sup> ADLER, *Conocimiento del hombre, op. cit.*, pág. 67.

<sup>66</sup> ADLER, *Conocimiento del hombre, op. cit.*, pág. 246.

Así pues, para Adler, el ser humano, en función de su extremada y prolongada vulnerabilidad infantil, está abocado a desarrollar pautas de comportamiento con las que cree estar imitando las de los adultos que le rodean, capaces, para él, de utilizar todos los objetos del entorno (incluidas las demás personas) para dar satisfacción a sus deseos. Y este “sus deseos” son los deseos del niño, ya que él no está en condiciones todavía de entender que alguien pueda tener deseos o aspiraciones distintas de las suyas propias. Será lo que tratará, a lo que tenderá, el resto de sus días: a intentar manipular todo lo que le rodea, incluidas las demás personas de su entorno («y en competencia con ellas»<sup>67</sup>), en su propio beneficio, para la satisfacción de sus propios deseos, necesidades o aspiraciones<sup>68</sup>.

No se debe, sin embargo, confundir afán de poder con conducta violenta, agresiva, despótica o malintencionada<sup>69</sup>. En primer lugar, porque en Adler, el afán de poder es solamente una de esas predisposiciones instintivas subyacentes, en mayor o menor medida, a cualquier conducta, que hemos visto en el apartado anterior, mientras que la conducta, sea violenta, agresiva, despótica, malintencionada o cualquier otra, es la exteriorización que hace el Yo (que es el que actúa, al que se ve actuar) en una circunstancia determinada concreta, resultante de la combinación de múltiples factores procedentes del Ello, el Superyó, la realidad física y social y el propio Yo. Podría decirse que la agresión es al afán de poder lo que la guerra a la política: sólo una de sus formas, normalmente su *ultima ratio*<sup>70</sup>.

Y en segundo lugar, porque el afán de poder puede desarrollarse (evolucionar) y cristalizar, asimismo, de múltiples formas<sup>71</sup>. El afán de poder es, hemos visto, el mecanismo con el que el niño trata de contrarrestar su sentimiento de inferioridad, pero puede ocurrir que no lo consiga, que lo consiga deficientemente o que lo consiga en escasa medida. En cualquiera de estos casos, lo que perdurará será el sentimiento de insuficiencia o inseguridad, que se traducirá en la edad adulta en tendencia a la sumisión y a la obediencia<sup>72</sup>.

---

<sup>67</sup> LACAN, Jacques, *Escritos*, Siglo XXI editores, México, 1996.

<sup>68</sup> ADLER, *Cocimiento del hombre*, págs. 77 a 95.

<sup>69</sup> TOBEÑA, *op. cit.*, pág. 65.

<sup>70</sup> TOBEÑA, *op. cit.*, pág. 146.

<sup>71</sup> ADLER, *El carácter neurótico*, *op. cit.*, págs. 73 a 75.

<sup>72</sup> ADLER, *Conocimiento del hombre*, *op. cit.*, págs. 125, 126 y 222 a 225.

También puede ser que el niño, en vez de intentar imitar a sus mayores, intente imitarse a sí mismo; inconscientemente satisfecho (y deseoso) de como ha sido cuidado y protegido de niño, no quiera (de adulto) dejar de mostrar su insuficiencia, requisito indispensable para que otros satisfagan sus deseos; utilizará a los demás en su propio beneficio, exhibiendo permanentemente su no superado sentimiento de inferioridad, a través de la dependencia, o de la mentira y el engaño, o de la habilidad para la sugestión, el convencimiento o la crítica, etcétera.

No es la forma, o la combinación de formas, con que se presente lo que caracteriza al afán de poder, sino su fin, su objetivo: utilizar a los demás en el propio beneficio (sea éste el que sea en cada caso), para la satisfacción de los propios deseos, necesidades o aspiraciones (sean éstas las que sean en cada caso)<sup>73</sup>. El afán de poder puede manifestarse de tan distintas maneras, que es, incluso, la fuente (inconsciente) del placer que obtenemos muchas veces que actuamos creyendo que lo hacemos por el bien de los demás<sup>74</sup>.

Pero el afán de poder no es para Adler el único motor del comportamiento humano. Para él, el afán de poder se ve atemperado, no sólo por las circunstancias externas, es decir, por las restricciones que le impongan el ambiente físico y el ambiente social o humano en el que el individuo debe desarrollar cada uno de sus comportamientos concretos<sup>75</sup>, sino también por lo que él llama «sentimiento de comunidad», el otro «fenómeno humano universal» que, vimos, constituía, junto y en contraposición al afán de poder, «el juego de fuerzas cuya forma fenoménica constituye lo que llamamos carácter». Así pues, la forma en que cada persona se comporte en cada circunstancia concreta va a depender, por una parte, de la medida en que su carácter haya quedado condicionado por el afán de poder, por los residuos del sentimiento de insuficiencia que puedan quedarle y por el sentimiento de comunidad respectivamente y, por otra, de lo que, y cómo, las circunstancias del momento permitan expresarlas<sup>76</sup>.

Sentimiento de comunidad que, tal como es conceptualizado por Adler, engloba tanto las posibles tendencias innatas derivadas del instinto gregario como la

---

<sup>73</sup> ADLER, *Conocimiento del hombre*, op. cit., págs. 77 a 95.

<sup>74</sup> RUSSELL, Bertrand, *La conquista de la felicidad*, Diario EL PAÍS S.L., Madrid, 2002, pág. 112.

<sup>75</sup> ADLER, *El carácter neurótico*, op. cit., pág. 61.

<sup>76</sup> ADLER, *Conocimiento del hombre*, op. cit., págs. 173 y 174.

interiorización de normas sociales que el psicoanálisis ha llamado Superyó y la sociología proceso de socialización, con lo que, en definitiva, para Adler, el comportamiento humano está originado y condicionado por tres grandes factores: la realidad exterior, física y social, que le impone exigencias y limitaciones; su afán de poder, que le empuja e induce a intentar utilizar todo lo que le rodea en su propio beneficio; y el sentimiento de comunidad, que le empuja e induce a asociarse (instinto gregario) y cooperar (Superyó) con los demás<sup>77</sup>.

Y aquí es donde Adler vuelve a convertirse en psicoanalista ortodoxo. Sólo que en el lugar protagonista y preponderante que Freud situaba los impulsos libidinosos de amor y odio, Adler coloca el afán de poder (y los posibles residuos que puedan quedar del sentimiento de inferioridad o insuficiencia) y el sentimiento de comunidad, en su doble vertiente de instinto gregario y Superyó. Es decir<sup>78</sup>, la aportación de Adler no es contradecir a Freud y otros psicoanalistas, sustituyendo los impulsos libidinosos de amor y odio por el afán de poder y el sentimiento de comunidad, sino descubrir éstos como motores permanentes y universales del comportamiento humano “además” de los impulsos de amor y odio y otros posibles. Y ésta es la aportación adleriana que nos interesa en esta Tesis: que el afán de poder, para que el que nacemos predispuestos, que inevitablemente se desarrolla en la infancia debido a la extrema y prolongada vulnerabilidad del cachorro humano y que la propia estructura del grupo familiar humano no hace sino reforzar, es una de esas tendencias subyacentes de la conducta humana que analizamos en el apartado anterior, y que su gran oponente, su gran freno, es alguna especie de sentimiento de comunidad, innato, pero también adquirido (reforzado) por la interiorización de normas sociales (se le llame Superyó o se le llame proceso de socialización).

En lo cual, Adler, como él mismo reiteradamente admite, no hace sino seguir, desde el psicoanálisis y la clínica, el camino que ya Nietzsche había abierto desde la filosofía. En efecto, Adler no sólo se reconoce deudor de la idea, e incluso del término, cuando admite que «la voluntad de poder y el afán de parecer de Nietzsche dicen en el fondo lo mismo que nuestra concepción»<sup>79</sup>, sino que reconoce que en la idea de

---

<sup>77</sup> ADLER, *Conocimiento del hombre*, op. cit., págs. 173 y 174.

<sup>78</sup> MANDOLINI, op. cit., págs. 277 a 290.

<sup>79</sup> ADLER, *El carácter neurótico*, op. cit., pág. 46.

‘voluntad de poder’ de Nietzsche, él ya vislumbraba ese rasgo inherente a la propia naturaleza humana con el que pretende conceptualizar su afán de poder: «pero no ignoramos que este deseo [el afán de poder] se halla profundamente enclavado en la naturaleza humana. Deseo que Nietzsche llamó ‘voluntad de poder’»<sup>80</sup>. «Deseo de desmesurada elevación de afán de poder del neurótico, que Nietzsche llamó ‘voluntad de parecer’»<sup>81</sup>.

A la aplicación a la política (al comportamiento colectivo que tiene como finalidad organizar de una determinada forma la convivencia y la estructura de la sociedad) de este afán de poder, de esta tendencia de los seres humanos a intentar utilizar a las personas que lo rodean y, por tanto, también, a los demás grupos sociales que constituyen su entorno social, en su propio beneficio, para la satisfacción de sus propios deseos, necesidades o aspiraciones, es a lo que esta Tesis va a llamar “cratotropismo” (del griego *cratos*, poder, autoridad, control sobre, y *tropos*, tendencia); neologismo, que, basándose en el adleriano concepto de afán de poder, se puede concebir como una de las tendencias que, de forma permanente y universal, subyace siempre a las relaciones entre grupos sociales, sean estos del tipo que sean.

En este sentido, el cratotropismo (predisposición a utilizar los objetos que nos rodean, además de a las personas, en nuestro propio beneficio) podría resultar ser, así, la base filogenética que explique la predisposición humana a manipular y modificar la naturaleza, probablemente el rasgo que mejor nos diferencia del resto de las especies animales. Esto podría explicar por qué el hombre ha desarrollado la ciencia, la técnica y la tecnología. Modificaciones y manipulaciones, en definitiva, de la naturaleza, para su propio beneficio, para la satisfacción de sus propios deseos, necesidades y aspiraciones. Manipulación de la naturaleza que está llegando, incluso, a poder perjudicar a la propia humanidad (cambio climático), como consecuencia de los inevitables (aunque indeseados) efectos secundarios de su propio desarrollo material. Y podría ser la causa subyacente que explique por qué todos los tipos de sociedades conocidos han sido estratificados y jerarquizados, con unos hombres dominando a otros, utilizándolos en su propio beneficio, y con unos grupos sociales, sexos, clases, dinastías, naciones o

---

<sup>80</sup> ADLER, *El carácter neurótico*, op. cit., pág. 68.

<sup>81</sup> ADLER, *El carácter neurótico*, op. cit., pág. 72.

imperios dominando a otros, utilizándolos en su propio beneficio, controlándolos para satisfacer sus propios deseos, necesidades y aspiraciones.

Un causa subyacente que, como nos dice Adler, tiene su contrapeso en alguna especie de sentimiento de comunidad que ha hecho que sean posibles conceptos como los de derecho y justicia, por imperfecta que su práctica a lo largo de la historia nos pueda parecer, o los de civilización, civilizaciones o progreso de la civilización, signifiquen lo que signifiquen cada una de estas expresiones, según las diferentes teorías y escuelas.

Porque, ¿por qué podemos decir que la civilización ha progresado desde las primeras sociedades conocidas en el sentido de poder decir que, en general, la consideración de las personas y su protección frente a los abusos de los poderosos es hoy mayor que en épocas pasadas?, ¿por qué se abolió la esclavitud para no volver?, ¿por qué han desaparecido las castas y los estamentos, y los privilegios que ellas conllevan, en muchas de las sociedades actuales?, ¿por qué ya no hay sexos ni razas “sin alma” y por lo tanto sin derechos y utilizables?, ¿por qué pudieron crearse sindicatos tras muchos años de lucha?, ¿por qué hoy día está empezando a ser universalmente aceptada la idea de los derechos humanos?, ¿y la de un hombre, un voto?, y aún un paso más, ¿y la de una mujer, un voto?

Porque el cratotropismo es uno de los motores permanentes y universales del comportamiento humano y del comportamiento humano colectivo. Por el cratotropismo, unos hombres tienden a dominar a los otros para que les “sirvan”. Para que les “sirvan” en el doble sentido de que les sirvan para satisfacer sus deseos, necesidades y aspiraciones y en el sentido (posterior, consecuencia del anterior) de la relación social y política (institucionalizada) de servidumbre. Y en función de las características que sean, fuerza física inicialmente, sabiduría consecuencia de la experiencia después, religiones y mitos más tarde, estructura social, política y económica finalmente, ciertos grupos lo consiguen y de ello derivan las sociedades estratificadas y jerarquizadas que todos conocemos y a las que ya hemos hecho mención anteriormente, cuyo esquema básico común puede resumirse como la existencia de dominantes y dominados, de poderosos y subordinados, de favorecidos y perjudicados, tomen estas denominaciones la forma que tomen.



Entonces, ¿qué pasa con el cratotropismo de los dominados, de los subordinados, de los perjudicados? Que tenderá permanentemente a poder expresarse, a poder manifestarse, a poder liberarse del displacer que su situación les provoca, al modo en que el psicoanálisis nos muestra que los impulsos instintivos reprimidos tienden a manifestarse para acabar con el displacer que su imposibilidad de expresión produce al individuo.

En este sentido es en el que el cratotropismo explicaría esa especie de tendencia histórica a la suavización progresiva de las formas de dominación y a la emancipación<sup>82</sup>. Por poderosos y crueles que fueran los sátrapas de la antigüedad, su omnipotente dominio sobre sus súbditos ha acabado por desaparecer. Por divinos que se hayan considerado ciertos poderes políticos, la mayoría han acabado por no ser tenidos en cuenta. Por indispensables que se hayan considerado ciertas formas de autoritarismo patriarcal o religioso, hoy día se han suavizado hasta casi la extinción. Por superiores que se hayan considerado ciertas civilizaciones, culturas, razas o sexos, hoy día todo se ha relativizado. Como ya se ha apuntado, ni la esclavitud, ni la servidumbre, ni el patriarcado, por ejemplo, volverán, al menos no en la forma en que se conocieron en las épocas en que se consideraban “la ley natural”.

Y es que el cratotropismo de los esclavos, de los siervos, de los trabajadores, de los indígenas, de las mujeres, de los hijos, de los fieles asustados, de los filósofos irritados, de las personas horrorizadas y asqueadas, etcétera, nunca dejó de pugnar por liberarse del displacer (propio o el que le producía la visión de otros), intentando revertir la situación muchas veces y de muchas maneras, fracasando en múltiples ocasiones, pero consiguiendo poco a poco, de una forma más bien caótica, modificar estructuras familiares, sociales, políticas, religiosas o económicas en un sentido que parece seguir una dirección general histórica hacia la liberación, hacia la emancipación, hacia la igualdad, no exenta de retrocesos, desviaciones e, incluso, de creación de situaciones aún peores que la que se intentaba superar. Ya nos lo decía Adler: «Nadie

---

<sup>82</sup> Recordemos que para Adler, el afán (o voluntad) de poder encuentra fundamentalmente su vía de manifestación y consolidación en la necesidad de compensar el sentimiento de insuficiencia infantil, buscando poder, dominio o superioridad, pero también, como su propio nombre indica, suficiencia, emancipación.

puede desplegar su poder sobre los demás sin provocar al mismo tiempo en la parte opuesta fuerzas de dirección contraria»<sup>83</sup>.

En definitiva, el cratotropismo parece estar presente, incluso podría decirse, parece indispensable que esté presente, a modo de condición necesaria aunque no sea suficiente, para que puedan entenderse constantes históricas como la tendencia al dominio de los demás, la tendencia a la emancipación o la tendencia a la progresiva suavización de las formas de dominación, sin las cuales no parece posible comprender ni la historia ni la política, es decir, la evolución de las formas concretas, en que las diferentes sociedades humanas han organizado y estructurado institucionalmente la convivencia.

De modo que, a semejanza de cómo llegamos a la conclusión de que el cratotropismo es uno de los motores permanentes y universales del comportamiento político colectivo, también podemos afirmar que el cratotropismo es uno de los motores permanentes y universales que subyacen a la tendencia histórica de los pueblos a dominar a sus vecinos para que les “sirvan” (“expansionismo”, “colonialismo”, “imperialismo”) y a la tendencia histórica de los pueblos a liberarse de esta servidumbre (“liberación”, “independencia”, “emancipación”). A esta vertiente emancipatoria o liberadora del cratotropismo es la que esta Tesis va a denominar, para evitar confusiones entre ambas vertientes de la tendencia filogenética cratotrópica, “eleuterotropismo” (del griego *eleutería*, libertad, autonomía, y del griego *tropos*, tendencia)

Tendencias que serán compensadas por el concepto adleriano de “sentimiento de comunidad” en la medida en que las tendencias gregarias y cooperativas de éste se hallen más estructuradas, materializadas, interiorizadas e institucionalizadas. Éste es uno de los rasgos que diferencian a la sociedad internacional de las sociedades nacionales y demás entidades subestatales. Mientras en éstas, las formas políticas de convivencia están más estructuradas y normalizadas, y más interiorizadas, la normalización de las relaciones entre los actores de la sociedad internacional es mucho más laxa, dando lugar, en consecuencia, a una mayor posibilidad de expresión de las tendencias cratotrópicas y eleuterotrópicas, que así se convierten, no ya en una de las

---

<sup>83</sup> ADLER, *Conocimiento del hombre, op. cit.*, pág. 199.

vías a través de las cuales se encauzan las relaciones internacionales, sino en su principal vía. Una vía que, hoy día, parece quedar bastante bien reflejada en la expresión “intereses nacionales”.

Lo que nos permite deducir que las guerras (fenómenos violentos y políticos) son la forma violenta con la que se resuelven los enfrentamientos (políticos) entre las tendencias cratotrópicas y eleuterotrópicas en el ámbito de las relaciones internacionales —entre las naciones y las paranaciones, a las que se alude en la Introducción de esta Tesis— en el que tradicionalmente se ha insertado el concepto de guerra. Enfrentamientos que adquieren formas propias según la época y el tipo de sociedades implicadas<sup>84</sup>, y que, en consecuencia, tendrán, también, sus características propias en esta época del cambio de milenio.

Después de todo, puede decirse que el propio Clausewitz ya había vislumbrado la necesidad del concepto de cratotropismo, la necesidad de una tendencia humana a la dominación del otro en beneficio propio, al concebir la guerra como un enfrentamiento de voluntades que persiguen fines políticos diferentes, es decir, que persiguen estructuras de relación y convivencia en las que el propio bando (nación, dinastía o imperio) ocupase una posición dominante desde la que poder utilizar al otro bando para la satisfacción de sus deseos, necesidades y aspiraciones.

### **3.1.3. Racionalización**

¿Cómo enfrenta el ser humano el displacer, la frustración, que tantas veces le ocasionará la incompatibilidad entre las tendencias del Ello al placer y las exigencias y limitaciones del mundo, de los demás y los preceptos del Superyó? Mediante lo que el psicoanálisis ha llamado “mecanismos de defensa” (del Yo) o recursos que emplea el Yo «para protegerse de las exigencias instintivas»<sup>85</sup>, para evitar que se hagan conscientes o explícitos (se materialicen) los impulsos instintivos del Ello inadmisibles para el Superyó o para la sociedad<sup>86</sup> y produzcan, en cambio, conductas beneficiosas

---

<sup>84</sup> CLAUSEWITZ, *op. cit.*

<sup>85</sup> FREUD, Anna, *El Yo y los mecanismos de defensa*, Piados, Barcelona, 1961, pág. 52.

<sup>86</sup> FREUD, Sigmund, “Inhibición, síntoma y angustia” en *El Yo y el Ello* (y otros ensayos), Alianza Editorial, Madrid, 1973, págs. 51 a 137.

para el propio sujeto o para la sociedad, es decir, acciones o actitudes adaptativas o socialmente valiosas.

De estos mecanismos de defensa, a esta Tesis le interesa, especialmente, el conocido como proceso de racionalización. Su descubrimiento y el conocimiento de cómo funciona se debió inicialmente a las prácticas hipnóticas con las que se intentaba tratar a ciertos pacientes. A lo largo de estas prácticas se comprobó que se podían dar órdenes a sujetos hipnotizados, que luego cumplían, una vez recuperado su estado de consciencia habitual. Pero además, si estas órdenes eran absurdas, el sujeto no sólo las cumplía sino que encontraba una explicación y una justificación para esas conductas aparentemente sin sentido.

Por eso, el Diccionario de la Psicología de Sillamy define la racionalización como «la justificación de una conducta cuyas verdaderas razones se ignoran», citando el caso de los hipnotizados a los que se le da la orden de que una vez despiertos abran el paraguas dentro de la consulta. Cuando se les pregunta por qué abren un paraguas en un sitio cerrado cuando además ni siquiera está lloviendo fuera, las respuestas varían con el sujeto, pero todas tienden a ser “lógicas”: “miraba si se me había caído aquí un billete que he perdido”, “compruebo que el paraguas funciona bien por si empieza a llover”, etcétera. De aquí que el citado diccionario añada que en esos casos «la inteligencia [el razonamiento, la lógica] había reorganizado de manera aceptable las relaciones entre elementos inconscientes»<sup>87</sup>.

Una vez conocidos estos fenómenos, uno de los descubrimientos del psicoanálisis fue comprobar que ciertas conductas, socialmente inadecuadas, motivadas por tendencias inconscientes procedentes del Ello o del Superyó, también tendían a justificarse, a racionalizarse, con razones y razonamientos socialmente aceptables, de igual forma que el sujeto posthipnotizado tendía a justificar y a racionalizar las absurdas conductas motivadas por las órdenes recibidas del hipnotizador, que había “guardado” en algún lugar del inconsciente.

---

<sup>87</sup> SILLAMY, Norbert, *Diccionario de la Psicología*, Plaza y Janés, Barcelona, 1974, pág. 268. En GLADWELL, *op. cit.*, págs. 77 a 79, pueden encontrarse situaciones experimentales que replican el mismo tipo de comportamiento racionalizador bajo estrictas condiciones de control experimental sin necesidad de hipnosis, como en DAMASIO, *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*, *op. cit.*, págs. 68 a 75 y 76 y 77, pueden encontrarse ejemplos de conductas de “racionalización” en exploraciones y tratamientos neuroclínicos.

Es como si los seres humanos «mintieran sin saber que están mintiendo»<sup>88</sup> cuando se les pide la razón de una acción cuya verdadera causa ignoran, porque no son conscientes de ella<sup>89</sup> o, incluso, cuando sienten la necesidad de darla sin que nadie se la haya pedido<sup>90</sup>. Tratan de dar explicaciones que resulten aceptables para el medio ambiente social, en el cual lo que han hecho debe parecer “racional”, especialmente en nuestro mundo<sup>91</sup>, hijo de la Ilustración, que en su esfuerzo por combatir y superar beneficios y privilegios de origen mítico, divino o ancestral entronizó, quizás de forma demasiado exclusiva, a la diosa Razón –una diosa más después de todo— bajo cuya advocación todo se vuelve positivo (positivismo) y sin cuya mediación nada puede ser moderno, actual y creíble.

A pesar de lo cual, parece que sigue siendo cierto, que experiencias pasadas, deseos, normas interiorizadas o necesidades de autoestima desconocidas (inconscientes) por el sujeto, son capaces de provocar acciones y reacciones, que cuando se le pregunta al sujeto por qué las ha efectuado, no siendo capaz de dar la verdadera, da una razón que conceda a su actitud un significado más o menos coherente y lógico. Coherente y lógico porque, como dice Castilla del Pino, la racionalización es justificación, y la justificación tiene que ser argumentada<sup>92</sup>. Es el mecanismo (inconsciente) de defensa que empleamos cuando intuimos que la reacción (real, prevista o imaginada) de los demás a nuestros actos va a ser frustrante, porque va a indicarnos que la imagen que queríamos (que nos gustaría) dar, ha sido (o presumimos que va a ser) un fracaso<sup>93</sup>. En definitiva, con la racionalización, lo “lógico”, lo “socialmente aceptable” (principio del deber “hacer”) sustituye a lo “real” (principio del placer) como sinónimo de lo “verdadero” (principio de realidad). Las razones “lógicas” sustituyen a las auténticas razones.

Ahora bien, existe también un tipo de conducta de apariencia parecida a la racionalización psicoanalítica, tal como hasta aquí se está interpretando, pero

---

<sup>88</sup> TALLAFERRO, *op. cit.*, pág. 44.

<sup>89</sup> Porque los circuitos que conectan la excitación neuronal activada por la verdadera causa con la orden neuronal motora que dispara la acción, no pasan o pasan por una zona inhibida de la región cerebral asociada a la consciencia, más o menos coincidente con el llamado cortex frontal.

<sup>90</sup> *Explicatio non petita, acusatio manifesta*, nos alerta el viejo adagio latino.

<sup>91</sup> GLADWELL, *op. cit.*, pág. 60.

<sup>92</sup> CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Teoría de los sentimientos*, Tusquets, Barcelona, 2003, pág. 93.

<sup>93</sup> CASTILLA DEL PINO, Carlos, *El delirio, un error necesario*, Ediciones Nólbel, Oviedo, 1998, pág. 62.

radicalmente diferente de ella. Son los que en apartado 3.1.1. ya hemos denominado “comportamientos esoconscientes” (de *esotérico*, íntimo o iniciado en griego), aquéllos de los que el individuo o el grupo social actuante sólo admite ser consciente ante un núcleo más o menos reducido de íntimos o iniciados.

La razón de recuperar en este momento estos conceptos es que la manifestación colectiva o grupal del mecanismo de la racionalización son las ‘ideologías’, entendidas, en sentido amplio, como el conjunto de ideas que caracterizan a un determinado grupo social, precisamente identificable por compartir, en la teoría o en la práctica, dicho conjunto de ideas; ideologías, de las que a esta Tesis interesan de forma concreta las políticas, es decir, aquéllas que sirven o se utilizan para proponer, suponer o imponer una determinada forma de organizar la convivencia y las relaciones entre personas y grupos sociales. A ellas se referirá siempre esta Tesis cuando utilice el término “ideología”.

Una de las características de las ideologías, así entendidas, sería precisamente fundamentarse en un núcleo más o menos numeroso de “falsas estimaciones”, es decir, de convicciones subjetivas, que, sin embargo, son tomadas por la teoría y por los seguidores y convencidos de la ideología, como verdades objetivas, propiedades de la realidad, que, en consecuencia, a modo de los axiomas matemáticos o de los dogmas religiosos, no necesitan ser (previamente) demostradas. Es decir, en este sentido, todas las ideologías son dogmáticas y todas las religiones (como sus equivalentes, las mitologías y los sistemas filosóficos) son ideologías.

Interpretación, en la que la expresión “falsas estimaciones” se utiliza en el sentido que la usa Castilla del Pino<sup>94</sup>, según el cual, cualquier discurso (individual o colectivo) expresa dos tipos de proposiciones, las que describen las características perceptibles del objeto o tema del que se habla, a las que llama propiedades o proposiciones denotativas (objetivas), y las que describen el sentimiento o sentimientos que el objeto o tema provocan en el sujeto que habla (escribe o expresa de cualquier otra forma), a las que llama atributos o proposiciones estimativas (subjetivas), pudiendo ser ambos tipos de proposiciones, denotativas y estimativas, verdaderas o falsas. Castilla

---

<sup>94</sup> CASTILLA DEL PINO, *Teoría de los sentimientos*, *op. cit.*, págs. 182 a 188.

del Pino entiende que una estimación es falsa cuando el hablante concede al atributo (por definición subjetivo, función del hablante), el carácter de propiedad (por definición objetivo, función del objeto), es decir, muestra no ser consciente del carácter subjetivo, apreciativo, de la proposición, considerándola como una percepción (y no apreciación) objetiva, observable.

Por ejemplo, cuando se dice “esto es bueno” como si se dijera “esto es una mesa”, sin tener en cuenta que “esto” puede no ser bueno en otra escala de valores o en otro contexto, mientras que una mesa siempre será una mesa para la mayoría de las personas, independientemente del contexto y de sus escalas de valores.

En este sentido es en el que se parte de la base de que no parece posible la existencia de ideologías sin dogmas, sin “falsas estimaciones” iniciales, sin *a priori* que se den como objetivamente ciertos aunque solamente sean estimaciones subjetivas, proyecciones de tablas de valores personales a temas, situaciones o contextos determinados. Sin embargo, no hay que confundir esta distinción, puramente psíquica o mental, entre consideración objetiva o subjetiva de nuestras ideas con el mayor o menor grado de fanatismo o flexibilidad de la idea en sí o de quienes la tienen. El dogmatismo al que se está haciendo referencia aquí, como rasgo inherente al concepto de ideología, sólo se refiere a la necesaria existencia de algún o algunos dogmas iniciales (o intermedios) para que pueda existir una ideología coherente, que pueda ser compartida por un grupo más o menos numeroso de seguidores, constituidos en colectivo precisamente identificable en función de su adscripción teórica o práctica a la misma. El dogmatismo, como sinónimo de fanatismo, hace, sin embargo, alusión a la forma de relacionarse la (práctica de la) ideología con (los seguidores o convencidos de) otras ideologías, a la forma en que se intentará o bien convencer o bien vencer. Toda ideología es dogmática en el primer sentido, más o menos dogmática (fanática) en el segundo.

Nadie debe asustarse sin embargo por ello; bien al contrario, alegrarse; ya que, como ha comprobado el ya varias veces citado psiquiatra español Castilla del Pino en su práctica profesional, en primer lugar, la falta de estimaciones en el discurso personal (y, por extrapolación, en el colectivo) es característica de las fases agudas de la

esquizofrenia<sup>95</sup>, y, en segundo lugar, la indiferencia total (que sería el antónimo del fanatismo) es, a su vez, característica de las fases agudas de la depresión<sup>96</sup>. No sólo toda ideología es dogmática (en el primer sentido); además, todos necesitamos tener preferencias, tabla y escalas de valores; todos necesitamos ser más o menos (socialmente) partidarios de algo (o de alguien), (más o menos) dogmáticos; todos (personas y grupos sociales) necesitamos algún tipo de ideología en función de la cual organizar y justificar nuestro comportamiento.

Lo que hacen los seguidores y convencidos de una ideología es “sentir” (inconscientemente) que el pequeño (o gran) núcleo de creencias que constituyen los fundamentos de su ideología son axiomas o dogmas (incontestables en el sentido que hemos visto). Lo sienten sin necesidad de saber porque lo sienten (aunque también pueden saberlo): porque le inducen a ello sus tendencias inconscientes, porque lo han interiorizado como parte de su Superyó, porque forma parte de los deseos, necesidades o aspiraciones de su grupo social, etcétera. Pero en cualquier caso, y sea cual sea el origen de esta predisposición (y adjudicación) inconsciente, también sienten la necesidad de justificarlo de forma socialmente aceptable, es decir, de racionalizarlo, de convertir las originarias estimaciones o apreciaciones subjetivas en razonamientos objetivos, válidos y lógicos, en “teoría”, hoy día, a ser posible, etiquetable de “científica”. A partir de estas primeras premisas racionalizadas y basándose en ellas, todo el edificio de la ideología puede construirse, ahora ya sí, de forma razonada y razonable, lógica y secuencial.

Por ejemplo, durante mucho tiempo, desde que se inició por causas de conveniencia económica hasta que cayó en desgracia, también por causa de conveniencia económica, el colonialismo constituyó una ideología perfectamente estructurada en razón de la necesidad de civilizar a los pueblos africanos y asiáticos (antes, de cristianizar a los americanos precolombinos) y de aportarles los beneficios que el desarrollo europeo había conseguido, partiendo de la premisa de la inferioridad de ciertas razas o pueblos<sup>97</sup>. Premisas que inicialmente concebidas para justificar beneficios materiales, se interiorizó (como parte de los Superyoes individuales) en las

---

<sup>95</sup> CASTILLA DEL PINO, *Teoría de los sentimientos*, op. cit., págs. 230 a 233.

<sup>96</sup> CASTILLA DEL PINO, *Teoría de los sentimientos*, op. cit., págs. 217 a 219.

<sup>97</sup> SAID, Edward, *Orientalismo*, Random House Mondadori, Barcelona, 2003.



sociedades europeas, a través de sucesivos procesos de socialización, de forma que a partir de cierto momento, la equivalencia entre colonización y esfuerzo (altruista) civilizatorio (y de cristianización) y la existencia de razas superiores e inferiores llegó a formar parte de las creencias, naturales, asumidas y, por lo tanto, (honestamente) defendibles, de grandes sectores de las sociedades europeas, poco interesadas, por otra parte, en cuestionar algo que resultaba beneficioso.

En las ideologías, sin embargo, no todo el mundo tiene el mismo nivel de “inconsciencia”, ya que para ciertos núcleos (dirigentes), algunas de estas “segundas intenciones” pueden ser más evidentes y explícitas (aunque nunca del todo) y adoptar frente a ellas esa falsa o aparente racionalización que hemos denominado “comportamientos esoconscientes”: fingir públicamente la convicción de la racionalización, mientras se aceptan ante íntimos o iniciados las auténticas razones (hasta donde puedan ser conocidas).

Una ideología, para esta Tesis, es, resumiendo, cualquier conjunto de ideas sobre la forma de organizar la sociedad y la convivencia dentro de ella, fundamentado en, y deducido de, unos principios y dogmas que se presentan (racionalización) como racionales (empíricamente comprensibles), históricos (inevitadamente deducibles del acontecer histórico), naturales (insertas en la naturaleza Humana o en la naturaleza de la Sociedad o de la propia Naturaleza) o revelados (de origen divino, incuestionables por tanto), en función de los cuales sus seguidores y convencidos organizan y justifican ciertas formas de pensar (e incluso de sentir) y ciertos comportamientos.

Conjunto de dogmas, principios e ideas que caracterizan a un determinado grupo social, precisamente identificable por compartir, en la teoría o en la práctica, dicho conjunto de dogmas, principios e ideas (por ejemplo, los católicos, los socialistas, las feministas, los ecologistas, etcétera).

Vemos, pues, que la racionalización es un concepto que puede extrapolarse desde el ámbito puramente mental interno de los individuos al de las relaciones políticas entre grupos sociales y en este sentido, la racionalización (política o ideológica) podría ser el mecanismo (de defensa) o recurso que empleen los grupos sociales (en sus

relaciones políticas) para evitar que se hagan explícitas ciertas razones de sus conductas o actitudes socialmente inadmisibles (sus tendencias cratotrópicas, por ejemplo), sustituyéndolas, de forma consciente o inconsciente, por otras más socialmente aceptables; el recurso al que acudirían para justificar, con argumentaciones aceptables, presentables, “rationales” y “lógicas”, ciertas actuaciones cuyas verdaderas razones se ignoran o se prefieren ocultar.

### **3.1.4. Identidad social**

El concepto de sentimiento de comunidad de Adler, eficaz contrapeso de su agonístico afán de poder, inductor de nuestro cratotropismo, no deja de ser, como se ha visto, una forma de denominar a lo que comúnmente se ha considerado la tendencia instintiva (filogenética) gregaria del ser humano, que lo hace el animal social por excelencia; una de cuyas más primordiales e importantes manifestaciones son las llamadas ‘identidades sociales’.

Para poder entender el entorno que nos rodea y para poder actuar en él (instinto de supervivencia) y sobre él (instinto cratotrópico), los seres humanos organizamos el conjunto de objetos que percibimos en categorías. Las categorías son agrupamientos de objetos que son, o nos parecen, similares en alguna o algunas características. Características, que, al mismo tiempo, nos sirven para diferenciar las categorías unas de otras<sup>98</sup>. Por ejemplo, cualquier objeto material que nos rodee será animal, vegetal o cosa, o será de madera, de hierro, etcétera.

Esta categorización de las percepciones es el proceso cognitivo que nos permite clasificar la enorme variabilidad y cantidad de objetos que nos rodean y organizarla simplificándola. Éstas son, pues, sus tres funciones principales: clasificar y organizar el entorno y simplificar su comprensión (para poder actuar en él y sobre él)<sup>99</sup>.

La forma concreta en que cada ser humano categoriza y organiza su entorno no es un producto individual, sino un producto social, un producto del proceso de

---

<sup>98</sup> OAKES, Penelope *et al.*, “Un análisis de la prototipicidad desde la perspectiva de la categorización del yo” en MORALES *et al.*, *Identidad social. Aproximaciones psicosociales a los grupos y a las relaciones entre grupos*, Promolibro, Valencia, 1996, págs. 111 a 136.

<sup>99</sup> BRUNER J.S. *On perceptual Review* n° 64, 1957, págs. 123 a 151.

socialización (de formación continua del Yo), que cada individuo sufre desde el mismo momento de su nacimiento. Por eso hay categorías comunes a toda la humanidad, categorías comunes a toda una cultura o a toda una época, o categorías específicas de una familia, de un clan, de un pueblo o de cualquier otro grupo social. Las categorías concretas que usamos cada uno son, por tanto, “aprendidas”. Lo que es innato y filogenético es la tendencia a clasificar, organizar y simplificar el entorno en categorías, como sólidamente parece haber mostrado Noam Chomsky con su gramática generativa.

Pero el proceso de socialización no sólo nos transmite qué categorías concretas usar, sino también como organizarlas, normalmente alrededor de algún o algunos parámetros o características comunes<sup>100</sup>. Lo que ha propiciado que aparezca el concepto de ‘categoría pertinente’ (más comúnmente denominada en psicología social y en sociolingüística ‘categoría saliente’). Es el tipo y nivel de categoría adecuado al contexto en el que la categorización se utiliza<sup>101</sup>.

Un tipo de objetos muy característicos de los que nos rodean son “los otros”, las demás personas. A ellas también las clasificamos en categorías. Son las que la psicología social llama ‘categorías sociales’, ‘grupos sociales o humanos’ o ‘colectivos sociales’, a los que ya, de una forma u otra y por diversas razones, hemos hecho mención en diferentes ocasiones en epígrafes anteriores. Así distinguimos hombres de mujeres, españoles de franceses, médicos de torneros, rubios de morenos, simpáticos de antipáticos.

Este tipo de objetos tiene una característica muy especial, y es que el sujeto que categoriza también pertenece a él, también está incluido en las categorías con las que organizamos y ordenamos ese entorno específico de objetos que nos rodea, al que llamamos, también de forma específica, “entorno o marco social”. Así, un tornero español moreno no sólo siente, piensa y actúa en función de una determinada clasificación de los seres humanos por su sexo, su profesión, su nacionalidad y por el color de su pelo, entre otros muchos parámetros, sino también en función de que él es precisamente hombre y no mujer, español y no francés, tornero y no médico y moreno y no rubio. Para él, una de las categorías (sociales) a través de las que organiza y entiende

---

<sup>100</sup> TURNER, John, *Redescubrir el grupo social*, Ediciones Morata, Madrid, 1990, pág. 77.

<sup>101</sup> OAKES *et al.*, *op. cit.*, págs. 111 a 136.

el mundo que le rodea es a la que pertenece, en la que está incluido. Para él, por tanto, el esquema cognitivo no es solamente “yo” y “los otros”, sino en muchas situaciones, en muchos contextos, “yo”, “nosotros” y “los otros”<sup>102</sup>.

Así, cada persona no tiene solamente lo que podríamos llamar su identidad personal irrepetible, su Yo, sino también una serie de identidades, a las que la psicología social llama ‘identidades sociales’, derivadas de su pertenencia a la variadísima gama de grupos (sociales) de los que forma parte, sus “nosotros”<sup>103</sup>. Nosotros los varones, nosotros los torneros, nosotros los españoles, nosotros los morenos<sup>104</sup>.

“Nosotros”, a los que se puede pertenecer de una manera, digamos, objetiva; expresamos nuestra pertenencia a ellos en contestación a la pregunta “¿y tú qué eres?”. Pero hay también grupos sociales a los que se puede pertenecer de una manera subjetiva; expresamos nuestra pertenencia a ellos en contestación a la pregunta “¿y tú qué te sientes?”. Por ejemplo, “ser moreno”, es simplemente un dato objetivo que no representa gran cosa para la mayoría de las personas (al menos en circunstancias normales), pero “ser (sentirse) socialista” es algo subjetivo (elegido) que normalmente condiciona muchas de nuestras preferencias, actitudes y comportamientos; como las condiciona “ser (sentirse) español”, porque no solamente se “es español” por DNI, sino que, además, para un gran número de personas, “sentirse español” es algo que influye significativamente en muchas de sus preferencias y actitudes e incluso en muchos de sus comportamientos<sup>105</sup>.

Un “nosotros”, cuyo sustrato neurobiológico podría ser el reciente descubrimiento del llamado ‘efecto espejo o especular’. Consiste en que el mismo grupo de neuronas de un individuo se activan cuando hace determinados movimientos, que cuando los ve a hacer a otro congénere; pero también cuando se sienten determinadas sensaciones, emociones o sentimientos, que cuando se percibe que otro congénere las está sintiendo.

---

<sup>102</sup> JARYMOWICZ, Maria, “Distintividad de los esquemas del yo-nosotros-otros e identificaciones sociales” en MORALES *et al.*, *op. cit.*, págs. 141 a 162.

<sup>103</sup> TURNER, *op. cit.*, pág. 77.

<sup>104</sup> Después de todo, “identidad” viene de “id (ello, los otros)-entidad”: hacer, constituir una sola “entidad” con “los otros”, que en este caso son los otros próximos, similares (agrupables en una misma categoría).

<sup>105</sup> JARYMOWICZ, *op. cit.*, págs. 141 a 162.

Un descubrimiento que se considera como la base neurofisiológica de la imitación y de la empatía. Sería la explicación neurofisiológica de cómo la percepción visual de los movimientos de otra u otras personas se puede transformar en el cerebro en una orden motora que produce un movimiento idéntico (o muy parecido), como cuando se aprende a bailar, a practicar un deporte o cualquier actividad manual, especialmente sorprendente en el aprendizaje vicario de los niños; pero también la explicación neurofisiológica de cómo no sólo se entiende lo que nos dicen otras personas, sino que también se entiende “a las otras personas”. «La base de nuestro comportamiento social es que exista la capacidad de tener empatía e imaginar [e imitar y compartir] lo que el otro está pensando». «La imitación social es la base de la cultura». El efecto espejo o especular sería, por tanto, la base neurofisiológica de la gregariedad “ideológica” o identidad social sociológica que se describe en los siguientes párrafos, de la tendencia (inconsciente) a formar grupos sociales identificables por rasgos comunes no físicos (ideas, actitudes, preferencias, etcétera) y de cómo éstos pueden formarse sin necesidad de “adoctrinamiento formal”, por simple proximidad e imitación (proceso de socialización o formación del Superyó)<sup>106</sup>.

La posible pertenencia a un “nosotros” de forma objetiva o subjetiva es la que permite hablar de grupos sociales de pertenencia y grupos sociales de referencia, basados en los distintos tipos de pertenencia física, sociológica y psicológica. Los grupos sociales de pertenencia serían, en principio, a los que se ha llamado “objetivos” en los párrafos precedentes. La pertenencia a ellos viene impuesta por algún rasgo físico del individuo, la raza por ejemplo (se nace caucásico, negro u oriental) o por alguna circunstancia social, la nacionalidad por ejemplo (se nace en España, en Italia o en Birmania) o la religión (se nace en el seno de una familia católica, protestante, musulmana, budista o atea). Los grupos sociales de referencia serían los que se han llamado “subjetivos”, a los que se pertenece por “elección”, en función de cuyos principios, valores y costumbres construimos nuestras preferencias y actitudes y se van

---

<sup>106</sup> BOTO, Ángela, entrevista al neurobiólogo Giacomo Rizzolatti con ocasión del simposio “El sustrato de la sociedad del conocimiento: el cerebro. Avances recientes en neurociencia”, en Diario El País (España) de 19 de octubre de 2005.

moldeando nuestros sentimientos y formas de pensar y actuar. Por eso se dice que la pertenencia a los grupos sociales de referencia es una pertenencia psicológica<sup>107</sup>.

Los grupos sociales de pertenencia física o sociológica, y de referencia (o pertenencia psicológica), no son necesariamente coincidentes pero tampoco incompatibles. La raza, a la que se pertenece físicamente de forma ineludible (excepto quizás para Michael Jackson), constituye una categoría de referencia para muchas personas pero no para muchas otras. No constituye, de hecho, una categoría de referencia habitualmente para muchas personas, hasta que, de pronto, ciertas circunstancias, hacen “pertinente” (necesaria, conveniente, tranquilizadora o explicativa) la categoría raza y, entonces, esas mismas personas empiezan a tener ciertos sentimientos, a asimilar y compartir ciertos razonamientos y a adoptar ciertas actitudes, y llegado el caso ciertos comportamientos, en función de que se pertenece (“nosotros”, “los otros” o ambos) a una determinada raza.

Idéntico razonamiento puede hacerse respecto a ciertas pertenencias sociológicas como la nacionalidad, la religión, la clase social o la profesión u oficio. Son grupos sociales a los que se pertenece sociológicamente, independientemente del grado de opcionalidad con que se pueda pertenecer o dejar de pertenecer a ellos y del grado de voluntariedad con que se haya querido pertenecer a ellos, pero según las personas y las circunstancias, se puede pertenecer a ellos más o menos psicológicamente, es decir, nuestros pensamientos, sentimientos, actitudes y comportamientos pueden estar más o menos, profunda o habitualmente, influidos y condicionados por los principios, valores, creencias, normas y hábitos o costumbres que definen o pueden definir a dicha nación, religión, clase social, profesión u oficio.

Ser negro (pertenencia física) no obliga (y de hecho la mayoría de los estadounidenses negros no lo hacen) a identificarse con el Black Power (pertenencia psicológica), pero, sin duda, lo posibilita y facilita. Si para poder evitar ciertas discriminaciones se pudiese dejar de ser negro, muchos lo harían; pero como no se puede, puede sobrevenir la tentación de seguir las consignas que, por ejemplo, el Black Power preconiza para liberar a los negros estadounidenses de dichas discriminaciones.

---

<sup>107</sup> TURNER, *op. cit.*, pág. 24.

Haber nacido en un país musulmán (pertenencia sociológica) no obliga (de hecho muchos musulmanes no lo hacen) a identificarse con el islamismo (pertenencia psicológica), la teoría política que preconiza que los preceptos religiosos islámicos deben ser el fundamento de las leyes civiles, pero, sin duda, lo posibilita y lo facilita. Cuando pueblos y sociedades enteras no logran salir de la marginación a través de leyes civiles basadas en preceptos importados (de carácter capitalista, nacionalista, socialista, democrático, mercantilista o globalizador) puede sobrevenir la tentación de seguir consignas que preconizan intentarlo basándose en lo autóctono (el Islam).

En definitiva, cada persona “elige” —en realidad “aprende” de los distintos contextos sociales en que le es dado moverse o conocer— qué colectivos a los que pertenece física o sociológicamente le van a servir de “referencia” para construir sus sentimientos, razonamientos y actitudes y, por tanto, en última instancia, para organizar y justificar (ante sí mismo y ante los demás) sus comportamientos o conductas concretas. Cuáles le van a servir para organizar su vida, es decir, cuáles van a ser pertinentes de forma prioritaria y habitual (la profesión o la religión, por ejemplo) y cuáles le van a servir, van a ser pertinentes, solamente para hacer frente a determinadas circunstancias concretas<sup>108</sup>.

Pero, además, cada persona “elige” (“aprende”) “pertenecer” a otros muchos grupos sociales a los que en principio nada le ata. Es el caso, por ejemplo, de las ideologías políticas (nosotros los socialistas, los liberales, los materialistas o los altruistas) o de las aficiones (nosotros los esquiadores, los cinéfilos, los internautas, etcétera). Grupos (puramente) subjetivos de referencia que también le pueden servir para organizar de forma general su vida, es decir, para servirles de referente de forma prioritaria y habitual o para hacerse pertinentes solamente frente o en determinadas circunstancias.

Se “aprende a “elegir” pertenecer a determinados grupos sociales porque la cohesión y continuidad de éstos se asientan, en gran medida, en la existencia de lo que puede denominarse la memoria colectiva. La memoria, que es la facultad de hacer

---

<sup>108</sup> TURNER, *op. cit.*, pág. 86.

conscientes en la actualidad, en el presente, sensaciones, pensamientos o sentimientos del pasado (reconscienciar), a los que denominamos recuerdos, es, por tanto, una facultad de cada individuo, de la que existen dos grandes tipos. Una memoria sensorial que recuperaría del pasado imágenes, más o menos fieles o completas, visuales, auditivas, etcétera (que incluiría, por ejemplo, las repeticiones verbales, que se identifican con “aprenderse algo de memoria”) y una memoria, que podemos etiquetar como memoria socializada, que une a las imágenes y a los hechos (conjunto más o menos organizado de imágenes) una interpretación y una significación. Es la memoria de lo que podemos denominar recuerdos propiamente dichos (frente a los simples recuerdos-imagen), en primer lugar porque abarca e incluye necesariamente a la memoria sensorial, pero, principalmente, porque es la memoria socialmente útil para relacionarnos con los demás.

El concepto de memoria colectiva hace referencia precisamente a este segundo tipo de memoria socializada; una memoria en la que los recuerdos no son una vivencia del pasado idéntica a como éste fue, sino una reconstrucción. En primer lugar, porque la vivencia de cualquier hecho de nuestra vida o de la vida de otros, sea contemporáneo nuestro o personaje del pasado, es siempre una vivencia interpretada en función de parámetros (socialmente) aprendidos a través de las categorías, valores, prejuicios y axiomas imperantes en los grupos sociales de los que formamos parte y en los que estamos insertos, así como de las necesidades, deseos y aspiraciones del momento de esos mismos grupos<sup>109</sup>; de modo que, cuando recordamos, es decir, revivimos (reconscienciamos) este hecho, también lo hacemos en función de las categorías, valores, prejuicios y axiomas, así como de las necesidades, deseos y aspiraciones, del nuevo momento en el que recordamos<sup>110</sup>. Es decir, que si estos parámetros, por la razón que sea, han cambiado, nuestra interpretación del hecho también habrá cambiado; lo que haremos al recordar será no revivir (en el sentido literal de la palabra) el hecho, sino reconstruirlo en función de las pautas sociales del presente<sup>111</sup>.

---

<sup>109</sup> HOLBWACHS, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, Anthropos, Madrid, 2004, pág. 319.

<sup>110</sup> HOLBWACHS, *op. cit.*, pág. 40.

<sup>111</sup> HOLBWACHS, Maurice, *La memoria colectiva*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2004, pág. 25.



La memoria socializada (socialmente útil) consiste, en definitiva, en reconstruir el pasado en función del presente<sup>112</sup>, en función de los parámetros, del marco social del momento en que se recuerda y no del momento en el que se produjo el hecho<sup>113</sup>. Los recuerdos se formaron (socialmente) de acuerdo con parámetros, con el marco social, del momento en que el hecho se produjo, pero se recuperan (socialmente) de acuerdo con los parámetros, con el marco social, del presente<sup>114</sup>. La memoria individual de cada persona depende de los grupos sociales en los que está inserto, de su identidad social pertinente en ese momento, y de las ideas e imágenes en las que esos grupos tienen mayor interés<sup>115</sup>. Los recuerdos reaparecen en la medida en que pueden guiar nuestra acción actual<sup>116</sup>. En que son útiles a nuestras necesidades, deseos o aspiraciones actuales.

La frecuente actitud de “cualquier tiempo pasado fue mejor” se basa, precisamente, en esta utilidad de la reconstrucción del pasado en función de las necesidades actuales. Como los parámetros del presente son de imposible o dificultosa modificación, se acude a una reconstrucción, que como no se nos impone, nos permite la libertad de reimaginarla idealizada, desprovista, por marginación, de sus condicionantes negativos, y caricaturizada, por exaltación, por sus condicionamientos positivos. Elegimos, en definitiva, la situación en la que nos gustaría encontrarnos y la hacemos coincidir con la sociedad que creemos recordar<sup>117</sup>.

Marcos sociales (del que el lenguaje, que realiza la función simbólica de relacionar imágenes e ideas, es el más elemental y estable<sup>118</sup>) que son comunes a todos los miembros de un determinado grupo social, a los que presentarán los mismos estímulos y a los que habrán dado los mismos tipos de pautas de respuesta, induciendo, en consecuencia, el mismo tipo de recuerdos (que no de recuerdos concretos): «es en este sentido que existiría una memoria colectiva y unos marcos sociales de la memoria»<sup>119</sup>. Porque existe pensamiento colectivo o grupal (socialmente formado) y

---

<sup>112</sup> DAMASIO, *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*, op. cit., págs. 124 a 126.

<sup>113</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., pág. 345.

<sup>114</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., págs. 101 a 104.

<sup>115</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., pág. 169.

<sup>116</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., pág. 132.

<sup>117</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., págs. 130 a 138.

<sup>118</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., págs. 101 a 104 y 405.

<sup>119</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., págs. 7a 9.

sentimientos colectivos o grupales (socialmente formados) es por lo que también podemos hablar de memoria colectiva: recuerdos (reconscienciaciones de imágenes, hechos, sensaciones, opiniones y emociones o sentimientos del pasado) que los diferentes miembros de un mismo grupo social (de quienes comparten una misma identidad social) tienden a hacer incidir sobre los mismos objetos, valorándolos de manera similar y reproduciéndolos de la misma forma, es decir, interpretándolos de similar manera. Aunque el pensamiento, el sentimiento y la memoria sean facultades individuales, sus procedimientos, sus materiales y, por tanto, sus productos son sociales, colectivos<sup>120</sup>. Razón por la cual, unos mismos hechos son (pueden ser) rememorados, interpretados y evaluados no sólo de forma distinta, sino incluso opuesta, por los miembros de dos ideologías enfrentadas.

La memoria colectiva es, en definitiva, lo que de común tienen, que es mucho, las memorias individuales de los miembros de un mismo grupo social (que puede ir desde el pequeño grupo familiar o de amigos a los grandes grupos sociales que constituyen las ideologías, las naciones o las civilizaciones), cuya génesis, como hemos visto, es en gran medida aprendida<sup>121</sup>. Por ello, la secuencia vital que recordamos en diferentes momentos de nuestra vida es, o puede ser, diferente, en función de la identidad social (del grupo social de referencia) pertinente en cada momento. Como la reconstrucción de los recuerdos depende de las necesidades, deseos y aspiraciones del momento en que se recuerda y del marco social imperante en cada momento, el recuerdo de un mismo hecho puede presentarse de forma diferente según la memoria colectiva pertinente al momento en que interesa recordarlo<sup>122</sup>.

Estas son, asimismo, las razones por las que no llamamos recuerdos a los sueños, en los que, sin embargo, aparecen personas, lugares, situaciones e incluso emociones o sentimientos conocidos. Porque los sueños son en su mayoría caóticos, historias sin ilación lógica (consideramos “lógico” aquello que ocurre como hemos aprendido que debería ocurrir), cuando no absolutamente incomprensibles. La razón es que en el sueño, los estímulos están deformados (por el simbolismo como diría el

---

<sup>120</sup> HOLBWACHS, *La memoria colectiva*, *op. cit.*, págs. 25 a 51.

<sup>121</sup> En este sentido, conviene diferenciar este concepto de memoria colectiva de la memoria de un grupo social entendida como el registro (oral o documental) de la historia de ese grupo, que es la otra acepción de Holbwachs en *Los marcos sociales de la memoria*, sin que quede claro porque utiliza la misma expresión (en la misma obra) para los dos conceptos.

<sup>122</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, *op. cit.*, págs. 169 a 174.

psicoanálisis, por la insensibilidad sensorial o por el bajo o parcial nivel de activación cerebral, como dirían las ciencias neurobiológicas, pero deformados en definitiva) y la capacidad de respuesta disminuida, es decir, ambos incapaces de seguir las pautas de interpretación y reacción aprendidas. En consecuencia, el resultado, la reconscienciación, nos resulta extraña, incomprensible<sup>123</sup>.

Como nos resultaría extraña, en realidad imposible, la pura reproducción del pasado. Como dice Anatole France en el prefacio de su *Vida de Juana de Arco*: «[...] para sentir el espíritu de un tiempo que ya no está, para hacerse contemporáneo de los hombres de otro tiempo [...] la dificultad no reside tanto en lo que hay que saber [sino en lo que hay que olvidar]. ¡Si queremos verdaderamente vivir en el siglo XV, cuántas cosas deberíamos olvidar: ciencias, métodos, todas las adquisiciones que nos convierten en modernos!»<sup>124</sup>. Si la historia no reproduce los hechos, tal como los relatarían los que vivieron los acontecimientos del pasado, sino que los reconstruye en función de los nuevos testimonios de que dispone y para adaptarlos a las maneras de sentir, pensar y actuar de quien la escribe o expone, ¿por qué iba a ser diferente con los hechos que constituyen la biografía de las personas?<sup>125</sup>

Esta reconstrucción, individual y colectiva, del pasado no es, no obstante, inmune a ese propio pasado. Del mismo modo que la reconstrucción de imágenes y hechos del pasado es condicionada por nuestros sentimientos y actitudes actuales, estos sentimientos y actitudes, por el mero hecho de su asociación con aquellas imágenes y hechos, también quedan condicionados por ellos<sup>126</sup>. Cada vez que reinterpretamos uno de nuestros recuerdos en el marco de nuestra presente situación, el marco transforma el recuerdo, pero a su vez el recuerdo transforma el marco<sup>127</sup>.

En definitiva, la memoria colectiva, como lo que de común tienen las memorias individuales de los miembros de un mismo grupo social, influye y condiciona la conducta colectiva de ese mismo grupo del mismo modo en el que el Superyó lo hace con la conducta individual, pudiendo entonces decirse que toda conducta grupal es el

---

<sup>123</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., págs. 13 a 57.

<sup>124</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., pág. 109.

<sup>125</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., pág. 201.

<sup>126</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., pág. 42.

<sup>127</sup> HOLBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, op. cit., pág. 163.

producto (en sentido matemático) y la resultante (en sentido vectorial) de las tendencias instintivas comunes a los miembros del grupo; de las exigencias, facilidades y limitaciones, físicas y sociales, del mundo externo o extragrupal; de su memoria colectiva; y de sus propias necesidades, deseos y aspiraciones del momento.

Éste es el sentido que se pretende dar al término ‘identidad’ (social) en este trabajo. El sentimiento (subjetivo) de pertenencia a un colectivo con el que nos identificamos; sentimiento que, por tanto, condicionará muchas de nuestras preferencias y actitudes; sentimiento, en función del cual organizaremos (al menos en parte) nuestro comportamiento; y, muy importante, sentimiento a través del cual justificaremos (racionalizándolos si es necesario) dichos comportamientos ante nosotros mismos y ante los demás.

El amparo (placer) que proporcionan las identidades sociales proviene de la necesidad de reducir la angustia (el displacer) que suscita la incertidumbre, creyéndonos capaces de interpretar la realidad que nos rodea tal como es (creyéndonos en posesión de la verdad), que se facilita cuando nuestra interpretación coincide con la de aquéllos que nos rodean<sup>128</sup>. Nos encontramos más seguros, más cómodos, en el mundo de “cómplices” de nuestro grupo social, en el que, salvo algún miembro aislado, irrelevante y, por lo tanto, excéntrico, nadie cuestiona las verdades establecidas en él. Por ello, muchas veces se mantienen creencias y convicciones que no parecen resistir la prueba de la realidad. Tendemos a no querer ser el excéntrico del grupo y, en consecuencia, pasar a ser ex-céntrico en el grupo<sup>129</sup>.

Ahora bien, tenemos tantas identidades sociales como “nosotros” podamos sentir, tantas como grupos sociales haya que nos sirvan para construir y organizar nuestros pensamientos y razonamientos, nuestras actitudes y nuestros comportamientos, como grupos sociales haya de los que nos sintamos parte. Pero no todos nos condicionarán de igual manera, ni la frecuencia de su “pertinencia” será la misma. Tampoco todos influirán en los mismos ámbitos; ámbitos éstos que, por otra parte, tampoco suelen estar influidos por una única pertenencia.

---

<sup>128</sup> HOLBWACHS, *La memoria colectiva*, op. cit., págs. 25 a 51.

<sup>129</sup> CASTILLA DEL PINO, *El delirio, un error necesario*, op. cit., págs. 245 a 248.

Por ejemplo, cuando un bombero justifica ante sí mismo los riesgos de su profesión, que en puro raciocinio frío —según la absoluta racionalidad con la que siempre deberíamos actuar, según la diosa Razón que nos legó la Ilustración— sería absurdo correr, o cuando se autodisciplina para no beber en exceso antes de entrar de servicio o cuando se une a una huelga que solicita aumento de sueldo aunque ese mes pierda el salario de varios días, no lo hace porque “sea” bombero, porque conozca una serie de técnicas concretas, sino porque además “se siente” bombero. Actúa y justifica (ante sí mismo y ante los demás) su comportamiento por su identidad profesional.

Por esta misma identidad profesional, nuestro bombero, quizás se sienta también obrero y quizás piense en sindicarse o en votar a este o a aquel partido, que, sin embargo, preconizan algo que va contra las enseñanzas o prescripciones de la confesión religiosa a la que pertenece, con la que también se siente identificado. Del resultado de esta colisión, de que nuestro bombero se sienta más cómodo justificando ante sí mismo su militancia, o simplemente su votación, en función de su condición obrera (identidad profesional) o de su fe religiosa (identidad religiosa) dependerá su definitiva elección, en definitiva, moldeará su identidad política. Ésta es la razón por la que se decía, unos párrafos más arriba, que no todos los grupos sociales (de referencia) de los que se forma parte condicionan de igual manera a cada persona. Hay identidades más pertinentes que otras; identidades que, en caso de colisión con otras, tienden a imponerse; identidades que gobiernan más la vida del individuo; sobre todo que la gobiernan en los aspectos más trascendentales, con más repercusión, de su vida.

Y esto explicaría que diferentes personas pertenecientes al mismo grupo social puedan sentir, pensar o actuar de diferente forma ante circunstancias que afectan de igual manera a su grupo de pertenencia o referencia. Y la explicación de que bajo ciertas circunstancias, ciertas personas puedan llegar, por ejemplo, incluso a matar, a pesar de que su fe religiosa o sus creencias políticas o filosóficas le prohíben hacerlo en condiciones normales. Cualquier otra identidad social se ha impuesto (se ha hecho “pertinente”) a sus identidades religiosa, política o filosófica.

Ahora bien, ¿qué hace que una identidad pueda ser, o llegar a ser, más pertinente que otra o incluso que todas las demás? Su carácter motivacional o evaluativo. Hasta ahora, hemos visto que las identidades a las que se autoadscribe un individuo, los

grupos sociales (de referencia) de los que se siente parte y no simplemente es parte, tienen, por un lado, una faceta cognitiva (pensamiento y memoria colectivos) que comparten con los grupos de los que simplemente se es parte. Es la que le ayuda a clasificar, organizar y simplificar el entorno social que le rodea para poder entenderlo y poder actuar en él (instinto de conservación) y sobre él (instinto cratotrópico). Tienen, también, una faceta emocional: “se siente parte de ellos”, “se siente identificado con”, que sirve, por tanto, para satisfacer el instinto gregario, sin el cual no hubiera sido posible la sociedad y la civilización tal como las conocemos hoy día. Pero, cumplen también una tercera faceta de carácter motivacional o evaluativo<sup>130</sup>.

Las personas tendemos a identificarnos con aquellos grupos sociales que de una u otra forma pueden servirnos para satisfacer nuestros deseos, necesidades o aspiraciones (nuestro cratotropismo) a través de ellos. La familia durante la infancia y la adolescencia, que resuelve nuestros problemas más acuciantes e inmediatos, podría ser el ejemplo más paradigmático. Como las pandillas juveniles, la pareja, y posterior nueva familia, en el aspecto sentimental, y la propia profesión u oficio, en el aspecto nutricional, serían su continuación y complemento más evidente. Pero conforme los deseos, necesidades y aspiraciones se diversifican y se van adquiriendo otras de carácter menos inmediato y más abstracto (conforme suben de nivel en la pirámide de Maslow podríamos decir), también va siendo necesario ampliar y diversificar (o quizás, en algunos casos, incluso, constreñir) los colectivos de referencia.

Así que, cada individuo, en función de las circunstancias, evalúa (inconscientemente en la mayoría de los casos) qué tipo de grupo social y qué grupos concretos están en mejores condiciones de satisfacer sus deseos, necesidades y aspiraciones, las que (subjektivamente) cree tener. Ahora bien, como se ha visto, una de las aspiraciones que todo ser humano necesita satisfacer es la de mantener o aumentar el poder que es capaz de ejercer sobre el ambiente social que le rodea (instinto cratotrópico). Como el poder total y absoluto (principio del placer) no es posible, a lo que realmente tiende (principio de realidad) es al “poder relativo”, es decir, qué capacidad de utilizarlo en su beneficio tiene en comparación con el que tienen los otros, los demás. Podemos establecer la comparación individualmente<sup>131</sup>, pero también a

---

<sup>130</sup> TURNER, *op. cit.*, pág. 11.

<sup>131</sup> TURNER, *op. cit.*, pág. 73.

través de los grupos sociales de los que somos y nos sentimos parte<sup>132</sup> (faceta motivacional de la identidad). Tenderemos a identificarnos más con aquellos grupos que nos hagan sentir que somos más capaces de utilizar el entorno social que nos rodea en nuestro propio beneficio, que en este caso habrá pasado a identificarse con el beneficio del grupo, con el poder del grupo<sup>133</sup>.

Pero como el poder total y absoluto sobre el entorno social tampoco es posible para cualquier tipo de grupo social, por grande y poderoso que éste sea, a lo que realmente los grupos tienden es, asimismo, al “poder relativo”, es decir, a ser cada vez más capaces de controlar y utilizar en su propio beneficio, cada vez más parcelas de la realidad en las que actúan y se desenvuelven, lo que sólo puede hacer en competición con otros grupos sociales que actúan y se desenvuelven en los mismos ámbitos de actuación.

Ahora bien, el resultado de estas comparaciones puede ser positivo o negativo. En el primer caso, cuando el individuo cree percibir que su pertenencia a un determinado grupo social le es favorable, no parece presentar problemas. Sus tendencias cratotrópicas quedan (parcialmente) satisfechas, su identificación con el grupo social reforzada y las conductas que lleve a cabo como miembro del mismo plenamente justificadas y legitimadas ante sí mismo. Por eso, ciertos sociólogos han llamado a estas identidades, identidades legitimadoras<sup>134</sup>.

Pero cuando lo que se percibe es que se pertenece a grupos “perdedores”, en función de los criterios de comparación culturalmente imperantes, los individuos y los grupos necesitan eludir o compensar de alguna forma la insatisfacción y la frustración (el displacer) que esto les produce. Lo que no deja de ser la manifestación colectiva, la transposición al ámbito de los grupos humanos (formados por seres humanos al fin y al cabo) de la necesidad (preconizada por Adler) de compensar el sentimiento de insuficiencia (del cachorro humano) que aspira a más poder (relativo), a poder hacer (y decidir) lo que otros parecen poder hacer (y decidir); los adultos para el niño, los grupos

---

<sup>132</sup> DESCHAMPS, Jean Claude *et al.*, “Relaciones entre identidad social e identidad personal” en MORALES *et al.*, *op. cit.*, págs. 45 y 46.

<sup>133</sup> TURNER, *op. cit.*, págs 102 a 104.

<sup>134</sup> CASTELLS, *op. cit.*, págs. 30 y 31.

sociales (más) poderosos para los grupos sociales que se sienten “perdedores”, “subordinados”. Lo que hemos denominado tendencias eleuterotrópicas.

Individualmente se puede intentar eludir el displacer y la frustración saliéndose del grupo (movilidad social), pero esto no siempre es posible, especialmente si se pertenece a él física o sociológicamente<sup>135</sup>. Colectivamente se puede intentar eludir el displacer y la frustración deshaciendo el grupo, que por las mismas razones anteriores, no siempre es posible. Por ello, lo que la mayoría de los grupos sociales se ven forzados a hacer, frente a situaciones que objetiva o culturalmente podrían considerarse como desfavorables, es intentar compensar la insatisfacción y la frustración que ello les produce. Para ello utilizan tres tipos básicos de pautas (mentales) de respuesta (colectiva) o “mecanismos de defensa”: la reinterpretación, el altercentrismo y la resistencia.

En primer lugar, los grupos pueden intentar reinterpretar sus propias características, las de los grupos competidores o los propios criterios de comparación<sup>136</sup>. Por ejemplo, ante la evidencia de diferentes niveles de desarrollo y, por lo tanto, de calidad material de vida, puede tenderse a establecer la comparación en función de parámetros como la alegría y el desenfado, más característicos de las sociedades menos desarrolladas del “sur”, frente a la rigidez y el estrés propios de los modos de vida de las sociedades más desarrolladas del “norte”. El criterio de comparación ya no será la calidad material de vida, sino la calidad anímica de vida. Frente a la frustración que induce la pobreza (siempre relativa, producto de la comparación con “otros” más desarrollados) se podrían justificar y legitimar hábitos sociales como la sociabilidad, la hospitalidad, la solidaridad, el folclore, los ritos, etcétera, o, en sentido inverso, modos de vida austeros, sacrificados y coaccionados, en nombre de la superioridad moral de una religión o de la superioridad social de una ideología.

En segundo lugar, los estudios sobre identidades nacionales e identidades culturales en el llamado Tercer Mundo muestran que con abrumadora frecuencia, “los otros”, “los poderosos”, son percibidos y considerados como realmente superiores,

---

<sup>135</sup> HINKLE, Steve *et al.* “Identidad social y aspectos de la creatividad social: cambios a nuevas dimensiones de la comparación intergrupala” en Morales, *op. cit.*, págs. 199 y 200.

<sup>136</sup> HINKLE, *op. cit.*, págs. 199 y 200.



dándose el fenómeno conocido como ‘altercentrismo’, que hace de las características en que “los otros” resultan superiores, el permanente criterio de comparación (residuos no superados o compensados del inicial sentimiento de inferioridad de Adler). Una de las constantes del altercentrismo parece ser, no ya simplemente la valoración más positiva asignada a “los otros” frente al “nosotros”, sino su hipervaloración (“son superiores en todo”) acompañada de desvalorización del “nosotros” mediante permanentes “cláusulas adversativas” del tipo “valientes pero agresivos”, “listos pero vagos”, etcétera<sup>137</sup>.

Por último, está el tipo de mecanismo de defensa que más interesa a esta Tesis. Es cuando el sentimiento de inferioridad y de insuficiencia del “nosotros” va acompañado del sentimiento y de la idea de que esta inferioridad y esta insuficiencia es culpa de “los otros”, o más específicamente de algún “otro” concreto. “No progresamos porque nos tienen económicamente colonizados”; “nuestra lengua está desapareciendo porque el centralismo obliga a utilizar la suya”; “no se dedican recursos a las zonas de población indígena para poder seguir esquilmando impunemente sus recursos naturales”; “las mujeres ocupamos menos puestos directivos porque el machismo impera todavía en las altas jerarquías”. Este tipo de reacciones es el que da lugar a las llamadas ‘identidades de resistencia’<sup>138</sup>, a las que esta Tesis se va a referir como ‘identitarismos’.

Castells<sup>139</sup> ha conceptualizado estas identidades de resistencia en el ámbito de la política, como las generadas por aquellos actores sociales (personas o grupos sociales) que se sienten infravalorados, marginados, excluidos u oprimidos por el orden establecido. Son grupos sociales que cifran su posibilidad de satisfacer sus necesidades, deseos y aspiraciones, e incluso su propia posibilidad de existencia, en principios diferentes u opuestos a los que rigen la convivencia de la sociedad en la que están insertos, sea ésta una sociedad nacional o la sociedad internacional. Afirma, y en ello coincide con todo lo que anteriormente hemos expuesto, que estas identidades políticas de resistencia, estos identitarismos, no son construcciones arbitrarias. Son identidades que se construyen desde presupuestos culturales desconstruidos, esto es, utilizando materiales procedentes de la historia, la geografía, la lengua, la religión o las

---

<sup>137</sup> MONTERO, Maritza, “Identidad social negativa: un concepto en busca de teoría” en MORALES *et al.*, *op. cit.*, págs. 402 a 413.

<sup>138</sup> CASTELLS, *op. cit.*, pág. 30.

<sup>139</sup> CASTELLS, *op. cit.*, págs. 31 y 32.

costumbres, que se vuelven a ensamblar, a reconstruir, a conveniencia, en función de las circunstancias y del tipo de frustración que se sienta.

Son identitarismos (de resistencia) que se edifican a través de una nueva articulación de ideas, principios, valores y hechos, es decir, de una nueva ideología política alternativa; política, aunque los materiales con los que se (re)construye procedan de la historia, la geografía, la lengua, la religión o las costumbres, porque políticos son sus fines: modificar (de aquí que sea alternativa, además de política) las instituciones y las leyes (normas y prescripciones) por las que deberá regirse en el futuro la convivencia, de modo que ellos puedan ocupar en las nuevas estructuras una posición más poderosa, más beneficiada, de más poder relativo, de mayor satisfacción cratotrópica, o, al menos, menos subordinada, menos perjudicada, menos cratotrópicamente insatisfactoria.

Individualmente, estos identitarismos de resistencia se viven como refugios para protegerse contra un mundo externo que se percibe como hostil (“los otros” culpables) y colectivamente sirven para organizar «las trincheras y las barricadas»<sup>140</sup> (metafóricas, aunque en algún momento puedan llegar a ser reales) desde las que resistir la influencia, la imposición, la opresión, el control en definitiva, del “otro” culpable, o la marginación o la exclusión de ese orden establecido por ese “otro” culpable.

Son las identidades políticas de resistencia que están dando lugar, en el mundo actual del cambio de milenio, a esas reconstrucciones políticas de la historia que se están llamando nacionalismos (a menudo etiquetados de “excluyentes”), a esas reconstrucciones políticas de la religión llamadas integristas y fundamentalismos, a esa reconstrucción política de la división sexual del trabajo (y del poder) denominada feminismo o a esas reconstrucciones políticas del progreso a las que se alude como ecologismo o antiglobalización.

En resumen, la conclusión que podría obtenerse de todo este marco de referencia, que basado en esquemas psicoanalíticos y psicosociales de conducta, se ha ido viendo a lo largo de estos cuatro últimos apartados, es que para entender y poder

---

<sup>140</sup> CASTELLS, *op. cit.*, pág. 30.

analizar los conflictos armados de nuestros días es necesario tener en cuenta algo más que las argumentaciones racionales y lógicas (ideo-lógicas) manifiestas y explícitas, con las que los enemigos enfrentados (hoy día, algo más que solamente Estados-nación) justifican sus actuaciones violentas y armadas. Es necesario, como mínimo, analizar también cómo las tendencias cratotrópicas y eleuterotrópicas, que subyacen a todas estas actuaciones, se materializan en las estructuras políticas de relación y convivencia, que terminan induciendo la aparición de conductas violentas, etiquetadas, no obstante, por sus propios protagonistas, como indeseadas y condenables. Y es necesario ver, cómo estas estructuras políticas provocan que ciertas identidades sociales se transformen (eleuterotrópicamente) en identitarismos de resistencia a la estructura política (cratotrópicamente) establecida por los grupos sociales dominantes y sus ideologías legitimadoras.

### **3.2. Materialismo histórico**

¿Cómo se manifiesta el enfrentamiento cratotrópico entre los grupos sociales que constituyen los actores de la sociedad internacional? Una primera posibilidad de respuesta, especialmente aplicable a los tiempos actuales, nos la ofrece el materialismo histórico o concepción materialista de la historia, según la cual, la estructura general de una sociedad, o de un determinado tipo de sociedad puede ser comprendida en función de una serie de categorías o conceptos de carácter económico, pero solamente si estas categorías y conceptos se consideran en sentido histórico, es decir, tal y como se manifiestan en cada época y cultura<sup>141</sup>. Son, por tanto, los recursos materiales, y las técnicas y tecnologías para utilizarlos, de las que disponga cada sociedad, los únicos capaces de explicar en última instancia el tipo de sociedad creado. Todo dependería de las condiciones materiales (materialismo) de cada momento (histórico). La historia y el desarrollo social humano no serían así una progresión “natural” (inserta en la naturaleza del Hombre o de la propia Naturaleza) hacia un absoluto de perfección, sino la consecuencia del progresivo perfeccionamiento de los medios materiales de vida, es decir, de los inventos y descubrimientos con los que el ser humano va aprendiendo a utilizar la naturaleza en su propio beneficio (cratotropismo), y de la evolución de las

---

<sup>141</sup> MARX, Karl, *Contribución a la crítica de la economía política*, Editorial Comares, Granada, 2004, págs. 188 a 192 (Apéndice I: Prólogo a *Contribución a la crítica de la economía política*).

formas de convivencia que estos perfeccionamientos técnicos materiales van permitiendo<sup>142</sup>.

En efecto, los seres humanos usamos la naturaleza para vivir: de la naturaleza sacamos con qué alimentarnos, con qué cobijarnos, con qué construir artefactos útiles, etcétera; pero no siempre para su uso inmediato, lo que permite al materialismo histórico diferenciar entre el ‘valor de uso’ de los objetos y su ‘valor de cambio’. Por ejemplo, se puede cazar (un conejo, por ejemplo) para comérselo (valor de uso) o para venderlo (valor de cambio). En el primer caso, al cazador no le hace falta nadie más y el “valor” de su conejo depende solamente de su propia hambre, por eso se considera que el valor de uso es individual; en el segundo, hace falta alguien a quien vendérselo, con quien intercambiarlo por algo y el “valor” de su conejo va a depender de que haya en esa zona muchos o pocos conejos y muchos o pocos cazadores; el valor de cambio es, por tanto, social, es decir, dependiente del conjunto de características que constituyen la estructura de la sociedad en la que el intercambio se lleva a cabo.

A este segundo tipo de procesos de intercambio es a lo que el materialismo histórico ha llamado proceso de producción; un concepto, bastante más complejo, amplio y elaborado que la sucinta síntesis aquí expuesta, que abarcaría todos los procesos y tipos de relaciones necesarios para que puedan darse en una determinada sociedad, todos los intercambios que se efectúan en ella, correspondiendo, en realidad, no sólo a las estrictas relaciones de producción e intercambio como tales, sino asimismo a las relaciones y modos de distribución y a las de pautas de consumo<sup>143</sup>. Dentro de este proceso general de la producción, el concepto de mercancía se entiende como el resultado de una transformación de la naturaleza (de algún o algunos objetos de la naturaleza) para el cambio y no para el uso o consumo personal, y el concepto de trabajo como sinónimo de productor de mercancías y no de actividad o esfuerzo, por duro y largo que éstos sean. En función de estos conceptos, el materialismo histórico interpreta que no solamente todos los procesos de producción son procesos sociales, sino que, también, todas las relaciones sociales son, en última instancia, procesos de producción, porque de alguna forma (directa o diferida) tienen como fin último un

---

<sup>142</sup> MARX, *op. cit.*, págs. 203 y 204 (Apéndice II: “F. Engels: recesión de la *Contribución a la crítica de la economía política* de Karl Marx”).

<sup>143</sup> MARX, *op. cit.* (Apéndice I), pág. 182.

intercambio de algún tipo de mercancías. Es decir, que las relaciones sociales son “básicamente” (en ambos sentidos del término, de peana sobre la que se sustentan y de núcleo u origen del que proceden) relaciones de producción, a cuyo conjunto denominamos estructura económica («el conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad»<sup>144</sup>). Ninguna estructura social puede entenderse si no es a través de la estructura económica, de la estructura concebida para el intercambio de mercancías<sup>145</sup>.

Lo que le va a permitir argumentar que, si todas las relaciones sociales entre grupos humanos son o tienen como objeto facilitar una relación de producción, todas aquellas relaciones sociales en las que no sea evidente (directo) el intercambio, deben de pertenecer a alguna especie de superestructura de la estructura económica a la que tienen por finalidad sostener. A esta superestructura es, por tanto, a la que pertenecerían los diferentes tipos de estructuras políticas (las diferentes formas de organizar la convivencia, es decir, los intercambios entre personas y grupos sociales), las ideologías que las justifican y los sistemas normativos y jurídicos (impositivo-interpretadores y represivos) que las definen e imponen<sup>146</sup>.

Y que, en consecuencia, no deben confundirse los cambios en esta superestructura con auténticas transformaciones en el tipo de sociedad, que sólo son significativas cuando hay modificaciones sustanciales en la infraestructura, en las condiciones materiales (inventos, descubrimientos, nuevas técnicas y tecnologías, etcétera) o en las relaciones de producción (en la estructura económica)<sup>147</sup>. «No es la conciencia [la ideología] de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad es la que determina su conciencia [su ideología]»<sup>148</sup>. Lo que no deja de ser congruente con el concepto de ideología, analizado en el apartado 3.1.3, como una manifestación colectiva o grupal del mecanismo (adaptativo) individual de la racionalización, con el que se intenta justificar con razones socialmente (más) aceptables, comportamientos motivados por razones socialmente consideradas inadecuadas. La aspiración de todos y cada uno de los grupos sociales de una

---

<sup>144</sup> MARX, *op. cit.*, pág. XXXI.

<sup>145</sup> MARX, *op. cit.* (Apéndice II), pág. 199.

<sup>146</sup> MARX, *op. cit.*, pág. XXXI.

<sup>147</sup> MARX, *op. cit.*, pág. XXXI.

<sup>148</sup> MARX, *op. cit.*, pág. XXXI.

determinada sociedad de utilizar las posibilidades (materiales) que la ciencia y la técnica admiten en ese preciso momento (histórico) en su propio beneficio (cratotropismo), inevitablemente a costa de otros grupos sociales, necesita ser justificada por algún conjunto de ideas (ideología), que presente las estructuras económicas y políticas que permiten al grupo social adueñarse de los beneficios materiales del momento, como inevitable, beneficioso para todos o la mejor o única posibilidad.

Una vez establecidos así los conceptos equivalentes de estructura económica y de relaciones (sociales) de producción, el materialismo histórico los inserta en su componente histórico. Y así, nos dice que las «relaciones de producción [es decir, la estructura económica] se corresponden con un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales»<sup>149</sup>. Ahora bien, ¿qué entiende el materialismo histórico por fuerzas productivas materiales, cuyo grado de desarrollo determina la estructura económica? Fundamentalmente, cuatro grandes grupos de recursos y capacidades: las llamadas materias primas, sean recursos naturales directos o productos ya elaborados que se utilizan para fabricar otros productos más elaborados; los instrumentos de trabajo: herramientas y maquinaria; los métodos y técnicas de trabajo: ciencia, tecnología y organización; y la fuerza de trabajo, que incluye la experiencia acumulada<sup>150</sup>.

Se entiende por fuerza de trabajo «el conjunto de facultades físicas y mentales que se dan en el cuerpo de un hombre y que pone en acción para producir cosas útiles»<sup>151</sup> y la considera una mercancía más (aunque dotada de «un elemento moral e histórico que la distingue de las demás»<sup>152</sup>) por dos razones. Primero, porque dentro de una determinada estructura económica, quien no posee otra cosa que su fuerza de trabajo se ve obligado a «ofrecerla y venderla en el mercado», es decir, a intercambiarla por objetos necesarios para su supervivencia, normalmente a través del intercambio intermedio de otra mercancía llamada dinero. Y, segundo, porque para adquirir esta fuerza física y esta capacidad mental que le permitirán intercambiarlas en el proceso general de la producción por objetos útiles o necesarios, o por mercancías intermedias

---

<sup>149</sup> MARX, *op. cit.*, pág. XXXI.

<sup>150</sup> VIDAL VILLA, José María, *Iniciación a la economía marxista*, Editorial Laia, Barcelona, 1973, págs. 33 a 38.

<sup>151</sup> MARX, Karl, *El capital*, Ediciones Folio, Barcelona, 2002, págs. 83 y 84.

<sup>152</sup> MARX, *El capital, op. cit.*, pág. 88.

(dinero, por ejemplo), necesita otras mercancías que le proporcionen y le repongan esta fuerza física y esta capacidad mental (alimentos, lugar de reposo, mantenimiento de la salud, formación, etcétera). Mercancías que necesita comprar (intercambiar), de lo que se deduce que «la fuerza de trabajo tiene exactamente el mismo valor que los medios de subsistencia necesarios para el que la pone en juego»<sup>153</sup>.

La fuerza de trabajo, o simplemente trabajo, es siempre «trabajo acumulado», es decir, no solamente el trabajo inmediato necesario para la producción concreta de una mercancía u objeto, sino el trabajo total histórico necesario para conseguir la habilidad necesaria que permita realizarlo: formación y experiencia individual previas, pero también formación y experiencia previas colectivas: formación y experiencia de quien formó, de quien organiza el trabajo, etcétera.

En resumen, el esquema en el que se inserta todo este conglomerado de conceptos sería: alguien tiene una materia prima, cuyo valor es el equivalente a la cantidad de trabajo (acumulado) necesario para conseguirla; a la que alguien aplica otra cierta cantidad de trabajo (acumulado), individual o colectivo, el necesario para transformarla en otro producto más elaborado; mediante unos instrumentos de trabajo (herramientas, maquinaria, tecnología, organización, etcétera), cuyo valor es, como el de la materia prima, el equivalente a la cantidad de trabajo (acumulado) necesario para conseguirlos. El valor, por tanto, del producto final elaborado es el equivalente a la suma de las tres cantidades de trabajo anteriores, de las tres cantidades de trabajo (acumulado) necesarias para que el nuevo producto final exista, y su reparto entre las tres partes (personas, colectivos, sociedades, etcétera) intervinientes debería ser coincidente con el valor aportado por cada una de ellas, cuya suma, hemos visto, es, precisamente, el valor del nuevo producto.

Pero si en la sociedad en la que se lleva a cabo este proceso existe algún tipo, cualquier tipo, de régimen de propiedad —sea pública, comunal, privada o de cualquier otro tipo y todas las sociedades conocidas han tenido alguno a partir de determinado grado de desarrollo—, el producto final elaborado que citábamos en el ejemplo del párrafo anterior pertenece a alguien. ¿A quién? A quien determine el régimen de

---

<sup>153</sup> MARX, *El capital, op. cit.*, (Capítulo VI: “Compra y venta de la fuerza de trabajo”), págs 83 a 93.

propiedad imperante en la sociedad en la que se lleva a cabo el proceso. El valor, por tanto, del producto final elaborado sigue siendo el equivalente a la suma de las tres cantidades de trabajo (acumulado), pero su reparto ya no tiene por qué coincidir con el valor aportado por cada una de ellas, sino que depende del acuerdo o acuerdos, voluntarios o forzosos (leyes y normas, reglas del mercado, etcétera), que el poseedor (el propietario) del producto final establezca con el poseedor de cada uno de los elementos del proceso: poseedor de la materia prima, poseedor de los instrumentos de trabajo y poseedor de la fuerza de trabajo (independientemente de que algunas de estas figuras, a las que nos referimos como ‘poseedores’, coincidan en la misma persona, colectivo, sociedad, etcétera).

Es decir, que donde existe régimen de propiedad, reglas para la propiedad de las cosas o de las personas, en definitiva, reglas para la propiedad de “los medios o fuerzas de la producción” en lenguaje de la concepción materialista de la historia, siempre habrá quien esté en mejores condiciones de establecer e imponer las reglas (leyes, normas y hábitos o costumbres) por las que se regirán las relaciones de producción, es decir, las estructuras económicas. En mejores condiciones, por tanto, para o bien mantener o bien modificar la estructura de relaciones económicas imperante, según ésta le resulte más o menos ventajosa.

Ahora bien, si quien detenta la propiedad del producto final es quien puede establecer las normas (los acuerdos voluntarios o forzosos que hemos visto) por las que se regirán las relaciones de producción que constituyen la estructura económica de la sociedad, también será quien pueda establecer las normas de su superestructura de relaciones de convivencia o políticas y las de formación de mentalidades y actitudes o culturales (ideológicas); y quien estará, por tanto, también, en las mejores condiciones para o bien mantener o bien modificar la estructura política y la ideología que la justifica (las pautas culturales imperantes), según le resulten más o menos ventajosas.

Así, el cambio social, el cambio de estructura económica, se produce cuando «durante el curso de su desarrollo, [el valor relativo de] las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con [la estructura] de las relaciones de producción existentes o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las



fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas a estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social»<sup>154</sup>.

Un par de ejemplos. La sociedad feudal era un tipo de sociedad en el que el grado de desarrollo de la maquinaria hacía que ésta tuviera poco valor en comparación con los recursos naturales. Por ello, lo más valioso era la posesión de la tierra y sus productos inmediatos: cosechas, bosques, minas, ganado, etcétera. De ahí, que la clase dominante fueran los señores feudales, propietarios de la tierra y sus productos inmediatos. No sólo poseían el medio o fuerza material social de producción más valioso, sino que, a través de su posesión, podían imponer a los demás componentes de la estructura económica (siervos, comerciantes, consumidores, etcétera) los tipos de relación (de trabajo, de intercambio, de comercio, etcétera, de producción en definitiva) que les resultaban ventajosos.

Pero a partir de determinado momento, el progresivo perfeccionamiento (desarrollo) de la maquinaria (revolución industrial) fue haciendo que ésta tuviese más valor que los propios recursos naturales (o materias primas) sobre los que actuaba. Y así, poco a poco, fueron los industriales, los poseedores de maquinaria o tecnología, como quiera llamársele, los que pudieron ir imponiendo a los demás componentes de la estructura económica, los tipos de relación que les resultaban más ventajosas. Se pasaba del tipo de relaciones (sociales) de producción feudales al tipo de relaciones (sociales) de producción burguesas. Se pasaba del tipo de sociedad política feudal al tipo de sociedad política burguesa.

Segundo ejemplo. La sociedad (internacional) durante la primera parte del siglo XX era un tipo de sociedad en la que el medio o fuerza material social de producción más valioso era la industria pesada, basada, en términos generales, en el hierro (y demás metales) y el carbón (más tarde, el petróleo). Medios o fuerzas materiales sociales de producción, por tanto, físicamente materializados en un territorio y por unas instalaciones. Cualquier autoridad nacional (al menos las grandes y medianas potencias) podía pretender regir su funcionamiento y evolución, lo que, en definitiva, supone un alto grado de soberanía (nacional) económica.

---

<sup>154</sup> MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, *op. cit.*, pág. XXXI.

Pero a partir de la década de los setenta de ese siglo, hace su interrupción en el mundo la revolución electrónica. La industria pesada da paso a la informática, a la robótica y a las telecomunicaciones como el medio o fuerza material social de producción más valioso. Ahora, progresivamente, ya no son los gobiernos nacionales, en conjunción con las grandes corporaciones industriales nacionales, los que pueden ir imponiendo a los demás componentes de la estructura económica (internacional en este caso) los tipos de relación que les resulten más ventajosos; ahora son las grandes corporaciones financieras, capaces y en condiciones de utilizar toda la enorme gama de posibilidades que dan las nuevas tecnologías electrónicas, las que, en conjunción con los gobiernos y autoridades dispuestos a asociarse con ellas, las que pueden imponer a los demás componentes de la estructura económica (internacional en este caso), los tipos de relación que les resulten más ventajosos. Se pasaba (se está pasando), así, del tipo de relaciones internacionales de producción verdaderamente inter-nacionales a otro tipo de relaciones internacionales transnacionales y del tipo de sociedad inter-nacional al tipo de sociedad globalizada actual.

Así pues, lo que en definitiva la concepción materialista de la historia aporta es la explicación de cómo determinados grupos sociales logran establecer normas, reglas y estructuras que les permiten utilizar a otras personas y grupos sociales —utilizar el trabajo de otras personas y grupos sociales, en realidad— en su propio beneficio, para la satisfacción de sus deseos, necesidades y aspiraciones, articulando para ello la estructura económica, a través del concepto ‘propiedad’, que resulte más conveniente a sus intereses, la estructura política adecuada para imponer y mantener dicha estructura económica y la estructura ideológica y cultural que justifique y racionalice las dos anteriores.

Con lo que estaríamos en condiciones de contestar a la pregunta con que se iniciaba este epígrafe: ¿dónde se materializa el (resultado del) enfrentamiento cratotrópico entre grupos sociales? En la estructura económica imperante en un momento dado en la sociedad (sea nacional, internacional o subestatal) de la que dichos grupos son parte. Una estructura económica que habrán logrado imponer los grupos sociales, que, por la razón que sea en cada caso, han tenido más oportunidad o facilidad de acceder y “apropiarse” del medio o fuerza material (materialismo) de producción

más valioso en ese momento (histórico), creando, en consecuencia, beneficiados y perjudicados.

Una estructura económica que precisa de una (super)estructura política (leyes, normas, instituciones y hábitos o costumbres) para imponerse y mantenerse, creando en consecuencia poderosos y subordinados, y que precisa de una (super)estructura ideológica o cultural para justificarse. Estructuras política y cultural o ideológica que serán, también, por tanto, materializaciones y formas de manifestarse de (el resultado de) los enfrentamientos cratotrópicos de los diferentes grupos sociales que constituyen dicha sociedad.

Cratotropismos y eleuterotropismos que, expresándose y manifestándose en forma de intereses económicos (deseos, necesidades y aspiraciones económicas, de posesión y control de bienes materiales), inducirán a intentar mantener, o a intentar subvertir o modificar, dicha estructura económica. En este sentido es en el que se puede afirmar que los intereses económicos de un determinado grupo social (de un Estado, por ejemplo), no son sino manifestaciones del cratotropismo de los diferentes subgrupos que lo conforman, y que, de igual manera, sus intereses de cualquier otra índole, no son asimismo, sino manifestaciones de su cratotropismo, de su tendencia a utilizar a “otros” en beneficio propio. Así, estructura económica, confrontación de intereses y enfrentamiento cratotrópico vienen a ser, en cierto modo, sinónimos y, por tanto, intercambiables.

Todo lo cual podría llevar a concluir exageradamente que si cualquier tipo de relación social, y por lo tanto también las de carácter político, es en el fondo una relación económica, o al menos se sustenta sobre una relación económica, y si toda relación económica, en el fondo, se sustenta en un enfrentamiento cratotrópico, donde sólo se busca poder hacer un uso más extenso e intenso de los bienes materiales existentes, toda relación social, y por lo tanto también las de carácter político, sólo podría ser una confrontación cratotrópica y manifestarse como conflicto, como conflicto político.

Lo que no se nos aparece necesariamente así cuando observamos el mundo, más concretamente el mundo de nuestros días. En realidad, lo único que muestra y explica el

materialismo histórico es que toda estructura política, como todos sus necesarios correlatos jurídicos, normativos, ideológicos y culturales, está “condicionada” por las confrontaciones de intereses económicos subyacentes, pero no necesariamente “exclusiva” o “directamente” condicionada. Matizaciones a las que pretende responder el siguiente epígrafe.

### **3.3. Relaciones de poder**

Las anteriores conclusiones, según las cuales, la materialización del resultado de los enfrentamientos cratotrópicos entre los diferentes grupos sociales que constituyen una determinada sociedad, son sus estructuras económica, ideológica y política, no hacen referencia sino al problema del poder, del poder económico, del poder ideológico o cultural y del poder político. Un poder que, como ya se ha mencionado, nunca es absoluto ni total, sino siempre relativo; lo que ha permitido a Michel Foucault afirmar que el poder no se puede tener ni poseer, el poder sólo se puede ejercer: «Nadie hablando con propiedad, es el titular de él»<sup>155</sup>. En este sentido es en el que se puede aceptar el aforismo de que el poder no existe, lo que existe en la realidad son relaciones de poder, el poder no existe más que en acto, poderes concretos, detectables, rastreables<sup>156</sup>. Las relaciones de poder, por otra parte, están siempre imbricadas con otros tipos de relación: de producción, sexuales, familiares, administrativas, educativas, etcétera, con las que juegan un papel a la vez condicionante y condicionado<sup>157</sup>.

Una concepción del poder, como relación en la que siempre algún o algunos grupos sociales se imponen sobre otro u otros, cuya conexión con el concepto de cratotropismo no parece difícil de establecer. Si el cratotropismo es la tendencia filogenética universal humana a utilizar a los demás en beneficio propio, para satisfacer los propios deseos, necesidades o aspiraciones, es decir, una predisposición que los humanos aplicarán (o tratarán de aplicar) a todas sus relaciones (sociales) cotidianas, el poder es la capacidad de ejercer dicha predisposición, la capacidad para utilizar a los otros, a los demás, en beneficio propio, para satisfacer los propios deseos, necesidades o aspiraciones; y las relaciones de poder, la materialización (el poder que no existe más

---

<sup>155</sup> FOUCAULT, Michel, *Microfísica del poder*, Ediciones La Piqueta, Madrid, 1992, págs. 83 y 84.

<sup>156</sup> FOUCAULT, *op. cit.*, págs. 144 a 147.

<sup>157</sup> FOUCAULT, *op. cit.*, págs. 170 y 171.

que en acto que nos dice Foucault) de esa posibilidad, de esa capacidad, la satisfacción de ese instinto. Predisposición, capacidad y materialización que, dándose en todos los actos de la vida, sustentan, en última instancia, todas las relaciones y tipos de relaciones que conforman la estructura política (de organización de la convivencia) de cualquier sociedad (internacional, nacional o subestatal).

Y así es como puede transcribirse al concepto de relaciones de poder la idea de las tendencias cratotrópicas subyacentes a todo comportamiento humano: un grupo social, sexo, etnia, clase social, estamento, nación, cultura o civilización, tendrá poder cuando utilice (porque puede, porque tiene los medios para hacerlo) a otros grupos sociales, sexos, etnias, clases sociales, estamentos, naciones, culturas o civilizaciones en su propio beneficio; éste es el único sentido útil de los términos “poderoso” y “subordinado” y cualquiera de sus sinónimos. No es cuestión de poseer (o no) los medios, sino de utilizarlos y utilizarlos, precisamente, para servirse de los otros, de los más débiles, de los que carecen de esos medios o los poseen en menor medida; no es poderoso quien “tiene”, sino quien “usa”, precisamente, para servirse de los otros, para satisfacer sus deseos, necesidades o aspiraciones.

Para entender cómo funciona y cómo se ejerce el poder político así entendido, Foucault se vuelve hacia la historia y en ella encuentra dos grandes teorías generales modernas que tratan de explicarlo, la concepción «jurídica, liberal, que se encuentra en los filósofos del siglo XVIII» y «la concepción marxista»<sup>158</sup>.

Para la concepción liberal (jurídica), el poder reside en el individuo, se origina en todos y cada uno de los individuos, que lo ceden, voluntaria o forzadamente, total o parcialmente, mediante el llamado ‘contrato social’, para contribuir a la constitución del poder político, cuyo punto culminante y mejor señal de identidad es la soberanía (resida ésta en un único soberano, en el llamado pueblo o conjunto de individuos, en una constitución escrita o consuetudinaria o en una potencia extranjera). Un poder político que es organizador de la sociedad, de la convivencia, con funciones de legislador, es decir, de creador de las normas por las que debe regirse la convivencia; de gobernador, es decir, de depositario de la capacidad decisoria en un determinado número de aspectos

---

<sup>158</sup> FOUCAULT, *op. cit.*, págs. 133 a 137.

de la convivencia; y de juez o arbitro, es decir, de interpretador de las normas y de represor de las desviaciones. Una concepción del poder político que obliga a crear el concepto de opresión para las situaciones en que dicho poder político se sobrepase a sí mismo, vaya más allá de los límites del contrato social que se supone está en su origen. Una concepción del origen, de la génesis, del poder político, en la que la constitución de éste se hace siguiendo el modelo de una operación de derecho, contractual, de intercambio, en la que el poder se asimila a un bien, a una mercancía.

Para la concepción marxista, el poder político, como vimos en el epígrafe anterior, tiene la función esencial de mantener una determinada estructura económica. Su papel primordial como legislador, como gobernador y como juez o arbitro, como organizador de la sociedad y de la convivencia en definitiva, es, por tanto, establecer, mantener y asegurar las modalidades específicas de convivencia que permitan a la clase (o clases) social dominante apropiarse de la fuerza de trabajo (productiva) de las demás. Su máximo exponente, el aparato de Estado, sería así el encargado de establecer, llegado el caso, la opresión (política) y la represión (judicial) que permitan mantener el conjunto de toda la estructura. Es una concepción basada, por tanto, en la utilidad (en la funcionalidad, es la expresión que utiliza Foucault) económica del poder; el poder tendría en los intereses económicos su razón histórica de ser, sus formas concretas de manifestarse y sus modos de funcionamiento.

Pero frente a estas dos teorías imperantes, Foucault se pregunta «¿está siempre el poder en posición secundaria respecto a la economía?, ¿está el poder siempre modelado según la mercancía?, ¿es algo que se posee, se adquiere o se cede por contrato o por fuerza?»<sup>159</sup> ¿O es también algo más, aunque efectivamente las relaciones de poder estén profundamente imbricadas con y en las relaciones económicas formando una especie de haz con ellas, en cuyo caso la relación («indisoluble» dice Foucault) entre economía y política no sería ni del orden del isomorfismo formal (concepción liberal) ni del de la subordinación funcional (concepción marxista)?.

Indudablemente, para Foucault, las relaciones de poder tienen la forma de un contrato y tienen la función de mantener unas determinadas estructuras, pero tanto el

---

<sup>159</sup> FOUCAULT, *op. cit.*, págs. 134 y 135.

origen de este contrato como su mantenimiento pueden tener el carácter, como se ha apuntado antes, de voluntario o de forzado, de aceptado o de impuesto, ya que las relaciones de poder, dirá Foucault, son, como decía Nietzsche —por lo que Foucault llamará a esta hipótesis, «hipótesis de Nietzsche»<sup>160</sup>— una relación de fuerzas, el resultado del inevitable enfrentamiento (explícito, manifiesto o soterrado, latente) derivado de la propia condición humana y de la propia naturaleza humana (¿no es esto a lo que estamos llamando cratotropismo?).

El poder sería, así, en un gran número de casos, lo que impone, lo que reprime<sup>161</sup>. El poder reprime (utiliza, esquilma, desequilibra) la naturaleza (ecologismo), los instintos (psicoanálisis), a las clases sociales (marxismo), a los individuos (nihilismo, hipismo, anarquismo, por una parte, liberalismo, por otra), a los pueblos (cuando hay opresión) (democracia, derechos humanos). Foucault llama a esta hipótesis (el poder es lo que reprime, lo que está en condiciones de reprimir) «hipótesis de Reich»<sup>162</sup> («por comodidad» como él mismo reconoce), en similitud terminológica a lo que acaba de llamar hipótesis de Nietzsche y a lo que podríamos llamar “hipótesis liberal” e “hipótesis marxista” vistas anteriormente.

Pero como con respecto a ellas, Foucault es escéptico en lo que concierne a esta hipótesis de Reich. No escéptico respecto a que el poder sea lo que reprime, lo que está en condiciones de reprimir, sino a que sólo sea lo que reprime, a que sólo sea lo que está en condiciones de reprimir. De igual manera que no era escéptico respecto a que el poder sea un contrato social (hipótesis liberal) o una superestructura cuya función sea mantener una determinada estructura económica (hipótesis marxista), sino a que el poder sea sólo un contrato social o una superestructura cuya función sea mantener una determinada estructura económica.

Si el poder no fuera más que represión, argumenta Foucault, si no hiciera otra cosa que prohibir y negar, ¿se aceptaría tan fácilmente?, ¿podría éste existir sin violencia física permanente?, ¿podrían existir estructuras políticas estables? La realidad nos dice que muchas relaciones de poder son aceptadas, e incluso ensalzadas y

---

<sup>160</sup> FOUCAULT, *op. cit.*, pág. 136.

<sup>161</sup> FOUCAULT, *op. cit.*, pág. 135.

<sup>162</sup> FOUCAULT, *op. cit.*, pág. 136.

glorificadas, por quienes ocupan en ellas posiciones subordinadas y, por tanto, son “perjudicados” por ellas. Sólo hay que recordar el fenómeno altercentrista<sup>163</sup> analizado anteriormente como posible mecanismo de defensa de grupos sociales subordinados. La explicación, según Foucault, es que el poder no sólo reprime, prohíbe y niega, sino que también produce efectos positivos, fundamentalmente en el campo del saber, de los conocimientos<sup>164</sup>. La represión, lejos de ser la forma esencial de las relaciones de poder, no es sino su límite extremo, su *ultima ratio*<sup>165</sup> (como la guerra lo es a la política). Existe también, afirma Foucault, una perpetua articulación entre el poder y el saber. Todo saber da poder y, por lo tanto, todo poder tiende a crear saber<sup>166</sup>. Especialmente en nuestros días, en los que ya empieza a hablarse de la llamada «paradoja constitutiva de la ciencia y la tecnología», según la cual, «[en nuestros días] a más saber, más poder, y a más poder, más peligros, para superar los cuales son necesarios nuevos saberes, es decir, nuevas formas de ejercer el poder, y, en consecuencia, nuevos peligros»<sup>167</sup>.

Saber y conocimientos son para Foucault conceptos muy amplios, que incluyen los ámbitos en los que se desarrollará el conocimiento, los conceptos que se han de utilizar, las técnicas que han de emplearse, los objetos de conocimiento, los conocimientos que serán prioritarios o prestigiosos, etcétera, pero también los sujetos de conocimiento y los tipos de personas que deben ser productores de conocimiento, asimiladores de él o consumidores de sus resultados<sup>168</sup>. A todo lo cual, Foucault le va a llamar los «discursos de verdad» o simplemente la «verdad» de una determinada sociedad.

Así entendida, la ‘verdad’ no es solamente el conjunto de objetos, procesos y técnicas, que se han inventado o descubierto, ni siquiera solamente el conjunto de enunciados sobre ellos que hay que hacer aceptar, la ‘verdad’ es también el conjunto de reglas por el que una determinada sociedad va a discriminar lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo legítimo de lo ilegítimo. Un conjunto de reglas que determina qué técnicas o procedimientos son aceptables o no (el testimonio visual o el testimonio de

---

<sup>163</sup> Ver apartado 3.1.4 Identidad social, págs. 60 y 61.

<sup>164</sup> FOUCAULT, *op. cit.*, págs. 106, 107 y 182.

<sup>165</sup> FOUCAULT, Michel, *Un dialogo sobre el poder*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, pág. 156.

<sup>166</sup> FOUCAULT, *Microfísica del poder*, *op. cit.*, págs. 99 y 100.

<sup>167</sup> RAMOS TORRES, Ramón, “La deriva hacia la incertidumbre de la sociedad del riesgo”, en RUANO GÓMEZ, Juan de Dios (director), *I Jornadas sobre la sociedad del riesgo Más allá de la sociedad del riesgo*, Servicio de Publicaciones de Universidade da Coruña, 2006, pág. 27 a 43.

<sup>168</sup> FOUCAULT, Michel, *Estrategias de poder*, Paidós, Barcelona, 1999, págs. 169 a 172.



un vídeo en un juicio, por ejemplo), o qué enunciados o discursos son aceptables o no (la guerra en nombre de los derechos humanos es aceptable, en nombre de la superioridad racial, no, por ejemplo), o qué mecanismos o instancias son aceptables o no (sólo los médicos pueden curar y sólo los ingenieros y los arquitectos pueden construir, pero, al mismo tiempo, sólo las universidades pueden decidir quien es médico, arquitecto o ingeniero, por ejemplo)<sup>169</sup>.

Cada sociedad, cada tipo de sociedad, tiene, por tanto, su “régimen de verdad”. «La verdad es de este mundo; está producida aquí gracias a múltiples imposiciones», como dice Foucault. Y dentro de cada sociedad, y entre sociedades, se da un combate «por la verdad», pero no se trata de un combate «a favor» de la verdad, sino en torno a qué verdad, a qué verdades (democracia o Corán como base legítima de la organización política de la convivencia, por ejemplo), a cuál es la utilidad política y la utilidad económica de cada verdad (de cada descubrimiento, de cada conocimiento, de cada enunciado, de cada técnica, de cada relación, de cada costumbre, de cada uso)<sup>170</sup>.

En una sociedad como la nuestra, pero en el fondo en cualquier sociedad, concluye Foucault, las relaciones (políticas) de poder no pueden funcionar sin la producción, la acumulación y la difusión de un determinado discurso de verdad<sup>171</sup>, de una determinada cultura que la identifique, de una determinada ideología que la justifique. Todo poder político y toda actuación política del poder —y cualquier conflicto armado es, como se ha visto, una actuación política del poder—, siempre, pero especialmente hoy día, en que el poder político depende tan directamente de la llamada opinión pública, se justifica (se racionaliza), necesita justificarse, en un discurso de verdad —en lo que esta Tesis ha conceptualizado como una ideología—; un discurso de verdad (una ideología), hoy día etiquetado de científico, humanitario o democrático; como antes se etiquetaba de natural (es decir, acorde con una enigmática ley natural) o revelado; y siempre de pragmático y necesario.

Discurso de verdad que se codifica (en la parte que se codifica) en el llamado derecho, así interpretable como el conjunto de reglas que delimitan formalmente el

---

<sup>169</sup> FOUCAULT, *Microfísica del poder*, op. cit., págs. 187 y 188.

<sup>170</sup> FOUCAULT, *Microfísica del poder*, op. cit., págs. 187 a 189.

<sup>171</sup> FOUCAULT, *Microfísica del poder*, op. cit., págs. 139 y 140.

poder (el “como” del poder), que establecen las dicotomías legal/ilegal y aceptado/excluido y la tricotomía obligatorio/permitido/prohibido, a través de las cuales el poder impone su discurso de verdad. La verdad, los discursos de verdad de cada sociedad, son, por tanto, la justificación de las concretas relaciones de poder que se dan en ella; el derecho, uno de los instrumentos mediante los cuales éstas se mantienen y perpetúan.

Discurso de verdad, que se impone a los individuos a través del Superyó, a través de la asimilación, interiorización y aceptación de las estructuras sociales, que es en lo que consiste esta función creadora del poder conceptualizada y analizada por Foucault. Es a través de la tendencia social (gregaria) de cada individuo como el poder (las estructuras de dominación) se asienta, para aceptarse o cuestionarse. Las estructuras sociales, interiorizadas como Superyó o realidad social, moldean y limitan al Ello, al filogenético y al ontogenético, y a sus tendencias eleuterotrópicas, para constituir el Yo o individuo, que interactuando con los otros Yoes o individuos forma los grupos sociales y las sociedades, en los que, cerrando el círculo, se tenderá a reproducir la estructura interiorizada, es decir, a reproducir la misma estructura de dominación anterior, moldeando, al mismo tiempo, otra vez, los Superyoes<sup>172</sup>.

En este esquema, la sumisión, la aceptación por los dominados, por los perjudicados de las estructuras de poder, tiene su origen en, por una parte, la tendencia infantil a alcanzar la satisfacción de los deseos de forma inmediata (preponderancia del Ello y el principio del placer en los primeros estadios de la vida), cediendo en compromisos que, lógicamente, aún no le es posible comprender, pero que van creando en su (Superyó) inconsciente el hábito de la aceptación de las estructuras de poder, que con el tiempo acabarán convirtiéndose en modelos (socialmente adecuados) de participación personal en las estructuras sociales; y tiene su origen en, por otra parte, las tendencias eleuterotrópicas, de emancipación, del joven cachorro humano, especialmente fuertes en la preadolescencia y en la adolescencia (tras superar la etapa de la amnesia infantil), cuando el mundo empieza a entenderse y cuando el individuo empieza a verse capaz de “vivir” por sí solo, de forma independiente (es decir, no-dependiente). Tendencias que pronto entran en colisión con la realidad. De qué y cómo vivir (‘miedo al vacío’), ya que en la etapa anterior infantil sólo se ha aprendido a vivir

---

<sup>172</sup> ROZITCHNER, León, *Freud y el problema del poder*, Losada, Buenos Aires, 2003, págs. 11 a 45.

a través de los adultos, de la familia normalmente, nido protector y estructura de poder al mismo tiempo, de quien ha dependido física (cuidados y protección) y psíquicamente (Superyó).

Eleuterotropismo y miedo al vacío se combinarán en diferentes proporciones y con diferentes modalidades en cada individuo, dando lugar a diferentes personalidades y actitudes frente al poder (y a cada tipo de poder en concreto), que, en cualquier caso, siempre tendrá un importante componente de miedo al vacío, de inclinación a someterse a la protectora estructura de dominación, al poder y a sus diferentes formas; de inclinación a reproducir estructuras de poder aunque en ellas sólo se pueda desempeñar una función subordinada; a la sumisión; a la aceptación de que él personalmente y los grupos sociales de los que forma parte y en los que se está inserto pueden tener una posición subordinada respecto a otros individuos y respecto a otros grupos. La función creadora del poder (las ideologías) habrá cumplido su cometido, interiorizando como “salvadoras” y “naturales” las principales características de éste y llevando a determinados grupos sociales a las actitudes altercentristas descritas al analizar la génesis y funciones de las identidades sociales<sup>173</sup>.

Así pues, para esta Tesis, como para Foucault, el poder no sólo actúa a través de la represión (de la opresión, de la imposición, de la coacción, del castigo, de la prohibición) sino también a través de la creación de cultura, convicciones, conocimientos y técnicas, que producen placer, satisfacciones y comodidades y que inducen, en consecuencia, a la aceptación voluntaria de la ideología que lo justifica. Pero Foucault siguiendo su método antirreduccionista, según el cual, como hemos visto, postula que el poder no es sólo contrato social (hipótesis liberal), aunque actúa a través del contrato social, no es sólo sostenimiento de unos determinados intereses económicos (hipótesis marxista), aunque es la forma de sostener intereses económicos, y no es sólo represión y opresión (hipótesis de Reich), aunque la opresión y la represión sean instrumentos mediante los que actúa, también admite que el poder no es sólo creación de ideologías, creación de discursos dominantes de verdad (a lo que llamaremos, por similitud, hipótesis de Foucault), aunque el poder (político), sin duda, las utiliza para imponerse, perpetuarse, mantenerse y justificar sus actuaciones.

---

<sup>173</sup> Ver apartado 3.1.4. Identidad social, págs 60 y 61.

El poder, las relaciones de poder, son todo eso, pero, como ya apuntamos algunos párrafos más arriba, son algo más; algo más que el propio Foucault ha denominado la hipótesis de Nietzsche: las relaciones de poder son ante todo relaciones de fuerza<sup>174</sup>, el resultado de un inevitable enfrentamiento previo, anterior, derivado de la propia condición (cratotrópica) humana y de la propia naturaleza (cratotrópica) del ser humano, que unas veces será voluntaria y pacíficamente aceptado (hipótesis liberal), mediante la interiorización y la aceptación resignada del discurso de verdad o ideología (hipótesis de Foucault), con la que los vencedores (los poderosos) justifican (racionalizan) las estructuras (económicas, culturales y políticas) que crean para mantenerse (hipótesis marxista); y otras veces será impuesto mediante la opresión, la represión y la fuerza (hipótesis de Reich).

Un esquema de las relaciones de poder, que esta Tesis pretende aplicar a las relaciones internacionales del momento actual de la Posguerra Fría y a los conflictos armados que se han desarrollado en él involucrando al mundo occidental. Para, precisamente, poder entender la actual sociedad internacional y sus conflictos armados a través de este esquema cratotrópico y foucaultiano de las relaciones de poder. Un esquema de relaciones de poder, que, en este momento histórico, parece funcionar simultánea e interdependientemente con sus cinco modalidades: la agonística (hipótesis de Nietzsche), la contractual (hipótesis liberal), la conservadora (hipótesis marxista), la represora (hipótesis de Reich) y la creadora (hipótesis de Foucault).

Relaciones de poder que son metanacionales, algo más que puramente internacionales, entre naciones o Estados-nación, debiendo incluir otros actores, que podríamos etiquetar de paranaciones —etnias o pueblos, grupos religiosos (culturales), entidades y organizaciones supra, multi y transnacionales de carácter político o económico, ONG, etcétera—, cuyos tipos de enfrentamiento o cooperación, incluido el esporádico uso de la fuerza o la violencia, se asemeja cada vez más a las relaciones auténticamente inter-nacionales.

---

<sup>174</sup> FOUCAULT, *Microfísica del poder*, op. cit., pág. 135.

Relaciones de poder que, como nos alerta su modalidad agonística o de la hipótesis de Nietzsche, no son sino la consecuencia, el resultado, de algún tipo de enfrentamiento (histórico) previo, del que han salido unos vencedores, unos beneficiados, cuyo cratotropismo les inducirá a tratar de consolidar, mantener y perpetuar las estructuras imperantes, y unos perdedores, unos perjudicados, cuyo eleuterotropismo les inducirá a buscar vías a través de las cuales compensar su posición desfavorable, subordinada.

Escenario de desequilibrio y de confrontación, que tiene dos principales formas de manifestación y expresión. La primera, el enfrentamiento de voluntades nietzschiano, esencialmente cratotrópico, materializado en los llamados “intereses nacionales” (y paranacionales: imperativos religiosos, por ejemplo) que no son sino deseos, necesidades y aspiraciones de cada nación o paranación. Intereses nacionales, en este sentido amplio, con los que se justifica (y racionaliza, llegado el caso) la tendencia a ‘controlar a’, a ‘servirse de’ otros pueblos, naciones, sociedades o culturas (tendencia al expansionismo, al imperialismo) o a ‘liberarse de’ dicho control y de dicha servidumbre (tendencia a la liberación, a la emancipación). La segunda, la estructura económica internacional, infraestructura o base (en el doble sentido dado a este término de peana y de núcleo u origen), de todas las demás, como nos alerta el materialismo histórico, en las que los llamados intereses (deseos, necesidades y aspiraciones) económicos parecen estar presentes en todas las decisiones de cooperación o enfrentamiento de los diferentes actores de la sociedad internacional.

Relaciones internacionales (de poder), de las que muchas son sólo y simplemente fácticas o consuetudinarias, pero de las que otras tantas están institucionalizadas, especialmente hoy día, a través de las prácticas diplomáticas en las que juegan un importante papel las organizaciones multinacionales. Son estas instituciones bilaterales o multinacionales establecidas y oficializadas, así como el Derecho Internacional Público materializado en acuerdos, tratados y convenios, lo que se corresponde con la hipótesis liberal de Foucault de la función contractual, de contrato social, del poder; especie de contrato social por el cual ciertos pueblos, naciones o culturas ceden, voluntaria o forzadamente, total o parcialmente, parte de su capacidad de decidir y de actuar (de autocontrol, autodeterminación o soberanía, en definitiva) en aras del mantenimiento de una determinada forma de convivencia (internacional); en

aras, en definitiva, del mantenimiento de un determinado orden internacional imperante, constituido no solamente por estas relaciones institucionalizadas (de control) sino, asimismo, por esas otras muchas relaciones y prácticas (de control) simplemente fácticas o consuetudinarias, a las que aquéllas, en definitiva, sirven.

Relaciones de poder que los (más) “poderosos” tratarán de consolidar, mantener y perpetuar, y los (más) “subordinados” de subvertir o modificar, mediante la elaboración, difusión e interiorización de una determinada ideología o discurso de verdad que las justifique o las racionalice. Sólo hay que recordar, sin necesidad de tener que alejarnos demasiado en el tiempo, el uso de la necesidad de evangelizar y cristianizar a los pueblos amerindios hecho por los europeos para poder controlarlos y dominarlos; el uso hecho por Francia de la necesidad de expandir por toda Europa los valores de su Revolución de 1789 para poder controlarla y dominarla; el uso hecho por ciertos países europeos, Francia y el Reino Unido principalmente, a lo largo del siglo XIX, de la necesidad de civilizar Asia y África para poder controlarlas y dominarlas; el uso hecho por Estados Unidos y la Unión Soviética de sus dos respectivas “verdades emancipadoras”, la democracia capitalista y el comunismo, durante casi toda la segunda mitad del siglo XX, para poder controlar y dominar la mitad del mundo que creían que les correspondía.

No hace falta, por otro lado, estar en posición subordinada dentro de un determinado orden internacional para propugnar ideologías o discursos de verdad alternativos o defender e intentar imponer intereses culturales alternativos. En realidad, cualquier ideología, cualquier interés (económico, cultural o de cualquier otro tipo) que resulte incompatible con una ideología dominante es, en este sentido, alternativo. Es el caso paradigmático y reciente del enfrentamiento de bloques durante la llamada Guerra Fría, donde tanto el comunismo como la democracia capitalista eran al mismo tiempo ideología dominante, justificadora y racionalizadora de un determinado tipo de control sobre otros países y culturas, e ideología alternativa a su oponente, en función de la cual preconizaban la emancipación de los países y culturas controlados por el bando contrario en nombre de su respectivo discurso de verdad o ideología. Si en esta Tesis se argumenta, como si solamente existiese la contraposición entre una única ideología dominante y las posibles ideologías alternativas que puedan surgirle, es porque, como ya se ha repetido en diversos momentos de la misma, lo que se pretende es analizar una

situación concreta, la de la sociedad internacional de la Posguerra Fría, en la que el discurso de verdad del conocido como mundo occidental, no parece tener como oponente más que incipientes alternativas, hoy por hoy solamente reducidas a desempeñar un papel de resistencia al mismo (identitarismos de resistencia).

Pero para que un determinado orden mundial pueda mantenerse mediante las correspondientes ideologías justificadoras y racionalizadoras, es necesario que primero haya sido impuesto (hipótesis de Nietzsche). No hubiera sido posible justificar y racionalizar el control sobre los pueblos amerindios en nombre del cristianismo y la evangelización si no hubiera habido una conquista previa; como no hubiera sido posible el intento de control sobre Europa en nombre de los valores de la Revolución Francesa sin un intento de conquista previo; o sobre ciertos pueblos de África y Asia en nombre de la civilización sin la previa conquista de estos territorios; o, por último, no hubieran sido posibles los bloques mantenidos durante la Guerra Fría sin su previa conquista durante la Segunda Guerra Mundial.

Razón por la cual, cuando una determinada estructura de poder no puede ser (o no puede ser en la medida deseada) consolidada, mantenida y perpetuada (o subvertida o modificada) mediante la función creadora del ejercicio (o de la pretensión de ejercicio) del poder, que son las ideologías, pueden intentar serlo con su función represora, violenta, que en el ámbito de las relaciones internacionales son los conflictos armados. En este sentido es en el que esta Tesis considera que los conflictos armados característicos del cambio de milenio, no son sino el medio o instrumento extremo con el que, o bien Occidente intentará conservar la actual estructura de relaciones políticas internacionales, que posibilita y legaliza su actual estructura de relaciones económicas y su actual estatus de beneficiario de las mismas, o bien cualquier ideología alternativa intentará subvertirlas.

Este esquema, en el que el conflicto político no es sino una confrontación de ideologías que proponen, justifican y racionalizan unas determinadas, y suficientemente distintas, estructuras políticas, cada una de las cuales se corresponde con las estructuras económicas que se quiere conservar o subvertir, es por otra parte, el mismo que subyace a la concepción de las relaciones internacionales del politólogo norteamericano de la

Universidad de Harvard, Joseph S. Nye<sup>175</sup>, que ha elaborado los conceptos de poder duro («*hard power*») y poder blando («*soft power*») para expresar los dos tipos de poder con los que Estados Unidos pretende controlar actualmente el mundo. Según resume el analista Walter R. Mead<sup>176</sup>, para Nye, el poder duro norteamericano es el que obliga, y se materializa a través de su poderío militar y de su potencia económica<sup>177</sup>; poderío militar, al que Mead denomina poder punzante («*sharp power*»), que Nye resume diciendo que «quienes se resistan a él, sentirán el poder de las bayonetas, mostrándoles a empujones la dirección a seguir»; potencia económica, a la que Mead denomina poder sibilino («*sticky power*»), que Nye sintetiza como «un conjunto de políticas e instituciones económicas que atraen a otros al influjo estadounidense y después los cogen en la trampa». El poder blando norteamericano, por el contrario, no obliga; según Nye, «opera más sutilmente, no coacciona, absorbe, logra que otros quieran lo que uno quiere, contribuyendo así a mantener el orden mundial estadounidense»<sup>178</sup>; el poder blando es así «el poder cultural, el poder del ejemplo, el poder de las ideas e ideales»; razón por la cual también se le ha llamado poder simbólico<sup>179</sup>. A la combinación de poder duro y poder blando es a lo que Nye llamará «poder inteligente»<sup>180</sup>.

Como vemos, una taxonomía de las relaciones internacionales perfectamente equiparable a la de Foucault —en la que en definitiva hemos basado nuestro razonamiento— a pesar de la gran diferencia ideológica y de puntos de partida del politólogo norteamericano y el filósofo francés. Así, el poder duro de Nye sería el equivalente de lo que Foucault llamó la hipótesis de Nietzsche o de las relaciones de poder como relación de fuerzas y del poder como imposición (función agonística del poder); su poder punzante basado en el poderío militar sería el equivalente de lo que Foucault llamó la hipótesis de Reich o de la función represora del poder —que no deja de ser la versión violenta o militar de la hipótesis de Nietzsche y del poder duro de Nye—; su poder sibilino basado en el poderío económico sería el equivalente de la hipótesis marxista que Foucault identificaba con la función conservadora (del orden establecido) del poder —que no deja de ser la versión no violenta o económica de la

---

<sup>175</sup> NYE, Joseph S., *La paradoja del poder norteamericano*, Taurus, Madrid, 2003.

<sup>176</sup> MEAD, Walter R., *Hiperpotencia pegajosa*, edición española de Foreign Policy nº 2, abril/mayo 2004, páginas 36 a 43.

<sup>177</sup> NYE, *op. cit.*, págs. 30 a 34.

<sup>178</sup> NYE, *op. cit.*, págs. 30 a 34.

<sup>179</sup> NOYA, Javier, *El poder simbólico de las naciones*, Documento del Real Instituto Elcano, 29 de julio de 2005, [www.realinstitutoelcano.org/documentos](http://www.realinstitutoelcano.org/documentos)

<sup>180</sup> NYE, Joseph, *El poder blando y la lucha contra el terrorismo*, El País 28 de abril de 2004.



hipótesis de Nietzsche y del poder duro de Nye—; y, por último, el poder blando de Nye sería el equivalente de lo que aquí estamos denominando poder o capacidad de influencia ideológica y cultural (o capacidad de imponer la imitación) o hipótesis de Foucault de los discursos dominantes de verdad —el célebre “pensamiento único” de nuestros días— que cumple la función creadora foucaultiana.

Lo que, en definitiva, nos permitiría resumir cuanto se ha dicho en este epígrafe de la siguiente manera: hoy día, en la época del cambio de milenio, ciertos pueblos, naciones y culturas controlan, se sirven, utilizan en su propio beneficio, a otros pueblos, naciones y culturas de tres formas básicas, complementarias y sinérgicas: mediante el control económico o poder (duro) sibilino que les permite su potencia económica (la posesión de medios tecnológicos más desarrollados); mediante la influencia ideológica o cultural sutil que se impone inconscientemente o poder blando, que pretende legitimar a todos los demás; y, cuando los dos anteriores no parecen suficientes, como *ultima ratio*, la dominación consciente, explícita, violenta, que permite su poderío militar o poder (duro) punzante. Frente a él se intentarán levantar, en determinadas circunstancias, otros contrapoderes (duros) punzantes, violentos, armados, que en nombre de otra “verdad” pretenderán imponer su propia ideología, cultura o poder blando, sus propios intereses (políticos, económicos y culturales). Presión económica, influencia ideológica e imposición violenta (conflicto armado) son, pues, las tres modalidades básicas a través de las cuales esta Tesis pretende interpretar, explicar y comprender las confrontaciones cratotrópicas y los conflictos políticos de la sociedad internacional del cambio de milenio posterior a la Guerra Fría.

### **III PARTE**

## **LOS CONFLICTOS POLÍTICOS Y LOS CONFLICTOS ARMADOS DEL CAMBIO DE MILENIO**

### **4. LA SOCIEDAD INTERNACIONAL DEL CAMBIO DE MILENIO**

#### **4.1. Identitarismos legitimadores y de resistencia**

Si, según se ha intentado mostrar en los apartados precedentes, los conflictos armados, cuya génesis es el objeto de esta Tesis, no son sino un tipo más de conflicto político, y éstos se manifiestan en la sociedad de que se trate —en la internacional de la

Posguerra Fría en lo que a esta Tesis atañe— como conflictos entre ideologías que pretenden justificar las leyes y normas (estructura política) que definen una determinada estructura económica, ¿cuál es el conflicto político, es decir, ideológico, que se da en la sociedad internacional del cambio de milenio?

La respuesta a esta pregunta, que esta Tesis pretende justificar en los siguientes capítulos y epígrafes, parece estar contenida en la idea que Castells expresa como<sup>181</sup>: «la oposición entre globalización e identidad está dando forma a nuestro mundo y a nuestra vida»<sup>182</sup>, según el cual, globalización e identidad aparecerían como las dos grandes ideologías o discursos de verdad, cada una con su particular repertorio de valores, principios, saberes, conocimientos y costumbres, que pretenderían en nuestros días, o bien justificar y racionalizar las actuales estructuras económicas, instituciones y pautas políticas de convivencia imperantes, o bien desracionalizarlas y, en consecuencia, deslegitimarlas, tratando de racionalizar y, consecuentemente, legitimar, la vida política y económica desde otros presupuestos.

Un aforismo, en el que el término identidad parece hacer referencia a las identidades sociales que hemos caracterizado como identitarismos en el epígrafe correspondiente, en su doble versión de identitarismo legitimador de las actuaciones de los grupos sociales que en una determinada situación sienten (faceta motivacional de la identidad) que resultan “victoriosos” (poder relativo) en su confrontación con otros grupos, y de identitarismos de resistencia de los grupos sociales que, como consecuencia de esas confrontaciones, se sienten infravalorados, marginados, excluidos u oprimidos (faceta motivacional de la identidad)<sup>183</sup>.

Los identitarismos legitimadores, que lo son, por tanto, del orden establecido e imperante, son los que, en última instancia, racionalizan las instituciones y el orden internacional existente, y justifican el control de unos pueblos, naciones o culturas sobre otros pueblos, naciones o culturas en la sociedad internacional. Así, por ejemplo, ser (sentirse) europeo o norteamericano es (puede ser) una identidad política legitimadora, porque legitima (puede legitimar) ante individuos y grupos, la superioridad de sus

---

<sup>181</sup> Ver epígrafe 1.2 Hipótesis, pág.3.

<sup>182</sup> CASTELLS, *op. cit.*, pág. 23.

<sup>183</sup> CASTELLS, *op. cit.*, págs 30 a 32.

propias sociedades y de sus instituciones y peculiaridades culturales, proporcionando, a quien así se siente, la necesaria justificación subjetiva ante sí mismo para actuar en beneficio de ella. Como también lo es (puede ser) ser (sentirse) demócrata, porque ello legitima (puede legitimar) ante individuos y grupos, la supremacía de esta forma de convivencia, pudiendo llegar a proporcionar a quien así se siente la necesaria justificación subjetiva ante sí mismo para, por ejemplo, entender, e incluso apoyar, la utilización de cualquier método o procedimiento para su implantación, incluida la imposición violenta,.

Identitarismo legitimador, cuyo papel parece asignarle el aforismo de Castells a la globalización, mientras parece reservar el de identidad para los identitarismos de resistencia<sup>184</sup>, entendidos como las ideologías políticas alternativas al orden establecido, que preconizan que las instituciones, leyes y normas que rijan dicho orden nacional o internacional estén, precisamente, basadas en las características (del tipo que sean), que permiten diferenciar, singularizar e identificar al grupo social (pueblo, nación, religión o cultura) que las preconiza. Por ejemplo, sentirse (ser) indígena amerindio y, al mismo tiempo, sentirse (estar) marginado, puede convertirse en un identitarismo político de resistencia cuando se considere que “se está” marginado por el orden imperante, precisamente por “ser” amerindio, y que, por lo tanto, sólo viviendo en una sociedad que se rija por unas, reales o supuestas, instituciones, leyes, normas y prescripciones ancestrales amerindias, se podrá salir de la marginación. Sentirse (ser) musulmán y, al mismo tiempo, sentirse (estar) infravalorado, dominado o atrasado, puede convertirse en un identitarismo político de resistencia —el islamismo, por ejemplo— si tras fracasar el intento de superar su (subjetivamente considerada) situación subordinada mediante ideologías importadas (capitalistas, socialistas, nacionalistas, modernizadoras, etcétera), parece quedar como única vía para conseguirlo la implantación de leyes e instituciones basadas en la propia religión y en las propias costumbres.

Estos identitarismos de resistencia son, como ya se ha mencionado en el epígrafe correspondiente, identidades sociales que se elaboran desde presupuestos culturales desconstruidos, esto es, utilizando materiales procedentes de la historia, la geografía, la

---

<sup>184</sup> Lo que induce a pensar que la idea de Castells, lo que, en el fondo, propone es la oposición entre dos identidades (sociales), una dominante y, en consecuencia, legitimadora de ese dominio, y otra subordinada y, por lo tanto, de resistencia a ese dominio; estando, hoy día, la primera representada por la globalización, que es lo que esta Tesis intenta mostrar a lo largo del presente capítulo.

lengua, la religión o las costumbres, que se vuelven a ensamblar, a reconstruir, a conveniencia, en función de las circunstancias y del tipo de frustración que se sienta. Que se edifican a través de una nueva articulación de ideas, principios, valores y hechos, es decir, de una nueva ideología política alternativa; política, aunque los materiales con los que se (re)construye procedan de la historia, la geografía, la lengua, la religión o las costumbres, porque políticos son sus fines: modificar (de aquí que sea alternativa, además de política) las instituciones y las leyes (normas y prescripciones) por las que deberá regirse en el futuro la convivencia, de modo que ellos puedan ocupar en las nuevas estructuras una posición más poderosa, más beneficiada, de más poder relativo, de mayor satisfacción cratotrópica, o, al menos, menos subordinada, menos perjudicada, menos cratotrópicamente insatisfactoria.

¿Qué papel juegan estos identitarismos de resistencia en el esquema de las relaciones internacionales entendidas como relaciones de poder que se apuntaba en el epígrafe anterior? Materializan, como se ha intentado mostrar en los párrafos precedentes, una posible forma del eleuterotropismo (cratotropismo emancipador), que intenta enfrentarse y superar el control cultural y el control económico que ejercen sobre las comunidades (pueblos, naciones o culturas) subordinadas en el orden mundial imperante, las comunidades (pueblos, naciones o culturas) dominantes, más poderosas, más cultural, económica o militarmente poderosas.

Solamente una de las posibles formas del eleuterotropismo, porque, como se ha visto, la insuficiencia de poder estar a la altura de otros pueblos, naciones o culturas, de poder tener su misma capacidad de hacer y decidir, puede sentirse y vivirse como una inferioridad real (altercentrismo<sup>185</sup>), lo que no haría sino corroborar el éxito de la influencia cultural (función creadora del poder) del mundo dominante, o puede intentar compensarse mediante un nuevo discurso reinterpretador de verdad (o de verdad reinterpretadora, si se prefiere), que, diríamos usando un símil psicoanalítico, reprimiendo la sensación de insatisfacción y frustración al inconsciente la sustituye por ese nuevo discurso de verdad reinterpretadora sublimado que más que a enfrentarse al orden establecido, incita a imitarlo.

---

<sup>185</sup> Ver aparatado 3.1.4 Identidad social, págs. 60 y 61.

EL identitarismo de resistencia es, pues, sólo una de las posibles formas —junto al altercentrismo y la reinterpretación— con las que los pueblos, naciones o culturas que ocupan posiciones (más) subordinadas en nuestra sociedad internacional pueden intentar enfrentarse y superar el control (cultural, económico y político) al que se sienten sometidos. Pero una forma que parece estar tomando un especial protagonismo en este orden mundial del cambio de milenio posterior a la Guerra Fría.

Esta es la razón que nos ha hecho traer el concepto de identitarismo a esta Tesis. Como se ha visto, los identitarismos son siempre reconstrucciones políticas de la historia, la geografía, la lengua, la religión o las costumbres, nuevos discursos (políticos) de verdad o nuevas ideologías (políticas), por tanto. Y como tales formas políticas, de hacer política, pueden usar muy diferentes mecanismos e instrumentos (políticos de actuación); entre ellos, llegado el caso, la guerra, el enfrentamiento violento, el conflicto armado.

#### **4.2. La Teoría del Espacio Corazón**

El ‘conflicto político entre globalización e identitarismos de resistencia’ como uno de los rasgos que definirían ‘nuestro mundo y nuestra vida’, que es la formulación del aforismo de Castells que vamos a adoptar, por ahora, en función de lo anteriormente argumentado, ya ha sido elaborada, en cierta forma, por García Caneiro y Vidarte en el último capítulo de su obra *Guerra y filosofía. Concepciones de la guerra en el pensamiento contemporáneo*<sup>186</sup>, en el que esbozan y establecen lo que podríamos llamar la Teoría del Espacio Corazón, a semejanza de la idea concebida por Mackinder a principios del siglo XX de considerar el continente euroasiático como la “tierra corazón”, cuyo dominio daría, a quien lo poseyese, el dominio del mundo<sup>187</sup>.

Lo que para Mackinder representaba el continente euroasiático, para García Caneiro y Vidarte lo representa actualmente, un siglo después, el «núcleo de poder político, económico y militar que supone la unión de Estados Unidos y Canadá, por un lado, y, por otro, la Unión Europea, es decir, los países unidos por el llamado vínculo

---

<sup>186</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE., *op. cit.*, capítulo 12.

<sup>187</sup> MACKINDER, Halford John, “El pivote geográfico de la historia” en *Geographical Journal*, 1904, citado por GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, pág. 196.

trasatlántico, institucionalmente materializado por la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)»<sup>188</sup>.

Pero para ellos, también, la teoría, un siglo más tarde, no es que quien (país, coalición o sociedad) logre (en el futuro) dominar la tierra corazón Eurasia podrá llegar a dominar el resto del mundo por expansión sucesiva, sino que ese sustituto de la ‘tierra corazón Eurasia’ que es el «espacio corazón vínculo trasatlántico» ya es, hoy día, un «núcleo de poder», de alguna forma unificado, desde el que ya se está intentando dominar el resto del mundo. Un núcleo de poder (‘corazón’) no exclusivamente basado en la posesión o el control de un territorio (la tierra Eurasia) sino añadiendo «a la idea tridimensional que incluye los subcontinentes norteamericano y europeo y el Atlántico asociado a sus costas, un esencial componente socio-económico-político»<sup>189</sup>, que lo transforma, más que en “tierra” o territorio, en “espacio” «origen y foco de una nueva y diferente expansión del dominio sobre todo el globo» «con objetivos y métodos distintos a los expuestos por Mackinder»<sup>190</sup>.

Teoría del Espacio Corazón que, una vez identificados actor: el área geopolítica transatlántica, y su posible objetivo: el control y dominio del resto del mundo (cratotropismo), identifica el procedimiento con el que dicho actor está pretendiendo conseguir su objetivo, que «no es el control material del territorio ni su ocupación militar», sino que consiste en «imponer formas de control formal y operativamente afines a las de Occidente (democracias más o menos representativas) y sistemas económicos basados en la economía capitalista, en una economía liberal de mercado en la que la creación de capital pueda transformarse en creación de consumo»<sup>191</sup>. Es decir, ese fenómeno tan actual y tan de moda que se conoce con el nombre de globalización.

Globalización que la Teoría del Espacio Corazón concibe como un proceso de transición política que pretende «un mundo cada vez más uniforme» basado en «relaciones capitalistas de mercado» e integrado a través de «un sistema único de autoridad centrado sobre la “verdad” de la supremacía de la concepción político-económica de las democracias neoliberales occidentales» y sobre «un conjunto singular

---

<sup>188</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, págs. 196 y 197.

<sup>189</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op.cit.*, pág. 197.

<sup>190</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, pág. 196.

<sup>191</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, págs. 197 y 198.

de instituciones supraestatales soportado, dirigido y tutelado por Occidente y por unas Naciones Unidas controladas, en cierta forma, por los países occidentales».

Proceso, que la teoría del Espacio Corazón etiqueta de transición, porque estaría llevando al mundo desde el viejo orden de los Estados-nación, cuyo último estadio habría sido el mundo bipolar de la Guerra Fría, a este nuevo orden mundial descrito en el párrafo anterior, que al identificarlo como político, lo hace interpretable a través de lo que llama los tres pilares de todo acontecer político: primero, la economía, en el sentido histórico-materialista de infraestructura y substrato de toda la actividad política; segundo, el poder, en su acepción foucaultiana de que el poder es siempre una relación, es decir, no se puede tener, sólo se puede ejercer, que se materializaría en la época actual más por la imposición de la propia verdad que por la necesidad de controlar territorios; y tercero, la necesidad de identificar a amigos y enemigos (en lo que la Teoría del Espacio Corazón seguiría a Carl Schmitt), que surgirá cada vez que los intereses económicos del Espacio Corazón o el intento de imposición (o exportación) de su verdad, choquen con otros intereses y provoquen la reacción (y el enfrentamiento) de aquéllos, cuyos intereses se vean lesionados o cuya verdad corra el riesgo de ser degradada o anulada.

Y es en este punto donde la Teoría completa la identificación previa de actor, finalidad y procedimientos, al hacer mención a las consecuencias que esta finalidad del Espacio Corazón de extender a todo el mundo la globalización y, a través de ella, controlarlo y dominarlo, va, lógicamente, a tener. Consecuencias que la Teoría considera de dos tipos. Por una parte, la lógica «resistencia a la expansión» (eleuterotropismo) de diferentes «grupos, sociedades y Estados» (naciones y paranaciones) y, por otra, el posible «enfrentamiento entre ellos, unos, aspirando a convertirse en determinada área en intermediarios de Occidente, otros, resistiéndose al intento de aquellos, por ver de serlo ellos o por evitar someterse a la influencia occidental; todos buscando su cuota de poder» (cratotropismo). Resistencias y enfrentamientos que irán dibujando las posibles «líneas de fractura» del sistema «en o más allá de los márgenes» que el Espacio Corazón vaya marcando en su expansión.

Líneas de fractura en las que «aparecerán los conflictos (o su génesis) y de las que partirán las amenazas para Occidente»<sup>192</sup>.

Conflictos a los que Occidente ni siquiera llamará ya guerras sino «conflictos armados para evitar la carga semántica, técnica y legal, que arrastra la palabra guerra»<sup>193</sup>, una de cuyas características más destacadas sería el tipo de adversarios o enemigos con los que tiene que enfrentarse el Espacio Corazón: no sólo Estados o coaliciones de Estados, sino, asimismo, grupos, infra o supraestatales, capaces de perseguir objetivos políticos al margen de, por encima, o a través de, los propios Estados (paranaciones).

Debido a que la finalidad del proyecto de expansión de la globalización es «el control de la economía, las nuevas tecnologías y la información (el saber y su “verdad”) que, de partida, se presentan como no bélicos», sus promotores, los Estados occidentales «no parece que precisen de ejércitos con un marcado carácter ofensivo» (los “ejércitos conquistadores” de otros tiempos) sino más bien de “ejércitos de la paz” (de los que el paradigma sería la autolimitación que se ha impuesto a sí misma la Unión Europea de desarrollar unas fuerzas militares propias solamente para misiones Petersberg, es decir, de apoyo a la paz y gestión de crisis) y, como mucho, “ejércitos defensivos”, ejércitos para la defensa, no para la guerra<sup>194</sup>.

Mientras en el interior del Espacio Corazón, la posibilidad de conflictos armados es prácticamente nula, debido a haberse transformado sus fronteras interiores en lo que Mary Kaldor<sup>195</sup> llama “fronteras sin violencia”, fuera de su área constitutiva, los Estados occidentales pueden llegar a verse «involucrados o afectados»<sup>196</sup> por conflictos en sus límites, donde las fronteras empiezan a poder ser “fronteras de violencia”. En este caso, los ejércitos de la paz entrarán en acción para garantizar la no contaminación del interior por el conflicto y la necesaria estabilidad de los márgenes inmediatos (como habría sido el caso de las crisis balcánicas); o por conflictos «más allá de sus márgenes, entre Estados o grupos», uno o alguno de los cuales se muestran dispuestos a aceptar las

---

<sup>192</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, pág. 198.

<sup>193</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, pág. 204.

<sup>194</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, pág. 202.

<sup>195</sup> KALDOR, Mary, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Tusquets, Barcelona 2001, págs. 177 y ss.

<sup>196</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, págs. 203 a 209.



condiciones de juego occidentales en su afán por mantenerse como intermediarios (y beneficiados) políticos, económicos o geoestratégicos de Occidente, en cuyo caso los ejércitos occidentales «seguirán actuando como constructores de la paz», apoyando al Estado o grupo que pretende ser su socio (como vemos que hicieron con ocasión de la invasión de Kuwait y siguen haciendo en el conflicto que enfrenta a Israel con sus vecinos palestinos y libaneses), lo que, en última instancia, conlleva el refuerzo de la adhesión al sistema político-económico occidental y la consecución de plataformas desde las que continuar la expansión.

Cuando los conflictos surjan en zonas alejadas de las fronteras del Espacio Corazón, los ejércitos de la paz se involucrarán en lo que Mary Kaldor ha llamado la ‘gobernanza cosmopolita’ o la ‘imposición de la ley cosmopolita’, es decir, en la imposición del cumplimiento de determinadas normas de legitimidad global y de las leyes internacionales. Normas y leyes como las que prohíben la violación de los derechos humanos o el genocidio (amenaza de intervención en Darfur, por ejemplo). Normas y leyes que defienden la multiculturalidad y el respeto de las minorías (como la intervención en el Kurdistán iraquí, tras la Guerra del Golfo). Normas y leyes, en definitiva, que se van confeccionando en el marco de lo que se llama mundo occidental y a imagen y semejanza de sus propios valores y doctrina. Normas y leyes, en última instancia, que facilitan la uniformidad y la globalización que se busca desde el vínculo trasatlántico.

Por último, el Espacio Corazón podría verse atacado, directa o indirectamente, por Estados no pertenecientes a su ámbito o por grupos paranacionales (al-Qaeda sea seguramente el ejemplo más significativo) de cualquier característica, que se vean (se sientan) amenazados por la expansión globalizadora o que aspiren a una parcela de poder en el concierto internacional. En tal caso, el conflicto subsiguiente no presentará las pautas de una imposición de la gobernanza cosmopolita. En este caso, desde legítimas proclamas absolutamente defensivas, el enfrentamiento supondrá una respuesta por parte de Occidente, tanto militar como económica y política, con la finalidad de aislar al Estado agresor del resto de la comunidad internacional o de paralizar o, en su caso, anular cualquier acción o actividad del grupo responsable del ataque. «Este tipo de conflictos será, desde la perspectiva de las naciones occidentales y de sus eventuales aliados, una guerra defensiva: la respuesta recogida en el Derecho

Internacional ante un ataque exterior. Pero, al mismo tiempo, favorecerá el asentamiento de nuevas bases y el allanamiento de caminos que posibiliten un más fácil tránsito del proceso de globalización»<sup>197</sup>.

Un caso particular o específico de este tipo de conflictos lo constituyen los atentados terroristas<sup>198</sup>. Caso particular del anterior ya que, compartiendo con él todas las características esbozadas en el párrafo anterior, estos ataques presentan ciertas particularidades específicas: por un lado, las características de los grupos terroristas, «cuya única ligazón parece estar basada en la interpretación radical de una determinada religión y, de otro, el no apreciable, al menos aparentemente, objetivo de sus acciones más allá del enfrentamiento directo con el bloque dominante y de la apetencia de socavar su preponderancia y de mostrar los efectos de su acción». «El problema, aquí, radica en la identificación del enemigo, camuflado entre las múltiples derivaciones de complejas redes transnacionales interrelacionadas», contra el que sólo parece posible un tipo de lucha: la respuesta coordinada en lo económico, en su aislamiento internacional y en las actuaciones militar-policiales «cuando la identificación llegue a niveles lo suficientemente precisos como para poder designar los objetivos a batir».

En resumen, lo que la Teoría del Espacio Corazón preconiza es que el mundo, la sociedad internacional actual del cambio de milenio, se caracteriza por la existencia de un único núcleo de poder (cultural, económico, político y militar), Occidente, unificado no por ningún tipo de consideraciones geográficas o históricas sino por compartir una ideología común (justificadora de determinadas formas políticas y económicas), capaz y en condiciones de intentar (porque tiene los medios tecnológicos y financieros necesarios) un progresivo y paulatino control del resto del mundo; razón que convierte a su ideología compartida en una ideología (identidad) legitimadora de ese posible control del resto del mundo. Ideología que García Caneiro y Vidarte, como Castells, parecen identificar como la globalización. Frente a ella, y como consecuencia de su objetivo de ‘progresivo y paulatino control del resto del mundo’, se alzan las correspondientes «resistencias a la expansión», a las que Occidente enfrentará, como *ultima ratio* si hace falta, sus ejércitos de paz y estabilidad. Resistencias a la expansión (del modelo político-económico occidental), que en nuestro propio análisis del aforismo

---

<sup>197</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, pág. 204.

<sup>198</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, págs. 205 a 209.

de Castells, hemos denominado identitarismos de resistencia. A intentar mostrar como la premisa de Castells y la Teoría del Espacio Corazón se cumplen en el mundo de nuestros días, o, al menos, son una posible explicación de él, se dedica el resto de esta Tesis.

## **5. EL NEOLIBERALISMO COMO IDENTITARISMO LEGITIMADOR**

### **5.1. La globalización**

Analicemos, por tanto, en primer lugar, la globalización como ideología, partiendo de la definición que García Caneiro y Vidarte<sup>199</sup> nos proponen como «el proceso de transición política que intenta integrar el mundo entero en un sistema único centrado sobre la verdad de la supremacía de la concepción político-económica de las democracias neoliberales occidentales».

Es la propia formulación de esta “verdad”, que, en otro momento de su obra, estos autores identifican como «las formas de gobierno formal y operativamente afines a las de Occidente [faceta política de la concepción político-económica neoliberal] y sistemas económicos basados en la economía capitalista de mercado [faceta económica de la concepción político-económica neoliberal]»<sup>200</sup>, la que nos hace surgir la duda de si lo que realmente constituye la ideología dominante del mundo actual es la globalización (el intento de integrar el mundo entero en un sistema único) o más exactamente el neoliberalismo (la verdad de la supremacía de la concepción político-económica de las democracias neoliberales), en cuyo caso la globalización no sería sino un procedimiento que el neoliberalismo emplea para su consolidación y expansión, motivo por el cual García Caneiro y Vidarte pueden definirla, como ya se ha citado, como «un proceso de transición, de transición política, en el que las relaciones capitalistas de mercado se intensifican con el objetivo de alcanzar un ámbito universal [...] y en el que toman parte, además de la economía [de las transacciones económicas], las nuevas tecnologías informáticas y telemáticas, la llamada sociedad de la información»<sup>201</sup>.

---

<sup>199</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, pág. 195.

<sup>200</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, pág. 197.

<sup>201</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, págs. 195 y 196.

En efecto, la globalización es, en realidad, el producto de dos ámbitos: el económico y el tecnológico (el de las relaciones de producción y el de los medios de producción). Dos ámbitos indisociables pero de distinta naturaleza. Lo que realmente confiere a la globalización la posibilidad de ser global es la tecnología, concretamente los espectaculares avances de la electrónica aplicada a la informática, a las telecomunicaciones y al espacio. Hoy día, desde «la década de los setenta, fecha del nacimiento de la revolución de las tecnologías de la información en Silicon Valley»<sup>202</sup> (en curiosa coincidencia con los primeros balbuceos del neoliberalismo), la capacidad de almacenar, ordenar, relacionar y gestionar datos e información es, no sólo cada vez mayor, sino capaz de hacerse cada vez a más velocidad. Proceso paralelo al de la capacidad de las telecomunicaciones para poder enviar, recibir e intercambiar, cada vez de forma más segura, fiable y multiplicada, todo tipo de datos e información, sean estos sonidos, imágenes, documentos o procesos.

Esta capacidad, que en principio es aplicable a cualquier fin u objetivo, es la que están usando las grandes corporaciones financieras y los Estados más desarrollados, que son los que poseen la gran masa de capital acumulado que permite la utilización masiva de estos caros instrumentos, en su propio beneficio. Las grandes corporaciones financieras pueden, en cuestión de horas, retirar enormes cantidades de capital de las bolsas, bancos y empresas de un país, mediante la venta rápida y masiva de acciones y la congelación de inversiones, provocando el pánico y el caos, destrozando su economía y hundiendo el país, si ese es su deseo, o mejor dicho su interés<sup>203</sup>. No estamos hablando de hipótesis, sino de hechos recientemente acaecidos: crisis mejicana de 1994/95, crisis asiática de 1997/1998, crisis rusa de 1998 o crisis argentina de 2002, por citar solamente los casos más conocidos y resonantes.

De la misma forma, los países desarrollados, especialmente Estados Unidos, están en condiciones de afectar y condicionar las economías y las decisiones económicas del resto de los países menos desarrollados, a través de los grandes organismos financieros oficiales, Organización Mundial del Comercio, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Bancos Centrales, etcétera<sup>204</sup>, y de su alianza

---

<sup>202</sup> CASTELLS, *op. cit.*, pág 36.

<sup>203</sup> ESTEFANÍA, Joaquín, *Contra el pensamiento único*, Taurus, Madrid, 1997, págs. 337 a 339.

<sup>204</sup> ESTAFANÍA, *op. cit.*, págs. 214 a 217.

estratégica con los bancos y entidades financieras privados, a través de esa especie de “chantaje económico neoliberal” que son las llamadas ‘reglas de condicionalidad’<sup>205</sup>, según las cuales, la posibilidad de alcanzar acuerdos comerciales o de conseguir esos préstamos que permitirían a países menos desarrollados comprar los carísimos servicios, tecnologías y patentes, que les facilitaría poder intentar competir, queda condicionada a la adopción de determinadas reglas y normas de funcionamiento político y económico.

Veamos algunos ejemplos. Según informaba la edición de 13 de junio de 2003 del diario español *El País*, el día anterior, 12 de junio, Eslovenia había comunicado a Estados Unidos la imposibilidad de firmar el acuerdo bilateral que el país norteamericano le pedía para que concediese a los funcionarios civiles y militares estadounidenses, que operasen o transitasen por su territorio, inmunidad frente a las posibles actuaciones del Tribunal Penal Internacional. La razón que aducía Eslovenia era que la firma de ese tipo de acuerdos contravenía la política común de la Unión Europea, lo cual podría, en su día, impedirle o dificultarle su ingreso en ella. Como represalia, Estados Unidos anunció de inmediato que el país centroeuropeo perdería los cuatro millones de dólares anuales concedidos en concepto de ayuda militar (en realidad, préstamo de larga duración y a bajo interés para la compra de material militar estadounidense) y avisó a Croacia de que correría la misma suerte si adoptaba una postura similar a la de su vecina Eslovenia.

Segundo ejemplo, Hans Blix, en su momento director de la Misión de Observación, Vigilancia y Control de las Naciones Unidas (UNMOVIC) para el desarme químico y bacteriológico de Irak, aludiendo<sup>206</sup> a las presiones que ciertos miembros no permanentes del Consejo de Seguridad (Angola, Camerún, Chile, Guinea, Méjico, y Pakistán) estaban recibiendo, a principios de marzo de 2003, por parte de Estados Unidos para votar una resolución autorizando expresamente invadir y ocupar Irak y cambiar su régimen político, narra que

«circulaba la anécdota de cómo Estados Unidos, en 1991, había retirado veinticuatro millones de dólares de ayudas anuales a Yemen, cuando este país no

---

<sup>205</sup> JENNAR, Raoul Marc, *Ces accords que Bruxelles impose à l’Afrique*, Le Monde Diplomatique, Février 2005, pág. 10.

<sup>206</sup> BLIX, Hans, *¿Desarmando a Irak?. En busca de las armas de destrucción masiva*, Planeta, Barcelona, 2004, pág. 242.

apoyó la resolución que autorizaba la Guerra del Golfo. Los diplomáticos estadounidenses le dijeron al embajador de Yemen, que había emitido el voto más caro de su vida».

Pero, probablemente, el caso más paradigmático de este “chantaje económico neoliberal”<sup>207</sup> sea la actual confrontación sobre la energía nuclear de los países occidentales, encabezados por Estados Unidos, con el “disidente” régimen iraní actual. Los países occidentales, no sólo niegan a Irán la posibilidad de firmar y mantener con él (ciertos) acuerdos comerciales y concederle (ciertos) créditos si no renuncia a la investigación y desarrollo de sus propias capacidades de producción de energía nuclear —actividad científica y económica que llevan a cabo un buen número de países en el mundo— sino que incluso le han impuesto sanciones económicas, amenazando con imponerle otras aún más severas y declarando organización terrorista a un sector de sus Fuerzas Armadas. La razón aducida (racionalización en su formulación política esoconsciente) es que si el régimen iraní desarrolla la capacidad de producir energía nuclear (como otras muchas naciones del mundo) “podría llegar a fabricar” también armas atómicas. Una posibilidad que, sin embargo, no se tiene en cuenta cuando se trata de otros muchos países que no son considerados enemigos o potenciales enemigos. No parece, en consecuencia, que sea la posibilidad de “poder llegar a fabricar” armas atómicas (que también se daría en otros muchos países que investigan sobre, y desarrollan, energía nuclear) la verdadera razón de la presión económica (chantaje) ejercida sobre Irán, sino su carácter de régimen “potencialmente hostil” a los intereses de Occidente, lo que motiva que éste, en uso de su inmensamente superior capacidad económica, esté intentando afectar y condicionar el desarrollo económico de Irán con objeto de hacerlo más controlable.

Un “chantaje económico” que, incluso en el peor de los casos —que Irán aprovechase su desarrollo energético civil para fabricar armas atómicas— podría seguir resumiéndose como la situación en la que potencias nucleares como Estados Unidos, el Reino Unido y Francia lo que están intentando es evitar que un país, que todavía no es potencia nuclear, se pueda poner a la altura de su poderío nuclear, condicionando para ello su conducta política (su posible conversión en potencia nuclear) mediante la presión

---

<sup>207</sup> El “chantaje económico” no es —ni ha sido a lo largo de la historia— un procedimiento exclusivo ni privativo del neoliberalismo, sino, más bien, una práctica generalizada. Aquí, simplemente, se le adjudica al neoliberalismo por ser el fenómeno que se está pretendiendo analizar.

económica (chantaje), es decir, mediante la amenaza de reducir y restringir las posibilidades de intercambios comerciales y tecnológicos.

Por otra parte, estas mismas grandes corporaciones financieras y estos mismos países desarrollados, especialmente Estados Unidos, pueden, utilizando la enorme capacidad y ventaja que les da la posesión de la mayoría de estas tecnologías de la globalización, inundar el resto del mundo con sus programas de radio y de televisión, sus libros, su prensa, sus agencias de noticias, sus revistas especializadas, sus películas, los resultados de sus investigaciones, los productos de sus universidades y cuantos otros medios y sistemas le permitan presentar “sus valores” como “los valores”, “su estilo de vida” como “el estilo de vida”, “su desarrollo” como “el desarrollo”, “sus modas y costumbres” como “la moda y las costumbres” y “su versión de los hechos” como “los hechos”. En definitiva, presentar, a través de la influencia cultural o ideológica que le permite el dominio de los medios de la sociedad de la información, “la verdad oficial”, que acompaña y enmascara “su verdad”, como “la verdad”, como el único dogma válido, como la única utopía alcanzable, como la única actitud sensata, como la única mentalidad justificable y como el único pensamiento posible.

Es decir, la globalización no es solamente la inevitable consecuencia del desarrollo tecnológico de la informática y las telecomunicaciones, sino la utilización interesada de estas capacidades para la satisfacción del cratotropismo de unos determinados pueblos y naciones; su utilización interesada en beneficio de un determinado tipo de sociedad; de un particular y concreto sistema de relaciones económicas, de una particular y concreta forma de entender la propiedad, de las particulares y concretas formas políticas de convivencia que legalizan todo lo anterior, y del particular y concreto discurso de verdad que justifica, racionaliza y legitima todo ello; la utilización interesada, en definitiva, de estas capacidades en beneficio del neoliberalismo, que así se nos aparece como la auténtica ideología dotada, como veremos en epígrafes posteriores, de finalidad, beneficiarios y medios de penetración e implantación. Que, así, se nos aparece como la verdad justificadora y racionalizadora del intento expansionista de Occidente —el progresivo y paulatino control del resto del mundo, del que nos alerta la Teoría del Espacio Corazón— a través de la capacidad de influencia cultural y de presión económica que le concede su control de las tecnologías de la globalización.

Y es así como puede entenderse que García Caneiro y Vidarte conciban la globalización como «un proceso de transición política que tiende a la consecución de un mundo cada vez más uniforme»; más uniforme políticamente, lo que implica uniformidad jurídica en las formas y sistemas de gobierno (democracia representativa basada en partidos políticos), uniformidad cultural o ideológica (democracia neoliberal) y uniformidad económica basada en un solo y determinado tipo de relaciones económicas (libertad para las empresas y capitalismo financiero). Pero una uniformidad todavía no alcanzada (del todo, ni siquiera en su propio seno) sino en ‘proceso de transición’, por lo que el neoliberalismo y su instrumento, la globalización, aún se ven obligados a continuar su presión para poder conseguir expandir su pretendida uniformidad jurídico-política, cultural y económica a los espacios, grupos, sociedades, Estados y personas aún “disidentes”. Tres procesos de transición, cada uno con su propio ritmo de avance, con su propio estadio de progreso, con sus propios métodos de obtención y con sus propios instrumentos. Tres tipos de procesos que, llegado el caso, pueden intentar acudir, y de hecho acuden y han acudido, a esa *ultima ratio*, la guerra, el conflicto armado, que se pone en marcha cuando se considera que los demás métodos e instrumentos están fallando o no son suficientemente eficaces como para alcanzar los objetivos pretendidos con oportunidad.

## **5.2. La racionalización filosófica del neoliberalismo**

Si es el neoliberalismo y no la globalización la verdadera ideología, el auténtico discurso de verdad que Occidente pretende imponer al resto del mundo a través de la influencia cultural o ideológica y la presión económica, y llegado el caso, de la fuerza, para satisfacer su cratotropismo, habría que modificar de nuevo el aforismo de Castells en el sentido de enunciarlo de la siguiente manera: ‘el conflicto político entre neoliberalismo globalizador y uniformador e identitarismos de resistencia está dando forma a nuestro mundo y a nuestra vida’.

Ha sido el politólogo estadounidense Fukuyama<sup>208</sup>, uno de los autores que mejor ha expuesto y racionalizado, de forma elaborada y explícita, la verdad neoliberal de la

---

<sup>208</sup> FUKUYAMA, Francis, *The end of history and the last man*, Avon Books, New York, 1992. Todas las citas textuales de esta obra que aparecen en la Tesis son de traducción propia.



supremacía de la concepción político-económica de las democracias neoliberales occidentales. Fukuyama no es, ni mucho menos, el creador, ni siquiera el inspirador, de la ideología neoliberal, pero sí tiene el mérito de haber sido uno de sus grandes teorizadores y sintetizadores *a posteriori*. Entiéndase bien, no del neoliberalismo como teoría, que es muy anterior a su obra, sino del neoliberalismo como ideología, como verdad con la que racionalizar actitudes, discursos y comportamientos políticos, económicos y culturales, como verdad en la que basar todo el entramado de la influencia cultural que lleve a personas, países y sociedades a aceptar, admitir e incluso entusiasmarse con unas determinadas estructuras políticas y económicas nacionales e internacionales. Como verdad que juega en las mentalidades occidentales el papel de “destino manifiesto”.

La pretensión de Fukuyama a lo largo de su obra es basarse en Hegel, ser una especie de actualización de las concepciones de éste, aplicadas al mundo actual. Sin embargo, en diversos momentos de su obra<sup>209</sup>, reconoce que más que directamente en Hegel, en quien se basa es en el filósofo francoruso Alexandr Kojève y en su *Introducción a la lectura de Hegel*<sup>210</sup>:

«hay, por supuesto, una legítima cuestión sobre si la interpretación que Kojève hace de Hegel presentada aquí es realmente Hegel como él se entendía a sí mismo o si, por el contrario, no contiene un añadido de ideas propiamente kojévianas. Kojève toma ciertos elementos de Hegel, tales como la lucha por el reconocimiento y el fin de la historia, y las hace el centro de sus concepciones en una forma que Hegel mismo quizás no hubiera hecho. [...] [sin embargo] [...] en lo que nosotros estamos interesados no es en Hegel *per se*, sino en Hegel interpretado por Kojève, en lo que quizás podríamos llamar el nuevo filósofo Hegel-Kojève. En consecuencia, cada vez que nos referimos a Hegel, en realidad nos estamos refiriendo a Hegel-Kojève porque lo que realmente nos interesa son las ideas mismas y no los filósofos que las originaron»<sup>211</sup>.

Así pues, interpretando a Kojève, que a su vez interpreta a Hegel, para Fukuyama se ha llegado al fin de la Historia. Así, escrita con mayúscula, como nos aclara en el capítulo de introducción de su ya citada obra *El fin de la historia y el último hombre*. A lo que se ha llegado, por supuesto, no es al fin de la historia como sucesión de acontecimientos, sino al fin de la Historia como «evolución ideológica de la

---

<sup>209</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 65, 66 y 351.

<sup>210</sup> KOJÈVE, Alexandre, *Introducción a la lectura de Hegel*, Gallimard, París, 1930.

<sup>211</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. 144.

humanidad», que por fin ha encontrado, en lo que él llama la «democracia liberal» y nosotros estamos denominando neoliberalismo, la «forma final [definitiva] de gobierno humano».

«Mientras que las anteriores formas de gobierno se han caracterizado por grandes defectos e irracionalidades, que las han conducido finalmente al colapso, puede argumentarse que la democracia liberal está libre de tales contradicciones internas», anticipa<sup>212</sup>.

«Hay un coherente, inteligible y en absoluto azaroso desarrollo de las sociedades humanas, desde las más simples formas tribales basadas en la esclavitud y en la agricultura de subsistencia, a través de teocracias, monarquías y aristocracias feudales, hasta la moderna democracia liberal y el tecnológicamente orientado capitalismo»<sup>213</sup>.

Toda la Historia ha sido, por tanto, ese direccional, coherente e inteligible proceso de búsqueda práctica y filosófica de las estructuras políticas y económicas que permitieran al hombre poder satisfacer sus más profundos y fundamentales anhelos. Una vez encontradas y asentadas en lo que él llama las «democracias liberales estables» del mundo occidental, sólo queda por recorrer —momento en el que nos encontraríamos actualmente— los últimos estadios del proceso: su generalización al resto del mundo (¿la globalización como instrumento de la expansión neoliberal?) y su perfeccionamiento en las sociedades y países en los que ya está implantada<sup>214</sup>, porque, como él mismo admite, esto no quiere decir que en las actuales democracias liberales estables, como Estados Unidos, Francia o Suiza (son sus propios ejemplos), no haya injusticias o serios problemas sociales. Pero son problemas ocasionados por la incompleta implantación de los principios sobre los que se funda el neoliberalismo y no por lo inadecuado de los principios en sí<sup>215</sup>. El “ideal” del neoliberalismo no puede ser superado<sup>216</sup>.

Proceso evolutivo «coherente, inteligible y en absoluto azaroso», pero, sobre todo, «progresivo», en la doble acepción que la palabra progreso puede tener, de

---

<sup>212</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. xi, xii, 58 y 60.

<sup>213</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. xii.

<sup>214</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 48 a 51.

<sup>215</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. xi.

<sup>216</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. 46.

secuencia y acumulación pero también de avance y perfeccionamiento, caso en el que “progresivo” se convierte en sinónimo de “progresista”<sup>217</sup>.

Para Fukuyama, la Historia empieza (al igual que para Hegel, pero también para Nietzsche) con las grandes batallas a muerte por ser «reconocido», por «puro prestigio». El ser humano necesita no solamente ser “reconocido”, “valorado”, por los demás seres humanos, sino ser reconocido, valorado, precisamente como ser humano. Y lo que constituye la identidad del ser humano como ser humano, lo que le diferencia de las demás especies animales, lo que constituye la más fundamental y propiamente característica propiedad del ser humano, es su predisposición a arriesgar su vida por algo más que las simples necesidades físicas o fisiológicas, su predisposición a arriesgar su vida por principios, valores o abstracciones, por el puro prestigio en definitiva.

Por eso, lo que inicialmente buscó el ser humano fue ser reconocido por los demás como un auténtico ser humano, arriesgando su vida por puro prestigio en esas grandes batallas a muerte (en las guerras) características de las primeras fases de la Historia de la humanidad. El resultado de estas guerras, o «grandes batallas a muerte» en expresión de Fukuyama, fue la división del mundo en dos grandes estratos, el de los amos o señores, dispuestos a continuar arriesgando su vida por el puro prestigio de resultar vencedores, y el de los esclavos o siervos, a quienes el miedo a perder la vida les ha hecho rendirse<sup>218</sup>. Lo que no deja de ser una forma de denominar y de considerar cómo se originan los poderosos y subordinados o los beneficiados y perjudicados a los que reiteradamente se está aludiendo en esta Tesis (recuérdese la hipótesis de Nietzsche de Foucault<sup>219</sup>).

Fukuyama etiqueta esta facultad de estar dispuesto a arriesgar la vida por puro prestigio «deseo de reconocimiento» (que identifica con el *timos* platónico), que, junto a las necesidades y a la razón, constituyen los tres elementos o componentes constitutivos del alma o mente humana<sup>220</sup>. De todas las necesidades (¿genéticas?) del ser humano, la más importante para Fukuyama es la de autoconservación (¿instinto de conservación?). Por eso en las grandes batallas iniciales que dieron lugar a los mundos antiguo, feudal y

---

<sup>217</sup>FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. xi a xxiii.

<sup>218</sup>FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 147 y 155.

<sup>219</sup> Ver epígrafe 3.3. Relaciones de poder, págs. 79 a 83.

<sup>220</sup>FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 163 a 165.

estamental, lo que en el fondo se enfrentan es el instinto de conservación y el deseo de reconocimiento. Quien está dispuesto a jugarse la vida porque es un hombre más completo, más humano, porque es capaz de actuar en función de la parte tímica de su ser o muere o se transforma en amo, en señor. Quien no está dispuesto a poner en juego su vida, los menos humanos porque sólo son capaces de regirse por la parte animal de su ser, se rinden y se transforman en los siervos de los señores vencedores. Éstos, sin embargo, continuarán siempre motivados por lo que Fukuyama denomina su «megalotimia»<sup>221</sup> o necesidad de ser reconocido como superior a los demás, origen y causa de todas las guerras y del imperialismo<sup>222</sup>.

El resultado de estos enfrentamientos crea tres tipos de consecuencias. En primer lugar, el deseo de reconocimiento así alcanzado no es satisfactorio para los siervos, porque realmente no lo han conseguido, pero tampoco para los señores, porque lo que en realidad han obtenido es el reconocimiento como superiores de seres no plenamente humanos, los siervos, pero no el de sus iguales, los otros señores, lo que crea el segundo tipo de consecuencias, la interminable secuencia de guerras e imperialismos, derivados de la megalotimia de los señores triunfantes, que caracterizan a las sociedades estamentarias, a todo lo cual Fukuyama alude como la gran contradicción interna de las sociedades estamentarias (es decir, de todas las predemocráticas)<sup>223</sup>.

Por último, los siervos, como consecuencia de su derrota, se ven obligados a trabajar para poder subsistir y para que subsistan los señores a los que sirven. Pero trabajar no es sino luchar contra la naturaleza, a la que los siervos han ido venciendo poco a poco a lo largo de la Historia. En esta lucha contra la naturaleza y en esta conquista de la naturaleza, argumenta Fukuyama, los siervos han ido viendo crecer y satisfacerse su deseo de reconocimiento, al verse capaces de dominarla sin arriesgar sus vidas. El trabajo, incluso el realizado para otro, se fue poco a poco dignificando a lo largo de la Historia.

Y en un momento determinado de este proceso, aparece otro paralelo: el cristianismo, la primera filosofía que preconiza una Historia Universal, es decir, un

---

<sup>221</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. 182.

<sup>222</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 245 a 253.

<sup>223</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 193 a 198.

desarrollo teleológico de la humanidad con fin predeterminado<sup>224</sup>. Es solamente un principio, ya que el cristianismo ni suprime ni invalida la existencia de siervos y señores en la Tierra, pero al menos considera a todos los hombres iguales a los ojos de Dios y les promete ser iguales en la otra vida. El cristianismo comienza a introducir el desplazamiento de la megalotimia o necesidad de ser reconocido como superior a los demás a la isotimia o deseo de ser reconocido como igual a todos los demás<sup>225</sup>.

Pero el verdadero momento clave y punto de inflexión de este proceso de la Historia Universal es el descubrimiento del método científico en los siglos XVI y XVII, llevado a cabo, indudablemente, por los siervos, que son los que trabajan y luchan por dominar la naturaleza<sup>226</sup>. El método científico y el tipo de ciencia («moderna ciencia natural» la denomina Fukuyama) y desarrollo que él posibilita es, para Fukuyama, la mejor y más perfecta expresión de la aplicación de la razón a la satisfacción de las necesidades del ser humano, es decir, la mejor y más perfecta conjunción sinérgica de las partes animal y específicamente humana del hombre.

Para Fukuyama, una de las características de esta moderna ciencia natural es que es direccional y acumulativa. Porque es direccional, cree que es el mecanismo por el que se encauza la Historia. Un mecanismo que va a permitir a quien es más científica (y, por tanto, se encuentra más técnicamente) desarrollado, una superioridad militar y una mayor eficiencia económica, manifestada en su mayor capacidad de ocupar, controlar y utilizar mercados y en una ilimitada acumulación de riqueza y, por tanto, de satisfacción de las necesidades humanas, lo que hace tender a la homogeneización de todas las sociedades y a crear lazos entre ellas a través de los mercados globales y de una universalizada cultura consumista, es decir, lo que llamamos capitalismo<sup>227</sup>. A partir, por tanto, de la aparición de la revolución industrial y del capitalismo, el desarrollo científico y técnico es espectacular, creando las condiciones para mejorar progresiva y exponencialmente las condiciones materiales de la vida y la calidad de ésta. La eficiencia económica no es, sin embargo, solamente consecuencia de la innovación tecnológica, sino fundamentalmente de la mejor y más racional (capitalista) distribución y organización del trabajo (de la producción), cuya evolución marca el progreso de

---

<sup>224</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. 56.

<sup>225</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. 190.

<sup>226</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 56 y 57.

<sup>227</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. xiv a xvi y 71 a 82.

aquella<sup>228</sup>. Así, para Fukuyama, el progreso (económico) es algo asociado al desarrollo capitalista de la sociedad. A más puro y avanzado capitalismo, mayor eficiencia económica y mayor posibilidad de satisfacción de las necesidades materiales del ser humano.

Con la industrialización y el capitalismo, por tanto, la naturaleza ha sido vencida, y lo ha sido por los siervos, que mediante su trabajo demuestran ser realmente superiores a sus amos dispuestos a jugarse la vida en nombre de su necesidad de reconocimiento megalotímica. El siervo recupera su humanidad, la humanidad que perdió como consecuencia de su miedo a una muerte violenta, a través del trabajo, desarrollando una ética del trabajo, aportada por la Reforma Protestante (como para Weber, pero también para Tawney), evolución inevitable del isotímico cristianismo. Ética del trabajo, superadora de la ética de la guerra, a través de la cual se aprende a trascender las necesidades animales. Ética del trabajo que tiene sus principales pilares en la idea de libertad y en el concepto de propiedad, que reconociendo al individuo que algo le pertenece como consecuencia de su esfuerzo y trabajo, satisface su deseo de reconocimiento.

Con la idea de libertad le surge, sin embargo, al siervo la contradicción entre ésta y su condición real de carencia de libertad, lo que le obliga a inventar los principios por los que debería regirse una sociedad libre, es decir, los principios que se instaurarán con las revoluciones americana de 1776 y francesa de 1789<sup>229</sup>. Revoluciones que anulan la distinción señor/siervo mediante los principios de soberanía popular y gobierno de la ley y hacen de cada hombre su propio amo. La sociedad (el resto de los seres humanos) en su conjunto “reconoce”, “valora”, a cada uno de sus miembros a través de sus derechos, con lo cual éstos ven satisfecho su deseo de reconocimiento<sup>230</sup>:

«La Revolución Francesa fue el hecho que tomo la visión cristiana de una sociedad libre e igualitaria y la implantó aquí en la tierra [...] Esto no es un intento de deificar el Estado o de darle un significado metafísico al liberalismo anglosajón. Constituye, más bien, un reconocimiento de que fue el hombre quien creó al Dios cristiano en primer lugar y, por lo tanto, quien pudo bajarlo a la tierra, a los

---

<sup>228</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 82 y 91.

<sup>229</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 194 a 198.

<sup>230</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. xvii a xix.

edificios de los parlamentos, a los palacios presidenciales y a las burocracias del Estado moderno»<sup>231</sup>.

Hasta aquí, la exposición teórica de Fukuyama, el porqué la democracia liberal, la concepción político-económica de las actuales democracias neoliberales, representa el fin de la evolución ideológica de la humanidad (que llamativamente denomina ‘fin de la Historia’). Pero Fukuyama no se contenta con exponer el razonamiento histórico-filosófico que demostraría que se está inevitablemente llegando al fin de la evolución ideológica de la humanidad, sino que pretende, asimismo, demostrarlo empíricamente, demostrar cómo realmente la Historia ha sido direccional, es decir, cómo la democracia liberal no ha hecho sino extenderse y perfeccionarse desde su aparición a finales del siglo XVIII.

Intenta demostrarlo, estableciendo, en primer lugar, una línea directa de sucesión entre el cristianismo, primera ideología que establece la igualdad de todos los hombres aunque solamente sea a los ojos de Dios y en la otra vida; la Reforma Protestante, que libera a los hombres y a sus conciencias del “amo” religioso que suponía la dogmática Iglesia medieval; el liberalismo económico o capitalismo, que sustituye la ética de la guerra por la ética del trabajo y libera a los hombres de los “señores” feudales a los que había que alimentar y servir; el liberalismo político o democracia, que libera a los hombres de los “amos” aristócratas y los convierte en ciudadanos libres e iguales; y, por último, el neoliberalismo, instancia avanzada de los liberalismos político y económico, que libera a los hombres de las ataduras que le imponen los nacionalismos, las religiones y las ideologías, permitiendo que sus relaciones se basen exclusivamente en las objetivas leyes del mercado.

De hecho, argumenta en segundo lugar Fukuyama, el liberalismo ha sido capaz de ir venciendo y superando sucesivamente a la sociedad feudal del Medioevo, al fanatismo religioso<sup>232</sup>, a la sociedad estamentaria de monarquías absolutas y hereditarias de los siglos XV al XIX<sup>233</sup>, a los nacionalismos y a los regímenes autoritarios sólo parcialmente democráticos (censatarios) del siglo XIX<sup>234</sup>, a los fascismos totalitarios de

---

<sup>231</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. 199.

<sup>232</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 259 y 260.

<sup>233</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. 200.

<sup>234</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 201 y 266 a 275.

la primera mitad del siglo XX y, por último, gran batalla final, al comunismo totalitario («de hecho», afirma Fukuyama, «ha sido en el altamente complejo y dinámico mundo postindustrial donde el marxismo-leninismo ha encontrado su Waterloo como sistema económico»<sup>235</sup>) y a los regímenes autoritarios de derecha (militares, caudillistas, teocráticos o de partido único) a lo largo de la segunda mitad del siglo XX (de los que, sin embargo, aún quedan algunos residuos por vencer), hasta llegar a la década de los noventa del siglo XX, en la que la tendencia y la aspiración a convertirse en democracias liberales se ha hecho prácticamente universal en el mundo:

«Un significativo consenso sobre la legitimidad de la democracia liberal como sistema de gobierno ha surgido a lo largo de todo el mundo durante los últimos años, tras haber ésta derrotado a sus principales rivales: la monarquía hereditaria, el fascismo y el comunismo»<sup>236</sup>.

«El último cuarto del siglo XX autoriza al optimismo con la progresiva desaparición de un gran número de dictaduras militares de derecha y de las dictaduras totalitarias comunistas, mientras se consolidan las democracias liberales estables y la democracia liberal se expande como la única aspiración coherente en todas las regiones y culturas del globo»<sup>237</sup>.

«¿Cómo explicar el atractivo de la democracia liberal para la gente que no la ha vivido todavía y su poder de permanencia para aquellos que llevan viviendo largo tiempo bajo sus reglas?»<sup>238</sup>.

«Hoy día es problemático imaginar un mundo que sea radicalmente mejor que el nuestro o un futuro que no sea esencialmente democrático y capitalista»<sup>239</sup>.

«En resumen, que las sociedades liberales están libres de contradicciones»<sup>240</sup>.

En definitiva, lo que Fukuyama defiende, como exponente y sintetizador de la ideología neoliberal, es que —primero— ésta representa el fin de la evolución ideológica de la humanidad, porque —segundo— el tipo de estructuras políticas de convivencia (la democracia) y económicas (el capitalismo avanzado y financiero) que preconiza y representa la ideología neoliberal, son las únicas capaces de satisfacer los más íntimos anhelos del ser humano (bienestar material y reconocimiento jurídico de su igualdad ante la ley), es decir —tercero— son estructuras insuperables como

---

<sup>235</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. 91.

<sup>236</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. xi.

<sup>237</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. xiii.

<sup>238</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. 139.

<sup>239</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. 46.

<sup>240</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, pág. 64.



demostraría —cuarto— el generalizado consenso sobre su legitimidad y supremacía, que se ha expandido en todo el mundo desde que en la década de los noventa del siglo XX el neoliberalismo terminara, prácticamente, de vencer y superar a sus grandes rivales ideológicos: los regímenes hereditarios, el fascismo, las dictaduras militares y caudillistas y el comunismo, y como demostraría —quinto— su invencible trayectoria histórica superadora de las ideologías y estructuras teocráticas, feudales, estamentarias, nacionalistas, fascistas y comunistas.

Una ideología y unas estructuras de relaciones políticas y económicas insuperables que deben, por tanto, defenderse y expandirse, utilizando si fuera necesario el mismo método megalotímico con el que el mundo aún Histórico-no-neoliberal puede pretender atacarlas o frenar su expansión: la fuerza, es decir, la guerra, los conflictos armados y el imperialismo<sup>241</sup>.

Toda una concepción, no muy diferente de la tesis que anunciábamos en el epígrafe anterior y resumíamos en el primer párrafo de éste: que Occidente, convencido de la supremacía de sus concepciones y estructuras políticas (democracia representativa basada en partidos políticos y elecciones periódicas) y económicas (libertad para las empresas y capitalismo financiero) neoliberales, pretende, porque se ve capaz y en condiciones de hacerlo (debido a su tecnológica superioridad militar y económica), expandirlas al resto del mundo utilizando, en primer lugar, su intrínseca ventaja tecnológica (influencia cultural y presión económica), pero, llegado el caso, en última instancia, si fuera necesario, la fuerza, la imposición, frente a los grupos, sociedades, Estados o personas que ya en otro lugar hemos denominado ‘disidentes’ de la uniformidad política, económica y cultural que el neoliberalismo pretende imponer a través de ese proceso de transición política que hemos visto que es la globalización. Esta es la razón por la que hemos considerado que Fukuyama es, no el creador ni siquiera el inspirador del neoliberalismo, pero sí uno de sus grandes sintetizadores *a posteriori*, uno de sus grandes racionalizadores<sup>242</sup>.

---

<sup>241</sup> FUKUYAMA, *op. cit.*, págs. 276 a 280.

<sup>242</sup> Aunque desde presupuestos y con argumentos diferentes, las recientes obras de MINC, Alain, *Capitalismo.com*, Paidós, Buenos Aires, 2001, y BOLSTANKI, Luc y CHIAPELLO, Eve, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid, 2002, constituyen otros tantos intentos racionalizadores del neoliberalismo como fin de la evolución ideológica de la humanidad.

### 5.3. El neoliberalismo como ideología

«La década de los setenta se inicia, en los países más desarrollados, con una combinación de cierta recesión económica e inflación. Los gastos de guerra por el conflicto de Vietnam e importantes ventas de cereales a la URSS, para reforzar la política de distensión, producen algunas tensiones que se ven muy aumentadas en 1973-1974, cuando los precios del petróleo se disparan y los países productores cierran filas para continuar aumentándolos.

La recesión de los años setenta fue la peor situación vivida por Estados Unidos en las últimas décadas. El índice de paro alcanzó el 9% de la población activa, afectando a más de ocho millones de personas. Hubo años en que la inflación llegó a los dos dígitos y aunque el gobierno intentó luchar [...] los éxitos fueron muy relativos y la recuperación no se inicia hasta 1975 [...] en la época Reagan, [esta recuperación] alcanzaría un importante esplendor a través de una política liberal y dura con tensiones monetarias y un considerable coste social.

Toda esta situación y evolución descrita va unida a la aplicación de políticas económicas cambiantes. En un momento determinado, priva la influencia de la Escuela de Chicago, en especial Milton Friedman, [...] En 1971 se suprime la convertibilidad del dólar en oro, en 1973 se dejan flotar las monedas en relación al dólar. Estados Unidos considera que no tiene compromiso de apoyo al mercado monetario exterior y, desde entonces, los mercados de cambios registran fluctuaciones en la determinación de sus respectivas cotizaciones [...]»<sup>243</sup>.

Esta secuencia de acontecimientos que tan sintéticamente describe el profesor Simón: recesión económica de Estados Unidos (en gran parte debida a los gastos ocasionados por la guerra del Vietnam), crisis del petróleo (que muestra la vulnerabilidad occidental frente al Tercer Mundo) y adopción, como reacción e intento de superación de ambas, del tipo de políticas económicas preconizadas por la Escuela de Chicago (que implican «un considerable coste social») es la historia resumida de cómo, cuándo y por qué aparece, se desarrolla y se impone en el mundo, una nueva ideología (a la que el profesor Simón alude como una «política liberal y dura»), que acabará conociéndose como neoliberalismo.

Pero el neoliberalismo no es solamente, como hemos visto que viene a decirnos Fukuyama, una teoría económica, la de la Escuela de Chicago, ni siquiera sólo su aplicación práctica. El neoliberalismo es también una forma de entender cómo debería ser el mundo y de qué manera deberían regirse las naciones y la sociedad. El

---

<sup>243</sup> SIMÓN SEGURA, Francisco, *Manual de historia económica mundial y de España*, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, Madrid, 1992, págs. 688 y 689.

neoliberalismo tiene finalidad (beneficiarios), componente político (causas, procedimientos y consecuencias políticas) y componente económico (causas, procedimientos y consecuencias económicas). Es, pues, algo más que una teoría económica, es todo un discurso de verdad foucaultiano<sup>244</sup>, una auténtica ideología.

Ya en los propios antecedentes que se acaban de mencionar es posible apreciar la existencia de estos componentes políticos y económicos entrelazados. Hemos visto que la recesión económica de los primeros setenta fue debida en gran medida a la Guerra de Vietnam, una guerra en la que Estados Unidos se fue progresivamente involucrando como parte de la estrategia política conocida como contención del comunismo, cuyos objetivos geopolíticos —impedir a toda costa la adhesión de cualquier otro país al enemigo militar, el bloque pro soviético— resultan inseparables de sus objetivos económicos —impedir a toda costa la pérdida de cualquier mercado (en el que poder comprar materias primas y al que vender productos más elaborados) para el bloque de economía capitalista.

Otro tanto puede decirse de la crisis del petróleo de 1973 posterior a la Guerra del Yom Kippur, cuyo origen y causa es el intento de castigo económico de los países árabes productores de petróleo a los países occidentales, aliados y sostenedores de Israel, dentro del gran juego político que supuso la Guerra Fría, algunas veces jugado bipolarmente entre los dos bloques enfrentados y sus respectivos protegidos, y otras tripolarmente, añadiéndose el Tercer Mundo —encabezado por el Movimiento de los No Alineados— a los dos anteriores.

Ahora bien, los dirigentes del mundo occidental no tardaron en sacar las debidas conclusiones del escenario en el que se estaba entrando. En primer lugar, había que reaccionar a la crisis económica y, en segundo, había que reaccionar a la señal que la subida de los precios del petróleo emitía: decisiones políticas de determinados gobiernos podían interferir en la marcha de las economías occidentales, ralentizando su crecimiento y pudiendo llegar, incluso, a desestabilizarlas de forma irrecuperable, si llegaban a darse los escenarios más catastrofistas; lo que significaba, además del peligro de mayor, más profunda y sobre todo más prolongada recesión económica, que

---

<sup>244</sup> ESTEFANÍA, *op. cit.*, pág. 288.

Occidente, con Estados Unidos a la cabeza, estaba perdiendo capacidad de influencia política sobre muchos países del Tercer Mundo —ya que muchos de los productores de petróleo que se unieron al boicot eran aliados de Occidente— y, sobre todo, que Occidente, y especialmente Estados Unidos, podía llegar a perder su capacidad de encabezar, pilotar y dirigir la economía mundial, su principal herramienta para ir desgastando al bloque soviético, que ya empezaba a dar señales de no ser capaz de seguir la carrera tecnológica y de armamentos, y su principal herramienta para seguir controlando al Tercer Mundo, sin necesidad de tener que ocuparlo física y jurídicamente como se había hecho durante la época colonial.

De modo que ambas conclusiones no tardarían en relacionarse. Si Estados Unidos, y el mundo occidental en general, podían estar perdiendo capacidad de influencia y control político y económico, debido a que ciertos gobiernos eran capaces de interferir en la, teledirigida por Occidente, economía mundial y en el propio desarrollo económico occidental, mediante decisiones políticas, ¿por qué no interpretar que la recesión económica también podía deberse a las mismas razones: un exceso de capacidad de los gobiernos y de las autoridades económicas y monetarias nacionales de los propios países occidentales (y de todos los demás), especialmente de los del intervencionista sistema social europeo —cuyo paradigma eran los gobiernos socialdemócratas— para intervenir en, y modelar, el campo de juego propio de la economía, los mercados, en función de parámetros políticos o sociales ajenos a los puros fundamentos económicos: la rentabilidad y la competitividad?

Pero eso era precisamente lo que estaba preconizando la Escuela de Chicago: que había un exceso de proteccionismo arancelario, que había un exceso de protección social, que había un exceso de interferencia política en la economía, y que las reglas del juego establecidas por el llamado régimen de Bretton Woods y por la necesidad de disuadir la expansión del comunismo en Europa mediante la socialdemocracia, ya no sólo no eran necesarias sino que empezaban a ser perjudiciales. De modo que una teoría que hasta entonces convencía a muchos economistas y, sobre todo, a muchos financieros, especialmente a los más poderosos, empezó a convencer también a muchos políticos, especialmente a los estadounidenses.

¿Por qué especialmente a los estadounidenses? Porque el neoliberalismo, que en esencia propugna que cuanta más libertad para la actividad económica, y sobre todo para la actividad financiera, mejor, y cuantas menos restricciones a la actividad económica, y sobre todo a la actividad financiera, por razones políticas o sociales —es decir, cuanta menos “regulación”— mejor, beneficia a quien ya es “económicamente poderoso”. De hecho, ciertos partidarios de la Escuela de Chicago llegaban a definir la situación anterior a la desregulación impuesta por el neoliberalismo como de “represión financiera”<sup>245</sup>.

¿Por qué el neoliberalismo beneficia a quien ya es económicamente poderoso? Una posible explicación del fenómeno puede ser comparar los mercados con cualquier tipo de juego de apuestas “desequilibrado”; por ejemplo, una partida de póquer entre un adulto con sólido sueldo cada fin de mes y un grupo de adolescentes de exigua paga de fin de semana. Independientemente de quien juegue mejor o de quien tenga más suerte, habrá un hecho innegable, el adulto, para quien cinco o seis euros, que es con todo lo que cuentan los adolescentes, no significan nada, podrá tirarse cuantos faroles quiera, arriesgarse cuanto quiera y aguantar cuanto haga falta subiendo las apuestas siempre al máximo, porque aunque tenga mala suerte y no juegue demasiado bien, por pura ley de probabilidades acabará consiguiendo, o por lo menos es lo más probable, arrebatarse a los adolescentes sus escasos seis euros iniciales: los únicos que tienen. Es decir, los adolescentes estarán siempre en condiciones de apostar menos (y por lo tanto de ganar menos si ganan), de arriesgarse menos (y de perder, por tanto, más oportunidades) y de aguantar menos (si el adulto fuerza las apuestas a seis euros cada vez, en cada mano puede estar forzando la salida del juego de uno o de varios adolescentes).

Es decir, en condiciones de absoluta libertad, sin ninguna restricción ajena a las propias reglas del juego (a las propias reglas del mercado), el adulto (el económicamente poderoso) tiene unas enormes probabilidades de salir beneficiado. Cuantas más restricciones ajenas a las propias del póquer (a las propias del mercado) existan —por ejemplo, límites en la cuantía de las apuestas o en el tiempo de duración de la partida (‘represión financiera’, es decir, regulación de los mercados)— más se igualarán las probabilidades de repartir pérdidas y ganancias.

---

<sup>245</sup> GOWAN, Peter, *La apuesta por la globalización*, Ediciones Akal, Madrid, 2000, página 32.

Por supuesto, la economía capitalista no es una simple partida de póquer pero, aunque sólo sea en términos muy generales y en ciertos aspectos, es asimilable a la partida de póquer desequilibrada que se ha descrito. Un juego en el que los económicamente (más) poderosos tienen más probabilidades de salir beneficiados. Más beneficiados cuanto mayor sea la diferencia de poder económico entre el poderoso y el débil. Más beneficiados cuanto más “libre”, es decir, más desregulado esté el juego (los mercados).

Esta es la interpretación y la acepción del término que explica porque el neoliberalismo, que propugna mercados y empresas cuanto más libres, mejor, que empezó convenciendo a algunos economistas y a casi todos los grupos y entidades financieras, especialmente a los grandes, acabó asimismo convenciendo, a partir de los acontecimientos de los setenta, a políticos y partidos políticos, inicialmente del mundo occidental y especialmente de Estados Unidos.

Interpretación y acepción que explicaría porque el neoliberalismo, desregulando cada vez más, y agrandando las diferencias, juega a la vez a favor de las grandes entidades financieras: bancos, fondos de inversión, fondos de pensiones, financieras, fondos de cobertura, fondos de alto riesgo, etcétera, y a favor, al mismo tiempo, de los países más desarrollados, especialmente Estados Unidos, creando de esta forma una convergencia de intereses estratégicos entre unos y otros<sup>246</sup>, cuyos beneficios superan con creces la aparente pérdida de poder y prestigio que supone, para los gobiernos y administraciones neoliberales del mundo occidental, el haber renunciado voluntariamente a poder dirigir y controlar su propia economía en la medida en que podrían hacerlo (regulando más sus propios mercados) y en la medida en que lo habían hecho en épocas anteriores<sup>247</sup>.

Interpretación y acepción que permiten deducir que el neoliberalismo, como cualquier otra ideología, beneficia a ciertos actores sociales: las entidades financieras y los países desarrollados, no solamente como conjunto, sino también de forma

---

<sup>246</sup> ESTEFANÍA, *op.cit.*, pág.325.

<sup>247</sup> NAÏR, Sami, *El imperio frente a la diversidad del mundo*, Random House Mondadori, Barcelona, 2003, págs. 55 a 61.

discriminatoria: cuanto más desarrollado sea un país, y Estados Unidos es el más desarrollado del mundo desde la Segunda Guerra Mundial, más probabilidades tiene de beneficiarse del sistema neoliberal, y cuanto más económicamente fuerte y poderosa sea una entidad financiera, más probabilidades tiene de beneficiarse del sistema neoliberal.

Norma general que, por supuesto, admite excepciones, ya que el neoliberalismo es sólo una ideología más, pero no la única, ni siquiera en los países desarrollados, ni ha podido todavía aplicarse en lugar alguno de forma “pura”; de modo que, en el fondo, como también ha ocurrido siempre a lo largo de la historia con cualquier otra ideología, lo que en realidad conocemos, unos disfrutándolo, otros sufriendolo, es solamente un neoliberalismo contaminado. Contaminado por la presencia y competencia de otras ideologías alternativas, unas viejas como el marxismo o el socialismo, otras nuevas y recientes como el ecologismo o los nacionalismos, fundamentalismos e integristas identitarios; contaminado por la fuerte resistencia que aún ofrece el Estado de bienestar socialdemócrata a desaparecer; contaminado, en fin, por los frenazos que imponen las alarmas sociales que cada cierto tiempo hacen aflorar las propias contradicciones del sistema político-económico neoliberal. Por todo ello, resulta ser una ideología que, como explícitamente también anuncia Fukuyama, necesita aún expandirse y consolidarse de forma progresiva y paulatina.

Interpretación y acepción, en definitiva, que permiten comprobar que, como se apunta al principio de este epígrafe, el neoliberalismo tiene finalidad: estructurar el mundo y la sociedad, las nacionales y la internacional, de forma que pueda ser gobernada y dirigida por una nueva clase de aristocracia, financiera en este caso, no elegida, e invisible y anónima en muchos casos (si bien puede que terriblemente eficaz económicamente).

Ideología mediante la que se intenta justificar y racionalizar una determinada estructura de relaciones económicas internacionales (y nacionales): la de la absoluta libertad de las empresas en mercados desregulados; desregulados para capitales, bienes y servicios pero no para personas<sup>248</sup>.

---

<sup>248</sup> VIDAL-BENEYTO, José, *Las palabras del imperio (I)*, Diario *El País* (España) de 12 de abril de 2002.

Ideología mediante la que se intenta justificar y racionalizar una determinada estructura de relaciones políticas internacionales: la de una comunidad internacional donde la más alta instancia decisoria es la pentarquía de miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que unen a este poder institucional, el poder fáctico de ser cinco de las primeras potencias políticas, comerciales, financieras, culturales y militares del mundo. Una determinada estructura de relaciones políticas internacionales en la que, incluso, esta máxima instancia decisoria puede ser obviada si se considera —por quien tiene suficiente fuerza como para poder hacerlo (la OTAN o Estados Unidos, por ejemplo)— que la legalidad que ella representa resulta incompatible con la legitimidad que representan sus intereses y valores (Kosovo o Irak, por ejemplo). Una determinada estructura de relaciones políticas internacionales en la que el máximo árbitro para ciertas cuestiones son organismos internacionales (OMC, OCDE, BM, FMI)<sup>249</sup>, en los cuales la capacidad de decisión es directamente proporcional a la capacidad de aportación de fondos (de quien ya es “económicamente poderoso”, del adulto de la partida de póquer “desequilibrada”)<sup>250</sup>.

Ideología mediante la que se intenta justificar y racionalizar la interesada utilización de la superioridad tecnológica para consolidar y expandir (globalización) la supremacía (la satisfacción cratotrópica) de los países (ya) desarrollados. Ideología mediante la que se intenta justificar y racionalizar la influencia cultural, la presión económica y, llegado el caso, la imposición militar de estos países (ya) desarrollados para mantener, consolidar y expandir las citadas estructuras de relaciones políticas, económicas y culturales internacionales.

Ideología que, como nos alerta la Teoría del Espacio Corazón, tiene como finalidad el ‘progresivo y paulatino control (cratotropismo) del resto del mundo’, con la ventaja añadida de “ser, ya, capaz y estar, ya, en condiciones” de conseguirlo, debido a su inmensa superioridad tecnológica en los campos cultural o ideológico, económico y militar.

Esta pretensión de progresivo y paulatino control del resto del mundo, a la que le empuja su inevitable cratotropismo colectivo y al que le incitarán sus intereses

---

<sup>249</sup> OMC, Organización Mundial del Comercio; OCD, Organización para la Cooperación y el Desarrollo en Europa; BM, Banco Mundial; FMI, Fondo Monetario Internacional.

<sup>250</sup> NAIR, *op. cit.*, págs. 44 a 49.



económicos, impulsados por esa característica del neoliberalismo que hace que éste, por su propia naturaleza y modo de funcionamiento, favorezca a quien ya es (más) poderoso (al adulto de la partida de póquer desequilibrada), a quien ya ostenta ese poder (que no existiría sino se ejerciera) cultural, económico, político y militar.

Cratotropismo e intereses económicos que justifica y racionaliza, mediante esa especie de versión del destino manifiesto que hemos visto que Fukuyama sintetiza con su ilustrativa expresión del ‘fin de la Historia’, con su consideración de la democracia neoliberal como ‘el fin de la evolución ideológica de la humanidad’, fórmula de convivencia humana y de coexistencia social ya no humanamente superable, por lo que lo único que se puede hacer es expandirla a cuantos rincones de la Tierra y en cuantos aspectos de la vida todavía no se haya implantado.

Expandirla, como se vio en su momento, en principio, a través de dos de los tres grandes tipos de mecanismos: la influencia cultural o ideológica y la presión económica, que, al juego natural de la competencia de intereses económicos y comerciales, une esa especie de chantaje económico que son las ya también analizadas ‘reglas de condicionalidad’, que los (más) poderosos (los adultos del la partida de póquer desequilibrada) están en condiciones de imponer en sus relaciones políticas y económicas.

Influencia cultural o ideológica, mediante la cual, la idea de la supremacía de la concepciones políticas y económicas de la democracia neoliberal se transforma en un discurso de verdad permanentemente difundido a través de la inmensa capacidad del potente aparato tecnológico de propaganda occidental. Discurso de verdad compuesto en realidad por dos componentes que, sin embargo, se presentan como indisolublemente unidos de forma interesada, como formando inevitablemente un todo: el liberalismo político y el liberalismo económico, es decir, la democracia y el libre mercado capitalista en su versión neoliberal de libertad absoluta para las empresas y especialmente para las entidades financieras.

Una, verdadera o falsa, unión, que se ha popularizado con el eufemismo de “pensamientoúnico”, que resalta algunos componentes de la ideología neoliberal, presentándolos como mitos (fin de la evolución ideológica de la humanidad), y no como

realidades contaminadas por intereses y contradicciones internas: la democracia (pero sólo la electoralista representativa), los derechos humanos (pero sólo los civiles y políticos) y el libre (que no justo) comercio (selectivo); mientras deja en un segundo y borroso plano otros componentes del neoliberalismo —que benefician a quien ya es “más poderoso”: la aristocracia financiera y los países desarrollados—: la preferencia de la libertad de empresa a la reducción de la desigualdad, y la preponderancia del capitalismo financiero y las legislaciones desreguladoras, insistiendo en la necesidad y bondad de libertad para comerciar con capitales (inversiones, desinversiones y deslocalizaciones), productos elaborados con avanzada tecnología o servicios, pero no en la necesidad y bondad de —comercio justo— eliminar el proteccionismo agrícola, intelectual (patentes) o humano (inmigración) o de considerar los derechos humanos sociales, económicos, culturales, medioambientales y colectivos tan importantes como los derechos humanos civiles y políticos.

Si democracia y libre mercado capitalista son realmente inseparables o son solamente el resultado de una coincidencia de evoluciones históricas, no necesariamente interdependientes, es un debate que rebasa los límites y objetivos de esta Tesis. Lo que a esta Tesis le interesa es el dato de que el mundo neoliberal expande, a través de su enorme capacidad de influencia cultural, la idea de que su sistema de relaciones políticas y económicas, la democracia de libre mercado capitalista, es un solo sistema y un solo sistema perfecto, insuperable (el fin de la evolución ideológica de la humanidad), un sistema que debería implantarse, por tanto, en todo el mundo, precisamente de esta manera, de forma conjunta y no como la combinación de dos componentes de entre los que fuera posible elegir uno u otro.

Democracia y libre mercado capitalista que, para el mundo neoliberal, parecen tener diferentes ámbitos de aplicación: mientras la democracia sería un forma de relacionarse políticamente solamente en el ámbito interno de los países, de los Estados-nación, es decir, solamente en el ámbito interno de ciertos actores de las relaciones internacionales, la libertad de empresa sí debe estar extendida a todos los ámbitos, tanto a los nacionales o internos como al internacional, a las relaciones a mantener entre los diferentes actores del escenario internacional.

Porque, efectivamente, como hemos visto, la estructura de relaciones políticas internacionales que preconiza hoy día el mundo neoliberal, no es una estructura democrática. Es una estructura en la que la legalidad internacional, especialmente a la hora de tomar medidas coactivas, aspecto por el que fundamentalmente se interesa esta Tesis, no descansa, ni en la Asamblea General de las Naciones Unidas, que sólo puede sugerir recomendaciones en estos aspectos<sup>251</sup>, a pesar de ser el único foro en el que todos los países tienen voz y voto, ni, mucho menos, en cualquier otro sistema que funcione con base en el principio de una persona, un voto. Sino en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas<sup>252</sup>, órgano aristocrático por antonomasia, en el que solamente cinco países están permanentemente representados y tienen capacidad de veto, es decir, sin cuya autorización expresa nada será legal: los cinco principales vencedores de la Segunda Guerra Mundial, que diseñaron, en consecuencia, una Organización de las Naciones Unidas a su medida. Cinco países, de los que tres, Estados Unidos, Francia y el Reino Unido, pertenecen, por derecho propio, a lo que estamos conceptualizando como el mundo neoliberal. Uno, Rusia, en proceso de asimilación al mismo, aunque, no obstante, bajo constante vigilancia. Y el quinto, China, que supone una de esas “disidencias”, que pretenden enfrentar una ideología o discurso de verdad alternativo al de Occidente, centrado en este caso en aceptar sus presupuestos de libre mercado capitalista internacional, pero no sus presupuestos de democracia interna.

Una legalidad internacional que, sin embargo, se verá, a veces, distorsionada por el propio mundo neoliberal, que sustituirá la legalidad de lo convenido (la Carta de las Naciones Unidas) por la legitimidad que cree que le concede la supremacía de sus valores y principios (el fin de la evolución ideológica de la humanidad), como hizo en los casos de las intervenciones armadas sin la preceptiva autorización del Consejo de Seguridad en Kosovo en el año 1999 y en Irak en el año 2003.

Crisis en las que, aún admitiendo que el uso de la fuerza en las relaciones internacionales debe autorizarlo el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de acuerdo con lo prescrito en los capítulos VII y VIII de su Carta, el mundo neoliberal, encabezado y arrastrado por Estados Unidos, consideró que la legitimidad de dicho

---

<sup>251</sup> Artículos 11 y 12 de la Carta de las Naciones Unidas.

<sup>252</sup> Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas.

procedimiento podía, y debía, ser obviada, si se daban alguna o algunas de las siguientes condiciones: violación continuada, masiva y sistemática de los derechos humanos; situación humanitaria de emergencia; riesgo de desestabilización regional; grave riesgo de opresión o genocidio para una población; o apoyo al terrorismo; en situaciones en las que el país o países infractores incumplieran reiteradamente, además, las resoluciones del propio Consejo de Seguridad, provocando en éste una situación de bloqueo, que le incapacitase para tomar las medidas adecuadas.

Postura que ha sido racionalizada tanto desde los presupuestos realistas de las relaciones internacionales, como desde los idealistas. Desde los primeros, el, a veces, denominado ‘nuevo realismo político’, argumentaría que por las mismas razones de realismo político que tras la Segunda Guerra Mundial, los vencedores de esta contienda establecieron la legalidad internacional más conveniente y adecuada a sus intereses y valores, la Carta de las Naciones Unidas y los acuerdos de Bretton Woods, los vencedores de la Guerra Fría, Estados Unidos, la OTAN y el mundo occidental, tendrían el derecho y la facultad de establecer cuál debería ser la nueva legitimidad internacional basada en sus intereses y valores, que deberá prevalecer sobre la vieja legalidad cuando ambas resulten contradictorias o incompatibles<sup>253</sup>.

Desde los presupuestos idealistas de las relaciones internacionales se apelaría al llamado ‘multilateralismo eficaz’<sup>254</sup>, según el cual, la autorización para el uso de la fuerza en las relaciones internacionales descansa en el Consejo de Seguridad (multilateralismo), pero reconociendo que frente a situaciones de emergencia en las que esté en juego la llamada ‘seguridad humana’<sup>255</sup>, las acciones que deban tomarse de forma urgente e inmediata (eficaz) no siempre podrán ser compatibles con la aplicación formal del Derecho Internacional Público (la decisión del Consejo de Seguridad).

---

<sup>253</sup> Una argumentación de este tipo sería la efectuada por el ministro español de Defensa D. Eduardo Serra, con ocasión de la operación “Zorro del Desierto” sobre Irak en diciembre de 1998. Ver Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados. Comisiones. Año 1999, VI Legislatura, número 640, pág. 18653.

<sup>254</sup> HAINE, Jean-Yves, “Una perspectiva histórica” en GNESOTTO, Nicole, *Política de seguridad y defensa de la Unión Europea. Los cinco primeros años (1999-2004)*, Instituto de Estudios de Seguridad de la Unión Europea, París, 2004, pág.56.

<sup>255</sup> Sobre el concepto de “seguridad humana”, véase el discurso de apertura del secretario general de las Naciones Unidas de la 54 sesión de la Asamblea General de dicho organismo, septiembre de 1999.

Así pues, éste es el modelo de estructura de relaciones políticas internacionales que, junto al tipo de relaciones económicas que se ha visto en este epígrafe y se completa en el siguiente, el mundo neoliberal pretende imponer progresiva y paulatinamente al resto del mundo, mediante la expansión (influencia cultural) de su verdad o poder blando, y mediante la expansión (presión económica) de sus sistemas y procedimientos de relaciones económicas, comerciales, de producción y de propiedad o poder duro no violento.

Influencia cultural y presión económica que se refuerzan mutuamente ya que a mayor influencia cultural, sistema liberal de relaciones económicas más asentado e interiorizado y, por tanto, mayor capacidad de presión económica; y a mayor presión económica, tanto mayor probabilidad de imposición del sistema liberal de relaciones económicas, tanto mayor posibilidad de interiorización de los presupuestos ideológicos neoliberales y, en consecuencia, tanto mayor capacidad de influencia cultural.

Influencia cultural y presión económica que, de forma simultánea, satisfacen las tendencias cratotrópicas del mundo neoliberal, favorecen sus intereses económicos y refuerzan el poder y la supremacía de su ideología y de las estructuras de relaciones políticas y económicas que ésta justifica y racionaliza, mientras, al mismo tiempo, frustran las tendencias cratotrópicas de otros grupos de naciones, culturas o sociedades, perjudican sus intereses económicos y profundizan la posición subalterna y subordinada que ocupan ellos mismos y sus verdades alternativas en el orden internacional imperante.

En esta situación de rivalidad es donde pueden surgir los conflictos armados como instrumentos para mantener y expandir (Occidente) o subvertir y suplantar (los “disidentes” del orden establecido, los identitarismos resistentes) las estructuras internacionales de relaciones políticas, económicas y culturales que no pueden ser impuestas (mantenidas o subvertidas) mediante la influencia cultural o su resistencia a ella y mediante la presión económica o su resistencia a ella.

Conflictos armados que, cuando son iniciados por el mundo neoliberal, parecen poder agruparse, en estos tiempos de cambio de milenio, bajo la rúbrica general de ‘injerencia’ en los asuntos internos de otros países, normalmente adjetivada de

humanitaria, democratizadora o preventiva, según la razón (la racionalización) que Occidente aduzca para llevarlas a cabo. Mientras que han adoptado la de terrorismo o la de “combate simbólico” cuando han sido “disidentes” del orden establecido los que los han iniciado, racionalizándolos en nombre de algún identitarismo construido sobre materiales religiosos, como el islamismo, o étnicos, como el zapatismo indigenista. Injerencia que se ha dirigido siempre hacia disidentes cuya resistencia a, y enfrentamiento con, el mundo neoliberal se ha construido, también siempre, sobre algún tipo de identitarismo, haya tomado éste la forma de nacionalismo centralizador, como el serbio (Bosnia-Herzegovina y Kosovo) o el indonesio (Timor Oriental); de nacionalismo expansionista, como el iraquí; o de fundamentalismo religioso, como el afgano de los *taliban*. Es decir, cumpliéndose, de forma general, el aforismo de Castells, ya varias veces citado de que “el conflicto político entre el neoliberalismo globalizador y uniformador e identitarismos de resistencia al mismo está dando forma a nuestro mundo y a nuestras vidas”.

Conflictos armados en los que los identitarismos disidentes han optado unas veces por atacar directamente al mundo neoliberal (atentados y actividades terroristas en Europa y Estados Unidos) y otras, hacerlo a través de sus representantes y aliados locales (atentados y actividades terroristas en el Tercer Mundo o sublevación zapatista en Méjico).

Conflictos armados en los que, en cualquier caso, siempre es posible intentar detectar, qué tendencia cratotrópica (expansionista o eleuterotrópica), qué intereses económicos, qué estructuras políticas y económicas y qué ideología justificadora y legitimadora de todo lo demás defiende cada participante en el conflicto, y de qué medios y, por tanto, de qué procedimientos, dispone para imponerlas y mantenerlas o para tratar de subvertirlas y suplantarlas.

Estos son los conflictos armados que se producen como consecuencia de los conflictos políticos entre neoliberalismo e identitarismos de resistencia en la actual época posterior a la finalización de la Guerra Fría. Son, por tanto, los conflictos “del” cambio de milenio, característicos de esa época, porque responden a la específica situación que se da en ella. Lo que no es óbice para que contemporáneamente puedan darse, y de hecho se estén dando, otros tipos de conflictos (“en” el cambio de milenio),

como, por ejemplo, los conflictos étnicos africanos, el conflicto israelo-palestino, el conflicto colombiano, etcétera, que aconteciendo durante este cambio de milenio no son, sin embargo, consecuencia tan directa, aunque en cierta forma se relacionen con ella, de la oposición, característica de la época, entre neoliberalismo e identitarismos de resistencia, sino que corresponden a tipos de enfrentamiento de épocas pasadas prolongadas en el presente y, por lo tanto, influidos y condicionados por él.

#### **5.4. La ideología del neoliberalismo**

Como hemos visto al principio del epígrafe anterior, el origen de la progresiva implantación del neoliberalismo puede situarse en los primeros años de la década de los setenta del siglo XX. Durante esta década, el mundo desarrollado capitalista, que atraviesa una generalizada recesión económica asociada a procesos inflacionistas y una crisis política, motivada por la sensación de pérdida de influencia y hegemonía, como consecuencia del empantanamiento de Estados Unidos en Vietnam y de la capacidad de contestación demostrada por la OPEP durante la llamada crisis del petróleo, empieza a introducir una serie de significativos cambios en el ámbito de las relaciones económicas internacionales, como reacción, entre otras razones, a las principales contradicciones que el propio sistema de comercio y relaciones económicas internacionales implantado tras la Segunda Guerra Mundial, conocido como el régimen de Bretton Woods, estaba haciendo aflorar; entre ellas, el déficit exterior estructural de Estados Unidos, asociado a los excedentes de capital generados por el propio desarrollo capitalista de todos esos años.

Proceso de cambios cuyo eje argumental será rediseñar las relaciones monetarias y financieras internacionales características del sistema de Bretton Woods. Cambios que no serán el resultado espontáneo del propio acontecer económico, ni el resultado inevitable del nacimiento de la revolución tecnológica que se inicia durante estos años en Silicon Valley<sup>256</sup>, sino el resultado de decisiones políticas que tomarán las sucesivas administraciones estadounidenses, apoyadas y apoyándose en el mundo empresarial estadounidense, cada vez más necesitado de salida para los excedentes de capital

---

<sup>256</sup> CASTELLS, *op. cit.*, página 36.

acumulado durante las pasadas décadas, en lo que Castells ha llamado la “la reestructuración capitalista global”<sup>257</sup>.

La causa del progresivo déficit en comercio exterior de Estados Unidos no era otra que la enorme capacidad de compra de su potente economía. Capacidad de compra que beneficiaba principalmente a quienes se habían convertido en economías de producción ya plenamente desarrolladas: Europa Occidental y Japón, con cuyos superávits contrastaba cada vez más el déficit estadounidense. Superávit que les permite comprar y acumular cada vez más oro con los dólares sobrantes, provocando que las reservas estadounidenses de este metal empiecen a escasear<sup>258</sup> poniendo en crisis el sistema de patrón oro en el que se basaba en gran medida el régimen de Bretton Woods.

En efecto, al finalizar la Segunda Guerra Mundial la situación monetaria internacional era caótica. La aplicación generalizada de los cambios múltiples y de las prácticas restrictivas del comercio hacían ilusoria la existencia de un sistema de intercambios comerciales internacionales coherente. En medio de este sistema monetario prácticamente destruido, sólo quedaba el dólar estadounidense como única moneda capaz de garantizar su convertibilidad y de asumir el papel de activo internacional. Para superar este desorden monetario se recuperó el viejo sistema del patrón-oro.

El sistema de patrón-valor es un viejo recurso con el que históricamente se ha intentado superar el problema de las diferentes monedas en el comercio mundial, mediante un tercer valor (el oro, por ejemplo), distinto a ellas, pero con las que se relaciona de forma constante, es decir, con respecto a las cuales tiene precio, y valor por tanto, fijo, lo que permite calcular el tipo de cambio entre ambas monedas<sup>259</sup>. El sistema, aunque útil, no es neutral. Si alguien logra controlar, total o parcialmente, de alguna forma este tercer valor, habrá adquirido una enorme capacidad de “gestionar” en su propio beneficio (cratotropismo) todo el sistema de cambios, lo que evidentemente ocurre cuando este tercer valor en vez de ser un tercer elemento, en principio neutral,

---

<sup>257</sup> CASTELLS, *op. cit.*, página 36.

<sup>258</sup> GOWAN, *op. cit.*, página 33 a 36.

<sup>259</sup> GOWAN, *op. cit.*, página 32.



como el oro, coincide con una de las monedas que debe jugar en el concierto internacional de cambios: el dólar, por ejemplo.

Lo que se hizo en Bretton Woods fue reimplantar el patrón-oro, respecto al cual todas las divisas tendrían un precio fijo, fijándose así la convertibilidad entre ellas, y debiendo hacerse todas las transacciones internacionales en dólares, moneda a la que se le adjudicaba la equivalencia de 35 dólares la onza de oro fino. Las variaciones de estos cambios fijos sólo podrían hacerse autorizados por y dentro de los márgenes permitidos por el recién creado Fondo Monetario Internacional (FMI), que solamente aceptaría variaciones para corregir «desequilibrios fundamentales» en las balanzas de pagos (cambios fijos pero ajustables). Los Estados tenían el derecho y la capacidad de controlar y regular las actividades de sus sectores financieros, de modo que éstas se acoplasen a los objetivos de desarrollo económico nacional. Cuando a lo largo de las tres décadas siguientes, el sistema de patrón-oro empieza a mostrarse insuficiente debido a la escasez de líquido (de oro) en comparación con el creciente volumen de transacciones del cada vez más intenso comercio mundial —la cantidad de oro circulante y utilizable es difícilmente ampliable de forma masiva y rápida, especialmente en comparación con el papel moneda— y se llega a la situación descrita en el primer párrafo de este epígrafe, se empiezan a preconizar algunas posibles soluciones, que son motivo de disputa entre los principales países, ya que según se diera una solución al problema u otra, determinados países u otros saldrían beneficiados.

Se podía: a) revaluar el oro, preconizado por los grandes productores de este metal y por los países que habían acumulado grandes reservas del mismo; b) modificar los procedimientos de convertibilidad entre el oro y las diferentes divisas, preconizado por Francia, por ejemplo; c) adoptar un tipo de cambios múltiple, probablemente la mejor solución para los países en desarrollo, pero con una enorme cantidad de inconvenientes técnicos; d) instaurar el patrón dólar, imponiendo la irremisible dependencia monetaria del resto de los países respecto a Estados Unidos.

Y esta fue la decisión que Estados Unidos tomó unilateralmente en agosto de 1971: suprimir la convertibilidad del dólar en oro, declarar que en lo sucesivo Estados Unidos ya no iba a someterse a la disciplina que le obligaba a mantener la paridad del dólar con el oro o con cualquier otra moneda; las fluctuaciones del dólar pasaban ahora

a depender total y únicamente de lo que decidiesen el Departamento del Tesoro y la Reserva Federal estadounidenses. Para intentar regular las consecuencias de esta decisión unilateral se convoca, bajo los auspicios del Fondo Monetario Internacional (FMI), una conferencia internacional para la reforma monetaria en 1972. Conferencia que fracasa en gran medida debido a la política de hechos consumados llevada a cabo por Estados Unidos mientras la conferencia se celebraba<sup>260</sup>. A partir de 1973, el resto de las monedas se dejan flotar respecto al dólar<sup>261</sup>.

Pero el déficit americano, su escasez de reservas de oro y la incapacidad del patrón oro de sostener el cada vez más intenso comercio internacional, no eran las únicas consecuencias no deseadas que se habían generado durante el régimen de Bretton Woods. El espectacular desarrollo del mundo occidental había generado unos enormes excedentes de capital. Excedentes que se verán significativamente incrementados como consecuencia de la crisis del petróleo de 1973-1974, debida no solamente al fortalecimiento del poder negociador de los países exportadores de petróleo, a través de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), sino también, y más fundamentalmente, a la estrategia de las grandes compañías (petroleras) internacionales que, enfrentadas a un esperado incremento de sus costes de producción, deciden acumular beneficios, aunque otras versiones prefieren volcar el peso de la responsabilidad en el propio gobierno estadounidense recordando que «las alzas de los precios del petróleo fueron el resultado de la ascendencia estadounidense sobre los Estados productores [...] en parte encaminada a modificar las condiciones económicas en Europa Occidental y Japón», favoreciendo al mismo tiempo «un nuevo papel a los bancos privados estadounidenses en las relaciones financieras internacionales». Política (y presión) que, al parecer, la administración Nixon estaba planeando (y ejerciendo) «desde dos años antes de que ocurriera»<sup>262</sup>.

En este contexto se celebra, en Teherán (Irán) en diciembre de 1973, la cumbre de la OPEP que incrementa, como represalia al apoyo occidental a Israel en la Guerra del Yom Kippur (6 al 22 de octubre de 1973), el precio del barril (159 litros) de petróleo hasta los 11'65 dólares/barril, cuando en 1970, sólo cuatro años antes, estaba a 1'80

---

<sup>260</sup> GOWAN, *op. cit.*, página 38.

<sup>261</sup> SIMÓN SEGURA, *op. cit.*, página 688.

<sup>262</sup> GOWAN, *op. cit.*, páginas 39 y 40.

dólares/barril. A partir de esta decisión se produjo una variación radical en las relaciones económicas mundiales. El superávit producido por el petróleo, que en 1973 fue de 40.000 millones de dólares, se multiplicó por quince al año siguiente, forzando a los países desarrollados a la apertura de conversaciones con los países en vías de desarrollo, al tiempo que la OPEP servía de modelo para la creación de asociaciones de países exportadores de diversas materias primas.

La reacción de los países occidentales fue sustituir la ayuda externa (donaciones) al Tercer Mundo por préstamos comerciales (créditos), que han originado y acumulado las famosas deudas externas actuales. Unos préstamos que exigen para ser concedidos (la ya anteriormente citada presión o chantaje económico conocida como ‘reglas de condicionalidad’), además de ciertas contraprestaciones, el cumplimiento de los programas de ‘ajuste estructural’, que están en la base de la pérdida de contenido social de los presupuestos, del desequilibrio de las balanzas de pago y del incremento de la rivalidad política por el control de los recursos que han podido verse desde entonces en los países en desarrollo. Una política de sustitución de la ayuda exterior por préstamos comerciales (de donaciones por créditos) que el mundo occidental intensificó al acabar la Guerra Fría y quedarse el Tercer Mundo sin la posibilidad del “chantaje político” que les suponía su amenaza de adhesión al bloque soviético<sup>263</sup>.

Así pues, la decisión tomada por la cumbre de la OPEP de Teherán de diciembre de 1973, y la cascada de actuaciones que ella generó, añadidas a la política monetaria y de liberación financiera de la Administración Nixon, indujeron una significativa transformación de las estructuras económicas mundiales que, en definitiva, benefició a ciertos intereses (cratotropismo). A los intereses políticos de los países exportadores, que reevaluaban así su papel en la escena internacional frente a su enemigo común, Israel, frente a sus antiguos colonizadores, Europa occidental, y frente a la gran potencia, Estados Unidos; a los intereses económicos de los países exportadores, que incrementaban así considerablemente sus ingresos procedentes de lo que para muchos era incluso un monocultivo, el petróleo; intereses políticos de Estados Unidos, que mejor situado energéticamente que los europeos y japoneses podía permitirse el lujo de “sosegar” a este precio a un buen número de países árabes y del Tercer Mundo

---

<sup>263</sup> KALDOR, *op. cit.*, págs. 56 y 108.

manteniendo su incondicional e interesado apoyo a Israel; y, por último, a los intereses económicos, tanto de la propia administración norteamericana, que “aliviaba” así la dura competencia a la que le estaban sometiendo sus aliados europeos y japoneses, como de las grandes corporaciones multinacionales del petróleo y financieras, no exclusivamente, por supuesto, pero sí mayoritariamente, norteamericanas.

Porque, efectivamente, los inmensos beneficios derivados de este espectacular incremento de los precios del petróleo (los llamados petrodólares) fueron a parar, por una parte a las multinacionales del petróleo<sup>264</sup>, incrementando así considerablemente el excedente de capital con que ya contaba la economía occidental (y fundamentalmente norteamericana), y por otra, aunque fuera en menor medida, a los Estados petroleros, cuya enorme acumulación de beneficios en dólares, ni eran capaces de absorber con sus precarios sectores productivos, ni emplear, al menos todavía, con sus reducidos sectores bancarios y financieros. Ocasión que volvió a aprovechar Estados Unidos para conseguir, utilizando su capacidad de influencia y presión política y económica, que tan codiciados excedentes fueran depositados, para su posterior gestión e inversión, en los bancos privados (de nuevo mayoritariamente estadounidenses), añadiendo así una tercera y voluminosa partida a los grandes excedentes ya acumulados<sup>265</sup>.

De modo que, la situación que va a encontrar el final de la primera parte de la década de los setenta, es una enorme acumulación de capital excedente, en manos de las grandes corporaciones económicas privadas, por una parte, y, por otra, un mundo en el que, bien sea debido a las economías estatalizadas del mundo comunista, a las economías centralizadas y corruptas de gran parte del Tercer Mundo, o a las economías regularizadas del Estado del bienestar socialdemócrata, resulta difícil poder invertir tan preciados excedentes, sin tener que compartir sus extraordinarias perspectivas de beneficio con autoridades corruptas o con Estados fuertemente fiscalizadores, dispuestos a absorber gran parte de estos posibles beneficios para fines sociales de redistribución.

Un mundo, al mismo tiempo, en el que Estados Unidos parece ir perdiendo, lenta pero inexorablemente, su vieja e incontestada hegemonía: la Unión Soviética ya ha

---

<sup>264</sup> NAÏR, *op.cit.*, pág. 50.

<sup>265</sup> GOWAN, *op. cit.*, págs 39 y sgs.

conseguido la paridad espacial y nuclear; Europa Occidental y Japón (y otros países “occidentales” como Australia, Canadá o el propio Israel) son ya auténticos competidores económicos; Alemania se permite veleidades de *realpolitik*; un país pequeño y pobre como Vietnam del Norte ha logrado vencerlo militar y, sobre todo, políticamente; los países árabes acaban de conseguir sus primeras “tablas” en su enfrentamiento con su protegido Israel (Guerra del Yom Kippur). Parece llegado el momento de reaccionar.

Y Estados Unidos, la Administración Nixon que gobierna en ese momento, decide sacar partido de lo único en lo que Estados Unidos sigue llevando una enorme ventaja al resto del mundo: en capital acumulado y en posibilidades de seguir acumulando. La política a seguir, en consecuencia, será más capitalismo, lo que en la situación del momento quiere decir un capitalismo más libre; un capitalismo donde la acumulación, que beneficia tanto al “capital” como a Estados Unidos, se vea lo menos obstaculizada posible por cualquier tipo de dirigismo o regulación estatal o pública; un capitalismo cuya capacidad de control de las diferentes sociedades nacionales, se vea lo menos obstaculizada posible por interferencias de carácter social, sindical o corporativista; un capitalismo transnacional cuya capacidad de control de la sociedad internacional, que a la postre sería un control mayoritariamente estadounidense, puede vislumbrarse en función de las halagadoras perspectivas que presenta esa “aldea global” que parecen prometer la nuevas tecnologías. Un capitalismo, en definitiva, cuya meta ideal sería un mundo exclusivamente gobernado por la oferta y la demanda. Por una oferta y una demanda modeladas y diseñadas desde Washington, Wall Street y Silicon Valley y para Washington, Wall Street y Silicon Valley, al menos mayoritariamente.

Esta es la política que instaurará la Administración Nixon. Esta es la política que mantendrán y consolidarán sus sucesores. Esta es la política, a la que el capitalismo se adherirá con entusiasmo. Estos son los valores (la ideología) que se enraizarán, primero, en Estados Unidos, después en Europa y, más tarde, en casi todo el mundo. Pero para ello, el neoliberalismo deberá primero ir derrotando a sus diversos contrincantes: al bloque soviético, al modelo social europeo, al modelo de desarrollo de Asia oriental, a los *Rogue States* o Estados disidentes, a la supuesta anarquía que no respeta sus sacrosantas leyes de la oferta y la demanda, o a los ecologismos que parecen preferir el beneficio futuro a largo plazo al beneficio contable.

Con objeto de que los petrodólares pudieran entrar en Estados Unidos y luego ser invertidos sin problemas ni obstáculos, en fecha tan temprana como 1974, Estados Unidos suprime unilateralmente las restricciones que su propia legislación imponía sobre el flujo de fondos financieros que entraba y salía de su territorio (conocido, en el lenguaje técnico, como ‘abolición de los controles del capital’), siguiendo el ejemplo de la City de Londres, que desde 1950 funcionaba como un centro casi enteramente desreglado para operaciones financieras privadas internacionales de todo tipo. Los bancos de la City aceptaban depósitos en dólares no controlados por autoridad monetaria alguna que luego prestaban a gobiernos y empresas de todo el mundo<sup>266</sup>.

El Reino Unido fue, una vez más, el pionero en dar nuevos pasos en la sucesiva supresión de controles sobre los movimientos de capitales al subir al poder, en 1979, la señora Thatcher, encabezando el primer gobierno en el mundo que lo hacía en nombre de la nueva ideología neoliberal. Le seguiría, en Estados Unidos, el presidente Reagan en 1981, y en septiembre de ese mismo año, una coalición de diferentes partidos cristianodemócratas ganaría las elecciones en Holanda, preconizando la preponderancia de la iniciativa económica privada y la libertad de las empresas. Al año siguiente, sería el canciller Kohl quien iniciara la era neoliberal en Alemania. Con diferentes matices y profundidad, a diferentes ritmos y en diferentes momentos, poco a poco todo el mundo occidental ha ido introduciendo a lo largo de las dos siguientes décadas, medidas cada vez más liberalizadoras para las empresas y para los medios financieros. En Estados Unidos, el país más significativo por todo tipo de razones, la década de los ochenta, que coincide con las administraciones Reagan (1981-1989), implicó la total adaptación interna de los sistemas financieros estadounidenses al modelo neoliberal, su aplicación irrestricta a la política de bloques, forzando a la Unión Soviética a seguir un endiablado ritmo de gastos militares o perecer, como así acabó ocurriendo, y su exportación al resto del planeta, del que sólo quedaban fuera al final de la década, cuando la Unión Soviética y el bloque oriental colapsen, unas cuantas recalcitrantes islas, a las que se le aplicaran, a lo largo de la década de los noventa y hasta nuestros días, métodos más expeditivos de convicción y adaptación.

---

<sup>266</sup> GOWAN, *op. cit.*, páginas 40 y 41.

Todas estas nuevas disposiciones pusieron a los sectores financieros privados en el centro mismo del funcionamiento del nuevo sistema monetario internacional al permitir que actuasen a una escala cualitativamente diferente a la de la situación anterior<sup>267</sup>. Los bancos privados han ido progresivamente desplazando a los centrales en el control de los flujos financieros internacionales; se ha facilitado la dominación internacional de los sistemas y agentes financieros angloamericanos, mejor situados inicialmente para beneficiarse del nuevo escenario; la supervisión pública de los agentes financieros es cada vez más reducida; los tipos de cambio y sistemas financieros de los países del sur se han vuelto más vulnerables; y, por último, las nuevas disposiciones engendraron, al menos inicialmente, fuertes presiones competitivas en el seno de los sistemas bancarios de la OCDE, permitiendo al gobierno de Estados Unidos el papel de regulador<sup>268</sup>.

Es decir, que el “dinero”, el “capital”, como tal (sus aspectos puramente financieros), mucho más que los “productos” que puedan obtenerse, fabricarse o elaborarse, es el verdadero instrumento con el que puede alcanzarse el poder en la actual sociedad internacional concebida, diseñada e impuesta por la dominante ideología neoliberal. Es necesario, por tanto, que este dinero, este capital, pueda moverse, pueda actuar y pueda emplearse con la mayor libertad posible.

Para conseguir lo primero, que sea el capital el que determine qué (dónde, cómo y cuándo) productos (físicos, intelectuales o culturales) deben ser investigados, fabricados, descubiertos, elaborados, comprados, vendidos, usados o consumidos, ha sido necesario sustituir el, hasta la década de los setenta del siglo XX, imperante capitalismo productivo por el emergente capitalismo financiero. Para conseguir el segundo, la libertad de acción de este último, es necesario eliminar cuantas restricciones sociales, culturales o de carácter soberanista puedan oponérsele.

Imponer y expandir el capitalismo financiero y la libertad de empresa han sido, por tanto, a partir de ese momento, las dos grandes líneas directrices de la política, interna y externa, del mundo occidental, especialmente de Estados Unidos.

---

<sup>267</sup> GOWAN, *op. cit.*, página 41.

<sup>268</sup> GOWAN, *op. cit.*, páginas 46 y 47.

La diferencia conceptual entre capitalismo productivo y capitalismo financiero es, por otra parte, relativamente sencilla<sup>269</sup>. En el capitalismo productivo, el capital se utiliza para la compra de “herramientas”: salarios, investigación, instalaciones, maquinaria o materias primas, con las que se confeccionan productos (bienes materiales o servicios), que al ser vendidos por una cantidad superior a la del coste de las herramientas, producen las llamadas plusvalías o beneficios, los cuales al ser reinvertidos en herramientas, permiten más o mejores salarios, investigación, instalaciones, maquinarias o productos finales, es decir, en resumen, desarrollo.

Pero no siempre es posible reinvertir, y mucho menos de forma inmediata, de modo que ciertas cantidades de capital deben ser temporalmente “depositadas”, lo que históricamente ha dado lugar a las llamadas instituciones financieras (bancos, fondos de depósitos, etcétera), una de cuyas funciones es prestar esos depósitos (teóricamente para ser utilizado como capital productivo) con un cierto recargo (intereses), que al ser devueltos junto al préstamo suponen para el prestamista (la entidad financiera) una plusvalía o beneficio.

De modo que el capitalismo, que no es tener capital, sino utilizarlo para obtener beneficios, puede ser productivo, cuando además de obtener beneficios, es decir, acumulación de capital, produce cualquier otro bien, material o no, utilizable por “otros”, o puede ser financiero, cuando el único beneficio que se obtiene es acumulación de capital.

Es decir, que el capitalismo financiero (o la faceta financiera del capitalismo, si se prefiere) solamente tiene, al menos conceptualmente, sentido si es subsidiario del productivo (de su faceta productiva, la única útil para otros), del que “en la teoría” es un instrumento necesario dada la complejidad del sistema.

Por eso, cuando (como ocurre en la actualidad) los beneficios obtenidos en los mercados financieros de todo el mundo son el 90% del total, frente a solamente el 10% que corresponde a los mercados de “productos”<sup>270</sup>, habiéndose transformado la faceta

---

<sup>269</sup> GOWAN, *op. cit.*, páginas 24 a 32.

<sup>270</sup> ESTEFANÍA, Joaquín, *Aquí no puede ocurrir. El nuevo espíritu del capitalismo*, Taurus, Madrid, 2000, pág. 91.



productiva del capitalismo en absolutamente subsidiaria de la financiera<sup>271</sup>, no puede interpretarse que el capitalismo sea solamente un modo de producción económico, sino más bien un sistema de acumulación de capital, cuyos enormes excedentes permiten, a quien los posee (a quien esté en condiciones de controlar y decidir sus flujos, adonde van y con que condiciones, sería más exacto decir), dictaminar quién (y quién no) producirá, qué (y qué no), dónde (y dónde no), cómo (y cómo no) y cuándo (y cuándo no).

Contrarrestar esta teórica omnipotencia del capitalismo financiero solamente es posible limitando sus posibilidades de actuación, tanto internas, mediante reglamentaciones nacionales, como transfronterizas, mediante reglamentaciones internacionales. Una opción por la que, incluso, parecen estar empezando a inclinarse, aun con todas las lógicas cautelas, dos significativos representantes del neoliberalismo europeo, el presidente francés Nicolas Sarkozy y la canciller federal alemana Angela Merkel, que, tras su reunión de Berlín de 10 de septiembre de 2007, sorprendieron (porque el tema no parecía estar en la agenda) a medios de comunicación, opinión pública y probablemente medios financieros, propugnando medidas para la «transparencia» y «moralización de los mercados financieros», ya que, «no deberíamos permitir que unas docenas de especuladores lleguen, compren una empresa, despidan a la mitad de la plantilla, la vendan y se lleven los beneficios», haciendo, no obstante, profesión de fe capitalista, pero de «un capitalismo de empresas [productivo], no de especuladores [financiero]»<sup>272</sup>.

Liberar, más o menos, o regular, más o menos, los mercados (financieros, de trabajo, fiscales, etcétera), es decir, tomar más o menos ‘medidas para la transparencia y moralidad de los mercados (operaciones y transacciones) financieros’ parece ser, en consecuencia, la gran controversia en un momento histórico<sup>273</sup>, en el que se dan dos

---

<sup>271</sup> Solamente en *Hedge Funds* (fondos especulativos de alto riesgo), hoy día, se gestionan más de un billón (español, un millón de millones) seiscientos mil millones de dólares (1.600.000.000 \$). VIDAL-BENEYTO, José, *Noticias del caos*, Diario *El País* (España) de 1 de septiembre de 2007.

<sup>272</sup> Diario *El País* (España) de 11 de septiembre de 2007. Posteriormente, en su reunión de Londres de 29 de enero de 2008, los mandatarios de Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido volvieron a expresar similares preocupaciones en relación con el excesivo (y perjudicial) protagonismo del capitalismo financiero en la actual economía mundial (El País de 30 de enero de 2008).

<sup>273</sup> Como confirmaría, reforzando las críticas expuestas por la canciller alemana y el presidente francés, citadas en el párrafo anterior, la reforma propuesta por la propia Administración estadounidense, en los últimos días de marzo de 2008, «del marco regulador de los mercados [...], [que] roza el intervencionismo y contradice el respeto reverencial al mercado», «para garantizar la protección de los consumidores e

factores de suma importancia para el capitalismo. La gran acumulación de capital existente y las enormes posibilidades y perspectivas que el espectacular desarrollo de las telecomunicaciones y la informática le permiten. Desarrollo tecnológico, que, cuando es usado en beneficio del capitalismo financiero, recibe el nombre de ‘globalización’ y cuando es usado para su control y regulación el de ‘represión financiera’<sup>274</sup>, como se vio en su momento.

## **5.5. Conflictos armados**

### **5.5.1. Las funciones del aparato militar neoliberal**

Como hemos visto, la nueva configuración tecnológica y económica del mundo, es decir, los nuevos parámetros que van a permitir identificar a los medios de producción que van a tener más valor de cambio en la nueva situación (revolución electrónica) y definir las nuevas relaciones de producción (preponderancia del capitalismo financiero), dando lugar a la ideología, el neoliberalismo, que servirá desde entonces de discurso de verdad justificador y legitimador (racionalizador) de las actuaciones del grupo social (Occidente o Espacio Corazón vínculo trasatlántico, en expresión de la Teoría del Espacio Corazón), que resulta beneficiado por ellas, inician su andadura en la década de los setenta del siglo XX para, en menos de dos décadas, encontrarse, tras la desaparición del bloque comunista y la desintegración de la Unión Soviética (1989-1991), en la triunfante (cratotrópica) situación de poder proclamar que se va a instaurar un nuevo orden mundial<sup>275</sup>, hecho a su imagen y semejanza, es decir, plenamente adaptado a sus intereses y a los valores que fomentan y favorecen estos intereses.

Un nuevo orden mundial que se había ido implantando, y seguiría implantándose desde entonces, mediante los dos principales instrumentos, ya reiteradamente repetidos, que constituyen sus principales vías de penetración y asentamiento: la influencia

---

inversores», «[tomando] acciones para corregir conductas que puedan amenazar el conjunto del sistema», Diario *El País* (España) de 1 de abril de 2008.

<sup>274</sup> Ver epígrafe 5.3., El neoliberalismo como ideología, pág. 113.

<sup>275</sup> BUSH, George H., expresión utilizada en su discurso sobre el “Estado de la Unión” ante el Congreso de los Estados Unidos de América en febrero de 1991, calificada de «*gran idea*» «*para lograr las aspiraciones universales de la humanidad*», lo que no deja de recordar la pretendida sustentación hegeliana del fin de la evolución ideológica de la humanidad de Fukuyama.

ideológica (poder blando) y la presión económica (poder duro no violento); pero que, precisamente en el mismo momento (principios de 1991, a punto de comenzar la primera guerra contra Irak) en los que el presidente de Estados Unidos, y a ello aludía, declaraba su intención de instaurar en el mundo (porque creía tener los medios necesarios para hacerlo) su nuevo orden, recurría a la tercera modalidad de imposición, a la guerra (poder duro violento), ante el descarado desafío (invasión de Kuwait) de un “disidente” (Irak), que pretendía enfrentar (resistencia) al nuevo orden, su nacionalismo (identitarismo) expansionista con pretensiones de potencia regional, es decir, su identitarismo de resistencia.

Son las causas subyacentes o profundas de estas intervenciones armadas, tanto las llevadas a cabo por el mundo neoliberal, como las que se realizan contra él, las que esta Tesis pretende analizar, porque las razones declaradas y explícitas ya son conocidas, precisamente, por ser explícitas y declaradas (propaganda o influencia ideológica). Causas explícitas y difundidas, que a lo largo de esta Tesis se vienen etiquetando como racionalizaciones, es decir, como justificaciones socialmente aceptables (por las opiniones públicas y por el derecho internacional), que pueden tanto ser causas reales (parte de las causas reales), como tergiversaciones, de las que solamente serían conscientes determinados y reducidos núcleos dirigentes (esoconsciencia o conocimiento por parte de solamente un reducido grupo de iniciados o íntimos), pero que, en cualquier caso, juegan el papel de justificar (legitimar), ante propios y extraños, el comportamiento del grupo social que actúa, enmascarando y difuminando esas otras posibles causas subyacentes o profundas, no tan socialmente aceptables, que son, precisamente, las que trata de vislumbrar esta Tesis, partiendo de la premisa clausewitziana de que esta nueva configuración tecnológica y económica del mundo, pero también política a partir de la década de los noventa (nuevo orden mundial), produce, como cualquier otra, sus propios tipos de conflictos políticos y, por ende, de conflictos armados. Unos tipos de conflicto (políticos y armados) que, aunque característicos de ella, son también, en gran medida, herederos de su pasado inmediato, la Guerra Fría. Entre ésta y la época que estamos denominando del cambio de milenio, la principal diferencia es de estructura política (de poder) internacional, ya que, como se ha visto, el mundo occidental ya entra en la Posguerra Fría articulado ideológica y económicamente en función del neoliberalismo.

Durante la Guerra Fría, el enfrentamiento principal se daba entre dos bloques o conjuntos de países relativamente homogéneos políticamente: el occidental, mayoritariamente constituido por democracias desarrolladas a las que interesadamente se unieron ciertas dictaduras, especialmente de la ribera norte del Mediterráneo, que el llamado mundo libre aceptaba en su seno con tal de que compartieran con él el modelo económico capitalista y el fervor anticomunista, y fueran de utilidad geoestratégica; y el bloque oriental, constituido por dictaduras de partido único, el comunista, entre los que incluso existía una cierta jerarquización y dirección centralizada (teoría de la soberanía limitada) en la que el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) ejercía el papel dirigente que le daba al bloque oriental la apariencia (y la realidad) de una mayor homogeneidad política que la de su rival occidental.

En el cambio de milenio, el enfrentamiento se da, por el contrario, entre un bloque occidental, que ha llegado a convertirse en un «sistema-mundo» o «imperio mercantil», como los denomina Sami Naïr<sup>276</sup>, dada su expansión casi universal, cada vez más homogéneo políticamente, y las sociedades, que no los gobiernos ni las clases dirigentes<sup>277</sup>, de un heterogéneo Tercer Mundo, en absoluto identificable como bloque, en el que se dan desde férreas dictaduras, algunas incluso todavía del viejo estilo comunista, como Corea del Norte o Cuba, hasta democracias liberales (en Latinoamérica, por ejemplo), pasando por toda una amplia gama de regímenes políticos, algunos de características casi feudales como ciertas monarquías árabes.

Un enfrentamiento ideológico entre las tecnológica, productiva y militarmente poderosas sociedades occidentales, a las que la estructura económica internacional neoliberal beneficia por ser ya económicamente poderosas (el adulto de la partida de póquer desequilibrada), y las económica, tecnológica y culturalmente dependientes sociedades del Tercer Mundo, a las que la estructura económica internacional neoliberal tiende a hacer cada vez más dependientes. Razón por la cual, quizás, el término Tercer Mundo, que parece hacer referencia a los gobiernos, está siendo progresivamente sustituido por el de “el Sur”, más subconscientemente asociado a sus sociedades. Disociación que no parece darse en el bloque neoliberal, donde sociedades y gobiernos

---

<sup>276</sup> NAÏR, *op. cit.* Y retoma SCHREIBER, Hermann, EN *Das Wider die Gute Verdängung Ede des Tods*, Editorial Ro-ro-ro, Hamburgo, 2007.

<sup>277</sup> NAÏR, *op. cit.*, págs. 44 a 49.

parecen marchar mucho más al unísono, arropados por la interesada racionalización conocida como “pensamiento único”, sustentadora de la mutuamente beneficiosa alianza estratégica entre aristocracia financiera y democracias desarrolladas y de la general complacencia de sus ciudadanos con ella.

Un enfrentamiento inevitable porque en la estructura económica neoliberal, las sociedades (norteamericana, europea, japonesa, etcétera), que ya son económicamente más poderosas, necesitan, para poder seguir siéndolo y acrecentar su poder (cratotropismo) —cuyo deseo inconsciente se manifiesta en su obsesión por el crecimiento económico— de cada vez más mercados (de donde obtener materias primas y mano de obra barata y vender productos elaborados) y de una determinada estructura productiva (qué, cuánto, dónde y cuándo se produce) en el resto de las sociedades del mundo que hemos llamado, por supuesto poco precisamente, el Sur. Aspiración que pretende alcanzar implantando, a través de la influencia ideológica y la presión económica, y, si fuese necesario, la guerra, en esas mismas sociedades (del Sur) la estructura económica neoliberal desreguladora (de mercados), aun al precio de ir creando en ellas, como en su propio seno (aunque de menor tamaño y con menores niveles de exclusión, al menos por ahora), bolsas de exclusión (laborales pero también, fundamentalmente, mentales)<sup>278</sup> en las que anidan y se construyen con facilidad ‘identidades de resistencia’, que confían sus esperanzas en mitos recuperados de antiguas, y no necesariamente reales, glorias o creencias, ante la desesperanzadora ausencia de expectativas, individuales o grupales, que la vida cotidiana que se les impone, o que al menos sienten como impuesta, les presenta.

Lo que nos lleva a deducir, que el célebre ‘conflicto político entre neoliberalismo globalizador y uniformador e identitarismos de resistencia’, que, según Castells, estaría ‘dando forma a nuestro mundo y a nuestra vida’, no es, sino un enfrentamiento (de intereses) general, difuso y múltiple entre los Estados del bloque neoliberal y ciertas sociedades del Sur, sin que ello sea óbice para que, en algunas ocasiones, ciertos gobiernos o regímenes (Milosevic en Serbia o Sadam Hussein en Irak) se vean en la tesitura de enfrentarse al bloque neoliberal, con todos los riesgos que

---

<sup>278</sup> NAÏR, *op. cit.*, pág. 57.

ello conlleva, movidos mucho más porque así se lo se exige su interés en perpetuarse, que por auténtica vocación representativa o defensora de sus sociedades.

Por otra parte, conviene recordar que el enfrentamiento característico de la Guerra Fría entre los bloques occidental y oriental, que crearon los aparatos ideológicos y militares más formidables que jamás haya conocido la historia, se materializaba en tres grandes y mutuamente dependientes campos: la competencia económica, la propaganda ideológica y la carrera de armamentos, siendo esta última, en el fondo, solamente una faceta más de la competencia económica, consistente en la acumulación cuantitativa, pero, sobre todo, cualitativa (tecnológica) de armamento nuclear y convencional. Una competición que exigió al bloque comunista, tal esfuerzo económico de investigación, inversión y producción, que acabo haciéndolo colapsar, especialmente tras el envite (económico aunque racionalizado como defensivo) de la “Iniciativa de Defensa Estratégica”, mediáticamente popularizada como “la guerra de las galaxias”, lanzado por las Administraciones Reagan (1981-1989), las mismas que implantaron el neoliberalismo en Estados Unidos, forzando a adoptarlo posteriormente al resto del mundo occidental.

Una carrera de armamentos que cumplía, además de sus dos principales funciones, la disuasoria y la de competencia económica, frente al otro bloque, una tercera función de posibilitar intervenciones armadas, directas o indirectas, en el resto del mundo, con dos tipos generales de objetivos. Impedir que cualquier país o región del mundo se adhiriese (o se pusiese en condiciones de adherirse en cualquier momento) al otro bloque, como ocurrió con la República Democrática Alemana, Hungría, Checoslovaquia o Afganistán, por un lado, o con Centroamérica, Caribe, Corea, Vietnam o África (intervenciones francesas), por el otro. aaaaaaPer, también, poder participar más o menos directa o indirectamente en cualquier conflicto, guerra civil o situación revolucionaria que se dieran en el mundo, para intentar inclinar la balanza y el resultado de las mismas a favor del contendiente más proclive a alinearse con el respectivo bloque (o a enfrentarse con el contrario): conflictos árabo-israelíes, guerras indo-paquistaníes o guerras civiles en África, Asia o Latinoamérica.

Tercera función de la carrera de armamentos entre los bloques occidental y oriental, que interesa especialmente a esta Tesis, ya que estas intervenciones armadas en

el Tercer Mundo tenían como principal objetivo instaurar regímenes políticos, que satisficieran dos tipos de requisitos indispensables: el alineamiento internacional con el bloque interventor, y la configuración de una estructura económica acorde con los intereses de éste, independientemente del deseo más o menos mayoritario o asentado que pudieran tener los habitantes del país o territorio (intervenido) y los intereses de éste en función de su geografía, historia, cultura y nivel de desarrollo. Tipo de intervención armada para imponer, o al menos facilitar que se implante, un determinado tipo de régimen político y, a través de él, una determinada mentalidad ideológica y una determinada estructura económica, que, en el caso del cambio de milenio, se ha racionalizado y legitimado a través del concepto de ‘injerencia’ «en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados»<sup>279</sup> (‘derecho de injerencia’ en nombre de la ‘seguridad humana’). “Derecho”, que la Carta de las Naciones Unidas, sin embargo, parece prohibir cuando prescribe que «los Miembros de la Organización, en sus relaciones internacionales, se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la independencia política de cualquier Estado», es decir, a imponer desde fuera y por medio de «la amenaza o el uso de la fuerza» un régimen político, un gobierno, una administración o unas estructuras políticas, sociales o económicas distintas de aquéllas a las que su propia dinámica interna había llegado, independientemente de la valoración que, interna o externamente, se pueda hacer de ambos tipos de régimen.

Injerencia que esta tesis va a entender, cualquiera que sea la causa que la justifique o racionalice, como la violación de la independencia política de un Estado o territorio por parte de una potencia extranjera, para imponer, por la fuerza, un cambio de régimen o sistema político. Injerencia o intervención armada que adoptará diferentes modalidades, según sean las circunstancias y la justificación o racionalización con la que se pretenda legalizarla o legitimarla, pero que de forma genérica ha buscado en todos los casos castigar y eliminar a los regímenes políticos disidentes, es decir, a aquellos cuyas actitudes y comportamientos han puesto en peligro de alguna forma, la expansión y consolidación ideológica del neoliberalismo.

---

<sup>279</sup> Artículo 2.7 “Principios” de la Carta de las Naciones Unidas

Así pues, el bloque occidental, ahora devenido neoliberal, es cada vez más un bloque económicamente homogeneizado bajo la égida de las estructuras neoliberales y del pensamiento único —al que, sin embargo, empieza a salirle un serio competidor en el difuso movimiento social intencionadamente tildado de antiglobalización—, y de la hegemonía norteamericana —que también parece empezar a tener un serio competidor en la solidez económica de la Unión Europea posterior a la creación del euro (1998-2002)—, mientras el Tercer Mundo continúa siendo un heterogéneo mosaico en el que las estructuras neoliberales siguen pujando por entrar, establecerse y consolidarse, con diferentes grados de éxito según las circunstancias de cada país y región.

No puede hablarse, por tanto, en el cambio de milenio, de dos incompatibles modalidades de estructuras económicas enfrentándose entre sí al viejo estilo de la Guerra Fría, sino más bien de la existencia de una sola modalidad de estructura económica, la neoliberal, desigualmente implantada en diferentes partes, regiones y países del mundo, tratando de expandirse y consolidarse desde su núcleo originario, Occidente, al resto del mundo, en cuyo proceso encuentra una variada gama de dificultades y resistencias que intenta resolver de diferentes formas, según las circunstancias y según la importancia que éstas revistan para sus proyectos de expansión y consolidación económica e ideológica, como ya se vio que preconiza la Teoría del Espacio Corazón.

Para lo que cuenta con los tres poderosos aparatos que el bloque neoliberal ha heredado de su antecesor, el bloque occidental de la Guerra Fría: el ideológico, el económico y el militar. El militar sigue cumpliendo, aunque de distinta forma, sus tres funciones anteriores. La disuasoria de cualquier veleidad de ataque a los países que componen el bloque o a sus aliados más o menos estables o circunstanciales. La de competencia económica, forzando a los competidores a esfuerzos de investigación, inversión y producción de difícil consecución; función que ha pasado a ser de carácter interno al bloque y que está siendo intensamente utilizada fundamentalmente por Estados Unidos —sólidamente apoyado por la aristocracia financiera mundial— frente a su posible competidor económico, la Unión Europea y, cada vez más, frente a sus viejos adversarios Rusia y China. Y, por último, la intervencionista, ahora en forma de injerencia (humanitaria, democratizadora o preventiva), para forzar el cambio de régimen político de los países disidentes cuyas actitudes y comportamientos pongan de



alguna forma en peligro, la expansión y consolidación económica, pero sobre todo en estos casos, ideológica, del neoliberalismo.

De estas tres funciones, las dos primeras, la disuasoria, inicialmente vicaria de la Guerra Fría, que exigía vencer a poderosos ejércitos regulares, y la de competencia económica, han impulsado el acelerado proceso de “digitalización”, o carrera tecnológica de armamentos y equipos de sus fuerzas armadas, académicamente conocido como la Revolución de los Asuntos Militares (RAM), consistente en que estas puedan combatir desde cada vez mayor distancia (armas inteligentes y sistemas de mando, control e información), con un armamento de cada vez mayor precisión (evitar daños colaterales) y persiguiendo la improbable utopía de la seguridad total (teoría de las bajas cero). Tendencia a la digitalización, a la que no es ajena el concepto que se popularizó con la expresión de los “dividendos de la paz”, según el cual, la desaparición del enemigo comunista y la *pax americana* que impondría el nuevo orden mundial, harían innecesarios los grandes ejércitos y los cuantiosos gastos en defensa de la Guerra Fría, por lo que ambos se vieron inmersos en drásticos procesos de reducción en todos los países occidentales.

Dividendos de la paz y Revolución de los Asuntos Militares o proceso de digitalización, no son fenómenos simplemente paralelos o concomitantes, sino interdependientes. Como consecuencia del fin de la Guerra Fría y de la progresiva implantación académica y mediática del citado concepto de dividendos de la paz, la Administración Clinton se vio obligada a reducir los presupuestos de la defensa (81.000 millones de dólares, es decir, el 28'4%, durante su primer mandato, 1992-1996), lo que supuso una reducción del 64% en el volumen de contratos del Pentágono con la industria armamentística estadounidense, fuertemente vinculada a la nueva aristocracia financiera imperante; reducción a la que hay que añadir la de un 10% de sus ventas al exterior, como consecuencia de la asunción del concepto de los dividendos de la paz por otros gobiernos occidentales; partida que, sin embargo, quedó parcialmente compensada al incrementarse sus ventas a los países del Tercer Mundo y del antiguo bloque oriental<sup>280</sup>.

---

<sup>280</sup> CORREA BURROWS, Paulina, *La industria de defensa estadounidense en la post Guerra Fría*, Estrategia Global nº 14, año III, marzo-abril de 2006.

La racionalización de la necesidad de volver a incrementar los gastos de defensa correrá a cargo de tres principales *think tanks* (centros de análisis y estudios) norteamericanos: el Proyecto para un Nuevo Siglo Americano, dominado por altos ejecutivos conectados al mundo empresarial del petróleo, de la energía en general, y del armamento; el Centro para la Política de Seguridad, heredero del Comité para el Peligro Presente, de histórica influencia en las políticas norteamericanas de contención del comunismo; y el Instituto Nacional para las Políticas Públicas, patrocinador de las nuevas estrategias nucleares estadounidenses<sup>281</sup>.

A través de sus publicaciones, conferencias, patrocinios (influencia ideológica) y cargos de sus miembros en las administraciones gubernamentales y académicas, estos centros de análisis y estudio lograron crear, transmitir e inducir la idea de un “nuevo enemigo”, que exigía y legitimaba (identitarismo legitimador) el gasto militar y la utilización de la disuasión, la amenaza y la fuerza, con tanta razón como el comunismo, la URSS y el bloque soviético lo habían hecho durante la Guerra Fría. Un nuevo enemigo que han acabado materializando en cinco grandes “peligros”: los Estados desestructurados, los países aspirantes a potencia nuclear, el terrorismo, el narcotráfico y el crimen organizado, frente a los cuales es necesario volver a incrementar los gastos de defensa para, por una parte, transformar a las fuerzas armadas<sup>282</sup> de forma que, revaluándose a través de la tecnología (digitalización), puedan intervenir de forma eficaz en varios de estos escenarios a la vez; para, por otra, ser capaces de reactivar nuevas versiones de la defensa antimisiles y nuevas generaciones de armas nucleares tácticas (microbombas nucleares de penetración subterránea y de baja contaminación radioactiva<sup>283</sup>); y para, por último, posibilitar la presencia militar occidental en las áreas que sean geoestratégicamente sensibles, especialmente en la del golfo Pérsico<sup>284</sup>.

Una vez creada y difundida la nueva ideología estratégica, el papel de la industria armamentística consiste en traducirla en hechos prácticos materiales y económicos (presión económica), a los que denominaron la Revolución de los Asuntos

---

<sup>281</sup> CORREA BURROWS, Paulina, *La alianza entre la industria de defensa norteamericana y los laboratorios de pensamiento*, Estrategia Global nº 15, año III, mayo-junio de 2006.

<sup>282</sup> Se están creando Mandos y organismos específicos de Transformación en casi todos los Ministerios de Defensa y organizaciones multinacionales de defensa del mundo occidental.

<sup>283</sup> ORTEGA, Andrés, *De la disuasión a la utilización*, Diario *El País* (España) de 24 de marzo de 2002.

<sup>284</sup> CORREA BURROWS, *La alianza entre la industria de defensa norteamericana y los laboratorios de pensamiento*, *op. cit.*

Militares, consistentes, básicamente, en un proceso de constante innovación (y, por lo tanto, carrera) tecnológica, que se justifica (racionaliza), como ya se ha mencionado, en la búsqueda de una cada vez mayor capacidad de precisión (que pretendería poder llegar a evitar todo tipo de los llamados daños colaterales) y una cada vez mayor capacidad de combate a (larga) distancia (que permitiría acercarse a la utopía de la teoría de las bajas cero)<sup>285</sup>; una carrera tecnológica que debe permitir que Estados Unidos no pueda nunca ser «desafiado militarmente por ninguna otra potencia», como rezan sus dos últimas Estrategias Nacionales de Seguridad de 2002 y 2006, lo cual parece no solamente apuntar al viejo adversario ruso y al nuevo chino, sino, también, a los viejos aliados europeos y japonés, a los que se intentaría subordinar “económicamente” (presión económica) a través de esta carrera tecnológico-armamentística por la hegemonía mundial ideológicamente sustentada (influencia ideológica), como ya se hizo en la Guerra Fría con la URSS.

En este sentido, puede decirse que el nuevo tipo de fuerzas armadas digitalizadas, característico de la sociedad neoliberal dominante en el cambio de milenio, producto de la Revolución de los Asuntos Militares, hace su aparición en la primera guerra —llamada del Golfo— contra Irak (agosto de 1990-febrero de 1991, Operaciones Escudo y Tormenta del Desierto), desencadenada con motivo de la invasión y ocupación iraquí de Kuwait (agosto de 1990), demostrando su plena capacidad y absoluta eficacia para imponerse a las fuerzas armadas regulares convencionales de los países del Tercer Mundo. Una intervención llevada a cabo en nombre del mantenimiento de la estructura política (de poder) internacional, en la que, como ya se ha analizado en otro epígrafe de esta Tesis<sup>286</sup>, la máxima y única instancia decisoria en lo que a legalidad se refiere en el ámbito de la paz y la seguridad internacionales es el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, controlado por la pentarquía de sus cinco miembros permanentes a través de su capacidad de veto. Un Consejo de Seguridad que pudo, en consecuencia, decidir que la ilegal invasión y ocupación de Kuwait por Irak era militarmente punible, mientras aceptaba inactivo la ilegal (reiteradamente condenada por sus propias resoluciones) ocupación de Palestina por Israel.

---

<sup>285</sup> CORREA BURROWS, *La industria de defensa estadounidense en la post Guerra Fría*, op. cit.

<sup>286</sup> Ver epígrafe 5.3., El neoliberalismo como ideología, pág. 118.

La siguiente ocasión, en la que las fuerzas armadas digitalizadas del neoliberalismo pudieron mostrar su capacidad de imponer el nuevo orden mundial, se dio en Bosnia-Herzegovina en septiembre de 1995 (Operación Fuerza Deliberada de la OTAN) y posteriormente en Serbia en junio de 1999 (Operación Fuerza Aliada de la OTAN), para obligar a los serbobosnios (República Srsпка), en el primer caso, y a las autoridades yugoslavas y serbias, en el segundo, con ocasión de la crisis de Kosovo, a aceptar la solución que las potencias occidentales preconizaban: la independencia como un único país de Bosnia-Herzegovina, negando para los serbobosnios el derecho de autodeterminación, frente a la nueva República de Bosnia-Herzegovina que se creaba, que se le concedía a los bosnios frente a la República Federal Yugoslava, en el primer caso, e imponiendo la segregación de Kosovo de la República Federal Yugoslava, en el segundo.

Una inicial segregación, que las propias autoridades kosovares convirtieron unilateralmente en independencia en febrero de 2008, con el beneplácito de Estados Unidos y la mayoría de los países de la Unión Europea, cuyas Fuerzas Armadas, desplegadas en el territorio como Fuerza de la OTAN en Kosovo<sup>287</sup>, han pasado de ser las garantes de dicha segregación a ser las garantes de la nueva independencia. La cual, la propia Unión Europea está dispuesta a respaldar y sostener, mediante el establecimiento de una Misión para el Gobierno de la Ley en Kosovo (EULEX-Kosovo), que releve, como administración internacional transitoria, a su antecesora, la Misión de las Naciones Unidas en Kosovo (MUNIK).

En ambos casos, bastante similares por ser episodios de un mismo conflicto, el que desintegraría a la antigua República Socialista Federativa Yugoslava (RSFY), la actuación occidental se justificaría (racionalizaría) en nombre del nuevo derecho a la injerencia, ya citado, que recibiría este nombre precisamente con ocasión de estas intervenciones armadas. Injerencia, que, en estos casos, se adjetiva de “humanitaria”, por llevarse a cabo para proteger la seguridad humana de ciertas poblaciones. Concepto, de seguridad humana, que se elabora, asimismo, en estos años, para expresar la idea de que toda persona, por el mero hecho de serlo, tiene derecho a ciertas seguridades, como a la vida y a la integridad física, a no ser torturado o a no ser expulsado de su lugar

---

<sup>287</sup> KFOR, Kosovo Force.

habitual de residencia y trabajo. Con objeto de que la misma pueda ser invocada por el Consejo de Seguridad (o por quien se considere con suficiente capacidad moral y militar para hacerlo), la seguridad humana se combinará, con ocasión de estas coyunturas, con la seguridad nacional (soberanía), hasta ese momento piedra angular del derecho internacional, para constituir la “paz y seguridad internacionales”, cuyo mantenimiento constituye el principal propósito de la Carta de las Naciones Unidas y la principal responsabilidad del Consejo de Seguridad. A pesar de ello, mientras la seguridad humana pareció exigir la intervención armada en la antigua Yugoslavia en 1995 y 1999, no pareció exigirla en Ruanda y el este de Zaire (hoy República Democrática del Congo) en 1994 y 1996.

Las citadas operaciones bélicas de imposición llevadas a cabo con ocasión del conflicto yugoslavo, Fuerza Deliberada y Fuerza Aliada, crearon dos nuevos tipos de intervención occidental en los países que no constituían (todavía) parte del que eufemísticamente esta Tesis está llamando “bloque neoliberal”. El primero, los protectorados, racionalizados como administraciones internacionales, de carácter político, con objeto de reestructurar el territorio (se suponía un país o territorio “desestructurado”) a imagen y semejanza del paradigma neoliberal: democracia representativa y economía de libre empresa. El segundo, las llamadas operaciones de estabilización, en Bosnia-Herzegovina<sup>288</sup> y en Kosovo<sup>289</sup>, de carácter armado (militar), para el que las nuevas fuerzas armadas digitalizadas occidentales ya no parecían tan adecuadas, por lo que tuvieron que desarrollar nuevos procedimientos complementarios, en los que el factor humano resultó más importante que el tecnológico (digitalización). Nuevos procedimientos, que han acabado agrupándose bajo la rúbrica de ‘cooperación cívico-militar’, CIMIC en sus siglas anglosajonas.

Sólo un par de años más tarde, los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Washington y Nueva York dispararon en Afganistán, país considerado el santuario de al-Qaeda, que había inspirado los atentados, un nuevo tipo de injerencia, con la invasión y ocupación de este país (Operación Libertad Duradera) en noviembre

---

<sup>288</sup> IFOR, Fuerza (de la OTAN) de Aplicación (de los Acuerdos de Paz) en Bosnia-Herzegovina, ha sido posteriormente sustituida (en enero de 1996) por la SFOR o Fuerza de Estabilización (de la OTAN en Bosnia-Herzegovina) y por (diciembre de 2004) EUFOR-Bosnia, Operación Althea o Fuerza de la Unión Europea en Bosnia-Herzegovina.

<sup>289</sup> KFOR, Fuerza (de la OTAN) en Kosovo.

de ese mismo año de 2001, en nombre de la legítima defensa a que da derecho el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas (aunque, en realidad, no había sido exactamente Afganistán quien había atacado a Estados Unidos), por lo que se justifico y racionalizó como una “guerra (injerencia) preventiva”. En la nueva operación, las fuerzas armadas digitalizadas de Occidente volverán a demostrar su capacidad y eficacia para imponerse a las fuerzas armadas de los países del Tercer Mundo e imponer el nuevo orden mundial.

Una capacidad y eficacia que se repetirá en marzo-mayo de 2003 con la invasión y ocupación, Operación Libertad para Irak, de este país, en lo que esta Tesis va a considerar en el siguiente apartado, la tercera guerra contra Irak. Invasión y ocupación que se racionalizó en nombre de la paz y la seguridad internacionales, al considerarse que Irak contaba con armas de destrucción masiva y con sólidos lazos con las organizaciones terroristas antioccidentales, por lo que representaba un peligro directo para sus vecinos e indirecto para el mundo occidental, y al considerarse que oprimía y reprimía a su propia población, por lo que era necesario actuar en nombre de la seguridad humana. En este caso, la referencia a la injerencia (aunque sus actores no la llamaran así), es decir, al objetivo declarado de cambiar el régimen (acabar con el de Sadam Hussein), fue explícita, de ahí que pueda considerarse como una “injerencia democratizadora”, ya que instaurar una democracia neoliberal de tipo occidental no sólo fue su objetivo declarado, sino que se pretendía que fuera el modelo sobre el que debería (voluntaria o forzadamente) democratizarse todo el mundo árabe, según se plasmaría más tarde en la llamada Iniciativa para un Gran Oriente Próximo (y Norte de África).

Las ocupaciones de Afganistán e Irak han dado lugar a lo que en los siguientes apartados, esta Tesis va a denominar la segunda guerra de Afganistán y la cuarta de Irak, para las que, de nuevo, las fuerzas armadas digitalizadas no parecen estar siendo las más adecuadas, sin que en estas ocasiones sean capaces de encontrar procedimientos complementarios eficaces, como los que en las operaciones de estabilización representa la cooperación cívico-militar.

### 5.5.2. Las guerras iraquíes

La primera intervención armada del bloque neoliberal como tal, y no ya como bloque occidental, se produce, como ya se ha apuntado, con ocasión de la invasión de Kuwait por Irak el 2 de agosto de 1990. Aunque el conflicto iraquí, todavía no finalizado, después de dieciocho años, pasará por diferentes fases, la mayoría de las cuales corresponden a diferentes formas de injerencia occidental con la finalidad de cambiar su régimen político convertido en disidente (función intervencionista del aparato militar neoliberal), esta primera intervención, con la que se inicia el largo conflicto, parece más adecuado insertarla en el capítulo de castigo ejemplar (función disuasoria del aparato militar neoliberal), aplicado a quien intenta romper o distorsionar, de forma que pueda afectar significativamente a los intereses (recursos energéticos) del mundo occidental, las estructuras políticas (agresión a un país soberano sin autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas) e ideológicas (derecho internacional) establecidas e imperantes.

En realidad, el primer régimen disidente de la zona fue el islamo-teocrático (islamista) nacido en Irán de la revolución de enero de 1979, que derroca al *sha* Mohamed Reza Palevi, al que Occidente había convertido en su gendarme regional, y en su gran reserva energética junto a las conservadoras e rigoristas monarquías arábigas. La revolución iraní es una doble revolución<sup>290</sup>, social, frente a la absolutista monarquía del *sha* sostenida por las oligarquías financiera y militar del país, por un lado, e islamista, a favor de un chiísmo reformador, que preconiza el abandono del tradicional quietismo político y la emancipación del mundo musulmán de la dominación occidental, por otro, e hizo, desde sus primeros momentos, de la arenga antioccidental y antiimperialista, especialmente antiestadounidense, una de sus principales banderas y uno de sus principales signos de identidad, convirtiéndose así en uno de los primeros identitarismos de resistencia que le empiezan a surgir a Occidente en el último cuarto del siglo XX.

---

<sup>290</sup> KEPEL, Gilles, *La yihad. Expansión y declive del islamismo*, Península, Barcelona, 2001, págs. 47 a 55.

La deriva antioccidental y fundamentalmente antiestadounidense tenía su razón de ser en la drástica transformación que el régimen del *sha*, a instancia americana, había introducido en la estructura económica iraní anteriormente basada en la actividad comercial autóctona (la llamada ‘economía de bazar’). Importantes sectores industriales tradicionales, como el de las alfombras, fueron desmantelados y otros, como el del petróleo o la banca, privatizados, permitiendo la entrada masiva de los capitales estadounidenses, que acabaron dominando casi todos los sectores básicos. A ello se unía la mucho más visible y, por tanto, frustrante e irritante, presencia militar norteamericana, cifrada en varios miles de asesores militares de unas Fuerzas Armadas y unos cuerpos policiales (entre ellos la temida *Savak*) duramente represivos.

A la retórica de «ni Este ni Oeste, República Islámica», se unieron los hechos, de los que el más sobresaliente, que no el más importante, fue el asalto a la Embajada norteamericana en Teherán el 4 de noviembre 1979 y la toma de 53 rehenes de esta nacionalidad, que son retenidos durante 444 días y exhibidos por todas las televisiones del mundo, en una apropiación de una de las principales señas de identidad de la “sociedad de la información” por parte del nuevo régimen, que mostraría así su adhesión al signo de los tiempos y su nula vocación de vinculación con el quietismo del Islam tradicional (identitarismo como reconstrucción actualizada de viejos materiales, religiosos y culturales en este caso). El fracaso de la poderosa máquina militar estadounidense para rescatarlos, mediante un audaz golpe de mano llevado a cabo por comandos helitransportados en abril de 1980, que hirió el orgullo de la gran superpotencia y de sus Fuerzas Armadas, no contribuirá a apaciguar unas relaciones que se han caracterizado desde entonces por la intransigencia y la obstinación de ambas partes.

La reacción de Occidente a esta importante pérdida (cratotrópica) geoestratégica (dominio a través de la influencia ideológica) y económica (dominio a través del manejo de los importantes recursos energéticos y de la teledirección general de la economía), consistió en, por una parte, establecer un importante embargo económico y un fuerte cerco económico-diplomático al régimen con el objeto de debilitarlo progresivamente y, por otro, rentabilizar la guerra iraco-iraní que estalla el 21 de septiembre de 1979, a tan sólo ocho meses del triunfo de la revolución iraní, para fortalecer a otro actor regional con aspiraciones de potencia regional, Irak, con el doble objetivo de que, primero,



ganando la guerra, Irak eliminase al régimen disidente y, segundo, al debilitarse ambos económica (deudas de guerra) y militarmente (pérdidas humanas, materiales y financieras), el control de la zona presentase menos dificultades. Sin embargo, como es bien conocido, el tan útil divide y vencerás a lo largo de la historia se convertirá esta vez en un Frankenstein incapaz de controlar a su propia criatura.

El régimen que impera en Irak en el momento de la revolución iraní (principios de 1979) es uno de los llamados “socialismos árabes” en los que derivaron las revoluciones nacionalistas que acabaron con los gobiernos tutelados (independencias de soberanía limitada) implantados por las potencias coloniales al conceder la independencia a los territorios arrebatados al Imperio Otomano tras la Primera Guerra Mundial (reparto del Próximo y Medio Oriente en función de los Acuerdos Sykes-Picot de 1916). En función de las decisiones de la Sociedad de Naciones, basadas en las prescripciones de estos Acuerdos, en principio secretos, pero posteriormente desvelados por los bolcheviques rusos una vez alcanzado el poder en Rusia, las *wilayas* (provincias) otomanas de Mosul (kurda suní), Bagdad (árabe suní) y Basora (árabe chií) quedaron asignadas a Gran Bretaña, que el 23 de agosto de 1921 impone al jeque Faisal, de la familia hachemí, que había mandado las tropas árabes que tomaron Bagdad en 1914, como nuevo rey de una entidad que pasa a llamarse Irak, «término hasta entonces sólo empleado localmente para referirse a la parte de Mesopotamia comprendida entre Bagdad y Basora», creando así un nuevo país, e instaurando en él para gobernarlo, una nueva Monarquía bajo su Mandato. Un nuevo país al que concederá la independencia formal (admisión en la Sociedad de Naciones) el 3 de octubre de 1932<sup>291</sup>.

El Irak hachemí sobrevive hasta 1958, cuando una revuelta militar, encabezada por el general Kassem y el coronel Aref e inspirada en los Oficiales Libres egipcios y alentada por los acontecimiento de Suez de 1956 (nacionalización del Canal y definitiva derrota en el área de las antiguas potencias coloniales, Gran Bretaña y Francia), instaura la República y la auténtica independencia. Pero Aref y Kassem representaban en el Consejo del Mando de la Revolución (CMR) que toma el poder, dos concepciones políticas distintas, panarabista la primera, por lo que recibirá el apoyo de nasseristas y del Partido Baaz (Partido del Resurgimiento Árabe Socialista), y nacionalista la

---

<sup>291</sup> LÓPEZ GARCÍA, Bernabé, *El mundo árabo-islámico contemporáneo. Una historia política*, Editorial Síntesis, Madrid, 1997, págs. 117 a 128.

segunda, fundamentalmente apoyada por el, en aquellos momentos, poderoso Partido Comunista Iraquí. Inicialmente se imponen Kassem y los comunistas, lo que empezará a inclinar al nuevo Irak hacia la órbita soviética, pero en dos sucesivos golpes de Estado, el primero en 1963, que lleva transitoriamente al poder a Aref, y el segundo el 17 de julio de 1968, será el Baaz el que se haga con todo el poder. Un poder que progresivamente se va concentrando en el clan de los Tikriti, suníes oriundos de la provincia centroiraquí de Al Anbar, a la que pertenecen Ahmed Hasan al Bakr, que concentra en su mano las funciones de jefe del Estado, jefe del Gobierno y presidente del Consejo del Mando de la Revolución (CMR), y Sadam Hussein, vicepresidente del CMR y organizador de los poderosos y omnipresentes servicios secretos del régimen. En julio de 1979, tras dirigir una feroz represión de comunistas y nasseristas, Sadam Hussein «consigue la retirada de Al Bakr», sucediéndole como jefe del Estado, jefe del Gobierno y presidente del CMR<sup>292</sup>.

Bajo el régimen baazista, Irak conoce, durante la década de los setenta, un gran desarrollo económico e industrial, recurriendo masivamente a la tecnología occidental. Esto lo situó a la cabeza de los países árabes, aunque muy supeditado a los ingresos procedentes del petróleo y a la citada tecnología exterior<sup>293</sup>. En 1972 se nacionaliza la Irak Petroleum Company (IPC), «el instrumento privilegiado de los intereses petroleros angloamericanos en Irak»<sup>294</sup>, que según un Tratado angloiraquí de 1938 tenía el derecho de explotar todo el subsuelo iraquí, lo que permitió al régimen baazista erigirse y «mantener un generoso Estado distributivo», y reforzó su nuevo acercamiento a la URSS, que desde 1967 se debatía entre la tensión provocada por la represión interna de comunistas en Irak, y la aproximación iraquí, debida a la creciente identificación de Estados Unidos y Europa con la política palestina de Israel. Entre 1972 y 1980, cuando se inicia la guerra contra Irán, la producción petrolera iraquí se duplicó (2.514 millones barriles diarios en 1980), lo que unido al alza de los precios del petróleo, hizo crecer significativamente los ingresos estatales. De 8 millones de habitantes en 1965, Irak pasa a 12 millones en 1977, con una tasa de población urbana que alcanza el 69% en 1980. Se crean empleos, aunque muchas veces sean casi improductivos, para que todos los

---

<sup>292</sup> MARTÍN MUÑOZ, Gema, *Irak. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, Tusquets, Barcelona, 200, págs. 21 a 37.

<sup>293</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 37 y 73.

<sup>294</sup> SEGURA, Antoni, *Irak en la encrucijada.*, RBA, Barcelona, 2003, pág. 20.

titulados universitarios tengan trabajo, y se fomenta el regreso de los que trabajaban en el extranjero<sup>295</sup>.

Esta es la situación que se encuentra un ambicioso Sadam Hussein cuando llega al poder el 16 de julio de 1979: prosperidad económica; tranquilidad política interna solamente alterada por las recurrentes acciones de los rebeldes kurdos y sustentada en un relativo Estado benefactor y en la represión de la élites políticas, religiosas o étnicas disidentes; alianza estratégica con la URSS y el bloque oriental; y fuerte dependencia tecnológica y comercial del mundo occidental. Sólo un peligro parece acecharle, la vecina revolución iraní de carácter islamista, frente al declarado laicismo de su régimen, que puede contagiar a la mayoritaria población chií, especialmente concentrada en la capital Bagdad y en la sureña antigua provincia otomana de Basora, cuyos dirigentes religiosos están estrechamente ligados a sus congéneres iraníes del otro lado de la frontera. De hecho, a instancias del propio Sadam Hussein, Irak había expulsado, tras catorce años de exilio en el país, al *ayatola* Jomeini, sólo unos meses antes (noviembre de 1978), pero, sobre todo, cuatro meses antes, de que éste se convirtiera (febrero de 1979) en el guía espiritual de la revolución islamista iraní. Algo más de un año después, el 21 de septiembre de 1980, Irak invade Irán.

Las causas de esta arriesgada decisión son variadas, aunque Irak las racionalizará justificando la agresión en nombre de los derechos iraquíes sobre las aguas y ciertas islas (Tubs y Abu Musa) del estuario de Shatt-el-Arab, que habían quedado bajo soberanía iraní según el acuerdo alcanzado —“bajo presión internacional” alegará el nuevo régimen— por ambos países en Argel solamente unos años antes (1975), cuando todavía el Irán del *sha* era el gran protegido de Occidente. En primer lugar, el ya comentado temor a la exportación a Irak de la vecina revolución islamista chií y la creencia de que Irán sería una presa fácil para las, sólidamente armadas por Occidente y la URSS, Fuerzas Armadas iraquíes, debido al caos posrevolucionario que aún imperaba (o eso se creía) en el país. Irak contaba, además, en segundo lugar, con el apoyo político, financiero y, quizás, militar, de los países árabes en general, que le apoyarían en su enfrentamiento con el “imperialismo persa”, que, en cierta forma, habían sufrido mientras el Irán del *sha* ejercía de gendarme estadounidense en el área; con el apoyo de

---

<sup>295</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 73 a 82

los países árabes mayoritariamente suníes, temerosos de la amenaza chií; y con el apoyo de los bien asentados regímenes árabes, fueran monarquías o repúblicas socializantes, frente al revolucionarismo iraní. Recibió, en efecto, el apoyo político y financiero de todos ellos, pero no el militar de ninguno.

Irak contaba, asimismo, por otra parte, con el apoyo occidental, del que también dispuso, para quien el régimen iraquí era un buen cliente que no amenazaba en absoluto las perspectivas energéticas, frente a la imprevisibilidad del nuevo régimen iraní y su potencial capacidad exportadora revolucionaria. Irán se había convertido en un disidente cuyo régimen político había que cambiar, mientras el régimen iraquí era perfectamente asumible. En cuanto a la URSS y el bloque oriental, cuya actitud real posterior fue la más dubitativa, se le suponía un aliado, tan amenazado por una posible exportación del germen revolucionario islamista a sus minorías musulmanas como el propio Irak<sup>296</sup>.

Todo ello le daba a Irak, y a sus ambiciosos dirigentes, una enorme confianza en la victoria frente a Irán y la consiguiente posibilidad, que se vería consolidada por el establecimiento de un régimen tutelado en Teherán, de convertirse en la gran potencia regional, dándole, así, el control del 20% de las reservas mundiales de petróleo, equivalentes a las saudíes, y el 12% de la producción mundial del momento (23% de la de la Organización de Países Exportadores de Petróleo, OPEP). Irak se convertiría en el país dirigente del mundo árabe (cratotropismo), que con este apoyo y su nueva posición dominante en el sector energético, podría hablar de tú a tú a la grandes potencias, liberándose definitivamente, y con él todo el mundo árabe, de la subordinación a Occidente (eleuterotropismo). A todo esto, ciertos autores añaden un último factor: la consolidación de la cohesión nacional, aglutinando la identidad nacional iraquí frente a un enemigo común<sup>297</sup>. El Baaz había dejado hacía tiempo de ser panarabista para fosilizarse como nacionalista; ahora podría convertirse en imperialista (cratotropismo) en el ámbito del mundo árabe, además de en nacionalista (identitarismo).

Pero, de hecho, a pesar de las bien fundadas razones anteriores, los acontecimientos no se desarrollaron como se preveía. La revolución iraní no sólo no se hundió con la agresión y la guerra, sino que se fortaleció; sus Fuerzas Armadas no se

---

<sup>296</sup> SEGURA, *op. cit.*, págs. 44 a 47.

<sup>297</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 106 y 107.

derrumbaron, sino que, con el apoyo de los ideologizados Guardianes de la Revolución supieron responder adecuadamente y, a pesar de su inferioridad armamentística (aunque considerable superioridad numérica), mantuvieron la iniciativa, tras la primera contraofensiva de mayo del 81 a julio del 82, y estuvieron más tiempo y ocupando más territorio en suelo iraquí, que los iraquíes en el suyo. La guerra, militarmente, no la ganó ninguno de los dos contendientes; políticamente, la perdió Irak. Y a ello contribuyó decisivamente Occidente. La guerra, con la que Occidente probablemente se encontró, aunque también probablemente nunca desanimó, resultaba, sin embargo, muy oportuna para los intereses occidentales. Por sus reservas energéticas, su potencial humano, su nivel de desarrollo y su nacionalismo (identitarismo), revolucionario e histórico el iraní, arabista el iraquí, ambos contendientes eran los mejor situados para convertirse en la potencia regional que podía encabezar la resistencia (identitarismo de resistencia) al control occidental (cratotropismo) de la zona. Por ello, Occidente apoyó fundamentalmente a Irak (acabar con el antioccidental régimen iraní se había convertido en la primera prioridad), pero cuidando (especialmente tras comprobarse en los primeros meses de guerra que ni país ni revolución se derrumbaban) de que la victoria iraquí no fuese ni rápida ni fácil, para que saliese de ella agotado, desgastado y endeudado, como así ocurrió<sup>298</sup>.

En efecto, el primer apoyo occidental a Irak fue ideológico. Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña impidieron que el Consejo de Seguridad condenase la agresión, a pesar de las reiteradas peticiones de Irán, lo que les permitía, como al resto de los países del mundo, seguir considerándose neutrales y no tener que actuar contra Irak “para detener la agresión”<sup>299</sup>. Estados Unidos borra a Irak de la lista de países que financian el terrorismo en 1982 y reanuda sus relaciones diplomáticas con él, rotas en 1967 como consecuencia de la Guerra árabo-israelí de los Seis Días, en noviembre de 1984, en plena guerra y tras las exitosas contraofensivas iraníes<sup>300</sup>. Pero el apoyo fue también material; como resumen ciertos autores: Irak puso los combatientes, las monarquías del Golfo la financiación, los países de la entonces Comunidad Económica Europea el armamento moderno y los componentes para la fabricación de armas químicas, Estados Unidos armamento convencional y químico, asesoramiento militar e

---

<sup>298</sup> SEGURA, *op. cit.*, pág. 65.

<sup>299</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 106 y 107.

<sup>300</sup> KING, Ralph y KARSH, Efraim, *La guerra Irán-Irak*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1988, pág. 66.

información estratégica (información de satélite), y la URSS los recambios necesarios para mantener operativo el armamento que le había estado vendiendo anteriormente. Irak llega a contar con veintinueve países que le suministran armas, y con otros nueve que hacen de intermediarios. Casi el mismo grupo de países que algunos años más tarde constituiría la gran coalición política que se formaría para expulsarlo de Kuwait<sup>301</sup>.

Para compensar, Irán, que oficialmente sólo contaba con el apoyo de Siria y Libia, también recibió créditos y armamento occidentales y soviéticos a través de intermediarios<sup>302</sup>: Paquistán, Turquía, China, las dos Coreas y, sobre todo, Israel, que se encuentra en el centro del episodio conocido como *Irangate*, consistente en la venta de armamento estadounidense a Irán a través de Israel, con cuyos beneficios Estados Unidos mantendría a la Resistencia Nicaragüense (“la Contra”) que trataba de acabar con el régimen sandinista de este país. Además, el 7 de junio de 1981, Israel bombardea, en plena guerra y sin que nadie le acuse de participar en ella, el complejo nuclear iraquí de Osirek. La estructura política (de poder) internacional, basada en la autoridad del Consejo de Seguridad, seguía favoreciendo a Occidente frente al Tercer Mundo.

Cada vez más directamente acosado por Estados Unidos —«cuyos buques de guerra estaban llevando a cabo frecuentes ataques contra barcos e instalaciones iraníes, en estrecha colaboración con Irak, desde agosto de 1986»<sup>303</sup> y habían llegado a derribar un avión de pasajeros iraní—, Irán acaba aceptando, el 18 de julio de 1988, la resolución 598 (1987) del Consejo de Seguridad de 20 de julio que exigía el alto el fuego (que entra en vigor el 20 de agosto de ese año), el intercambio de prisioneros y el regreso a las fronteras de 1980. Unas condiciones que Irak lleva tiempo ofreciendo, ya desinteresado de esta larga guerra de desgaste que le va a provocar al final de la misma unas deudas calculadas en 60.000 a 80.000 millones de dólares.

Temiendo la desestabilización interior<sup>304</sup> y lo que deuda y fracaso implican para sus cratotrópicos sueños de llegar a ser la gran potencia regional y el país dirigente del mundo árabe, Irak decide huir hacia delante, hacia lo que probablemente constituía

---

<sup>301</sup> SEGURA, *op. cit.*, págs. 60 a 67.

<sup>302</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, pág. 114.

<sup>303</sup> SEGURA, *op. cit.*, pág. 52.

<sup>304</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 120 y 121.

desde el primer momento su segundo objetivo expansionista (cratotrópico): el emirato de Kuwait, el antiguo territorio de la provincia otomana de Basora, arbitrariamente segregado, debido a su riqueza petrolífera y a sus enormes reservas, por Gran Bretaña cuando concede la independencia a Irak. Una pretendida anexión que le daría a Irak, además, la largamente ansiada salida viable al mar, que le permitiría exportar su petróleo sin tener que pagar por la utilización de los oleoductos de los países vecinos.

Como en 1980 contra Irán, la nueva guerra se racionaliza con argumentos territoriales. Irak exige a Kuwait resolver el viejo contencioso de la soberanía sobre las islas de Bubian y Warba, en la desembocadura del Shatt-el-Arab, y sobre el rico yacimiento de Rumiala<sup>305</sup> y con la excusa de “devolvérselos a su legítimo dueño, el pueblo iraquí”, invade y ocupa todo el Emirato. Pero en este caso, Irak hará asimismo explícitas sus reivindicaciones económicas adornándolas con racionalizaciones ideológicas. Cuando en el mes de mayo de 1990, Estados Unidos le suspende nuevas concesiones de préstamos, Irak cree llegado el momento de pasarle factura a los ricas monarquías árabigas y al mundo árabe en general, en cuyo nombre y defensa, alega (racionalización), se ha enfrentado a la agresión ideológica revolucionaria iraní y a la agresión física del imperialismo persa. En la reunión de la Liga Árabe en Bagdad del 28 al 30 de mayo de 1990, Irak exige, en primer lugar, la reducción de la producción de petróleo hasta conseguir que el precio de éste suba a los 25 dólares por barril, acusando concretamente a los Emiratos Árabes Unidos (EAU) y a Kuwait de estar produciendo 600.000 barriles diarios por encima del cupo fijado por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP); exige también que se le condone la deuda de guerra contraída con los países árabes del Golfo, especialmente con Kuwait (unos ocho mil millones de dólares); y redondea su exposición afirmando que «de no ser reparado, consideraría los estragos causados en la economía iraquí como una declaración de guerra [...] como una agresión militar»<sup>306</sup>.

La negativa, e incluso despectiva, respuesta kuwaití, un tanto incomprensible según algunos analistas dadas las circunstancias<sup>307</sup>, espoleará la determinación iraquí de resolver su difícil situación mediante otra guerra, no sin antes intentar asegurarse la

---

<sup>305</sup> SEGURA, *op. cit.*, pág. 80.

<sup>306</sup> SEGURA, *op. cit.*, págs. 79 a 81.

<sup>307</sup> ABURISH, Saïd, en *Sadam Hussein. La política de la venganza*, Editorial Andrés Bello, Buenos Aires 2001 y LUIZARD, Pierre-Jean, en *La question irakienne*, Fayard, París 2002.

neutralidad, quizás incluso beligerante como en la anterior guerra contra Irán, de los países occidentales, especialmente Estados Unidos (la URSS ha dejado de contar). Según los registros diplomáticos, el presidente iraquí Sadam Hussein planteó la cuestión kuwaití a la embajadora estadounidense en Bagdad, April Glaspie, que habla árabe, el 25 de julio de 1990, a la que ésta le responde que Estados Unidos «no tiene forjada una opinión a propósito del contencioso territorial»<sup>308</sup>, lo que, al parecer, debió ser interpretado por el presidente iraquí como una luz verde para resolverlo por la vía de las armas. Interpretación que se vería corroborada días más tarde por las declaraciones de la portavoz del Departamento de Estado, Margaret Tutwiler, y del subsecretario de Estado, John Nelly, en el sentido de que Estados Unidos «no estaba obligado por ningún acuerdo a proteger a ningún Estado del Golfo»<sup>309</sup>. En la madrugada del 2 de agosto de 1990, invadían Kuwait los paracaidistas y las fuerzas acorazadas del Ejército de Irak, convirtiéndose, desde ese mismo momento, en el gran disidente de un nuevo orden mundial neoliberal, que empieza a forjarse, precisamente, con ocasión de este hecho.

La enérgica respuesta estadounidense a la invasión iraquí se debió mucho más a circunstancias del momento ajenas a la propia crisis, que a ésta en sí misma. Cuando (agosto de 1990) Irak comete el error de confundir 1990 con 1980, ya no existe bloque oriental ni Guerra Fría, la URSS es ya sólo un fantasma de sí misma al que solamente le quedan cinco meses de vida, y en el mundo se empieza a hablar de los ya citados dividendos de la paz, una expresión que no significa lo mismo para todos los actores internacionales el mundo. Porque, en efecto, aunque la expresión pueda tener diferentes significados y se la haya aplicado a diferentes aspectos del nuevo orden mundial, desde el punto de vista que interesa a esta Tesis en este momento, el principal dividendo de la nueva situación fue ideológico. Con la decadencia de la URSS, ya no hay potencia militar que pueda proteger a cualquier otra ideología que no sea la neoliberal, por lo que ésta podrá, desde ahora, mantener permanentemente sobre el resto del mundo la espada de Damocles de imponerse por la fuerza. Una última posibilidad de *ultima ratio* que no deja de estar en la base de la facilidad con la que a partir de ese momento se aceptará el llamado “pensamiento único”, con el que el mundo occidental raionalizará, como ya se ha visto<sup>310</sup>, a partir de ese momento, sus actuaciones.

---

<sup>308</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, pág. 308.

<sup>309</sup> SEGURA, *op. cit.*, págs. 81 y 82.

<sup>310</sup> Ver epígrafe 5.3., El neoliberalismo como ideología, pág 117.



La ideología que la actuación de Irak, invadiendo Kuwait, representa como opuesta al neoliberalismo (en este caso representado por la legalidad internacional — identitarismo legitimador— que el nuevo orden mundial hereda, e interesadamente no modifica, de la situación anterior) es la del nacionalismo iraquí y panarábigo que pretende competir (identitarismo de resistencia) por el control (cratotropismo) de los recursos energéticos de, en primer lugar y de forma explícita, Kuwait, pero también, de forma indirecta y diferida, de Arabia Saudí y el resto de las monarquías arábigas. Las cuales, con bastante probabilidad, corrían el riesgo de convertirse en alguna especie de Estados vasallos de un Irak triunfante y en condiciones de controlar sus propias producción y reservas y las kuwaitíes.

Pero si las circunstancias mundiales del momento eran las que permitían que Estados Unidos pudiera utilizar la fuerza para restaurar sus intereses ante los hechos consumados que le presentaba Irak, lo que hizo que decidiera hacerlo fueron las circunstancias regionales. No sólo Irak, confundiendo 1990 con 1980, se había vuelto un país poco fiable y amenazador de los intereses occidentales en el área, sino que, además, Estados Unidos estaba empezando a vislumbrar la conveniencia de ampliar su esfera de influencia en la zona, debido a la progresiva desconfianza que la capacidad de permanencia de la absolutista y disoluta Monarquía saudí le inspiraba frente a los vientos modernizadores que sus propias élites aprendían de sus contactos, visitas y vida en el exterior y frente a una población fuertemente imbuida (por el propio régimen saudo-wahabí) de una austera religiosidad. La opción que se presentaba, por tanto, como más conveniente era cambiar el díscolo y ambicioso régimen iraquí por otro más manejable y sobre el que se tuviera mayor capacidad de influencia.<sup>311</sup>

Se consideró, en función de ciertas experiencias históricas, como la griega tras el fracasado intento de anexión (*enosís*) de Chipre en 1974 o la argentina tras la derrota en la Guerra de las Malvinas en 1982, que la dictadura iraquí no resistiría la pérdida de dos guerras seguidas, especialmente si la segunda le reportaba el aislamiento en el seno del mundo árabe, en cuyo nombre siempre decía actuar, por lo que la respuesta se articuló en tres fases. La primera, de carácter diplomático, consistía en formar una gran

---

<sup>311</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, pág. 278.

coalición política antiiraquí de carácter fundamentalmente árabo-occidental, en cuyo nombre, segunda fase, una coalición militar encabezada por Estados Unidos restauraría la legalidad internacional (racionalización) liberando Kuwait, en la esperanza, tercera fase, de que penalidades y humillación incitasen a los propios iraquíes a acabar con el régimen baazista, convertido, a estas alturas, en una dictadura personalista y clánica de Sadam Hussein y los Tikriti.

La Administración Bush (1989-1993) logra con aplastante éxito las dos primeras fases. El mismo día que Irak invade Kuwait, 2 de agosto de 1990, el Consejo de Seguridad, en evidente contradicción con su inhibición de 1980 cuando Irak agredió a Irán, condena la invasión (Resolución 660), declarándola un acto de agresión que pone en peligro la paz y la seguridad internacionales según lo prescrito en los artículos 39 y 40 de la Carta de las Naciones Unidas, es decir, haciendo referencia al capítulo VII de la misma, que es el prescribe la posibilidad de uso de la fuerza contra un agresor, en este tipo de circunstancias<sup>312</sup>. Al día siguiente, 3 de agosto, es la Liga Árabe la que condena la agresión con solamente la oposición de Jordania, Yemen, Sudán y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y la abstención de Libia. El 6 de agosto, una nueva resolución del Consejo de Seguridad (Resolución 661) impone a Irak el embargo comercial, financiero y militar amparándose de nuevo en el capítulo VII de la Carta. El 9 de agosto, menos de una semana tras la invasión, Estados Unidos sitúa sus primeros 4.000 soldados en la base militar saudí de Dahran . Una hazaña logística y un éxito político y diplomático, ya que, por primera vez en la historia, la monarquía saudí, guardiana de los Santos Lugares islámicos, autorizaría la presencia de soldados norteamericanos en su sagrada tierra, prefiriendo la seguridad a la religiosidad, lo que no dejará de tener importantes repercusiones, como se verá en otros epígrafes de esta Tesis<sup>313</sup>. Ha comenzado la Operación Escudo del Desierto, de doble finalidad: proteger a las ricas monarquías petroleras de la península Arábiga de una posible agresión iraquí y preparar la liberación de Kuwait. Gran Bretaña, Francia y una pléyade de hasta 34 países más se irán uniendo, de una u otra forma, a la Operación Escudo del Desierto y a su continuación la Operación Tormenta del Desierto<sup>314</sup>.

---

<sup>312</sup> Resolución 660 (1990) de 2 de agosto del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

<sup>313</sup> Ver epígrafe 6.4., El conflicto armado: la *yihad* islamista, págs. 297 a 323.

<sup>314</sup> La Agencia EFE en el Golfo, *La guerra en directo*, Documentos EFE, Fundación EFE, Madrid, 1991.

El 12 de agosto, Irak ya es consciente de que su maniobra ha fracasado militarmente y que tarde o temprano tendrá que salir de Kuwait, por lo que intentará resarcirse políticamente, relacionando (racionalización) su aventura con el gran *leitmotiv* de la causa árabe: el problema palestino. El presidente Sadam Hussein propone una “solución global” a la crisis y ofrece su retirada de Kuwait a cambio de la retirada de Israel de los territorios ocupados<sup>315</sup>, como más tarde, durante la guerra, intentará provocar a Israel haciendo de su territorio el principal objetivo de sus mejores armas, los Scud soviéticos mejorados, sin que Estados Unidos permita al orgulloso *Tsahal* (Ejército israelí) contestar, para evitar un vuelco en el apoyo árabe que podría desestabilizar toda la coalición política y militar tan artesanalmente labrada. Así, la única respuesta que recibirá la propuesta iraquí, como todas las que durante estos meses se producen para un arreglo pacífico, será más resoluciones condenatorias del Consejo de Seguridad, más soldados occidentales para la Operación Escudo del Desierto, a los que se unirán simbólicos contingentes árabes (la Fuerza Árabe Aliada) y un cerrado boicot estadounidense, que cuenta en todo momento con el apoyo de Rusia y los países europeos, a cualquier tipo de solución que no sea la retirada incondicional y la asunción de las reparaciones de guerra.

La injustificada ocupación de Kuwait había aislado internacionalmente a Irak, pero la desmesurada reacción estadounidense, con la cómplice aquiescencia del resto del mundo, incluidos la mayoría de los gobiernos árabes y musulmanes, especialmente en comparación con la actitud de pasividad, cuando no de complicidad, con la ocupación israelí de Palestina, levantó los ánimos populares en gran parte del mundo musulmán. Una reacción multitudinaria y callejera de apoyo a Irak, que no lo era a su régimen baazista, tan denostado como la mayoría de los regímenes del área en esa época, sino en defensa de un país musulmán y del Tercer Mundo (eleuterotropismo) agredido por lo que era percibido como un acto de neocolonialismo imperialista y en demanda de igual trato, ante igual falta, para Israel. Estas circunstancias son las que explican porque la Autoridad Nacional Palestina tomó partido, desde el primer momento, por un Irak que no era precisamente uno de sus grandes benefactores y porque pagó por ello un precio tan alto<sup>316</sup>.

---

<sup>315</sup> SEGURA, *op. cit.*, pág. 85.

<sup>316</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 140 a 143.

Es el mismo tipo de reacción popular árabe y musulmana que da nacimiento al auge del islamismo moderno, como veremos con más detalle en el siguiente capítulo<sup>317</sup> de esta Tesis. Durante la década de los ochenta, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial forzaron a la mayoría de los regímenes árabes a rígidos Programas de Ajuste Estructural, que tuvieron un gran impacto en el bienestar de los ciudadanos y produjeron un gran deterioro de los indicadores sociales, afectando fundamentalmente a la población urbana, sobre todo a los asalariados de los sectores más modernos de la economía. El desempleo se vuelve discriminante, afectando más a las mujeres que a los hombres, a los jóvenes que a los adultos y a los diplomados y licenciados universitarios que a los sin formación (el 57% de los licenciados universitarios árabes estaba en paro o subempleado en esta época). Es en esta nueva generación formada y pobre, decepcionada de lo exógeno y refugiada en lo autóctono, donde se encuentra la raíz del éxito de los movimientos islamistas, que no dudan en 1991 en encabezar la oposición popular a la guerra del Golfo. Por ello, el laico y nacionalista Sadam Hussein no dudó en “islamizar” sin escrúpulo su causa desde el primer momento en que se vio enfrentado a Occidente<sup>318</sup>.

El 29 de noviembre, la Resolución 678 autoriza «a los Estados Miembros de las Naciones Unidas a, cooperando con el Gobierno de Kuwait, utilizar todos los medios necesarios [eufemismo para autorizar el uso de la fuerza] para que se cumplimente la resolución 660 [que exige la retirada iraquí de Kuwait] y se restaure en el área la paz y la seguridad internacionales»<sup>319</sup>. Sólo Cuba y Yemén se opondrán en el Consejo de Seguridad y sólo China se abstendrá. A las 02h40' del 17 de enero de 1991, la Operación Escudo del Desierto da paso a la Operación Tormenta del Desierto, en la que actúan por primera vez las fuerzas armadas digitalizadas características de la sociedad del cambio de milenio y del nuevo orden mundial, expresión que precisamente se acuña en estos días, como ya se ha comentado.

El 24 de enero, las primeras fuerzas aliadas pisan territorio kuwaití (recuperación de la isla de Qarah) y un mes más tarde, el 24 de febrero, se inicia la gran ofensiva terrestre que liberará Kuwait en tres días y provocará la rendición

---

<sup>317</sup> Ver capítulo 6, págs. 257 a 323.

<sup>318</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 137 a 140.

<sup>319</sup> Resolución 678 (1990) de 29 de noviembre del Consejo de Seguridad.

incondicional de Irak en cuatro. Kuwait fue liberado, pero al precio de miles de víctimas iraquíes y de enormes pérdidas materiales en toda la zona; ambos resultados, consecuencia de la ambición y obstinación del régimen iraquí, pero también de la desproporcionada respuesta americana<sup>320</sup>. El coste de la guerra fue de entre 61.000 y 71.000 millones de dólares. Kuwait, Arabia Saudí y otros países del Golfo contribuyeron con unos 36.000 millones, entre Japón y Alemania, que no mandan tropas, aportan otros 16.000 millones. Como además hubo otras aportaciones menores, el coste real de la guerra para Estados Unidos y Gran Bretaña, los auténticos artífices de la misma, no pasó de entre 6.000 y 16.000 millones de dólares<sup>321</sup>.

Sin embargo, a pesar de la resonante victoria militar, las fuerzas aliadas no continuaron su labor hasta alcanzar los dos parámetros que, en teoría, definen la victoria estratégica: la anulación de la capacidad de combate del ejército enemigo y la ocupación de su territorio, lo que habría permitido, además, alcanzar el objetivo político encubierto: cambiar el régimen iraquí (el explícito era la conseguida liberación de Kuwait y la imposición de la legalidad internacional). La razón era que este objetivo pretendía conseguirse, como ya se ha apuntado, por otras vías: el golpe de Estado interno que sustituyese a la dictadura baazista de Sadam Hussein por un nuevo poder fuerte complaciente con los intereses de Washington.

Existían, además, otras razones por las que los estrategas americanos eran reacios a que sus tropas llegasen hasta Bagdad para imponer ellos mismos de forma explícita el nuevo régimen. La primera era el temor a que una invasión extranjera de suelo iraquí excitase el celo nacionalista e hiciera desembocar la situación en una resistencia armada local, en defensa del régimen o de uno de nuevo cuño, al viejo estilo vietnamita o afgano de triste recuerdo (eventualidad que se comprobará acertada trece años más tarde, como a diario podemos comprobar a través de los medios de comunicación). La segunda era el temor a la fragmentación del país en nombre del derecho a una autodeterminación de las poblaciones (kurdos, chiíes y otras minorías) difícilmente rechazable por un país, Estados Unidos, que llevaba enarbolando, desde hacía tanto tiempo, la bandera de la descolonización y de la liberación de los pueblos del bloque oriental de la tutela soviética. Una fragmentación con grandes posibilidades

---

<sup>320</sup> SEGURA, *op. cit.*, pág. 96.

<sup>321</sup> SEGURA, *op. cit.*, pág. 94.

de desestabilizar toda la neurálgica área petrolera de Oriente Medio, al arrastrar probablemente a los otros países de la zona (Turquía, Irán, Siria, etcétera), que comparten con Irak este tipo de problemas étnicos y culturales. Y, por último, conservar una cierta forma de tensión en la zona, que mantuviera el sentimiento de amenaza y vulnerabilidad en los países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) y, por lo tanto, la necesidad de protección y dependencia de Estados Unidos. Después de todo, entre agosto de 1990 y octubre de 1992, Estados Unidos vendió equipo militar a los países del Consejo de Cooperación del Golfo por valor de 32.000 millones de dólares, haciendo que los gastos de defensa de las ricas monarquías petroleras alcanzase en estos años el 7'4% de su PIB<sup>322</sup>.

El cambio de régimen debería producirse, en consecuencia, no por imposición extranjera ni por revuelta popular, sino por un golpe de Estado interno de un poder (Fuerzas Armadas, ramas marginadas del propio Baaz, etcétera) con suficiente capacidad para mantener controlado el país y con quien poder negociar su adhesión al triunfante y en expansión nuevo bloque neoliberal. Esta es la razón de que se abandonara a su suerte a la revuelta chií del sur del país (300.000 víctimas) inmediatamente posterior a la liberación de Kuwait, ante la impasible presencia de las tropas norteamericanas<sup>323</sup> (el cambio de régimen no debería ser producto de una revuelta popular y menos chií); y la razón de que se dejará actuar con cierta libertad a las Fuerzas Armadas iraquíes contra la revuelta kurda en el norte, al mismo tiempo que se intentaba controlarla amparándola con la operación militar de asistencia humanitaria Proporcionar Confort (21 de abril de 1991)<sup>324</sup>.

Ahora bien, esta llamada Guerra del Golfo no solamente inauguró la libertad de acción armada del Occidente cada vez más neoliberal, sino que empezó, asimismo, a establecer las nuevas reglas por las que ese propio mundo funcionaría (después de todo no dejaba de ser un “nuevo” orden). La reacción a la invasión iraquí no es exactamente, como podría deducirse de los párrafos precedentes, una reacción occidental, sino más bien exclusivamente estadounidense (en cualquier caso, también lo había sido en Vietnam y en las variadas intervenciones en el continente americano). Estados Unidos

---

<sup>322</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 150 a 152.

<sup>323</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 131 y 132.

<sup>324</sup> SEGURA, *op. cit.*, pág. 99.

podía haber preferido utilizar para la liberación de Kuwait a lo que conceptualmente era el brazo armado del “mundo libre”, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), actuando fuera de su área constitucional de actuación y con la agregación de países externos, como tan sólo cinco años más tarde (Bosnia-Herzegovina 1995) se empezaría a hacer, pero prefirió organizar, en cambio, una coalición coyuntural específica para el caso, inaugurando la estrategia que más tarde quedaría perfectamente reflejada en el acertado aforismo de ‘la misión determina la coalición y no la coalición la misión’.

Lo acertado de esta decisión, desde el punto de vista de los intereses americanos, se vería unos años más tarde en la crisis de Kosovo, con ocasión de los bombardeos de la OTAN sobre la República Federal Yugoslava en marzo de 1999, en la que diferencias en el nivel tecnológico de determinados sistemas de armas estadounidenses y europeos y, sobre todo, en la actitud y valoración de ciertos procedimientos de combate y de ciertos requisitos para la elección de objetivos a batir, parecieron terminar de inclinar la balanza en Estados Unidos hacia el punto de vista que preconizaba que sus intereses y su ambición de garantizarse la hegemonía mundial (cratotropismo), estarían mejor asegurados actuando unilateralmente y obviando las restricciones, fundamentalmente políticas pero también militares, que las alianzas fijas parecían imponerle. Después de todo, la Revolución de los Asuntos Militares es un invento de la industria estadounidense para, entre otras razones, contribuir a subordinar económicamente (carrera tecnológica de armamentos) a los propios aliados de Estados Unidos.

Con la retirada aliada de Irak sin ocupar Bagdad ni acabar con el régimen, se entra en la segunda “guerra” iraco-americana (cada vez más, a partir de ahora, iraco-angloamericana); una guerra, esta vez “fría”, es decir, sin combates (aunque no sin ataques), que se juega en el terreno del desgaste y la humillación del régimen para provocar su descomposición. Se racionalizará apelando a los residuos legalistas de la primera: mientras Irak posea armas de destrucción masiva (químicas, biológicas e, incluso, se acudirá a la posibilidad de nucleares) supone una amenaza para sus vecinos y, por ende, para la paz y la seguridad internacionales, por lo que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y todos sus Estados miembros tienen la obligación de ‘tomar las medidas necesarias’ (lo que en el críptico lenguaje diplomático se sobreentiende que incluye el uso de la fuerza armada) para combatirlo; y apelando a los

sufrimientos que el régimen está infligiendo a su propia población, con lo que se inaugura la argumentación de la necesidad de la “injerencia” por motivos humanitarios y democratizadores.

El 3 de abril de 1991, justo un mes más tarde de que se firmara, el 3 de marzo, el alto el fuego provisional entre las fuerzas norteamericanas y las iraquíes, el Consejo de Seguridad aprueba la Resolución 687<sup>325</sup>, que exige a Irak destruir todo el armamento químico y biológico que posea y todos sus misiles de alcance superior a los 150 kilómetros, para cuya comprobación sobre el terreno se crea una Comisión Especial de las Naciones Unidas (*United Nations Special Commission*, UNSCOM), que deberá trabajar en íntima conexión con la Organización Internacional de la Energía Atómica (OIEA), que realizará similares cometidos respecto al armamento nuclear, hasta que entre ambas verifiquen que se ha cumplido el desarme exigido; la Resolución determina, asimismo, la obligación de Irak de pagar todas sus deudas anteriores a la guerra, en alusión a las contraídas durante su guerra con Irán, la creación de un Fondo especial para las reparaciones de esta nueva guerra, que sería gestionado por la Secretaría General de las Naciones Unidas y alimentado por un porcentaje de los beneficios obtenidos por las ventas del petróleo iraquí, para cuyo cálculo habría que tener en cuenta «las necesidades de la población iraquí», y, por último, establece que las sanciones contenidas en la propia Resolución y en su antecesora, la Resolución 661 (prohibición de cualquier tipo de comercio excepto para abastecimientos de carácter médico o, como asistencia humanitaria, alimenticios)<sup>326</sup>, se levantarán<sup>327</sup> cuando el Comité de Sanciones, creado a instancias de esta última Resolución 661, informase que se había cumplido el programa de reparaciones de guerra<sup>328</sup> y el desarme<sup>329</sup>.

Dos días más tarde, el 5 de abril, el Consejo de Seguridad aprueba una nueva Resolución, la 688, que pide a los Estados miembros que «contribuyan a los esfuerzos de ayuda humanitaria» necesarios como consecuencia de la «represión iraquí de la población civil, incluyendo la del Kurdistán iraquí» que el régimen está desatando

---

<sup>325</sup> Resolución 687 (1991) de 3 de abril del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

<sup>326</sup> Resolución 661 (1990) de 6 de agosto del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

<sup>327</sup> Numeral 22 de la Resolución 687 (1991) de 3 de abril.

<sup>328</sup> Numerales 16 a 19 de la Resolución 687 (1991) de 3 de abril.

<sup>329</sup> Numerales 8 a 13 de la Resolución 687 (1991) de 3 de abril.



contra las revueltas populares chíf en el sur y kurda en el norte<sup>330</sup>. Una contribución (a la ayuda humanitaria) que Estados Unidos organizará de forma discriminatoria. Mientras en el norte, donde la revuelta kurda puede extenderse a su aliado turco, organiza la Operación de asistencia humanitaria Proporcionar Confort (21 de abril) y establece, junto a Gran Bretaña y Francia, una zona de exclusión de vuelos al norte del paralelo 36 (6 de abril), en la que ninguna aeronave podría moverse sin su consentimiento; en el sur se ignorará la represión (teoría del “cuanto peor, mejor”), a pesar de la proximidad física de las propias tropas americanas, y no se establecerá la zona de exclusión aérea (operación Vigilancia del Sur, al sur del paralelo 32, aumentada al paralelo 33 en septiembre de 1996) hasta un año después (agosto de 1992). En estas dos zonas de exclusión aérea, que abarcan más de la mitad del territorio iraquí, este país tenía no solamente prohibido los vuelos, sino, asimismo, la actividad de su defensa antiaérea, por lo que cualquier actividad de la misma, aunque sólo fuera iluminando con sus radares los aviones que las vigilaban y sobrevolaban, fue motivo de ataques aéreos no sólo contra el propio radar “infractor”, sino contra cuantos objetivos se considerasen adecuados en ese momento<sup>331</sup>.

Las relaciones entre la Comisión Especial de las Naciones Unidas y las autoridades iraquíes, que nunca fueron precisamente buenas, se deterioran especialmente con el nombramiento del diplomático australiano Richard Butler como jefe de la misma en julio de 1997, acusado, no sólo por las autoridades iraquíes, sino, incluso, por países miembros del Consejo de Seguridad como Rusia, China o Francia, de parcialidad y de seguir las instrucciones de Estados Unidos y no las de las Naciones Unidas, que era quien lo había nombrado y de quien dependía<sup>332</sup>. En noviembre de ese año, Irak exige que los inspectores estadounidenses, acusados de espionaje, abandonen el país. La decisión del señor Butler, con el aval angloamericano, es retirar a casi todo su personal de la Comisión Especial excepto un pequeño retén que permanece en Bagdad. Un incidente similar se repetirá en enero de 1998<sup>333</sup>.

---

<sup>330</sup> Resolución 688 (1991) de 5 de abril del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

<sup>331</sup> SPONECK, Hans C. von, *Autopsia a Irak. Las sanciones: otra forma de guerra*, Ediciones de Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 2007.

<sup>332</sup> SPONECK, *op. cit.*, pág. 370.

<sup>333</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, pág. 213.

En este contexto de enfrentamiento, se llega al mes de diciembre de 1998, en el que el Consejo de Seguridad debe evaluar, una vez más, como lo venía haciendo periódicamente desde su creación, la renovación del mandato de la Comisión Especial. En el Informe escrito que dicha Comisión remite al Consejo de Seguridad el 14 de diciembre, se decía que «la capacidad de armas no convencionales de Irak está, en lo fundamental, eliminada» y sólo se mencionaban cinco casos de obstrucción iraquí a las trescientas inspecciones realizadas; lo que, en términos generales, coincidía con anteriores informes, incluidos los del controvertido Scott Ritter, antiguo infante de marina estadounidense y antecesor de Richard Butler como jefe de la Comisión Especial, que tuvo que dimitir al ser comprobadas sus relaciones con los servicios de inteligencia estadounidenses e israelíes; y coincidía con el informe presentado por la Organización Internacional de la Energía Atómica (OIEA), que concluye anunciando que, en función de sus propios informes y de los de la Comisión Especial, se podría pasar del régimen de inspecciones hasta entonces vigente al de control a largo plazo. Sin embargo, en la carta de presentación, con la que el señor Butler remitía el Informe al Consejo de Seguridad, éste acaba concluyendo que «prácticamente no se han hecho progresos», y que Irak está probablemente almacenando componentes prohibidos en una serie de instalaciones a las que no permite el acceso, en curiosa coincidencia con las declaraciones previas de las autoridades estadounidenses<sup>334</sup>.

Al día siguiente, 15 de diciembre, el día anterior al previsto para la presentación oficial del Informe ante el Consejo de Seguridad, el señor Butler se reúne con el representante permanente en funciones de Estados Unidos ante las Naciones Unidas, embajador Burleigh. Según el propio señor Butler<sup>335</sup>, el embajador Barleigh le había aconsejado que sería «prudente tomar medidas para garantizar la seguridad del personal de la UNSCOM que está actualmente en Irak». En las primeras horas locales del día 16 de diciembre, el personal de Comisión Especial sobre el terreno, pero no el resto del personal de las Naciones Unidas en Irak, ya había recibido la orden de evacuación<sup>336</sup>.

Mientras el Consejo de Seguridad está escuchando la presentación del director de la Comisión Especial en la mañana neoyorquina del 16 de diciembre, en plena

---

<sup>334</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 213 y 214.

<sup>335</sup> BUTLER, Richard, *Saddam Defiant. The Threat of Weapons of Mass Destruction and the Crisis of Global Security*, Weidenfeld and Nicholson, Londres, 2000, pág. 224.

<sup>336</sup> SPONECK, *op. cit.*, págs. 365 a 370.

madrugada iraquí del día 17, las fuerzas aéreas estadounidenses y británicas desencadenan la serie de ataques aéreos sobre objetivos militares e industriales iraquíes, dentro y fuera de las zonas de exclusión aérea, conocidos como Operación Zorro del Desierto —una miniguerra de cuatro días y doscientos civiles muertos<sup>337</sup>, que preludia lo que ocurrirá cuatro años y medio más tarde— que justificarán (racionalización) como el único medio de que Irak cumpla las resoluciones del Consejo de Seguridad y destruya sus programas de armamento de destrucción masiva, eliminando así su capacidad de amenazar a sus vecinos<sup>338</sup> y, añadirá el presidente norteamericano Clinton, «a los intereses nacionales de Estados Unidos»<sup>339</sup>. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y su secretario general, que se entera de los ataques por una nota que le pasan mientras escucha la presentación del señor Butler, «no pudieron hacer más que tomar nota de esta grave violación del derecho internacional y de la infravaloración de las Naciones Unidas, provocadas por este acto unilateral de ambos países»<sup>340</sup>. Francia aprovechará esta coyuntura, que condena, para desligarse definitivamente del control de las zonas de exclusión aérea, como ya había hecho en 1996 de la zona norte por desacuerdo con la ampliación de la sur al paralelo 33<sup>341</sup>.

Tras los bombardeos de la Operación Zorro del Desierto, las autoridades iraquíes se niegan a proseguir con el régimen de inspecciones, desafiando, teóricamente, a un Consejo de Seguridad cada vez más dividido sobre el asunto iraquí, pero, realmente, a la Administración estadounidense, que tan sólo dos meses antes (31 de octubre de 1998) había aprobado la Ley para la Liberación de Irak, que liberó un presupuesto de 97 millones de dólares para financiar a la oposición iraquí, en un nuevo intento de encontrar una alternativa viable al régimen iraquí de Saddam Hussein. Búsqueda de alternativa, que se había iniciado con la creación y financiación del llamado Congreso Nacional Iraquí (CNI) en enero-febrero de 1992<sup>342</sup>.

Durante todo el año 1999, mientras el mundo y los medios de comunicación (efecto CNN) parecen estar más atentos a las crisis de Kosovo y Timor Oriental, en las que el Occidente neoliberal también ejercerá su nueva política de injerencia armada en

---

<sup>337</sup> SPONECK, *op. cit.*, págs. 365.

<sup>338</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, pág. 214.

<sup>339</sup> *Glossaire conflicts*, Manière de Voir, Le Monde Diplomatique, Internet, [www.monde-diplomatique.fr](http://www.monde-diplomatique.fr).

<sup>340</sup> SPONECK, *op. cit.*, págs. 367.

<sup>341</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, pág. 210.

<sup>342</sup> SIEFFERT, Denis, *L'emoire contre l'Irak*, Manière de voir ° 67, febrero de 2003.

nombre de los derechos humanos y la democracia, como veremos en los siguientes epígrafes de esta Tesis, la cuestión iraquí, relativamente congelada, sigue dividiendo al Consejo de Seguridad, en el que tres de sus cinco miembros permanentes, Francia, Rusia y China, además de otros países, discrepan cada vez más de la postura angloamericana y defienden un progresivo levantamiento de las sanciones. Esta es la razón de que estos tres países se abstengan en la aprobación de la Resolución 1.284 (1999) de 17 de diciembre, que crea la Comisión de Observación, Verificación e Inspección de las Naciones Unidas en Irak (*United Nations Monitoring, Verification and Inspection Comisión*, UNMOVIC), para que sustituya y continúe la labor de la Comisión Especial (UNSCOM), y, manteniendo el régimen de sanciones, establece la posibilidad de suspensión temporal (que no levantamiento) de algunas de ellas, si tras un año de actividad se demostrase la absoluta cooperación iraquí, así como introduce la posibilidad de modificar los límites a las exportaciones de petróleo iraquíes del Programa Petróleo por Alimentos<sup>343</sup>.

Un año en el que se ahondará en el círculo vicioso que tiene como epicentro los contratos que posibilita el Programa Petróleo por Alimentos, ya que Irak tendía a conceder los contratos de dicho Programa, pero también los futuros contratos del Irak libre de embargo y sanciones que sería algún día, a las empresas de los países que podían salvarlo en última instancia, Francia, Rusia y China, lo cual irritaba a británicos y norteamericanos, que los vetaban, enfrentando así aún más a Francia, Rusia y China al régimen de sanciones. Una coyuntura que se repetía en relación con otros países como Turquía, Siria, Jordania o Egipto, grandes beneficiarios del contrabando que eludía el embargo, las sanciones y el Programa Petróleo por Alimentos<sup>344</sup>. La Liga Árabe, en su cumbre del 21 y 22 de octubre del año 2000 en El Cairo, condenaba las sanciones e invitaba a Irak a reintegrarse en ella.

Todas estas disensiones, y la negativa de Irak a aceptar nuevas inspecciones, retrasan la reanudación de éstas hasta noviembre del año 2002, en el que la nueva Comisión de Verificación e Inspección (UNMOVIC), dirigida por el diplomático sueco Hans Blix, antiguo director de la Organización Internacional de la Energía Atómica (OIEA), y la propia OIEA, ahora dirigida por el diplomático egipcio Mohamed al-

---

<sup>343</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 225 a 236.

<sup>344</sup> SPONECK, *op. cit.*, págs. 56, 91 y 256.

Baradei, regresan al país de los dos ríos. Mientras tanto, en enero de 2001, una nueva Administración norteamericana accedería al poder en Washington con nuevas y renovadas ideas de lo que debería ser el mundo y, sobre todo, del papel que Estados Unidos y la civilización occidental (en su más esencial concepción de civilización judeo-cristiana) deberían jugar en él. Es la Administración de Georges Walter Bush, hijo del ex presidente Georges H. Bush, que había concebido el nuevo orden mundial y había derrotado militarmente por primera vez a Irak en 1991, pero que, sin embargo, es mucho más hijo ideológico del ex presidente Ronald Reagan, que implantó el neoliberalismo en Estados Unidos y, por ende, en todo el mundo occidental, y que había vencido al antiguo enemigo comunista, que de su propio padre. Una nueva Administración que considera que diez años de sanciones, incursiones aéreas e inspecciones no han dado el resultado apetecido.

De esta tríada, más que las incursiones aéreas y las inspecciones, el principal elemento de la guerra de desgaste y humillación desatada contra Irak desde 1991 había sido el régimen de sanciones, legalizado por las Resoluciones 661 (1990) de 6 de agosto y 687 (1991) de 3 de abril y racionalizado, como los otros dos, en nombre de la paz y la seguridad internacionales y del nuevo paradigma de la “injerencia humanitaria” — aunque el término no se acuñará hasta algunos años más tarde con ocasión de las crisis balcánicas— a que obligaban los alegados sufrimientos que el régimen iraquí infligía a su propia población.

Pero las sanciones resultaron ser una injerencia cualquier cosa menos humanitaria. El régimen de sanciones impuesto a Irak puede dividirse en dos etapas diferentes, separadas por el establecimiento del llamado Programa Petróleo por Alimentos establecido en 1995 por la Resolución 986 de 14 de abril. Durante el primer periodo, es decir, entre 1991 y 1995, el consumo de kilocalorías por día y persona disminuyó de 3.375 Kc. a 2.277 Kc. y el de proteínas de 67’7 gr. a 43’35 gr.; el Producto Interior Bruto (PIB) descendió de 3.000 dólares *per capita* a 500 dólares; y la malnutrición alcanzó al 30% de los niños que conseguían sobrevivir a una tasa de mortalidad infantil del 13%<sup>345</sup>.

---

<sup>345</sup> ARNOVE, Anthony (ed.), *Iraq under siege. The deadly impact of sanctions and war*, Pluto Press, Londres 2001, citado por SEGURA, *op. cit.*, págs. 101 a 104.

La situación se volvió tan insostenible, que, el 14 de abril de 1995, el Consejo de Seguridad adopta la Resolución 986, que levanta parcialmente la rigidez del régimen de sanciones y establece el llamado Programa Petróleo por Alimentos, a través del cual, el Consejo de Seguridad reguló y controló las ventas de petróleo y las importaciones iraquíes, desde diciembre de 1996, que entra en vigor, hasta noviembre de 2003, siete meses después de la invasión y ocupación del país. Según este Programa, la cantidad de petróleo que Irak podría exportar al mercado internacional sería determinada por el Consejo de Seguridad. De los ingresos de estas exportaciones, el 30%<sup>346</sup> debería cederse a la Comisión de Indemnizaciones, para pagar las reclamaciones realizadas por personas, empresas y gobiernos por las pérdidas que alegaban haber sufrido como consecuencia de la invasión de Kuwait, y otro 4% dedicarse a subvencionar la gestión del propio Programa, de otras actividades de las Naciones Unidas relacionadas con Irak, y de las comisiones, Especial, y de Verificación e Inspección más tarde, de supervisión del desarme, incluyendo las dietas del personal de las Naciones Unidas, de aproximadamente 1.000 dólares mensuales, y los 160 dólares mensualmente asignados al cuidado y alimentación de los perros utilizados en las labores de desminado<sup>347</sup>.

De modo que la cantidad real neta, para lo que eufemísticamente se denominaba “la exención humanitaria de las sanciones”, era, por tanto, de solamente el 66% de lo que teóricamente se debía ingresar por la renta del petróleo. Cantidad que, sin embargo, nunca llegaba a cubrirse en los plazos previstos, debido a los numerosos retrasos y dilaciones provocados por el complicado entramado burocrático y supervisor, establecido para evitar la entrada en el país de materias que pudieran tener algún tipo de posibilidad de uso armamentístico (doble uso) y por, fundamentalmente, el uso abusivo de esta excusa (racionalización), que las delegaciones estadounidenses y británica hacían en el Comité de Sanciones, dependiente del Consejo de Seguridad, y estructurado a su imagen y semejanza, con objeto de acelerar la descomposición del régimen<sup>348</sup>.

Sin embargo, como los propios funcionarios de las Naciones Unidas argumentarían, la expresión ‘exención humanitaria’ no parecía ser la más exacta

---

<sup>346</sup> En vista del deterioro de la situación humanitaria en Irak, este porcentaje del 30% fue reducido al 25% en 1999 por el Consejo de Seguridad, y al 50% tras la ocupación, en mayo de 2003.

<sup>347</sup> SPONECK, *op. cit.*, págs. 57 y 99.

<sup>348</sup> SPONECK, *op. cit.*, págs. 56 y 57.

precisamente, ya que «la fuente de financiación era íntegramente iraquí [...] y la formulación ‘ayuda humanitaria’ sólo pretendía reforzar la falsa percepción de que era apoyo económico exterior». A Irak, sólo se le permitía vender cantidades limitadas de petróleo en el mercado internacional y sólo se le permitía importar las cantidades y tipos de suministros “humanitarios” —relacionados con la alimentación directa, la sanidad, la educación, y las posibilidades de labores agrícolas, regadíos y abastecimiento y tratamiento de aguas y electricidad— que el Comité de Sanciones, en el que las delegaciones estadounidense y británica tenían capacidad de veto, consideraba adecuados y necesarios. No se podía comprar ningún producto local, ni siquiera comida, con cargo a los fondos del Programa Petróleo por Alimentos, aunque la fuente de financiación era claramente un recurso iraquí. Lo que incidió gravemente en la economía y el mercado laboral iraquí, como fácilmente puede entenderse<sup>349</sup>.

No obstante, las deficiencias y las insuficiencias eran sistemáticamente cargadas a la «retención deliberada del Gobierno iraquí» por los Gobiernos y portavoces estadounidenses y británicos. Sin embargo, los informes de los organismos y agencias del sistema de las Naciones Unidas desplegados en Irak, incluido el encargado de gestionar sobre el terreno los recursos procedentes del Programa Petróleo por Alimentos, mostraban lo contrario: «La distribución de suministros humanitarios llevada a cabo por las autoridades iraquíes funcionaba bien. Los informes de existencias de la ONU identificaban las razones de las dificultades ocasionadas en la distribución, que nada tenían que ver con que se negarán a distribuirlos. Tenían más que ver con la política de Estados Unidos y del Reino Unido, y con la connivencia del Consejo de Seguridad»<sup>350</sup>. Una política, cuyo móvil «era castigar y desestabilizar, poniendo limitaciones deliberadas al programa humanitario para mantener las condiciones de miseria, con la esperanza de que Sadam Hussein y su Gobierno modificasen su actitud»<sup>351</sup>, o fuesen derrocados, habría que añadir.

El Programa Petróleo por Alimentos, por lo tanto, tampoco resolvió el problema, «como mucho impidió un deterioro aún mayor de las condiciones de vida de la

---

<sup>349</sup> SPONECK, *op. cit.*, págs. 52 a 55 y 107.

<sup>350</sup> SPONECK, *op. cit.*, págs. 161 a 168 y 180.

<sup>351</sup> SPONECK, *op. cit.*, págs. 78 y 79.

población»<sup>352</sup>. En 1999, los casos de cáncer en el sur de Irak se habían multiplicado por doce respecto a las estadísticas anteriores a la guerra, debido a que la mayoría no podían ser tratados porque el flujo de medicamentos nunca era continuo, ni estaba asegurado para ningún tipo de medicina, componente o tipo de material sanitario, y nadie sabía cuándo, cuáles o cuánto volvería a ser autorizado<sup>353</sup>. La causa era, que, como ya se ha mencionado, el Programa Petróleo por Alimentos era gestionado por el denominado Comité de Sanciones, dependiente del Consejo de Seguridad, que funcionaba, por tanto, según un sistema de veto similar al de éste. Nada podía ser vendido o exportado a Irak, en consecuencia, sin la autorización expresa de los representantes estadounidenses y británicos, «que mantenían una actitud vigilante y un celo rayano en el obstruccionismo»<sup>354</sup>, alegando la «posibilidad de doble uso» de materiales como los anestésicos, los aparatos de rayos X, las campanas de oxígeno, las vacunas, los equipos de diagnóstico, pero, también, los lápices, debido al grafito que contenían, los ordenadores, la suscripción a revistas científicas extranjeras o los materiales y productos para la reparación y funcionamiento de depuradoras, conducciones de agua y recogida de aguas residuales. Y ello, a pesar de que más del 70% de las ventas de petróleo autorizadas eran compradas por las compañías estadounidenses<sup>355</sup>. La obsesión por creer que cualquier actividad de la vida iraquí podría estar relacionada con los programas de fabricación de armas de destrucción masiva iraquíes, alcanzó tal nivel, que «expertos en desarme de la UNSCOM llegaban de vez en cuando en helicóptero a los *campus* universitarios para realizar visitas por sorpresa. Interrumpían las clases e interrogaban a los alumnos sobre lo que les habían estado enseñando»<sup>356</sup>.

Una situación que motivaría sucesivas dimisiones de responsables internacionales humanitarios en Irak. La primera de estas dimisiones corresponde al irlandés Denis Halliday, coordinador de la ayuda humanitaria de las Naciones Unidas en Irak, que justificó así su abandono del cargo: «Dimito porque la política de sanciones es totalmente equivocada. Estamos destruyendo toda una sociedad [...] Cada mes mueren cinco mil niños [...] No deseo administrar un programa que da como resultado estas cifras», a lo que añadiría «todos los que formamos parte del sistema democrático somos

---

<sup>352</sup> VAREA, Carlos, *Irak, asedio y asalto final*, Editorial Rin, Hondarribia-Estrella 2002, citado por SEGURA, *op. cit.*, pág. 106.

<sup>353</sup> PILGER, John, *Los nuevos gobernantes del mundo*, RBA, Barcelona, 2003, pág. 50.

<sup>354</sup> SEGURA, *op. cit.*, pág. 107.

<sup>355</sup> PILGER, *op. cit.*, págs. 49 a 91.

<sup>356</sup> SPONECK, *op. cit.*, pág. 144.



culpables porque de hecho somos responsables de la política de nuestros gobiernos elegidos y, por tanto, de la implantación de estas sanciones económicas al pueblo iraquí». Dos años más tarde, su sucesor Hans von Sponeck —cuya obra *Autopsia a Irak. Las sanciones: otra forma de guerra*<sup>357</sup>, se ha citado repetidamente en los párrafos precedentes— le imitaba, siendo seguido dos días más tarde por Jutta Barghardt, jefa del Programa Mundial de Alimentos en Irak, alegando el mismo tipo de razones<sup>358</sup>.

Una situación que contrasta con el uso que se dio a los fondos del Programa Petróleo por Alimentos en otros contextos posteriores. En efecto, como nos relata la economista especializada en la financiación del terrorismo Loretta Napoleoni, según las actas de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, entre mayo de 2003 y junio de 2004 (es decir, una vez acabada la tercera guerra iraco-americana de marzo de 2003),

«la Reserva Federal estadounidense envió 12.000 millones de dólares en billetes de diversas denominaciones a un Irak desgarrado por la guerra. En el transcurso de un año, una flota de aparatos DC-10 llevó de Nueva York a Bagdad 484 palés, con un total de 363 toneladas de peso y 281 millones de billetes [...] [Con estos fondos] la Autoridad Nacional de la Coalición [instaurada por Estados Unidos en el país tras la invasión de marzo de 2003, dirigida por Paul Bremer y su asesor financiero, el almirante retirado David Oliver] pagaba a contratistas en efectivo directamente desde las traseras de los camiones; miles de “empleados fantasma” —personas contratadas para trabajos ministeriales que no existían— cobraban sus sueldos en fajos de billetes; de la bóveda de la Autoridad Provisional de la Coalición desapareció un millón de dólares y no pareció que le inquietara a nadie; se desembolsaron 500 millones en una partida denominada TBD, es decir, *to be determined* (aún sin determinar). Una firma de contabilidad poco conocida de San Diego estaba encargada de certificar la distribución del dinero, pero nunca realizó ninguna auditoría de los controles internos, tal como estipulaba su contrato».

Preguntado por un periodista de la BBC, el almirante retirado Oliver respondía que «no importa dónde ha ido a parar ese dinero porque es dinero iraquí, no de los contribuyentes estadounidenses». Porque, en efecto, «los 12.000 millones de dólares

---

<sup>357</sup> Relato detallado y minucioso del régimen de sanciones y de su incidencia en la sociedad iraquí.

<sup>358</sup> PILGER, *op. cit.*, págs. 55 y 56.

procedían de los bienes iraquíes bloqueados tras la primera guerra del Golfo [guerra con Irán] y del sobrante de los pagos del Programa Petróleo por Alimentos»<sup>359</sup>. Como lo resumiría, el ya varias veces citado Hans von Sponeck, «los años de sanciones y exención humanitaria, incluido el Programa Petróleo por Alimentos, finalizaron con la victoria política de la línea dura del Consejo de Seguridad [Estados Unidos y Gran Bretaña] y la derrota del propio Consejo de Seguridad, en su calidad de instrumento para resolver conflictos internacionales; como un rechazo al derecho humanitario vigente, como una afrenta a la opinión pública internacional, y como la destrucción de una población, que no podía hacer nada respecto al conflicto político ni al desarme»<sup>360</sup>.

Se puede resumir, por tanto, que esta segunda guerra (1991-2003) empieza siendo de “el mundo contra Irak”, pero acaba siendo casi exclusivamente iraco-angloamericana, y que se desarrolla en el ámbito de las tres principales modalidades del conflicto político: el económico, mediante las sanciones; el ideológico, mediante los intentos de construcción de una oposición iraquí creíble, ante la evidencia de que el golpe de Estado no iba a producirse, y la humillación que todo el conjunto representa para un país soberano; y el militar, mediante la permanente vulneración de su soberanía que las zonas de exclusión aérea, los reiterados ataques y la intrusiva presencia de inspectores extranjeros representa. Sin embargo, a la altura de enero de 2001, cuando la nueva Administración Bush (George W.) toma posesión, es una guerra que no parece que vaya a poder tener fin y, por lo tanto, se presenta como una guerra perdida por no ganada. El régimen resiste, Irak se está reintegrando en el mundo árabe<sup>361</sup> y cada vez más voces civiles e institucionales claman por el fin de las sanciones y de las agresiones.

Lo que va a cambiar a partir de enero de 2001 no es el contexto del conflicto iraquí, sino la situación en el mundo, ya que la nueva Administración americana es, como ya se ha apuntado, hija de los núcleos más radicales del neoliberalismo (académica y mediáticamente conocidos como los “*neocons*”), como demuestran sus principales documentos doctrinales y programáticos: el Informe sobre la Estrategia

---

<sup>359</sup> NAPOLEÓN, Loretta, *Jugar al Monopoly con el dinero iraquí*, Diario *El País* (España) de 4 de marzo de 2007.

<sup>360</sup> SPONECK, *op. cit.*, pág. 335.

<sup>361</sup> SEGURA, *op. cit.*, págs. 117 y 118.

Energética Nacional de 2001, por ejemplo, en relación con los aspectos económicos; las Estrategias Nacionales de Seguridad (NSS) de 2002 y 2006, que resumen, en cierta forma, la ideología que debe sustentar las relaciones internacionales de Estados Unidos; o las Revisiones Cuatrienales de Defensa (QDR) de 2001 y 2006, que establecen, a modo de Libros Blancos periódicos, las perspectivas de defensa que se proponen en función de dicha ideología. De ellos, el Informe sobre la Estrategia Energética Nacional de mayo de 2001, elaborado por el equipo que dirigía el vicepresidente Cheney antes de ser elegido para ese cargo, asume, en cierta manera, la prospectiva basada en la llamada “curva de Hubbert”, según la cual

«la historia de la extracción [petrolera] se ajusta a una curva en forma de campana, cuyo punto de inflexión coincide aproximadamente con el momento en que la mitad del crudo recuperable ya ha sido extraído. Obviamente, los factores políticos y económicos, así como los avances científicos y tecnológicos, pueden alterar la forma de dicha campana [...] Hubbert aplicó su método al conjunto de Estados Unidos y llegó a la conclusión de que el punto de inflexión de la producción se produciría alrededor de 1970. Y eso fue exactamente lo que ocurrió [...] [Aunque] el método de Hubbert podría aplicarse para predecir cuándo la producción mundial de crudo alcanzará su punto de inflexión o cenit [...] tal predicción presenta grandes incertidumbres, entre otras razones porque muchos países y compañías tiene intereses políticos o económicos que les llevan a falsear sus datos de reservas tanto por exceso como por defecto»<sup>362</sup>

Lo que el Informe sobre Estrategia Energética Nacional asume es que en algún momento de, probablemente, la primera mitad del siglo XXI, aunque diferentes autores y analistas lo cifren en diferentes fechas de ese periodo temporal, la capacidad de oferta petrolera, aun en las más favorables condiciones de avances tecnológicos e inversiones, no será capaz de satisfacer la demanda, por lo que alguien tendrá que quedarse sin todo el petróleo que necesita. Lo que el Informe sobre la Estrategia Energética Nacional y todos los demás documentos y *think tanks* del ultraneoliberalismo neoconservador estadounidense proponen es, entre otras cosas, que Estados Unidos empiece a actuar para, no solamente, no ser ellos quienes se queden sin petróleo cuando ese momento

---

<sup>362</sup> MARZO, Mariano, *El fin de la era del petróleo barato*, Diario *El País* (España) de 9 de mayo de 2004.

llegue, sino para que, además, ellos sean los últimos que se queden sin petróleo. Entre los múltiples frentes que esta nueva “ofensiva energética” abre: repúblicas ex soviéticas de Asia Central, proyecto o Iniciativa del Gran Oriente Medio (y Norte de África), golfo de Guinea en África, cerco al disidente venezolano, etcétera; el iraquí, dada sus especiales circunstancias, ocupa un lugar preferente<sup>363</sup>. No es, por otra parte, causalidad que este Informe fuera elaborado por estas fechas, ya que, en el año 2000, por primera vez en la historia, las importaciones de petróleo por parte de Estados Unidos aumentaron por encima del 50% del consumo total del país<sup>364</sup>.

La presión sobre Irak se incrementará, por tanto, desde la misma llegada de la Administración Bush (George W.) al poder, esperando solamente la oportunidad que permita justificar y racionalizar el paso a la *ultima ratio*. Dos mil uno ya no es el 1990 en el que Estados Unidos se vio inesperadamente convertido en la única gran potencia – y en la gran potencia vencedora— y pudo creer que realmente podría imponerle al mundo su nuevo orden (cratotropismo). Su incapacidad para resolver, de acuerdo con los parámetros que en teoría deberían definir la nueva *pax americana*, numerosas crisis acontecidas en el seno del nuevo orden e, incluso, en muchos casos, consecuencia directa del nuevo orden —Balcanes, Somalia, Chechenia, Ruanda, etcétera— y la actitud cada vez más díscola de algunas regiones del mundo —Latinoamérica, China o la propia Rusia— habían empezado a convencer a las élites norteamericanas que no parece realmente haber llegado el “fin de la Historia” y que la influencia ideológica (neoliberal) norteamericana y su (aparentemente) incuestionable capacidad de presión económica no son, en muchos casos, tan convincentes como su tendencia al “destino manifiesto” les hace creer muchas veces. Tampoco la ideologizada Administración Bush (George W.) de 2001 es la políticamente realista (nuevo realismo político internacional de raíces kissingerianas) Administración Bush (George H.) de 1989-1993 y, ahora, la nueva Administración está convencida de que el “destino manifiesto” hay que imponerlo utilizando incluso la “ira de Dios”. Irak pasaba a estar en el punto de mira. Sólo los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 y su consecuencia inmediata, la invasión y ocupación de Afganistán, que se tratan con algo más de detalle

---

<sup>363</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 275 a 278.

<sup>364</sup> GARCÍA CANTALAPIEDRA, David, *La creación del AFRICOM y los objetivos de la política de Estados Unidos hacia África: gobernanza, contraterrorismo, contrainsurgencia y seguridad energética*, ARI n° 53/2007 del Real Instituto Elcano, mayo de 2007.

en otros epígrafes de esta Tesis, retrasarán el momento en que se dispare la acción armada contra Irak.

El 16 de febrero de 2001, a un mes de la toma de posesión de la nueva Administración, las Fuerzas Aéreas estadounidenses y británicas atacan instalaciones militares iraquíes fuera de las zonas de exclusión aérea<sup>365</sup>. A partir de mayo de ese mismo primer año de Administración Bush, Estados Unidos y Gran Bretaña comienzan a presionar al Consejo de Seguridad para que se endurezcan las sanciones contra Irak. El 12 de septiembre, al día siguiente de los atentados terroristas en Washington y Nueva York, en una reunión del Consejo Nacional de Seguridad norteamericano, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld interroga retóricamente, según relata el periodista Bob Woodward, «¿Por qué no vamos a por Irak también, aparte de por al-Qaeda?». Al plantear la cuestión, no hablaba sólo por él. Su subsecretario Paul Wolfowitz —futuro presidente del Banco Mundial— llevaba tiempo preconizando incluir a Irak en la guerra contra el terrorismo y forzando que el Pentágono elaborara planes militares para Irak. Lo único que Rumsfeld en realidad planteaba era simplemente aprovechar la ocasión. Solamente la insistencia del secretario de Estado Colin Powell en que se tuviera en cuenta la posible reacción internacional, logró frenar, en esta ocasión, las ansias antiiraquíes de los jefes del Pentágono y del Consejo Nacional de Seguridad<sup>366</sup>; aplazándolas, que no eliminándolas, como demostrarían las declaraciones del propio presidente Bush tan sólo una semana más tarde (17 de septiembre): «Irak está involucrado, pero no vamos a atacarlo ahora. Hay que seguir trabajando en los planes de acción militar contra Irak. Ya habrá tiempo de atacarlo»<sup>367</sup>. A partir del fin de la guerra de Afganistán (7 de diciembre de 2001), prácticamente todas las discusiones sobre Irak en el seno del Consejo Nacional de Seguridad versarán no sobre sí había que atacar a Irak, sino solamente sobre cómo y cuándo sería la guerra que ya estaba decidida, cuyo plan de acción se iría materializando en los sucesivos borradores del OPLAN 1.003V, cuya primera versión corresponde a una fecha tan temprana como enero de 2002<sup>368</sup>.

En el discurso sobre el estado de la Unión de 29 de enero de 2002, el presidente Bush incluye a Irak, del que pronostica un inminente cambio de régimen político, en el

---

<sup>365</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 238 y 239.

<sup>366</sup> WOODWARD, Bob, *Bush en guerra*, Península, Barcelona, 2003, pág. 70.

<sup>367</sup> WOODWARD, *op. cit.*, pág. 122.

<sup>368</sup> WOODWARD, *op. cit.*, págs. 357 a 382.

“eje del mal”, junto a Corea del Norte e Irán, dos viejos enemigos que habían humillado a Estados Unidos en el pasado (guerra de Corea y crisis de los rehenes) y a los que todavía no ha perdonado<sup>369</sup>. El 11 de octubre de ese mismo año, el Congreso autoriza el uso de la fuerza contra Irak, y sólo un mes más tarde, la presión angloamericana, ya en franco enfrentamiento dialéctico con otras potencias (Rusia, China, Francia y Alemania, entre otras) consigue que el Consejo de Seguridad adopte la ambigua Resolución 1.414 (2002) de 8 de noviembre, en la que «actuando en virtud del capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas», es decir, el que autoriza al Consejo de Seguridad a tomar medidas coercitivas (uso de la fuerza armada), se habla, por una parte, de «conceder a Irak una última oportunidad» en materia de desarme (nuclear, químico, biológico y misilístico), instaurando, por otra, «un régimen de inspecciones reforzado» (que deberían llevar a cabo la Organización Internacional de la Energía Atómica, OIEA, y la nueva Comisión de Verificación e Inspección, UNMOVIC, «sucesora» de la Comisión Especial, UNSCOM), que deberán «comunicar al Consejo [los posibles incumplimientos u obstáculos presentados por Irak] para su evaluación»<sup>370</sup>.

¿Era la Resolución 1.414 la «última oportunidad» para que el régimen de Sadam Hussein abandonara el poder, como preconizarán Estados Unidos y Gran Bretaña apoyados por otros muchos países, entre ellos España, o sólo un paso más en el proceso de exigencia de desarme de Irak, que debería ser «evaluado por el Consejo de Seguridad» como todos los anteriores desde la lejana Resolución 687 de 3 de abril de 1991, como preconizarán las propias OIEA y UNMOVIC, el mundo árabe y musulmán, Rusia, China, Francia, Alemania y muchos otros países, apoyados por el clamor ciudadano en medio mundo?

La respuesta la impondrán los artífices del nuevo orden mundial por la vía de los hechos consumados, cuando en la madrugada del 19 al 20 de marzo de 2003, dos aviones F-117 A, indetectables por radar, arrojan sendas bombas de 1.000 kilos sobre el complejo presidencial conocido como Granja Dora en Bagdad, donde la CIA suponía (equivocadamente) que la cúpula del régimen, incluido el presidente Sadam Hussein, se encontraba en esos momentos, seguidas de una oleada de misiles de crucero Tomahawk lanzados desde buques estadounidenses desplegados en el Mar Rojo y el Golfo Pérsico.

---

<sup>369</sup> SEGURA, *op. cit.*, pág. 180.

<sup>370</sup> Resolución 1.414 (2002) de 8 de noviembre del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Una primera operación de “asesinato selectivo”, que serviría de pistoletazo de salida para la invasión de Irak, que culminaría el 16 de abril, en nombre del nuevo tipo de injerencia “democratizadora” que ya llevaba más de un año intentando aplicarse en el cercano Afganistán, cuyo objetivo, como nos señala la Teoría del Espacio Corazón, es uniformizar políticamente el mundo con democracias ideológicamente neoliberales para poder controlarlo (cratotropismo) económicamente, a través del capitalismo globalizado de libre empresa teledirigido por la aparentemente inmaterial aristocracia financiera mundial (racionalizada como los mercados) y por el «conjunto singular de instituciones supraestatales soportado, dirigido y tutelado por Occidente y por unas Naciones Unidas controladas, en cierta forma, por los países occidentales»<sup>371</sup>.

El 1 de mayo de 2003, fecha en la que el presidente Bush proclama enfáticamente la victoria de la guerra de Irak —la tercera guerra contra Irak bajo el punto de vista de esta trabajo— con la expresión que se haría famosa de «Misión cumplida» desde la cubierta del portaaviones *USS Abraham Lincoln*, puede considerarse la fecha (simbólica, como todas las que se refieren a procesos históricos) en que finaliza esta tercera guerra, llevada a cabo al viejo estilo de las guerras clásicas convencionales, entre las digitalizadas Fuerzas Armadas del neoliberalismo (fundamentalmente angloamericanas) y las desgastadas Fuerzas Armadas regulares iraquíes, y comienza la cuarta guerra iraco-anglonorteamericana, que aún dura, librada esta vez al auténtico “estilo siglo XXI”, académicamente tildado de “guerra asimétrica”. Un nuevo tipo de guerra en el que las modernas fuerzas armadas digitalizadas deben enfrentarse a un indetectable enemigo, que en vez de enmascararse estratégicamente en la naturaleza, como venía siendo el paradigma clásico de la guerra irregular de guerrillas, se enmascara estratégicamente cada vez más en (entre) la población, a la que, al mismo tiempo, ataca (acciones terroristas); la misma población a la que el paradigma del combate digitalizado pretende proteger de los eufemísticamente llamados “daños colaterales” mediante su armamento inteligente, creándole el permanente dilema, que aún no han resuelto, de qué hacer en cada caso concreto y de cuál es la estrategia y las tácticas y procedimientos con los que se combate a un ejército clandestino disuelto en una población de la que forma parte, para el que sus autoinmolados “mártires” son sus

---

<sup>371</sup> GARCÍA CANEIRO y VIDARTE, *op. cit.*, pág. 195.

«F-16 y sus helicópteros Apache», como acertadamente respondería en cierta ocasión un dirigente palestino a un asombrado periodista occidental.

La seguridad en la superioridad de las Fuerzas Armadas de lo que se etiquetó como ‘la Coalición’ sobre los iraquíes era (fundadamente) tal que, incluso antes de que la guerra hubiera acabado y el presidente Bush informase al mundo que la misión estaba cumplida, el teniente general norteamericano de Infantería de Marina (*Marines*) Jay Garner, antiguo jefe de la Operación Proporcionar Confort en el Kurdistán iraquí en 1991 y presidente desde su retiro en 1997 de la contratista del Pentágono *SYColeman* (sistemas de misiles), fue nombrado director de Reconstrucción y Asistencia Humanitaria para Irak, eufemístico nombre con el que se pretendía dirigir la administración del país tras la guerra; puesto del que sería apartado sin apenas tiempo de empezar a trabajar sobre el terreno el 11 de mayo de 2003, cuando propuso que se celebrasen elecciones a los noventa días de la caída de Bagdad y que fuera el nuevo gobierno iraquí el que decidiera el futuro del país: «no creo que los iraquíes necesiten un plan americano. Creo que lo que debemos hacer es simplemente establecer un gobierno que represente la voluntad libremente expresada del pueblo. Es su país [...] y son [el petróleo] sus recursos». No era, desde luego, la idea de la Administración Bush ni la de los grupos de presión energéticos que la inspiran.

El general Garner y su organismo de reconstrucción y asistencia humanitaria son sustituidos por el diplomático Paul Bremer al frente de una más formal Autoridad Provisional de la Coalición (APC), cuyo nombre refleja bastante exactamente lo que se pretendía que fuera. En primer lugar, el gobierno del país (Autoridad) y no un mero organismo asesor y humanitario como el general Garner al parecer pretendía; pero no un gobierno con vocación de cierta permanencia al estilo de las administraciones internacionales que se había instalado en los Balcanes (Bosnia-Herzegovina y Kosovo) en la década anterior, sino al modo (Provisional) en que se estaba haciendo en Afganistán, dando paso en cuanto fuera posible a un gobierno local de soberanía limitada, vigilado, protegido y tutelado por las potencias (la Coalición) que, de una u otra forma, aceptase el derrotero que Estados Unidos imprimiera a la situación.

Un objetivo que no parecía difícil ni largo de alcanzar, dado que parecía imperar la sensación en la cúpula política y militar norteamericanas del momento, que se



mostraría errónea con el tiempo, de que las tropas de la Coalición serían recibidas como “libertadoras” y de que el pueblo iraquí asumiría entusiasmado las formas económicas y políticas que se tenía pensando imponerles. De forma que se fueran cumpliendo paulatinamente las prescripciones del ya citado Informe sobre Estrategia Energética Nacional norteamericana de mayo de 2001, y de lo que posteriormente se materializaría en las llamada Iniciativa para un Gran Oriente Próximo. Esta Iniciativa fue presentada en la Cumbre del G8 de finales de ese año 2003, más tarde rebautizada y aligerada, en la cumbre del G8 del siguiente año, 2004, como Iniciativa para el Gran Oriente Próximo y Norte de África ante el malestar causado en gobiernos, dirigentes y poblaciones árabes por su excesivo intrusismo y por la incomprensible extensión del concepto geográfico de Oriente Próximo (Machreq) hasta las costas atlánticas del norte de África (Magreb). Dos tipos de objetivos sincronizados e interdependientes, en los que, una vez más, puede apreciarse la doble finalidad de los objetivos políticos (Iniciativas para el Gran Oriente Próximo): uniformar al mundo a imagen y semejanza del occidental (influencia ideológica “democratizadora”) y crear las condiciones (las regulaciones legales) que permitan insertar las estructuras económicas nacionales y regionales en la estructura económica internacional neoliberal, lo cual beneficia (porque ya son económicamente más poderosos) a las aristocracias financieras y a los países desarrollados.

En enero de 2005, se celebran las primeras elecciones legislativas para la creación de la Asamblea Constituyente, que redactaría la nueva Constitución. Para entonces las tres grandes comunidades del país, los kurdos, los árabes de confesión suní y los árabes de confesión chií, ya parecen estar irreconciliablemente enfrentadas. La invasión angloamericana se encuentra en primer lugar con la resistencia de ciertos grupos suníes nacionalistas y procedentes del antiguo régimen, pero también de diferentes corrientes chiíes (sublevación de principios de 2004), de la que la más conocida y constante ha sido la resistencia política y armada de la facción encabezada por el clérigo Muqtada al-Sadr. La Coalición, sorprendida de no ser recibidos como libertadores, se encuentra con el único apoyo de sus viejos protegidos kurdos, ante lo que tiene que aceptar que no hay salida política sin contar con la mayoría chií del país. La inteligente opción de la máxima autoridad chií del país, el clérigo al-Sistani, consciente de que la mayoría chií acabará imponiéndose aceptando la oferta democratizadora que le ofrece la Coalición, permite iniciar el proceso de normalización que da lugar a las elecciones de enero de 2005 y a la aprobación en referéndum de la

nueva Constitución en octubre de ese mismo año, así como a la constitución de sucesivos gobiernos de amplio espectro, pero en los que siempre se da mayoría chií.

Mientras tanto, hacía su aparición un nuevo tipo de resistencia, que se añadirá, que no unirá, a la de carácter nacionalista (identitarismo eleuterotrópico de resistencia) procedente de los campos suní y chií; es la representada por los grupos islamistas (otra forma de identitarismo eleuterotrópico de resistencia) nacionales o procedentes del exterior y vinculados a al-Qaeda. Parece ser que fue básicamente este tipo de resistencia a la ocupación, religiosamente influida y de confesión suní, la que inició los ataques a las comunidades chiíes, acusadas de colaboracionismo con la ocupación, lo que no deja de tener cierto fundamento ya que la mayoría de los miembros de las nuevas Policía y Fuerzas Armadas creadas y sostenidas por la Coalición son de esta confesión. Todo lo cual, ha dado lugar a la espiral de ataques, represalias y contrarrepresalias —en las que los atentados terroristas juegan un papel preponderante— que constituyen la guerra civil intercomunitaria superpuesta a la librada contra el ocupante, que ni los sucesivos gobiernos iraquíes de soberanía limitada ni sus protectoras, y ocupantes al mismo tiempo, fuerzas de la Coalición saben cómo ganar o cómo acabar y, en consecuencia, cómo será su futuro<sup>372</sup>.

Unos gobiernos iraquíes, que, siguiendo la estela que marcó la Autoridad Provisional de la Coalición, y que los ocupantes impusieron a través de la nueva Constitución, están intentando construir —en nombre del identitarismo legitimador neoliberal— la utopía del más neoliberalmente avanzado, privatizado y desreglado Estado del mundo con la argamasa de una población de cultura árabo-islámica, un nivel de desarrollo medio, acostumbrada a vivir bajo la férula de un régimen autoritario, represivo y benefactor, y convencida de la responsabilidad externa (occidental) de su subordinación histórica; pero, sobre todo, de los sufrimientos padecidos durante los últimos trece años (sanciones)<sup>373</sup>. De nuevo, nadie parece ser capaz de pronosticar cuál será el futuro. El proceso se inició bajo la égida de la Autoridad Provisional de la Coalición, en conjunción con la agencia oficial humanitaria estadounidense USAID y el Banco Mundial, a través del llamado Irak Trust Fund, y apoyándose en gran medida para la ejecución práctica en las compañías estadounidenses Halliburton y Bechtel,

---

<sup>372</sup> SEGURA, Antoni, *¿Quién mueve los hilos?*, Diario *El País* (España) de 16 de abril de 2007.

<sup>373</sup> MARTÍN MUÑOZ, *op. cit.*, pág. 267.

ambas relacionadas con el sector de la defensa (industrias de armamento) y con la provisión de servicios al Departamento de Defensa norteamericano (Pentágono). Las medidas de privatización y desregulación, que fueron primero establecidas por el Decreto 39 de la Autoridad Provisional de la Coalición, que hacía de Irak uno de los países más liberalizados y menos regularizados económicamente del mundo, fueron más tarde literalmente traspuestas a la actual Constitución iraquí de octubre de 2005<sup>374</sup>.

Así pues, lo que en Irak parece estar viéndose en estos momentos es un cratotrópico identitarismo legitimador de la pretendida uniformidad política y económica neoliberal, al que se están oponiendo, de forma no conjunta, sino revuelta, y, por lo mismo, de difícil diferenciación y discriminación, como se ha descrito, dos (eleuterotrópicos) identitarismos de resistencia, el de base nacionalista (eleuterotropismo iraquí y árabe) y el de base islamista (eleuterotropismo islámico) tampoco unitarios, sino multiformes, multicausales y entreverados, convirtiendo así a esta cuarta guerra iraco-angloamericana en un buen ejemplo del aforismo de Castells que está sirviendo de base a este trabajo: «la oposición entre globalización e identidad está dando forma ... (en este caso) a Irak y a la vida de los iraquíes»”, que esta Tesis matizaría como ‘el conflicto político entre el expansionista neoliberalismo globalizador y uniformador y los reconstruidos, *ex profeso* en función de las circunstancias, identitarismos de resistencia (nacionalista, arabista e islamista, en este caso) está dando forma ... (en este caso) a Irak y a la vida de los iraquíes’.

### **5.5.3. Las guerra balcánicas**

Las guerras balcánicas, denominación con la que se pretende abarcar tanto las guerras civiles interyugoslavas, que llevaron a la desintegración de la República Socialista Federativa Yugoslava (RSFY), como las intervenciones armadas del nuevo orden mundial en este territorio a partir de 1992, son un claro ejemplo de cómo causas locales, regionales y mundiales se yuxtaponen de forma que no es posible entenderlas, sin tener en cuenta los tres niveles y su interdependencia. En este sentido es en el que puede afirmarse que el expansionismo neoliberal fue una de sus causas; una, que no la única ni aislable de las demás.

---

<sup>374</sup> BELLO, Walden, *La montée en puissance du complexe “aide et reconstruction”*, Presse International, www.upi.com.

La República Socialista Federativa Yugoslava era el segundo intento de formar un solo Estado-nación con el mosaico de pueblos que constituyen el área geográfica conocida como los Balcanes occidentales, en la que durante siglos habían confluído y se habían enfrentado los Imperios Austro-Húngaro, Ruso y Otomano, además de la República de Venecia, y en la que, en consecuencia, se mezclan y conviven católicos, ortodoxos y musulmanes, de lengua serbocroata, albanesa, magiar o búlgara, entre otras, y sus correspondientes dialectos, habitando zonas con diferente pasado histórico. De hecho, la República Socialista Federativa Yugoslava se autodefinirá como un Estado constituido por «seis repúblicas, cinco nacionalidades, cuatro lenguas, tres religiones, dos alfabetos y un solo partido»<sup>375</sup>. Diversas religiones, lenguas, pasados y ubicaciones geográficas que constituyen el caldo de cultivo idóneo para que en el área puedan darse los más variados tipos de identitarismos imaginables. Tras acogerse la zona durante cerca de un siglo —desde las independencias griega y serbia en 1830 y 1833 a la Primera Guerra Mundial en 1914-1918— a las más virulentas versiones del nacionalismo heredado de su vecina Europa occidental, en noviembre de 1918 se forma el primer intento de unificación yugoslava como Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, bajo la dinastía serbia de los Karagjorgjevic, abarcando ya el territorio que desde 1931 —Monarquía absolutista de carácter parafascista de Alejandro I— se llamará Yugoslavia (y al que incluso hoy, todavía nos referimos como la antigua Yugoslavia).

En esta primera Yugoslavia ya se pueden percibir las dificultades derivadas de la unión, un tanto forzada, de distintos pueblos diferenciados no sólo por los parámetros ya enunciados (religión, lengua, pasados y ubicación geográfica), sino asimismo por los profundos desequilibrios económicos entre unos y otros. Dificultades, entre las que destaca el progresivo enfrentamiento entre el secesionista nacionalismo croata (identitarismo eleuterotrópico de resistencia) y el unitarista nacionalismo serbio (identitarismo cratotrópico legitimador de la “unión de los eslavos del sur”). Un enfrentamiento que presentará su peor manifestación cuando la Alemania nazi invada el país en abril de 1941 (Segunda Guerra Mundial), despiezando el país en tres Estados satélites (Croacia, Serbia y Montenegro) y cediendo grandes partes de él a sus aliados

---

<sup>375</sup> VUKSANOVIC, Aleksandr, LÓPEZ ARRIBA, Pedro y ROSA CAMACHO, Isaac, *Kosovo. La coartada humanitaria*, Ediciones Vosa, Madrid, 2001, pág. 30.

regionales, dando ocasión a los desmanes de sus dos organizaciones más nacionalistas y extremistas, los *chetniks* serbios del general Mihajlovic y los *ustachas* croatas, pero dando lugar, por otra parte, a dos movimientos de resistencia nacionalista y unitarista: el comunista, encabezado por Josip Broz *Tito*, y el monárquico, encabezado por el ya citado general Mihajlovic, que acaba aliándose con los alemanes y perdiendo, en consecuencia, la guerra, cuando éstos la pierdan en 1945.

El régimen, comunista, que impone el mariscal Tito en el país, de nuevo reunificado, no es, sin embargo, un calco del de la Unión Soviética, como el de otros regímenes impuestos en la Europa oriental y central. Desde el punto de vista que interesa a esta Tesis, su principal diferencia era su carácter descentralizado, tanto en lo económico (autogestionario, se autodenominaba), como en lo territorial, que a través de las sucesivas Constituciones del país —que recibiría, primero, el nombre de República Federal Popular de Yugoslavia y, después, el ya mencionado de República Socialista Federativa Yugoslava (RSFY)— de 1946, 1963 y 1974, articula la Federación en seis Repúblicas: Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Serbia, Montenegro y Macedonia, que en la Constitución de 1974 cuentan con un borroso derecho a la secesión<sup>376</sup>, siempre que contasen con el acuerdo de los demás entes territoriales, y dos provincias autónomas dentro de la República de Serbia (para las que no hay mención de ningún tipo de posibilidad de secesión): Voivodina y Kosovo (que se desprende del añadido ‘y Metohija’, con el que se refieren a ella los nacionalistas serbios, como otras veces con la contracción ‘Kosmet’).

La ruptura del régimen del mariscal Tito con la Unión Soviética data de fecha tan temprana como 1948. Una de las razones de esta ruptura fue la enérgica oposición soviética a la propuesta albanoyugoslava de avanzar hacia la creación (y unificación) de una ‘Federación Balcánica’, constituida por Yugoslavia, Albania y Bulgaria. Estos dos últimos países se plegarán a los dictados de Moscú, pero no así la RSFY, ya enfrentada a la URSS en otros ámbitos, debido a la obsesiva tendencia soviética a la intromisión en los asuntos yugoslavos; enfrentamiento que, inevitablemente, le acarreará también el distanciamiento de sus vecinos y correligionarios comunistas, con los que pretendía

---

<sup>376</sup> VUKSANOVIC *et al.*, *op. cit.*, págs. 38 y 39.

avanzar hacia la federación<sup>377</sup>. Aunque el enfrentamiento con el bloque oriental se suaviza a la muerte de Stalin, en 1955, con la visita de su sucesor Jruschov a Belgrado, y el enfriamiento con Albania dará paso a una cierta complicidad cuando ambos países condenen la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, produciéndose la ruptura entre Albania y la URSS, desde la ruptura de 1948, la RSFY va a seguir un original camino entre el este y el oeste, entre el bloque oriental y el occidental, definiendo una de las vías del llamado Movimiento de los No Alineados, del que es uno de los países fundadores en la Conferencia Bandung de 1955. Vía autónoma, que podríamos definir como política y económicamente comunista, pero comercialmente vinculada y dependiente del bloque occidental<sup>378</sup>.

La década de los ochenta del siglo XX comienza para Yugoslavia con la muerte (4 de mayo de 1980) del artífice e icono de la “descentralizada unidad” yugoslava, el mariscal Tito, y con los primeros visos de una crisis económica, debida, en parte, al agotamiento de su propio sistema de autogestión planificada y, en parte, consecuencia, como todas las que por esta época acontecen en el Tercer Mundo, de la crisis económica occidental de los años setenta y de su consiguiente desviación neoliberal, ya ampliamente analizada en otro epígrafe de esta Tesis<sup>379</sup>. La década de los ochenta será para la RSFY «un decenio de zozobra e incertidumbres»<sup>380</sup>

La especial configuración del Estado y de la sociedad yugoslava son la causa de que las tensiones derivadas del agotamiento del fervor yugoslavista, de la crisis económica, y del derrumbe del mundo comunista a finales de la década, se manifiesten mucho más como tendencias y enfrentamientos nacionalistas que como agrupaciones y confrontaciones ideológicas. Las estructuras comunistas en Yugoslavia no desaparecen por enfrentamiento con el partido comunista (Liga de los Comunistas en la RSFY y todas sus entidades territoriales subordinadas), como en la mayoría de los países del hasta entonces bloque oriental, sino por enfrentamiento con el carácter federal del país (en lo que presenta una cierta similitud con lo que ocurriría un poco más tarde en la URSS) y con sus símbolos más característicos, como la Presidencia Federal o el

---

<sup>377</sup> TAIBO, Carlos, *Para entender el conflicto de Kosova*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 1949, pág. 43.

<sup>378</sup> VUKSANOVIC *et al.*, *op. cit.*, págs. 29 a 41.

<sup>379</sup> Ver epígrafe 5.4. La ideología del neoliberalismo, págs. 126 a 130.

<sup>380</sup> TAIBO, *op. cit.*, pág. 56.

Ejército (federal) Popular Yugoslavo (EPY), es decir, por la vía de las tensiones territoriales, y sólo más tarde, dentro de cada una de las divisiones territoriales que se vayan formando, por la vía del enfrentamiento ideológico. Unas tensiones territoriales, a las que no son ajenas el enfrentamiento entre un norte más desarrollado y comercialmente conectado con Europa (Eslovenia, Croacia y ciertas partes de Serbia y Bosnia) y un sur más atrasado y aislado (en 1984, el PIB *per capita* de Eslovenia era, por ejemplo, siete veces el de Kosovo<sup>381</sup>), ni la secular confrontación entre campo (serbios de las Krajinas y Bosnia o croatas de Bosnia) y ciudad<sup>382</sup>; lo que dará lugar a que las élites republicanas de las regiones más prosperas tiendan a “emanciparse” de las rémoras pobres<sup>383</sup>.

Los diferentes nacionalismos, que desharán Yugoslavia y provocarán las guerras internas y las injerencias armadas externas que la caracterizarán durante la década de los noventa, son, por tanto, como identitarismos del cambio de milenio, reconstrucciones de viejos materiales territoriales, históricos y culturales concebidos (racionalizados) para conseguir o conservar supuestas ventajas y privilegios materiales. A las circunstancias históricas del momento se debe que, de todos ellos, al serbio le corresponda el papel de identitarismo de resistencia al dominante nuevo orden mundial, que es lo que trata de mostrar el presente apartado

Las primeras posturas y tendencias secesionistas se empiezan a manifestar, prácticamente, desde la constitución de la Presidencia colegiada y rotatoria que se establece para suceder la incontestada dirección del mariscal Tito, formada por un representante de cada República y de cada provincia autónoma (Kosovo y Voivodina), ocho en total. Eslovenia y Croacia, las regiones económicamente más desarrolladas, comienzan propugnando transformar la Federación en una Confederación de Estados independientes, al tiempo que empiezan a comprar armamento de contrabando, en la idea de transformar a sus policías y Fuerzas de la Defensa Territorial en el embrión de futuras guardias o ejércitos nacionales. Comportamientos que excitarán el nacionalismo serbio, a cuyo frente se erigirá Slobodan Milosevic, aglutinado alrededor de una especie

---

<sup>381</sup> TAIBO, *op. cit.*, pág. 45.

<sup>382</sup> MALCOLM, Noel, *Bosnia. A short history*, Macmillan General Books (Papermac), Londres, 1996, págs. 234 y 235.

<sup>383</sup> TAIBO, *op. cit.*, págs. 46 a 59.

de consigna: ‘una Yugoslavia fuerte implica una Serbia débil’<sup>384</sup>, con la que se pretendía dar a entender que Yugoslavia no era sino una Serbia en la que poblaciones sin entidad propia (bosnios, voivodinos, kosovares, montenegrinos o macedonios) o minoritarias (croatas y eslovenos) adquirirían, por mor de la federalización del país, una capacidad de decisión e influencia que jugaba siempre en detrimento de los intereses de los serbios. Razón por la cual, Serbia, no sólo debería estar dispuesta a conceder la independencia a estos últimos (croatas y eslovenos), sino que la propugnaba y fomentaba, de modo que el resto permaneciese como el unitario país de los serbios, en lo que por entonces se tildaba como la “pequeña Yugoslavia”.

Sin embargo, nacionalismo esloveno y, sobre todo, croata, y nacionalismo serbio diferían en lo que constituyen las concepciones básicas que subyacen a todo el entramado de las crisis yugoslavas. Los primeros, lo que defendían era el derecho a la autodeterminación de las Repúblicas de la República Socialista Federativa Yugoslava, que como ya se ha mencionado disfrutaban, según la Constitución de 1974, de un ambiguo derecho a la secesión: las *narod*, o ‘naciones’ en serbocroata, que se correspondían con las Repúblicas, podían, llegado el caso, formar una ‘entidad estatal’, término ambiguo en el que se sustentaba el derecho a la independencia<sup>385</sup>. El segundo, lo que defendía era el derecho a la autodeterminación de los pueblos (serbios, croatas, etcétera e incluso musulmanes, que accederían a esta categoría en 1967<sup>386</sup>), es decir, de las *narodnost*, o ‘nacionalidades’ en serbocroata, en principio sin correspondencia jurídica clara y, por lo tanto, más interpretable en términos subjetivos de identidad o conciencia nacional. La diferencia entre ambas concepciones no era en absoluto baladí, ya que de que se le adjudicase el derecho de autodeterminación a las *narod* o a las *narodnost*, es decir, a las Repúblicas o a los pueblos, dependía que los serbios de las regiones, republicanamente croatas, de la Krajina o de la Eslavonia, y los serbios del, republicanamente bosnio, este de Bosnia, quedaran absorbidos por estas dos Repúblicas, o pudieran unirse a Serbia, y dependía que territorios como Bosnia-Herzegovina, Macedonia o Montenegro tuviesen o no derecho a la secesión<sup>387</sup>.

---

<sup>384</sup> VUKSANOVIC *et al.*, *op. cit.*, pág. 38.

<sup>385</sup> TAIBO, *op. cit.*, pág. 47.

<sup>386</sup> VUKSANOVIC *et al.*, *op. cit.*, págs. 35 a 37.

<sup>387</sup> VEIGA, Francisco, *Slobo. Una biografía no autorizada de Milosevic*, Debate, Barcelona, 2004, págs. 183, 188 y 189.



En esta disputa, la postura más difícil y controvertida era la del nacionalismo croata, cuya cabeza y figura clave era el presidente croata Franjo Tudjman, ya que defendiendo la legalidad constitucional del derecho a la independencia por Repúblicas, que incluiría en la nueva Croacia independiente los territorios de mayoría serbia de la Krajina o de importante minoría serbia de la Eslavonia, negaba, sin embargo, derecho histórico a la existencia de Bosnia-Herzegovina, basándose en el conocido como Acuerdo de Sporazum de 1938 entre Zagreb y Belgrado, por el que la Herzegovina no era sino un territorio más de la *banovina* (nombre que recibían entonces las entidades territoriales autónomas) de Croacia<sup>388</sup>. Belgrado y Zagreb se pondrán de acuerdo en las reuniones que los presidentes Tudjman y Milosevic celebran en Karadjordjevo (25 de marzo de 1991) y Tikves (15 de abril de 1991) sobre el futuro estatus de Bosnia-Herzegovina, a la que se le negaría el derecho de autodeterminación y sería repartida entre ambos, quedando, como mucho, en suspenso, la posibilidad de un pequeño Estado tampón de bosniacos musulmanes en el centro del territorio<sup>389</sup>. No habrá, sin embargo, acuerdo sobre la Krajina o la Eslavonia, pero tampoco esto tendrá importancia, porque el futuro estatus de todos estos territorios será decidido por los acontecimientos, tal como sucedieron, en gran parte determinados por las intervenciones externas de la entonces Comunidad Europea (CE) y, más tarde, de Estados Unidos.

Como por la Rusia postsoviética y por la Europa central y oriental poscomunista, por la Yugoslavia posttitista rivalizarán dos capitalismoes económicamente competidores, aunque políticamente aliados: el norteamericano, por un lado, y el europeo, especialmente alemán y, en menor medida, italiano, por otra. Históricamente, los Balcanes siempre han sido en la época moderna, un área de expansión e influencia económica germana —e italiana en lo que respecta al sur— que en el caso de Eslovenia, Croacia y Bosnia-Herzegovina se remonta a los viejos tiempos del Imperio Austro-Húngaro anterior a la Primera Guerra Mundial. Como los argelinos, tunecinos y demás emigrantes procedentes de otras colonias francesas respecto a Francia, y como los paquistaníes, hindúes o procedentes de otras antiguas colonias británicas respecto a Gran Bretaña, los emigrantes y refugiados yugoslavos que huyen de las guerras y matanzas de su país en la década de los noventa, tienden a concentrarse en Alemania y Austria (y en los países nórdicos debido a sus generosos programas de acogida). El

---

<sup>388</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 183.

<sup>389</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 179 y 187.

marco se convierte en la década de los ochenta del siglo XX, en toda Yugoslavia, en una moneda tan en curso como el dinar, pero mucho más fuerte, estable y apetecida (al modo de lo que el dólar representa, o ha representado hasta la aparición del euro, en casi todo el Tercer Mundo).

Para compensar esta ventaja inicial, las administraciones norteamericanas se inclinan por establecer una especie de línea de contención al sur de esta área de influencia, tratando de convertirse en los protectores políticos y económicos de Albania, Bulgaria y la desamparada República yugoslava de Macedonia, donde se dará el único caso en la historia en el que Estados Unidos ha aceptado poner unidades militares norteamericanas bajo la bandera de la ONU en el Despliegue Preventivo de las Naciones Unidas en Macedonia. Una línea de contención, a la que más tarde unirán Kosovo, que cumple además otras dos funciones. Por una parte, dar continuidad física terrestre con Turquía, la gran cómplice de Estados Unidos en la OTAN, al menos hasta la llegada de los islamistas democráticos del Partido de la Justicia y el Desarrollo al poder, a la que tantas veces Estados Unidos ha utilizado para condicionar el desarrollo de la Iniciativa Europea de Seguridad y Defensa. Y, por otra parte, aislar a la, todavía por esa época, díscola, en la OTAN y en la Comunidad Europea, Grecia, el único apoyo, por otra parte, que encontrará la “disidente” Serbia en el seno de la Comunidad Europea. Una línea de contención que no deja de recordar a la Federación Balcánica pretendida durante los años cuarenta, a la que anteriormente se ha hecho mención, que fue tajantemente rechazada por la URSS. Las constantes geoestratégicas parecen repetirse, muchas veces independientemente de las circunstancias.

Serán, por tanto, estos factores de rivalidad económica y de intereses geoestratégicos (cratotrópicos) los que estén detrás de la decidida apuesta alemana<sup>390</sup> por la autodeterminación por Repúblicas, arrastrando tras de sí al resto de los países de la Comunidad Europea y que contará, además, por otro tipo de razones, con el aval “espiritual” del Vaticano. Autodeterminación por Repúblicas, que permitía una mejor delimitación de zonas de influencia, al menos iniciales, y acelerar el proceso, obviando y aislando a Serbia, que por sus especiales circunstancias tendía a retrasar la desintegración, para poder llevarla por el derrotero de la autodeterminación por pueblos,

---

<sup>390</sup> VUKSANOVIC *et al.*, *op. cit.*, págs. 44 y 45.

lo que acabará por convertirla en la gran “disidente”, enrocada en un inútil y desesperado identitarismo (nacionalismo) de resistencia. Una apuesta alemana que encuentra su adecuada legitimación racionalizadora en el Acta Final de Helsinki de 1975 sobre Seguridad y Cooperación en Europa, que prescribe la intangibilidad de las fronteras en Europa si no es por consenso y de mutuo acuerdo. Mutuo acuerdo que se considerará validado por la ya citada autorización para este tipo de secesiones de la Constitución de 1974 de la República Socialista Federativa Yugoslava.

Sólo el federal y yugoslavista Ejército Popular Yugoslavo (EPY) pudo haber intentado impedir las iniciales secesiones eslovena y croata y haber evitado, así, la desintegración, pero la reticencia a actuar sin órdenes precisas de la Presidencia o del Gobierno federal de sus principales mandos, educados en ser la punta de lanza de la ‘defensa popular’ y no sus represores, fueron retrasándola hasta que, una vez consumadas las declaraciones de independencia, se le hizo intervenir más en el papel de Ejército serbio que de Ejército federal<sup>391</sup>. Una posibilidad de solución militar a la crisis que se presentaba arriesgada en cualquier caso, como el embajador norteamericano en Belgrado, Warren Zimmermann, se encargaría de advertir al presidente de turno de la Presidencia colectiva, el serbio Borislav Jovic, en enero de 1991<sup>392</sup>, mientras Estados Unidos desarrollaba con excelentes resultados la Operación Tormenta del Desierto sobre Irak, que daría la oportunidad para declarar la instauración de un nuevo orden mundial basado en la *pax americana*.

La solución militar sí apareció como posible, sin embargo, en un solo momento. El 13 de marzo de 1991, el general Kadijevic (de origen croata, por cierto), comandante del Ejército federal, viaja a Moscú, donde el ministro de Defensa soviético, mariscal Dimitri Yazov, le da a entender que en la URSS se está preparando un golpe de timón que cambiará el curso de los acontecimientos y le insinúa la posibilidad de coordinar las dos intervenciones. No puede saberse hasta que punto los principales mandos del Ejército federal estuvieron dispuestos a secundar esta opción, pero, en cualquier caso, quedó invalidada cuando el intento de golpe de Estado en la URSS fracasa en agosto de

---

<sup>391</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 146 a 271.

<sup>392</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 157.

ese año acelerando, en vez de deteniendo, la descomposición de la URSS y el moderado y paulatino proceso de reformas de Gorvachov<sup>393</sup>.

Mientras tanto, los acontecimientos también se han ido acelerando en Yugoslavia. El 14 de marzo de 1991, el representante serbio Borislav Jovic abandona la Presidencia colectiva, de la que en ese momento es el presidente rotatorio, debido a que los representantes de Bosnia-Herzegovina, Kosovo y Macedonia, que hasta entonces habían estado apoyando las posturas serbias, dejando en minoría a Eslovenia y Croacia, empiezan a desmarcarse ante la evidencia de la imposibilidad de mantenimiento de “algún tipo de Yugoslavia” y de la cada vez más clara opción de una “gran Serbia” enmascarada (racionalizada) de “pequeña Yugoslavia”<sup>394</sup>. Inmediatamente seguirán a Jovic los representantes de Montenegro y Voivodina, provocando de hecho la desactivación de la Presidencia colectiva y rotatoria; queda como única autoridad federal el Gobierno de Ante Markovic, el hombre que había empezado a introducir las reformas neoliberales en la República Socialista Federativa Yugoslava, asesorado por el académico y financiero norteamericano Jeffrey Sachs<sup>395</sup>.

Sin Presidencia federal en la que, al menos, tienen voz y voto, desconfiando del Gobierno y de las Fuerzas Armadas (EPY) federales, que de diferente forma y por diferentes razones, tienden a recortarles sus prerrogativas, y sabiéndose respaldadas por algunas potencias europeas, entre ellas la poderosa e influyente Alemania, los Parlamentos de Eslovenia y Croacia proclaman la independencia de sus respectivas Repúblicas el 25 de junio de 1991. El Ejército federal, siguiendo órdenes del Gobierno federal de Markovic, intenta hacerse con las fronteras y aduanas internacionales de Eslovenia con Austria, Italia y Hungría, que reportaban una nada desdeñable cantidad de divisas europeas, ya que por ellas entraba el 75% del comercio exterior yugoslavo<sup>396</sup>, pero se ve paralizado por emboscadas y hostigamientos, mientras personal armado y población civil cercan y asedian sus acuartelamientos en Eslovenia, a los que cortan la luz y el agua, y mientras se amenaza a las familias de sus miembros de origen serbio. Eslovenia, a diferencia de Croacia, había preparado minuciosamente, probablemente con sustancioso asesoramiento y financiación externas, su proyectada independencia.

---

<sup>393</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 170.

<sup>394</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 171.

<sup>395</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 189.

<sup>396</sup> VUKSANOVIC *et al.*, *op. cit.*, pág. 47.

Tenía toda la nueva legislación preparada, las órdenes de activación de la misma redactadas, y contaba con una fuerza de 70.000 personas, en gran parte heredera de la antigua Defensa Territorial yugoslava, bien encuadradas y armadas. La guerra eslovena dura tan sólo diez días y produce nada más que 44 bajas, curiosamente todas ellas del Ejército federal<sup>397</sup>.

Es el momento en el que la diplomacia europea se pone en marcha. «La enseñanza de la experiencia eslovena, que aprenden las demás Repúblicas y Kosovo, fue que el mejor camino para conseguir [apoyo internacional para] la independencia, era crear un conflicto [armado]»<sup>398</sup>; «[El presidente Tudjman sabía] que para recibir las bendiciones diplomáticas occidentales era muy importante presentar a Croacia como una víctima lastimera, una democracia europea avasallada por las hordas comunistas, siguiendo el guión desarrollado por los eslovenos y que tan buenos resultados les había dado»<sup>399</sup>.

El 28 de junio, tres días después de las declaraciones de independencia eslovena y croata, la *troika* comunitaria (Italia, Luxemburgo y Holanda) visita el país. Consigue que se restablezca la Presidencia colectiva, ahora encabezada por el croata Stepan Mesic; que éste ordene al Ejército federal detener sus acciones, alcanzándose el alto el fuego en Eslovenia, que ratificará su independencia, el 4 de julio; y que el presidente serbio Milosevic la acepte y reconozca. La situación en Croacia es absolutamente diferente, en primer lugar, porque Croacia tiene unas zonas de mayoría o importante minoría serbia donde éstos se han organizado militarmente para resistir su anexión a la nueva Croacia<sup>400</sup>; en segundo lugar, porque Croacia no está preparada, ni administrativa ni militarmente, para la independencia; la Defensa Territorial croata, que contaba con un buen número de cuadros de mando y reclutas de origen serbio, había sido desarmada y desarticulada por el Ejército federal, y sólo a partir de estos acontecimientos, y con gran ayuda exterior, logrará construir una Guardia Nacional, que pueda empezar a enfrentarse a las milicias serbias de los territorios en disputa (Krajina y Eslavonia)<sup>401</sup>.

---

<sup>397</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 148 y 207 a 210.

<sup>398</sup> VUKSANOVIC *et al.*, *op. cit.*, págs. 50 y 51.

<sup>399</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 218.

<sup>400</sup> VUKSANOVIC *et al.*, *op. cit.*, págs. 51 a 55.

<sup>401</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 175 a 243.

Para salvar a Croacia, e impedir una cruenta guerra civil en pleno corazón de Europa, en unos momentos en los que el mundo occidental está presumiendo (influencia cultural) de estar alcanzando unos dividendos de la paz solamente posibles a través de su sistema político-económico (fin de la evolución ideológica de la humanidad), que, además, puede provocar una importante oleada de refugiados hacia los estables países de la Comunidad Europea (CE), que se unirían a la fuerte presión migratoria procedente de los antiguos países comunistas, la Comunidad Europea fuerza los Acuerdos de Brioni de 7 de julio de 1991. Acuerdos, por los que se acepta de hecho la independencia eslovena, aunque oficialmente queda en suspenso, como la croata, durante tres meses, para dar tiempo a formalizar acuerdos de detalle, durante los cuales los ingresos aduaneros seguirían engrosando las arcas federales, pero por los que también se fuerza al Ejército federal a confinarse en sus acuartelamientos<sup>402</sup>. Para vigilar el cumplimiento de estos acuerdos y fomentar la convivencia entre comunidades, la Comunidad Europea organiza su primer despliegue de lo que por entonces se empieza a llamar ‘diplomacia preventiva’ y ‘operaciones de establecimiento de la paz’, la Misión de Verificación de la Comunidad Europea (MVCE) en Yugoslavia.

Aunque las escaramuzas entre la Guardia Nacional croata y las milicias serbias de la Krajina y Eslavonia Oriental, apoyadas por milicias correligionarias provenientes de la propia Serbia (o Montenegro), como los Tigres de Arkan o los *seudochetniks* de Seselj, ambos de triste memoria, llevaban produciéndose desde el mes de abril anterior, suele considerarse que la guerra en Croacia, que siguió a la eslovena de finales de junio y primeros días de julio de 1991, comienza el 26 de agosto de ese año —el intento de golpe de Estado anti Gorbachov en la URSS acababa de producirse y acababa de fracasar—, cuando las unidades regulares del Ejército federal apoyan a las milicias del dirigente serbio de Krajina, Martić, en la toma de la aldea-enclave croata de Kijevo, cercana a la capital krajina Knin. El Ejército federal comenzaba a deslizarse por la pendiente de convertirse en el ejército de los serbios. La Guardia Nacional reacciona imitando el modelo esloveno, es decir, cercando y asediando los acuartelamientos del Ejército federal y hostigando a las familias de sus miembros de origen no croata. El Ejército federal contraataca en pinza sobre Croacia, por el norte por Eslavonia, por el sur por Dubrovnik y la Dalmacia, para conectar con la Krajina, arropar a los territorios

---

<sup>402</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 211 y 212.

serbios de Bosnia y dar, así, continuidad a todos los territorios mayoritariamente habitados por serbios. El Ejército federal nunca intentó liberar sus cuarteles en el resto de Croacia, que daba (como a la propia Croacia) por perdidos; sólo liberar los territorios serbios de dicha República, y situarse en condiciones de hacer lo mismo con los de Bosnia-Herzegovina, si, como ocurrió, la de Bosnia-Herzegovina llegase a ser la tercera guerra “para atraer la atención internacional”<sup>403</sup>.

Como en Eslovenia, los combates en Croacia disparan la acción europea. Hay que contraponer la presión diplomática (influencia ideológica y presión económica) a la superioridad militar del Ejército federal y evitar así su más que probable victoria militar. El 7 de septiembre, la Presidencia de turno de la Comunidad Europea, a cargo de Holanda, convoca una Conferencia Internacional sobre Yugoslavia en La Haya presidida por el diplomático británico Lord Carrington, a la que son invitados la Presidencia federal yugoslava y su Gobierno, así como los seis presidentes de las Repúblicas; con lo que Bruselas escenifica su apuesta: se trata de mediar en las disputas, y evitar el enfrentamiento armado, entre siete actores equivalentes, seis Repúblicas y una Federación, a la que, de esta forma, se le da a entender que está condenada a desaparecer.

Como en cualquier caso había que mantener las formas (racionalización), es decir, las prescripciones sobre la no alteración de fronteras en Europa sin consenso, el Plan Carrington, que resulta de esta Conferencia, es una propuesta de Confederación “a la carta”, en la que cada República podría escoger el grado y forma de su vinculación con ella, incluida la opción de ningún vínculo, siempre y cuando se estableciesen garantías constitucionales para las minorías (es decir, opción de derecho de autodeterminación por Repúblicas y no por pueblos). A lo que se añaden, tentadores paquetes de ayudas y créditos, proporcionales al grado de aceptación de las propuestas y reglas europeas, y de sanciones para quien se “desviara” de ellas (chantaje económico). A pesar de lo cual, Serbia, en nombre de su cada vez más rígido nacionalismo (identitarismo), se negara a aceptar el Plan, empezando a convertirse en “disidente” (de resistencia) del nuevo orden mundial que se está instaurando<sup>404</sup>. Como lo expresará, con

---

<sup>403</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 222 a 242.

<sup>404</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 224 a 242.

rotundidad, el presidente serbio Slobodan Milosevic a la periodista Laura Silber: «si los croatas tienen derecho a la secesión, los serbios también»<sup>405</sup>.

Pero para entonces, ya se está empezando a propagar (influencia ideológica) la versión (efecto CNN) de la opción germano-europea, aceptada de momento, a la espera de su oportunidad, por Estados Unidos, de que el problema yugoslavo es un problema de represión del Ejército Popular Yugoslavo (EPY) sobre los pueblos esloveno y croata (como más tarde sobre los bosnios y los albanokosovares). Las destrucciones de la monumental ciudad de Dubronik y el terrible asedio y destrucción de la ciudad eslavona de Vukovar aparecerán constante y repetidamente en diarios, telediarios y análisis de especialistas, pero sus equivalentes en los pueblos serbios de la Krajina y Eslavonia sólo aparecerán en los informes de los organismos del sistema de las Naciones Unidas o de ciertas ONG, de escasa audiencia en políticos y opinión pública<sup>406</sup>.

Estabilizados los frentes, la guerra, que no las escaramuzas ni lo que se empezará a conocer como “limpieza étnica”, puede considerarse finalizada con el acuerdo de alto el fuego alcanzado en Ginebra el 23 de noviembre de 1991, auspiciado por la Comunidad Europea. Aunque el auténtico alto el fuego (armisticio) no llegaría hasta que el general yugoslavo Rasetta y el ministro de Defensa croata Susak se reúnan en Sarajevo el 2 de enero de 1992. En principio, los serbios quedan en una situación favorable, ya que mantienen bajo el control de sus milicias, apoyadas por el Ejército federal, sus territorios en Croacia, lo que les permite proclamar la República Serbia de la Krajina (RSK) el 19 de diciembre. El acuerdo de Ginebra de 23 de noviembre levantará los obstáculos para que el Consejo de Seguridad pueda dictar la Resolución 724 el 15 de diciembre de 1991, por la que se acuerda el despliegue de una operación de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas, cuando se den las «condiciones necesarias»<sup>407</sup>. Una Resolución con la que se pretendía complementar la 713, acordada tres meses antes, para establecer «un embargo general y completo de todas las entregas de armamentos y pertrechos militares a Yugoslavia»<sup>408</sup>. Un embargo, que a estas alturas, nadie parece estar dispuesto a cumplir.

---

<sup>405</sup> SILBER, Laura, *The death of Yugoslavia*, Documental de la BBC, 1995.

<sup>406</sup> VUKSANOVIC *et al.*, *op. cit.*, págs. 51 a 55.

<sup>407</sup> Resolución 724 (1991) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de 15 de diciembre.

<sup>408</sup> Resolución 713 (1991) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de 25 de septiembre.



El posterior acuerdo de Sarajevo el 2 de enero de 1992 entre el general Raseta y el ministro Susak permitirá poner en marcha estas previsiones mediante las Resoluciones 743, que establece<sup>409</sup>, y 749, que autoriza<sup>410</sup> el despliegue de una Fuerza de Protección de las Naciones Unidas —que será comúnmente conocida como UNPROFOR o FORPRONU, según se emplee su sigla inglesa o francesa<sup>411</sup>— en cuatro Áreas Protegidas (UNPA en sus siglas en inglés): Krajina norte (UNPA norte), Krajina sur (UNPA sur), Eslavonia occidental (UNPA oeste) y Eslavonia oriental (UNPA este)<sup>412</sup>. Una operación de mantenimiento de la paz, que debería sustituir en los territorios serbios de Croacia al Ejército Popular Yugoslavo, que tendría que retirarse, con objeto de crear las condiciones para una resolución pacífica y una negociación efectiva de los contenciosos yugoslavos.

Para que cuando lleguen estas fuerzas, no lo hagan a un territorio en disputa sino a un territorio ocupado, Alemania, espiritual y diplomáticamente apoyada por el Vaticano, reconoce a Eslovenia y Croacia el 23 de diciembre de 1991 como Estados soberanos e independientes, configurados por los territorios de las hasta entonces Repúblicas yugoslavas<sup>413</sup> —sólo tras esta medida de presión, Zagreb y Belgrado aceptaron ratificar en Sarajevo (2 de enero) el armisticio de Ginebra (23 de noviembre)—, culminando, así, la serie de movimientos tendentes a consolidar su esfera de influencia en la mitad norte de los territorios yugoslavos<sup>414</sup>. Poco después, el resto de los países europeos y Estados Unidos seguirían su ejemplo. El precipitado y unilateral reconocimiento alemán provocaría la dimisión del primer ministro federal Ante Markovic, en cierto modo el “hombre de Estados Unidos” en el confuso panorama político yugoslavo<sup>415</sup>.

El Cuartel General de la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas no se instala en territorio croata, sino en la capital bosnia, Sarajevo. De hecho, los primeros escarceos de la tercera guerra “para atraer la atención internacional” en Bosnia-Herzegovina ya habían empezado, y la Secretaría General de las Naciones Unidas,

---

<sup>409</sup> Resolución 743 (1992) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de 21 de febrero.

<sup>410</sup> Resolución 749 (1992) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de 7 de abril.

<sup>411</sup> UNPROFOR, *United Nations Protection Force*. FORPRONU, *Force de Protection des Nations Unies*.

<sup>412</sup> UNPA, *United Nations Protected Area*

<sup>413</sup> VUKSANOVIC *et al.*, *op. cit.*, pág. 52..

<sup>414</sup> TAIBO, *op. cit.*, pág. 65 y VEIGA, *op. cit.*, págs. 248 a 253.

<sup>415</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 248.

quizás, pretendió enviar con esta ubicación, el mensaje subliminal de que se estaba en condiciones de actuar más rápida y eficazmente para atajar la violencia en este territorio, incluso por medios coercitivos si fuese necesario, de lo que se había podido hacer hasta ese momento. O, como lo definirá uno de los representantes militares de las Naciones Unidas en ese momento sobre el terreno, para poder «calmar la situación» en Bosnia-Herzegovina, añadiendo, no obstante, «a pesar de las objeciones de los consejeros militares, incluyéndome a mí mismo»<sup>416</sup>. Bosnia-Herzegovina iba a ser un Estado independiente y unido porque así había sido ya decidido por los tres países de la pentarquía dominante del Consejo de Seguridad, Estados Unidos, Reino Unido y Francia, que estaban estableciendo el nuevo orden mundial, con una Rusia en esos momentos (primera mitad de 1992) implicada en un complicado proceso de transformaciones políticas y económicas, excesivamente dependientes de los países occidentales, como para oponerse, y una China absorta en su proceso de transformación económica del socialismo al capitalismo de Estado, para la que los conflictos yugoslavos sólo representaban lejanas trifulcas entre nacionalismos localistas, consecuencia del hundimiento del comunismo en Europa.

Las primeras elecciones multipartidistas se habían celebrado en Bosnia-Herzegovina en noviembre de 1990, y en ellas habían triunfado, como, desde entonces, ha sido una constante en todas las elecciones celebradas, los tres partidos nacionalistas correspondientes a cada una de las tres principales comunidades del territorio, el Partido de Acción Democrática, SDA, en las zonas de mayoría bosniaca (bosnios musulmanes), el Partido Democrático de Serbia, SDS, en las zonas de mayoría serbobosnia, y la Unión Democrática Croata, HDZ, en las de mayoría bosniocroata, correspondiéndole el puesto de presidente de la República al dirigente de los bosniacos Alia Izetbegovic. De las tres comunidades, sólo la bosniaca propugnaba la independencia de Bosnia-Herzegovina como Estado soberano secesionado de Yugoslavia.

En este contexto, el 15 de octubre de 1991, el Parlamento de Bosnia-Herzegovina, sin la presencia de los diputados serbobosnios, que lo abandonan tras una maratónica sesión, rechaza continuar en la República Socialista Federal de Yugoslavia, optando por la vía soberanista, la indivisibilidad del territorio y la intangibilidad de las

---

<sup>416</sup> MACKENZIE, Lewis, *Peacekeeper. The road to Sarajevo*, Douglas&McIntyre, Vancouver, 1993, pág. xvii.

fronteras, a lo que los serbobosnios contestarán con la constitución de un Parlamento propio una semana después (24 de octubre), que proclama su voluntad de continuar siendo parte de la República Socialista Federal de Yugoslavia, y con un referéndum en sus distritos el 9 y 10 de noviembre, en el que se opta por la secesión de una Bosnia-Herzegovina independiente. Los bosnioscroatas proclamarán la Región Autónoma de Herzeg-Bosna el 18 de noviembre. Un mes después (diciembre de 1991) se produce «el reconocimiento de la independencia croata debido a la presión alemana, el acontecimiento que activa la cuenta atrás para la guerra [en Bosnia] »<sup>417</sup>

Mientras tanto, el conflicto político, la progresiva fractura entre las tres comunidades del pequeño territorio bosnio continúa —recuérdese a Clausewitz, los conflictos armados son solamente una expresión, una de las fases o etapas del conflicto político—. El presidente bosnio, Izetbegovic, convoca un referéndum el 29 de febrero y el 1 de marzo de 1992 para ratificar la decisión parlamentaria de independencia del octubre anterior. Los serbobosnios no votan, sabiendo que la fórmula un hombre, un voto, de forma unitaria en toda Bosnia-Herzegovina, les perjudicaba, y alegando (racionalización) que ellos ya habían llevado a cabo su propio referéndum el 9 y 10 de noviembre anterior como, insistirán, “los eslovenos habían hecho en 1990 frente a los comicios de carácter federal”. El 18 de marzo, los tres dirigentes nacionalistas de Bosnia-Herzegovina firman en Sarajevo, a instancias del nuevo mediador, el diplomático portugués Cutilhero, una declaración de principios que definía la República de Bosnia-Herzegovina como un Estado compuesto por tres entidades nacionales constitutivas, es decir, una Confederación, que, aunque no se establecía explícitamente, cualquiera de las entidades podría haber abandonado sin demasiados obstáculos formales. Es decir, de alguna forma, la fórmula acordada por Milosevic y Tadjman en Karadjordjevo y Tikves el año anterior, lo que podía haber evitado la tercera guerra “para atraer la atención internacional”.

Pero cuestionado por su propio partido y «cabe la posibilidad de que también por el embajador norteamericano en Belgrado, Warren Zimmermann», ya que «por entonces, en las cancillerías occidentales, muy presionadas por los medios de comunicación y los líderes de opinión, predominaba la idea [...] obsesivamente

---

<sup>417</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 260.

enfaticada por los alemanes [...]» de que la fórmula yugoslava había sido un fracaso incluso desde 1919, por lo que era absurdo crear una nueva versión de la Yugoslavia federal en Bosnia-Herzegovina, Izetbegovic se desdice públicamente del compromiso en pocas horas<sup>418</sup>. El Plan Cutilhero, el tercero que la Comunidad Europea intentaba aplicar en Yugoslavia en menos de un año, nació muerto como los dos anteriores. Estados Unidos empezaba a jugar la baza musulmana, que creía que tan provechosa le estaba resultando en Oriente Próximo y Afganistán a estas alturas de 1992, para hacerse su hueco en la almoneda de los Balcanes.

El 6 de abril de 1992, cuando los incidentes armados entre serbios y bosnios, y los asesinatos de miembros de la otra comunidad, llevan varios días sucediéndose, y la Guardia Nacional croata acaba de tomar la población bosnia de Slavonski Brod, Bruselas y Washington reconocen formalmente a la República de Bosnia-Herzegovina como un Estado soberano. La tercera guerra había empezado y la atención de Occidente no sólo había sido atraída, sino que éste había tomado partido<sup>419</sup>. Estaba previsto que en esa misma fecha se reconociese también a la República de Macedonia, la única que, con Eslovenia, cumplía todos los requisitos constitucionales establecidos por la llamada Comisión Badinter para poder ser reconocida por la Comunidad Europea, y por el Plan Carrington, y donde (todavía) no habían estallado combates entre las distintas comunidades. Pero la oposición griega, justificada (racionalizada) por un formalismo por el nombre de 'Macedonia', igual al de una región del norte de Grecia, lo impidió<sup>420</sup>. En cualquier caso, sería reconocida por la Comunidad Europea poco después, bajo el complicado nombre de Antigua República Yugoslava de Macedonia (ARYM).

A los pocos días de este nuevo reconocimiento internacional de Bosnia-Herzegovina, estallan los conflictos entre comunidades (Banja Luka, Bosanski Brod y Mostar) y en las siguientes semanas, la guerra a tres bandas se generaliza en toda Bosnia-Herzegovina y poco a poco se va oficializando la disgregación política del nuevo Estado. Serbia y Montenegro crean la nueva República Federal Yugoslava (RFY), que no será internacionalmente reconocida hasta 1995, y los serbobosnios la República Srpska, estableciéndose formalmente la ficticia desvinculación entre el

---

<sup>418</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 264 y 265.

<sup>419</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 290 a 292.

<sup>420</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 271.

Ejército de la República Srpska (ERS), bajo el mando del general Ratko Mladic, que hereda la mayor parte del armamento, equipo e instalaciones del Ejército federal en Bosnia-Herzegovina, y éste, que se retira a la nueva República Federal Yugoslava. Todos los cuadros de mando y reclutas serbobosnios del Ejército federal serían transferidos al nuevo Ejército de la República Srpska, lo que probablemente se llevó a cabo en términos generales, y todos los cuadros de mando y reclutas no serbobosnios serían retirados del Ejército de la República Srpska, lo que no es tan seguro que se llevara a cabo de forma completa. Por su parte, los bosniocroatas crean la Comunidad Croata de Herzeg-Bosna, dominada por la Unión Democrática Croata (HDZ), el mismo partido que gobierna en Zagreb, a la que dotan del Consejo de Defensa Croata, articulado sobre las previas milicias bosniocroatas conocidas como Fuerzas Paramilitares Croatas, entrenadas en la anterior guerra contra los serbios de la Krajina y Eslavonia. Para completar el cuadro, el nuevo Estado bosnio también crea sus propias Fuerzas Armadas, construidas sobre la antigua Defensa Territorial yugoslava, la Liga Patriótica de Sefer Halilovic y los conocidos como Boinas Verdes, a la que posteriormente se irán uniendo combatientes internacionalistas procedentes del mundo islamista<sup>421</sup>, las denominadas Brigadas Azzam<sup>422</sup>. Este Ejército creado por el Gobierno de Sarajevo es el que acabará siendo conocido por la traducción serbocroata de la palabra ejército: 'Armija'.

De estos tres ejércitos, Armija, ERS y Consejo de Defensa Croata, que combatirían en Bosnia-Herzegovina a lo largo de tres años (abril de 1992 a septiembre de 1995), el Ejército de la República Srpska es el que contaba con mayor capacidad de combate, por haber heredado la mayor parte del armamento, equipo y cuadros de mando que el Ejército Popular Yugoslavo federal había dejado en Bosnia-Herzegovina tras su retirada; una superioridad que, sin embargo, se irá paliando a lo largo de la guerra debido a la dificultad de reclutamiento entre la escasa población serbobosnia y al incremento de la potencia de combate de sus adversarios como consecuencia del contrabando de armas, fundamentalmente a través de Croacia, a pesar del embargo, impuesto por la ya citada Resolución 713 de septiembre de 1991, y de la vigilancia impuesta por las operaciones navales en el Adriático y fluvial del Danubio de la OTAN y de la Comunidad Europea.

---

<sup>421</sup> MALCOLM, *op.cit.*, págs. 235 a 252.

<sup>422</sup> BRUCE, James, *Arab veterans of the Afghan War*, Jane's Intelligence Review, abril de 1995.

Esta superioridad inicial será, sin embargo, la razón (racionalización) que aduzca Estados Unidos para solicitar a lo largo de toda la contienda el levantamiento para Bosnia-Herzegovina del embargo de armamento y material militar para toda Yugoslavia establecido por la Resolución 713, alegando que Bosnia-Herzegovina es un nuevo Estado al que no tienen por qué serle aplicadas las sanciones contra un país, Yugoslavia, al que ya no pertenece y que, además, tiene derecho a defenderse del ataque externo que está sufriendo, identificando de cara a la opinión pública (racionalización esoconsciente) serbios con serbobosnios, Ejército de la República Srpska con Ejército Popular Yugoslavo y República Srpska con Serbia<sup>423</sup>. Y es la razón por la que Estados Unidos, ya convertido en el gran patrocinador del Gobierno de Sarajevo, y cada vez más influyente en el de Zagreb, forzará, en marzo de 1994, el conocido como Acuerdo de Washington, por el que se crea la Federación croato-musulmana como entidad opuesta (en la guerra) y complementaria (dentro de la unitaria Bosnia-Herzegovina) a la República Srpska, y se cede la administración provisional de la ciudad de Mostar, el punto más conflictivo del enfrentamiento entre croatobosnios y bosniacos musulmanes a la Comunidad Europea, ya para entonces transformada en Unión Europea (UE) desde noviembre de 1993 por el Tratado de la Unión Europea o de Maastrich de febrero de 1992. El Acuerdo de Washington llevaba implícito el alto el fuego y la futura colaboración entre la Armija y el Consejo de Defensa Croata en contra del cada vez más debilitado Ejército de la República Srpska.

Como ya se ha mencionado, Estados Unidos ha empezado a jugar la baza musulmana, que creía que tan provechosa le estaba resultando en Oriente Próximo y Afganistán a estas alturas de 1992, para hacerse su hueco en la almoneda de los Balcanes. La Armija, a pesar de los reiterados lamentos de numerosas instituciones, medios de comunicación y ONG, que consideran desamparados al gobierno de Sarajevo y a los musulmanes bosnios, nunca dejará de recibir, por diferentes vías y sistemas, armamento, municiones y pertrechos a lo largo de los tres años de guerra<sup>424</sup>, excepto únicamente en lo relativo al armamento pesado (carros de combate, artillería o vehículos blindados) debido a la dificultad de introducirlo de contrabando sin ser detectado.

---

<sup>423</sup> MALCOLM, *op.cit.*, pág. 249.

<sup>424</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 331.

Pero volviendo a la primavera de 1992, donde habíamos dejado la secuencia de acontecimientos tras el reconocimiento euro-americano de la independencia bosnia, las potencias occidentales, ante la generalización de la guerra en el territorio y la evidencia de que el mucho mejor pertrechado y entrenado Ejército de la República Srpska tiene las mayores posibilidades de ganarla, deciden seguir interviniendo. Por un lado, se inicia la presión política, retirando a sus embajadores de Belgrado (el 15 de mayo de 1992 los de la Comunidad Europea y, al día siguiente, 16, se retira el norteamericano) y, aprovechando que en esos meses el Reino Unido preside la Comunidad Europea, en agosto de ese mismo año se convoca una Conferencia Internacional en Londres, desde la que se pretende teledirigir la resolución de los contenciosos yugoslavos. Por otro lado, se abre el frente de las Naciones Unidas; el Consejo de Seguridad, bajo el auspicio de sus tres miembros permanentes occidentales, Estados Unidos, Reino Unido y Francia, declara a Serbia y Montenegro los principales culpables de la guerra en Bosnia-Herzegovina (Resolución 757 de 30 de mayo de 1992) y en agosto (Resolución 770) «actuando bajo el capítulo VII de la Carta» autoriza a los Estados miembros de las Naciones Unidas «actuando individualmente o a través de organizaciones o acuerdos regionales» (empieza a utilizarse un lenguaje que permita intervenir a la UEO o a la OTAN) a utilizar la fuerza para «facilitar la distribución» de la asistencia humanitaria (en Bosnia-Herzegovina).

Como la fuerza de la Unión Europea Occidental (UEO) para la que, al parecer, se adoptó la Resolución, no pudo finalmente ser desplegada<sup>425</sup>, debido al obstruccionismo norteamericano y de algunos países europeos y a la falta de voluntad política de otros para superar este obstruccionismo, la autorización para el uso de la fuerza fue transferida a la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas, hasta entonces sólo desplegada en la ciudad de Sarajevo, como ya se ha mencionado, por la Resolución 776 (1992) de 14 de septiembre, que ampliaba su Mandato (y su entidad) a todo el territorio de Bosnia-Herzegovina. Se inicia así un juego de indecisiones, rivalidades y riesgos calculados del que la única víctima real será la población de Bosnia-Herzegovina. Un juego con el que no se deja que la República Srpska gane la guerra y

---

<sup>425</sup> Manual de Operaciones de Paz de la Dirección General de Política de Defensa del Ministerio de Defensa, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, Madrid, julio de 1993 (1ª edición), págs. 161 y 162.

establezca su propia solución: una República Srpska independiente abarcando la mayor parte del territorio; una Comunidad croata asimismo independiente y, como la República Srpska, con la posibilidad de unirse a su Estado madre, Croacia para los bosniocroatas y Serbia para serbiobosnios; y un pequeño Estado tampón intermedio para los bosniacos (musulmanes). Pero, tampoco, se tomará la decisión de utilizar la fuerza para imponer un Estado unitario a pesar de la oposición de más del cincuenta por ciento de la población (bosniocroatas y serbobosnios), como se hará, sólo tras tres años de sufrimientos y “limpiezas étnicas”, cuando Estados Unidos considere que se dan las condiciones para imponer la solución más adecuada a sus intereses geoestratégicos (cratotropismo).

El primer paso para compensar la superioridad militar del Ejército de la República Srpska, que en el ámbito aéreo es total, ya que es la única fuerza armada en liza que cuenta con medios aéreos de cierta importancia, se da con la Resolución 781 (1992) de 9 de octubre, que prohíbe los vuelos militares que no sean de Naciones Unidas sobre Bosnia-Herzegovina y encarga a su Fuerza de Protección la vigilancia e inspección de esta prohibición. Sin embargo, iniciando la tónica que el Consejo de Seguridad seguirá a lo largo de todo el conflicto, asigna esta nueva misión a la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas, sin dotarla de los medios necesarios para poder llevarla a cabo. La Fuerza de Protección jamás tuvo medios aéreos de combate. La solución, que el Consejo de Seguridad adopta ante la inoperancia que esta situación conllevaba, fue la de autorizar a los Estados miembros (Resolución 816 de 3 de marzo de 1993) a que sean ellos los que ejerzan, «actuando individualmente o a través de organizaciones o acuerdos regionales», la misión que la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas no podía cumplir, porque esos mismos Estados miembros se negaban a proporcionarle los medios (aéreos) que le eran necesarios para cumplimentarla.

Como no podía ser de otra manera, la organización encargada de sustituir a la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas en el control del espacio aéreo bosnio fue la OTAN (Operación de Denegación de Vuelos o *Deny Flight*). Con ello, Estados Unidos y las fuerzas más atlantistas que europeistas de la propia Europa —más numerosas e influyentes de lo que muchos analistas están dispuestos a aceptar, especialmente en países como el Reino Unido u Holanda, pero no solamente— conseguían varios objetivos.



En primer lugar, dotar a la OTAN de una nueva y buena razón (racionalización) para seguir existiendo en un momento en el que la desaparición del Pacto de Varsovia y de la Guerra Fría parecía haberla dejado sin razón de ser. No en vano, la propia OTAN ya se había encargado de alertar en el Concepto Estratégico, aprobado en la Cumbre de Roma de diciembre de 1991, que «los riesgos que amenazan a la Alianza [...] se derivan de la inestabilidad creada por [...] rivalidades étnicas y disputas territoriales [...] a las que se enfrentan muchos países de Europa Central y Oriental», y en su Cumbre de Oslo, de tan sólo seis meses después (junio de 1992), «se ofreció a prestar sus recursos militares [a las Naciones Unidas o a la Organización para la Seguridad y la Confianza en Europa, OSCE], previo estudio individual de cada caso, en operaciones de mantenimiento de la paz [...] que rebasasen el ámbito geográfico fijado por el artículo VI del Tratado del Atlántico Norte»<sup>426</sup>. La operación en Bosnia-Herzegovina daba la oportunidad de demostrar en la práctica esta “necesidad” de la OTAN.

En segundo lugar, Estados Unidos y los países contrarios a la constitución de una defensa europea independiente, lograban neutralizar la revitalización de la Unión Europea Occidental (UEO), a la que, no sólo no se le permitió dirigir la operación terrestre, sino que tampoco se le permitía organizar la aérea, quedando reducida su participación a la constitución de una operación policial en el río Danubio y otra naval en el mar Adriático (Operación Barrera Infranqueable) para la vigilancia del embargo, ambas de poca visibilidad mediática y política; aun así, la naval sólo fue un apéndice de su gemela de la OTAN (Operación Estrecha Vigilancia) hasta que la retirada estadounidense del embargo para favorecer al Gobierno de Sarajevo, la dejó como única vigilancia en el Adriático.

Y, por último, y en tercer lugar, se lograba así evitar lanzar a una OTAN todavía política y militarmente inexperta en este tipo de operaciones al avispero yugoslavo, sobre el que no parecía haber ni siquiera consenso entre los países occidentales sobre cuál debía ser la solución definitiva. Se prefirió quemar el prestigio y la credibilidad de las Naciones Unidas con el íterin de la Fuerza de Protección a quemar los de la OTAN, que sólo acabaría actuando cuando todas las circunstancias estuvieran ya maduras. A

---

<sup>426</sup> HERNÁNDEZ DELGADO, Fernando, *Historia de la OTAN. De la Guerra Fría al intervencionismo humanitario*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, págs 209 a 212.

pesar de que, lo que hace la historia un tanto incomprensible, el mando militar, así como la mayoría de las unidades (y de las bajas), de la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas eran básica y fundamentalmente europeos y, en consecuencia, el fracaso de esta Fuerza siempre se ha asociado a un fracaso europeo<sup>427</sup>.

La Fuerza de Protección, como operación de mantenimiento de la paz, estaba, en cualquier caso, condenada al fracaso, porque el Consejo de Seguridad había obviado tener en cuenta, para su creación, uno de los parámetros básicos en los que, hasta entonces, se había basado este tipo de operaciones desde sus primeros balbuceos en la década de los cuarenta: el consentimiento de todas las partes en el conflicto, no sólo a la mediación de las Naciones Unidas, sino al propio despliegue de sus fuerzas en sus respectivos territorios. Es decir, como su propio nombre indica, las operaciones de mantenimiento de la paz, tanto las de primera generación o de interposición entre ejércitos regulares, como las posteriores a la Guerra Fría en la llamada época de los dividendos de la paz o de segunda generación entre las distintas facciones de una guerra civil, se desplegaban para ‘mantener’ (ayudar a que se mantuviera) una paz que ya había sido previamente acordada por todas las partes en conflicto. Pero en la Bosnia-Herzegovina de 1992 (como en la de 1993, en la de 1994 o en la de 1995) no había ningún acuerdo de paz que mantener, sino más bien una decidida voluntad de todas las partes por continuar la guerra hasta ganarla. Y no todas las partes, concretamente los serbobosnios, estaban de acuerdo con que la Fuerza de Protección estuviera desplegada en el territorio de Bosnia-Herzegovina, razón por la cual ésta sólo desplegaba en las zonas croata y musulmana, pero no en las que constituían la República Srpka. De forma que la Fuerza de Protección que el Consejo de Seguridad había oficialmente creado para “proteger” la ayuda humanitaria, en la realidad se transformó en la fuerza que (en cierta forma) protegía a dos de las tres partes contendientes, a los croatas y a los bosniacos. Como, de la misma forma, pero en sentido contrario, su antecesora en las Áreas Protegidas croatas, ahora transformada en la Operación de las Naciones Unidas en Croacia (ONUCRO), protegía a los serbios de la Krajina y Eslavonia del asalto final croata, que, en cualquier caso, acabaría produciéndose.

---

<sup>427</sup> BOUTROS-GHALI, Boutros, *Unvanquished. A U.s.-U.N. saga*, Random House, Nueva York, 1999, págs. 45 y 83 a 92.

Además, como ya se ha apuntado, tampoco parecía haber voluntad política, ni en Washington ni en algunas otras capitales europeas, de que el final de la guerra de Bosnia-Herzegovina viniese de la mano de la Fuerza de Protección, es decir, de las Naciones Unidas. Ésta sólo era un compás de espera, aunque eso sí, de muy difícil manejo, ya que Bosnia-Herzegovina se había convertido en el tema estrella de los medios de comunicación (efecto CNN). Por ello, el Consejo de Seguridad continuó incrementando las misiones y cometidos de la Fuerza de Protección, sin dotarla de los medios necesarios para llevarlos a cabo. La llamadas ‘áreas seguras’ son el mejor ejemplo. Las áreas seguras fueron creadas en Bosnia-Herzegovina por las Resoluciones 891 (16 de abril de 1993), 824 (6 de mayo de 1993) y 836 (4 de junio de 1936) en las ciudades «y sus alrededores» de Sarajevo, Srebrenica, Zepa, Gorazde, Tuzla y Bihac para que estuvieran «libres de ataques armados y de cualquier otro acto hostil»<sup>428</sup>, encargándose de ello a la Fuerza de Protección, que debía, «actuando bajo el capítulo VII de la Carta [...] tomar todas las medidas necesarias, incluido el uso de la fuerza [...] para repeler los bombardeos o incursiones armadas contra las áreas seguras»<sup>429</sup>. Pero, como informará más tarde el secretario general de las Naciones Unidas a la Asamblea General, «el Consejo de Seguridad, aunque actuando bajo el capítulo VII de la Carta, no había proporcionado a UNPROFOR ni recursos ni mandato para imponer su Mandato a las partes, sino que solicitó al secretario general que “con objeto de comprobar la situación humanitaria en el área segura, se tomen inmediatamente medidas para incrementar la presencia de UNPROFOR”»<sup>430</sup>.

Este era el tipo de “recursos” que la Secretaría General de las Naciones Unidas y su Fuerza de Protección conseguían del Consejo de Seguridad, después de recibir tan ambiciosos mandatos, y después de que el secretario general, los copresidentes de la Conferencia Internacional sobre la Antigua Yugoslavia, señores Cyrus Vance (por las Naciones Unidas) y David Owen (por la Comunidad Europea) y los mandos militares de la Fuerza de Protección (la mayoría generales europeos, por cierto) advirtieran que establecer ese tipo de situaciones, en el contexto de Bosnia-Herzegovina, exigía «el consentimiento de todas las partes» (que los miembros del Consejo de Seguridad nunca llegaron a conseguir), «su desmilitarización previa» (lo que no aceptó nunca el

---

<sup>428</sup> Resolución 824 (1993) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de 6 de mayo.

<sup>429</sup> Resolución 836 (1993) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de 4 de junio.

<sup>430</sup> Informe del secretario general de las Naciones Unidas a la Asamblea General *La caída de Srebrenica* (A/54/59) de 15 de noviembre de 1999, párrafo 56, págs. 19 y 20.

Gobierno de Sarajevo), «un substancial incremento de efectivos de UNPROFOR» (que nunca proporcionaron los Estados miembros, menos que ninguno Estados Unidos, que no llegó a participar nunca en la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas) y «una capacidad de combate que no se correspondía con la dotación de operación de mantenimiento de la paz que tenía UNPROFOR» (que tampoco fue proporcionada por los Estados con tropas en ella, entre ellos los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, Reino Unido, Francia y Rusia)<sup>431</sup>.

No hay que olvidar que casi simultáneamente con el despliegue de esta Fuerza de Protección de las Naciones Unidas en Bosnia-Herzegovina, Estados Unidos está desplegando en Somalia, en diciembre de 1992, una *United Task Force* (UNITAF) en apoyo de la Operación de las Naciones Unidas en aquel país (ONUSOM). Solamente seis meses después, en mayo de 1993, coincidiendo en el tiempo con la creación de áreas seguras en Bosnia-Herzegovina, Estados Unidos se retira de Somalia tras el humillante incidente de las dotaciones de sus helicópteros derribados arrastrados por las calles de Mogadiscio, por quienes eran tildados de “simples señores de la guerra locales”. La Administración Clinton, gobernante en ese momento, que pudo empezar teniendo veleidades de internacionalismo multilateralista, se aferrará, a partir de los sucesos de Mogadiscio, a la doctrina Powell, que tan buen resultado le había dado a Estados Unidos en la Guerra del Golfo de 1990-1991, según la cual, Estados Unidos debe emplear sus Fuerzas Armadas solamente con objetivos de combate claros, cuando tenga una evidente superioridad numérica y tecnológica, y sin depender de ningún tipo de consensos ni ataduras multinacionales. La estrategia a seguir en Bosnia-Herzegovina será, por tanto, similar a la de Irak tras el 91: en vez de implicarse en ocupar, hacer caer los regímenes “disidentes” (los de las Repúblicas de Serbia y Srpka, en este caso) mediante desestabilización y sanciones. Será, también, la estrategia frente a los sucesos, tanto en Ruanda como en el este de la República Democrática del Congo, de 1994 y 1996, que produjeron las masacres de tutsis en el primer caso y de hutus en el segundo, sin que las potencias occidentales, las únicas con capacidad económica, tecnológica y militar para hacerlo, tuviesen la voluntad política de impedirlos.

---

<sup>431</sup> Informe del secretario general de las Naciones Unidas a la Asamblea General *La caída de Srebrenica* (A/54/59) de 15 de noviembre de 1999, párrafos 45 a 51, págs. 17 a 19.

Mientras, por su parte, los países europeos se paralizaban unos a otros en una interminable secuencia de propuestas de paz, que cuando satisfacían a una de las partes contendientes, no satisfacían a otra<sup>432</sup>. Estas discrepancias se debían a varias razones. Se debían, en primer lugar, a sus diferentes percepciones, no sólo de las posibles soluciones, sino también de la propia naturaleza del problema; se debían, en segundo lugar, a sus incertidumbres respecto a Rusia, respecto a su capacidad de influencia en la comunidad y en los dirigentes serbios, y respecto a su compromiso real con ellos; se debían, en tercer lugar, a la ola de refugiados, especialmente hacía Austria y Alemania, por otra parte, los principales instigadores externos del caos yugoslavo, que una intervención armada (a cargo de una Fuerza de Protección reforzada o de cualquier otra fuerza) o el abandono de la guerra en Bosnia-Herzegovina a su suerte, pudiera producir; y, final pero no menos importantemente, se debían a que los gobiernos europeos eran mejor conocedores y más conscientes del victimismo del Gobierno de Sarajevo y de sus trucos a costa de su propia población<sup>433</sup> —denunciados por los propios mandos militares de la Fuerza de Protección sobre el terreno<sup>434</sup>— y de que el presidente Izetbegovic se había convertido, de forma clara, en una de las “bazas americanas” en el tablero balcánico<sup>435</sup>.

La situación va a cambiar drásticamente a lo largo de 1995. Por dos tipos de razones. Las primeras son las razones oficiales (la racionalización, las socialmente aceptables), verdaderas pero no completas; las segundas han quedado más ocultas por la historia. Tras tres años de guerra e indecisiones de la comunidad internacional (Naciones Unidas, Unión Europea y OTAN), los dirigentes de la República Srpka, cuyas Fuerzas Armadas, el ERS, ya no son capaces de ocupar más territorio por simple falta de efectivos, ni de mantener sus alargadísimas líneas de abastecimiento logístico, se han ido envalentonando (la llamada limpieza étnica es cada vez más patente y las masacres y barbaridades innecesarias cada vez más frecuentes) y empecinando en no aceptar ningún tipo de solución pactada, incluso a pesar de las presiones del Gobierno de Belgrado, agotado por las sanciones económicas y la presión política interna y externa, y con su propia agenda nacionalista, que no puede jugarse todo en beneficio exclusivo de los serbobosnios. Por su parte, la opinión pública en Occidente,

---

<sup>432</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 330.

<sup>433</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 331 y 332.

<sup>434</sup> MACKENZIE, *op. cit.*, pág. 230.

<sup>435</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 290 a 292.

bombardeada, a diario, durante tanto tiempo, por las noticias más morbosas procedentes de Bosnia-Herzegovina, empieza a no entender por qué no se toma ninguna medida. Es la misma pregunta, que, insistentemente, se hacen también los especialistas en sus análisis, y las organizaciones humanitarias en sus informes, sin que, sin embargo, casi nadie sea capaz de aportar soluciones viables.

En este contexto, la toma de rehenes —soldados de la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas y observadores de la Misión de Verificación de la Unión Europea, MVUE<sup>436</sup>— por el Ejército serbobosnio, en represalia por un bombardeo de la OTAN sobre instalaciones militares serbobosnias, a su vez represalia por el bombardeo artillero serbobosnio del área segura de Sarajevo en mayo; el asalto y ocupación serbobosnias del área segura de Srebrenica (9 a 11 de julio de 1995), que implica una dura humillación de las tropas (holandesas) de la Fuerza de Protección teóricamente encargadas de “protegerla” (a pesar de ser solamente un reducido batallón de Infantería ligera de 110 personas sin armamento pesado, frente a las bien dotadas unidades serbobosnias), y a la que sigue una de las más duras represiones y masacres de la guerra; la repetición (suavizada) de este episodio, en el área segura de Zepa, unos días más tarde (14 y 15 de julio); y el bombardeo de un mercado en Sarajevo el 28 de agosto, que provoca 37 muertos y más de un centenar de heridos, que violan el área de exclusión de armas pesadas que la Fuerza de Protección, con el respaldo de la OTAN, había impuesto alrededor de la asediada capital, dispararán la decisión de las capitales occidentales para emplear la fuerza<sup>437</sup>. El 30 de agosto de 1995, con la Operación aérea Fuerza Deliberada de la OTAN sobre la República Srsпка, las potencias gestoras del nuevo orden (político) mundial deciden acabar (función coercitiva del poder o poder duro violento) con quien en ese momento materializa la principal “disidencia” a la ideológica (función creadora del poder o poder blando) expansión (económica) neoliberal. La segunda guerra del neoliberalismo acababa de empezar. Durará solamente mes y medio y será, como su antecesora la guerra del Golfo de 1991, un éxito militar y diplomático.

---

<sup>436</sup> La Misión de Verificación de la Unión Europea en Bosnia-Herzegovina, MVUE, es la heredera de la Misión de Verificación de la Comunidad Europea, MVCE, anteriormente citada, que cambió su nombre, al cambiar el de la Unión Europea.

<sup>437</sup> MALCOLM, *op.cit.*, págs. 261 a 267.

Pero mientras este momento llega, también van teniendo lugar otros acontecimientos, que también permiten entender la decisión occidental. El 1 de mayo de 1995, la Guardia Nacional croata, ahora ya convertida en un verdadero y bien entrenado y equipado ejército, invade la Eslavonia Occidental. La ocupa en seis días, sin la menor resistencia por parte de las fuerzas de la Operación de las Naciones Unidas, ONUCRO, y sin apenas resistencia de las milicias serbias locales allí existentes. No había posibilidad de resistencia, porque estas milicias serbias no pasaban de ser grupos locales desperdigados sin apenas armamento, mientras la empresa privada *Military Professional Resources Incorporated* (MPRI) llevaba tres años entrenando y equipando a las fuerzas croatas. Dicha empresa estaba gestionada y dirigida por generales estadounidenses en la reserva<sup>438</sup> (pero supuestamente bien conectados con el Pentágono y la industria armamentística estadounidense), y abastecida por antiguos militares de todas partes del mundo, que servían como instructores<sup>439</sup>. La invasión de la Eslavonia Occidental provocará un importante éxodo de refugiados eslavonios de cultura serbia hacia la República Srpka y hacia la propia Serbia, que, sin embargo, apenas aparecerá en los medios de comunicación occidentales<sup>440</sup>. A diferencia de las áreas seguras creadas en Bosnia-Herzegovina para ‘librar de ataques armados y de cualquier otro acto hostil’ a los bosnios musulmanes, las áreas protegidas de Croacia no tenían ningún mandato de “proteger” a las poblaciones locales. No es, por tanto, demasiado aventurado esgrimir, que la toma de rehenes de soldados de la Fuerza de Protección de unos días más tarde (26 de mayo), ya citada, tenga algo que ver con esta apenas divulgada recuperación violenta croata de una zona habitada por una importante minoría serbia.

Los bombardeos aéreos de la OTAN y los artilleros de la Fuerza de Reacción, recientemente creada por la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas con tropas francesas, británicas y holandesas, iniciados el 30 de agosto sobre las fuerzas e instalaciones de la República Srpka (Operación Fuerza Deliberada) no logran, sin embargo, colapsar a un Estado (la República Srpka) de economía y administración, más bien informal y dispersa, ni a un Ejército (el ERS) asentado en posiciones bien protegidas y camufladas; por lo que pronto empieza a sentirse la necesidad de algún

---

<sup>438</sup> La MPRI estaba en esta época dirigida por los generales estadounidenses en la reserva Griffith y Vaughan y tenía su sede social en Alexandria (Virginia, EE.UU.).

<sup>439</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 354.

<sup>440</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 353 y 354.

“componente terrestre” para la operación. Un componente terrestre, que todos los indicios apuntan a que ya estaba previsto de antemano, y deseando (volver a) entrar en acción: el Ejército croata, adiestrado y equipado por la Military Professional Resources Incorporated, y engrasado en el paseo militar por la Eslavonia Occidental de mayo de ese mismo año.

El 4 de septiembre, mientras los bombardeos aliados continúan sobre la República Srsпка, el Ejército croata invade (Operación Tormenta) la República Serbia de las Krajinas (RSK), sin encontrar, como le ocurriera en mayo en la Eslavonia Occidental, excesiva resistencia serbia, y ninguna de las fuerzas de las Naciones Unidas desplegadas en el territorio (no era su Mandato). La Operación Tormenta dura en las Krajinas cuatro días (hasta el 8 de septiembre), produciendo un éxodo de 150.000 serbios, que tampoco aparecerá, o lo hará de forma marginal, en los medios de comunicación occidentales<sup>441</sup>. «Se solucionaba así [militarmente y sin que ello pareciera “ofender” la sensibilidad de los dirigentes europeos, tan dañada por la “limpieza étnica” de los serbios] un problema histórico que tenía varios siglos de antigüedad [el de la comunidad serbia en el territorio oficialmente croata]: con la extinción de una vieja comunidad europea»<sup>442</sup>.

Una vez acabada su primera fase de unificación del territorio croata, las tropas de la Operación Tormenta pasarán a convertirse en el citado componente terrestre de la Operación aliada Fuerza Deliberada, al invadir (13 de septiembre) la Herzegovina bosnia, que la Comunidad Croata de Herzeg-Bosna reclama como propia, y en parte de la cual está desplegado el Ejército serbobosnio, que ya lleva quince días siendo bombardeado por las Fuerzas Aéreas de la Alianza Atlántica; y, mientras, las fuerzas musulmanas de Sarajevo inician una fuerte contraofensiva en su área, en lo que tiene toda la apariencia de una operación de diversión<sup>443</sup> complementaria de las ofensivas terrestre croata y aérea aliada.

---

<sup>441</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 359.

<sup>442</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 358.

<sup>443</sup> Se denomina ‘operación de diversión’ a aquélla que se desencadena para confundir al enemigo sobre el verdadero lugar o momento del ataque principal y para fijar fuerzas enemigas para que no puedan acudir al escenario principal de los combates.



El alto el fuego general, y con él el final de esta tercera guerra yugoslava “para atraer la atención internacional” y de esta segunda guerra del nuevo orden mundial, se alcanza el 12 de octubre de 1995; un alto el fuego reiteradamente solicitado por las Naciones Unidas y resignadamente aceptado por la exangüe República Srpska, que no llegará hasta que el Ejército croata no haya alcanzado los objetivos que le estaba marcando el propio negociador norteamericano en esa crisis, el embajador Richard Holbrooke<sup>444</sup>.

Pero los acontecimientos del verano de 1995 (Eslavonia Occidental, toma de rehenes, masacres de Srebrenica y Sarajevo, ocupación de Zepa, etcétera) con ser ciertos, no son las únicas causas de que, precisamente en esos momentos, las potencias occidentales decidiesen alcanzar sus objetivos en el área mediante la modalidad violenta de ejercer su poder, tras cuatro años de guerras y éxodos en la ya extinta RSFY y tres en Bosnia-Herzegovina. Años, en los que las modalidades no violentas: influencia ideológica y presión económica, no parecían haber podido conseguir los resultados apetecidos. La presión de la opinión pública tras la inacción en la región de los Grandes Lagos y su aparente repetición en Bosnia-Herzegovina empezaba a poder tener consecuencias electorales; el presidente Clinton, a mitad de un mandato que estaba resultando económicamente muy prometedor, puede dejar de sentirse constreñido por el “síndrome somalí”; la gratitud croata a Estados Unidos permite no dejar a este país como un exclusivo patio trasero germano-europeo; y tres países del antiguo Pacto de Varsovia, Polonia, Hungría y Chequia, parecen demostrar tanto entusiasmo por la OTAN como por la Unión Europea y por Estados Unidos como por Alemania.

Para Estados Unidos, parece llegado el momento de asegurarse la cuña bosnia en el tablero balcánico; para ello, cuenta con Croacia —que finalmente se resignará a no recuperar las áreas bosniocroatas de Bosnia-Herzegovina, es decir, renunciará a su sueño de la “gran Croacia”— y con una OTAN más adicta que nunca, a la que todos, incluso los antiguos enemigos del Pacto de Varsovia, quieren unirse. Los Balcanes, en el corazón de la Europa oriental y en la intersección de la Europa Central, el Cáucaso y Oriente Próximo, son geoestratégicamente (cratotrópicamente) importantes para la expansión universal del neoliberalismo que tanto le interesa. En nombre del derecho a la

---

<sup>444</sup> HOLBROOKE, Richard, *Para acabar una guerra*, Biblioteca Nueva (Política Exterior), Madrid, 1999, págs. 119 a 273.

injerencia humanitaria, la hora de la *ultima ratio* parece haber llegado. Las potencias europeas, hartas de no encontrar la solución, de ser culpadas de todo, y tan entusiastas como Estados Unidos de la expansión neoliberal, aceptarán, una vez más, que Estados Unidos las dirija política y militarmente.

La ofensiva combinada de agosto-septiembre de 1995 dará lugar a importantes innovaciones en el panorama político internacional, de indudable efecto beneficioso para el expansionismo neoliberal. Su primera consecuencia son los conocidos como Acuerdos de Dayton, firmados oficialmente en París el 14 de diciembre de 1995, de los que se derivarán, primero, la creación en Bosnia-Herzegovina y en la Eslavonia Oriental de una nueva figura del panorama internacional, que podríamos denominar “protectorado internacional”, en la práctica un protectorado euro-americano; y, segundo, la sustitución en Bosnia-Herzegovina de las fuerzas de las Naciones Unidas por una Fuerza de la OTAN para la Aplicación de los citados Acuerdos de Dayton, comúnmente conocida como la IFOR (*Implementation Force*), ahora ya desplegada en toda Bosnia, incluida la parte serbobosnia, encargada, como su nombre indica, de imponer y aplicar en el territorio los citados Acuerdos de Dayton. Una Fuerza de Aplicación de la OTAN, que será, con el tiempo, sucesivamente sustituida por la llamada Fuerza de Estabilización (SFOR, *Stabilization Force*), también de la OTAN, en diciembre de 1996, y por la Fuerza de la Unión Europea EUFOR-Bosnia (Operación Althea) en diciembre de 2004, todas ellas con facultades y funciones militares similares.

El despliegue de la Fuerza de Aplicación de la OTAN marca un significativo cambio en el concepto de las operaciones multinacionales llamadas de paz, que podríamos conceptualizar como el paso de las operaciones mantenimiento de la paz a las operaciones de estabilización. Caracterizadas las primeras por estar bajo el control político y la dirección estratégica del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, contar con el consentimiento de todas las partes implicadas, ser desplegadas para ayudar a mantener una paz que ya ha sido previamente alcanzada, o al menos acordada, y poder utilizar la fuerza solamente en defensa propia. Las operaciones de estabilización, que se inauguran con esta Fuerza de Aplicación de la OTAN, por el contrario, se van a caracterizar por la existencia, previa a su despliegue, de una primera fase en la resolución del conflicto, que constituye una auténtica operación de combate (la triple ofensiva combinada croata, musulmana y de la OTAN de Bosnia-Herzegovina), llevada

a cabo por fuerzas multinacionales (la OTAN en este caso). Operación de combate que, justificadamente, puede denominarse de imposición, porque ya no tiene como finalidad facilitar que se cumpla un acuerdo de paz o cese de hostilidades acordado entre las partes, es decir, que se mantenga la paz acordada entre ellas, sino que se imponga una determinada solución al conflicto por potencias extranjeras (los Acuerdos de Dayton en este caso), que así necesitan quedarse, posteriormente, ocupando el territorio que constituye el protectorado internacional, para evitar que el conflicto se reproduzca.

La nueva figura del protectorado internacional, por otro lado, puede considerarse que constituye una auténtica injerencia en «la independencia política» (artículo 2.4 de la Carta de las Naciones Unidas), es decir, en «los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna» (artículo 2.7) de un Estado soberano, porque la finalidad de crear protectorados internacionales es, precisamente, sustituir a los propios gobierno y autoridades locales por unas nuevas autoridades, más acordes con los intereses y valores de las potencias que los promueven, instalan y sostienen (Occidente en este caso), siendo únicamente responsables ante una difusa comunidad internacional, la Conferencia Internacional para la antigua Yugoslavia en el caso de Bosnia-Herzegovina o, como se verá más tarde en el caso de Kosovo, ante el propio Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, pero nunca ante la propia población del territorio.

En este contexto, las operaciones de estabilización tienen una doble función. En primer lugar, proteger y sostener a las nuevas autoridades, al protectorado internacional, de las que serían, en cierta forma, sus fuerzas armadas, a pesar de la desvinculación formal que, en realidad, mantienen con ellas, con las que, oficialmente, solo cooperan y colaboran estrechamente, debido a su dependencia del control político y de la dirección estratégica de una organización multinacional distinta (la OTAN en el caso de Bosnia-Herzegovina, más tarde, desde diciembre de 2004, la Unión Europea). Y en segundo lugar, como su propio nombre indica, contribuir a la estabilidad, a la normalidad del territorio, al modo como las operaciones de mantenimiento de la paz pretendían contribuir al cumplimiento de un acuerdo, al mantenimiento de una condiciones de paz acordadas por las partes en conflicto. Una estabilidad, una normalidad, que se evaluará por el grado en el que se consiga que el territorio afectado adopte los cánones por los que se rige la estabilidad y la normalidad de las sociedades occidentales: democracia y libertad para las empresas (expansionismo neoliberal).

Es para esta nueva modalidad de intervención, para la que los digitalizados ejércitos occidentales de la primera mitad de la década de los noventa, no estaban preparados. Su orgánica, equipamiento y adiestramiento era el adecuado para el panorama estratégico de la Guerra Fría, es decir, para el enfrentamiento exclusivamente militar entre ejércitos regulares muy tecnologizados. Los nuevos cometidos, por el contrario, van a recordar mucho más a los de los antiguos ejércitos coloniales: levantar un nuevo edificio institucional en el territorio y construirlo (reconstruirlo ahora) físicamente, pero con la doble desventaja añadida de que hay que llevarlo a cabo, primero, en concordancia con una pléyade de todo tipo de organizaciones civiles, internacionales, gubernamentales y no gubernamentales, empezando por la propia administración internacional instaurada, y, en segundo, teniendo que respetar los derechos humanos, de los que son visibles garantes, y, en cierto modo, los propios hábitos y costumbres de la población local. Esta es la razón de las progresivas tendencias a la humanitarización —que no humanización— y policización —que no politización— que pueden apreciarse, tanto en los nuevos tipos de adiestramiento como en sus propios cometidos sobre el terreno, en las fuerzas armadas occidentales del actual cambio de milenio. Unas tendencias contradictorias, en cierta forma, con su preparación y disponibilidad para su uso como fuerzas de combate digitalizadas, lo que las obliga a ser dos ejércitos en uno, en un mundo de escasez de recursos humanos para los cometidos y profesiones que exijan sacrificio, y de escasez de recursos presupuestarios en el reino neoliberal de lo privado y de la repulsa por los impuestos.

Pero el mundo aún había de asistir a una cuarta y última guerra en los Balcanes “para atraer la atención internacional”<sup>445</sup>. Una atención que salvase, una vez más, a un nacionalismo (identitarismo de resistencia) del nacionalismo serbio dominante (identitarismo legitimador): Kosovo, que, como ya se ha mencionado, había pasado de ser una provincia de la República de Serbia en la República Socialista Federal Yugoslava, a ser provincia autónoma, pero siempre dentro de la República de Serbia, en la Constitución yugoslava de 1974, con unas atribuciones muy similares a las de las seis Repúblicas constitutivas de la Federación —de hecho tendrá su propio representante, en igualdad de condiciones que los representantes republicanos, en la Presidencia colectiva

---

<sup>445</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 426, 427 y 430.

que sucede al mariscal Tito— pero sin el importante derecho a la secesión, con el que contaban éstas si así era aceptado por las demás Repúblicas. Kosovo podría haber intentado acogerse al derecho a la autodeterminación por pueblos, si éste hubiese triunfado, pero no sólo Europa estaba imponiendo el derecho a la autodeterminación por Repúblicas, sino que en el caso concreto de Kosovo, es dudoso que Belgrado hubiese estado dispuesto a aceptar para este territorio lo que preconizaba para sus irredentismos en las demás Repúblicas, porque, en Kosovo, para su desgracia, demografía e historia se contraponen.

La demografía, por su parte, diferencia claramente a la población de Kosovo de la de Serbia e, incluso, de la del resto de Yugoslavia. Según el censo de 1991, momento en el que como se ha visto se inicia la gran crisis que llevará a la desintegración de Yugoslavia, la población de cultura (o de etnia, si se prefiere) albanokosovar, es decir, de religión musulmana, lengua albanesa y oriundos de Kosovo, son el 82'2% de la población total de Kosovo, unos dos millones de personas en ese momento, constituyendo el 20% de la totalidad de la población de la República de Serbia en un territorio que sólo es el 12'3% del de Serbia, lo que representa una densidad de población de 180 habitantes por kilómetro cuadrado, la más alta de toda Yugoslavia. Los serbokosovares de religión cristiana ortodoxa, lengua serbocroata y oriundos de Kosovo, es decir, los que se ven a sí mismos tanto como kosovares como como serbios son, sin embargo, solamente, el 10% de la población. Aún sumándoles los demás posibles grupos étnicos, diferenciables por sus distintas combinaciones de lengua, religión u origen o especial idiosincrasia, como los gitanos, no alcanzan el 20% de la población kosovar<sup>446</sup>.

La historia, por la suya, nos muestra un Kosovo que nunca ha sido independiente ni ha formado parte de ningún tipo de Albania o gran Albania, sino, al contrario, como un territorio que, o bien ha formado parte de la amalgama del Imperio Otomano, o bien ha formado parte de los sucesivos reinos y repúblicas serbias, que precisamente, y especialmente para la historiografía identitarista serbia, tienen su origen en el territorio del actual Kosovo. En efecto, la primera vez que puede hablarse de una Serbia independiente o autónoma, para los estándares de la época, se remonta a finales del

---

<sup>446</sup> TAIBO, *op. cit.*, págs. 17 a 20.

siglo XII, cuando la dinastía niemanjita se “independiza” del Imperio Bizantino e instala en Pec (noroeste de Kosovo) la sede de su iglesia ortodoxa —en un monasterio que todavía existe y que desde hace nueve años tiene que estar protegido por los soldados de la OTAN para evitar su destrucción por los kosovares de cultura albanesa— convirtiendo la parte occidental del actual Kosovo, en el núcleo espiritual originario del Reino de Serbia, con el nombre de Metohija y capital en Prizren (sudoeste de Kosovo). Una “independencia” con la acabará el Imperio Otomano entre 1370 y 1459, periodo del que la historiografía identitarista serbia destaca la batalla de Kosovo Polje (en las cercanías de la actual capital kosovar, Prístina), que aunque perdida por los serbios (que prácticamente desaparecen como Reino independiente) es considerada como el crisol del nacimiento de la identidad serbia. La progresiva desvinculación de Serbia del Imperio Otomano se produce entre 1833 y 1878, y la de Kosovo en 1913, cuando, como consecuencia de la Primera Guerra Balcánica, el Imperio Otomano cede este territorio al Reino de Serbia. Desde entonces, Kosovo ha sido siempre —hasta 1999— con una u otra fórmula administrativa, parte de Serbia, aunque siempre en permanente tensión por un mayor grado de autonomía por parte de la, ya desde entonces, mayoría de cultura albanokosovar<sup>447</sup>.

Este es, a grandes rasgos, el contexto de Kosovo a la muerte del mariscal Tito en 1980. Un territorio que, aunque de los más atrasados de la República Socialista Federal Yugoslava, es importante económicamente para Serbia, debido a su riqueza minera y a sus instalaciones hidroeléctricas. Aunque la crisis en Kosovo va a permanecer mediáticamente oculta por el resto de los conflictos yugoslavos hasta 1998, puede considerarse que los acontecimientos que llevarán a su estallido, y consecuente intervención armada occidental, se inician en 1986, cuando, en un ambiente de creciente enfrentamiento entre las comunidades albanokosovar y serbokosovar —que, a pesar de su minoritaria proporción de la población, es mayoritaria en las estructuras administrativas de la provincia y entre los dirigentes de la Liga de los Comunistas de Kosovo— y de exaltación nacionalista (identitarismo) y autonomista (eleuterotropismo) albanokosovar, la Academia Serbia de Ciencias emite un Memorando, de acusada tendencia nacionalista (identitarismo), en respuesta a la opinión —más bien leyenda urbana— cada vez más extendida en Serbia, de que los serbokosovares están siendo

---

<sup>447</sup> TAIBO, *op. cit.*, págs. 21 a 41.

hostigados y discriminados en Kosovo, obligándoseles a una masiva emigración, a la que no es ajena la intencionada violación de mujeres serbokosovares. En dicho Memorando, la Academia reclama medidas contundentes para acabar con esta situación. Una reclamación, que coincide en el tiempo con el acceso a la dirección, de hecho, de la Liga de los Comunistas de Serbia, de Slobodan Milosevic, el hombre que pilotará el nacionalismo serbio a partir de ese momento<sup>448</sup>.

A principios de 1989, el Parlamento serbio empieza a estudiar ciertas enmiendas a la Constitución serbia, orientadas a restringir la autonomía de sus provincias autónomas Kosovo y Voivodina. Como en virtud de esta misma Constitución, sin embargo, estas medidas exigían la aprobación de los respectivos Parlamentos provinciales, el kosovar es forzado a hacerlo en la histórica sesión del 23 de marzo de 1989, «rodeado de tanques y otros vehículos militares en el exterior y con activa presencia en su interior de miembros de los servicios de seguridad»<sup>449</sup>. Poco después, el Parlamento serbio refrendará la pérdida de autonomía de la provincia. Acontecimientos que inducirán a los albanokosovares a iniciar un doble proceso de resistencia.

Por una parte, organizan una administración clandestina paralela, que dirige el escritor Ibrahim Rugova, elegido, en mayo de 1992, presidente de la autoproclamada, tras referéndum clandestino, República de Kosovo en octubre de 1991. Por otra, un autoproclamado Ejército de Liberación de Kosovo (ELK)<sup>450</sup> inicia acciones armadas, de forma sistemática y organizada a partir de 1996, primero contra los refugiados serbios que procedentes de la Krajina y de Bosnia-Herzegovina se habían refugiado en Kosovo, en probable alusión a que no se iba a permitir la más mínima alteración de la superioridad demográfica albanokosovar, pero, enseguida, también, contra los policías de origen serbio que servían en la provincia.

Procesos de resistencia, pacífica y armada, en gran parte inconexos, que tendrán a lo largo de sus primeros años altos y bajos, con intentos de arreglo y negociación, que acabarán siempre por fracasar, dada la creciente intransigencia de ambas partes, lo que en la práctica se traducirá en una creciente actividad terrorista del Ejército de Liberación

---

<sup>448</sup> TAIBO, *op. cit.*, págs. 56 a 59.

<sup>449</sup> TAIBO, *op. cit.*, pág. 59.

<sup>450</sup> UÇK, *Ushtria Çlirimtare e Kosovës*, en sus siglas albanesas.

de Kosovo y una, asimismo, creciente represión por parte de las autoridades serboyugoslavas.

Esta situación se deteriorará aún más significativamente desde comienzos de 1998, cuando, como respuesta a las apariciones de encapuchados del Ejército de Liberación en actos públicos (28 de noviembre de 1997 por primera vez), la entidad de las fuerzas del Ejército y de la policía federales, ahora ya exclusivamente serbomontenegrinas, sea sensiblemente incrementada en la provincia, y se tengan las primeras noticias de la aparición en ellas de fuerzas paramilitares serbias, entre las cuales, algunas de triste recuerdo en el conflicto de Bosnia-Herzegovina, como los Tigres de Arkan o los *seudochetniks* de Seselj, directamente relacionados con las sistemáticas campañas de exclusión de los no serbobosnios, que se acabarán conociendo como “limpieza étnica”. Fuerzas federales que, ante la cada vez más violenta y amplia actividad del Ejército de Liberación, concentrará sus esfuerzos en el control de las ciudades importantes, los nudos de comunicación y las principales zonas mineras y plantas industriales e hidroeléctricas, empleando contundentes procedimientos en sus operaciones de contraguerrilla, que incluirán, con alguna frecuencia, violentas represalias contra la población, lo que ocasionará los primeros éxodos de refugiados y desplazados en la provincia<sup>451</sup>.

En este ambiente, la administración clandestina albanokosovar celebra unas elecciones, no reconocidas por el Gobierno de la República Federal Yugoslava, en marzo de ese año (1998), en las que participará el 98% de la población albanokosovar. En ellas, el señor Rugova consigue el 84% de los votos emitidos. Unas elecciones que se vieron precedidas (23 de febrero), y por tanto apoyadas, por las amenazadoras declaraciones, contra el régimen de Belgrado, del enviado especial norteamericano a la zona, Robert Gelbart, considerado el hombre de la secretaria de Estado Madeleine Albright en los Balcanes, y sucesor en el cargo del mítico, y poseído de sí mismo, Richard Holbrooke, artífice de los Acuerdos de Dayton para Bosnia-Herzegovina de 1995. El partidismo de Gelbard llegó a ser tan explícito y agresivo, que tuvo que ser

---

<sup>451</sup> Fuerza de Maniobra del Ejército de Tierra, *Manual de Área para Kosovo*, Valencia, 4ª edición, febrero de 2001, pág. 44.



finalmente sustituido por, otra vez, Richard Holbrooke y Christopher Hill, los antiguos negociadores de Dayton<sup>452</sup>.

Las autoridades de Belgrado reaccionan a estas elecciones convocando, a su vez, un referéndum el 23 de abril, en el que toda la población de la Federación debía decidir si se aceptaba o no la mediación internacional, que a estas alturas estaba siendo insistentemente reclamada por los dirigentes y medios de comunicación europeos y estadounidenses. Boicoteado por los albanokosovares, el referéndum, con una participación del 73% de los votantes yugoslavos, obtiene un porcentaje del 95% de los votos en contra de cualquier tipo de mediación internacional en el problema kosovar<sup>453</sup>.

Pero este referéndum no trataba de contestar solamente, y con toda probabilidad no principalmente, a las ilegales elecciones kosovares, sino más bien a la adopción por el Consejo de Seguridad, a instancias del Grupo de Contacto, de la Resolución 1.160 (1998) de 31 de marzo, por la que no sólo se decretaba un nuevo embargo de armas contra la República Federal Yugoslava, expresamente incluida la provincia de Kosovo, en alusión al previsible abastecimiento de armas al Ejército de Liberación de Kosovo, sino que, asimismo, se instaba a ambas partes a aceptar la mediación del Grupo de Contacto, al modo que Washington había mediado en Dayton para la resolución de la crisis bosnia. Sin embargo, la Resolución 1.160, así como la 1.199 (1998) de 23 de septiembre y la 1.203 (1998) de 24 de octubre, que la complementan, que exigen un cese de hostilidades, la finalización de la represión y de los actos de terrorismo, y el inicio de conversaciones, no autorizan en ningún momento a los Estados miembros de las Naciones Unidas, a utilizar la fuerza para obligar a las partes, autoridades de la República Federal Yugoslava y dirigentes albanokosovares, a cumplir estas exigencias.

El Grupo de Contacto había sido creado para mediar en la crisis bosnia tras las guerras de Eslovenia y Croacia, al modo que el secretario general de las Naciones Unidas crea, en ocasiones, Grupos de Países Amigos para que le apoyen diplomáticamente en sus labores de conciliación en ciertas crisis o conflictos. Pero, esta vez, el Grupo de Contacto no se había autoconstituido exactamente para apoyar a las Naciones Unidas, sino más probablemente, como un medio de eludirlas. Inicialmente,

---

<sup>452</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 422 a 435.

<sup>453</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 436.

para el conflicto en Bosnia-Herzegovina, lo conformaron Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia y Alemania; tras los Acuerdos de Dayton en 1995, el Grupo de Contacto enfoca su interés en Kosovo, momento en el que se unirá al Grupo, Italia. El Grupo de Contacto es un interesante artificio de las relaciones internacionales, que empezó organizándose como un foro de consultas entre grandes potencias, especialmente interesadas o afectadas por la crisis yugoslava, pero al que la evolución de los acontecimientos acabó concediendo un protagonismo, que, en teoría, debería corresponder al organismo internacional oficialmente responsable de mantener la paz y la seguridad internacionales, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Del que el Grupo de Contacto sería un remedo para la crisis yugoslava, al haberse desgajado de él, su miembro permanente menos interesado en ella, China, y haberse incorporado, sucesivamente, sin embargo, los dos países europeos, Alemania e Italia, en cuyas respectivas áreas de influencia, por proximidad e intereses, se ubica el espacio geoestratégico balcánico.

El Grupo de Contacto, como *alter ego* del Consejo de Seguridad en la crisis kosovar, disponía de la ventaja sobre éste, para decidir y, en última instancia, “legitimar” la guerra contra la República Federal Yugoslava, de carecer de reglas de actuación preestablecidas; en este caso, la publicidad de sus discusiones y resoluciones, y la capacidad de veto, cuya posibilidad de uso comprometía a Rusia a utilizarlo en el Consejo de Seguridad, mientras que en el Grupo de Contacto, en el que contaba con voto, pero no con veto, podía mantener una oposición formal que, por condenada al fracaso de antemano, se hacía perfectamente compatible con la continuación de la colaboración económica occidental (presión económica).

En cualquier caso, el Gobierno de Belgrado, internacionalmente bastante aislado, con una fuerte oposición interna, y perdedor de tres guerras sucesivas, no estaba, en 1998, en condiciones de resistir la presión occidental, aun contando con la adhesión para el contencioso kosovar de la mayoría de su población. Especialmente, cuando el objetivo final de la presión, fundamentalmente norteamericana, sobre Kosovo era sustituir al disidente régimen de Milosevic por otro más manejable<sup>454</sup>, al mismo tiempo que se alcanzaba para Kosovo una independencia que le dejara bajo la directa

---

<sup>454</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 445.

protección norteamericana o, al menos, de la OTAN, como así, de hecho, ocurrirá. Estados Unidos continuaba jugando en los Balcanes la baza musulmana. El Gobierno de Belgrado, que está atrapado en la disyuntiva de correr el riesgo de una declaración unilateral de independencia de los albanokosovares, si deja de ejercer presión (represión) sobre ellos, o correr el riesgo de colapso, ahogado por las sanciones, el embargo y el aislamiento, termina por acceder, tras una significativa visita del presidente Milosevic a Moscú en junio, a la presencia internacional en la provincia disidente. Inicialmente bajo la forma (julio de 1998) de una Misión Diplomática de Observación, constituida por diplomáticos acreditados en Belgrado, y más permanentemente, a partir de octubre, cuando despliegan sobre el territorio de Kosovo una Misión (terrestre) de Verificación de la OSCE (MVK) y una Misión (aérea) de Verificación de la OTAN, como consecuencia, y en cumplimiento, de los acuerdos alcanzados (forzados) por el Gobierno de Belgrado con el enviado especial norteamericano señor Holbrooke (12 de octubre), la OTAN (15 de octubre) y la OSCE (16 de octubre), y de las Resoluciones del Consejo de Seguridad 1.199 (23 de septiembre) y 1203 (24 de octubre). En función de los cuales Yugoslavia aceptaba, además de la citada presencia internacional, reducir sus efectivos militares y policiales en la provincia a los niveles previos a marzo de ese año, e iniciar negociaciones con la administración paralela encabezada por el señor Rugova (el Ejército de Liberación de Kosovo nunca participó en estas conversaciones, por lo que nunca se sintió obligado por sus acuerdos), mientras la OTAN aceptaba no desplegar tropas terrestres en el territorio yugoslavo, sino solamente una Fuerza de Extracción, en apoyo de la Misión de Verificación de la OSCE, en la vecina Macedonia.

Por insistencia de la secretaria de Estado estadounidense Madeleine Albright, se puso a la cabeza de esta Misión de Verificación de la OSCE (MVK), al diplomático norteamericano William Walker, de vieja y conocida relación con los escuadrones de la muerte salvadoreños y con la Resistencia (Contra) Nicaragüense, secundado por el oficial retirado de la Fuerza Aérea estadounidense Mike Phillips, de similar triste recuerdo en Centroamérica, cuyas actuaciones parecían seguir una sola línea de conducta: «identificar a la MVK con Estados Unidos y atribuir el máximo posible de incidentes al bando serbio, a pesar de que sus fuerzas de seguridad estaban a la defensiva y en contra de los observadores europeos que intentaban delimitar las

responsabilidades»<sup>455</sup>. En este sentido, son ilustrativas las siguientes declaraciones de un oficial canadiense a cargo de un equipo de observadores de la Misión de Verificación<sup>456</sup>:

«No me gustaba lo que veía. No quería americanos a mi alrededor; estaban trabajando sobre una agenda diferente. Varios de ellos eran agregados militares de embajadas en toda Europa. Uno, de mi equipo, dijo ser antiguo miembro de los SEALs<sup>457</sup>. Le asigné un trabajo de control, pero él se lo encargó a otro y se fue por su cuenta con su propio GPS»

El año 1999 se inicia (15 de enero) con un oscuro incidente en la aldea kosovar de Racak, que finalmente ha pasado a la historia como la nueva (y desmesurada) actuación de las fuerzas yugoslavas que jugará, en la crisis kosovar, el papel simbólico y racionalizador que Srebrenica había jugado en Bosnia-Herzegovina, disparando las exigencias y las amenazas de Estados Unidos, del Grupo de Contacto, de la OTAN y de la Unión Europea. En Racak, ese día, tras un enfrentamiento entre las fuerzas de seguridad yugoslavas y el Ejército de Liberación de Kosovo, la aldea es ocupada por la policía especial serbia. Horas más tarde, entra también un equipo de la Misión de Verificación de la OSCE, que evacua a cinco heridos. Por la noche, el Ejército de Liberación de Kosovo vuelve a la aldea, y, en plena madrugada, solicita la presencia de nuevo de la Misión de Verificación, a la que muestra, a su llegada, los cadáveres mutilados de 45 personas (entre ellos mujeres y personas de edad), supuestamente asesinadas por la policía especial serbia. Desde el primer momento hubo serias dudas de lo que allí realmente había pasado. La mutilación era un práctica ajena a las ejecuciones extrajudiciales, que a veces llevaban a cabo las fuerzas de seguridad yugoslavas; tanto la policía especial serbia como los guerrilleros del Ejército de Liberación habían controlado la aldea durante unas cuantas horas sin ningún tipo de presencia ajena, y, por último, el número de cadáveres era superior al de vainas de bala que pudieron ser recogidas. Se encargó de la investigación a dos equipos forenses de la Misión (terrestre) de Verificación, uno bielorruso y el otro finlandés, que fueron aceptados por las autoridades yugoslavas, que, sin embargo, en los siguientes días tratarían de impedir la

---

<sup>455</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 448 a 454.

<sup>456</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 448.

<sup>457</sup> Fuerzas de Operaciones Especiales de la Armada (*Navy*) de los Estados Unidos de América.

llegada al lugar de los hechos de los forenses del Tribunal Internacional para la Antigua Yugoslavia<sup>458</sup>.

Pero incluso antes de que estos equipos forenses pudieran empezar a trabajar, el señor Walker ya había atribuido, ante la prensa y en sus informes a las capitales, la masacre a las fuerzas de seguridad serboyugoslavas. Como respuesta, las autoridades yugoslavas ordenan su inmediata salida del territorio. Se inicia, entonces, un tira y afloja que parece resolverse una semana más tarde (22 de enero): las autoridades de Belgrado suspenden sin condiciones la expulsión de Walker y ponen el libertad a nueve miembros del Ejército de Liberación, retenidos desde hacía más de un mes. A cambio, el Ejército de Liberación libera a cinco civiles serbios que había secuestrado unos días antes<sup>459</sup>. Pero ya todo es inútil. Para entonces, las fotografías de los cadáveres de Racak, atribuidos sin especulaciones a la barbarie serbia están en todos los medios de comunicación y en Internet. París y Londres empiezan a inclinarse por aceptar la teoría norteamericana de que el empleo de la fuerza es inevitable.

A pesar de ello, la Unión Europea, en su Consejo de Asuntos Generales del día 25, condena la violencia y la violación de los derechos humanos, pero rechaza, sin embargo, la denegación de visados para las autoridades serbias y sus familiares, que había solicitado Estados Unidos; condena al Ejército de Liberación de Kosovo por sus provocaciones; defiende la necesidad de ‘un acuerdo político sin imposición militar’; y, significativamente, rechaza, asimismo, el plan de paz, que Estados Unidos había presentado en la OTAN el día anterior. Plan, cuyo objetivo declarado era que tanto las autoridades serbias y yugoslavas, como los representantes de los albanokosovares, acatasen un ‘estatuto especial para Kosovo’, que yendo más allá de la autonomía, no llegase a la independencia, y que permita el regreso de todos los desplazados, que Estados Unidos evaluaba en 300.000 personas. Estatuto, que, tras tres años de funcionamiento, ‘podría ser revisado’. Revisión, cuyo significado se encargaba de aclarar el dirigente pacifista kosovar Ibrahim Rugova en declaraciones a Global Viewpoint: «Hemos aceptado negociar un régimen provisional de tres años que incluya la normalización de todas las [autoproclamadas] instituciones de Kosovo y deje las puertas abiertas a un acuerdo final. Nuestra aspiración es que Kosovo sea un Estado

---

<sup>458</sup> VEIGA, *op. cit.*, págs. 451 a 453.

<sup>459</sup> *Diario de Mallorca* (España) de 24 de enero de 1999.

independiente. La desintegración de Yugoslavia no se completará hasta que Kosovo sea independiente»<sup>460</sup>.

Pero tras la oferta, el plan de paz estadounidense contenía la amenaza. Si Belgrado rechazaba sentarse a discutirlo, habría ataques aéreos; si acudía a las negociaciones, pero acabara no aceptándolo, habría ataques aéreos; si se retiraba de las negociaciones en cualquier momento, habría ataques aéreos. A los albanokosovares se les exigía una representación única y la renuncia a la independencia, pero en este caso no había previsiones ni propuestas para el caso de que fueran los albanokosovares los que no acudieran a las negociaciones, las abandonarían en cualquier momento o terminarían no aceptando el plan. En diez días deberían haber empezado las conversaciones<sup>461</sup>.

La única amenaza que el plan americano dirige a los albanokosovares es que, si no aceptaban sentarse a discutir su plan, el Ejército de Liberación de Kosovo podría ver cortados sus suministros de armas y fondos<sup>462</sup>. Interesante amenaza que los Estados Unidos parecen poder cumplir, suscitando los interrogantes que se plantearán muchos analistas: ¿no se argumentaba que el Ejército de Liberación obtenía sus armas de los arsenales del Ejército albanés asaltados en 1997 por la población civil y del tráfico internacional, y sus recursos de la diáspora albanokosovar? ¿Cómo entonces podía controlarlos, suprimiéndolos, reduciéndolos o manteniéndolos, la Administración estadounidense?<sup>463</sup>.

En las reuniones de los días 27 y 28 del Consejo del Atlántico Norte (CAN) volverá a manifestarse la diferencia de posturas de europeos y estadounidenses. Éstos insistirán en aprovechar la tensión mediática generada por los sucesos de Rack para crear el “Dayton de Kosovo”, sobre la base de su propuesto plan de paz, que incluye la amenaza de ataques aéreos si éste fracasa; los aliados europeos, en cambio, se resisten a comprometerse en intervenciones armadas a plazo fijo, especialmente cuando se cuenta

---

<sup>460</sup> Diario *El País* (España) de 23 y 24 de enero de 1999 y *Diario de Mallorca* (España) de 24 de enero de 1999.

<sup>461</sup> Diario *El País* (España) de 23 de enero de 1999.

<sup>462</sup> Diario *El País* (España) de 11 de febrero de 1999.

<sup>463</sup> TAIBO, *op. cit.*, pág. 103.

con el previsible veto ruso en el Consejo de Seguridad<sup>464</sup>. A pesar de lo cual, en el comunicado final se impondrá, una vez más, la presión estadounidense, que sigue jugando la baza musulmana, y para quien Kosovo es un eslabón más de su línea de contención que debía unir geográficamente, y, por ende, geoestratégicamente, el Adriático con Turquía, a través de Albania, Kosovo, Macedonia y Bulgaria.

Consecuencia directa de esta reunión del CAN, es la reunión que celebran los ministros de Asuntos Exteriores del Grupo de Contacto en Londres al día siguiente, 29 de enero, en la que se acuerda proponer el castillo de Rambouillet, en los alrededores de París, para presentar a ambas partes el plan norteamericano. En la conferencia de prensa posterior a la reunión, los ministros de Exteriores norteamericano y británico, señora Albright y señor Cook, volverán a insistir en que la opción de que la OTAN desencadene ataques aéreos en caso de fracaso permanece inalterable, mientras su colega ruso, señor Ivanov, se desmarcará de estos comentarios, añadiendo la premisa de que cualquier acción armada que quiera emprenderse deberá contar con la aprobación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas<sup>465</sup>. Finalmente, las conversaciones de paz se iniciarán en Rambouillet el 6 de febrero de 1999.

Las conversaciones celebradas en Rambouillet entre representantes serbios y albanokosovares —que incluían tanto a los representantes de la Liga Democrática de Kosovo, el partido de Ibrahim Rugova, como a los del Ejército de Liberación— teóricamente patronizadas por Francia y el Reino Unido, pero realmente controladas por Estados Unidos, se estancan en dos puntos aparentemente insuperables: la negativa de la delegación albanokosovar a aceptar los ‘términos políticos’ del acuerdo teóricamente propuesto por el Grupo de Contacto, según los cuales Kosovo disfrutaría de una amplia autonomía, pero no de independencia, y la negativa de la República Federal Yugoslava (RFY) a aceptar los ‘términos militares’<sup>466</sup>, según los cuales la materialización del acuerdo sería supervisada y controlada sobre el terreno por una «fuerza militar internacional de seguridad» —la Fuerza de Aplicación de Kosovo, que acabará denominándose Fuerza de la OTAN en Kosovo, *Kosovo Force*, KFOR—, cuya «dirección política y militar» correspondería a la OTAN. Fuerza militar internacional de

---

<sup>464</sup> Diario *El País* (España) de 28 de enero de 1999.

<sup>465</sup> Diario *El País* (España) de 30 de enero de 1999.

<sup>466</sup> GORCE, Paul Marie de la, *Négociations en trompe-l'oeil*, Le Monde Diplomatique, juin 1999.

seguridad que debería tener «absoluta libertad de movimientos y actuación a través de todo el territorio y espacio aéreo de la RFY», la cual, sin embargo, carecería de cualquier posibilidad de control o veto sobre sus actividades<sup>467</sup>.

Ante este *impasse*, la delegación albanokosovar pide el 23 de febrero un receso ‘para evacuar consultas’. Cuando las conversaciones se reanudan en París el 15 de marzo siguiente los mediadores norteamericanos presentan una nueva versión de propuesta, que sólo difiere de la anterior en que los ‘términos políticos’ ahora recuperan el viejo presupuesto del inicial plan estadounidense, y aspiración albanokosovar, de que, tras tres años de control internacional del territorio, se llevará a cabo un referéndum en la provincia de Kosovo para «conocer la voluntad popular sobre el futuro del territorio»<sup>468</sup>. Nueva versión que la delegación albanokosovar se apresurará a firmar, negándose a hacerlo la yugoslava, así como el representante ruso, embajador Maiorski. La premisa inaceptable para rusos y, sobre todo, para los yugoslavos, continuaba siendo la posibilidad de que las fuerzas de la OTAN (de la ‘fuerza militar internacional de seguridad’ a la que hacían referencia los ‘términos militares’ del plan norteamericano) pudiesen desplegar y tener absoluta libertad de movimientos por todo el territorio de la República Federal Yugoslava, y no, solamente, por el de Kosovo. No fueron, por tanto, posiciones antagónicas irreconciliables entre serbios —a estas alturas ya resignados por agotados, cercados y aislados— y albanokosovares, lo que hizo fracasar las negociaciones, sino posiciones antagónicas irreconciliables entre Estados Unidos (y sus aliados) y las autoridades de Belgrado. Al día siguiente, 19 de marzo, el Grupo de Contacto suspenderá oficialmente las negociaciones y otorgará al Gobierno de Belgrado un período de reflexión, con carácter de ultimátum, de cinco días. Los delegados del Ejército de Liberación en la delegación albanokosovar serán invitados, ese mismo día, por la secretaria de Estado Madeleine Albright, a visitar Washington, hacia donde partirán al día siguiente. Otra delegación del Ejército de Liberación visitaría en los siguientes días el Cuartel General de la OTAN en Bruselas<sup>469</sup>.

Ese mismo día 19 de marzo, el presidente de turno de la OSCE, el ministro de Asuntos Exteriores noruego, Knut Vollebak, ordena la salida de Kosovo de su Misión

---

<sup>467</sup> *Agreement for self-government in Kosmet*, página de Internet del Gobierno yugoslavo. ([www.mfa.gov.yu/Kosovo/Kosovo/documenti/sporazum\\_e](http://www.mfa.gov.yu/Kosovo/Kosovo/documenti/sporazum_e)).

<sup>468</sup> Página de Internet de “Jurist: The Law Professors’ Network” *Interim agreement for peace and self-government in Kosovo*, ([/jurist.law.pitt.edu/ramb](http://jurist.law.pitt.edu/ramb)).

<sup>469</sup> Diario *El País* (España) de 19 de marzo de 1999.



de Verificación, «sorprendiendo a los propios observadores cuando se disponían a ir, como cada día, a su punto de trabajo»<sup>470</sup>. El ministro de Asuntos Exteriores yugoslavo, Zirorad Jovanovic, telefonará al señor Vollebak para manifestarle su sorpresa por una medida para la que no ve motivo y que considera «contraria a los acuerdos de octubre» entre el Gobierno yugoslavo y el negociador norteamericano señor Holbrooke<sup>471</sup>. La Embajada de Estados Unidos en Belgrado también será evacuada el mismo día 20<sup>472</sup>. La prensa occidental comenzará a airear el tema de la catástrofe humanitaria y de los desplazados interiores, cuyas voluminosas cifras son sistemáticamente adjudicadas a inconcretos expertos aliados. Habrá desesperados intentos de última hora de los cuatro mediadores, estadounidense, ruso, de la Unión Europea y de las Naciones Unidas, pero tampoco darán resultado. No podían darlo, porque la decisión ya se había tomado hacía tiempo. A las veinte horas del 24 de marzo de 1999, los primeros misiles de crucero comenzarán a caer sobre la República Federal Yugoslava<sup>473</sup>; se iniciaba la Operación Fuerza Aliada de ataques aéreos sobre ella, similares a los realizados sobre la República Srpka en 1995, que durará dos meses y medio (hasta el 9 de junio de 1999), sin autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, ya que, esta vez, no había, como en Bosnia-Herzegovina, ni zona de exclusión de vuelos, ni áreas seguras, ni gobierno de Estado independiente y reconocido por la Asamblea General de las Naciones Unidas que hubiera solicitado tal tipo de contribución, pero sí la posibilidad real de veto por parte de Rusia. Para entonces ya se ha iniciado un éxodo de refugiados, que la guerra elevará a la categoría de dramático.

¿Fue el empecinamiento del régimen de Belgrado en mantener, represiva y violentamente, una situación insostenible en los albores del siglo XXI, causa de la guerra? ¿Fueron la defensa del pueblo albanokosovar y de los derechos humanos, causa de la guerra? ¿Fue el juego de intereses geopolíticos de Occidente, causa de la guerra?. No son preguntas incompatibles. La respuesta parece tener que ser afirmativa en todos los casos, porque para entender la crisis de Kosovo, como para entender cualquier otra crisis internacional, no queda más remedio, como ya se ha apuntado, que tener en cuenta los tres ámbitos, diferenciables pero sincrónicos e interdependientes, en los que se inserta: el local, el regional y el mundial.

---

<sup>470</sup> Diario *El País* (España) de 20 de marzo de 1999.

<sup>471</sup> Diario *El País* (España) de 20 de marzo de 1999.

<sup>472</sup> Diario *El País* (España) de 20 de marzo de 1999.

<sup>473</sup> Diario *El País* (España) de 25 de marzo de 1999.

El régimen de Milosevic suprimió al mismo tiempo, en 1989, y en la misma injustificada forma, las autonomías provinciales de Kosovo (mayoritariamente habitada por kosovares de cultura albanesa) y Voivodina (habitada por una importante minoría de cultura magiar). Sin embargo, debido a las diferentes características de ambos territorios, los procesos que han seguido han sido radicalmente diferentes; por sus características internas, pero también porque las situaciones de Albania y Hungría suponen panoramas distintos. ¿Quién y para qué creó al Ejército de Liberación de Kosovo? Sin duda, el Ejército de Liberación de Kosovo es un fenómeno interno, producto de la situación específica de Kosovo, pero ¿podría haberse desarrollado sin Albania? Y a Albania ¿quién la mantiene? ¿Quién le permitía inclinar progresivamente la balanza a favor del Ejército de Liberación, en detrimento de la relativamente bien organizada y pacífica administración oficiosa de Rugova? Como ha apuntado un prestigioso analista ¿puede imaginarse qué soporte habría podido proporcionarse a Rugova, si se hubiera encauzado en esa dirección el dinero que costó la guerra o simplemente el que costaba mantener al Ejército de Liberación?<sup>474</sup>

¿Por qué el autoritarismo, la represión y la violación grave, masiva y sistemática de los derechos humanos son inadmisibles cuando las ejerce Belgrado (en Bosnia-Herzegovina o en Kosovo), pero no cuando las llevan a cabo Ankara, Tel Aviv o Argel, por citar sólo algunos ejemplos que estaban ocurriendo en esos mismos momentos? ¿A qué intereses germano-europeos o norteamericanos amenazaba Belgrado? Probablemente, a su rivalidad económico-comercial y geoestratégica (cratotrópica, de áreas de influencia ) por el control de los Balcanes (para su posible utilización en el propio beneficio), pero también a la expansión neoliberal, que no puede ni quiere admitir “disidentes”, especialmente si los considera “de los suyos”, “europeos” (prestigio o influencia ideológica). Ningún sistema imperial lo ha hecho a lo largo de la historia<sup>475</sup>, y nada hace pensar que Estados Unidos, que lleva casi cincuenta años considerando a la pequeña Cuba como una amenaza a su seguridad nacional, vaya a ser diferente. Belgrado, con su exacerbado nacionalismo, obstaculizaba el adecuado reparto

---

<sup>474</sup> VIDAL-BENEYTO, José, *Incógnitas a los 25 días de guerra*, Diario *El País* (España) de 16 de abril de 1999.

<sup>475</sup> TUCÍDIDES, «para una ciudad que detenta un imperio, no es ilógico lo que le conviene [...] Hay que ser enemigo o amigo según las circunstancias particulares o la oportunidad», *Historia de la Guerra del Peloponeso*, VI, 85, Cátedra, Madrid, 2002, pág. 553.

de zonas de influencia geopolítica, lo que hoy día es lo mismo que decir de influencia económica, de los Balcanes. Reparto en el que Alemania (y, por lo tanto, indirectamente Europa) tendría las manos libres para extender el “área del marco” hasta el corredor de “interés americano” formado por el eje Albania-Macedonia-Bulgaria-Turquía, que, además de su secundario papel de cinturón sanitario respecto a la todavía hipernuclearizada Rusia, y a la en ese momento todavía no plenamente integrada Grecia, le proporcionaría una segura retaguardia y zona de libre tránsito para el acceso a las conflictivas, sensibles y energéticamente importantes áreas del Cáucaso y de Oriente Próximo.

La “disidencia” que representaba el Gobierno de Belgrado ponía, asimismo, en peligro, debido al complicado rompecabezas de minorías repartidas por todos los territorios de la zona, la deseada y necesaria “estabilidad” —aunque a ambos lados del Atlántico entiendan y pretendan objetivos diferentes con esta expresión aplicada a los Balcanes— cuya alteración podría haber llegado a enfrentar a diferentes países occidentales con diferentes intereses (entre los cuales, y posiblemente no el menor, el del reparto de cuotas de refugiados) en diferentes países de la zona, debilitando en última instancia la relación transatlántica e, incluso, obstaculizando o retrasando la misma construcción europea.

Éste es el cúmulo de razones, explícitas (racionalización) y profundas (ocultas), por el que el régimen de Belgrado debía cambiarse, como al final así se ha conseguido, y por el que resultaba ‘conveniente y oportuno’, por emplear las palabras de Tucídides de la cita a pie de la página anterior, apostar por la desmembración de Yugoslavia y de Serbia, pero no de Croacia, Bosnia-Herzegovina o Macedonia, sin permitir, al mismo tiempo, ni la gran Croacia, ni la gran Serbia, ni la gran Albania. Autodeterminación por Repúblicas, pero cuando sea ‘conveniente y oportuno’ por pueblos, como en Kosovo. Utilizando para ello, como no podía ser de otra manera, todas las formas de ejercer el propio poder.

El poder blando (función creadora del poder o influencia ideológica), que racionaliza, justifica y legitima estas razones. Como cuando se alega la defensa de los derechos humanos, la protección de la población civil de Bosnia-Herzegovina y de Kosovo, el derecho a la independencia de las Repúblicas o el derecho a la

autodeterminación del pueblo albanokosovar; ocultando (racionalización esotérica, es decir, no explícita para la opinión pública) por qué se admitía para eslovenos, croatas, bosnios y kosovares, un derecho de secesión que se negaba a los serbios de Croacia (de la Krajina y de Eslavonia) y Bosnia (República Srsпка) e, incluso, hoy día, a los del propio Kosovo; por qué se permitía el adiestramiento y equipamiento (por la *Military Professional Resources Incorporated*) del Ejército croata, y el rearme de éste, del Consejo de Defensa bosniocroata y de la Armija bosniomusulmana, a pesar del embargo y de las propias operaciones occidentales en el Adriático y en el Danubio para imponerlo y vigilarlo; o por qué se abandonó a la administración clandestina de Rugova a su suerte mientras se permitía la presencia de la *Military Professional Resources Incorporated* (como *DynCorp*), una vez más, en Kosovo en el otoño de 1998, coincidiendo, curiosamente, con el fortalecimiento, reequipamiento y protagonismo del Ejército de Liberación<sup>476</sup>.

El poder duro no violento (función conservadora del poder o presión económica), como la financiación de los rearmes eslovenos, croata, bosniaco y albanokosovar (Ejército de Liberación de Kosovo), los créditos selectivos, las sanciones, la promesa de integración en la Unión Europea, el apoyo económico a los municipios serbios regidos por la oposición a Milosevic (Programa Energía por Democracia) o el reparto de la ayuda a la reconstrucción en Bosnia-Herzegovina con un 95% para la Federación croatomusulmana y un 5% para la República Srsпка.

Y, por último, cuando ‘los propios deseos y aspiraciones’ no pueden llegar a ser satisfechos por las modalidades anteriores, la guerra (función represora del poder o poder duro violento), como con las operaciones Fuerza Deliberada sobre la República Srsпка en agosto-septiembre de 1995 y Fuerza Aliada sobre la República Federal Yugoslava en marzo-junio de 1999, continuadas por las vigilantes operaciones de estabilización de la OTAN (Fuerzas de Aplicación, IFOR, Estabilización, SFOR, y de Kosovo, KFOR) y de la Unión Europea (EUFOR), que sostienen a los protectorados internacionales, la Oficina del Alto Representante, en Bosnia-Herzegovina, y la Misión de las Naciones Unidas (MINUK), en Kosovo, que están implantando el neoliberalismo en esos territorios.

---

<sup>476</sup> VEIGA, *op. cit.*, pág. 450.

¿Por qué, sin embargo, no se ejerció este poder para acabar definitivamente con el régimen de Milosevic aprovechando la coyuntura kosovar, la acción militar sobre la República Federal Yugoslava, y la presencia de las fuerzas de la OTAN en su territorio, si, después de todo, ése era también uno de los intereses que había que satisfacer? La respuesta, quizás, pueda encontrarse en la situación similar creada en 1991, tras la liberación de Kuwait. En primer lugar, ¿a quién tenía Occidente para reemplazar a Milosevic? Pero, sobre todo, ¿quién o qué partido, facción o movimiento social en Serbia estaba (y la pregunta continúa siendo pertinente, ¿está?) dispuesto a asumir la responsabilidad de acordar la independencia de Kosovo? Ante la evidencia de que la contestación a estos interrogantes es “nadie” y “ninguno”, se volvió a elegir la estrategia ya desarrollada con Irak: el acoso y derribo lento y sistemático mediante sanciones (que, en cualquier caso, nunca han llegado a adquirir el carácter “inhumano” del caso iraquí), es decir, las modalidades de la presión económica y la influencia ideológica, con cuya combinación se fabricarán las célebres “revoluciones de colores”, que acabarán con el régimen de Milosevic en las elecciones de octubre de 2000 e inducirán, ya con la nueva Administración (*neoon*) estadounidense en el poder desde enero de 2001, su detención (1 de abril de 2001) y extradición a La Haya (29 de junio de 2001).

Por otra parte, la Operación aérea de imposición Fuerza Aliada también introdujo una diferencia sustancial en la forma de imponer el nuevo orden mundial, como, en cierta medida, lo habían hecho las innovaciones que supusieron la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas en Bosnia-Herzegovina, la operación Fuerza Deliberada en la República Federal Yugoslava, y la Fuerza de Aplicación de la OTAN en Bosnia-Herzegovina. La novedad de Fuerza Aliada fue que esta vez, a diferencia de las anteriores, incluidas las operaciones Escudo y Tormenta del Desierto contra Irak, pero en la estela de la Zorro del Desierto contra este mismo país, se llevó a cabo no solamente sin consentimiento del Consejo de Seguridad, sino eludiéndolo conscientemente (para evitar, en este caso, el veto ruso y, quizás, el chino). En realidad, desde hacia varios meses, el Consejo de Seguridad venía siendo progresivamente sustituido en la gestión de la crisis kosovar por el más informal Grupo de Contacto, como ya se ha analizado.

La racionalización de esta evidente vulneración de la Carta de las Naciones Unidas se centró en el doble plano de, por una parte, el por entonces emergente concepto de la seguridad humana, según el cual el “mundo civilizado” no podía permitir la limpieza étnica, el genocidio y la expulsión masiva que las autoridades serboyugoslavas estaban ejerciendo sobre la población albanokosovar —cuya comparación con otras situaciones de similares (cuando no más dramáticas) características ya se ha analizado anteriormente— y de, por otra parte, curiosamente, la propia defensa del Consejo de Seguridad (que, sin embargo, se estaba obviando intencionadamente), cuyas resoluciones, se argüía, estaban ignorándose sistemáticamente por las autoridades de Belgrado.

La racionalización esotérica, sin embargo, marchaba por otros derroteros. Desde el punto de vista estadounidense se fundamentará en el llamado ‘nuevo realismo político’, ya descrito en el epígrafe que analiza la ideología neoliberal y las estructuras económicas y políticas internacionales que está imponiendo<sup>477</sup>, según el cual, por las mismas razones de realismo político que, tras la Segunda Guerra Mundial, los vencedores de ésta pudieron imponer el orden mundial más conveniente a sus intereses y valores, los vencedores de la Guerra Fría tendrían el derecho y la facultad de hacer lo mismo tras ella, debiendo prevalecer la legitimidad derivada de esta victoria sobre la antigua legalidad (Carta de las Naciones Unidas) cuando ambas resulten contradictorias o incompatibles. Desde el punto de vista europeo, por el contrario, se fundamentará en el llamado ‘multilateralismo eficaz’, también descrito en el mismo epígrafe de esta Tesis anteriormente citado, según el cual, la autorización para el uso de la fuerza en las relaciones internacionales descansa en el Consejo de Seguridad, es decir, en el multilateralismo, pero reconociendo que, frente a situaciones de emergencia en las que esté en juego la seguridad humana, según el criterio de las propias potencias europeas, este multilateralismo debe ser eficaz, y, por lo tanto, si es necesario, las acciones que deban tomarse (que las propias potencias europeas consideren que deben tomarse), no tienen por qué ajustarse al Derecho Internacional vigente, que exige la autorización del Consejo de Seguridad.

---

<sup>477</sup> Ver epígrafe 5.3. El neoliberalismo como ideología, págs. 119 y 120.

La guerra con la que finaliza la crisis de Kosovo va a coincidir en el tiempo, por otro lado, y es difícil de aceptar, una vez más, la simple casualidad, con la adopción por la OTAN de un Nuevo Concepto Estratégico en la Cumbre de Washington de los días 23 y 24 de abril de 1999, aprovechando los fastos de su quincuagésimo aniversario y del ingreso de los tres primeros antiguos miembros de su antaño adversario el Pacto de Varsovia, cuando la guerra, que se justificará sobre la base de esta nueva versión informal del Tratado del Atlántico Norte, hace ya más de un mes que se desencadenó. Un nuevo concepto estratégico que precisamente asignará a la Organización las tareas, adicionales a la inicialmente prevista en el Tratado de 1949, de prevenir los conflictos y gestionar las crisis, por medios políticos y militares, que pudieran surgir en el área euroatlántica, velando no sólo por la defensa de los signatarios del Tratado, sino asimismo por la estabilidad de esta región euroatlántica<sup>478</sup>. Estrategia que habiéndose aplicado ya en Bosnia-Herzegovina, con anterioridad incluso a su propia conceptualización, no podía encontrar mejor ratificación que la resolución de una crisis de parecidas características, la humanitaria y la mediática entre otras, en el mismo escenario y con un mismo culpable fácilmente identificable, el régimen del presidente Milosevic.

La guerra con la que finaliza la crisis de Kosovo marcó, de igual manera, el punto de inflexión a partir del cual la Unión Europea decidirá independizar sus políticas de seguridad y defensa de las de su gran aliado atlántico. Una progresiva autonomía, más que real independencia, al menos por ahora, que, como casi todos los avances de la construcción europea, adoptará la forma de dos pasos adelante y uno atrás, dando la sensación permanente de que no se progresa, hasta que pasado un cierto tiempo, se mira hacia detrás y empieza a percibirse que realmente hay diferencias, sin necesidad, por otra parte, de que en realidad haya pasado tanto tiempo. La crisis de Irak en el primer semestre de 2003, a tan sólo cuatro años de la de Kosovo, sea probablemente el mejor ejemplo de esta relativa independencia, como se vio en el apartado<sup>479</sup> correspondiente.

La razón de que la, aparentemente de poca entidad para la OTAN, guerra por Kosovo (nunca se la denominará guerra, ni siquiera conflicto armado, sino simplemente

---

<sup>478</sup> *Concepto estratégico de la Alianza Atlántica*, aprobado por los jefes de Estado y gobierno de los países miembros en la reunión del Consejo del Atlántico Norte celebrada en Washington los días 23 y 24 de abril de 1999.

<sup>479</sup> Ver apartado 5.5.2. Las guerras iraquíes, págs. 146 a 183.

“campana aérea” o “bombardeos sobre”), supusiera un importante aldabonazo sobre la conciencia de los dirigentes europeos consistió, como ya se ha comentado en otro momento de esta Tesis<sup>480</sup>, en que se hizo patente la existencia de una brecha tecnológica, pero también mental, entre ambas orillas del atlántico, durante las operaciones aéreas. En efecto, las diferencias en el nivel tecnológico de determinados sistemas de armas estadounidenses y europeos, así como las diferencias en la valoración de ciertos procedimientos de combate y de ciertos requisitos para la selección de objetivos que había que batir, reavivaron, por un lado, la determinación de los dirigentes políticos y militares estadounidenses por las actuaciones unilaterales libres de las ataduras del imperativo consenso exigible en las organizaciones multinacionales, dando cuerpo a la teoría que más tarde se popularizaría con el lema de ‘debe ser la misión la que determine la coalición y no la coalición la que determine la misión’; y reavivaron, por otra, la necesidad, hecha virtud, de los países europeos, conscientes de la deriva norteamericana después de sus dificultades en la operación Fuerza Aliada, de acelerar una progresiva desvinculación que, de no llevarse a cabo, podría poner en riesgo el prestigio (influencia cultural) de la Unión Europea en el mundo —‘poder ocupar en el mundo el lugar que nos corresponde’ será el *leitmotiv* con el que se racionalizará esta necesidad cratotrópica de poder influir— e, incluso, afectar al propio proceso de unificación.

Una progresiva desvinculación que tendrá sus hitos más representativos en, a) la reunión franco-británica de Saint Malo en noviembre de 1998 (cuando las diferencias sobre la actuación en Kosovo empiezan a ser patentes); b) la propuesta franco-alemana de mayo de 1999 para que la Unión Europea pueda recurrir al Eurocuerpo, formado por tropas alemanas, belgas, españolas, francesas y luxemburguesas, sin dependencia operativa de ninguna organización internacional, para sus operaciones de gestión de crisis; c) en la cumbre del Consejo Europeo de Colonia en junio de 1999 (recién finalizada la guerra de Kosovo); y d) en el cumbre del Consejo Europeo de Helsinki en diciembre del mismo año (cuando las experiencias de la guerra de Kosovo pueden ser ya plenamente valoradas). Momentos a partir de los cuales, los avances de la Unión Europea, en materia de seguridad y defensa, son importantes, tanto en los aspectos políticos como en los puramente militares o de capacidades, aunque inevitablemente

---

<sup>480</sup> Ver apartado 5.5.2. Las guerras iraquíes, págs. 162 y 163.



sigan viéndose como excesivamente lentos por algunos y como excesivamente rápidos por otros. Un avance del que el documento *Estrategia europea de seguridad* de diciembre de 2003, y las previsiones y prescripciones en materia de política exterior, seguridad y defensa del recientemente firmado, en diciembre de 2007, Tratado de Reforma o de Lisboa, que no hace sino reproducir las del *non nato* proyecto de Tratado por el que se establece una Constitución para Europa, son, de momento, su última y mejor expresión.

Mientras, en Kosovo, y en tanto no se encuentre el momento propicio —que parece no haberse encontrado todavía— para oficializar con la independencia su *de facto* segregación de Serbia, se reproducía el esquema bosnio: un protectorado internacional, esta vez bajo administración de las Naciones Unidas (MINUK), sostenido y protegido por una operación de estabilización de la OTAN, la Fuerza de la OTAN en KFOR (KFOR), que aunque han resuelto con eficacia, como en Bosnia-Herzegovina, los problemas de la violencia y de las violaciones de los derechos humanos, lo que permite seguir considerando a la Operación Fuerza Aliada como “injerencia humanitaria”, no parece haber sido capaz, sin embargo, de resolver los problemas sociales, económicos y de discriminación (esta vez contra los kosovares de cultura serbia) del territorio, ni mucho menos el gran contencioso político del estatus final acordado para el mismo<sup>481</sup>.

En la antigua Yugoslavia, especialmente en los dos territorios, Bosnia-Herzegovina y Kosovo, que han sufrido —o se han beneficiado de, según se mire— la intervención armada (injerencia) occidental, la oposición entre el identitarismo legitimador neoliberal globalizador y uniformador y el identitarismo de resistencia nacionalista serbio se ha saldado, por tanto, con una evidente victoria (imposición) del primero, mediante un proceso, una política, que, en cierta forma, invierte la célebre fórmula de Clausewitz, ya que, primariamente impuesto por la guerra —operaciones bélicas de combate Fuerza Deliberada y Fuerza Aliada y operaciones de estabilización

---

<sup>481</sup> Este contencioso entró en una nueva fase el 18 de febrero de 2008, cuando el texto de esta Tesis ya estaba finalizado. En esta fecha, Kosovo se declaró independiente de forma unilateral, pero aceptada, e incluso inducida, por Estados Unidos y las principales potencias europeas. Como no podía ser de otra manera, dada la abrumadora mayoría, más del 80%, de población kosovar de cultura albanesa y, por tanto, partidaria de la independencia y de la segregación de Kosovo, y de la postura estadounidense y, en consecuencia, de la OTAN, favorable a dichas independencia y segregación, desde el primer momento del estallido de la crisis kosovar, en la segunda mitad de la década de los noventa del pasado siglo.

posteriores— se continúa (se mantiene) por otros medios políticos, la presión económica y, sobre todo, la influencia ideológica (poder blando o función creadora del poder), como demuestra la común aspiración de todos los entes resultantes de la desmembración de Yugoslavia, de incorporarse lo antes posible y de la forma más completa posible a la Unión Europea. No sólo la guerra es la continuación de la (misma) política por otros medios, sino que, asimismo, la (misma) política se continúa, tras la guerra, por otros medios (¿Deleuze y Guattari?).

Es decir, que en los Balcanes del cambio de milenio, también parece cumplirse la versión del aforismo de Castells, que esta Tesis preconiza como hipótesis: que el conflicto político entre el neoliberalismo globalizador y uniformador y el identitarismo de resistencia, serbio, en este caso, ha dado, y sigue dando, forma a lo que alguna vez se llamó Yugoslavia —y todavía seguimos llamando con frecuencia la antigua Yugoslavia— y a sus habitantes.

#### **5.5.4. Las guerras afganas**

La crisis afgana, como se verá con más detalle al tratar del islamismo en el capítulo 6, tiene su origen próximo en la rivalidad de las dos facciones en las que los comunistas afganos están divididos en 1978, cuando se hacen con el poder mediante un golpe de Estado con el apoyo del Ejército. Inicialmente logra imponerse la facción *khalq* (pueblo), más doctrinaria y nacionalista que su rival *parsham* (bandera), más realista y prosoviética, cuyos cuadros dirigentes se ven obligados a exiliarse en la Unión Soviética. Sin embargo, el régimen que intentan imponer los *khalq* es rechazado por la mayoría de una población rural y tradicionalista, muy apegada a sus prácticas islámicas y a sus costumbres locales, que, siguiendo su inveterada tradición histórica, se subleva contra el poder central, dirigida por sus señores naturales, los jefes clánicos y tribales. Una articulación social, que será la articulación guerrera que se mantenga en las sucesivas fases posteriores, y que aún perdura en nuestros días frente a la pretendida incompreensión del mundo neoliberal, que tras haber exaltado a estos “señores feudales” como *muyahidines* (luchadores por su fe) cuando luchaban contra los soviéticos y como “combatientes de la libertad” cuando lo hacían contra una de sus propias múltiples versiones, los *taliban*, son tildados, en la actualidad, cuando rechazan la imposición de estructuras sociales (políticas y económicas) de tipo occidental —como en su día

rechazaron el tipo de sociedad “socialista” que se pretendía imponerles— de “señores de la guerra” y de “narcotraficantes”.

La situación afgana atraerá rápidamente la atención de las dos grandes potencias de la Guerra Fría. Estados Unidos, viendo la posibilidad de desestabilizar un régimen de una u otra forma inserto en la órbita soviética, comienza a apoyar con dinero y armas, a través de su aliado en la zona, Paquistán, a los *muyahidines* islámicos, mientras la Unión Soviética, temerosa de perder la oportunidad de poder crear un nuevo régimen satélite en el geoestratégicamente bien situado Afganistán y temerosa de la posible influencia que la rebelión *muyahidin* pueda tener en sus propias repúblicas centroasiáticas, decide, en diciembre de 1979, “apoyar” la citada rebelión *muyahidin* invadiendo el país, derrocando al régimen *khalq* de Hafizullah Amin y sustituyéndolo por el régimen de “soberanía limitada” del *parsham* Babrak Karmal, dispuesto a confraternizar con los jefes clánicos y tribales y sus *muyahidines*. Pero la presencia extranjera e infiel no sólo no logra apaciguar los ánimos, sino que exacerba la resistencia<sup>482</sup>. A partir de este momento, la guerra antisoviética en Afganistán se convertirá en una de las prioridades del bloque occidental, concretamente de Estados Unidos.

Pero la guerra (eleuterotrópica) de liberación afgana contra los soviéticos tenía, como cualquier otro conflicto, no solamente su dimensión local —régimen comunista contra sociedad islámica, clánica y tradicionalista— y mundial —enfrentamiento entre bloques de la Guerra Fría— sino también una doble dimensión regional. Por un lado, las aspiraciones (cratotrópicas) de Paquistán de convertir a Afganistán en un país satélite, afianzando así su carácter de potencia regional, basándose en la continuidad étnica *pastún* —la más numerosa de Afganistán, aproximadamente el 40% de su población— a ambos lados de la frontera afgano-paquistaní y en la afinidad ideológico-religiosa islámica, muy arraigada, como hemos visto, en la población afgana, y base del régimen islamizante paquistaní del momento del general Zía ul-Haq<sup>483</sup>. Y por otro, la rivalidad entre la Arabia Saudí wahabita y el régimen iraní surgido de la revolución islamista de principios de 1979 por el control ideológico del mundo musulmán, como también se

---

<sup>482</sup> KEPEL, Gilles, *La yihad. Expansión y declive del islamismo*, Península, Barcelona, 2001, págs. 205 a 215.

<sup>483</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 219 y 220.

explicará con más detalle en el capítulo 6, siguiente, dedicado al islamismo. El objetivo saudí es wahabizar la resistencia islámica afgana aprovechando que el factor religioso se ha convertido, junto al nacionalista y el de evitar la revolución de las costumbres, en una de las banderas de esta resistencia. Cuenta para ello con el apoyo y la complicidad de Estados Unidos, que, sin embargo, tiene su principal aliado en el contencioso afgano en Paquistán, con quien Arabia Saudí entrará, en consecuencia, en una cierta rivalidad.

Con objeto de asegurarse de que sus donaciones a la resistencia *muyahidin* no se confundan con los flujos procedentes de Paquistán (fundamentalmente estadounidenses), no se pierdan en el caos de clientelismos y corrupciones afganos y de que lleguen a los destinatarios deseados *ex profeso*, Arabia Saudí se ve obligada a organizar su propia red de apoyo y distribución, el Consejo de Coordinación Islámica y la Oficina de Servicios, organizadas y dirigidas por el intelectual islamista palestino Abdallah Azzam en la zona de Peshawar (Paquistán), donde, inicialmente, se concentran los voluntarios musulmanes de todo tipo de países, que viajan a la zona como miembros de la Media Luna Roja y de organizaciones humanitarias islámicas no institucionales<sup>484</sup>. Sin embargo, el entusiasmo de estos voluntarios y la eficaz labor del proselitista Azzam les lleva pronto a trascender su inicial labor humanitaria y de apoyo financiero, y a empezar a organizarse también militarmente, con la intención de combatir al lado de sus hermanos afganos. La creación de campamentos de adoctrinamiento y adiestramiento se convertirá rápidamente en un polo de atracción para toda una masa de jóvenes musulmanes, mayoritariamente pobres (en paro), pero formados (escolarizados y en muchos casos universitarios), que se han adscrito al islamismo como vía identitaria de escape frente a la frustración y la desesperanza.

En este contexto es en el que hace aparición Osama Ben Laden, antiguo discípulo universitario de Abdallah Azzam y miembro de una de las familias más ricas e influyentes de Arabia Saudí. Al principio, su presencia en la zona tiene por objeto financiar y encauzar fondos para el Consejo de Coordinación Islámica y la Oficina de Servicios, pero hacia 1986, Ben Laden ya ha establecido sus propios campamentos de adoctrinamiento y adiestramiento en el interior de Afganistán, donde se hace célebre por su generosidad con la causa, su particular encanto personal y el valor demostrado

---

<sup>484</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 221 y 222.

cuando entra en combate para demostrar su auténtico compromiso. En 1988, financia la informatización de las estructuras e inventarios de los voluntarios musulmanes, que a estas alturas ya se denominan a sí mismos ‘salafistas yihadistas’ y que Occidente engloba como unos elementos más de los *muyahidines* (luchadores por su fe). La base de datos (*al-qaeda* en árabe) obtenida de la informatización de las estructuras e inventarios de estos voluntarios, será la que dé nombre a la mentalidad, a la organización y a la ideología con la que el mundo neoliberal deberá enfrentarse solamente unos años más tarde.

En plena guerra, perdida por no ganada, de Afganistán, surgen en la Unión Soviética los movimientos de reforma (*perestroika*) y transparencia (*glasnost*) fomentados por Gorbachov, que permiten que empiecen a salir a la luz las numerosas contradicciones y fracasos del régimen soviético, entre ellos, los de la propia guerra afgana, lo que inducirá la retirada de sus tropas en los primeros meses de 1989, dejando en su lugar al inerte régimen, teóricamente comunista, de Mohamed Nahibullah, que acabará convertido, desde sus particulares concepciones ideológicas, en uno de los numerosos reinos de taifas del ajedrez afgano.

La retirada soviética precipita, como no podía ser de otra manera, algunas otras retiradas. La primera, la de Estados Unidos, mucho más interesado, a estas alturas de la entrada de la década de los noventa del siglo XX, en lo que está ocurriendo en la Europa del Este y en la propia URSS, y ya sin necesidad de gastar tan ingentes cantidades de fondos en una guerra que, desde su punto de vista, ha ganado. Paquistán vuelve a quedarse sólo con sus propios intereses, encauzando su ayuda hacia las facciones *pastunes*, especialmente hacia la de su gran protegido el islamista *pastún* Hekmatyar. Por su parte, Arabia Saudí, con su islamismo rival iraní, parcialmente anulado por su enfrentamiento con un país árabe en la guerra irano-iraquí, y por sus erróneos intentos de rivalizar con ella en el protagonismo de las peregrinaciones a la Meca, también considera que ha ganado “su” guerra, al haberse implantado en el área, y haber implantado en ella una deuda de gratitud por su ayuda; además, cree que podrá manejar en el futuro a los salafistas yihadistas, que ella misma ha creado, como sus propias legiones. Una criatura, que, a modo del monstruo de Frankstein, se volverá incontrolable, e incluso contra ella, como veremos a continuación.

Los salafistas yihadistas, por su parte, comenzarán a regresar a sus países de origen, exilio o acogida, pero no con el sentimiento del deber cumplido —su incidencia en la guerra afgana había sido, en realidad, bastante limitada— sino, por el contrario, con la sensación de misión inacabada, de que el único sentido de sus vidas (por eso se consideran yihadistas) es contribuir a que el verdadero Islam, el gobierno según el Corán, la *sharía* y la *sunna*, el Islam de sus ancestros (*salaf* en árabe, por eso se consideran salafistas) vuelva a imperar en todo *Dar al Islam* (la tierra de los creyentes), para lo que, si es necesario, se sienten autorizados a utilizar la violencia (es el sentido de *yihad* como guerra santa con el que se les ha imbuido en Peshawar y los campos de Afganistán) contra los impíos (los gobernantes laicos o corruptos del mundo musulmán) o contra los infieles (los occidentales que los apoyan y sostienen). Por eso, su regreso es visto en la mayoría de sus países de origen con recelo e inquietud, estigmatizándolos peyorativamente como “los afganos” (lo que da lugar a su generalización mediática en Occidente como “los árabes afganos”). Una inquietud y un recelo que la realidad demostrará justificados algunas veces, en cuyo caso dejarán de ser llamados “los afganos” o “los árabes afganos” para pasar a ser denominados “fundamentalistas”, “integristas” o “terroristas”.

Mientras tanto, Irak ha invadido Kuwait (agosto de 1990) y amenaza con la posibilidad de hacer lo mismo con Arabia Saudí. Osama Ben Laden, curtido en Afganistán, ofrece a la Monarquía de su país a los estructurados, organizados, entrenados y motivados miembros de su ‘base de datos’ o *al-Qaeda* para defender la frontera; pero la Monarquía saudí no sólo no tiene en cuenta la oferta, sino que —voluntaria o forzadamente— pide auxilio a su aliado y protector, Estados Unidos, permitiendo que las tropas de este país se asienten en la sagrada tierra del profeta y desde ella combatan a otros musulmanes, no sólo con la fuerza de las armas, inicialmente, sino, más tarde, con la crueldad de las despiadadas sanciones. Ni Ben Laden, que en agosto de 1996 emite, a modo de *fatwa* (edicto islámico), su Declaración de la Yihad contra los Judíos y los Cristianos, y un par de años después, en febrero de 1998, crea el Frente Islámico contra los Judíos y los Cristianos, ni los salafistas yihadistas, ni otros muchos movimientos y personalidades islamistas perdonarán a partir de ese momento a la Monarquía saudí por su traición, ni a Estados Unidos, y al mundo occidental en general, por su prepotencia, por su imperialismo y por infringir y permitir el sufrimiento de los creyentes musulmanes en Palestina (ocupación e Intifada), en

Argelia (a partir de la anulación de la victoria electoral islamista en 1992), en Filipinas (Frente Moro —después Islámico— de Liberación Nacional), en Bosnia (1992-1995), en Kosovo (1989-1999) o en Chechenia (desde 1994).

La Guerra Fría acababa de finalizar con la victoria neoliberal; la Guerra del Golfo, esa especie de “el mundo contra Irak”, también, y también con victoria neoliberal; pero empezaba a entretenerse un nuevo tipo de guerra, que reuniendo características que ya estaban en los contextos precedentes, resulta novedosa, y en cierto modo desconcertante, debido a la especial conjunción y configuración de estas características. Razón por la cual, sigue sin estar claro si es una guerra, una lucha, un enfrentamiento o “un choque” (de civilizaciones) y, sea lo que sea, entre quiénes. Sin embargo, en lo que a esta Tesis respecta, uno de los contendientes enfrentados sí está definido, porque así se ha intencionadamente seleccionado: el mundo, los Estados y las sociedades neoliberales occidentales (el ‘espacio corazón vínculo trasatlántico’ de la Teoría del Espacio Corazón); y en lo que a este epígrafe se refiere, su contrincante de igual manera: la organización islamista terrorista (salafista yihadista) al-Qaeda, nacida al calor de la guerra afgana contra la invasión soviética, vuelta contra Occidente como resultado de las consecuencias de la Guerra del Golfo contra Irak (1990-1991) y nutrida y alimentada por una nueva eclosión del viejo “rencor histórico” musulmán contra el Occidente colonizador, provocada por la marginación a la que las estructuras neoliberales parecen estar condenando a grandes masas de los países del Sur. Todo lo cual se intenta analizar más detalladamente en el siguiente capítulo 6, dedicado al islamismo.

En este sentido, en fecha tan temprana como el 26 de febrero de 1993 puede considerarse que comienzan los atentados terroristas de inspiración salafista yihadista y carácter transnacional —aunque todavía no pueda hablarse en sentido estricto de atentados de al-Qaeda, que se limitará a recoger la herencia de todos estos prolegómenos— cuando una furgoneta cargada de explosivos estalla en el aparcamiento del *World Trade Center* de Nueva York, provocando 6 muertos y más de mil heridos; el mismo edificio que ocho años más tarde sufrirá uno de los atentados del 11 de septiembre de 2001, lo que le popularizará como “las Torres Gemelas”; un primer atentado contra las Torres Gemelas que siempre le ha sido atribuido a la célula islamista del antiguo wahabita trasmutado en salafista yihadista, jeque Omar Abdel Arman, como

inductor, y a su correligionario Ramzi Yusuf, como supuesto autor material. En 1994 (secuestro de un avión de Air France en diciembre) y 1995 (campana de atentados en el metro y otros lugares públicos entre los meses de julio y octubre), Francia recogerá el testigo con los atentados provocados por el Grupo Islámico Armado (GIA), escisión “afgana” del islamista democrático Frente Islámico de Salvación (FIS) argelino.

1995 acabará (13 de noviembre) con la explosión, ya atribuida a al-Qaeda, de un coche bomba en un centro de entrenamiento de la Guardia Nacional saudí en la capital Riad, con el resultado de seis muertos, cuatro de ellos estadounidenses; seguido el 26 de junio de 1996 por el ataque con camión cargado de explosivos a la Base Aérea norteamericana en Dhahran (Arabia Saudí) (19 muertos y quinientos heridos). El 7 de agosto de 1998, sendos coches bombas situados delante de las Embajadas norteamericanas de Nairobi (Kenia) y Dar el Salam (Tanzania) hacen explosión casi simultáneamente, a pesar de la distancia geográfica entre ambas capitales, demostrando el progresivo perfeccionamiento de los procedimientos de la organización. El atentado produce 301 muertos, 12 de ellos norteamericanos, y varios miles de heridos. Por último, el 12 de octubre de 2000, un ataque con lancha explosiva al destructor norteamericano *USS Cole* provoca 17 muertos y 36 heridos en el puerto de Adén (Yemen).

De todos estos ataques, sólo los atentados a las Embajadas de Nairobi y Dar el Salam serán militarmente contestados, mediante el lanzamiento de 66 misiles de crucero a los campos de entrenamiento de al-Qaeda en Afganistán, donde supuestamente se encontraba Ben Laden (que, sin embargo, no se hallaba allí)<sup>485</sup>, y a las supuestas instalaciones de armas químicas y bacteriológicas de al-Qaeda en los alrededores de la capital sudanesa Jartum (que resultaron ser los laboratorios farmacéuticos *Al Shifa Pharmaceutical Industries*<sup>486</sup>). La fábrica de *Al Shifa* (que en árabe significa ‘relativo a la salud’) *Pharmaceutical Industries* destruida (20 de agosto de 1998) por los misiles de crucero norteamericanos (Operación Alcance Infinito), era la instalación farmacéutica más grande del país, que abastecía la mitad del consumo del mismo de ciertos fármacos, y había sido construida con materiales y tecnología occidental entre 1992 y 1996, dando trabajo a 300 personas. A pesar de ser una instalación abierta al público, los servicios de

---

<sup>485</sup> WOODWARD, *op. cit.*, pág. 23.

<sup>486</sup> GARCÍA CANTALAPIEDRA, *op. cit.*



inteligencia estadounidenses dedujeron que en ella se estaba produciendo gas nervioso VX, porque un colaborador local recogió muestras en el suelo de los alrededores de Ácido Etil-MetaPhosphonotiótico (EMPTA), que entre sus muchas aplicaciones químicas y farmacéuticas sirve también como precursor del VX. Para reforzar el argumento (racionalización), se relacionó a sus ejecutivos locales con los supuestos programas de armas químicas iraquíes, lo que acabó demostrándose completamente infundado.

Estos dos fracasos, la eliminación física de la cúpula de al-Qaeda en Afganistán y la destrucción de instalaciones de guerra química, biológica o bacteriológica en Sudán —aparentemente debidos a errores, o quizás a graves carencias, de los sistemas y procedimientos de obtención y análisis de información de los servicios de inteligencia norteamericanos— son, sin embargo, sintomáticos de la forma en que este país se ha enfrentado desde el primer momento a su célebre ‘guerra total contra el terrorismo’ (*Global War on Terrorism*, GWOT). En primer lugar, demuestra la prioridad que Estados Unidos concede al prestigio (influencia ideológica) sobre la eficacia. Estados Unidos quiere ser visto, probablemente porque considera que eso intimida y facilita que los demás lleven a cabo lo que beneficia a sus intereses (cratotropismo), como alguien poderoso (que puede destruir), implacable (caiga quien caiga) y resuelto (respuestas inmediatas)<sup>487</sup>. Es más importante la percepción del golpe, que lo adecuado del sitio en que se golpea; entre otra razones porque de hacer aparecer como adecuado el sitio donde se ha golpeado, ya se encargará (racionalización esotérica), antes y después del golpe, su poderosa máquina de propaganda, espectacularmente perfeccionada por la herramienta neoliberal de la publicidad.

Por este tipo de razones, tras los atentados de Nairobi y Dar el Salam se buscó atacar —en realidad, debería hablarse de aviso más que de ataque— a los protectores de al-Qaeda, y no directamente a los activos (instalaciones, efectivos, recursos, etcétera) de ésta, de más difícil localización e identificación. Porque, efectivamente, Afganistán y Sudán, se habían convertido en dos países con regímenes, en ese momento, doblemente “disidentes”. Disidentes, en primer lugar, por ser islamistas, es decir, partidarios de organizar la sociedad en función de preceptos (islámicos) distintos de los neoliberales.

---

<sup>487</sup> Lo expresan ellos mismos con la palabra *robust*, de difícil traducción al español en el sentido en que se emplea aquí.

Y disidentes, en segundo lugar, por amparar a la organización terrorista. La precipitación de este “aviso-castigo”, percibida como necesaria, fue probablemente la causa de que se llevara a cabo sin la suficiente (o suficientemente buena) información de los objetivos (era preferible ser visto golpeando a golpear en el sitio adecuado). Pero con ello, Estados Unidos mostraba también una segunda característica de su guerra total contra el terrorismo: llevarla a cabo atacando solamente los síntomas: a los simpatizantes de las organizaciones terroristas, Afganistán y Sudán en este caso; pero nunca las causas: el porqué, estos dos regímenes, por ejemplo, en este caso, simpatizan con las organizaciones terroristas.

La mejor prueba de que las represalias contra Afganistán y Sudán, así como todas las demás medidas de similares características tomadas por Estados Unidos en estos años en relación con al-Qaeda y el terrorismo de raíz salafista yihadista, no fueron lo suficientemente eficaces como para consolidar su prestigio de (*robust*) gran potencia poderosa, implacable y resuelta, que inhibiese de enfrentarse con ella, son los atentados que el 11 de septiembre de 2001 sufre en su propio territorio (Washington y Nueva York) llevados a cabo por una veintena de miembros o simpatizantes suicidas de al-Qaeda, empleando el novedoso procedimiento de utilizar aeronaves civiles de rutas comerciales como terribles armas, cuando se usan como proyectiles contra concentraciones urbanas de población. Unos atentados sobre los que no parece que merezca la pena extenderse, por ser suficientemente conocidos hasta en sus más mínimos detalles, pero de los que conviene recordar que constituyen el episodio más significativo, que no el único —como acabamos de ver en los párrafos precedentes y podemos apreciar a diario en la prensa y otros medios de comunicación— de la guerra contra Occidente, que están llevando a cabo ciertos sectores de la sociedades musulmanas, en nombre de la ideología islamista (identitarismo de resistencia), cuyo análisis detallado se efectúa en el siguiente capítulo 6 de esta Tesis.

La idea de que los atentados del 11 de septiembre de 2001 cambiaron el panorama político y estratégico mundial, como unos años antes lo había hecho el derribo popular del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, es ya un lugar común; sin embargo, ambas fechas míticas hay que tomarlas en su justa medida. De igual manera que la caída del Muro es sólo el momento simbólico, por emotivo, de un proceso que venía gestándose desde hacía varios años y que no se completaría sino en

los siguientes, lo que ocurrirá a partir del simbólico, por dramático, 11 de septiembre también venía gestándose desde el acceso al poder de la Administración Bush en enero de 2001, como ya se ha analizado en otro apartado anterior de esta Tesis<sup>488</sup>. Lo que la nueva Administración va a introducir como novedad respecto a las grandes constantes de la política exterior estadounidense de la época, es su voluntad de acelerar el proceso de implantación *urbi et orbe* del neoliberalismo y de la hegemonía norteamericana, consistente con la ideología que les motiva, popularizada como *neocon*, del ‘siglo XXI como el nuevo siglo americano’ (cratotropismo). En este sentido van sus decididas apuestas, tomadas en sus primeros meses de gestión: ignorar las alertas y el clamor científico y popular por el cambio climático o resucitar nuevas versiones de la “guerra de la galaxias”, con la consiguiente alarma de aliados y competidores<sup>489</sup>.

Nueva actitud de las Administraciones del presidente George W. Bush que, en términos prácticos, implica una mayor predisposición para pasar de las modalidades de imposición económica (presión económica o poder duro no violento) e ideológica (influencia ideológica o poder blando) habituales, a la excepcional modalidad militar (guerra, ataque armado o poder duro violento) y, por lo tanto, a rebajar las exigencias y los límites a partir de los cuales esta última modalidad se presenta como “inevitable”. En cualquier caso, la utilización de la fuerza o la amenaza de usarla eran opciones que se planteaban respecto a Irak, como ya se ha visto, o, en menor medida, respecto a Irán, Siria, Libia, Corea del Norte o algún conflicto menor, fácilmente controlable, como los ya analizados en los Balcanes, pero no en Afganistán, a pesar de conocerse la ubicación de los dirigentes y campos de entrenamiento de al-Qaeda en este país, como lo demostraría el hecho de que «[con anterioridad al 11 de septiembre de 2001] el Pentágono, que parecía tener planes de contingencia para las situaciones más estrambóticas, no había previsto nada en relación con Afganistán, el santuario de Ben Laden y su organización»<sup>490</sup>, por lo que los atentados del 11 de septiembre y la negativa del régimen afgano de los *taliban* a colaborar con Estados Unidos para capturar a sus posibles autores o inductores, obligó a la belicosa Administración Bush a plantearse cuál debería ser la respuesta.

---

<sup>488</sup> Ver apartado 5.5.2. Las guerras iraquíes, pág. 168.

<sup>489</sup> WOODWARD, *op. cit.*, pág. 65..

<sup>490</sup> WOODWARD, *op. cit.*, pág. 45.

Inicialmente, el dilema se centra en identificar quién es el enemigo a quien hay que batir, si al-Qaeda, Afganistán o el terrorismo. En principio, al-Qaeda era la autora de los atentados, es decir, el evidente “culpable” al que había que castigar, pero, a su vez, un enemigo difícilmente abatible debido a su carácter clandestino y disperso; Afganistán, por el contrario, era un objetivo físicamente identificable y, en consecuencia, abatible, pero, sin embargo, también era un país soberano sin ninguna participación en los atentados, salvo la de que desde su territorio habían partido las órdenes e instrucciones, como, por otra parte, de Alemania habían partido las personas que los ejecutaron. Las deliberaciones, planes y preparativos de represalia durante las dos siguientes semanas a los atentados hicieron ver que la única opción realista era identificar como enemigo al Afganistán que se negaba a entregar a los autores intelectuales de los atentados, presentándolo como la primera etapa de una guerra total contra el terrorismo «que durará generaciones» —lo cual parece una buena fórmula para dejarse las manos libres durante bastante tiempo— de la que ya formaba parte conceptual la ocupación de Irak como segunda etapa, con Irán y Siria como tercera y última<sup>491</sup>. Una vez más, el razonamiento llevará a Estados Unidos hacia el prestigio y los síntomas.

Sin embargo, el objetivo real de Afganistán, cambiar el régimen de los *taliban* por otro más sumiso y adicto, que, además, de neoliberal, no acogiera a organizaciones terroristas, debía quedar racionalizado (racionalización esoconsciente) por el de al-Qaeda, de forma que para la opinión pública y para la comunidad internacional lo que iba a hacer Estados Unidos (fuese lo que fuese) quedase etiquetado como apoyo norteamericano a los afganos en su lucha por expulsar del país a los (combatientes) árabes (al-Qaeda). Los “afganos” serían los partidos políticos y las partidas guerrilleras, agrupados bajo la heterogénea e inestable Alianza del Norte, y las tribus *pastunes* opuestas al dominio de los *taliban*, a los que la propaganda de guerra, para la que la Administración Bush encontrará el sugestivo nombre de diplomacia pública, debería presentar siempre, bajo la etiqueta de combatientes por la libertad, de forma que para el inconsciente colectivo fuesen algo diferente de los *taliban*, a los que así se les negaría mediáticamente su condición de afganos<sup>492</sup>.

---

<sup>491</sup> WOODWARD, *op. cit.*

<sup>492</sup> WOODWARD, *op. cit.*

Así pues, la diplomacia pública que la Administración Bush pondrá en marcha para racionalizar su represalia contra al-Qaeda, y derrocar al régimen de los *taliban*, se centrará en convencer de que, primero, no es una guerra contra el Islam (lo cual era cierto); segundo, no es una guerra contra el pueblo afgano (pero sí contra una parte de él, en beneficio de otra); tercero, Estados Unidos está ayudando al pueblo afgano contra un invasor (no existía tal invasor); cuarto, Estados Unidos no tiene intención de ocupar Afganistán ni de instalar bases permanentes en él, que, sin embargo, ha acabado llevando a cabo; y quinto, Estados Unidos está apoyando a los afganos en su lucha contra los *taliban* y contra los combatientes ilegales extranjeros; en realidad, estaba utilizando a una de las facciones de la guerra civil afgana para satisfacer sus propios intereses (cratotropismo)<sup>493</sup>.

Una diplomacia pública (influencia ideológica en su forma concreta de propaganda de guerra) que pretende enmascarar, como queda claramente reflejado en la obra del periodista norteamericano Bob Woodward<sup>494</sup>, repetidamente citada en este epígrafe, el afán de venganza y de demostrar el poderío norteamericano (prestigio y cratotropismo) que subyace a todos sus procesos de decisiones y consiguientes acciones. Se pretende que se les tema; no sólo Ben Laden, al-Qaeda o los *taliban*, sino cualquiera que pudiera tener tentaciones de ayudarles o incluso los tibios que duden en colaborar con Estados Unidos en la tarea de castigar a los osados: «Vamos a ir a por ellos. No sólo para que lo vean los estadounidenses. Para que lo vea el resto del mundo»<sup>495</sup>. «O se está con nosotros o se está contra nosotros»<sup>496</sup>. «Aunque sólo los británicos se queden a nuestro lado»<sup>497</sup>. Lo que se pretende, ya no es un nuevo orden mundial basado en la *pax americana*, como el de las anteriores administraciones, sino un nuevo orden mundial identificado con ella, indistinto de ella, es decir, identificado con e indistinto de los intereses estadounidenses.

---

<sup>493</sup> WOODWARD, *op. cit.*, págs. 138 y 145.

<sup>494</sup> WOODWARD, *op. cit.*

<sup>495</sup> WOODWARD, *op. cit.*, pág. 119.

<sup>496</sup> WOODWARD, *op. cit.*, pág. 120.

<sup>497</sup> WOODWARD, *op. cit.*, pág. 130.

Arropado, por tanto, por la racionalización del derecho «a la legítima defensa establecido por el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas»<sup>498</sup> y de la liberación de los afganos —de engañosa formulación— y del castigo a los asesinos de al-Qaeda —de difícil consecución— Estados Unidos desencadena la guerra que le conducirá al único objetivo verdaderamente alcanzable: el derrocamiento del régimen de los *taliban* y su sustitución por algún otro más sumiso y adicto. Una guerra que la Administración tiene prisa por presentar al pueblo norteamericano, irritado y asustado al mismo tiempo por la magnitud y lo sorprendente del ataque del 11 de septiembre. Además, Afganistán, para el que, como ya se ha mencionado, no se tienen ni siquiera planes de contingencia, no tiene ningún Estado vecino sobre el que Estados Unidos pueda acumular las fuerzas y pertrechos necesarios, al modo que se había utilizado el territorio saudí diez años antes para liberar Kuwait. Todo un conjunto de razones que aconsejarán reproducir el modelo empleado en Bosnia-Herzegovina en el verano de 1995: reforzar las capacidades del aliado local, el Ejército croata en Bosnia-Herzegovina, la Alianza del Norte (y ciertas tribus *pastunes* del sur) en Afganistán, para que puedan llevar a cabo la ofensiva terrestre que ocupe y recupere el terreno, y debilitar al enemigo mediante una larga, masiva y aplastante campaña de bombardeos que deshaga sus sistemas logísticos, derrumbe sus posibles defensas e imposibilite sus movimientos. Es decir, el tipo de combate para el que están mejor dotadas las digitalizadas Fuerzas Armadas estadounidenses: empleo a gran distancia (teoría de las bajas cero) de tecnología de gran capacidad de destrucción.

En consecuencia, una vez concluido que el prestigio de Estados Unidos ante el mundo, las posibilidades electorales de la Administración y la incertidumbre de posibles nuevos atentados, no permiten la larga espera de acumular suficientes recursos en las proximidades de Afganistán para un asalto convencional al país (modelo liberación de Kuwait en 1990-1991), se decide acumular lo estrictamente indispensable para que la Alianza del Norte y ciertas tribus *pastunes* del sur opuestas a los *taliban* —a las que finalmente no se logrará movilizar, ni comprar, a pesar de los esfuerzos del futuro presidente Hamid Karzai— puedan iniciar su contraofensiva, y para que pueda llevarse a cabo la campaña de bombardeos aéreos y misilísticos (Operación Libertad

---

<sup>498</sup> REGUEIRO DUBRA, Raquel, *La evolución de la Fuerza de Asistencia para la Seguridad en Afganistán (ISAF), 2001-2007*, Boletín de Información del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN), n.º. 300, año 2007, págs. 61 a 74.

Duradera<sup>499</sup>). Para conseguir el primer objetivo: que la Alianza del Norte y las tribus del sur estuvieran en condiciones y tuvieran la voluntad de iniciar la ofensiva, Estados Unidos infiltra en el país (Operación Libertad Duradera) equipos paramilitares de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) dotados de «grandes maletines metálicos conteniendo millones de dólares en billetes de cien dólares no consecutivos»<sup>500</sup>, equipos de Operaciones Especiales que guíen el apoyo aéreo cercano, que destruya las defensas de los *taliban* y apoye el avance de las distintas partidas de la Alianza del Norte, e ingentes cantidades de armamento, equipo, municiones y alimentos. Para todo lo cual se necesitarán ciertas bases avanzadas y de apoyo en las proximidades de las fronteras terrestres o marítimas afganas. Para que los bombardeos sean posibles, se necesitarán, de igual forma, ciertas bases e instalaciones en tierra que complementen el aparato naval desplegado en el Índico.

Para todo ello, Estados Unidos necesitaba, en el norte, la cooperación de las repúblicas centroasiáticas vecinas de Afganistán (Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán), es decir, en última instancia de la autorización rusa; en el sur, la colaboración de los Estados de la península Arábiga. Conseguirá (y comprará, presión económica) ambas, mucho más fácil, rápida y ampliamente la de los Estados árabigos.

La capacidad de organización y destrucción demostrada por al-Qaeda con los atentados y la impresión de fortaleza y seguridad en sí misma que parecía estar dando, atreviéndose a atacar a la única gran potencia del momento en su propio corazón político y financiero, asustaron a casi todos los actores, incluidos los grupos de la Alianza del Norte, cuyo jefe más carismático, el jeque Masud, había sido asesinado el 9 de septiembre en un audaz ataque suicida, tan sólo dos días antes de los atentados en Estados Unidos. Lo que, unido a la enorme presión política y económica ejercida por este país, posibilitó que los acontecimientos pudieran desarrollarse con relativa rapidez.

El 26 de septiembre, a tan sólo dos semanas de los atentados, el primer equipo paramilitar de la CIA se infiltra en Afganistán y toma contacto físico con la Alianza del

---

<sup>499</sup> La Operación Libertad Duradera fue inicial y desinformadamente (una vez más) denominada Operación Justicia Infinita, nombre que tuvo que ser rápida y un poco clandestinamente modificado debido a las protestas de los países islámicos, ya que Justicia Infinita es una de las expresiones con que es tradicionalmente alabado el profeta Mahoma por los musulmanes.

<sup>500</sup> WOODWARD, *op. cit.*, págs. 162 a 167.

Norte. Dos días más tarde, el 28 de septiembre, se reúne en Alemania la primera conferencia de posibles donantes para la futura reconstrucción de Afganistán. El 7 de octubre, a menos de un mes de los atentados, se inician, desde bases aéreas en el Índico, Uzbekistán, Paquistán, Tayikistán, portaaviones y submarinos, los bombardeos sobre Afganistán, con amplio empleo de nuevos tipos de municiones guiadas por satélite, láser y aviones no tripulados (fuerzas armadas digitalizadas del neoliberalismo), que durarán dos meses, debiendo competir en los titulares de periódicos y telediarios con la aparición de casos de ataques químicos con ántrax, que se han iniciado tres días antes (4 de octubre) en Estados Unidos<sup>501</sup>. Los bombardeos se acompañan ingenuamente de lanzamientos de ayuda humanitaria (comida, mantas, medicinas y folletos de propaganda contra los *taliban*) en un intento de reproducir la campaña vietnamita de ‘ganarse los corazones y las mentes’, de triste recuerdo. Pero siguiendo la teoría de las bajas cero, los lanzamientos se realizan desde gran altura con la consecuencia de una terrible imprecisión e ineficacia<sup>502</sup>. La situación alimentaria era mucho peor en el Afganistán controlado por la Alianza del Norte, que en el controlado por los *taliban*, que era incluso buena para los estándares del país, incluyendo la capital Kabul. Por ello, la campaña de ayuda humanitaria aérea, además de caótica por imprecisa —nunca nadie, ni en el suelo ni el aire, sabía dónde iban a caer las cargas debido a la enorme altitud a la que se lanzaban por razones de seguridad— no consiguió los resultados programados<sup>503</sup>.

El 19 de octubre entran en Afganistán las primeras unidades de las Fuerzas de Operaciones Especiales norteamericanas y el 9 de noviembre, a punto de cumplirse dos meses de los atentados, la contraofensiva contra las tropas del Gobierno de Kabul consigue su primera victoria con la toma de la ciudad de Mazar al Shariff. Cuatro días más tarde se toma Kabul. Toda la mitad norte de Afganistán está en manos de la Alianza del Norte. El sur tardará algo más en caer, pero el 7 de diciembre, a tres meses de los atentados, con la toma de la ciudad bastión de los *taliban*, Kandahar, finaliza la primera guerra afgana, los *taliban* desaparecen de la escena y con ellos sus principales dirigentes, así como los de al-Qaeda, incluido Ben Laden; todos ellos supuestamente

---

<sup>501</sup> WOODWARD, *op. cit.*, pág. 218.

<sup>502</sup> WOODWARD, *op. cit.*, págs. 228 a 234.

<sup>503</sup> WOODWARD, *op. cit.*, págs. 305 a 307.



refugiados en las áreas *pastunes* del oeste paquistaní o en las montañas de Tora Bora cercanas a la frontera entre ambos países<sup>504</sup>.

Aunque el término ‘guerra preventiva’ no se popularizó mediáticamente hasta un par de años más tarde, en los prolegómenos de la ya analizada (tercera) guerra angloamericana contra Irak de 2003, esta (primera) guerra contra Afganistán fue, en realidad, su primer y mejor exponente. El *leitmotiv* básico de cualquier tipo de acción que se llevara a cabo tras los atentados de Washington y Nueva York tenía que ser evitar que algo similar volviera a suceder en el futuro. Y dado que, como se ha visto, las autoridades estadounidenses llegaron a la conclusión, de que la destrucción de los esencialmente ilocalizables e inaprensibles terroristas sólo podía ser una tarea a largo plazo («una guerra que durará generaciones»), cuya ausencia de resultados inmediatos dañaría gravemente el prestigio del país en el mundo, y mermaría considerablemente su capacidad de influencia ideológica (y cultural al tratarse de un contencioso relacionado con la civilización islámica), la única opción factible a corto plazo para “prevenir” posibles acciones futuras similares, era destruir los santuarios desde los que las organizaciones terroristas, al-Qaeda básicamente, las podrían planear y planificar. Afganistán, donde la presencia de al-Qaeda era bien conocida y estaba suficientemente comprobada, en primer lugar; cualquier otro lugar que se detectará en el futuro, después; considerando, o así se creyó, que el ejemplo de Afganistán inhibiría (función disuasoria del aparato militar neoliberal) otros posibles santuarios; y creyendo, de igual forma, que en nombre de esta prevención se tendrían las manos libres para actuar en otros lugares, con tan solo señalarlos (racionalización) como santuarios terroristas.

Porque si bien la prevención de futuras acciones terroristas contra Estados Unidos o contra cualquiera de sus aliados fue la primera causa de la guerra, esta guerra contra Afganistán también tenía, como ya en diferentes momentos de esta Tesis se ha descrito, la finalidad de sustituir al disidente, por anquilosado, islamista y protector del terrorismo, régimen de los *taliban*, por otro más acorde con los presupuestos políticos y económicos neoliberales imperantes en el nuevo orden mundial que se está intentando generalizar a toda la superficie de la Tierra (Teoría del Espacio Corazón). Por ello, esta Tesis prefiere conceptualizar la expresión de moda (y debate) de ‘guerra preventiva’ (o

---

<sup>504</sup> WOODWARD, *op. cit.*

su disyuntiva académica ‘guerra anticipatoria’, *Preventive vs. Pre-emptive War*) como “injerencia preventiva”, en el sentido, ya repetidamente expresado, de considerar la injerencia como la intervención armada (hoy día, del Occidente neoliberal, por ser el único con capacidad política, económica y militar para poder hacerlo) en un Estado soberano o en un territorio con objeto de cambiar su régimen político (de afectar a su «independencia política», si se utiliza la expresión de la Carta de las Naciones Unidas).

Sin embargo, en Afganistán, como después se hará en Irak, se prefirió no seguir el antecedente balcánico (Bosnia-Herzegovina y Kosovo) de crear un protectorado internacional, directamente administrado por las grandes potencias o sus organizaciones internacionales subsidiarias. Probablemente, en primer lugar, por la existencia de actores políticos afganos con pretensiones de ocupar el vacío de poder dejado por los *taliban*: las diferentes etnias, partidas, clanes y tribus que conformaban la Alianza del Norte y similares, que no sólo eran los vencedores oficiales de la guerra, sino que llevaban practicándola para alcanzar el poder, al menos, un cuarto de siglo. Por, en segundo lugar, el carácter unilateral de la acción, llevada a cabo exclusivamente por Estados Unidos, aunque simbólicamente apoyado por pequeñas participaciones operativas de ciertos aliados. Y, en tercero, por el evidente riesgo de intentar gobernar un país musulmán, culturalmente muy islamizado, con una administración que, dadas las condiciones del mundo actual del cambio de milenio, sólo podría haber estado diseñada en función de parámetros occidentales.

Por todo lo cual, se prefirió la fórmula de un gobierno local de soberanía limitada o condicionada, el Gobierno del señor Karzai, vigilado política y económicamente por Embajadas y organismos internacionales de corte occidental (neoliberal), al modo en que estas mismas instituciones orientan a las administraciones de los protectorados balcánicos, y, como en ellos, sostenido, apoyado, protegido (¿y condicionado?) por, en este caso, dos operaciones militares, la básicamente estadounidense Libertad Duradera, que continúa tras la caída del régimen *taliban* con la misión de eliminar sus residuos y los de al-Qaeda e impedir su reproducción, reavivamiento o regreso al país, y la operación de estabilización, inicialmente *ad hoc* y a cargo de la OTAN a partir de agosto de 2003, Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (*International Security Assistance Force*, ISAF), establecida por las

Resoluciones Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas 1.386 (2001) de 20 de diciembre y 1.510 (2003) de 13 de octubre.

La elección para encabezar el nuevo gobierno de soberanía limitada del señor Hamid Karzai, un acaudalado y occidentalizado *pastún*, largamente enfrentado con el régimen *taliban*, que había demostrado su auténtico compromiso con la invasión norteamericana, infiltrándose en el país e intentando un levantamiento en el sur durante la guerra, fue inmediata. Coincidiendo con los últimos combates sobre el terreno en los primeros días de diciembre, se celebra en Bonn (Alemania) la conferencia internacional de la que saldrá el llamado Acuerdo sobre Órdenes Provisionales en Afganistán hasta el Restablecimiento de un Gobierno Institucional Permanente, conocido como Acuerdo de Bonn, de 5 de diciembre de 2001, según el cual, primero, se nombraba una Autoridad Afgana de Transición, que recaía en el señor Karzai; segundo, se acordaba elaborar una nueva Constitución para el país, en función de la cual se celebrarían elecciones; tercero, se solicitaba la creación de una fuerza militar internacional de seguridad para la estabilización del territorio (la futura Fuerza de Asistencia a la Seguridad); y, finalmente, se convocaba a la llamada *Loya Jirga*, una tradicional institución deliberativa afgana, para que sancionase, desde su ancestral autoridad, todos los puntos anteriores. La reunión de la *Loya Jirga*, que tiene lugar en junio de 2002, ratifica el nombramiento del señor Karzai, esta vez como presidente de un denominado Estado Islámico Afgano de Transición, que se transformará en efectivo tras las elecciones de octubre de 2004.

Por su parte, el Mandato inicial de la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (ISAF) asignado por la Resolución 1.386 de diciembre de 2001, como consecuencia de lo previsto en el Acuerdo de Bonn (que prevé una fuerza militar internacional de seguridad), era el de mantener, «utilizando todas las medidas necesarias» (eufemismo diplomático para autorizar el uso de la fuerza), en la capital de Afganistán, Kabul, y sus alrededores, el ambiente general de seguridad que permitiera la reconstrucción física, económica e institucional afgana. Más tarde, sin embargo, este Mandato fue territorial y operativamente ampliado por la Resolución 1.503 de octubre de 2003, según la cual, la Fuerza de Asistencia a la Seguridad podría desplegar en todo el territorio afgano «para que las autoridades afganas y el personal de las Naciones Unidas y otro personal internacional dedicado en particular a operaciones humanitarias

y de reconstrucción puedan actuar en un entorno seguro, y para facilitar la asistencia de seguridad al desempeño de otras actividades en apoyo del Acuerdo de Bonn»<sup>505</sup>.

La expansión territorial de la Fuerza de Asistencia a la Seguridad, que se está llevando a cabo de forma paulatina por imperativos operativos, iba acompañada de un incremento simultáneo de funciones. En lo que respecta a su expansión territorial, su actuación se extendió al norte del país en diciembre de 2003; en mayo de 2005 al oeste; en julio de 2006 al sur; y en octubre de 2006 al este; estas dos últimas, tras sustituirse el Acuerdo de Bonn por el llamado Pacto para Afganistán, acordado en la Conferencia de Londres de 31 de enero y 1 de febrero de 2006, en la que se plantean nuevas metas a alcanzar tras haberse aprobado la nueva Constitución afgana (a imagen y semejanza de las occidentales) en enero de 2004 y haberse celebrado elecciones presidenciales (octubre de 2004) y a la Asamblea Nacional (septiembre de 2005)<sup>506</sup>.

Esta sucesiva ocupación territorial de las fuerzas de la OTAN se articula fundamentalmente con la constitución de nuevos Equipos de Reconstrucción Provincial (ERP) o con la asunción por la Fuerza de Asistencia a la Seguridad o incorporación a ella de los norteamericanos ya existentes en las áreas que se van sucesivamente ocupando. Los Equipos de Reconstrucción Provincial son conjuntos cívico-militares de muy diversa configuración, según el país que los organice, en los que, teóricamente, la parte civil se encarga de la reconstrucción física y del apoyo a la reconstrucción institucional de la zona de responsabilidad asignada al Equipo, y la parte militar, a proporcionar la seguridad y protección necesarios para que puedan llevarse a cabo. Cometido, con el que dichos componentes militares se están viendo progresivamente involucrados en combates contra los distintos tipos de resistencia que han surgido en el país<sup>507</sup>, a los que desde instancias políticas se les está añadiendo los de combate al cultivo de drogas, especialmente del opio (amapola opiácea), y a un difuso terrorismo, que subsume los distintos tipos de resistencia afgana (nacionalista, islamista o simplemente local) bajo las etiquetas de “los *taliban*” y “al-Qaeda”. Por último, la Fuerza de Asistencia a la Seguridad se está haciendo cargo, dentro de lo que comienza a conocerse como cometidos de la Reforma del Sector Seguridad (RSS), de la

---

<sup>505</sup> REGUEIRO DUBRA, *op.cit.*, págs. 61 a 74.

<sup>506</sup> REGUEIRO DUBRA, *op.cit.*, págs. 61 a 74.

<sup>507</sup> REGUEIRO DUBRA, *op.cit.*, págs. 61 a 74.

constitución, financiación, equipamiento y adiestramiento de las nuevas fuerzas armadas (Ejército Nacional Afgano) y policiales (Policía Nacional Afgana).

Dos despliegues internacionales de seguridad (estadounidense el primero, multinacional el segundo), que parecen estar resultando insuficientes, a diferencia de sus homólogos balcánicos, para evitar la reanudación de los combates, que constituyen los dos tipos de guerra que actualmente sigue sufriendo el país. Aunque, en realidad, en Afganistán, dada la complejidad del país, de su sociedad y de la situación, puede hablarse, incluso, de diversas “guerras” o enfrentamientos a múltiples bandas, de relativa inestabilidad e interdependencia. El primer tipo de guerra que puede considerarse que está produciéndose en Afganistán, es el que enfrenta a las diferentes “resistencias” nacionalistas, islamistas y locales (identitarismos de resistencia) con las tropas de Estados Unidos, y, cada vez más, con las de los demás países participantes en la Fuerza de Asistencia a la Seguridad (Operaciones Medusa y Aquiles), como ya se ha apuntado. Entre ellos España, como demuestran los incidentes y bajas acaecidas a lo largo del año 2007. El segundo tipo de guerra correspondería a la que enfrenta entre sí, y con el Gobierno formal de Kabul (identitarismo legitimador), a muchas de estas facciones. Una situación, que, conceptualmente, puede definirse por los mismos rasgos que la de su contemporánea en el cercano Irak, ya analizada por esta Tesis en el apartado correspondiente<sup>508</sup>. De los dos tipos de guerra mencionados, el que enfrenta a Libertad Duradera y a la Fuerza de Asistencia a la Seguridad, o a Estados Unidos y la OTAN, si se prefiere<sup>509</sup>, en nombre del nuevo orden mundial y de las estructuras políticas y económicas neoliberales, a los diversos identitarismos de carácter nacionalista, islamista o localista afganos, es a la que esta Tesis quiere referirse como la segunda guerra afgana o contra Afganistán (al modo en que se habló de la cuarta guerra angloamericana contra Irak). Contra Afganistán, ya que los que combaten contra Libertad Duradera y la Fuerza de Asistencia a la Seguridad son fundamentalmente afganos, aunque no sean todos los afganos ni todos sean afganos, como los que luchan en Irak contra Libertad para Irak son fundamentalmente iraquíes, aunque no sean todos los iraquíes ni todos sean iraquíes.

---

<sup>508</sup> Ver apartado 5.5.2. Las guerras iraquíes.

<sup>509</sup> Sobre el progresivo deslizamiento de la ISAF de operación de estabilización a operación de combate difícilmente distinguible de Libertad Duradera, ver REGUEIRO DUBRA, *op. cit.*, que aporta un excelente análisis jurídico sobre el tema.

Por todo lo cual, puede considerarse que, una vez más parece cumplirse el aforismo de Castells que está sirviendo de hilo conductor a esta tesis: en Afganistán, a la altura del año 2008, el conflicto político entre el neoliberalismo globalizador y uniformador y una serie de identitarismos de resistencia nacionalista, islamista o local está dando forma al país y a la vida de los afganos.

## **6. EL ISLAMISMO COMO IDENTITARISMO DE RESISTENCIA**

### **6.1. Poderosos y subordinados: el mundo colonial**

La relación entre Europa y el mundo islámico a partir de los siglos XV y XVI tiene unos intermediarios privilegiados: el Imperio Otomano, el Imperio Mogol del subcontinente indio y la Persia de las dinastías *safawí* y *qayari*, bajo cuyos cetros se encuentra la gran mayoría de los musulmanes.

Una relación que se va a ver progresivamente condicionada por las necesidades de expansión comercial de una Europa cada vez más necesitada de materias primas con las que alimentar su revolución industrial y tecnológica, y cada vez más necesitada de mercados en los que comercializar sus excedentes. Se inicia, así, una conquista que se desliza desde la imposición de la mejor oferta a la imposición por la amenaza de la fuerza, e incluso por la utilización de ésta cuando sea necesaria, y desde el jalonamiento de establecimientos comerciales a la ocupación física del territorio y a la imposición de gobiernos directamente dirigidos o simplemente teledirigidos desde las metrópolis europeas.

Es el proceso que se conoce como colonialismo, que tiene su fase de máxima expansión a lo largo del siglo XIX y su punto de máximo esplendor en la primera mitad del XX. Cuando estalla la Segunda Guerra Mundial, en 1939, todo el mundo musulmán está bajo dominación europea, principalmente británica y francesa. Cuando acaba, en 1945, no sólo está bajo su dominación, sino también imbuido de los grandes principios con los que las potencias aliadas han justificado y racionalizado las dos grandes guerras, llamadas mundiales, del siglo XX, y en cuyo nombre han movilizado a millones de musulmanes para combatir contra los Imperios centrales primero, y contra las potencias

del Eje después: la libertad y el derecho de autodeterminación de todos los pueblos (la emancipación, el eleuterotropismo, en definitiva).

Basándose en estos principios, y motivadas por estas tendencias, las sociedades musulmanas intentarán copiar el modelo que había permitido la construcción de la poderosa Europa y de sus dos hijos predilectos: Estados Unidos y la Unión Soviética, que, por cierto, acaban de cumplir la mayoría de edad y se han hecho dueños del mundo. Un modelo, cuya base son el nacionalismo y la construcción de Estados nación; una concepción y unas estructuras, en principio, ajenas a la tradición histórica islámica de los califatos, sultanatos y janatos y sus descendientes los imperios otomano, mogol y persa-islámico.

Razón por la cual, en el seno de las sociedades musulmanas también aparecerán otras vías, para satisfacer sus tendencias eleuterotrópicas, más adaptadas a sus características culturales e históricas. Así, por ejemplo, poco antes de que llegase la Segunda Guerra Mundial, que supuso el principio del fin del colonialismo, en 1928, en pleno periodo de entreguerras, surge, en Egipto, un movimiento reformador, la Asociación de los Hermanos Musulmanes, que desde presupuestos diferentes, pero con una finalidad similar: la emancipación de los musulmanes —a través de la reforma del Islam, esta vez—, establecerá con los nacientes nacionalismos un proceso de inicial convergencia, posterior divergencia y final enfrentamiento<sup>510</sup>. Es el antecedente inmediato de lo que hoy día suele conocerse como islamismo. Un islamismo en el que, en cierta forma, se basarán y se apoyarán, cincuenta años después, los nuevos movimientos de carácter islamista de la segunda mitad del siglo XX: la vía árabe al islamismo de Qutb, la vía indo-paquistaní al islamismo de Mawdudi y los deobandí, la vía chií revolucionaria iraní y la vía wahabí (reformada) de la dinastía de los Saud.

El Islam, como cualquier otra doctrina, lleva en cada época la impronta de su tiempo y de su ubicación. El Islam poderoso y seguro de sí mismo de los siglos VIII al XV tendió a producir sociedades bastante más creativas y tolerantes que las oprimidas y subordinadas, rebeldes a los cambios y adaptaciones, que vemos aparecer a partir del siglo XVIII y que conocemos en la actualidad. En contra de lo que muchas veces se

---

<sup>510</sup> BALTA, Paul, *De la Nahda a nuestros días*, en Balta, Paul (comp.), *Islam, Civilizaciones y sociedades*, Siglo XXI editores, Madrid, 1994, págs. 117 a 123.

cree, no son probablemente las religiones las que moldean a las sociedades, sino las sociedades las que moldean a las religiones, como la comparación de los cristianismos de los siglos XIII, XVII y XXI, por ejemplo, mostraría. Por ello, «cuando los musulmanes del Tercer Mundo arremeten con violencia contra Occidente, no es sólo porque sean musulmanes y porque Occidente sea cristiano, sino también porque son pobres, porque están dominados y agraviados y porque Occidente es rico y poderoso»<sup>511</sup> (eleuterotropismo).

Que las modernas propuestas de reforma islámica y los movimientos políticos islamistas a que han dado lugar se consideren, en cierto modo, una herencia de los Hermanos Musulmanes egipcios, es la razón de que esta Tesis estudie su génesis y desarrollo durante la etapa colonial centrándose en un solo país: Egipto, ante la imposibilidad de hacerlo, por razones de extensión, en todos los países y regiones islámicos.

Egipto, provincia otomana desde 1517, gobernada a través de la casta oligárquica de los antiguos esclavos mamelucos, empieza a ser codiciada por británicos, rusos y franceses desde el siglo XVIII, debido a su privilegiada posición geográfica, como punto de paso obligado para la conexión entre el Mediterráneo y el Índico a través del mar Rojo. A partir de 1775, Gran Bretaña consigue derecho de paso por Egipto y dicho mar, lo que disparará la rivalidad francesa, que a los pocos años decide invertir los términos de la influencia europea en el país de los faraones. La invasión y ocupación napoleónica de 1778 se produce, precisamente, a requerimiento del cónsul francés en Egipto para acabar con la discriminación con la que los *beys* (gobernadores mamelucos locales) trataban a los comerciantes franceses en beneficio de los británicos. Napoleón, advertido del enfrentamiento entre *ulemas* y *beys* y del papel que en Egipto había jugado tradicionalmente el Islam en la legitimación de las revueltas contra el Imperio Otomano, se apoya en aquellos. El desembarco anglo-otomano de 1801 pone fin a la presencia francesa. Los otomanos intentan aprovechar esta oportunidad para restablecer su plena autoridad sobre la provincia, hasta entonces sólo nominal e impositiva, ya que la real la ejercían los mamelucos, pero los británicos, imponiendo la restitución de los

---

<sup>511</sup> MAALOUF, Amin, *Identidades asesinas*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, págs. 79 y 80.



*bey* mamelucos, iniciarán el control indirecto de la zona, cuya importancia geoestratégica para sus posesiones coloniales es evidente<sup>512</sup>.

Durante toda la primera mitad del siglo XIX (1805-1848) gobierna Egipto, bajo la atenta mirada británica, el general mameluco de origen albanés Mohamed Alí, que tuvo la habilidad de saber jugar con los intereses contrapuestos de turcos, mamelucos, egipcios y británicos. Durante sus 43 años de gobierno reformó y modernizó Egipto siguiendo tres ejes principales: absolutismo, centralización y expansión territorial (Sudán), intentando «alcanzar a Europa, imitándola». Sus reformas, instigadas por las potencias europeas, que en el fondo eran sus grandes beneficiarias, alcanzaron los más diversos campos: reforma agraria, infraestructuras, desamortización, profesionalización de cuadros militares (confió el mando de su ejército a un antiguo general de Napoleón), burocratización de la administración, occidentalización y tecnificación de la enseñanza, traducción de la cultura occidental, introducción del ideario saintsimoniano, etcétera. Todo ello, a costa de endeudarse, y a pesar de sentirse despreciado, como mostrará en sus cartas a las cancillerías europeas: «siempre he respetado los intereses europeos; entonces, ¿por qué, aunque no sea de su religión, no se me trata humanamente?»<sup>513</sup>.

Su nieto, Ismael (1863-1879) añade, el 8 de junio de 1867, al título de *bey* (gobernador), el de *jedive* (virrey), de carácter hereditario y dotado de poderes para gestionar la política exterior, pero su llegada al poder coincide, sin embargo, con el inicio de una importante crisis económica motivada por el endeudamiento debido a la conjunción de los procesos de modernización iniciados por su abuelo medio siglo antes, sin una paralela modernización de los aparatos productivos, y por las facilidades comerciales sucesivamente concedidas a las potencias europeas. Las finanzas egipcias son, en efecto, cada vez más manejadas por los cónsules francés y británico, y por los representantes de estos países en los gabinetes de gobierno egipcios, especialmente a partir de noviembre de 1876, cuando Gran Bretaña y Francia deciden convertir a Egipto en un Condominio y crear la Comisión Internacional para la Gestión de la Deuda, presidida inicialmente por un francés (el primer presidente sería Ferdinand de Lesseps), vicepresidida por un británico y constituida por otros cinco miembros más, todos europeos. En 1878, el *jedive* cede gran parte de sus poderes al Consejo de Ministros, en

---

<sup>512</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 45 a 48.

<sup>513</sup> MAALOUF, *op. cit.*, págs. 92 a 94.

el que figura un británico como ministro de Finanzas y un francés como ministro de Obras Públicas, con derecho de veto<sup>514</sup>. Unos años antes, en 1872, el gobierno británico ha forzado al *jedive* a venderle sus títulos del recién inaugurado (17 de noviembre de 1869) Canal de Suez, quedándose, así, como su principal accionista.

Esta tutela financiera europea provoca un gran malestar general, especialmente en el Ejército egipcio, cuyos presupuestos y sueldos se ven considerablemente reducidos por la Comisión Internacional para la Gestión de la Deuda. En 1876, se crea la sociedad secreta conocida como el Grupo de Heluán, del que en 1879 saldrá el primer Partido Nacional egipcio. El Grupo de Heluán está constituido por un numeroso grupo de oficiales militares, encabezados por el coronel Orabi Pachá, ciertos sectores de la burguesía y un buen número de *ulemas*, hartos, los primeros, de las arbitrariedades y retrasos en las pagas, temerosos, los segundos, del peligro de la competencia extranjera y del incremento de impuestos, e, irritados, los terceros, por la progresiva occidentalización y desislamización de la sociedad egipcia. El lema del antioccidental y antimameluco, (es decir, antiotomano) Partido Nacional será: “Egipto para los egipcios”, de viejas resonancias reivindicativas. El *jedive* Ismael apoya, aunque con cierta ambigüedad, las reivindicaciones del movimiento, solicitando la destitución del gabinete extranjero, el establecimiento de una cámara representativa y de un gobierno responsable ante ella, y la reforma económica. La respuesta franco-británica fue la deposición del *jedive* y su sustitución por su más sumiso hijo Tawfiq (1879-1892), al frente de un gabinete, en el que los europeos continúan reservándose el derecho de veto.

La sublevación, en septiembre de 1881, del Grupo de Heluán y del Partido Nacional obliga a ceder al nuevo *jedive* y a las potencias europeas, que, en última instancia, deben aceptar a Mahmud Sami, uno de los integrantes del movimiento, como primer ministro y al propio Orabi Pachá como ministro de la Guerra. Gran Bretaña solicita el apoyo europeo, pero Francia se niega a una intervención otomana o anglofrancesa. El 11 de julio de 1882, la flota británica bombardea Alejandría, las fuerzas británicas desembarcan y derrotan al ejército de Orabi el 13 de agosto de ese mismo año, 1882, fecha en la que comienza la ocupación fáctica, si no jurídica, británica de Egipto. En septiembre de 1883, llega a El Cairo, como cónsul general

---

<sup>514</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 60 a 62.

británico y presidente de la Comisión Internacional para la Gestión de la Deuda (gobernador de Egipto en la práctica), Lord Cromer, con la doble misión de consolidar el dominio británico de Egipto y la conquista del Sudán. Las finanzas, la gestión de la deuda y la Compañía del Canal quedaban totalmente en manos británicas. Lord Cromer ejercerá su cargo hasta 1907<sup>515</sup>.

Tras la victoria militar de agosto de 1882 sobre la experiencia protonacionalista del Partido Nacional, el gobierno británico establece sus proyectos sobre Egipto en el documento conocido como la ‘Circular de Lord Granville’ de 3 de enero de 1883, quintaesencia del pensamiento y de los procedimientos del colonialismo europeo decimonónico y que tanto recuerdan ciertas explicaciones y justificaciones de nuestros días:

«El curso de los acontecimientos ha impuesto al Gobierno de Su Majestad la tarea, que hubiera preferido de buen grado compartir con otras potencias, de reprimir la revuelta militar en Egipto y de restablecer la paz y el orden en aquel país. El fin ha sido afortunadamente cumplido; y aunque en la actualidad una parte de las tropas británicas permanezca en Egipto para el mantenimiento de la tranquilidad pública, el Gobierno de Su Majestad desea retirarlas apenas el estado del país y la organización de los medios adecuados para el mantenimiento de la autoridad del *jedive* lo consientan»

La pretensión británica era un acuerdo internacional que, a cambio de garantizar el uso del canal de Suez a todas las potencias, el control de la administración egipcia dejase de ser franco-británico y quedase en sus manos por completo, manteniendo un solo consejero europeo, británico naturalmente, nombrado por el *jedive*, con libertad para llevar a cabo las necesarias reformas financieras, judiciales y militares, que consolidaran el dominio británico del territorio; a lo que Francia, en este caso, apoyada por Alemania, se opuso. El resultado fue la firma en Londres, el 17 de marzo de 1885, de un acuerdo de todas las grandes potencias, incluido el Imperio Otomano, que, por un lado, reconocía al *jedive* el derecho, en realidad la obligación, de suscribir un nuevo préstamo, que contaría con la garantía (que implicaba los correspondientes intereses), de

---

<sup>515</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 62 a 64.

todas ellas (y no únicamente la británica como pretendía Gran Bretaña), de nueve millones de libras, para poder llevar a cabo las reformas consideradas necesarias por las potencias europeas; y establecía, por otro lado, nuevos impuestos con los que compensar el préstamo (entre ellos a los residentes extranjeros europeos conocidos como los «protegidos de Francia y Gran Bretaña», hasta entonces exentos de pagarlos) y reforzaba el Comité Internacional para la Gestión de la Deuda con dos nuevos comisarios, uno alemán y otro ruso. Gran Bretaña obtenía, a cambio, la aceptación tácita de su presencia indefinida en el país.

Entre noviembre de 1883 y 1889, Gran Bretaña ampliará su dominio al Sudán egipcio, aplastando, primero, la sublevación del *mahdi* (mesías o redentor) local Mohamed Ahmed al-Cherif, y adelantándose a las pretensiones francesas en el sur de este territorio, en lo que los historiadores han denominado el episodio de Fachoda. Francia no conseguirá la continuidad territorial entre el Atlántico y el Índico de oeste a este, pero Gran Bretaña sí la conseguirá de norte a sur entre El Cairo y El Cabo. Ocho años más tarde en la Conferencia de Algeciras, la tensión colonial franco-británica quedaría resuelta mediante el intercambio de libertad (francesa) en Marruecos por influencia (británica) en Egipto<sup>516</sup>.

La entrada del Imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial y las maniobras del sultán para influir en sus súbditos en contra de los aliados, va a aconsejar a Gran Bretaña asegurar su dominio sobre Egipto. El 18 de diciembre de 1914 decide, unilateralmente, romper los lazos que unían Egipto al Imperio Otomano desde el siglo XVI y proclama el Protectorado, legitimando, así, de derecho la situación de hecho que suponía la ocupación militar y la administración real del territorio. Egipto pasaba de formar parte del Imperio Otomano, como *wilaya* o provincia, controlada por los británicos, a formar parte del propio Imperio Británico como Protectorado, desapareciendo con ello la justificación “histórica e islámica” de la dominación extranjera que suponía la otomana, lo cual hará rebrotar los sentimientos y las presiones nacionalistas en el seno de la sociedad y de las élites egipcias.

---

<sup>516</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 96 a 102.

Entre los nacionalistas destaca la figura de Saad Zaglul, que el 13 de noviembre de 1918, encabeza la delegación de la Asamblea Legislativa egipcia, que presenta al Alto Comisionado británico una solicitud formal de independencia. Delegación sobre la que se articulará el nuevo partido nacionalista egipcio *Wafd* (delegación), que preside y dirige las revueltas que obligarán a las autoridades británicas a ofrecer negociaciones para la autodeterminación, a condición de que Egipto quede vinculado a la potencia colonial por una alianza defensiva, y de que los intereses británicos en el país queden protegidos de las posibles medidas gubernamentales egipcias.

Las conversaciones fracasan, por lo que Gran Bretaña decide proclamar, de nuevo unilateralmente, la independencia el 28 de febrero de 1922, sujeta a cuatro principales restricciones: la seguridad de las comunicaciones, de las que el Canal de Suez es pieza fundamental; la defensa de Egipto en casos de crisis, que corresponderá a Gran Bretaña; la protección de los intereses extranjeros, que perciben el 60% de los beneficios y rentas del PIB egipcio del momento; y el mantenimiento del condominio angloegipcio sobre Sudán. El *jedive* Fuad I (1917-1936) es nombrado rey de Egipto el 15 de marzo de 1922, otorgando al país una Constitución de carácter soberanista (absolutista) el 21 de abril de 1923, lo que chocará con las aspiraciones del Wafd y demás pequeños partidos de tendencias nacionalistas y parlamentarias<sup>517</sup>.

## **6.2. La frustración: independencias y nacionalismo**

La permanente intromisión británica en la vida política egipcia y la cuestión de Sudán enfrentarán permanentemente a trono, Wafd (que gana de forma constante las elecciones) y antigua potencia colonial, como consecuencia de lo cual Gran Bretaña suspenderá unilateralmente en 1924 el acuerdo de 1899, que establecía el condominio angloegipcio sobre Sudán, expulsando al ejército egipcio del territorio, mientras el soberano suspende en 1928 la Constitución, que sustituye en 1930 por otra mucho más restrictiva y absolutista, bajo la cual el Wafd se niega a participar en las elecciones, permitiendo así la constitución de gobiernos adictos al monarca.

---

<sup>517</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 111 y 112.

En 1935 se restablece la Constitución de 1923, que va a dar de nuevo el poder al Wafd, que logrará finalmente llegar a un acuerdo con Gran Bretaña. Acuerdo, que, por una parte, permite a Egipto entrar en la Sociedad de Naciones, pero, por otro, mantiene ciertas condiciones y restricciones. Se restablece el condominio sobre Sudán y se elimina el control británico sobre el ejército egipcio, pero Gran Bretaña se reserva tanto el derecho de mantener tropas en el Canal de Suez y en la península del Sinaí, como al uso del puerto de Alejandría y del espacio aéreo egipcio, así como la posibilidad de retornar militarmente en situación de guerra, lo que le permitirá tres años más tarde reocupar el país, al iniciarse la II Guerra Mundial. Sin que el Wafd, que ya ha empezado a perder su aureola y su influencia, y se ha escindido en dos facciones, pueda hacer nada para evitar volver a perder la independencia durante los seis años que durará la guerra. De 1922 a 1945, Egipto es nominalmente independiente, pero es una independencia todavía de soberanía limitada<sup>518</sup>.

Pero tras la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), todo va a empezar a cambiar, no solamente en Egipto, sino en todo el mundo árabe y musulmán, que, en 1945, como se apunta al principio de este capítulo, se encuentra, con diferentes fórmulas jurídicas y fácticas, bajo dominación europea (en la que se incluye a la entonces Unión Soviética). La historia egipcia que se acaba de sintetizar, en lo que atañe a su relación con la potencia colonial, es transferible, de una forma u otra, y con las correspondientes características y vicisitudes locales, a cualquier otro país, región o sociedad mayoritariamente musulmanas. Y lo es, porque su final, desde el punto de vista que interesa a esta Tesis, es similar: primero, ser una colonia, dominio o protectorado europeo, o, lo que en términos prácticos venía a ser lo mismo, haber alcanzado, o mantenido, una independencia de soberanía limitada fuertemente influenciada y condicionada por alguna potencia europea; y, segundo, acceder en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial —décadas de los cuarenta, de los cincuenta e incluso, en algunos casos, de los sesenta del siglo XX— a una plena independencia política, pero manteniendo, sin embargo, una considerable dependencia económica —independencia económica de soberanía limitada, podríamos llamarle— de las antiguas potencias coloniales y de quien las irá sustituyendo paulatinamente: Estados Unidos. Los lazos jurídicos, más evidentes, serán deshechos; los económicos, más sutiles, permanecerán y

---

<sup>518</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 112 a 117.

seguirán influyendo y condicionando sentimientos, actitudes, ideologías, acciones y reacciones, justificaciones y racionalizaciones de dominantes (poderosos), dominados (subordinados) sumisos, y dominados (subordinados) disidentes.

Es el momento en que empieza a no ser suficiente, para el análisis que pretende esta Tesis, reducirlo al de los nacionalismos, valga la redundancia, nacionales —las fuerzas que crean, desarrollan y sostienen el experimento protonacionalista del Partido Nacional egipcio o el nacionalismo del Wafd, por ejemplo—, sino que es necesario introducir asimismo ese otro nacionalismo más amplio, que es el nacionalismo árabe o panarabismo e incluso el nacionalismo islámico o panislamismo, en el que en definitiva acabarán apoyándose ciertos islamismos. Ambos tienen sus causas y orígenes en el propio Imperio Otomano.

Tanto los nacionalismos de los países árabes sujetos al yugo otomano como el nacionalismo árabe o panarabismo no son, sino la versión árabe de los nacionalismos que recorren Europa a lo largo del siglo XIX, que en el Imperio Otomano toma las formas de, por un lado, los nacionalismos balcánicos, que con el tiempo consiguen las independencias de los territorios europeos del Imperio, y, por otra, la de estos nacionalismos árabes, inspirados en los anteriores, pero de aparición más tardía, menor fuerza e implantación y nulos resultados. El panarabismo, que —como el panislamismo y los islamismos— de alguna forma traduce en lenguaje contemporáneo la nostalgia del califato como utopía unionista, nace, además, primero como un movimiento cultural, la *Nahda* o reforma, para después transformarse en movimiento político, como afirmación contra el Imperio Otomano y la colonización europea. Es decir, según el esquema general de desarrollo de los eleuterotropismos (cratotropismos emancipadores): crear, en primera instancia, la ideología alternativa (función creadora del poder o poder blando), que, más tarde, en segundo lugar, justificará y racionalizará la toma del poder. Los movimientos islamistas actuales no son sólo el resultado de la historia y del desarrollo de las sociedades y culturas islámicas, sino también el producto del encuentro y del choque de ellas con las occidentales, y de las características de los distintos momentos y formas en los que estos encuentros y choques se van produciendo. El

islamismo no puede entenderse sino a través de estos tres factores. Si falta alguno, es incomprendible<sup>519</sup>.

Antes de la Primera Guerra Mundial, han florecido ya tantos grupúsculos nacionalistas árabes, fundamentalmente alimentados por la pequeña burguesía urbana y militares nacionalistas y fuertemente influidos por la masonería, que, en junio de 1913, se celebra un Congreso de Nacionalistas Árabes, en el que los representantes del gobierno otomano prometen la participación política y la cooficialidad del árabe. Un proceso que se interrumpirá precisamente debido al estallido de la guerra.

Al iniciarse ésta, el sultán otomano Mehmet V, en su calidad de califa, proclama la *yihad* contra los aliados (Francia, Gran Bretaña y Rusia). Sin embargo, será la oportunidad que muchos árabes aprovecharán para acelerar la secesión. Gran Bretaña apostará por sublevar a los árabes utilizando al *emir* (señor, príncipe) Hussein de la Arabia, en esos momentos bajo el gobierno de la casa de Saud, a quien promete un reino árabe que abarcaría casi toda el área comprendida entre los actuales Turquía, Irán y Egipto. El sueño árabe se desvanecerá cuando los bolcheviques desenmascaren, haciéndolos públicos, los llamados acuerdos Sykes-Picot, por los que Francia y Gran Bretaña se repartían el Próximo Oriente, reduciendo el reino árabe a solamente parte de la península arábiga.

Las ambiciones franco-británicas, enunciadas en el acuerdo Sykes-Picot, quedaran ratificadas en el propio Pacto de la Sociedad de Naciones de 28 de junio de 1919, que distingue entre «pueblos aún no capacitados para dirigirse por sí mismos [las célebres naciones “bárbaras” de Lord Lorimer]» y «naciones más adelantadas [...] por razón de sus recursos, de su experiencia o de su posición geográfica» (las célebres naciones “civilizadas” de Lord Lorimer), llamadas a tutelar a las anteriores como «mandatarios»:

«ciertas comunidades que pertenecían en otro tiempo al Imperio Otomano, han alcanzado un grado de desarrollo tal que su existencia como naciones independientes puede ser reconocida provisionalmente a condición de que los

---

<sup>519</sup> MAALOUF, *op. cit.*, págs. 59 a 103.



consejos y la ayuda de su Mandatario guíen su administración hasta el momento en que sean capaces de conducirse solas. Las aspiraciones de estas comunidades deben ser tomadas precisamente en consideración para la elección del Mandatario»

Siria y Líbano pasarían a ser Mandatos franceses; Palestina, Jordania e Irak, lo serían británicos; y, en este último país, a Francia se le compensaría con las acciones del Deutsch Bank alemán en el consorcio petrolero de la región de Mosul. Una comisión norteamericana de encuesta, enviada a la zona, elevará un informe al presidente Wilson el 28 de agosto de 1919, en el que se reconoce la clara oposición de las poblaciones de la región a la partición y a la presencia de tropas europeas, los temores a la presencia sionista en la zona, y la especial aversión al Mandato francés sobre Siria<sup>520</sup>.

Palestina va a ser en los años treinta «el motor de la resurgencia de la idea de la unidad árabe»<sup>521</sup>. Y de alguna forma, los británicos van a ser sus parteros. Enfrentados desde fines de esa década a la necesidad de encontrar una salida al conflicto que opone a palestinos y sionistas, Gran Bretaña buscará la mediación de los jefes de Estado árabes, que, por entonces, ya proclaman que «nada sería más arbitrario e injusto que pretender arreglar los problemas de los judíos en Europa a costa de los árabes en Palestina», lo que dará lugar a la creación, en marzo de 1945, de la Liga de los Estados Árabes. La Liga nace, ya desde su misma creación, como una unidad laxa en la que las decisiones sólo son vinculantes para los miembros que hubiesen votado positivamente la resolución correspondiente<sup>522</sup>.

Gran Bretaña intentó utilizar la Liga para resolver el problema palestino. Convocó una reunión entre sus representantes, los de la Agencia Judía y los del Alto Comité Árabe palestino, pero la intransigencia de todas las partes no permitió alcanzar ningún tipo de acuerdo, por lo que Gran Bretaña desvía el problema a las Naciones Unidas, la cual propone una participación del territorio que da el 55% al nuevo Estado de Israel y el 45% a los palestinos; pero ni los palestinos ni los Estados árabes aceptan esta partición, a pesar de lo cual Gran Bretaña abandona el territorio, dando a los israelíes la oportunidad de proclamar su nuevo Estado el 14 de mayo de 1948.

---

<sup>520</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 103 a 111.

<sup>521</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, pág. 201.

<sup>522</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 201 a 203.

La reacción árabe consistirá en la invasión del nuevo Estado de Israel desde el este por la Legión Árabe jordana, apoyada por los voluntarios del Ejército Árabe de Liberación procedente de Siria, y, desde el oeste, por el Ejército egipcio y los voluntarios de los Hermanos Musulmanes. Sin embargo, el clandestinamente organizado y armado Ejército israelí, *Haganah*, logra frenar el ataque y pasar a la contraofensiva, derrotando a los ejércitos árabes, que entre febrero y julio de 1949 se van viendo obligados a firmar el armisticio, dejando en última instancia un 78% del territorio para el nuevo Estado de Israel y solamente un 22% para los palestinos, que quedarán adscritos al nuevo Reino de Jordania, formado por el antiguo de Transjordania más la Cisjordania palestina, y a Egipto (la franja de Gaza)<sup>523</sup>.

El fracaso de los regímenes árabes en su intento de salvar a los palestinos incrementa su impopularidad, incluyendo al en su momento prestigioso partido nacionalista egipcio Wafd, ahora anquilosado y paralizado por las divisiones y las rencillas. En Egipto, solamente aparecen como organizaciones estructuradas capaces de una acción concertada los Hermanos Musulmanes y el Ejército, que se ha convertido en una excelente vía de ascenso social, dentro del cual se creará, en 1949, la sociedad clandestina de los “Oficiales Libres”, entre cuyos dirigentes se encontrarán, desde su misma fundación, los coroneles Gamal Abdel Nasser y Anwar al Sadat. Los tres principales objetivos de los Oficiales Libres son la depuración de responsabilidades por la derrota en Palestina el año anterior, la liberación de la ocupación británica, que aún perdura, y la doble revolución, política y social.

El 23 de julio de 1952, los Oficiales Libres dan un golpe de Estado, apoderándose del poder. El rey Faruk (1936-1952) es obligado a abdicar en su hijo Ahmed Fuad II (la monarquía será abolida un año más tarde), constituyéndose un Consejo de la Revolución presidido por el general Naguib y en el que el coronel Nasser ocupara la vicepresidencia. Pronto el nuevo régimen ira derivando hacia las características parafascistas que caracterizan a los llamados “socialismos árabes”: partido único, reformas clientelistas, etcétera. Además, Naguib y Nasser representan dos concepciones distintas de la revolución, la del primero más liberal, política y

---

<sup>523</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 203 a 207.

económicamente, que la del segundo, más nacionalista y socializante. La pugna se resolverá con ocasión del atentado que Nasser sufre el 26 de octubre de 1954 a manos de un hermano musulmán. Encabezando la facción mayoritaria del Consejo de la Revolución, Nasser aprovechará la oportunidad para deshacerse de un golpe de los dos posibles competidores. El general Naguib es destituido el 14 de noviembre, quedando Nasser como presidente de Egipto y del Consejo de la Revolución, y los Hermanos Musulmanes son ilegalizados, tras una dura represión.

Estados Unidos se mantendrá inicialmente neutral respecto al nuevo régimen, aunque no así las antiguas potencias coloniales Gran Bretaña y Francia, recelosas de su nacionalismo y más inclinadas a armar y apoyar políticamente a Israel, especialmente después de que Nasser se convirtiera, tras la Conferencia de Bandung de abril de 1955, de la que salió el Movimiento de los No Alineados, en una china en el zapato de Occidente, junto al indio Nehru y el yugoslavo Tito.

En este ambiente, Egipto solicita al Banco Mundial créditos para construir la presa de Asuán en el Alto Nilo, a lo que se oponen ambas potencias. La reacción egipcia será la nacionalización del Canal de Suez el 26 de julio de 1956, como fórmula para poder financiar por sí mismo el proyecto. Tres meses más tarde, Israel, en una acción concertada con Gran Bretaña y Francia y pretextando su derecho a navegar por el estrecho de Tirán, invade Egipto el 29 de octubre. Alegando (racionalización) que son fuerzas de pacificación que van a interponerse entre israelíes y egipcios, británicos y franceses desembarcan en Port Said. Sin embargo, las dos superpotencias no aceptan la componenda y Estados Unidos obliga a sus aliados a abandonar Egipto. Suez será, no solamente la evidencia del fin del colonialismo como hasta entonces se había entendido por las potencias europeas y la consagración del mundo bipolar, sino también, el ascenso de Nasser a la cumbre de dirigente del nacionalismo egipcio y, sobre todo, del nacionalismo panarábigo. La Unión Soviética construirá la presa de Asuán, Egipto perderá, arrastrando tras de sí a parte del Movimiento de los No Alineados, grandes dosis de su neutralidad, y Estados Unidos, en nombre de la doctrina de la contención del comunismo, incluirá al Egipto de Nasser en su lista negra de países.

La estrella de Nasser, sin embargo, empezará a declinar con ocasión de la Guerra de los Seis Días con Israel. Sintiendo suficientemente fuertes, los países árabes

provocan la crisis con Israel, movilizan sus ejércitos y solicitan a las Naciones Unidas la retirada de las fuerzas de interposición. Antes de que el ataque árabe se inicie, Israel se adelanta en la mañana del 5 de junio de 1967, destruyendo a las fuerzas aéreas sirias y egipcias en casi su totalidad en sus propios aeródromos, invadiendo a continuación sus territorios. Seis después del ataque, los países árabes se ven obligados a pedir el cese de hostilidades. Como consecuencia de la guerra, Israel se apoderará de todo Jerusalén y ocupará Palestina (la Cisjordania administrada por Jordania y Gaza, administrada por Egipto) , el Sinaí egipcio y los Altos del Golán sirios.

Con esta derrota, los réditos de la nacionalización del Canal de Suez se acaban. Egipto pasa a ser, para propios y extraños, un país árabe más y Nasser, un dirigente más. Un dirigente cada vez con mayor oposición, política y social, interna, incluso dentro de su propio movimiento, pero también desde los círculos islamistas, fundamentalmente los Hermanos Musulmanes, que le culpan de la derrota y del abandono de los hermanos palestinos, castigado por Dios por su impiedad y su corrupción. A pesar de ello, Nasser continuará como *rais* (caudillo) de Egipto hasta su muerte en septiembre de 1970, en que será sustituido por su correligionario Anuar al Sadat<sup>524</sup>.

En menos de veinte años, la ideología nacionalista —sea en su versión estrictamente nacional o en sus versiones panarabista o panislámica—, que las sociedades musulmanas habían importado de Europa, creyendo que les daría la capacidad eleuterotrópica (de liberación) y de poder que, en los siglos anteriores, les había dado a los países europeos, ha acabado por decepcionarles. El nacionalismo se va reduciendo, cada vez más, a un simple icono, en cuyo nombre, las élites mantienen su poder, mientras lo único que cada vez más musulmanes se sienten es, políticamente oprimidos por sus respectivos regímenes y gobiernos, y económicamente oprimidos por sus antiguas potencias coloniales y su gran heredero del momento: Estados Unidos.

---

<sup>524</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 207 a 212.

### **6.3. La compensación: concepto de islamismo**

#### **6.3.1. Los Hermanos Musulmanes**

##### a/ EL PRIMER REGENERACIONISMO ISLÁMICO EGIPCIO

El antecedente más inmediato de la Asociación egipcia de los Hermanos Musulmanes fue el movimiento político-religioso *Salafiya* (de *salaf*, ancestro), que partía del reconocimiento del estado de decadencia en que vivía el Islam en el último cuarto del siglo XIX. Su fundador, Yamal al Din al-Afgani, en su obra capital, *Las causas de la debilidad del Islam*, concluía que «Dios no cambiará la condición de un pueblo mientras éste no cambie lo que en sí tiene». El remedio estribaba en el retorno al espíritu del Islam de los primeros califas y a su legado normativo, el Corán. La enseñanza es, pues, el punto esencial de la reforma. Para los salafistas es necesario abandonar la actitud de mera aceptación y recuperar la *yihad*, el esfuerzo personal de superación y perfeccionamiento. Inspirándose en la doctrina chií, profesión religiosa a la que pertenecía al-Afgani, la *Salafiya* preconiza la necesidad de un *Mahdi* (de un mesías o redentor) para cada época, capaz de sacar a la sociedad del oscurantismo y la subordinación. La misión del *Mahdi* a fines del siglo XIX debía ser, a su juicio, guiar al mundo musulmán a la unión político-religiosa panislámica, que incorporará al califato otomano el resto de las tierras musulmanas ya controladas, o a punto de estarlo, por los imperialismos europeos.

Sucesivamente expulsado de Afganistán, India, Egipto y de la propia península de Anatolia, se refugia, finalmente, en El Cairo, donde a través de sus enseñanzas en la Universidad de Al-Azhar y en la logia masónica de “El Gran Oriente Egipcio”, logra crear escuela y adeptos. Vuelve a ser expulsado de Egipto, y tras volver a pasar por India, recalca en Francia, donde conecta con los medios liberales y progresistas contrarios a la guerra anglo-egipcia de 1882 (que derrotaría y suprimiría al Partido Nacional y su movimiento reformador), entre los cuales defiende la necesidad de compatibilizar religión y razón, Islam y ciencia. Desde Francia hará llamamientos al

mundo musulmán contra el oscurantismo, el fanatismo y la dominación europea, y a favor del progreso dentro del Islam. De regreso a Estambul es extraditado a Irán, donde es ejecutado.

Su principal discípulo en Egipto es el *ulema* y profesor de al-Azhar, Mohamed Abdu, firme defensor del Partido Nacional y del movimiento de Orabi, por lo que será deportado a Beirut tras la derrota de éstos en 1882. De regreso a El Cairo ejercerá de *muftí* de El Cairo, máximo cargo religioso del territorio, y formará parte del Consejo Rector de la Universidad de al-Azhar, desde cuyos puestos continuará luchando por armonizar Islam y modernidad, convencido de que las reformas necesarias sólo se podrán alcanzar a través de la educación. Unas reformas, que, en el mundo musulmán de la época, exigen la existencia de un déspota justo (el citado *Mahdi* o redentor), al estilo del déspota ilustrado europeo de los siglos XVII y XVIII. Se considera que su obra *Tratado de la unidad divina* es el punto de partida del que nacerá el salafismo de los Hermanos Musulmanes egipcios un cuarto de siglo más tarde<sup>525</sup>.

#### b/ LA ASOCIACIÓN DE LOS HERMANOS MUSULMANES

El final de la Primera Guerra Mundial supone, como hemos visto, un momento de gran agitación en el mundo árabe. Por una parte, las ideas nacionalistas e independentistas procedentes de las propias metrópolis europeas calan, cada vez más profunda y extensamente, en la sociedad y especialmente en sus élites intelectuales y educadas. Para los países árabes, sujetos al yugo otomano y, al mismo tiempo, al cada vez más intervencionista y preponderante colonialismo europeo, el ejemplo reciente de las independencias balcánicas es, a la vez, un ejemplo que hay que imitar, y un motivo de frustración e irritación contra los europeos, que mientras han apoyado y facilitado las independencias de los dominios cristianos del Imperio Otomano, no solamente no hacen lo mismo con las de los árabo-musulmanes, sino que cada vez más ocupan su lugar. Durante la guerra, las potencias coloniales han logrado movilizar grandes masas de combatientes musulmanes con promesas de independencia y liberalización y en nombre de una democracia y de un derecho a la autodeterminación, que, se suponía, negaban y aplastaban los Imperios Alemán, Austro-Húngaro y Otomano; pero, una vez acabada

---

<sup>525</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 64 a 69.

ésta, en vez de cumplir sus promesas, Francia y Gran Bretaña desmiembran los dominios árabes del Imperio Otomano, no para facilitarles la independencia sino para repartírselos.

Pero no solamente las élites se sienten desconcertadas y frustradas. En 1924, el califato, una institución consustancial a la mentalidad y tradición de la cultura musulmana, que conjuga poder político e ideológico-religioso, es abolido por Ataturk y su revolución de los Jóvenes Turcos para crear una república nacional y laica. En este ambiente de desconcierto y vacío, nace en Egipto, cuatro años más tarde, la Asociación de los Hermanos Musulmanes, que predica el regreso a un Islam integral que incluya lo político, lo social, lo religioso, la modernización y la reforma de las costumbres, envilecidas éstas por la corrupción de los gobernantes y por la influencia de los infieles. Esto explicaría su rápida y extensa implantación, primero en su Egipto natal e inmediatamente en el resto del mundo árabe y musulmán. Su principal dirigente y fundador es Hassan al-Banna, que se inspira en las enseñanzas de la *Salafiya* (su padre había sido discípulo de Abduh), insistiendo especialmente en la interpretación reformista y puritana del Islam. Los Hermanos Musulmanes nacen ligados a la cofradía *Husafiya*, dedicada a la beneficencia, por lo que incidirán en la justicia social islámica, cuyo discurso se oponía al que los socialistas y comunistas de inspiración occidental preconizaban por entonces en Egipto.

Frente a los partidos nacionalistas egipcios de la época, que reclamaban la independencia, la salida de los ocupantes británicos y una Constitución democrática, los Hermanos Musulmanes replicarán con lo que constituirá una divisa permanente de los movimientos islamistas desde entonces: para conseguir los dos primeros objetivos (la independencia y la salida de los ocupantes británicos) no es necesario buscar valores ni formas foráneas (la democracia), basta con seguir los preceptos y enseñanzas del Corán y del resto de la jurisprudencia islámica. La solución a los problemas políticos de los musulmanes no hay que buscarla en el exterior, sino en la instauración de la *sharía* como, de acuerdo con la tradición, debía hacerlo el califa<sup>526</sup>. Debe ser el Islam quien proporcione los símbolos para una efectiva movilización política, especialmente en tiempos de crisis o infortunio<sup>527</sup>.

---

<sup>526</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 34 y 35.

<sup>527</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, pág. 295.

En algunos años, la Asociación de los Hermanos Musulmanes se convirtió en un movimiento de masas, que influyó de forma particular en la pequeña burguesía urbana de extracción modesta (comerciantes, funcionarios, maestros, *ulemas* urbanos, etcétera), recientemente alfabetizada e impregnada de una visión religiosa del mundo. La Asociación se expande consiguiendo millones de adeptos dentro y fuera de Egipto, convirtiéndose en un importante elemento del juego político, desde su aparente apartamiento de él, en el que juega un papel transversal con adeptos en casi todas las facciones y partidos, incluidos, en su momento, los Oficiales Libres egipcios de la revolución de 1952. Está documentada la relación entre Nasser y Sadat con los Hermanos Musulmanes, aunque nunca haya estado claro en qué consistió exactamente y hasta qué punto se utilizaron unos a otros. Todavía el 13 de febrero de 1953, menos de dos años antes de que Nasser ilegalizara la Asociación y desatará sobre ella una dura represión, el general Naguib y él mismo asistían a la peregrinación anual a la tumba de al-Banna en el cuarto aniversario de su muerte<sup>528</sup>.

Al-Banna y sus discípulos supieron politizar la religiosidad popular, sacándola de su exclusividad ritual para enfocarla hacia la solución de los problemas que presentaba el mundo urbano colonial. El Islam de los Hermanos Musulmanes se negaba a limitarse a la piedad y al culto; oponía una modernidad islámica a la europea. Fue precisamente la ambigüedad de este presupuesto ideológico, al predicar que los partidos políticos y los Estados nación rompían la unidad de la *Umma* (la comunidad de los creyentes), lo que le permitió influir en grupos sociales de orígenes e intereses muy diversos y a expandirse por diferentes países y regiones, al mismo tiempo que mantenía unas relaciones cordiales con los poderes establecidos. En efecto, tanto el rey Faruk como los ocupantes británicos vieron en el Islam reformador de al-Banna y sus acólitos, un contrapeso útil frente a los nacionalistas laicos<sup>529</sup>.

Una ambigüedad que ha facilitado que tanto sus oponentes, de entonces y de hoy, como quienes se consideran sus legítimos herederos (y son bastantes los que así se consideran, en muchos casos enfrentados entre sí) puedan etiquetar a los Hermanos Musulmanes tanto de movimiento populista, que diluye la conciencia de clase en el éter

---

<sup>528</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, pág. 116.

<sup>529</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 35.



religioso, como de carácter parafascista, como de movimiento progresista en el que inspirarse para la liberación de los pueblos árabes y musulmanes, o de fundamentalistas o integristas, por una parte, o de auténticos salafistas (los que han recuperado el auténtico espíritu de los fundadores del Islam), por otra, como se hace hoy día. Y es que los Hermanos Musulmanes, al igual que la ideología islamista que inauguran, ha evolucionado y se ha dispersado de tal forma con el paso de los años, que realmente puede ser cualquiera de estas opciones, aunque inicialmente sólo pretendieran ser un movimiento reformista y modernizante islámico, es decir, basado en los preceptos del Islam. Múltiples versiones de un movimiento, el de los Hermanos Musulmanes, y de una ideología, la islamista, solamente unificables por su carácter de ideología política (que persigue objetivos políticos, es decir, formas de organizar la convivencia) y porque aspira a regir la sociedad en función de parámetros islámicos, y no foráneos, inspirados en la *sharía* y en la *sunna*, a ser posible abarcando a toda la Umma o comunidad islámica<sup>530</sup>.

Esta misma ambigüedad fue también la que le facilitó su carácter socialmente interclasista. Los Hermanos Musulmanes adquirieron poder cuando, en nombre de la referencia cultural al Islam y de la evocación de una sociedad islámica reconciliada, consiguieron aglutinar a grupos sociales que, sin estas referencias, habrían permanecido enfrentados entre sí: proletariado urbano, campesinos, estudiantes, círculos allegados al Palacio real, etcétera. Al-Banna es asesinado en 1949, en el clima de violencia política generalizada que marcó los últimos años de la monarquía egipcia, en el que estuvieron involucrados los Hermanos Musulmanes, así como los demás partidos. El Organismo Secreto, la rama paramilitar de la Asociación, llevó a cabo actos terroristas, lo que sirvió a los oponentes de los Hermanos para acusarlos de parafascistas, mientras sus adeptos no violentos clamaban que el Organismo Secreto sólo era una minoría violenta desgajada de la Asociación.

Cuando los Oficiales Libres dan el golpe de Estado de julio de 1952, los Hermanos Musulmanes se ven atrapados entre su base social y su ideología. En un primer momento, aplauden la toma del poder por parte del pueblo (de los egipcios musulmanes), del que forman parte la mayoría de sus adeptos, y la supresión de los

---

<sup>530</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 36.

partidos políticos, disgregadores de la Umma, confiando en que el nuevo régimen edificará la sociedad sin diferencias basada en el orden islámico que preconizaban. Pero pronto se verá que no es así. La nueva casta militar y burocrática sustituirá a la corrupta Monarquía y sus círculos de poder y, sólo en cierto modo, a las privilegiadas élites europeas, racionalizando su poder, no en nombre de los preceptos islámicos que sustentan la ideología de los Hermanos Musulmanes, sino en preceptos de corte nacionalista y socialista, importados del viejo mundo colonial. Ambas ideologías se disputarán parcelas sociales comunes como la pequeña burguesía urbana comercial y profesional y la incipiente masa proletaria. Esta competencia será pronto evidente para ambos bandos y Nasser aprovechará el atentado que sufre en octubre de 1954, en el que al parecer resultó implicado algún miembro de los Hermanos Musulmanes, para ilegalizarlos e intentar disolverlos, al mismo tiempo que se deshace del general Naguib y queda como *rais* (caudillo) absoluto.

Para el régimen de Nasser, los Hermanos Musulmanes sólo eran un vestigio de una época colonial ya superada, que carecía de sentido en una sociedad que se pretendía modernizar a marchas forzadas bajo los estandartes del nacionalismo egipcio, del nacionalismo panarábigo, de las formas socializantes, del anticolonialismo y del antiimperialismo. La Conferencia de Bandung de 1955 y la victoria egipcia sobre las antiguas potencias coloniales y sobre Israel de 1956, suponen el máximo esplendor del régimen nasserista y, en consecuencia, una importante disminución de apoyo social y militancia de los Hermanos Musulmanes, muchos de cuyos dirigentes e ideólogos se exilian, dando lugar a una amplia expansión de su ideología fuera de las fronteras egipcias. Esta expansión, y las variantes a la que la misma dio lugar, serán el caldo de cultivo en el que germinarán, en la década siguiente, los diferentes movimientos políticos reformadores de carácter islámico que desembocarán en las diferentes versiones del islamismo que conocemos hoy día. El fracaso de los Hermanos Musulmanes (de la ideología islamista) frente al nacionalismo nasserista, en el momento que ambos compiten por las mentes, las emociones y las actitudes de los egipcios recién liberados de los yugos colonial y monárquico, fue precisamente su menor capacidad para atraérselos (independencia, Bandung, Suez, etcétera) y no ningún

tipo de interpretación teológica. Un paradigma aplicable a todos los éxitos y fracasos posteriores de la ideología islamista<sup>531</sup>.

### 6.3.2.. Evolución, expansión y diversificación

#### a/ MAWDUDI

Ahora bien, el regeneracionismo islámico de la segunda mitad del siglo XX, ya no puede interpretarse solamente en clave árabe. Por esta misma época, hacen su aparición las aportaciones hindopakistaníes de Mawdudi (1903-1979) y los deobandi.

Contrariamente a lo que ocurrió en Egipto, donde los Hermanos Musulmanes tuvieron que pasar a la clandestinidad a partir de 1954, en el subcontinente indio, el islamismo se ha desarrollado de forma continua desde la década de los treinta del siglo XX, donde Abdulha al-Mawdudi sienta las bases de un islamismo opuesto al nacionalismo musulmán, que a partir de 1947 dio lugar a la constitución de Paquistán, toponímico que significa precisa y curiosamente “el país de los (musulmanes) puros”. No hay que olvidar que el objetivo de Mohamed Alí Jinnah y la Liga Musulmana, creadores del nacionalismo paquistaní y protagonistas de su independencia, contruidos para contrarrestar y evitar la absorción por la mayoría hindú, no era edificar un Estado islámico, en sentido cultural o religioso, sino el “Estado de los musulmanes”, considerados en sentido sociológico, del mismo modo que el sionismo laico construyó el “Estado de los judíos” y no un Estado judío<sup>532</sup>. Un estado de los musulmanes moderno, con instituciones ampliamente inspiradas en el modelo británico.

A esta práctica y a este intento se opone Mawdudi, que predica el Estado islámico y la islamización de la sociedad desde arriba, precisamente a través de la instauración de dicho Estado islámico. Un Estado en el que la soberanía se ejerciera en nombre de Alá y las leyes derivarán de la *sharía*. Para Mawdudi, la política es un componente integral e inseparable de la fe islámica, y la acción política islámica, la panacea para todos los problemas. Bajo su pluma, la religión se transforma en una ideología de lucha política. Para ello, crea, en 1941, un partido, la *Jamaat e Islami*

---

<sup>531</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 37 y 38.

<sup>532</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 43.

(Asamblea o Unión de los creyentes), aún legal<sup>533</sup>, a pesar de que su fundador y muchos de sus dirigentes hayan sido encarcelados en muchas ocasiones. Pero, a diferencia de los Hermanos Musulmanes mientras fueron legales y de otros partidos islamistas como el Partido de la Prosperidad turco (hoy día de la Justicia y el Desarrollo, en el gobierno) o el Frente Islámico de Salvación argelino, la *Jamaat e Islami* nunca ha tenido una adhesión masiva ni grandes resultados electorales, debido principalmente a que siempre ha carecido de la labor de acción social de sus correligionarios. La aportación de Mawdudi y la *Jamaat e Islami* al islamismo moderno se debe a que fueron los primeros en teorizar la necesidad de ruptura cultural con los nacionalistas y con el Islam erudito de los *ulemas*, al mismo tiempo<sup>534</sup>.

#### b/ LOS MOVIMIENTOS DEOBANDI Y TABLIGH

Cuando, en 1857, los británicos destronan al último soberano mogol de Delhi, los musulmanes indostánicos pasan a estar no solamente gobernados por una potencia colonial, sino a hacerlo en una sociedad donde son una minoría de, al menos, tres a uno, respecto a los hindúes, sus vasallos durante diez siglos. El movimiento más importante de reafirmación islámica frente a esta situación nace en 1867 en la ciudad de Deoband, al norte de Delhi, de donde procede su nombre “movimiento deobandi”. Su objetivo era formar *ulemas* capacitados que pudieran orientar a través de *fatwas* (opiniones jurídicas autorizadas) a los musulmanes indostánicos en todos los aspectos de una vida cotidiana, que debía desenvolverse en un medio cultural doblemente hostil. Para ello se crearon, en el noroeste de la entonces India, incluyendo lo que hoy se conoce como Paquistán, a lo largo de más de un siglo, multitud de *madrasas* o escuelas coránicas que enseñaban, y continúan enseñando, un Islam rigorista, puritano y conservador, bastante parecido al preconizado por el Islam wahabí saudí. Con el tiempo, las *madrasas* añadieron a su inicial función de formadoras de élites islámicas, la caritativa, dedicándose a escolarizar y educar a los jóvenes de las familias pobres, tanto rurales como urbanas, que no tenían, ni tienen, la posibilidad de hacerlo por otros medios. A través de este sistema, los deobandíes lograron construir un universo mental autónomo, que permitía que sus adeptos vivieran “islámicamente” fuera cual fuera su entorno político o social.

---

<sup>533</sup> La *Jamaat e Islami* ha sido siempre legal en Paquistán, excepto en los periodos dictatoriales en los que la actividad de todos los partidos políticos ha estado prohibida.

<sup>534</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 42 a 47.

Mientras tanto, en la vecina India, aparece, en 1927, un año antes de que se crearan los Hermanos Musulmanes, y dos antes de que Mawdudi publicara su primer libro, el movimiento reformador religioso la *Tablighi Jammāt* (la sociedad para la propagación de la fe), cuya principal figura y fundador fue Mohamed Ilyas. La *Tablighi Jamaat* (*tabligh* de forma abreviada) pretendía la reislamización de los musulmanes indios, excesivamente influidos y condicionados por el entorno hindú, a través de una estricta práctica ritual de la vida cotidiana y de la formación de comunidades exclusivamente musulmanas de adeptos. Este enfoque fue un éxito en los lugares donde el Islam era minoritario; a medida que el *tabligh* se extendía por el mundo, se imponía en todas partes donde los musulmanes estaban alejados de su medio tradicional a causa del éxodo rural o la emigración. El *tabligh* es un claro ejemplo de cómo la reislamización puede ser utilizada como bandera identitaria en lugares donde los musulmanes son minoría o están desarraigados. El *tabligh* se oponía tanto al Islam tradicional de las cofradías y el misticismo como a la politización del Islam, ya que consideraba que la islamización no debía venir impuesta desde arriba sino a través de la *yihad* (del esfuerzo de perfeccionamiento) individual. Una de las claves de su éxito, cuya difusión actual se extiende por todo el mundo, procede del precepto que les aconseja recorrer el mundo predicando «la verdad y el buen ejemplo, al mismo tiempo». Esta práctica *tabligh* es la que permite al movimiento contar con una excepcional red de enlaces y contactos, construida a base de pequeñas mezquitas diseminadas por todo el mundo, donde sus adeptos pueden pernoctar durante sus peregrinaciones proselitistas. Una red que tanto los diferentes tipos de movimientos islamistas como los gobiernos han intentado utilizar en su propio beneficio (cratotropismo), a pesar de la perseverancia del movimiento en mantenerse apolítico y centrado en sus fines proselitistas, sociales y caritativos<sup>535</sup>.

Esto es lo que fundamentalmente los diferencia de los deobandíes, que preconizan presionar al poder para que sus concepciones del Islam se incorporen a la legislación. Por ello, no es de extrañar la influencia que los deobandíes tuvieron sobre el nuevo Paquistán cuando, en 1948, éste alcance la independencia como el “país de los (musulmanes) puros” precisamente como reafirmación frente a la mayoría hindú de la

---

<sup>535</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 58 a 60.

nueva India independiente. Un nuevo país en el que tres de los principales partidos son de ideología islamista, la *Jamaat e Islami* (Asociación o Unión de los creyentes) de Mawdudi, el *Jamaat e Ulama e Islami* (JUI, Asociación o Unión de los *ulemas* islámicos) de los *ulemas* deobandíes y el *Jamaat e Ulama e Paquistán* (JUP, Asociación o Unión de los *ulemas* paquistaníes) de los *ulemas* no deobandíes, más partidarios del Islam tradicional permisivo y místico (culto a los santones, menos rigorista, etcétera)<sup>536</sup>.

La rivalidad entre los partidos (y los partidarios) islamistas y nacionalistas paquistaníes, tradicionalmente de marcada tendencia capitalista y prooccidental estos últimos, se eclipsa durante los once años de dictadura (1977-1988) del general Zia ul Haq, cuyo golpe de Estado se lleva a cabo precisamente en nombre de la anticorrupción y la islamización, como revulsivo a la catástrofe de 1971 (secesión de Bangla Desh y derrota frente a la India), un desastre en cierto modo comparable, por sus repercusiones, a la derrota árabe de 1967 frente a Israel. Mientras el mundo está pendiente de la revolución iraní de enero de 1979, durante ese mismo año, el régimen del general Zia implanta en Paquistán, con la aquiescencia y visto bueno de sus aliados occidentales, especialmente Estados Unidos, un amplio paquete de medidas sustentadas en los preceptos de la *sharía* para la islamización del Estado y de la sociedad, de clara inspiración mawdudista y deobandi, especialmente en los campos de la educación y de la preceptiva limosna islámica, la *zakat*, que Zia encauza, como un impuesto más, a través del Estado. La “evolución” paquistaní hacia el Estado islámico, socialmente conservadora y políticamente prooccidental, se oponía, así, a la “revolución”, socialmente reformadora y políticamente antioccidental, iraní del régimen de los *ayatolás* hacia el Estado islámico. La alianza de burguesía piadosa, juventud urbana pobre, intelectuales islamistas y desheredados de la revolución iraní, fue sustituida en Paquistán, como intento de llegar al Estado islámico, por la alianza de burguesía piadosa, intelectuales islamistas, rigoristas de las *madrasas* y burocracia militar<sup>537</sup>.

Aunque, tras la muerte del general Zia, los partidos laicos recuperaron el poder hasta llegar a la ambigua (desde el punto de vista islámico-laico) dictadura actual del general Peretz Musharraf, las consecuencias de su política de islamización perduran y

---

<sup>536</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 80 a 84.

<sup>537</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 138 a 147.

han desempeñado y desempeñan un importante papel en el islamismo violento transnacional, tal como hoy día lo conocemos<sup>538</sup>.

c/ SAYYID QUTB

La continuidad y permanencia de los Hermanos Musulmanes en Egipto a pesar de la represión nasserista se debe, principalmente, a su intensa actividad caritativa, basada en dispensarios, escuelas y talleres de formación organizados alrededor de las mezquitas, en cuyo conjunto podían desarrollar su labor proselitista, haciendo buena la máxima de que la fuerza de atracción de una ideología es proporcional a su capacidad de práctica social.

Esta continuidad y esta implantación serán las que permitan el resurgir del islamismo tras la derrota árabe de 1967 y la consiguiente pérdida de prestigio y legitimidad del nacionalismo y de los regímenes que consiguieron las independencias. Un resurgir, que tiene uno de sus fundamentos en las enseñanzas y proclamas del ideólogo egipcio Sayyid Qutb —el equivalente árabe de Mawdudi—, que preconiza la ruptura radical con el orden establecido, desde lo que entonces se denominó el “socialismo islámico”<sup>539</sup> por contraposición al socialismo árabe de los dirigentes tipo Nasser, atrayendo a una parte de la juventud, tanto de la escolarizada como de la más desfavorecida, y enfrentándose a la mayor parte de los *ulemas* y de las clases medias<sup>540</sup>.

Sayyid Qutb (1906-1966) estudia Pedagogía en la Universidad egipcia de Dar al-Ulam, trabajando posteriormente como funcionario del Ministerio de Educación egipcio y como periodista, con posiciones políticas cercanas a las del partido nacionalista *wafd*. Entre 1948 y 1951, vive en Estados Unidos, enviado por el Ministerio de Educación egipcio para realizar una tesis de investigación sobre los métodos de enseñanza occidentales. «La impresión que obtuvo Qutb de la sociedad norteamericana fue claramente negativa. Si bien, reconocía los logros económicos y tecnológicos [...] consideraba verdaderas lacras sociales su materialismo, su racismo, su permisividad social [...] y el pragmatismo [carente de espiritualidad y sentido trascendental], que

---

<sup>538</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 147 a 149.

<sup>539</sup> BALTA, *op. cit.*, págs. 159 a 169.

<sup>540</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 28.

impregnaba la política educativa estadounidense [y en general sus modos de vida]». Qutb regresó de Estados Unidos convencido de la idea central alrededor de la cual girará, desde entonces, todo su pensamiento: la superioridad del Islam para entender y orientar la vida individual y la de la humanidad (la vida política), por lo que abandonará sus antiguas veleidades políticas y se unirá a los Hermanos Musulmanes<sup>541</sup>.

Como en general hicieron los Hermanos Musulmanes, Qutb apoyó inicialmente el golpe de Estado de los Oficiales Libres de 1952, pero pronto se desmarca de su trayectoria, acusándolos de «haber traicionando al pueblo, porque se habían comportado como unas fuerzas radicalmente hostiles al Islam, creando un sistema político basado en cánones, no sólo no islámicos, sino decididamente contrarios a esta fe, sustrato último del espíritu egipcio»<sup>542</sup>. Sucesivamente encarcelado y liberado, muere ahorcado el 29 de agosto de 1966. Un acontecimiento, «del que sólo se habló en las páginas interiores de la prensa internacional, y luego fue rápidamente olvidado», sin que nadie imaginase en ese momento que tal suceso iba a tornarse tan decisivo para el mundo contemporáneo<sup>543</sup>.

En su obra *La justicia social en el Islam*, producto directo e inmediato de su estancia en Estados Unidos, Qutb establece dos de los principales principios en que, más tarde, se basará el islamismo moderno, como teoría política. El retorno a lo autóctono, como medio de redención de la subordinación musulmana (identitarismo de resistencia), en primer lugar, y, en segundo lugar, la interiorización del espíritu del Islam, que él identifica con el de los padres fundadores (los cuatro primeros califas antes de los Omeyyas), para que sea éste, quien guíe la conducta individual y colectiva. Así, preconiza «[...] trabajar para establecer una forma válida de vida islámica [...] que no deberá ser alcanzada mediante la importación de componentes teóricos foráneos, sino con elementos extraídos de las raíces de nuestra auténtica doctrina [...] Debemos rechazar los métodos de pensamiento de Occidente y elegir la senda del pensamiento original islámico». «El renacimiento del Islam no puede llevarse a cabo solamente mediante las leyes o establecimiento de un sistema social basado en la filosofía islámica [...] [sino] en la producción de un estado mental empapado de la teoría islámica de la

---

<sup>541</sup> CEPEDDELLO BOISO, José, “Introducción” a QUTB, Sayyid, *Justicia Social en el Islam*, Almuzara, 2007, págs. 7 a 10.

<sup>542</sup> QUTB, *op. cit.*, págs. 11 y 12.

<sup>543</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 57.



vida, que actúe como una motivación interna, que impulse el establecimiento de esta forma de vida, y que otorgue coherencia a la legislación social, religiosa y civil»<sup>544</sup>.

Pero, además de los Hermanos Musulmanes y de su fundador al-Banna, el otro gran inspirador de Qutb fue el paquistaní Mawdudi, anteriormente visto. A su influencia se deben las elaboraciones de Qutb en *Señales en el camino*, sobre la *yahiliyya* (la barbarie anterior al Islam) y la *yihad* (el esfuerzo personal de perfeccionamiento). Qutb aplica la idea de la *yahiliyya* a los tiempos actuales. Igual que el Profeta acaba con la *yahiliyya* de su época, hay que acabar con la *yahiliyya* en la que está sumido el mundo, incluidos los países musulmanes, en los que hay que sustituirla por verdaderos Estados islámicos de estructura política basada en la *sharía* y en el resto de la jurisprudencia islámica. Se pide para los gobernantes islámicos del momento, los verdaderos enemigos del islamismo, el *takfir* (la sentencia por impiedad, que puede ser de muerte). Los *ulemas*, que son los únicos que pueden pronunciar el *takfir* después de tomar todas las preocupaciones jurídicas necesarias, siempre han dudado mucho de recurrir al *takfir*, porque mal utilizado, a propósito o sin límite, puede provocar la discordia y la desunión entre los creyentes<sup>545</sup>.

La *yihad*, por su parte, entendida como el esfuerzo permanente de interiorización del auténtico espíritu del Islam (primitivo), obligación de todo musulmán, representa para Qutb, la única postura válida para los musulmanes que viven en regímenes *yahilíes* (donde reina la *yahiliyya*) no auténticamente islámicos. Tiene un paso previo, la *hichra* (exilio), que es esencialmente interno (mental), pero que tiene que tener una expresión externa (conductual), en la que se inserta la teoría del *takfir*<sup>546</sup>. Qutb muere antes de poder delimitar y matizar sus teorías de la *yahiliyya* y del *takfir*, permitiendo que a sus teorías se le den tres tipos de interpretaciones. La más extremista consideraba que la impiedad reinaba por todas partes y, por lo tanto, cualquier persona podía ser reo de *takfir* (¿antecedente del terrorismo indiscriminado?); una segunda interpretación, más extendida, entendía que la impiedad a la que el *takfir* era aplicable era solamente la de los dirigentes que no gobernaban de acuerdo con las leyes y preceptos del Islam; por último, la mayoritaria, aglutinada alrededor de Hassan al Hudaybi, considerado el

---

<sup>544</sup> QUTB, *op. cit.*, págs. 317 a 321.

<sup>545</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 39 a 41.

<sup>546</sup> QUTB, *op. cit.*, págs. 17 a 21.

sucesor de Qutb, aconsejaba una interpretación alegórica de las enseñanzas de Qutb. La *yahiliyya* tenía que entenderse en un sentido espiritual y no material. Los Hermanos debían ser predicadores y no jueces; había que islamizar la sociedad por convicción y no por represión ni por venganza<sup>547</sup>.

Exceptuando pequeños grupúsculos, que se adherirán a la primera interpretación, en términos generales, las clases medias árabes piadosas, comerciantes, profesionales, etcétera, se inclinarán por esta última y pacífica interpretación, mientras la juventud pobre neourbanizada y recién alfabetizada se inclinará más por la segunda, más revolucionaria. Sólo cuando los ideólogos islamistas logren unificar estas dos tendencias bajo la bandera de objetivos comunes, el islamismo tendrá posibilidades de triunfar (Irán o Hamás, por ejemplo). La población rural, mientras tanto, continuará anclada en el Islam tradicional de los santones y las cofradías, a la que el islamismo sólo logrará arrastrar en contadas ocasiones. El cuadro social se completa con el llamado Islam erudito, articulado por los *ulemas*, en gran medida cooptados por el poder y constituidos en parte de él.

Serán ciertos interpretes de Qutb, quienes toman la noción de Estado islámico de Mawdudi y el concepto leninista de “vanguardia”, los que propugnen la toma del poder por los islamistas por la fuerza de las armas, y no necesariamente por las vías institucionales preconizadas por Mawdudi (*Jamaat e Islami*), sentando, así, las bases de una concepción revolucionaria islamista de la toma del poder, que no formaba parte de la ideología de Mawdudi, ni probablemente de la de Qutb, pero que, lógicamente, va a encontrar numerosos seguidores entre la juventud pobre escolarizada y recién urbanizada<sup>548</sup>.

#### d/ JOMEINI Y LA REVOLUCIÓN IRANÍ

Mientras los descalabros árabe de 1967 y paquistaní de 1971 frente al *Dar al Kurf* (los no musulmanes) creaban la generalizada sensación de frustración e impotencia que serviría de caldo de cultivo para que las ideologías políticas islamistas, basadas en los preceptos del Islam del movimiento deobandi, de Mawdudi y de Qutb, se

---

<sup>547</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 39 a 41.

<sup>548</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 46 y 47.

implantarán en el mundo islámico, el mundo musulmán chií centrado en la antigua Persia seguía su propia evolución. Con una lengua y una cultura diferentes y con un pasado imperial, auténticamente milenarista, perfectamente diferenciable, Irán es la auténtica patria de los chiíes, aunque no sea el único país (Irak, donde se encuentran sus ciudades santuario más características, también lo es) ni, mucho menos, la única zona donde son mayoritarios frente a los suníes. Esto, unido a que el clero está mucho más formalizado en el Islam chií que en el suní y a que, en consecuencia, la doctrina chií preconiza una mayor intervención de éste en la práctica política, es lo que hace que la incidencia del clero chií iraní en la política sea, en términos generales, más importante que la de los *ulemas* en los territorios suníes.

En esta época, en la que el islamismo moderno empieza a surgir en el mundo musulmán, gobierna Irán el megalómano *sha* Mohamed Reza Palevi, que pretendía ser descendiente directo de Ciro el Grande, a pesar de ser hijo de un oficial que se hizo con el poder en 1921 mediante un golpe de Estado, y coronar *sha* en 1926. En el juego estratégico bipolar de la Guerra Fría, el *sha* Reza Palevi acepta gustoso el papel de gendarme de la zona, protegido por Occidente. Con el apoyo de Estados Unidos, el *sha*, puesto en entredicho por su enfrentamiento con el político nacionalista Musaddaq, da un autogolpe de Estado en agosto de 1953 e implanta una dictadura absolutista apoyada en unas reducidas oligarquías nacionales financieras y militares.

En este ambiente, surge en Irán la figura del intelectual Alí Sharíati (1933-1977), que incorpora al *corpus* doctrinal chií los ideales tercermundistas, especialmente los de los círculos independentistas argelinos, aprendidos durante su estancia de estudios en París. A la tradición chií de espera del imam oculto o *Madhi*, Sharíati opone un chiísmo reformado que no tiene por qué expresarse solamente con rituales (flagelaciones, peregrinaciones, etcétera) y quietismo político, sino que debe tomar como bandera la lucha de Alí y Hussein contra la injusticia y la usurpación y continuarla en la actualidad. Había que dejar de lamentarse e iniciar la *yihad* contra el nuevo tirano usurpador. La religión debía volver a sus orígenes y prescindir de toda la elaboración histórica que la conducía al compromiso y al quietismo. La importancia de Sharíati no fue su capacidad de convocatoria, sino su capacidad de convocatoria selectiva en un sector del clero chií iraní, enfurecido por la impiedad del régimen, su entrega a potencias extranjeras y la marginación en la que pretendía sumirles. Este sector lo encabeza, a partir de 1962, el

*ayatolá* Jomeini<sup>549</sup>, una de las más altas autoridades islámicas del chiísmo, primero desde la ciudad de Qom, en Irán, donde enseña y después, tras ser expulsado de Irán en 1964, desde la ciudad santa chií de Nayaf, en Irak, desde donde se traslada en octubre de 1978 a Francia, para regresar a Irán victorioso unos meses más tarde, a principios de 1979, como guía de la revolución islamista que acaba de triunfar y derrocar al *sha* en enero de ese año. El acierto político de Jomeini y el sector del clero chií que se aglutina a su alrededor consistió en hacer suyas las aspiraciones de los jóvenes rebeldes, lo que le permitió la adhesión de amplias capas de las clases medias y bajas urbanas, modernas e instruidas las primeras, ignorantes y desesperadas las segundas, y en convertir el vocabulario revolucionario-chií de Sharíati, que preconizaba la rebelión de los “débiles”, a los que Jomeini llamará “los desheredados”, frente a los “arrogantes” (que incluían tanto al régimen como a sus protectores extranjeros, básicamente Estados Unidos), en una especie de trasposición de la teoría de la lucha de clases a las circunstancias iraníes del momento. Uniendo a burguesía comercial (la llamada “economía del *bazar*”), clase media (profesionales), jóvenes urbanos pobres y desheredados, Jomeini y sus seguidores lograron unificar a casi todo el país en contra del régimen del *sha*, para derrocarlo sin ningún tipo de ayuda externa, en nombre de una nueva bandera: el islamismo, la ideología que propugna la organización de las estructuras políticas en función de preceptos religiosos islámicos, específicamente chiíes en este caso<sup>550</sup>.

#### e/ WAHABISMO

La alianza entre la monarquía saudí y el wahabismo data de 1745, momento en el que el *emir* (señor, jefe) de la tribu de los Saud, Mohamed Ibn Saud, y el reformador religioso Mohamed Ibn Abd al Wahab se legitiman y sustentan mutuamente para apuntalar el poder territorial de los primeros y el espiritual de la corriente religiosa predicada por el segundo. Los Saud, en competencia con los hachemíes por el control de la península arábiga, se aliarán con los británicos cuando éstos traicionen, al acabar la Primera Guerra Mundial, a los reyes hachemíes, Hussein, a quien los británicos habían prometido un reino que abarcaría todos los territorios árabo-asiáticos del Imperio Otomano, y Faysal, hijo de Hussein, que había dirigido las fuerzas árabes que

---

<sup>549</sup> BALTA, *op. cit.*, págs. 143 a 150.

<sup>550</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 47 a 55.

combatieron al lado de las británicas contra el Imperio Otomano y se había erigido en rey de Siria tras conquistar Damasco. Este juego de rivalidades y traiciones será el que dé lugar en 1932 al nacimiento de la actual Arabia Saudí, un producto de la cuádruple alianza de la dinastía saudí, la ideología wahabí, la protección británica (sustituida por la norteamericana tras la Segunda Guerra Mundial) y las compañías petroleras<sup>551</sup>.

La ideología wahabí, sobre la que se sustenta desde 1745 el poder territorial de los Saud, es una corriente religiosa islámica tremendamente estricta y puritana que postula no apartarse de lo que interpretan sus *ulemas* como los fundamentos del Islam, con independencia de los tiempos y de la evolución del resto de la jurisprudencia islámica. Su doctrina de que todas las facetas de la vida deben regirse por las formas islámicas primitivas, incluida la política, es lo que la hace una ideología islamista, si bien una ideología islamista conservadora, ya que no procede de un movimiento reformador que se subleva contra la “decadencia” del Islam, de la cultura islámica o de la sociedad musulmana, especialmente en comparación con la cultura o la civilización occidentales, sino de su anclaje en la sociedad arábiga del siglo XVIII y en el tipo de monarquía feudal entonces imperante.

En esta Arabia Saudí islamista y rigorista es donde se refugian en la década de los cincuenta del siglo XX muchos Hermanos Musulmanes, que huyen de la represión nasserista desatada en Egipto a partir de 1954. Éstos proporcionaron al país, que empezaba a beneficiarse de unos considerables ingresos procedentes del petróleo, un núcleo de intelectuales mejor formados que la mayor parte de los saudíes de la época, una sociedad en esos momentos todavía eminentemente rural. Desempeñaron un papel influyente en la Universidad de Medina —que se acaba de construir en 1961—, una institución en la que la ideología de los Hermanos Musulmanes se enseñó a estudiantes procedentes de todo el mundo musulmán, lo que facilitaría en los siguientes años la enorme difusión de este tipo de doctrinas. Pero, al mismo tiempo, muchos de estos emigrados y refugiados amasaron considerables fortunas al calor de los ingresos

---

<sup>551</sup> La alianza petrolero-securitaria norteamericano-saudí suele ser conocida como el “Acuerdo del *USS Quincy*” de 14 de febrero de 1945 entre el presidente Franklin D. Roosevelt y el rey Ibn Saud, cuya sustitución por un tipo de pacto similar con un Irak democrático y prooccidental habría sido una de las causas de la invasión estadounidense de Irak en marzo de 2003. KEPEL, Gilles, *Desgraciado San Valentín*, Diario *El País* (España) de 18 de febrero de 2003.

procedentes del petróleo y de la expansión que la construcción y ciertos tipos de servicios experimentaron, como una consecuencia derivada de aquellos<sup>552</sup>.

De regreso a sus países, estos ahorros fueron invertidos contribuyendo, así, a la creación de un sector bancario islámico conectado al, pero en cierto modo independiente del, occidental. Una proporción cada vez mayor de este sector está adhiriéndose a las formulas *hawala* (traslado de dinero) islámicas, en las que no tienen cabida los intereses, considerados, como lo eran en el cristianismo precapitalista, “usura”<sup>553</sup>. Un sector y una fórmulas que algunas veces han querido ser presentadas como el componente o base económica de la nueva ideología islamista, que por ello representaría una opción más igualitarista que la del capitalismo occidental.

Sobre estos profesionales islamizados y estos nuevos ricos islamizados —y sobre el ambiente que ellos ayudan a crear en todo el mundo árabe y musulmán— es sobre los que recaerán, en la década de los setenta del siglo XX, las doctrinas de Mawdudi y Qutb, cuando la frustración y la sensación de impotencia se adueñen del mundo islámico, tras la debacle árabe de 1967 y paquistaní de 1971. Una expansión de ideas, que la conservadora monarquía saudí fomentará y protegerá, enfrentada y temerosa de los nacionalismos socializantes que proliferan por el mundo árabe. Una expansión de ideas, que fomentarán, también, estos mismos regímenes nacionalistas, temerosos de las corrientes que se les enfrentan, en nombre del comunismo o de la democracia, ante su fracaso social e internacional, y una vez perdida la legitimidad de la que les habían dotado las independencias. Especialmente, frente a las jóvenes generaciones que no las habían vivido y empezaban a estar saturadas de una retórica liberadora que no era capaz de materializarse en nada tangible. Ni unos ni otros llegaron nunca a imaginarse que en el corto espacio de dos o tres décadas, los islamismos nacidos de estos teóricos compañeros de viaje se iban a convertir en la principal fuerza musulmana contestaria del orden establecido<sup>554</sup>.

---

<sup>552</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 68 a 70.

<sup>553</sup> Sobre el concepto, funcionamiento y entidad de la “banca islámica”, ESPINOSA, Ángeles, *El petróleo impulsa la banca fiel a la sharía*, y POZZI, Sandro, *Occidente mira al Islam*, ambos en Diario *El País* (España) de 26 de junio de 2006, así como NAPOLEONI, Loretta, *El Campeonato de palabras entre el cristianismo y el islam*, Diario *El País* (España) de 25 de noviembre de 2006, y los capítulos 9 y 10 de su obra *Yihad. Cómo se financia el terrorismo en la nueva economía*, Tendencias, Barcelona, 2004.

<sup>554</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 70.

La monarquía saudí, de hecho, siempre se creyó capaz de controlar y utilizar en beneficio propio este movimiento. En 1962 crea, en La Meca, la Liga Islámica Mundial, una organización teóricamente no gubernamental pero financiada por ella, cuya función primordial es wahabizar el mundo a través de la ayuda económica, la financiación de actividades religiosas y la caridad. Curiosamente, un año antes, Nasser había tenido que nacionalizar la Universidad de al-Azhar, la institución universitaria más prestigiosa del mundo musulmán, para intentar evitar que se convirtiera en el vivero del que saliera su propia destrucción. Siete años más tarde, en 1969, Arabia Saudí también fomentará y financiará la creación de la Organización de la Conferencia Islámica, la versión institucional de la Liga<sup>555</sup>.

La Liga Islámica Mundial se desarrollará rápidamente hasta convertirse en una asociación donde conviven con comodidad los mecenas y *ulemas* saudíes, los Hermanos Musulmanes y sus múltiples versiones locales, nacionales y regionales, y los *ulemas* de tendencia deobandi o mawdudiana; una asociación que vive y subsiste gracias a la financiación y a las donaciones saudíes (aunque no solamente saudíes); y en una asociación que utiliza la mentalidad *tabligh*, por la que cualquier musulmán creyente tiene la obligación de acoger y recoger a cuantos peregrinos (expatriados) musulmanes necesiten refugio y amparo, lo que a la larga acabará extendiendo, en aquellos lugares donde los musulmanes son minoría (las colonias emigrantes en Europa, por ejemplo, aunque no solamente) o están desarraigados (los extrarradios o los barrios depauperados de las grandes ciudades, por ejemplo), una mentalidad y unas costumbres de apoyo y protección, no totalmente ajenas a los preceptos islámicos de limosna, caridad y hospitalidad<sup>556</sup>, que, en muchos casos, serán prioritarias a la lealtad a las leyes, a las autoridades establecidas y a las sociedades de acogida<sup>557</sup>.

La Liga se desarrollará de tal modo que, a pesar de haber sido expresamente creada para ser el principal instrumento de la implantación de un determinado islamismo o tipo de Estado islámico, el wahabí tradicionalista, clasista, puritano y capitalista, imagen y semejanza del régimen saudí, acabará siendo, sin embargo, instrumento y modelo de expansión, aunque de forma involuntaria, de otros tipos de

---

<sup>555</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 109.

<sup>556</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 70 y 71.

<sup>557</sup> ROY, Olivier, *Globalised Islam. The search for a new Ummah*, Hurst and Company, Londres, 2004, págs. 104 y 105.

islamismos, incluidos aquellos que expresamente se volverán contra el régimen saudí y sus protectores occidentales<sup>558</sup>.

El auge de la dinastía saudí, en realidad, llega tras la guerra del Yom Kippur de 1973. Sintiendo ya suficientemente fuertes como para enfrentarse a sus protectores occidentales, los saudíes deciden abrazar la gran causa del mundo árabe y musulmán en esa época: la palestina. Uniéndose y encabezando el embargo petrolero a los países occidentales logran detener la contraofensiva israelí, que está empezando a poner contra las cuerdas a los ejércitos egipcio y sirio, inicialmente victoriosos. A partir del éxito político del embargo, Arabia Saudí decide, asimismo, unirse y encabezar la reducción de la oferta de petróleo, provocando una considerable alza de los precios, que llegan a quintuplicarse, y, en consecuencia, un importante aumento de sus ingresos. La expansión del wahabismo por el mundo musulmán y la hegemonía saudí en el mismo aparecen como fenómenos imparables de difícil enfrentamiento. Especialmente cuando el mundo occidental, que pronto se amolda a los nuevos precios del petróleo, iniciando la senda de reformas que llevarán a la progresiva instauración del neoliberalismo en su seno, no sólo no ve en el wahabismo un peligro, sino un gran aliado, tanto frente al bloque soviético, como frente al tercermundismo revolucionario, y, a la vez, un gran aliado en la financiarización de la economía internacional, que constituirá su mayor valor en los años venideros.

En los años que siguen a la crisis de 1973, el crecimiento de las instituciones wahabíes, y con ellas, su capacidad de proselitismo, en todo el mundo es exponencial. Su objetivo es devolver el Islam a la primera línea de la escena internacional, sustituyendo a los derrotados nacionalismos, y reducir su posible pluralidad a la monolítica ortodoxia wahabí. Su celo, por primera vez, empieza a extenderse incluso más allá de las tradicionales fronteras del Islam, del *Dar al Islam* (la tierra de los musulmanes), alcanzando a las poblaciones emigradas en el *Dar al Kurf* (la tierra de los no musulmanes) occidental, que acabará por convertirse en uno de los objetivos predilectos del proselitismo saudí. Arabia Saudí, y dentro de ella, la dinastía que la gobierna con mano de hierro a través de la ideología wahabí, aparecen en el panorama de los años setenta del siglo XX como incontestables<sup>559</sup>.

---

<sup>558</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 108 y 109.

<sup>559</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 100 a 108.



Dos contrincantes, sin embargo, como hemos visto, le aparecen en el horizonte con la llegada de la década de los ochenta del siglo XX. Uno externo, la revolución iraní, un islamismo llevado a cabo desde presupuestos contrarios al absolutismo tradicionalista saudí, que logrará una considerable influencia en las masas musulmanas, especialmente en las de confesión chií, en las promociones más jóvenes de islamistas y en todos aquellos inclinados a compatibilizar liberación musulmana —islamismo— y revolución social. El segundo, interno; financiando a todos aquellos que se consideraban musulmanes y que querían participar religiosa y políticamente como musulmanes, la monarquía saudí financiaba a los grupos revolucionarios hostiles a lo que la monarquía saudí representa. Esta doble oposición, que se larva a lo largo de la década de los ochenta, cristalizará en 1990, cuando Arabia Saudí se vea peligrosamente enfrentada con un inesperado enemigo: el Irak de Sadam Hussein, y peligrosamente obligada a echarse en manos de Estados Unidos, el Gran Satán del islamismo revolucionario iraní y progresivamente cada vez más el Gran Satán de muchos de los islamismos que ella misma había ayudado a sobrevivir y a prosperar<sup>560</sup>.

### **6.3.3. El islamismo como identitarismo**

Tras la derrota árabe, más que militar, psicológica, de 1967 en la Guerra de los Seis Días y poco después, en 1973, en la del Yom Kippur, como en otro orden de cosas puede decirse de la del Paquistán de 1971 frente a la India, que acarreará la secesión de Bangladesh, la legitimidad nacionalista de los regímenes salidos de las independencias inicia su ocaso. Un vacío ideológico que empezará a ser compensado por las ideas islamistas de “la solución está en el Corán, en el Estado o régimen islámico”, que, especialmente en la década anterior, han ido expandiendo los seguidores de Mawdudi y Qutb.

En términos generales, los nacionalismos son regímenes que no han traído prosperidad; las nuevas generaciones, que no han conocido la opresión colonial, apenas aprecian lo que supone la libertad nacional, especialmente cuando la libertad individual sólo puede conseguirse claudicando ante las exigencias del régimen. Tampoco aprecian el esfuerzo educativo de las independencias, porque su mayor nivel cultural

---

<sup>560</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 108 a 112.

(universitario, incluso, en muchos casos) solamente parece servir a la mayoría para ingresar en las filas de un paro todavía más frustrante, ya que procede de unas mayores expectativas. Sus padres emigraron a las ciudades empujados por la presión demográfica, las incompletas y clientelistas reformas agrarias y los *eldorado* de las revoluciones de liberación nacional; allí se educaron ellos; para acabar malviviendo en insalubres aglomeraciones, sin, ni siquiera, la capacidad de autosuficiencia, aunque sea mínima, de la vida rural.

Tampoco los profesionales y cuadros técnicos, que logran vivir de sus conocimientos, se libran de esta sensación de frustración, ante lo exiguo de sus salarios, lo limitado de sus expectativas y lo precario de los medios con los que deben ejercer sus profesiones. Las minorías que trabajan para las empresas extranjeras, americanas y europeas, son la excepción (y se convertirán en las élites, normalmente aliadas del régimen), pero aun así, ellos también tienen delante, permanentemente, el agravio comparativo de sus pares extranjeros.

Una situación que mantiene vivo, pasando por ciclos de rescoldo y llamas, el “rencor histórico” hacia el Occidente colonialista, ahora tildado de imperialista. Imperialista, porque para las masas musulmanas, el viejo colonialismo político-jurídico, más que desaparecer, lo que ha hecho ha sido transformarse en económico y cultural a través de la intermediación de los represores y corruptos (e impíos para los islamistas) regímenes producidos por independencias<sup>561</sup>, que presumen de nacionalistas, pero buscan permanentemente, como tabla de salvación, el sostén occidental. Un sostén que Occidente siempre concede con la condicionalidad de la libre empresa (mayoritariamente occidental) y de la aceptación de los planes de ajuste elaborados por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y por el Banco Mundial (BM), causantes del enorme crecimiento de la deuda externa de los países afectados a partir de la década de los ochenta; condicionalidad, que llega a afectar incluso al sector de los hidrocarburos, el más resistente dado su alto valor estratégico y de prestigio —la década de los setenta es época de nacionalizaciones de este sector en todo el mundo musulmán—pero sobre el que también pesa inevitablemente la condicionalidad tecnológica<sup>562</sup>.

---

<sup>561</sup> SEGURA, Antoni, *Al otro lado del espejo*, Diario *El País* (España) de 12 de octubre de 2006.

<sup>562</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, pág. 277.

Un Occidente, que para las masas musulmanas, aunque no para los gobiernos, incluye sin esfuerzo a la Unión Soviética y al bloque oriental. La irreconciliable división del mundo en dos bloques es significativa para las élites gubernamentales y económicas, pero no para el musulmán de a pie, como más tarde demostrarían los *fedayin* afganos, que combatirán primero al Satán soviético y después, con el mismo entusiasmo y en nombre de las mismas banderas, al Satán americano. Para los egipcios, Egipto no gana ni pierde porque Sadat sustituya a los asesores soviéticos de Nasser por asesores americanos; siguen perdiendo ellos.

El tercer bloque social importante que, tras haber apoyado entusiásticamente y financieramente las independencias, acaba abandonando a los regímenes que éstas producen, es el de los comerciantes, a los que Gilles Kepel suele referirse acertadamente como «la clase media piadosa». Su ilusión por las independencias y su apoyo a ellas provenía de la idea de que, una vez desembarazados de la asfixiante potencia colonial, tendrían acceso al control de la economía. Pero en términos generales no fue así, como acabamos de ver, especialmente a partir de la crisis de 1973, en que la economía mundial empieza a girar hacia la concentración y la financiarización (hacia el neoliberalismo). Cada vez más, el rumbo de las economías y de las finanzas se decide y determina en alejados e ignorados foros, a los que tienen acceso solamente un reducido número de musulmanes, más preocupados en general de sus propias fortunas que de sus correligionarios y compatriotas.

Este es el caldo de cultivo en el que caerán el reformismo político-religioso de Mawdudi, Qutb, Sharíati y sus seguidores, y el conservadurismo político-religioso de la dinastía saudí y del general paquistaní Zía, dando, así, lugar a una pléyade de grupos, organizaciones y tendencias cuyo denominador común es el islamismo, la ideología política que preconiza la organización de la sociedad musulmana en función de preceptos islámicos (actualizados o intocados). Con un objetivo (al menos teórico): superar el atraso histórico y la subordinación de las sociedades musulmanas. Por una razón: porque la historia parece demostrarles que la imitación de modelos foráneos (occidentales), nacionalismo, socialismo, monarquías, democracia, laicismo, etcétera, no han dado resultado<sup>563</sup>. Cuando lo foráneo falla, sólo queda lo autóctono, en este caso,

---

<sup>563</sup> HUNGTINTON, Samuel, en *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (Piados, Barcelona, 1997, pág. 119) reproduce las siguientes palabras del ideólogo sudanés Al Turabi:

el Islam, lo único que tienen en común todas las sociedades de mayoría musulmana y lo único que realmente hoy día les permite diferenciarse de la imperante y omnipresente cultura occidental; una tradición donde religión y política son indistinguibles, donde la política es parte de la religión y, por lo tanto, solamente explicable religiosamente. Con un enemigo: los regímenes impíos que impiden, mediante la corrupción, la represión y el clientelismo, la instauración del liberador Estado islámico; un enemigo impío que parece apoyarse y ser capaz de subsistir, gracias al apoyo político, al sostén económico y al aliento ideológico, que le proporcionan los infieles del otrora mundo colonial, ahora fundamentalmente representado por el imperialista Estados Unidos. Por un medio: la *yihad*, el esfuerzo personal de superación y perfeccionamiento, consustancial a la religión musulmana y a la cultura islámica, que tanto puede ser violento, como electoral, como de presión social<sup>564</sup>.

Un Islam que es utilizado por todos aquellos que se sienten —con razón o sin ella— infravalorados, marginados, excluidos u oprimidos por los considerados ineficientes, autoritarios y corruptos regímenes de sus respectivos países y por lo que consideran su gran valedor y sostenedor a través de la expansionista globalización (neoliberal), el mundo de cultura (neoliberal) occidental; un Islam convencido de la superioridad de su cultura, obsesionado con la inferioridad de su poder e impelido a enfrentarse a un Occidente, a su vez convencido de la universalidad de su cultura y obsesionado con la obligación de extenderla a todo el mundo<sup>565</sup>; un Islam que es utilizado como la identidad social en la que refugiarse individualmente y desde la que actuar colectivamente para compensar sus frustraciones y elevar su autoestima y para satisfacer su necesidad de encontrar medios de lucha y mecanismos psíquicos de defensa<sup>566</sup>.

---

«Ni el nacionalismo ni el socialismo produjeron desarrollo en el mundo islámico» «El Islam desempeñará en la época contemporánea un papel parecido a la ética protestante en la historia de Occidente, pues el Islam no es una religión incompatible con el desarrollo del Estado moderno». En las páginas 131 y 132 de esta misma obra, Hungtinton vuelve a establecer, esta vez como argumento propio, la semejanza entre el islamismo (al que él denomina «Resurgimiento islámico») y la reforma protestante, como reacciones frente al estancamiento y la corrupción, regreso a formas religiosas más comprometidas, exigencia de trabajo, orden y disciplina y carácter de movimientos complejos con diversas tendencias.

<sup>564</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, pág. 295.

<sup>565</sup> HUNGTINTON, Samuel, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Piados, Barcelona, 1997, págs. 259 y 260.

<sup>566</sup> MAALOUF, *op. cit.*, págs. 105 a 113.

Para lo cual, se adhieren a esa nueva ideología que son los islamismos del cambio de milenio, a esas nuevas reconstrucciones políticas de materiales sacados de la religión (musulmana), de las tradiciones (islámicas), de la historia (adecuadamente adaptada e interpretada) e incluso de la lengua (fundamentalmente árabe, que es la lengua del Corán), oportunamente ensamblados en función de las circunstancias actuales y de los condicionamientos de cada caso en particular.

Se adhieren, en definitiva, a esos nuevos identitarismos de los que, se supone, saldrán las nuevas instituciones, leyes, normas y prescripciones por las que se regirá, en el futuro, una convivencia en la que ellos ocuparán una posición, como mínimo, menos subordinada que las que les ha tocado vivir local y nacionalmente por su posición social e internacionalmente por su condición de musulmanes en un mundo dominado por las aristocracias financieras neoliberales, mayoritariamente occidentales.

No hay, por tanto, un solo islamismo, sino muchos. Desde el gubernamental y democrático Partido de la Justicia y el Desarrollo turco al clandestino y violento de al-Qaeda. Desde el universalismo de este último al nacionalista del Hamás palestino. Desde el exclusivista Frente Islámico de Salvación argelino al *melting pot* de la Liga Islámica Mundial. Como no hay un Islam, sino muchos. En este sentido, es ilustrativa la taxonomía que hace López García, basándose en la obra de Abderraman Lamchini *Islam et contestation au Maghreb*, de las posibles formas de entender y practicar el Islam en función de cuatro conceptos: *din* (lo religioso), *dunia* (lo material, lo temporal, la vida cotidiana), *dawla* (lo político) y *aqi* (la razón). Así, cuando se preconiza la total separación de lo *dawla* (lo político) de lo *din* (lo religioso), dejando a la elección personal lo que éste pueda influir en lo *dunia* (la vida cotidiana), se está ante una actitud puramente laica o secularizada. Cuando se desprecia lo *dunia* (la vida cotidiana) y lo *dawla* (lo político), estaríamos ante la actitud ascética y mística típica del sufismo. Cuando lo *dunia* (la vida cotidiana) debe estar sometida a las prescripciones rituales de lo *din* (lo religioso) y en lo demás seguir las costumbres ancestrales locales, sin excesiva preocupación por lo *dawla* (lo político), siempre y cuando éste no intente subvertir este concepto de *dunia*, estaríamos ante el Islam tradicional. Cuando lo *dawla* (lo político) sea el resultado de la armonización de lo *din* (lo religioso) y lo *aqi* (la razón, la reforma), estaríamos ante el salafismo. Y, por último, cuando *din* (lo religioso), *dunia* (la vida cotidiana) y *dawla* (lo político) se consideran inseparables, estaríamos ante los

islamismos modernos derivados de los Hermanos Musulmanes y de las doctrinas del Estado islámico de Mawdudi<sup>567</sup>.

## **6.4. El conflicto armado: la *yihad* islamista**

### **6.4.1. Surgimiento del salafismo yihadista**

El año 1979 supone un punto de inflexión en la evolución del islamismo moderno en un doble sentido. Se inicia (enero), como hemos visto, con la revolución iraní, la primera imposición moderna de un Estado islámico derrotando a los impíos<sup>568</sup>. Finaliza (diciembre) con la invasión y ocupación soviética de Afganistán, que abre, como ya se ha descrito, una nueva vía al discurrir del islamismo en el mundo: la *yihad*, en su sentido más exigente de guerra (en su más completa acepción) santa contra los infieles, que muchos islamistas y muchas organizaciones islamistas considerarán desde entonces como una inevitable obligación para poder vencer e imponerse a los impíos gobernantes de los países musulmanes.

La crisis afgana, como ya se ha mencionado<sup>569</sup>, se inicia con el golpe de Estado del príncipe Daud, que derroca a su primo el rey Zaher Sha en 1973, y que es, a su vez, derrocado en abril de 1978 por un golpe de Estado llevado a cabo por jóvenes oficiales comunistas de la primera generación educada en instituciones urbanas de corte occidental. Divididos en dos facciones, *khalq* (pueblo), más doctrinaria, y *parsham* (bandera), más prosoviética, se enfrentan entre sí, resultando inicialmente triunfante el *khalq*, que obliga a los principales dirigentes de la fracción rival a exiliarse en Moscú e intenta imponer en el país, a sangre y fuego, un concepto de socialismo totalmente ajeno a las costumbres y tradiciones de un país musulmán y rural en su 85%, que les enfrenta a la mayoría de la población. A partir de abril de 1979 se empiezan a producir

---

<sup>567</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 296 a 298.

<sup>568</sup> Posteriormente en 1996 y 2002, los partidos islamistas democráticos turcos *Refah Partisi* (Partido del Bienestar) y sus, en parte, sucesores el *Saadet Partisi* (Partido de la Felicidad) y el *Adalet ve Kalkinma Partisi* (AKP, Partido de la Justicia y el Desarrollo), actualmente gobernante, abrirán una nueva vía de acceso al poder del islamismo: la electoral, para lo cual deberán moderar sus propuestas hasta hacerlas compatibles con los parámetros laicos del Estado moderno. En los demás casos de Estados islámicos actuales, como los de las monarquías del Golfo, Paquistán o el propio Afganistán, no se puede hablar propiamente de imposición del Estado islámico, sino más bien de Estados islámicos históricamente asentados.

<sup>569</sup> Ver apartado 5.5.3. Las guerras afganas, pág. 238.

sublevaciones por todo el país, hasta el punto de que, a finales de ese año, el gobernante Partido Democrático del Pueblo Afgano comunista no es capaz de controlar ni siquiera las grandes ciudades, en las que se encuentran su reducido núcleo de partidarios.

Temerosa de perder la oportunidad de poder crear un nuevo régimen satélite y de que el país caiga bajo la influencia directa de Washington, que desde el verano de 1979 ha empezado a entregar dinero y armas a ciertos grupos de la resistencia a través de Paquistán, su aliado en la zona, la Unión Soviética decide reponer en el poder a sus aliados del *parsham*. El 27 de diciembre de 1979 invade el país y sustituye al dirigente *khalq* Hafizullah Amin por el dirigente *parsham* Babrak Karmal. Pero la presencia extranjera e infiel, que pretende imponer costumbres y formas infieles, sólo logra exacerbar la resistencia<sup>570</sup>.

Una resistencia que, en principio, es exclusivamente de carácter local (étnica, tribal, clánica y territorial), lo que con el tiempo ha dado lugar al inapropiado nombre de “señores de la guerra” para sustituir, cuando dejaron de ser útiles, al de “combatientes de la libertad”. Luchan en nombre del Islam porque esa es su religión y esa es su cultura, pero no en nombre de lo que estamos conceptualizando como islamismo en esta Tesis. El Islam que defienden, porque desean seguir manteniéndolo, es el Islam tradicional, en el que, como hemos visto, lo *dunia* (la vida cotidiana) debe estar sometida a las prescripciones rituales de lo *din* (lo religioso) y en lo demás seguir las costumbres ancestrales locales, sin excesiva preocupación por lo *dawla* (lo político), siempre y cuando éste no intente subvertir este concepto de *dunia*.

Esto no quiere decir que el islamismo no estuviera presente en el país y no constituyera desde el principio una de las ramas de la resistencia. Como en todos los países islámicos, había una versión local de los Hermanos Musulmanes creada por los estudiantes afganos formados en las Universidades de Medina (Arabia Saudí) y al-Azhar (Egipto), que habían constituido en 1968 en la Universidad de Kabul la Organización de la Juventud Musulmana, de la que saldrá el *Hezb e Islami* (Partido Islámico) del antiguo activista islamista de la Facultad de Ingeniería de Kabul Guldebun Hekmatyar, que se convertirá pronto en el receptor privilegiado de ayuda americana.

---

<sup>570</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 205 a 215.

Ello se debió a que la ayuda estadounidense se debía de encauzar por razones prácticas a través del vecino Paquistán, que por sus afinidades étnicas e ideológico-religiosas tendía a canalizar la ayuda hacia los *pastunes*, etnia común a los dos lados de la frontera afgano-paquistaní, y hacia los islamistas con los que simpatizaba el régimen islamizante del general Zía. Y ambas cosas era el Partido Islámico de Hekmatyar, constituido mayoritariamente por pastunes de ideología islamista. Su caso es paradigmático en comparación con la suerte corrida por el otro partido islamista que formará parte de la resistencia afgana, la *Jamaat e Islami* (Asociación Islámica) del profesor Rabbani, cuyos componentes eran, sin embargo, mayoritariamente tayikos (suníes persanofonos como sus vecinos de Tayikistán), que no conseguirán apoyo masivo hasta que las hazañas de su jefe militar, el general Masud, los haga indispensables<sup>571</sup>.

Pero la resistencia afgana no sólo se ve favorecida por la rivalidad soviético-estadounidense de alcance mundial, sino, asimismo, por las rivalidades de ámbito regional que la dinastía saudí mantiene, para hacerse con el control ideológico del mundo árabe y musulmán, frente al islamismo revolucionario iraní y frente a los laicismos nacionalistas y socializantes, o frente a posibles potencias musulmanas emergentes como Paquistán. Acordando tácitamente con su aliado y protector estadounidense que «Arabia pondrá un dólar por cada dólar que pongan los contribuyentes americanos»<sup>572</sup>, suma que llegará a alcanzar una media de seiscientos millones de dólares anuales por cada parte<sup>573</sup>, la intervención saudí introduce en el contencioso afgano el factor *yihad* que hará cambiar radicalmente su naturaleza y, posiblemente, el curso de la historia.

La inicial pretensión saudí es, simplemente, en consonancia con la política que lleva desarrollando varios años, wahabizar la islámica y parcialmente islamista resistencia afgana. En este camino, se cruzará el ideólogo palestino Abdallah Azzam. Estados Unidos encauzaba su ayuda a través de Paquistán (lo que en cierto modo le hizo rehén de este país), cuyo territorio, fundamentalmente la región de Peshawar, sirve de

---

<sup>571</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 214 a 216.

<sup>572</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 220.

<sup>573</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 219.



santuario a la resistencia afgana, pero Arabia Saudí necesita otros canales para garantizar que sus donaciones, procedentes de sus servicios de inteligencia, de los específicamente creados comités de ayuda al pueblo afgano, dirigidos por el príncipe Salman, gobernador de Riad, y de la Liga Islámica Mundial, lleguen a sus destinatarios en una región y por unas vías en las que se dan todo tipo de desviaciones y tráfico ilícitos. Para ello necesita disponer de hombres de confianza<sup>574</sup>.

En este contexto, los primeros voluntarios árabes viajan a la zona como miembros de la Media Luna Roja y de la pléyade de ONG humanitarias islámicas que surgen en estos momentos, desgajándose en muchos casos de sus antiguos patrocinadores occidentales. Voluntarios, cuyo entusiasmo les lleva a trascender su inicial labor humanitaria y de apoyo, y a decidir implicarse directamente en la lucha, creando una serie de campamentos de instrucción y entrenamiento, que provocarán un significativo efecto llamada sobre toda la masa de jóvenes —y con el tiempo, no tan jóvenes— urbanos (mayoritariamente escolarizados) y pobres (en paro), que se han adscrito al islamismo como vía identitaria de escape frente a la frustración y la desesperanza, para los que la posibilidad de la *yihad* es la mejor forma de compensar el “rencor histórico” que sienten hacia el viejo Occidente cristiano colonizador.

Un Occidente cristiano en el que consideran incluido al bloque oriental de la Guerra Fría y a su cabeza visible, la Unión Soviética, sin que para ellos represente la más mínima contradicción. Después de todo, la Unión Soviética es la heredera de la Rusia cristiana que colonizó, y aún mantiene bajo su yugo, a un buen número de pueblos musulmanes en el Cáucaso y en Asia Central, algunos de ellos, como los tayikos y los uzbekos, divididos por la frontera, de resonancias coloniales, afgano-soviética, a sus ojos una artificial e injusta frontera entre el *Dar al Islam* (la tierra de los musulmanes) y *Dar al Kurf* (la tierra de los infieles).

A partir de 1984, el principal valedor de los intereses saudíes en Peshawar será el palestino Abdallah Azzam, que a su capacidad organizativa y solidez ideológica une el componente emotivo de representar al gran pueblo oprimido del imaginario árabe y musulmán: los palestinos. Azzam, profesor universitario (tuvo como alumno a Osama

---

<sup>574</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 220 y 221.

Ben Laden en la Universidad saudí de Yedda), Hermano Musulmán combatiente en la guerra de 1967 y responsable educativo de la Liga Islámica Mundial, se instala en Peshawar en 1984, y en 1985 crea el Consejo de Coordinación Islámica, mediante el cual coordina la labor de las organizaciones humanitarias y de ayuda islámicas, y la Oficina de Servicios, para llevar a cabo las actividades de acogida, organización y entrenamiento de los voluntarios musulmanes que acuden en ayuda de sus hermanos afganos; voluntarios musulmanes que se denominan a sí mismos salafistas yihadistas, es decir, los que pretenden imponer por la fuerza de las armas (yihadistas) en el *Dar al Islam* (la tierra de los musulmanes), el Estado islámico en el que lo *dawla* (lo político) sea el resultado de la armonización de lo *din* (lo religioso) y lo *aqi* (la razón, la reforma) (salafistas)<sup>575</sup>; una nueva versión de la ideología islamista en la que se mezclan doctrina religiosa y violencia armada y en la que la primera racionaliza y justifica a la segunda<sup>576</sup>.

Salafistas yihadistas, que serán conocidos como los “afganos” por los regímenes de sus países de origen, que los ven marchar con la satisfacción de liberarse de un posible problema y los ven regresar como el mayor peligro a su propia existencia. Salafistas yihadistas, que serán conocidos por Occidente, primero, como “los luchadores de la libertad” mientras desgastan a la Unión Soviética, y, más tarde, cuando empleen contra Occidente la ideología y las técnicas aprendidas en Peshawar, como “integristas”, “fundamentalistas” o “terroristas”<sup>577</sup>.

Un salafismo yihadista, cuya incidencia real en la guerra afgana, llevada a cabo básicamente por la propia resistencia afgana, es mínima, pero del que, sin embargo, saldrán la ideología y los ejércitos clandestinos que, una vez expulsados los soviéticos de Afganistán, en febrero de 1989, acudirán a la llamada de un saudí, Osama Ben Laden, que se formó entre ellos y que considera inadmisibile la presencia de soldados infieles en la Tierra de los Lugares Sagrados, su país de origen, con ocasión de la Guerra del Golfo. Soldados infieles que vienen, precisamente, a combatir a otros musulmanes a solicitud y con la aquiescencia de un régimen, el saudí, que se dice piadoso, pero que se comporta en función de sus intereses materiales, dando preferencia

---

<sup>575</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 221 a 229.

<sup>576</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 348.

<sup>577</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, pág. 298.

al mantenimiento de su privilegiada posición de potencia financiera en el mundo neoliberal creado, por los infieles, a la defensa del *Dar al Islam*.

Aunque la retirada soviética de Afganistán en febrero de 1989 sigue dejando nominalmente un régimen comunista en Kabul dirigido por Mohamed Nahibullah, por esa época Estados Unidos deja de estar interesado en aquella parte del mundo para concentrarse en lo que está ocurriendo en la Europa del Este, en donde los regímenes comunistas, hasta ahora férreamente controlados por la Unión Soviética, están deshaciéndose como terrones de azúcar en el agua. En poco menos de dos años, se desharán también el Pacto de Varsovia y la propia URSS. Sin Unión Soviética a quien desgastar, la cuestión afgana desaparece de la agenda estadounidense.

Para Arabia Saudí, Afganistán también está perdiendo importancia. Arabia Saudí es consciente de que sin el enemigo común que representaban los soviéticos, Afganistán se va a convertir en un caos de todos contra todos, como así sucederá. Con su islamismo rival iraní, parcialmente anulado por su enfrentamiento con un país árabe en la guerra irano-iraquí y por sus erróneos intentos de rivalizar con Arabia Saudí en el protagonismo de la peregrinaciones a La Meca —y considerando que podrá manejar en el futuro a los salafistas yihadistas como sus propias legiones— los saudíes se preparan para enfocar sus esfuerzos en otras direcciones. Sin embargo, como veremos a continuación, apenas tendrán tiempo<sup>578</sup>.

#### **6.4.2. Los ejércitos clandestinos**

Mientras el territorio afgano queda, tras la retirada soviética, fraccionado en múltiples reinos de taifas, dirigidos por *sheijs* (jeques, dirigentes o comandantes) más o menos afiliados a un partido, pero muy vinculados a su base étnica o tribal<sup>579</sup>, los salafistas yihadistas empiezan a regresar a sus países de origen, acogida o exilio, como se explico en el apartado correspondiente a la actual guerra en Afganistán<sup>580</sup>, pero no con el sentimiento del deber cumplido (después de todo, apenas han combatido en Afganistán), sino, por el contrario, con el de misión inacabada. A partir de entonces la

---

<sup>578</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 230 y 231.

<sup>579</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 231.

<sup>580</sup> Ver apartado 5.5.3. Las guerras afganas, pág. 238.

mayoría de ellos sentirán que la única razón de su existencia es continuar la *yihad* proselitista —y violenta cuando sea necesario— que han aprendido en los campos de adiestramiento y adoctrinamiento de Peshawar y en los campos de batalla —aquellos que llegan a pisarlos— de Afganistán.

Un sentimiento que será más bien fomentado que amortiguado por los acontecimientos que verán ocurrir a su alrededor en el mundo. Desde diciembre de 1987, en los territorios palestinos ocupados por Israel, el gran icono de todas las reivindicaciones árabes y una de las principales causas de su sentimiento de humillación —y por extensión, del de todo el mundo musulmán— ha estallado una nueva forma de lucha y resistencia: la *Intifada* (levantamiento), la insurrección mediante la que los palestinos del interior asumen su papel de «actores históricos, portadores de un proyecto autónomo de renacimiento nacional»<sup>581</sup>. Un nuevo tipo de insurrección, que en el imaginario musulmán adopta la forma de niños enfrentados a pedradas con las poderosas máquinas de guerra que Occidente le proporciona y le permite a Israel. En agosto de 1990, Irak invade Kuwait y amenaza con hacer lo mismo con la propia Arabia Saudí y el resto de la península Arábiga, la gran reserva del indispensable petróleo para la economía occidental. Arabia Saudí pide auxilio a su protector americano, que desplegando sus tropas, en lo que para los salafistas yihadistas, como para otros muchos musulmanes, es la Tierra de los Lugares Sagrados, que jamás deberían pisar los soldados infieles, infringe, con el apoyo fundamentalmente político del resto del mundo, una severa y humillante derrota a los ejércitos iraquíes y somete al país y a su población a unas rígidas sanciones, que afectarán significativamente a sus ciudadanos, que sufren, como consecuencia, grandes penalidades.

En enero de 1992, el mundo, especialmente el que se dice democrático, asiste impasible a la ilegalización y represión del islamista y electoralmente triunfante Frente Islámico de Salvación (FIS) argelino. El FIS había aparecido como el gran triunfador de la primera vuelta de las elecciones legislativas argelinas celebradas en diciembre de 1991, repitiendo el éxito electoral ya conseguido un par de años antes en las elecciones municipales. Las encuestas llevadas a cabo antes de la segunda vuelta, que debía celebrarse en enero de 1992, confirman que la victoria electoral del FIS en todo el país

---

<sup>581</sup> KHADER, Bichara, *De l'Intifada a la proclamation de l'Etat Palestinian*, número monográfico de la Revista *Awraq* sobre "Europa y Mundo Árabe en la política mediterránea" de 1989, pág. 159.

será significativa, desafiando, así, a los cimientos de un régimen, que, bajo una facción u otra del viejo Frente de Liberación Nacional (FLN), de la cúpula militar y de la oligarquía económica, gobierna Argelia desde la independencia en 1962. La reacción del régimen es un autogolpe de Estado incruento (enero de 1992), que anula las elecciones e ilegaliza al FIS, deteniendo a sus principales cuadros y dirigentes. El FIS pasa a la clandestinidad desde la que organiza la resistencia (Ejército Islámico de Salvación, EIS), en pueblos y zonas montañosas. En este contexto, los islamistas yihadistas o árabes afganos argelinos constituirán —y en este aspecto Argelia es un caso paradigmático— el caldo de cultivo del que se alimentarán principalmente los grupos más intransigentes<sup>582</sup> que se desgajan del Ejército Islámico de Salvación (EIS), brazo armado del Frente Islámico de Salvación; transformando su guerrilla islamista en un terrorismo indiscriminado, cruel y salvaje que la desprestigió, y que acabará sucediéndola cuando los propios Frente y Ejército Islámicos de Salvación sean conscientes, en 1997, de la imposibilidad de alcanzar sus objetivos por la vía armada y renuncien a ella.

En agosto del mismo año, 1992, ese mundo que ha permanecido impasible frente al fiasco argelino, tiene una más que tibia reacción frente a lo que los islamistas considerarán el genocidio que serbios y croatas desencadenan contra los musulmanes bosnios; un genocidio que los poderosos ejércitos occidentales desplegados en Bosnia-Herzegovina bajo la bandera de la ONU no pueden, o no quieren bajo la óptica yihadista, detener durante tres largos años. En diciembre de 1994 (y se volverá a repetir en octubre de 1999), el mundo musulmán que acepta la lógica yihadista y comparte la ideología islamista, se pregunta por qué la invasión de Kuwait por un país musulmán desencadena una tan contundente y enérgica reacción y la invasión de la Chechenia musulmana por Rusia merece tantos miramientos.

Éste es, en esencia y en resumen, el mundo que perciben las masas del mundo musulmán y dentro de ellas, con especial irritación, los islamistas, de entre los que en los años siguientes destacarán los que por convicción o por situación (los expatriados en el *Dar al Kurf*) centrarán su discurso y su acción en señalar a los no musulmanes, a los infieles, especialmente al mundo occidental, como los grandes culpables de todos los

---

<sup>582</sup> El Grupo Islámico Armado (GIA) o el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC), hoy al-Qaeda en el Magreb Islámico, por ejemplo.

males. A los que hay que dañar y humillar hasta que cejen en su pernicioso esfuerzo de impedir la instauración de verdaderos Estados islámicos, que, en última instancia, permitirán la creación de un gran nuevo califato en todo el *Dar al Salam*, regido por una jurisprudencia estricta y exclusivamente islámica, asentada en la *sharía* y en la *sunna*. De los salafistas yihadistas, a los que se les van incorporando con el tiempo jóvenes islamistas de todos los países, musulmanes o no, que realizan estancias más o menos largas de adoctrinamiento y adiestramiento en Afganistán y Paquistán (hoy día también en Irak), saldrá la excrescencia de los salafistas yihadistas de la diáspora, el ejército clandestino insertado, como un Caballo de Troya, en Europa, que, junto a los ejércitos clandestinos locales en los que se insertarán los árabes afganos, constituyen esa indefinible amalgama conocida como terrorismo islamista o al-Qaeda —o como sería más exacto decir, “nebulosa al-Qaeda” o nebulosa de ejércitos clandestinos inspirados en al-Qaeda—, la organización que nace como consecuencia directa de la Guerra del Golfo (1990-1991), sin la que nada de lo ocurrido más tarde sería comprensible.

La reivindicación iraquí sobre Kuwait es tan antigua como la artificial creación por Gran Bretaña del país en 1922, sin incluir la provincia kuwaití, perteneciente a la *wilaya* de Basora en el Imperio Otomano, considerada iraquí, por tanto, por los propios iraquíes; situación que se oficializará cuando Gran Bretaña conceda la independencia a Irak en 1932 y, mucho después, a Kuwait en 1961. Pero el contencioso concreto que desencadena la invasión de Kuwait el 2 de agosto de 1990 y la consiguiente (primera) guerra contra Irak, llamada del Golfo, es la situación de enorme endeudamiento con la que Irak finaliza la guerra iraco-iraní de 1981-1989 (unos 60.000 a 80.000 millones de dólares).

Irak, que alega (racionalización) que ha hecho la guerra en nombre de la nación árabe para protegerla del expansionismo revolucionario del tradicional rival chií y viejo enemigo persa, y que considera que con ella ha contribuido también a mantener los intereses estadounidenses en la zona, exige que, como compensación, los países árabes del Golfo, especialmente Kuwait, le condonen la deuda y reduzcan su producción de petróleo para que suban los precios de su principal fuente de ingresos. La negativa kuwaití lleva a Irak a resucitar el viejo contencioso sobre la soberanía de las islas Warba y Bubian, en la desembocadura de Shatt al Arab, y a acusar a este país de estar

aprovechándose del yacimiento fronterizo de Rumiala<sup>583</sup>. El rechazo kuwaití a negociar todos estos temas induce a Irak a tantear la postura estadounidense, que, como ya se ha mencionado con más detalle<sup>584</sup>, por boca de su embajadora en Bagdad, April Glaspie, le trasmite que Estados Unidos «no tiene forjada una opinión a propósito del contencioso territorial», lo cual será interpretado por el régimen de Bagdad como luz verde para resolverlo por la vía de las armas<sup>585</sup>.

Pero, como podrá comprobar Bagdad con estupor, para Washington, una cosa era el contencioso territorial y otra la absorción de uno de sus protegidos, y gran productor de hidrocarburos, en el Golfo Pérsico, por un ambicioso, nacionalista y expansionista (cratotrópico) Irak con veleidades de potencia regional y panarábiga. Especialmente cuando Estados Unidos está quedándose como única gran potencia del mundo y cuando el control de los recursos energéticos es un elemento consustancial a la expansión neoliberal. Alegando justificadamente (racionalización) que la invasión y ocupación de Kuwait vulnera todas las normas del derecho internacional y la Carta de las Naciones Unidas, Estados Unidos decide imponer un nuevo orden mundial, cuya primera manifestación será la restitución de la soberanía kuwaití.

La invasión iraquí se produce el 2 de agosto de 1990. Tan sólo cinco días después, el régimen saudí, guardián de los Santos Lugares, pide ayuda militar a Estados Unidos. Esta ayuda militar, la Operación Escudo del Desierto, llevará a la Tierra de los Santos Lugares a miles de soldados no musulmanes durante los más de seis meses que dura, prolongada por la Operación Tormenta del Desierto (17 de enero de 1991), que expulsará a las fuerzas iraquíes de Kuwait, sin atreverse, sin embargo, a continuar hasta Bagdad para hacer caer el régimen baazísta de Sadam Hussein, por las razones ya analizadas en el apartado correspondiente<sup>586</sup>. Razón por la cual, Estados Unidos debe mantener importantes contingentes en la sagrada tierra musulmana al finalizar la guerra<sup>587</sup>.

---

<sup>583</sup> SEGURA, *Irak en la encrucijada*, *op. cit.*, págs. 79 a 82.

<sup>584</sup> Ver apartado 5.5.2. Las guerras iraquíes, págs. 153 y 154.

<sup>585</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 307 a 311.

<sup>586</sup> Ver apartado 5.5.2. Las guerras iraquíes, págs. 161 y 162.

<sup>587</sup> LÓPEZ GARCÍA, *op. cit.*, págs. 307 a 311.

Sadam Hussein tuvo la habilidad de presentar el conflicto (racionalización) como una agresión estadounidense a un país musulmán, sin otra justificación que la codicia petrolera, y como una muestra del doble rasero occidental —el 12 de agosto, diez días después de la invasión, ofreció retirarse de Kuwait si Israel lo hacía de Palestina— desdibujando tras estas pantallas la agresión de un país árabe y musulmán (Irak) a otro país árabe y musulmán (Kuwait), que era el verdadero origen del conflicto. Unas maniobras que no hubieran dado resultado si una significativa parte del mundo musulmán no hubiera estado ya moldeada para recibir una racionalización de este tipo y, en el fondo, deseando recibirla<sup>588</sup>. Una racionalización, en la que, por primera vez ante las masas musulmanas, aparecen disociados saudíes y dinastía saudí, presentada ésta como la opresora de aquéllos y dispuesta a permitir, con tal de mantener su poder terrenal, su lujo y su corrupción, que las botas de los “nuevos cruzados” hollasen y mancillasen la tierra sagrada del Profeta, cuya custodia les había sido encomendada en nombre de todos los creyentes, y a la que Alá había concedido el don de los hidrocarburos; don que debía servir para desempobrecer a los menesterosos y no para enriquecer aún más a los poderosos<sup>589</sup>.

El enfrentamiento iraco-saudí, que es el componente árabe-islámico de la Guerra del Golfo, no se saldó sin daño para el movimiento islamista, dividido entre la postura “de los desheredados” y antioccidental proiraquí y la fidelidad al viejo movimiento islamista, larga y ampliamente dominado por la dinastía saudí y sus redes financiero-caritativas. Una fisura que alcanza a la propia Arabia Saudí, en la que hace eclosión en esta época un islamismo contestatario, que considera a la dinastía reinante como un mero instrumento de Occidente y de su expansionismo neoliberal —en lo que coincidirán con las viejas acusaciones iraníes— y centra su crítica en la presencia de los militares occidentales (de los “nuevos cruzados”) en la sagrada tierra del Profeta. Un movimiento, cuyos principales inspiradores serán los *imames* Salman al-Auda y Safar al-Hawali, y el físico Mohamed al-Masri, formado en Estados Unidos, que, al ser expulsado del país, funda en Londres la sección británica del Comité para la Defensa de los Derechos Legítimos (CDDL), que él mismo había contribuido a organizar en el interior de su país. Un islamismo contestatario que empieza a ser perseguido a partir de 1994, año en el que al-Masri es obligado a exiliarse y los *imames* Salman al-Auda y

---

<sup>588</sup> SEGURA, *Irak en la encrucijada*, op. cit., págs. 85 a 87.

<sup>589</sup> KEPEL, op. cit., págs. 329 a 337.



Safar al-Hawali son arrestados. En noviembre de 1995, se produce un atentado en la capital, Riad, en el que mueren cinco norteamericanos y en el que el CDDL aparece como implicado. Como consecuencia de la represión, el CDDL empieza a cambiar el fax e Internet por las bombas, y la disidencia por la violencia. En febrero de 1996, el CDDL se escinde. Auda, Hawali y al-Masri van a quedar eclipsados por Ben Laden<sup>590</sup>.

Osama Ben Laden representa la corriente más mediática del salafismo yihadista surgido del Afganistán de los años ochenta<sup>591</sup>. Cristaliza y simboliza la ruptura en la que desemboca la dislocación del movimiento islamista tras la Guerra del Golfo; la ruptura de la alianza de Estados Unidos y el islamismo conservador saudí, por un lado, y los salafistas yihadistas, por otro<sup>592</sup>.

Osama Ben Laden nace en 1957. Su padre, originario de una familia de constructores humildes de Yemen, había emigrado a Arabia Saudí en los años treinta, donde, debido a su habilidad social y técnica, logró atraer la estima de la familia real y convertirse en poco tiempo en el mayor empresario de obras públicas del reino y uno de los primeros de Oriente Próximo. Osama Ben Laden crece, por tanto, en la proximidad de la familia real saudí y en contacto con toda la aristocracia real y económica del mundo árabe. Estudia ingeniería en la Universidad de Yedda, donde es alumno, en las materias islámicas obligatorias, de Mohamed Qutb, hermano del intelectual reformador ya citado Sayyid Qutb, y de Abdullah Azzam, el intelectual palestino, también ya mencionado, que organiza en Peshawar la estructura de apoyo saudí a la resistencia afgana antisoviética (el Consejo de Coordinación Islámico y la Oficina de Servicios).

Cuando finaliza sus estudios es un joven millonario, fuertemente influido por la versión wahabí de la ideología de los Hermanos Musulmanes, lo que le induce a adherirse rápidamente a la causa de la resistencia afgana. En 1982, se traslada a Peshawar, donde se convierte en uno de los más importantes colaboradores logísticos de su antiguo profesor Abdullah Azzam. Hacia 1986, establece sus propios campamentos de adoctrinamiento y adiestramiento en Afganistán, donde se hace célebre debido a su generosidad con la causa, a su particular encanto personal y al valor demostrado cuando

---

<sup>590</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 338 a 344.

<sup>591</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 499.

<sup>592</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 500.

entra en combate para demostrar su auténtico compromiso. En 1988, informatiza el inventario y estructuras de los salafistas yihadistas, creando así *al-Qaeda* (“la base de datos” en árabe), que dará lugar al nombre con el que se popularizará la organización que se asocia a él.

Su celo islámico acabará enfrentándolo a sus propios patronos saudíes, fundamentalmente al negarse Ben Laden a abandonar a su suerte a los salafistas yihadistas en 1989, una vez expulsados los soviéticos de Afganistán. Aprovechando una estancia en su país, las autoridades saudíes le retiran el pasaporte para desvincularlo de sus compañeros de *al-Qaeda*, de la base de datos afgana. En esta tesitura, el Irak laico y apóstata para Ben Laden y los salafistas yihadistas invade Kuwait y amenaza Arabia Saudí. Ben Laden ofrece su “base de datos” a la Monarquía para defender la frontera, pero ésta prefiere —o no tiene otra opción— que pedir ayuda al protector americano, y Ben Laden se pasa al islamismo disidente de los *imames* Auda y Hawali<sup>593</sup>.

Perseguido en su país, huye, para terminar refugiándose, como otros muchos salafistas yihadistas de su “base de datos”, en Sudán, bajo la protección del régimen islamista militarizado del general Omar al-Bashir y del ideólogo Asan al-Turabi, que, por entonces, pretende aglutinar a su alrededor al islamismo hostil tanto a la concepción conservadora saudí como a Estados Unidos, recién salido de la ruptura producida en el movimiento por la Guerra del Golfo. Desde Sudán, Ben Laden comienza a construir su red-imperio económico, exclusivamente orientado al apoyo y sostén de la yihad salafista, pero, de nuevo, su exceso de celo y la presión norteamericana, que le sitúa ya a estas alturas (aunque no parece haber constancia fidedigna de ello) como instigador de todos los actos antiamericanos del mundo islámico<sup>594</sup> y como organizador y cabecilla de una organización llamada al-Qaeda, le enemistan con el propio régimen sudanés, que le expulsa del país, en junio de 1995.

---

<sup>593</sup> VIORTS, Milton, *Tormenta en Oriente Próximo. El choque entre el Oriente musulmán y el Occidente cristiano*, Debate, Barcelona, 2006, pág. 213.

<sup>594</sup> Sucesos de Mogadiscio del 3 y 4 de octubre de 1993, que fuerzan la salida de las fuerzas norteamericanas de Somalia, el atentado de Khobar en Arabia Saudí de junio de 1996 contra una base estadounidense, etcétera.

### 6.4.3. Los *taliban*: santuario de al-Qaeda

En un principio, los islamistas paquistaníes (*Jamaat e Islami*, el JUI y el JUP<sup>595</sup>) y afganos (Hekmatyar y Rabbani), así como los salafistas yihadistas, condenan la invasión iraquí de Kuwait, pero según se desarrollan los acontecimientos, cambian de bando, debido, entre otras razones, al progresivo desinterés que estadounidenses y saudíes empiezan a sentir por ellos, que paulatinamente les lleva a decantarse por el islamismo disidente antiestadounidense, que se está forjando en Arabia Saudí.

Por otra parte, «los salafistas yihadistas empiezan a tener afinidades con otro movimiento que surge en la misma época, en la misma región y en el mismo contexto, dentro del Islam local afgano: los *taliban* (alumnos)»<sup>596</sup>. Un movimiento procedente de las *madrasas* (escuelas, de ahí el nombre de *taliban*) deobandíes, inicialmente sólo interesado en regenerar a la sociedad a la que pertenecían, Afganistán y el oeste de Paquistán, imponiendo su particular y rigorista versión del Islam. Pero que se va radicalizando, a lo largo de las décadas de los 70 y de los 80 del siglo XX, a través de su enfrentamiento, inicialmente ideológico y doctrinal, con la *Jamaat e Islami*, la dictadura del general Zía, los gobiernos comunistas de Afganistán y los chífes apoyados por Irán de ambos países, hasta llegar a considerar la posibilidad de la *yihad* en su sentido más exigente de guerra santa.

Los *taliban*, como nueva facción armada afgana, se estrenan en noviembre de 1994, cuando se apoderan de un importante cargamento de armas que circula desde Paquistán hacia el norte del país. Austeros, disciplinados y fanáticos, en pocos días se hacen con todo el sur *pastún* del país, etnia a la que mayoritariamente pertenecen. El nuevo gobierno paquistaní de la presidenta Benazir Bhutto, elegida tras el asesinato en atentado del general Zía, en agosto de 1988, y poco favorable al islamismo, decide apoyarlos porque ve en ellos una oportunidad de acabar con el caos afgano, dividir a los islamistas paquistaníes y contentar a los altos mandos de las Fuerzas Armadas y de los servicios de inteligencia paquistaníes, los cuales, por otra parte, están exasperados por la

---

<sup>595</sup> Ver punto 6.3.2. b. Los movimientos deobandi y *tabligh*, págs. 280 y 281.

<sup>596</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 352.

incapacidad, que su protegido afgano, el jeque Hekmatyar, demuestra para tomar el poder. También Arabia Saudí los apoyará inicialmente en la creencia de que, con ellos, podrá contrarrestar la deriva antisaudí que parte del movimiento islamista mundial está tomando y, en especial, los salafistas yihadistas, que todavía deambulan por el área.

Con estos apoyos, y su disciplina y motivación, en menos de dos años, entran en Kabul, y en otros dos, para el otoño de 1998, controlan el 85% del territorio y han reducido a sus adversarios, nominalmente agrupados alrededor del jeque Masud, el único que logra resistírseles, al feudo de éste en el valle del Panshir, en la frontera norte con Tayikistán. Mucho más preocupados por el rigor religioso de sus compatriotas y por el fomento del comercio, vieja tradición *pastún*, que por las actividades administrativas o gubernamentales, los *taliban* apenas dan importancia a las relaciones exteriores excepto con sus hermanos paquistaníes. Era la situación ideal para aliarse con los salafistas yihadistas, con los que comparten rigor religioso (ideología) y aspiraciones (yihad) de una forma complementaria, ya que mientras que para los *taliban* el ámbito de su yihad es el mundo afgano-pastún, la aspiración de los salafistas yihadistas es precisamente exportar la suya al *Dar al Islam*, para recuperarlo para la causa de Alá, y al *Dar al Kurf*, para castigarlo y humillarlo. Los salafistas yihadistas ayudarán a los *taliban* a conseguir su objetivo, en Afganistán, y, a cambio, éstos acogerán y protegerán a los salafistas yihadistas, para que puedan llevar a cabo su particular misión universal<sup>597</sup>.

En agosto de 1996, Ben Laden reaparece en el Afganistán de los *taliban*, desde donde, el 23 de dicho mes, lanza su famosa *Declaración de la yihad contra los judíos y los cristianos*, en la que, tras recordar los sufrimientos que “la alianza sionista cruzada” había infligido a los musulmanes en numerosos países del mundo<sup>598</sup>, considera la ocupación de los Santos Lugares como la mayor de las agresiones, contra la que se inicia la yihad desde la montañas afganas del Hindu Kush, en cumplimiento de las enseñanzas de Abdullah Azzam, el jeque Yassin (dirigente palestino de Hamás), el *imam* Abdel Rahman (sospechoso de estar implicado en el primer atentado contra las

---

<sup>597</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 352 a 369.

<sup>598</sup> La Declaración cita expresamente a Palestina, Irak, Líbano, Tayikistán, Birmania, Cachemira, Asam, Filipinas, Ogadén, Somalia, Eritrea y Bosnia-Herzegovina.

Torres Gemelas de 1993) y los *imames* saudíes Auda y Hawali<sup>599</sup>. Año y medio más tarde, el 23 de febrero de 1998, Ben Laden constituye el Frente Islámico contra los Judíos y los Cristianos —que debía haber sido el nombre con el que se conociera la organización asociada a él y no el anodino al-Qaeda— en cuya carta fundadora, escrita a modo de *fatwa*, se determina que «la decisión de matar a los norteamericanos y sus aliados, tanto civiles como militares, es un deber de todos los musulmanes, con el fin de liberar la mequita de al-Aqsa [Jerusalén] y la Santa Mezquita [La Meca] de su control y para que sus ejércitos abandonen, derrotados, todas las tierras del Islam»<sup>600</sup>.

«Aunque casi nadie le prestó entonces atención, era el acta de nacimiento de la yihad terrorista mundial y el 7 de agosto de ese mismo año pudo comprobarse que la amenaza iba en serio, cuando sendos atentados contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania causaron en conjunto más de trescientos muertos», en curiosa coincidencia con el octavo aniversario de la llegada de los primeros soldados americanos a Arabia Saudí para la Guerra del Golfo. Desde entonces «se han sucedido [atentados terroristas con al menos diez víctimas mortales] a un ritmo de dos o tres anuales, afectando a todo tipo de países [musulmanes y no musulmanes] en cuatro continentes»<sup>601</sup>.

#### 6.4.4. La nebulosa al-Qaeda

La emigración musulmana a Europa se inicia en las primeras décadas del siglo XX. Es una emigración económica, cuyo objetivo es la búsqueda de trabajo. Las industrias europeas necesitan mano de obra sin cualificar de bajo coste, y los inmigrantes unos ingresos que mandar a su país y unos ahorros que les permitan regresar a ellos con medios para poder organizar el resto de sus vidas y las de sus familias<sup>602</sup>. Esta emigración se hace masiva tras la Segunda Guerra Mundial y las independencias, que, a su vez, coincide con un fenómeno similar de emigraciones desde

---

<sup>599</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 507 a 510

<sup>600</sup> VIORTS, *op. cit.*, pág. 215.

<sup>601</sup> AVILÉS FARRE, Juan, *El contexto del 11-M. La yihad terrorista global, 1998-2005*, Instituto Universitario de Investigación sobre Seguridad Interior (IUISI) de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid, 2006, págs. 5 y 19.

<sup>602</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 309 y 310.

los países del sur de Europa a los norte y centro<sup>603</sup>, debido a la conjunción de dos factores: el auge de la economía europea a lo largo de los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX y la explosión demográfica en los países del mundo musulmán. Pero esta emigración no es sólo una emigración económica, sino además, mayoritariamente masculina. La idea de los emigrantes es volver y la de las autoridades europeas, una renovación constante de la “masa crítica emigrante”.

Esta situación va a cambiar significativamente a partir de la crisis económica europea posterior a 1973 (crisis del petróleo), que inaugura, como hemos visto<sup>604</sup>, la etapa neoliberal de la economía mundial; una fecha, por otra parte, como también hemos visto, de gran trascendencia en la transformación de las mentalidades en el mundo musulmán por otro tipo de razones. La crisis económica de 1973 y el tipo de solución (neoliberal) con la que ésta se combate incrementan significativamente el paro en toda Europa, afectando con mayor intensidad a los trabajadores peor cualificados y a las capas sociales más bajas, de las que las masas musulmanas emigrantes forman parte sustancial, las cuales empiezan a pasar de proletarios a excluidos. A pesar de lo cual, la reacción de éstos es la contraria a la que lógicamente podía esperarse. En vez de tender a abandonar la tierra prometida que está dejando de serlo, se aferran a ella: en Europa, al menos, hay seguro de desempleo y ayudas sociales. Se abandona la idea de volver, y a cambio de ello se inicia el gran y masivo proceso de reagrupamiento familiar. La emigración musulmana deja de ser mayoritariamente masculina y se transforma en mayoritariamente familiar. Los niños venidos por entonces y los que posteriormente ya nacerán en Europa son los jóvenes aculturados pobres y sin demasiadas expectativas de futuro de la década de los noventa del siglo XX y de principios del siglo XXI: las llamadas segunda y tercera generación.

Para ellos, que entran en la situación de desarraigo, que en los países musulmanes ya había comenzado una generación antes, la nacionalidad de origen, que no recuerdan y en la mayoría de los casos ni siquiera llegaron a conocer, ya no es una referencia cultural ni identitaria, pero la cultura occidental en la que han sido educados, tampoco. No comprenden el Islam tradicional de sus padres, oscurantista y retrogrado,

---

<sup>603</sup> VEGA, Mária, *Las cuatro diásporas lingüísticas del siglo XX*, Actas del Congreso Internacional de la Universidad Lingüística de Moscú “Lenguas en contacto”, Publicaciones de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, 2004.

<sup>604</sup> Ver epígrafe 5.3. El neoliberalismo como ideología, pág. 109.

visto desde el prisma de la cultura occidental que aprenden en las escuelas europeas, pero de la que también se sienten excluidos y por la que se sienten reprimidos<sup>605</sup>. Cuando las ideas de Mawdudi, Qutb, Shariati, Jomeini y el rigorismo wahabita empiecen a ser predicadas en inglés, francés y alemán, por los clérigos e intelectuales islamistas venidos del mundo musulmán, en las mezquitas que el dinero de las monarquías del Golfo y sus redes caritativas empiezan a fundar en toda Europa, parte de esta juventud pobre y desarraigada encontrará refugio mental en una nueva identidad, la islamista, que le permite racionalizar al mismo tiempo su oposición al tradicionalismo de sus padres y su difuso “rencor histórico” antioccidental, y le permite justificar cualquier comportamiento, con tal de poder adscribirlo a la defensa del Islam. Sin referencias nacionales, se acogen a la identidad musulmana. Las comunidades que se aglutinen en torno a las mezquitas estarán cada vez más organizadas sobre bases ideológicas (línea del *imam*) que sobre bases de nacionalidad de origen o de proximidad<sup>606</sup>.

Este proceso, en gran parte, unifica comunidades diferenciadas hasta entonces debido a sus diversos orígenes. Así, en el Reino Unido, la inmigración musulmana, mayoritariamente de origen indo-paquistaní (y en menor medida subsahariana), estaba relativamente estructurada debido a la ideología deobandi de muchos de sus miembros; una ideología concebida, como hemos visto<sup>607</sup>, para amparar a los musulmanes que deben conservar su religión y sus costumbres (su cultura) en situación de minoría. Los musulmanes podían aplicar (aunque fuera parcialmente) la *sharí*a dentro de sus comunidades sin que el Estado interviniera<sup>608</sup>. Es la situación de “repliegue comunitario” hoy día conocida como ‘multiculturalismo’, que, como vemos, no depende solamente de la actitud o premisas del Estado de acogida, sino también de las propias características de la comunidad musulmana afectada. El Reino Unido será, además, debido a esta tendencia hacia una mayor permisividad, el lugar donde primera y fundamentalmente se refugien, durante la década de los noventa, los islamistas (especialmente intelectuales e ideólogos) expulsados de sus países de origen, acogida o exilio por sus ideas o actividades, hasta el punto de llegar a conocerse a estas

---

<sup>605</sup> KRAMSCH, Claire, *Language and Culture*, Oxford University Press, 1998.

<sup>606</sup> ROY, *op. cit.*, pág. 210.

<sup>607</sup> Ver punto 6.3.2.b. Los movimientos deobandi y *tabligh*, pág. 279.

<sup>608</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 311.

comunidades como “Londonistán”, la tierra virtual que jugaría en Europa, el papel que Peshawar juega respecto a Afganistán.

En Francia, Bélgica, Holanda, Alemania o Austria, donde las comunidades musulmanas son mayoritariamente de origen africano, esteasiático y turco respectivamente, esta estructuración era mucho menor; apenas había mezquitas (hasta la “invasión” saudí posterior a 1973) y las pocas que había eran poco frecuentadas. La religiosidad y el folclore eran sobre todo rituales (ramadán, comida *halal*, fiestas, oraciones y abluciones diarias a modo de *mantra*, etcétera) y reducidos éstos al ámbito familiar; de ahí que se hable del modelo republicano francés de integración, como opuesto al multiculturalismo británico. La situación de *ghetto* en Alemania y Austria de las comunidades turcas lo causan, sin embargo, mucho más el abismo que suponen dos lenguas y dos culturas absolutamente ajenas. Después de todo los emigrantes a los demás países citados procedían en su mayoría de antiguas colonias, es decir, estaban relativamente aculturizados y familiarizados con la lengua y la burocracia de las antiguas potencias coloniales, copiada y mantenida, en sus líneas generales, por los regímenes salidos de las independencias.

En Francia, la estructuración de la comunidad musulmana como tal, y no agrupada por antiguas nacionalidades (marroquíes, argelinos, tunecinos, senegaleses, etcétera), se inicia tras las huelgas de 1975 y 1978. En un intento de “dividir para vencer”, la administración francesa intenta separar a los trabajadores musulmanes de las principales corrientes reivindicativas obreras, comunistas, trotskistas, etcétera. Para ello, fomenta discretamente el Islam, al que considera incompatible con dichas ideologías, propiciando la apertura de mezquitas informales o salas de rezo, a las que rápidamente acudieron predicadores del *tabligh*, que fomentarán la solidaridad intramusulmana y llamarán la atención de la gran ONG saudí Liga Islámica Mundial, que empieza a abrir sedes en el continente y a construir mezquitas localmente vinculadas, desde las que se predica el wahabismo, y, con él, las ideas islamistas.

En este caldo de cultivo, las agencias de información y telediarios vuelcan, durante la década de los ochenta, una glorificada versión de la actuación de los “combatientes de la libertad” en Afganistán contra el imperio del mal soviético, en medio de una sucesión de noticias que incluyen la invasión israelí del Líbano de 1982;



las matanzas de Sabra y Chatila; los atentados de octubre de 1983 contra las tropas occidentales (americanas y francesas) en este mismo país, que provocan la retirada de las mismas; y a la actuación de los soldados israelíes disparando contra los niños palestinos armados de piedras en la *Intifada* (levantamiento). Mucho más que para los propios habitantes de los países musulmanes, para las nuevas generaciones de musulmanes europeos, que no tienen ninguna posibilidad de combatir o enfrentarse a los gobiernos y regímenes impíos, quienes están humillando la dignidad del Islam son los infieles. La posibilidad de la *yihad* contra ellos empieza a abrirse paso en muchas de sus mentes. Sólo falta quien los motive y quien los incite<sup>609</sup>.

Puede considerarse, que un primer chispazo de esta mecha se enciende en 1989, coincidiendo con el momento de exaltación que supone la derrota y retirada soviética de Afganistán. En septiembre de 1988, el escritor británico de origen indio Salman Rushdie publica la novela *Versos satánicos* que, por su posible interpretación como ofensiva para el profeta Mahoma y sus esposas, desata la ira de los creyentes musulmanes. La reacción se inicia en los medios mawdudianos de la India y Paquistán (el entorno de la *Jaamat e Islami*), que consiguen su prohibición en ambos países, pero a través de las redes deobandis se traslada a una de sus ramas británicas, la *UK Islamic Mission*, que exige su prohibición también en el Reino Unido. Para conseguirlo, demandan el apoyo diplomático de Arabia Saudí, que solamente consigue que la Organización de la Conferencia Islámica condene la obra (5 de noviembre de 1988), pero, lógicamente, no su prohibición en el Reino Unido ni en ningún otro país occidental.

En condiciones normales, un episodio de este tipo debería haber quedado reducido a este tipo de presiones y alguna manifestación callejera en los países musulmanes. Pero en el estado de efervescencia, sintetizado en los párrafos y epígrafes precedentes, que llevaba larvándose en el mundo musulmán desde hacía casi dos décadas, resultó ser una chispa de inesperada repercusión. A la negativa del Reino Unido a prohibir la novela, la comunidad musulmana en este país reacciona violentamente, organizándose quemas de ejemplares de la novela. El relevo vuelven a tomarlo los deobandi de la India y Paquistán, en donde el 12 de febrero, el Centro

---

<sup>609</sup> VERSTRYNGE, Jorge, *La guerra periférica y el Islam revolucionario*, El Viejo Topo, Madrid, 2005, pág. 75.

Cultural Americano de Islamabad es asaltado y saqueado con el resultado de cinco muertos y un par de decenas de heridos, en una nueva muestra de las diferentes ópticas que sobre el mundo occidental tienen gobiernos y masas musulmanas, cuya ira se descargó sobre las instalaciones de un país, Estados Unidos, teórico aliado de Paquistán en el apoyo a los luchadores de la libertad afganos vecinos, y con el que el escritor británico Rushdie no tenía ninguna relación.

Dos días más tarde (14 de febrero), el *ayatolá* Jomeini, máximo dirigente de la revolución iraní, dará su gran golpe de efecto al promulgar una *fatwa* condenando a muerte al escritor y editores de los *Versos satánicos*, «llamando a todos los verdaderos musulmanes a ejecutarlos inmediatamente allí donde los encontraran». El régimen revolucionario iraní, teóricamente promotor del regreso al Islam de la *salafiyya* (de los ancestros) volvía a dar muestras de su habilidad, la cual sigue manteniendo, para utilizar la enorme potencia posmoderna —y, por tanto, culturalmente occidental— de los medios de comunicación de masas, es decir, de su carácter de identitarismo (de resistencia) como reconstrucción de viejos elementos, el Islam de la *salafiyya*, adaptados a las circunstancias del momento (posmodernidad). Al día siguiente, 15 de febrero, se completa la retirada soviética de Afganistán, pero la noticia queda eclipsada en noticiarios occidentales y musulmanes por la sorpresa de la *fatwa* contra Rushdie. Mediante este hábil golpe de mano mediático, dado en el momento oportuno, el islamismo revolucionario chií logra recuperar gran parte del ascendiente entre las masas musulmanas, que había perdido como consecuencia de su enfrentamiento con Irak, país árabe, y su rivalidad con Arabia Saudí por dictaminar las condiciones de los peregrinajes a la Meca<sup>610</sup>.

Pero el episodio de los *Versos satánicos* tiene otras dos importantes lecturas. La primera es que logra aunar en un frente común, con esfuerzos comunes y un mismo objetivo, a las diferentes versiones del islamismo del momento: la chií revolucionaria, por un lado, y, por el otro, las que se le enfrentan, también compitiendo entre sí por audiencia y militantes: wahabitas, deobandíes, mawdudianos de la *Jaamat e Islami* y de la diáspora, *tabligh*, Hermanos Musulmanes, islamistas turcos, etcétera. La segunda es que, al situar al objetivo común en el *Dar el Kurf* (la tierra de los no creyentes), se

---

<sup>610</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 302 a 307.

empieza a legitimarse, en cierta forma, lo que podríamos llamar “la *yihad* fuera de área”, se empieza a enlazar yihadismo salafista y rencor histórico. El vocabulario revolucionario jomeinista será traspasado a los barrios pobres musulmanes europeos, identificando a la juventud urbana pobre musulmana con los desheredados de la revolución iraní, y a las instituciones de los Estados europeos con los “arrogantes”<sup>611</sup>. La interpretación ladiana (de Osama Ben Laden) de la Guerra del Golfo (1990-1991) trasladará el epicentro del rencor a Estados Unidos, que sufre en 1993, a manos del antiguo wahabita pasado a la yihad salafista jeque Omar Abdel Arman, el primer atentado contra el *World Trade Center*, mientras la escisión “afgana” del Ejército Islámico de Salvación (EIS) argelino, el Grupo Islámico Armado (GIA), golpea en Francia en 1994 y 1995<sup>612</sup>.

Argelia se había quedado sin su régimen islamista democrático y pacífico que electoralmente le correspondía, pero, a cambio, en Palestina nace el islamista y nacionalista Hamás contra el occidentalizado Israel, como años antes había nacido Hezbolá en Líbano, dando lugar a la aparición, íntimamente conectada al problema israelo-palestino, de los nacionalismos islamistas del Oriente Próximo mediterráneo<sup>613</sup>.

Un prototipo de islamista europeo de segunda generación es Jaled Kelkal, del que se dispone de un excepcional retrato sociológico, gracias a la larga entrevista que le hizo el sociólogo Dietmar Loch, tres años antes de ser identificado como terrorista, como parte de una investigación sobre los jóvenes procedentes de familias emigrantes del extrarradio de Lyon, que fue íntegramente publicada por *Le Monde* el 7 de octubre de 1995<sup>614</sup>. En ella, Jaled Kelkal, nacido en Argelia en 1971, pero criado ya en Francia, aseguraba sentirse rechazado en lo que tilda de «instituto para gente bien», por ser el único árabe; razón por la cual se siente más a gusto en el ambiente de la calle, «en el de los ladrones, porque en el barrio donde vivo, el 70% de los jóvenes roban» que en el instituto. Cuando es encarcelado por primera vez, redescubre la religión «gracias al hermano musulmán con el que compartía la celda». El Islam le ofreció, argumenta, una

---

<sup>611</sup> KEPEL, *op. cit.*, págs. 307 a 309.

<sup>612</sup> MAALOUF, *op. cit.*, pág. 81: «Podemos leer diez voluminosos tomos sobre la historia del Islam desde sus orígenes y seguiremos sin entender en absoluto lo que está sucediendo. Pero si leemos treinta páginas sobre colonización y descolonización, lo entenderemos mucho mejor»

<sup>613</sup> LÓPEZ ALONSO, Carmen, *Hamás. La marcha hacia el poder*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007.

<sup>614</sup> KEPEL, *op. cit.*, pág. 493.

comunidad y una identidad en la que refugiarse para romper simultáneamente con «los ladrones y con los arrogantes franceses cristianos». En 1993, se va a Argelia, donde acaba de empezar la guerra civil, y de donde regresa «convertido en un auténtico fanático», según las declaraciones que hizo durante su procesamiento su compañera de aquellos momentos. El 11 de julio de 1995 es asesinado el jeque Abdel Baqi Sahraoui, miembro fundador del Frente Islámico de Salvación (FIS) argelino refugiado en París, considerado el interlocutor privilegiado del Frente con el entonces ministro del Interior francés Charles Pasqua; el arma del crimen es encontrada en la mochila de Kelkal, que, sin embargo, logra evadirse. Días más tarde, el 25 del mismo mes, se produce un sangriento atentado en el Metro de París, para el que se utilizan como bombas dos bombonas de gas. Aunque la primera de ellas tiene la mortífera consecuencia de diez muertos, la segunda falla, encontrándose en ella las huellas de Kelkal. En agosto, Kelkal muere como consecuencia del enfrentamiento a tiros que tiene con la policía en un intento de atentado contra un autobús.

En resumen, lo que acontece durante gran parte de la década de los noventa —es decir, inmediatamente antes del cambio de milenio— es que, como hemos venido viendo en los párrafos precedentes, la corriente salafista yihadista que se origina en la “base de datos”, en la al-Qaeda, de Ben Laden acaba enfrentada a Occidente por dos vías, que, aunque diferentes, terminan condicionándose mutuamente.

Por un lado, como “afganos” que vuelven a (o están en) sus países, se ven implicados en la expansión y exportación de los problemas locales a la diáspora musulmana en Europa (la guerra civil argelina a Francia, por ejemplo), en la que se encuentra el caldo de cultivo de las segundas y terceras generaciones.

Por otro, la declaración de *yihad*, de guerra, llevada a cabo por Ben Laden, en primer lugar contra régimen saudí, después, por extensión, contra todos los regímenes no islámicos del mundo musulmán, y, por último, por necesidad, contra el mundo occidental, tildado de alianza sionista cruzada, sin cuya derrota no serían posible las dos primeras victorias, extenderá su campo de batalla no sólo a ambos lados de la frontera entre la tierra del Islam (*Dar al Islam*) y la de los infieles (*Dar al Kurf*), sino también a ambos lados del Atlántico, al declarar a Estados Unidos como el gran Satán del que proceden todos los males.

Una *yihad*, guerra o conflicto armado, que, como preconiza esta Tesis, representa el último estadio (la *ultima ratio*) del enfrentamiento ideológico que, a partir de la década de los setenta del siglo XX, se desarrolla entre el expansionismo (cratotrópico) del mundo occidental, que desde entonces está tomando la forma de expansionismo neoliberal, fundamentalmente por tanto económico, pero también, cuando se considere necesario, militar (Palestina, Líbano, Libia, Irak, Sudán, Afganistán, etcétera), y el identitarismo islamista que pretende liberar (eleuterotropismo) al mundo musulmán de esta subordinación, refugiándose en la búsqueda de lo único que se les aparece como realmente autóctono, propio y no contaminado por la aculturación euro-occidental, la religión del Profeta, sin darse cuenta de que la visión rigorista de ella a la que pretenden adherirse, sólo tiene de originaria, el nombre, la intención y los rituales (aspecto físico, vestimenta, rezos y abluciones, comidas *halal*, etcétera), es decir, la religiosidad que no la religión, mientras su propia concepción y génesis, sus métodos y procedimientos e incluso su propia forma de expresarse — sea mediante un discurso proselitista, un discurso agresivo, o mediante la violencia— no son comprensibles, como por otra parte no podía ser de otra manera, sino como la versión islamista (de reconstrucción del Islam o de reensamblaje de elementos de éste) de la posmodernidad y de la posmodernidad más actual, la globalización; inventos ambos, la modernidad y la globalización, de la civilización (euro-occidental) de la que pretenden liberarse (emanciparse)<sup>615</sup>. Un identitarismo que es a la vez producto de la modernización y esfuerzo por enfrentarse a ella, que es reacción contra la occidentalización, pero hijo de la modernización occidental<sup>616</sup>.

Una *yihad*, guerra o conflicto armado cuyos principales episodios son de todos, desgraciadamente, bien conocidos: atentados contra las embajadas norteamericanas de Nairobi y Dar el Salam y sus correspondientes represalias; atentados del 11 de septiembre de 2001 sobre los hipertrofiados símbolos del poder político “imperialista” (Washington) y del poder económico neoliberal (Nueva York) y sus consecuencias inmediatas, la invasión y ocupación de Afganistán (racionalizando el expansionismo en nombre de la lucha contra el terrorismo) y la consiguiente resistencia afgana frente a una presencia infiel que pretende imponer costumbres y formas ajenas a su cultura; 11

---

<sup>615</sup> ROY, *op. cit.*

<sup>616</sup> HUNGTINTON, *op. cit.*, pág. 137.

de marzo de 2004 (Madrid); 7 de julio de 2005 (Londres); islamización de la resistencia nacionalista iraquí frente al invasor infiel; etcétera. Una *yihad*, guerra o conflicto armado, cuyo desarrollo, episodios, futuro o consecuencias sobrepasan el ámbito de esta Tesis, que solamente pretende mostrar como dicha *yihad*, guerra o conflicto armado es explicable y comprensible en función del enfrentamiento entre el cratotrópico neoliberalismo globalizador y unificador y el eleuterotrópico identitarismo islamista, que caracteriza y define nuestro mundo y nuestra vida en el cambio de milenio.

Ahora bien, hay un punto de inflexión: noviembre de 2001, fecha en la que Estados Unidos, con la participación simbólica, por comparación de efectivos, de un reducido núcleo de aliados (“la misión determina la coalición y no la coalición, la misión”), promueve, apoya y facilita la victoria de la facciones opuestas a los *taliban*, ocupa el país y destruye los campos de adiestramiento y adoctrinamiento de al-Qaeda y obliga a sus dirigentes a refugiarse en las inhóspitas montañas del Hindu Kush.

Desde el regreso de Ben Laden a Afganistán, su declaración de *yihad* de 1996 y la constitución del Frente para llevarla a cabo en 1998 hasta esta fecha de noviembre de 2001, los atentados terroristas que se producen aparecen claramente coordinados por la dirección central de al-Qaeda, aunque se lleven a cabo por yihadistas europeos, algunos de los cuales ni siquiera ha viajado nunca a la tierra madre afgano-paquistaní, como algunos de los propios autores de los atentados del 11 de septiembre de 2001 de Washington y Nueva York. En cambio, a partir de la desaparición del santuario afgano, la organización se transforma en red. Gran parte de la concepción, preparación y financiación de las acciones terroristas del salafismo yihadista, se llevan a cabo por las propias células locales que las llevan a efecto o por redes de inspiración y apoyo mutuo, más o menos autónomas, pero, al mismo tiempo, interconectadas a través de los más modernos medios de comunicación, Internet entre ellos<sup>617</sup>. Es decir, como corresponde a una reconstrucción posmoderna del teóricamente retrógrado islamismo.

Es la “nebulosa al-Qaeda”, un conjunto de grupos y redes aunadas por el “mito al-Qaeda”, la ideología salafista yihadista y la mentalidad *tabligh*<sup>618</sup>; un ejército

---

<sup>617</sup> AVILÉS FARRÉ, *op. cit.*, págs. 19 y 20.

<sup>618</sup> REINARES, Fernando, ‘Yihadismo’ paquistaní en Barcelona, Diario *El País* (España) de 29 de enero de 2008.

clandestino organizado en red, cuyo principal método operativo es el atentado terrorista, en el que cualquier nodo puede activarse, en cualquier momento, en nombre de un alejado problema o de una circunstancia local; en un país musulmán (en el *Dar al Islam*) para acabar con los impíos o en uno occidental (en el *Dar el Kurf*) para castigar y humillar a los infieles “imperialistas”. Un ejército clandestino en el que «el activismo ha sustituido al conocimiento». Los guías ya no son los sabios en jurisprudencia islámica, sino los hombres de acción, lo que no deja de ilustrar sobre el carácter más bien secularizador (otra característica de la modernidad occidental) del nuevo salafismo yihadista<sup>619</sup>.

Un ejército clandestino, cuya “tropa” en los países occidentales, fundamentalmente europeos, está constituida por inmigrantes de segunda o tercera generación, o que llegaron jóvenes, como estudiantes, comerciantes o refugiados políticos; normalmente bastante integrados en la cultura occidental, que han adquirido, frecuentemente, la nacionalidad del país europeo de acogida e, incluso, casados muchas veces con una europea. Hablan con soltura la lengua del Estado en el que viven y al que muchas veces atacan porque en él se ha producido su conversión al salafismo yihadista; suelen proceder de familias no demasiado piadosas y su vida es normal hasta que un día se acercan de nuevo a la religión a través de la frustración y la rebeldía; pero no a las corrientes laicizadas o tradicionales de la religión de sus padres, sino al salafismo contagioso de los barrios depauperados, de los *campus* universitarios o de las cárceles, alimentado por los sermones de *imames* e ideólogos locales y difundido por medios de comunicación, Internet y escritos o grabaciones proselitistas<sup>620</sup>. Buscan un grupo social con el que identificarse y al no encontrarlo en el ambiente familiar ni en el social del país de acogida, se adscriben a una mítica *Umma*, que les permite racionalizar su desprecio por ambos y justificar, ante sí mismos y ante los demás, las acciones violentas con las que creen compensar sus sentimientos de frustración y humillación.

Un ejército clandestino, que es, como todo el islamismo en realidad, pero especial y esencialmente el islamismo terrorista del salafismo yihadista de la diáspora (fundamentalmente en Europa) —el que interesa a esta Tesis— la reconstrucción

---

<sup>619</sup> ROY, Olivier, *op. cit.*, pág. 181.

<sup>620</sup> ROY, Olivier, *Las raíces europeas del radicalismo islámico*, Foreign Policy, edición española, de octubre/noviembre de 2005.

posmoderna, occidentalizada por tanto, es decir, adaptada a las características del último tercio del siglo XX, no del Corán, sino de lo que los islamistas dicen que el Corán dice, como si éste hubiera podido prever la globalización —neoliberal, la única que por ahora ha existido— y el proceso de rencor histórico acumulado por unas sociedades que perdieron, en su día, su privilegiada posición de poderosos, sin perder los elementos, la cultura y la religión islámicas, que equivocadamente llegaron a creer que había sido la razón de su poderío<sup>621</sup>.

## **7. EL INDIGENISMO COMO IDENTITARISMO DE RESISTENCIA**

### **7.1. Concepto de indigenismo**

El indigenismo es, según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (DRAE), «la doctrina y partido que propugna reivindicaciones políticas, sociales y económicas para las clases trabajadoras de indios y mestizos en las repúblicas iberoamericanas», añadiendo que el vocablo adquirió su actual significado político-social durante el primer tercio del siglo XX, tras los tratamientos de exaltación retórica que se le daba en el siglo XVIII y cientificista en el XIX.

Ya esta primera definición nos permite ver el doble carácter, histórico y eleuterotrópico, del indigenismo. No sólo muestra que siempre ha habido en las Américas, una cierta preocupación por la especificidad de lo que podríamos llamar la cuestión indígena, sino que han sido los tiempos, los sistemas de verdad o ideologías imperantes en cada momento, los que han determinado la dirección y el sentido de esta preocupación y de este interés. Así, la anterior definición parece querer dar a entender que en el Siglo de las Luces, las élites criollas americanas ilustradas crearon el término para revalorizar el pasado precolombino y contraponerlo a la tradición y dominación española, considerada conservadora y anticuada (*ancien régime*); mientras el positivista siglo XIX centró su interés por la cuestión indígena en su estudio arqueológico y antropológico, que siguiendo la célebre división de las sociedades humanas hecha por el jurista británico John Lorimer<sup>622</sup> en “civilizadas”, “bárbaras” y “salvajes”, considerará a

---

<sup>621</sup> ROY, *Globalised Islam. The search for a new Ummah*, op. cit., págs. 6 a 39.

<sup>622</sup> REMIRO BROTONS, Antonio, *Civilizados, bárbaros y salvajes en el nuevo orden internacional*, McGraw-Hill, Madrid, 1996.



las antiguas sociedades precolombinas como salvajes y a sus descendientes del momento como bárbaras, en un esquema conceptual que años más tarde denunciará Edward Said, aunque fuera en relación con otros ámbitos geográficos, en su célebre obra y concepto *Orientalismo*<sup>623</sup>.

Será, sin embargo, cuando llegue la última ola de grandes revoluciones sociales postburguesas a principios del siglo XX, con ejemplos tan paradigmáticos como las revoluciones mexicana y rusa, cuando el término adquirirá su actual sentido político de «[...]doctrina y partido que propugna reivindicaciones políticas, sociales y económicas para las clases trabajadoras de indios y mestizos en las repúblicas iberoamericanas», que es el que pretende utilizar esta Tesis. Un sentido en el que el indigenismo es una ideología política, un sistema político de verdad.

Un sentido en el que el indigenismo «reivindica» cambios «políticos, sociales y económicos», es decir, de las estructuras de poder económico y político, en beneficio de un colectivo, que aunque se identifica a través de una identidad social: la de aquéllos que por cualquier tipo de razón o combinación de ellas, los rasgos físicos, las costumbres, las prácticas religiosas, la lengua o cualquier otra, se consideran descendientes (o, al menos, más genuinamente descendientes) de los pueblos y sociedades precolombinos, no acaba incluyéndolos sólo a ellos, sino a un colectivo aparentemente más amplio: «las clases trabajadoras de indios y mestizos», cuyo único factor común parece ser la de constituir las capas o estratos sociales inferiores y subordinados de las estructuras económicas y políticas imperantes, en cuyo interior se sienten, con razón o sin ella, infravalorados, marginados, excluidos o, quizás, oprimidos, según el aspecto concreto que se considere y las particulares circunstancias de momento, lugar y colectivo considerado.

El indigenismo al que, por tanto, parece aludir esta primera definición sería una doctrina, una ideología, un sistema de verdad, aglutinado en base a una determinada identidad social, a un identitarismo: el de los que se consideran a sí mismos genuinos descendientes de los pueblos y sociedades precolombinas, que busca satisfacer el eleuterotropismo de una serie de personas y grupos sociales a través de la modificación

---

<sup>623</sup> SAID, Edward, *Orientalismo*, Random House Mondadori, Barcelona, 2003.

(identitarismo de resistencia) de las estructuras económicas y políticas en las que están inmersos, de forma que su posición en ellas resulte, como mínimo, menos subordinada, menos perjudicada.

Históricamente, sin embargo, en realidad, el término indigenismo ha estado tradicionalmente tan asociado a políticas gubernamentales como a propuestas reivindicativas. Así, para Marroquín, uno de sus principales teóricos y estudiosos, el indigenismo es «la política que realizan los Estados americanos para atender y resolver los problemas que confrontan las poblaciones indígenas, con el objeto de integrarlas a la nacionalidad correspondiente»<sup>624</sup>. Razón por la cual, los críticos del indigenismo oficial, consideran, con frecuencia, este indigenismo oficial, como un instrumento al servicio de los Estados para destruir la identidad de los pueblos amerindios e integrarlos en culturas nacionales homogéneas, en nombre de la hipótesis que defiende que la pluriétnicidad es un factor de retraso y la pervivencia de culturas indígenas, un freno al desarrollo<sup>625</sup>.

Es, asimismo, la razón por la cual se están recuperando los términos ‘indio’ e ‘indianismo’ como expresión de autoidentificación, para designar la ideología reivindicativa y la lucha contra el “nuevo colonialismo interno”, en contraposición al indigenismo oficial, nacido del interés, no exento de paternalismo, de los no indios por los indios<sup>626</sup>, que «se ha traducido en un aparato ideológico del Estado característico de América y destinado a reproducir la situación colonial interna de los pueblos indios y su condición de minorías sociológicas»<sup>627</sup>.

Autoidentificación que sería, según el II Congreso Indigenista Interamericano, celebrado en Cuzco, Perú, del 24 de junio al 4 de julio de 1949, el mejor criterio para poder determinar quién es indio, o indígena, y quién no, en un ambiente de intenso mestizaje biológico, como el que se ha producido en América Latina. Así, las Actas Finales (páginas 86 y 87) de dicho Congreso definirán al indio, o indígena, como «el descendiente de los pueblos y naciones precolombinas que tienen la misma conciencia

---

<sup>624</sup> MARROQUÍN, Alejandro, *Balace del indigenismo. Informe sobre la política indigenista en América*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1972.

<sup>625</sup> FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, José M., *Indigenismo*, Publicación electrónica de la Universidad Complutense de Madrid, [www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/indigenismo](http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/indigenismo), pág. 1.

<sup>626</sup> FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, *op. cit.*, pág. 2.

<sup>627</sup> MATOS MAR, José, “El Sistema Indigenista Interamericano” en *Anuario Indigenista*, volumen 32, 1993, pág. 325.

de su condición humana, asimismo considerada por propios y extraños, en sus sistemas de trabajo, en su lenguaje y en su tradición, aunque éstas hayan sufrido modificaciones por contactos con extraños [...] Lo indio es la expresión de una conciencia social vinculada con los sistemas de trabajo y la economía, con el idioma propio y con la tradición nacional respectiva de los pueblos o naciones aborígenes»<sup>628</sup>.

Durante el periodo colonial hubo, entre los conquistadores y sus descendientes, defensores de los pueblos indígenas, que, como Fray Bartolomé de Las Casas o el Padre Vitoria, denunciaron y combatieron el régimen de opresión al que estaban sometidos, pero siempre bajo la suposición racista, enmascarada (racionalizada) de piedad cristiana, de que los indígenas eran inferiores y, en consecuencia, necesitaban algún tipo de tutela. Es lo que se conoce como el “indigenismo segregacionista”, aunque paternalista, de la época colonial.

En el siglo XVIII, cuando el sistema colonial empieza a mostrar sus fisuras, los criollos ilustrados propician una nueva visión del indígena como parte del despertar de las nacientes conciencias nacionales, que más que interés o simpatía por ellos, por su forma de vida o por su historia, lo que pretende es contraponer las grandezas de América al sistema colonial que les relegaba a un segundo puesto frente a los peninsulares.

La consecuencia de ello, fue que, cuando finalizó el periodo colonial, los pueblos amerindios continuaron reducidos a comunidades fragmentadas, débiles y arcaizadas, y a alimentar el segmento de la sociedad dedicado a la servidumbre y a las ocupaciones de menor prestigio en las ciudades. El dominio colonial había destruido su unidad política como pueblos o naciones, subordinado su universo al de la cultura dominante y arruinado su autoestima al reducirlos a la pobreza y a la condición de casta inferior<sup>629</sup>, pero la independencia de las Repúblicas americanas no supuso ninguna mejora real. No sólo se mantuvo su posición subordinada, sino que se agudizó, incluso, su pobreza y marginación, no ofreciéndoseles otra alternativa para salir de ellas que el mestizaje y la aculturación como única vía de alcanzar la categoría de ciudadanos, en función del dualismo ideológico de corte darwinista conocido como ‘indigenismo de

---

<sup>628</sup> FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, *op. cit.*, pág. 1.

<sup>629</sup> FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, *op. cit.*, págs. 3 y 4.

integración'<sup>630</sup>, según el cual en América Latina coexistirían dos sociedades: una cultural y económicamente atrasada —e incluso económicamente retrasada por culturalmente atrasada— y otra cultural y económicamente más modernizada, debiendo la primera evolucionar en el sentido de la segunda, que es la que marca la orientación del progreso y el sentido de la historia definidos en términos de civilización occidental<sup>631</sup>. Modernización cultural que se identifica con la castellanización (la lengua como medio de integración en la sociedad nacional) y modernización económica que se identifica con la incorporación a los modos de producción y consumo capitalista y a su sistema de clases económicamente definidas, que, en definitiva, trajo como consecuencia la proletarización y campesinización de las comunidades indígenas<sup>632</sup>.

Las reformas agrarias y otras medidas de carácter similar, características del liberalismo decimonónico latinoamericano, no hicieron sino profundizar el sentido integracionista del indigenismo republicano, ya que el intento de incorporar a los indígenas como ciudadanos libres e iguales se tradujo en realidad, en muchas ocasiones, en la pérdida de las tierras comunitarias, erosionando la base en que se sustentaba la cultura indígena tradicional y obligando a muchos indígenas a vender su fuerza de trabajo como colonos o peones en las haciendas latifundistas, que proliferan en toda Latinoamérica a lo largo del siglo XIX. La reacción frente a este indigenismo de integración tuvo tres expresiones principales: un retraimiento cultural y territorial de las comunidades indígenas, muchas de las cuales, y muchos componentes de las cuales, no aceptaron el mestizaje ni la aculturación; violentos y espasmódicos alzamientos indígenas; y un incremento del interés por la “identidad indígena”, tanto por parte de los ladinos (blancos y mestizos aculturados) como por parte de los propios indios.

Entre las décadas de 1910 y 1940, hecho al que no son ajenas las revoluciones rusa y mexicana, este interés inicialmente romántico y algo folclórico adquirió una dimensión reivindicativa, debido a la toma de conciencia del lugar y papel de las comunidades indígenas en los procesos de liberación social. El indigenismo se convirtió en un movimiento de protesta contra lo que se considera la situación injusta a la que

---

<sup>630</sup> BARRE, Marie Chantal, “Políticas indigenistas y reivindicaciones indias en América Latina” en *Etnocidio y etnodesarrollo*, San José de Costa Rica, UNESCO-FLACSO, pág. 7.

<sup>631</sup> ALDA MEJÍAS, Sonia, *La participación indígena en la construcción de la república de Guatemala*, S. XIX, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2002.

<sup>632</sup> FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, *op. cit.*, págs. 2 y 3.

habían sido reducidos los indígenas, con importantes manifestaciones en la literatura, la antropología y la formación de asociaciones proindígenas. La situación de opresión y marginación padecida por las comunidades indígenas empieza a ser considerada, por estos sectores, como una anomalía estructural de carácter histórico, que había que superar, en nombre no sólo de las comunidades indígenas, sino de las propias sociedades nacionales latinoamericanas. El intelectual peruano José Carlos Mariátegui será considerado el principal impulsor de esta nueva corriente, cuya lúcida posición no pudo, sin embargo, evitar que gobiernos de diverso signo político, especialmente los populismos del segundo cuarto del siglo XX, se adueñaran de sus propuestas para mantener viva y en vigor la versión integracionista del indigenismo. Son tiempos en los que las reducidas clases medias latinoamericanas se enriquecen y modernizan, pero los pueblos y comunidades indígenas seguirán sujetos a su antigua servidumbre y a su secular pobreza<sup>633</sup>.

En este contexto, hay que situar la celebración del I Congreso Indigenista Interamericano, celebrado en Pátzcuaro, México, en 1940. Primer intento de internacionalizar el problema indígena y de encontrar vías y soluciones comunes, o al menos coordinadas, a problemas similares del ámbito latinoamericano<sup>634</sup>, en el que se creó el Instituto Indigenista Interamericano, como coordinador y aglutinador de los diversos Institutos Indigenistas nacionales. De la castellanización, se pasará al bilingüismo —inoperante en cualquier caso fuera de las comunidades indígenas— y de la marginación, a la exaltación (improductiva) de lo considerado como específicamente indígena: la artesanía, la música, ciertas vestimentas y ciertos aspectos del folclore.

Esta institucionalización será, sin embargo, uno de factores que favorecerá la pérdida del carácter reivindicativo de este nuevo indigenismo, que pasa a convertirse en un instrumento del poder gubernamental, al incorporar el indigenismo al repertorio de su sistema de verdad para mantener las estructuras políticas y económicas que más le favorecen<sup>635</sup>.

---

<sup>633</sup> INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO, “Política Indigenista (1991-1995)” en *América Indígena*, volumen L, 1991, págs. 63 a 73.

<sup>634</sup> ARCE QUINTANILLA, Oscar, “Del indigenismo a la indianidad: cincuenta años de indigenismo continental” en ALCINA FRANCH, José (compilador), *Indianismo e indigenismo en América*, Alianza Universidad, Madrid, 1990, pág. 20.

<sup>635</sup> FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, *op. cit.*, págs. 5 y 6.

Ante la evidencia de falta de resultados reales, el indigenismo evoluciona hacia una fase en la que el énfasis en lo étnocultural se desplaza al énfasis por el desarrollo económico. En este nuevo periodo, que abarca aproximadamente de 1955 a 1975, el indigenismo recibe una fuerte influencia de las políticas impulsadas por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y de los programas de cooperación internacional que se aplicaron en América Latina, tanto en respuesta a la Revolución Cubana —por ejemplo, la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy— como debido al excedente financiero que produjo la toma de control de la comercialización del petróleo por los países productores<sup>636</sup>.

La pobreza y el atraso ya no se explicarán como consecuencia de la peculiar cultura indígena; las causas serán materiales y estructurales; la solución está, pues, en la sustitución de las prácticas tradicionales indígenas por nuevas tecnologías, formas más eficientes de organización y mayor participación en las estructuras económicas y políticas nacionales. Este giro contribuyó a la formación de cuadros y profesionales indígenas, que unas veces abandonaban sus comunidades y otras se transformaban en sus dirigentes y nexos de conexión con los poderes nacionales, pero que también llegarán a constituir la cantera de la que saldrán los dirigentes de los movimientos reivindicativos indianistas.

Sin embargo, como ha reconocido el propio Instituto Indigenista Interamericano, la realidad ha acabado demostrando que todos estos intentos fracasaron en lograr su principal objetivo: transformar a los indígenas y a las comunidades indígenas en peruanos, mexicanos, ecuatorianos o guatemaltecos indiferenciados. Lo único que parecen haber conseguido las distintas formas de entender el indigenismo de integración, la etnocultural y la económico-desarrollista, es proletarizar cada vez más a los indígenas: «Allí siguen los indígenas, tan pobres, marginados y diferenciados como siempre, con sólo la novedad de que ahora son más [explosión demográfica] y, en forma creciente, asumen su condición étnica y se proponen conducir su propio destino poniendo fin al colonialismo interno [proceso de concienciación progresiva]»<sup>637</sup>. Era, como no podía ser de otra manera, la inevitable consecuencia de unos indigenismos gubernamentales desarrollados como un monólogo: el saber del hombre blanco,

---

<sup>636</sup> FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, *op. cit.*, pág. 6.

<sup>637</sup> INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO, *op. cit.*, pág. 79.

amparado o no en la antropología, se bastaba a sí mismo, ¿para qué preguntar o contar con los indios?<sup>638</sup>

El final de la década de los setenta del siglo XX supone un nuevo punto de inflexión en las concepciones indigenistas. Por una parte, las concepciones oficiales, presionadas por la evidencia del fracaso y por las nuevas ideologías que florecen en el mundo, el neoliberalismo por la derecha, y la ampliación de los derechos humanos a los sociales, económicos, culturales, medioambientales y colectivos, trascendiendo los puramente civiles y políticos, por la izquierda, derivan en lo que empieza a conocerse como el ‘indigenismo de participación’, según el cual hay que tener en cuenta la opinión y las aspiraciones de las comunidades indígenas aunque no se integren. Y, por otra, en oposición y como alternativa al indigenismo oficial, surge el conocido como ‘indianismo’, que habla por primera vez de autogobierno y autodefensa: deben ser las propias comunidades indígenas las que se gobiernen y defiendan a sí mismas, sin necesidad de que lo hagan por ellos los no indígenas, por bien intencionados que sean. Políticas indigenistas y movimientos indios confrontan, así, en una permanente tensión, no exenta de influencias mutuas y de préstamos léxicos e ideológicos.<sup>639</sup>

Un indianismo que se ve a sí mismo como, más que opuesto, diferente, del modelo tradicional occidental, caracterizado por las estructuras capitalistas, el desarrollismo y un consumismo altamente degradante del medio ambiente. Es un indianismo, no solamente compartido cada vez más por la mayor parte de las organizaciones y movimientos indígenas americanos, sino que coincide, parcialmente al menos, con muchos de los movimientos críticos del actual estadio neoliberal de la cultura occidental. Un indianismo que, aunque todavía mal definido, no trata de reconstruir la “cultura amerindia” siguiendo modelos arqueológicos y tradicionalistas, sino que aspira a sustentarse en un tipo de convivencia diferente al tradicional de las culturas nacionales americanas<sup>640</sup>, de la que formaría parte consustancial el llamado etnodesarrollo, basado en la combinación de técnicas (especialmente agrícolas) científicas (tecnológicas) y tradicionales (adaptadas al medio ambiente de cada lugar).

---

<sup>638</sup> CARDOSO de OLIVEIRA, Roberto, “La politización de la identidad y el movimiento indígena”, en en ALCINA FRANCH, José (compilador), *Indianismo e indigenismo en América*, Alianza Universidad, Madrid, 1990, pág. 151.

<sup>639</sup> ARZE QUINTANILLA, *op. cit.*, pág. 21.

<sup>640</sup> ALCINA FRANCH, José (compilador), *Indianismo e indigenismo en América*, Alianza Universidad, Madrid, 1990, pág. 15.

Se trataría de superar los modelos homogeneizadores del desarrollo ecológicamente destructivos, sin caer en alternativas románticas ni en la trampa de ahorrar inversiones<sup>641</sup>.

Un indianismo que, como puso de manifiesto el Congreso Indigenista de Ollantaytambo, se está convirtiendo en la base ideológica de la acción política de muchos movimientos sociales alternativos latinoamericanos:

«reafirmamos el indianismo como la categoría central de nuestra ideología, porque su filosofía vitalista propugna la autodeterminación, la autonomía y la autogestión socioeconómica y política de nuestros pueblos y porque es la única alternativa de vida para el mundo actual en total estado de crisis moral, económica, social y política»<sup>642</sup>.

Todo ello, en el marco de un proceso histórico de globalización que está contribuyendo, como repetidamente está intentando mostrar esta Tesis, a la revitalización identitaria en todo el mundo<sup>643</sup>. Razón por la cual, se considera que el indianismo, al que también podríamos llamar indigenismo de resistencia, por contraposición a los indigenismos de integración y de participación gubernamentales, puede entrar perfectamente dentro de la categoría de lo que hemos denominado y conceptualizado como identitarismos de resistencia al neoliberalismo globalizador y uniformador.

Un indigenismo de resistencia, reivindicativo, que ha logrado el salto de la marginalidad y el olvido a las primeras páginas de los periódicos y a los titulares de los telediaros, acudiendo, por una parte, al conflicto armado, aunque éste sea más bien simbólico, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) mexicano, sobre el que se vertebra el presente capítulo de la Tesis, o encauzándose, por otra, a través de unas estructuras políticas de partidos y elecciones, en las que, sin embargo, en el fondo, no confían demasiado, por considerarlas la vía por la que se perpetúa su subordinación y

---

<sup>641</sup> ARZE QUINTANILLA, *op. cit.*, págs. 28 y 29.

<sup>642</sup> citado en BARRE, *op. cit.*, pág. 186.

<sup>643</sup> ADAMS, Richard, *Encuesta sobre la cultura de los ladinos en Guatemala*, Guatemala, José de Pineda Ibarra, 1993.



dependencia en la actualidad, como parece estar ocurriendo recientemente en Bolivia, en Perú o en Ecuador.

Adscripción y rechazo simultáneos del sistema imperante de democracia representativa, que ha permitido, por un lado, que dirigentes políticos que han levantado la bandera del respeto a las culturas indígenas locales y del compromiso de llevar a cabo los cambios estructurales necesarios para que las comunidades indígenas puedan salir de su postración y atraso, sin necesidad de perder su identidad, hayan alcanzado la presidencia de su país, como serían los casos del presidente ecuatoriano Lucio Gutiérrez o del peruano Alejandro Toledo, y, por otro, que movimientos sociales aglutinados alrededor de algún tipo de indigenismo reivindicativo de resistencia, hayan llegado a adquirir, en Bolivia o Ecuador, la suficiente fuerza para, y la suficiente capacidad de, forzar la dimisión de sucesivos presidentes constitucionales.

Proceso que culmina con la elección en diciembre de 2005 como presidente de Bolivia de Evo Morales, no ya indigenista, sino un auténtico indígena. Acceso a la Presidencia boliviana que indujo, de forma inmediata, la celebración del Primer Encuentro de Autoridades Indígenas de América, que decidió crear un Consejo Asesor para defender al nuevo Gobierno boliviano «de las amenazas internas y externas, del imperialismo y del neoliberalismo»<sup>644</sup> y nombrar, simbólicamente, al nuevo presidente Morales ‘Presidente de los Pueblos Indígenas de las Américas’, justo el día antes de jurar su cargo como presidente de la República de Bolivia<sup>645</sup>.

Proceso, que, asimismo, ha propiciado y catalizado, la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, de septiembre de 2007, que recomienda a los países con minorías (o mayorías) indígenas, reconocerles legislativamente su derecho a la autodeterminación, al autogobierno, al uso, cotidiano y oficial, de su idioma y costumbres, y al usufructo de sus territorios y de los recursos naturales de éstos, a través, entre otros, del llamado ‘derecho de consentimiento’ o derecho de las comunidades indígenas a poder decidir qué uso se da a sus tierras y a los recursos que están sobre y bajo ellas. Un derecho, al que no son ajenas, situaciones como la de los *shuar* ecuatorianos, que tras descubrirse petróleo en sus tierras, vieron su

---

<sup>644</sup> Diario *La Razón* (Bolivia) de 22 de enero de 2006.

<sup>645</sup> Diario *El País* (España) de 22 de enero de 2006.

subsuelo concedido a las compañías petroleras por el Gobierno, recibiendo a cambio, en vez de beneficios, el agotamiento del agua de la zona y la contaminación de sus tierras, que tuvieron que abandonar, pasando a engrosar los marginales y paupérrimos extrarradios de las grandes ciudades<sup>646</sup>.

Un indigenismo que, aunque presente en muchos lugares de la actual y pasada América Latina, se va a analizar en esta Tesis, como ya se ha anunciado, vertebrado a través del caso específico de los acontecimientos y circunstancias que desembocaron el 1 de enero de 1994 en la insurrección armada del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en la mitad oriental del sureño Estado mexicano de Chiapas, debido a que es, por ahora, el único caso en que un movimiento indigenista ha llegado a utilizar el conflicto armado, por corto y singular que haya sido, como instrumento político eleuterotrópico en el periodo histórico al que pretende ceñirse esta tesis: la Posguerra Fría.

Lo que no quiere decir que no haya habido en épocas inmediatamente anteriores de la historia latinoamericana reciente, otros casos de insurrección violenta llevada a cabo por, o en nombre de, comunidades indígenas. En las cuales podemos encontrar, como en el caso chiapaneco, que cultura y economía, utopía y pragmatismo, elaboraciones teóricas y emociones, conscientes e inconscientes, particularidad y universalidad, se mezclan y se combinan en orden a dilucidar la disyuntiva entre identidad e integración<sup>647</sup>.

## **7.2. Comunidades indígenas y marginación en el Chiapas del siglo XX**

El punto de partida —subjetivo e interesado como todos los puntos de partida en los análisis históricos— de la evolución de la sociedad indígena chiapaneca que culminará en la insurrección zapatista del 1 de enero de 1994, podemos situarlo en la Revolución Mexicana de 1910-1920, que combina la rebelión política contra la dictadura de Porfirio Díaz con las demandas del campesinado pobre que abanderan los caudillos revolucionarios Emiliano Zapata y Pancho Villa, de la que saldrá la Constitución de 1917, que incorpora la reforma agraria. Una reforma agraria de la que,

---

<sup>646</sup> Diario *El País* (España) de 12 de octubre de 2007.

<sup>647</sup> LE BON, Yvon, *El sueño zapatista*, Anagrama, Barcelona, 1997, pág. 20.

sin embargo, las comunidades indígenas, tradicionalmente excluidas, como se ha visto, tanto durante la época colonial como durante el primer siglo de existencia republicana, seguirán siendo las grandes perdedoras.

El resultado histórico de esta reforma agraria en Chiapas, que en realidad no llega plenamente a estas tierras hasta la década de los treinta del siglo XX bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas, es la división de la tierra cultivable en dos grandes tipos de propiedad: las fincas o haciendas y los ejidos. Las primeras, de gran extensión, abarcan las tierras más fértiles y productivas y quedan en manos de los grandes terratenientes, de las grandes familias blancas o mestizas<sup>648</sup>, que integradas en el sistema nacional mexicano y en el monopolístico Partido Revolucionario Institucional (PRI)<sup>649</sup>, acaparan el poder político e institucional estatal y local, asociado al control que ejercen sobre grandes capas de la sociedad a través de la contratación de peones y trabajadores para sus fincas y del subarriendo a campesinos pobres o sin tierras<sup>650</sup>, y, llegado el caso, a través de la represión privada mediante las partidas de matones y sicarios conocidos como las “guardias blancas”<sup>651</sup>.

Los ejidos, por el contrario, son tierras propiedad del Estado, que las cede en usufructo a un colectivo, que en el caso de Chiapas son precisamente las comunidades indígenas. A pesar de que el usufructo es comunitario, su cultivo o uso ganadero ha sido tradicionalmente individual y familiar y en absoluto equitativo, dando lugar a una estratificación social intracomunitaria, en cuya cúspide se encontrarían los caciques, no solamente cúpula política y económica de la comunidad, sino asimismo nexo de unión con las autoridades ladinas locales, estatales, federales y priístas<sup>652</sup>. En cualquier caso, los ejidos, que constituyen hoy día aproximadamente el 50% de las tierras cultivables chiapanecas, se asientan sobre las menos fértiles y productivas y han sido tradicionalmente el objeto de expolios de las compañías petroleras y madereras, con

---

<sup>648</sup> Como en la vecina Guatemala, los blancos y mestizos suelen conocerse en Chiapas como “ladinos”.

<sup>649</sup> El cuasi partido único mexicano hasta el año 2000, Partido Revolucionario Institucional (PRI), fue fundado como Partido Nacional Revolucionario en 1929 por Plutarco Elías Calles; en 1946 se convirtió en el actual PRI, que perdió la Presidencia del país, por primera vez en 70 años, en el año 2000.

<sup>650</sup> Sistema de dominación y control que suele conocerse como “finquismo”.

<sup>651</sup> LE BON, *op. cit.*, pág. 33.

<sup>652</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 39 y 40.

fuerte implantación en Chiapas, debido a sus importantes recursos energéticos y forestales<sup>653</sup>.

Esta situación no variará significativamente en Chiapas durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940), a pesar de la intensificación de la reforma agraria llevada a cabo durante su periodo presidencial y de sus esfuerzos por dignificar a las comunidades indígenas y sacarlas de su estado de marginación. Objetivos que intentará alcanzar desde la óptica integracionista (indigenismo de integración) ya citada, característica del progresismo republicano latinoamericano, cuyos hitos más significativos, en esta época de la historia mexicana, son la celebración en 1940 del I Congreso Indigenista Interamericano en Pátzcuaro y la creación en 1948, ya durante la presidencia de Miguel Alemán, del Instituto Nacional Indigenista mexicano<sup>654</sup>.

El indigenismo de integración, como su nombre indica, lo que en el fondo pretende es la desaparición de las diferencias. Implica todo un proceso de aculturación por el que la cultura y las especificidades indígenas desaparecerían a través de la educación, de una educación común e indiferenciada de la del resto del país; una educación que posibilite la completa integración en los circuitos económicos y en las estructuras de poder político locales, estatales y nacionales. Un proceso de aculturación e integración que pretendió favorecerse mediante la intensificación del reparto y redistribución de tierras, que, sin embargo, como ya se ha mencionado, no logró introducir en Chiapas excesivos cambios significativos, ni en el modelo de estructura económica, ni en el grado de desigualdad y desequilibrio que ella supone, ni en sus repercusiones en la correspondiente estructura de poder político e institucional, ni en el grado de marginación y exclusión de la sociedad indígena. Unas políticas de integración que quedaron ancladas en el ámbito de las buenas intenciones, como consecuencia de la falta de recursos del Estado mexicano para poder implantarlas eficazmente, y como consecuencia de lo arraigado del sistema que se pretendía modificar<sup>655</sup>. Las solicitudes de ampliación de los terrenos dedicados al sistema de ejidos, que se estaban volviendo insuficientes debido a la presión demográfica y al agostamiento del terreno por la

---

<sup>653</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 28 a 37.

<sup>654</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 28 a 37.

<sup>655</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 28 a 37.

producción intensiva y poco tecnificada de maíz y café principalmente, sólo conseguirán acumular polvo en las oficinas de la Secretaría de la Reforma Agraria<sup>656</sup>.

La misma suerte correrá, un cuarto de siglo más tarde, el nuevo intento de asimilar a las poblaciones indígenas mexicanas durante las presidencias de Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982), siguiendo similares modelo y procedimientos. Esta vez se etiquetará al nuevo indigenismo, para diferenciarlo del anterior, como 'indigenismo de participación', materializado a través de la creación de unos Consejos Supremos para cada etnia y de un Consejo Nacional de Pueblos Indígenas (CNPI), y del reclutamiento de 30.000 maestros y promotores bilingües, que permitieron el ascenso social intracomunitario y un cierto grado de integración en la sociedad ladina de un pequeño núcleo de indígenas, pero que no pudieron llegar a tener una repercusión significativa en las comunidades como colectivo, ni en sus estados de marginación y exclusión históricas. De nuevo, no hubo recursos ni continuidad suficientes, pero sí corrupción y clientelismo para evitar que fueran subvertidas ciertas situaciones de privilegio y dominación<sup>657</sup>.

Sin embargo, aunque los resultados del esfuerzo oficial fueran similares a los de la década de los treinta, los tiempos habían cambiado. Concomitantemente con estos esfuerzos oficiales, esta época verá surgir de forma paralela tres tipos de procesos, cada uno de ellos con su propia razón de ser, sus propias causas y su propia dinámica, que, no obstante, acabarán entrelazándose para dar lugar a nuevo indigenismo políticamente reconstruido, el movimiento zapatista, que en nombre del fracaso de sus tres progenitores decidirá adoptar la lucha armada como única vía de alcanzar lo que hasta ese momento no había parecido posible por otros medios. Estos tres tipos de procesos se pueden sintetizar como: la teología de la liberación; la propia evolución interna de las comunidades indígenas hacia lo que podemos llamar, por oposición a los indigenismos de integración y de participación gubernamentales, el indigenismo de resistencia; y la tradición insurgente, revolucionaria y guerrillera, latinoamericana, y mexicana en particular.

---

<sup>656</sup> ROSS, John, *The war against oblivion*, Common Courage Press, Monroe, 2000, págs. 5 a 10.

<sup>657</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 28 a 37.

### **7.3. La teología de la liberación**

La cuestión religiosa en Chiapas tiene sus raíces en una historia precolombina y colonial común con Guatemala. A ambos lados de la frontera, los mayas, no obstante sus diferencias y su pertenencia a comunidades y pueblos relativamente autónomos, compartieron durante mucho tiempo una misma cosmovisión, similares creencias y parecidos ritos. La incidencia de la cristianización colonial fue, por tanto, también bastante similar para todos ellos: el sincretismo maya-católico. Un sincretismo religioso y una unidad cultural que no rompió la segregación de Chiapas de Guatemala y su anexión a México poco después de la independencia en 1821.

Un sincretismo que se vio reforzado al ser prácticamente abandonado a su suerte como consecuencia de los procesos de secularización que se desarrollan, con tiempos y modalidades diversas, a ambos lados de la frontera a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y, más concretamente en México, a principios del XX como consecuencia de la Revolución. Una situación que empezará a cambiar a partir de la década de los cincuenta del siglo XX (unos diez o doce años antes en Guatemala), en la que la Iglesia católica inicia un proceso de reconquista, que se ve acompañado, asimismo, por la irrupción de diversas iglesias protestantes (anglicana, presbiteriana, metodista, pentecostal, adventista y luterana) y ultraevangélicas (evangelistas, mormones, Testigos de Jehová, etcétera). Iglesias protestantes y ultraevangélicas que, con la aparición de la teología de la liberación como modalidad de la Iglesia católica en Chiapas, pasarán a representar la visión cristiana conservadora en la zona.

En este proceso, representa un hito importante el nombramiento en 1960 de D. Samuel Ruiz como obispo de la diócesis de San Cristóbal de las Casas, que abarca toda el área chiapaneca en la que se desarrollará el movimiento zapatista. Inicialmente de talante bastante conservador, el obispo Ruiz se adherirá pronto a los nuevos aires que marca el Concilio Vaticano II, celebrado en Roma en 1962, y ya en 1968 participa activamente en la Conferencia Episcopal Latinoamericana celebrada en Medellín (Colombia), como uno de los principales impulsores de la naciente teología de la liberación latinoamericana, la llamada Iglesia de los pobres o la «la opción preferencial por los pobres» como prefieren definirla sus propios partidarios. Una opción, cuya esencia resume magistralmente un catequista chiapaneco: «La Iglesia y la palabra de

Dios nos habían dicho como salvar nuestra alma; pero mientras trabajábamos para salvar nuestra alma y la de los demás, sufríamos hambre, enfermedad, pobreza y muerte; hoy sabemos como salvar nuestra alma y, al mismo tiempo, nuestro cuerpo».

El principal instrumento con el que D. Samuel Ruiz, y su relativamente restringido grupo diocesano de sacerdotes y monjas, llevará a cabo su labor evangelizadora y de concienciación social son los 'catequistas': indígenas, fundamentalmente varones, pero también mujeres más tarde, educados y formados por la diócesis y, por lo tanto, relativamente aculturados y modernizados, que, de regreso a sus propias comunidades, actúan como maestros, administradores, agitadores sociales y religiosos y, en última instancia, como el nexo de unión entre la comunidad y la diócesis, entre la comunidad y el mundo exterior, conformando un nuevo tipo de jerarquía informal, que acabará chocando con la tradicional. E, incluso, suplantándola, cuando la descomposición o el rechazo sociales hagan su aparición como consecuencia de los progresivos procesos de aculturación, modernización y concienciación.

En realidad, la primera ola de misioneros y la primera generación de catequistas intentan impulsar un proyecto de completa asimilación cultural, erradicando la tradición y las costumbres indígenas, que ven como paganas y lastrantes para el desarrollo, pero la propia resistencia indígena y la conciencia de carecer de los medios necesarios para la transformación que se pretendía implantar, aconsejará a obispo, misioneros y catequistas variar el rumbo. Los catequistas son llamados entonces a escuchar a la comunidad, «a reconocer la palabra de Dios en las prácticas comunitarias de asamblea y acuerdo o palabra común», a indigenizarse; a la 'inculturación', término utilizado por la diócesis para referirse al proyecto sistemático de «fundir el cristianismo en el molde de las culturas indígenas»<sup>658</sup>, en realidad, a poner el cristianismo al servicio de las necesidades reales de las comunidades indígenas.

El I Congreso Indígena chiapaneco, de vocación y objetivo claramente reivindicativos, organizado en octubre de 1974 bajo la égida de la diócesis, y que consagró su papel central en el proceso de cambio, es un excelente ejemplo de este

---

<sup>658</sup> Así, el término inculturación, tal como es utilizado, o adaptación del elemento religioso de la cultura dominante a la subordinada (indígena), resulta el, en cierto modo, opuesto al tradicional de aculturación o adaptación y asimilación de elementos culturales de una cultura dominante por parte de personas o grupos de otra cultura.

intencional y sistemático proyecto de inculturación. Un proyecto de cambio que, al ir evolucionando progresivamente en diversidad y complejidad, resulta cada vez más difícil de mantener bajo la exclusiva tutela de la diócesis. De hecho, los catequistas y sus principales acólitos formarán, por un lado, esas nuevas generaciones de dirigentes y militantes que se sumarán al movimiento zapatista, pero, por otro, constituirán también la columna vertebral de la resistencia intracomunitaria a él<sup>659</sup>.

La reacción gubernamental mexicana al Congreso Indígena seguirá dos vías, que se harán tradicionales con el tiempo: la represiva, llevada a cabo en el ámbito local y estatal, y la divisiva, llevada a cabo por unas autoridades federales que no pueden permitirse ser vistas como represoras de los indios, de quien presumen ser sus principales valedores y protectores. La discriminación en el reparto de tierras y puestos de trabajo, que materializa la política “divisiva” del Gobierno federal, en un momento en que la presión demográfica está empezando a notarse intensamente, se traducirá en el desplazamiento de unas 20.000 personas, la mayoría indígenas y la mayoría contestatarios, desde la región de Los Altos, las sierras que contornan a San Cristóbal de las Casas, o bien a la Selva Lacandona —la zona selvática ubicada en las tierras bajas del este de Chiapas— o bien a Las Cañadas, la gran ladera llena de cañadas que baja desde los primeros a la segunda. Un flujo migratorio hacia unas zonas, que, sin embargo, contaban con ciertas restricciones para su colonización, debido a la instauración, dos años antes, en 1972, de la llamada Comunidad Lacandona, que favorecía a las compañías madereras en detrimento de los indígenas. Se iniciaba, así, la colonización masiva, pero restrictiva al mismo tiempo, en que la afluencia de población será en todo momento superior a la de la velocidad con la que se conceden nuevas tierras medianamente cultivables. Colonización masiva, que se verá considerablemente incrementada cuando, a lo largo de los años 1982 y 1983, lleguen a Chiapas más de 100.000 refugiados guatemaltecos, en su mayoría indígenas de origen maya, como los chiapanecos, huyendo de la represión desatada en su país por el gobierno de Ríos Mont<sup>660</sup>.

---

<sup>659</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 37 a 49.

<sup>660</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 28 a 37.



#### **7.4. La evolución de las propias comunidades indígenas**

Paralelamente a este proceso, y como consecuencia de la progresiva, aunque lenta, introducción de la modernización en el territorio, a la que no son ajenos los programas de alfabetización y escolarización de las políticas indigenistas de integración (y posteriormente de participación) y el asociacionismo que las mismas incitaban y favorecían, surgen, en el interior de las propias comunidades indígenas, multitud de organizaciones reivindicativas. Algunas aliadas y al abrigo de los poderes establecidos o de los poderes fácticos locales, que las acaban absorbiendo. Otras ligadas a partidos y movimientos de la izquierda mexicana o a iglesias. Y otras, más autónomas, más exclusivamente indígenas. De todas ellas, unas serán más duraderas y otras más efímeras; unas intentarán buscar alianzas a través de coordinadoras estatales o nacionales y otras permanecerán en el ámbito local; unas se centrarán en lo sectorial y otras asumirán el indigenismo —la liberación indígena— como su principal bandera y reivindicación; pero su conjunto irá creando el caldo de cultivo del que surgirá —lo aconsejan y posibilitan los tiempos— el momento de la liberación, el momento de la modernización, el momento de la satisfacción del eleuterotropismo colectivo indígena, y del eleuterotropismo individual de cada indígena.

El 6 de marzo de 1972, durante la presidencia de Luis Echevarría, un decreto del gobernador del Estado, instaura la ya mencionada Comunidad Lacandona, que, con el pretexto de «devolver la selva [Lacandona] a sus propietarios legítimos, descendientes directos de los antiguos mayas», despojaba a 2.000 familias de 26 comunidades tzeltales y choles de más de 600.000 hectáreas de tierra para otorgárselas a sólo 66 familias lacandonas; pretexto con el que se pretendía ocultar (racionalización) la verdadera razón del expolio: dar libertad de acción a las compañías madereras, petroleras y eléctricas. Decreto, que servirá de chispa para que comience una de las más constantes e importantes serie de movilizaciones indígenas, que darán lugar a la creación de numerosas organizaciones indígenas reivindicativas<sup>661</sup>. De todas ellas, la de más trascendencia para el análisis que pretende esta Tesis es la Unión de Ejidos o *Quiptic Ta Lecubtesel* (nuestra fuerza para la liberación, en tzeltal), en diciembre de 1975, en gran

---

<sup>661</sup> ROSS, *op. cit.*, págs. 5 a 10.

parte una consecuencia directa del, ya citado, I Congreso Indígena celebrado a instancias de la diócesis de San Cristóbal de las Casas en octubre de 1974.

*Quiptic Ta Lecubtesel*, a finales de los años ochenta, agrupaba a cerca de 6.000 familias pertenecientes a 130 comunidades y pueblos. La *Quiptic*, inicialmente una organización de los tzeltales de Las Cañadas, fue imitada por otra serie de Uniones de Ejidos en diferentes lugares y por diferentes etnias, que acabarán fusionándose en 1980 en la llamada Unión de Uniones Ejidales y Grupos Campesinos Solidarios de Chiapas, con el propósito de congregar en una federación a las organizaciones independientes de las instancias oficiales y de evitar las luchas intra e intercomunitarias, que estaban exacerbándose cada vez más como consecuencia del rápido crecimiento demográfico, la falta de medios y recursos, y las eventuales o sistemáticas políticas divisivas de las autoridades, en connivencia con las grandes empresas (madereras, petroleras y eléctricas) y con los grandes terratenientes finqueros.

Un buen ejemplo de esta connivencia, y un nuevo paso de la presión ejercida sobre las comunidades indígenas, es la creación, en 1977, de una reserva de biosfera, que abarcaba gran parte de la Selva Lacandona; la cual, añadida a la Comunidad Lacandona creada cinco años antes, impide la colonización de enormes extensiones de dicha selva, reservando el terreno para futuras posibles prospecciones petrolíferas.

Por esta época de finales de la década de los setenta y principios de la de los ochenta del pasado siglo, es cuando empezaron a aparecer por el territorio las organizaciones que acabarán conociéndose como “los maoístas”, en gran parte a reclamo de la diócesis de San Cristóbal de las Casas, necesitada de cuadros técnicos, que completen con desarrollo y modernización material su labor evangélica de desarrollo y modernización espiritual. Pero Iglesia y maoístas chocarán cuando éstos unan a su labor técnica, su labor propagandística y su estrategia de la ‘doble cara’, consistente en mantener, por un lado, una concertación con los sectores moderados del poder, a fin de obtener apoyo económico para las necesidades inmediatas de las comunidades, las llamadas Uniones de Crédito, mientras, por otro, iba consolidándose la formación ideológica de la población para la “guerra popular prolongada”, que

llegaría cuando se diesen las adecuadas “condiciones objetivas”<sup>662</sup>. De hecho, como dichas condiciones objetivas no parecieron llegar, varios integrantes de estos grupos serán, algunos años más tarde, los artífices del Programa Solidaridad, una de las piezas claves con las que el presidente Carlos Salinas intentó enmascarar y suavizar su política decididamente neoliberal. En cualquier caso, por esta vez, la diócesis saldrá claramente vencedora del enfrentamiento y los maoístas desaparecerán progresivamente, al menos como grupos organizados, pero no sin infligir un grave daño a la Unión de Uniones, que vivirá en su interior esta fractura y entrará en una crisis que alcanzará sus peores momentos a lo largo de los años 1982 y 1983<sup>663</sup>.

La crisis de la Unión de Uniones significó un importante debilitamiento del movimiento reivindicativo indígena, pero coincidió con la reaparición, en noviembre de 1983, de las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) en Chiapas, esta vez con el nombre de Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Mientras que los maoístas promovían la movilización de masas, este grupo de inspiración guevarista, aunque reivindicando una historia insurreccional propiamente mexicana (Morelos, Zapata, Villa, etcétera), comenzaba (o recomenzaba) su actuación en el más puro estilo foquista. En tanto que el movimiento indígena, sus organizaciones y sus dirigentes enfrentan un recrudecimiento de la violencia represiva desencadenada por el gobernador de Chiapas, el general Absalón Castellanos, y el agravamiento de los conflictos internos, la nueva guerrilla comienza a propagar —y a organizar— la idea de la necesidad de autodefensa de las propias comunidades.

En 1988, bajo la influencia combinada de la diócesis de San Cristóbal de las Casas y de la nueva guerrilla, la Unión de Uniones se transforma en la Asociación Rural de Interés Colectivo (ARIC). Pero la posibilidad de la vía armada preconizada por los nuevos guerrilleros pronto reproducirá el vieja división entre los partidarios de ella como prioridad y los economicistas, que han heredado de los maoístas la idea de que la lucha debe mantenerse en el ámbito de la presión para conseguir mejores condiciones de producción y comercialización. La línea economicista se fortalecerá cada vez más, y con la entrada de la nueva década de los noventa, los zapatistas son desplazados de la

---

<sup>662</sup> DE LA GRANGE, Bertrand y RICO, Maite, *Subcomandante Marcos. La genial impostura*, El País Aguilar, Madrid, 1998, pág. 149.

<sup>663</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 49 a 55.

dirección. En 1991, los zapatistas se verán obligados a formar una organización rival de la ARIC, de objetivos pretendidamente menos localistas, la Alianza Nacional Campesina Independiente Emiliano Zapata (ANCIEZ)<sup>664</sup>.

### **7.5. El neoliberalismo como factor agravante de la situación**

Pero desde las instancias oficiales, las actitudes también han empezado a cambiar desde el acceso a la presidencia mexicana de Miguel de la Madrid (1982-1988), el primer presidente que comienza a introducir al país por la senda neoliberal, caracterizada por la prioridad de las exportaciones y la desvinculación progresiva del Estado de ciertos sectores productivos. Senda que sigue la estela marcada por el presidente norteamericano Reagan (1981-1989) y, en Europa, por la primera ministra británica Margaret Thatcher (1979-1991), que induce en toda América Latina, a partir de esta década de los ochenta, no sólo importantes transformaciones de las estructuras económicas, sino también un tipo de democratización adaptado a los nuevos parámetros de libre empresa y globalización de la economía<sup>665</sup>. Democratización, que acabará enfrentando a unos Estados, que limitan su papel a garantizar formalmente, en el mejor de los casos, los derechos humanos civiles y políticos, con una movilización social, que demanda que se respeten también tanto los sociales, culturales y económicos, como los ecológicos y los colectivos<sup>666</sup>.

Deriva neoliberal iniciada por de la Madrid, que acelerará e intensificará el presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), con medidas como la reducción de los aranceles comerciales, los programas de privatización de empresas públicas, la reducción de los subsidios de los productos básicos, el flujo masivo de capitales en buena medida de carácter financiero y especulativo no productivo, etcétera<sup>667</sup>. Todo lo cual, provoca un importante incremento del paro y del subempleo, y un crecimiento vertiginoso de las maquiladoras, las fábricas de montaje en subcontrato orientadas a la exportación, generalmente situadas a lo largo de la frontera con Estados Unidos. Esta

---

<sup>664</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 52 a 54.

<sup>665</sup> SANIN, Javier, “La democracia neopopulista en la región andina”, en AHUMADA BELTRÁN, Consuelo, *La región andina: entre los nuevos populismos y la movilización social*, Observatorio Andino, Bogotá, 2003, pág. 50.

<sup>666</sup> VELASCO JARAMILLO, Marcela, “La contestación social en la región andina”, en AHUMADA BELTRÁN, Consuelo, *La región andina: entre los nuevos populismos y la movilización social*, Observatorio Andino, Bogotá, 2003, pág. 193.

<sup>667</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 28 a 37.

situación afectará de forma especial a las comunidades indígenas de Chiapas, ya que esta depauperación general coincidirá, a partir de 1989, con la caída de los precios del café, de la carne y de otros productos primarios —al no renovar los países consumidores los acuerdos que mantenían para la estabilidad de los precios: otra medida neoliberal— de los que depende la precaria capacidad comercial y exportadora indígena, y con la importante reducción en las autorizaciones para la tala de árboles decretada por razones ecológicas. A la presión migratoria, hacia la Selva Lacandona y hacia Las Cañadas, debida a la explosión demográfica, al flujo de inmigrantes guatemaltecos (obra de mano barata incluso para los estándares chiapanecos) y a la reducción de las políticas sociales proteccionistas, se unirán estas nuevas causas, directamente derivadas de la progresiva inserción de México en el mundo neoliberal, convertido en icono en Latinoamérica por el llamado Consenso de Washington.

Sin embargo, el gobierno de Salinas no querrá perder la fachada indigenista de la que el Estado mexicano viene presumiendo desde hace décadas. Una fachada, que, como característica del nacionalismo mexicano, sobrevalora las culturas precolombinas, mientras ignora o menosprecia la presencia, persistencia y resistencia de las culturas indias vivas<sup>668</sup>. Fachada indigenista, que, durante su presidencia se materializa en el llamado Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL) y, en el menos práctico, pero más efectista, cambio constitucional que declara a México una ‘sociedad de carácter multicultural’<sup>669</sup>, con los que pretende responder parcialmente a las demandas de las comunidades afectadas por los factores mencionados en el párrafo anterior. PRONASOL no es sino un ejemplo clásico de las políticas económicas de los llamados neopopulismos de derecha latinoamericanos que, trascendiendo la oposición entre el esquema de política económica de los populismos clásicos latinoamericanos de mediados del siglo XX —basados en el estatismo, el crecimiento hacia dentro, la sustitución de importaciones y la redistribución— y el esquema económico neoliberal, se caracteriza por aplicar políticas neoliberales en el nivel macroeconómico, que pretenden compensarse con políticas microdistributivas de ámbito local<sup>670</sup>.

---

<sup>668</sup> DURAN, Lionel, “Las culturas indígenas de México y su proceso de cambio e identidad”, en ALCINA FRANCH, *op. cit.*, pág. 247.

<sup>669</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 28 a 37.

<sup>670</sup> MÁRQUEZ RESTREPO, Martha Luisa, “Neopopulismo y chavismo”, en AHUMADA BELTRÁN, *op. cit.*, pág. 79.

El Programa Nacional de Solidaridad se traduce en Chiapas, en particular en Las Cañadas, en una serie de inversiones en infraestructuras y servicios públicos, como tiendas comunitarias, dispensarios médicos, escuelas, carreteras, transporte, electrificación, agua potable, etcétera, de escasa eficacia porque la mitad de los fondos se quedan por el camino o responden, más a exigencias electoralistas de los poderes locales, que a verdaderas necesidades, como el impresionante hospital construido en plena selva, en Guadalupe Tepeyac, que al poco de su inauguración fue abandonado sin equipo ni personal y acabó siendo cuartel general del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Todo lo cual, sólo contribuirá a exacerbar el descontento y la frustración al no ser, estas medidas cosméticas, capaces de compensar ni la supresión de créditos para la producción y de apoyos para la comercialización, decretadas en nombre de la libre empresa y de la competitividad neoliberales, ni las necesidades derivadas de la presión demográfica. La no renovación de los acuerdos internacionales sobre el café en 1989, había provocado la caída del precio en más del 50% entre 1989 y 1992; la ganadería se había visto gravemente afectada por la liberalización de las importaciones; y, por último, las restricciones forestales, de indudable justificación ecológica, no afectará solamente a las compañías madereras, sino fundamentalmente a las propias comunidades.

Pero el golpe más fuerte al desarrollo indígena, la expresión más provocadora de las políticas neoliberales, es la reformulación, decretada en enero de 1992, del artículo 27 de la Constitución mexicana, en un sentido que, en la práctica, suponía poner fin al reparto de tierras y, con ello, amenazar gravemente el sistema de ejidos<sup>671</sup>. La nueva versión del artículo 27 permite a las compañías transnacionales «comprar, alquilar o asociarse» con los ejidos y las comunidades indígenas, protegidas hasta entonces de cualquier tipo de venta, fragmentación o privatización por las prescripciones constitucionales. El cambio viene obligado por los preparativos y prolegómenos para la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México, en función de los cuales también se empieza a negociar en Washington la reducción, que con el tiempo deberá acabar en supresión, de las cuotas de compra de maíz por Estados Unidos, que serían sustituidas, en el previsto régimen de libre comercio, por el maíz canadiense, cuyas poderosas compañías acabarían comprando los

---

<sup>671</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 28 a 37.

ejidos —ahora permitido con el cambio del artículo 27 de la Constitución— y convirtiendo a los indígenas en sus asalariados. A la porción de indígenas que las leyes de la competitividad les permitan contratar<sup>672</sup>.

Todo en nombre de una libertad de empresa y de una necesidad de competitividad, que se está instalando cada vez más en México como la primera prioridad gubernamental; una libertad de empresa y una necesidad de competitividad, a las que las comunidades indígenas chiapanecas ni tienen acceso ni medios para intentarlo. La reforma agraria, la última esperanza de alcanzar el sueño de poder crear comunidades autónomas emancipadas de los terratenientes, de los intermediarios y de los representantes del poder, se derrumbaba, condenada a quedar para siempre inconclusa. Después de todo, no es casualidad que la insurrección zapatista tuviera lugar el 1 de enero de 1994, fecha de entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte entre Estados Unidos, Canadá y México<sup>673</sup>.

Las comunidades indígenas comienzan, más o menos conscientemente y más o menos concienciadamente, a darse cuenta de que no sólo las políticas indigenistas llamadas de integración y de participación han fracasado en su pretensión de sacarlas de la exclusión y de la marginación, sino que además el signo de los tiempos es suprimirlas, en nombre de una hipotética igualdad de oportunidades para la que no parecen tener ni caminos de acceso ni medios para conseguirlo.

Es en este estado de ánimo en el que deben insertarse, y es en función de este estado de ánimo en el que pueden comprenderse, los acontecimientos de 1992, en los que ARIC y ANCIEZ cooperarán a pesar de sus diferencias: el 7 de marzo, varios centenares de choles del norte de Chiapas emprenden una marcha hacia la capital para protestar contra la reformulación del artículo 27 de la Constitución, la corrupción, la represión y las promesas incumplidas; el 10 de abril, aniversario de la muerte de Emiliano Zapata, miles de indígenas se manifiestan contra el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá prometido por el presidente Carlos Salinas; y, por último, el 12 de octubre, quingentésimo aniversario de la llegada de los españoles a

---

<sup>672</sup> ROSS, *op. cit.*, págs. 5 a 10.

<sup>673</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 57 a 61.

América, los indígenas “invadirán” San Cristóbal de las Casas y derribarán la estatua de Diego de Mazariegos, fundador de la ciudad en el siglo XVI<sup>674</sup>.

## **7.6. La tradición revolucionaria armada latinoamericana**

Antes de reaparecer en Chiapas por segunda vez en 1983, como Ejército Zapatista de Liberación Nacional, para llegar a formar parte intrínseca de sus problemas y de sus intentos de solución, las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) habían realizado un largo recorrido, que empieza el 6 de agosto de 1969, cuando un pequeño grupo de izquierdistas revolucionarios las crea en la ciudad de Monterrey, en el Estado de Nuevo León, a cientos de kilómetros de Chiapas.

Son años de gran agitación social y de intensa actividad insurgente en todo el mundo. Son los años de las protestas contra la guerra de Vietnam y de la efervescencia estudiantil de “mayo del 68”, que tienen su máxima expresión en América Latina en las revueltas estudiantil de la Universidad Central de México, que finaliza con la masacre de la plaza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968<sup>675</sup>.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, Latinoamérica, como todo el Tercer Mundo en general, conoce la aparición de una serie de movimientos que se autocalifican de forma genérica como de liberación nacional, los cuales, independientemente de sus características específicas y de la particularidad que les impone el país y momento concretos en que nacen y se desarrollan, propugnan el socialismo como forma de Estado nacional, el antiimperialismo —en América Latina centrado principalmente en Estados Unidos— como base de las relaciones internacionales, la posibilidad de acudir a la lucha armada, si es necesario, como forma de conseguir los dos fines anteriores y, como consecuencia de todo ello, su apoyo a, y su apoyo en, el bloque socialista encabezado por la Unión Soviética y la República Popular China.

---

<sup>674</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 54 y 55.

<sup>675</sup> HARNECKER, Marta, *La izquierda en el umbral del siglo XXI*, Siglo veintiuno de España Editores, Madrid, 1999, pág. 24.



Ahora bien, una serie de acontecimientos van a ir fracturando esta teórica ideología unitaria. El primero será la desestalinización de la Unión Soviética, a partir del XX Congreso del Partido Comunista de este país en 1956 y la adopción progresiva, por parte de sus autoridades, de la llamada coexistencia pacífica con Occidente, que apartará progresivamente a los partidos comunistas oficiales de los países latinoamericanos de las tendencias que propugnan la lucha armada como vía al socialismo. La República Popular China no aceptará, sin embargo, este planteamiento, sosteniendo la teoría de la guerra popular prolongada maoísta, según la cual para vencer al capitalismo es necesario ir debilitándolo, mediante el triunfo de las revoluciones socialistas en el Tercer Mundo<sup>676</sup>, que se conseguirán mediante la combinación de lucha armada y captación de las masas, dentro de cuyo concepto se incluye la mejora de las condiciones de vida de éstas, colaborando, si es necesario, con las autoridades burguesas<sup>677</sup>.

En este contexto, el triunfo de la Revolución Cubana, el 1 de enero de 1959, vino a destruir dos grandes mitos. El primero planteaba que Estados Unidos no toleraría una revolución socialista en su área de influencia inmediata, pero la Revolución Cubana triunfa y logra mantenerse a 180 kilómetros de sus costas. El segundo sostenía que no era posible que una guerrilla venciese a un ejército regular, dado el perfeccionamiento tecnológico que éstos estaban alcanzando, especialmente si eran sostenidos y abastecidos por Estados Unidos, pero la Revolución Cubana fue capaz de vencer al Ejército de Batista. No es de extrañar, por tanto, que la Revolución Cubana inspirará a la militancia latinoamericana más radical, a la que proporcionó argumentos contundentes en contra de la vía pacífica al socialismo; vía a la que se estaban adhiriendo la mayor parte de los partidos comunistas oficiales de América Latina. Nació así, al lado de la coexistencia pacífica y la lucha popular prolongada, la vía castrista al socialismo, de la que una importante desviación sería el ‘foquismo’ (la creación de múltiples focos de insurrección simultáneos) guevarista, resumible en la célebre frase del Che Guevara: «crear uno, dos, mil Vietnams»<sup>678</sup>.

---

<sup>676</sup> HARNECKER, *op. cit.*, págs. 6 y 7.

<sup>677</sup> DE LA GRANGE *et al.*, *op. cit.*, pág. 149.

<sup>678</sup> HARNECKER, *op. cit.*, págs. 14 a 16.

La prioridad de la lucha armada y el foquismo se convertirán, así, para muchos movimientos latinoamericanos en el único camino para alcanzar la liberación y el socialismo, muchas veces sin tener en cuenta las condiciones concretas de cada país. La lucha armada pasa a convertirse de medio en fin, y los movimientos de liberación eligen la insurgencia como principal *modus operandi*, dispuestos a combinar la lucha armada con la lucha de masas, pero no con la lucha electoral, la cual consideran viciada por las propias estructuras de la democracia burguesa. A partir de este momento, la Revolución Cubana inspirará un considerable número de focos guerrilleros en el cono sur sudamericano, en Centroamérica y cómo no en México. Tanto rurales como más tarde, urbanos, en la segunda mitad de los sesenta: Tupamaros en Uruguay, Montoneros en Argentina, la Acción Liberadora Nacional de Marighella en Brasil, etcétera<sup>679</sup>.

Movimientos de liberación, que encontrarán en Cuba su santuario estratégico y una de las principales vías a través de las cuales recibir la ayuda soviética. Excepto los mexicanos, debido a la específica singularidad de un México estructuralmente conservador y burgués, pero retóricamente revolucionario; ya que, después de todo, el régimen mexicano ha salido de una revolución y de una revolución contemporánea de la soviética. Haya cumplido o no con sus propios presupuestos revolucionarios y haya satisfecho o no sus expectativas, la retórica gubernamental mexicana nunca se ha apartado de ellos: ser solidario con los movimientos de liberación en el exterior, como aparentaba ser indigenista en el interior. Así, un México conservador en tantos aspectos se convirtió desde los años cincuenta en santuario, e incluso en muchos casos en portavoz en el exterior, de un considerable número de movimientos de liberación nacional latinoamericanos. Apoyar a un movimiento armado en México iba, en consecuencia, no sólo en contra de los intereses políticos de las diversas izquierdas y de numerosos movimientos de liberación latinoamericanos, sino que implicaba destruir una de sus retaguardias estratégicas. Para los movimientos mexicanos no había posibilidad de santuario, ni siquiera Cuba, poco dispuesta a enemistarse con el único país americano que la defendía y apoyaba en los organismos internacionales<sup>680</sup>.

En estas circunstancias, pues, nacen las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) mexicanas en agosto de 1969, las cuales, intentando adaptar la teoría foquista

---

<sup>679</sup> HARNECKER, *op. cit.*, pág. 31.

<sup>680</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 61 a 82.

guevariana a la realidad (y a la moda por esos años) mexicana de especificidad indigenista, establecen a lo largo del año 1972 un foco de guerrillas en las tierras indígenas de Chiapas, el Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata, del que derivará toda la retórica zapatista posterior del movimiento. Este foco será desmantelado por el Ejército mexicano dos años después, en una operación que implicará, asimismo, la desarticulación del cuartel general de las FLN en Napantla (Estado de México), y la muerte de sus principales dirigentes, entre ellos su comandante César Germán Yáñez. Pero las FLN no habían muerto; resurgirán de la mano de Fernando Yáñez, hermano de César Germán, que adoptará el nombre de guerra de comandante Germán en recuerdo y homenaje de su hermano, caído en combate por la causa revolucionaria<sup>681</sup>.

En el mes de noviembre de 1983, las nuevas y reconstruidas FLN, esta vez encabezadas por los comandantes Germán y Eloisa, instalan en la Selva Lacandona un nuevo foco guerrillero: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). A ellos se unirá, unos meses más tarde, un joven e idealista revolucionario, el más tarde famoso subcomandante insurgente Marcos, que, a diferencia de sus compañeros, decide permanecer sobre el terreno y unir su suerte a la de las comunidades indígenas, a las que cree poder convencer y preparar para que se unan a una hipotética insurrección nacional de carácter ambiguamente socialista.

Pero Marcos, como antes le había ocurrido al obispo Ruiz, pronto se da cuenta de que las comunidades indígenas tienen su propia agenda<sup>682</sup>: lo que hemos catalogado en esta Tesis como indigenismo de resistencia, por oposición a los indigenismos de integración, de participación y de solidaridad gubernamentales. Un indigenismo construido en función del proceso de modernización que están sufriendo las propias comunidades indígenas, sobre los ejes de las propias actuaciones oficiales, de la teología de la liberación (y de la presencia de otras iglesias protestantes) y de las teorías de liberación nacional e indígena que le llegan de otras partes del continente americano, básicamente a través de la emigración, política y económica, guatemalteca, mayoritariamente indígena de origen maya como ellos.

---

<sup>681</sup> DE LA GRANGE *et al.*, *op. cit.*, págs. 116 a 119.

<sup>682</sup> ROSS, *op. cit.*, págs. 5 a 10.

El gran acierto de Marcos será adaptar su propia agenda a la indígena y no al revés. Será este nuevo Marcos, al que ya se le puede llamar con propiedad zapatista, de cuyo movimiento se convertirá en el gran icono, el que provoque, en enero de 1993, un nuevo congreso de las FLN, en su propio terreno, la Selva Lacandona, en el que, tras uno de sus famosos golpes de efecto, logra imponerse como jefe militar y que se acuerde declarar la guerra al Gobierno mexicano. Logra que la tradición guerrillera latinoamericana de lucha armada para la liberación nacional y el indigenismo de resistencia chiapaneco se fusionen y cuajen en un ya específico y singular movimiento zapatista, que se dará a conocer al resto del mundo el 1 de enero de 1994, coincidiendo con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte entre Estados Unidos, Canadá y México, y llegue a lograr porcentajes de apoyo en la sociedad mexicana del 61%, en la encuesta llevada a cabo el 7 de enero, es decir, seis días después de la insurrección, y del 75% en la del 18 de febrero del mismo año, es decir, mes y medio después del alzamiento<sup>683</sup>.

El propio subcomandante insurgente así lo acepta: «Nuestra cuadrada concepción del mundo y de la revolución quedó bastante abollada en la confrontación con la realidad indígena de Chiapas»<sup>684</sup>, distanciándose, ya varios años antes, en 1991, de la insurrección de 1994, del llamado socialismo real, que en esos momentos estaba terminando de derrumbarse: «Hoy día, con el derrumbe del bloque socialista, más bien, de algunos modelos que hoy vemos como erróneos en la construcción del socialismo [...] [el movimiento zapatista] ha decidido no seguir las acciones desgastantes de los métodos foquistas»<sup>685</sup>.

Un movimiento que intenta trascender su propia debilidad militar convirtiéndose en un fenómeno mediático, cibernético y, a ser posible, político, del que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, sólo sería su brazo armado: el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN), cuya génesis podemos encontrar en las sucesivas convocatorias de la Convención Nacional Democrática, que el Ejército Zapatista pretende articular con otras fuerzas políticas y «antineoliberales» de la sociedad civil

---

<sup>683</sup> Diario *New York Times* (Estados Unidos) de 26 de febrero de 1994, pág. 5.

<sup>684</sup> Vídeo *Marcos: historia y vida* de Producciones Marca Diablo, México, 1996, citado en DE LA GRANGE *et al.*, *op. cit.*, pág. 35.

<sup>685</sup> Declaraciones del subcomandante Marcos a la Revista *Nepantla* (nº 34 de 1991) citadas por DE LA GRANGE *et al.*, *op. cit.*, pág. 40.

mexicana con objeto de abrirse a ella, arrastrarla en su lucha, y eludir el riesgo de quedar reducido a un fenómeno local aislado, fácilmente ignorable y propenso a la desaparición por extinción. Dentro de esta idea, Ejército Zapatista de Liberación Nacional propugna, en su *Tercera Declaración de la Selva Lacandona*, hecha pública el primero de enero de 1995, coincidiendo con el primer aniversario de la insurrección, la creación de un Movimiento de Liberación Nacional mexicano que obligue a dimitir al presidente Zedillo, sustituyéndolo por un gobierno provisional, reforme la ley electoral y convoque un nuevo proceso constituyente del que debería salir una Constitución que garantizara la autonomía indígena dentro de unas estructuras de poder económico y político no neoliberales<sup>686</sup>.

El Movimiento de Liberación Nacional, cuya presidencia llega a ofrecérselo al dirigente del Partido de la Revolución Democrática (PRD), Cuauhtémoc Cárdenas, naufragará un mes más tarde, cuando intente organizarse, con ocasión de la tercera convocatoria de la Convención Nacional Democrática, celebrada en la ciudad de Querétaro en los primeros días de febrero de 1995. En la *Cuarta Declaración de la Selva Lacandona*, hecha pública un año más tarde, el primero de enero de 1996, el Ejército zapatista volverá a intentar articular este «amplio frente opositor» creando el ya citado Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) como «una organización civil y pacífica, independiente y democrática, mexicana y nacional, y con base en el EZLN». «Una fuerza política cuyos integrantes no desempeñen ni aspiren a desempeñar cargos de elección popular o puestos gubernamentales [...], que no aspire a la toma del poder [...], que no sea un partido político [...], que luche contra la concentración de la riqueza [...], para la que llamamos a los indígenas y a los no indígenas»<sup>687</sup>.

Un Frente, que el propio Ejército Zapatista denominará el ‘zapatismo civil’, pretendidamente paralelo pero distinto de él, que, sin embargo, el Ejército Zapatista se verá obligado a recuperar, tras siete años de funcionamiento, anunciando, en el Comunicado de su Comandancia General de 20 de noviembre de 2005, que el Ejército Zapatista había decidido solicitar «la disolución del Frente y la devolución de su nombre al [propio] EZLN» con objeto de que éste pueda «refundar el Frente como una nueva organización política zapatista, civil y pacífica, anticapitalista y de izquierda, que

---

<sup>686</sup> ROSS, *op. cit.*, págs. 99 a 103.

<sup>687</sup> *Cuarta Declaración de la Selva Lacandona*, [www.ezln.org/documentos/1996](http://www.ezln.org/documentos/1996).

no luche por el poder y que se empeñe en construir una nueva forma de hacer política [...] dirigida directamente por la comisión sexta del Ejército zapatista de Liberación Nacional»<sup>688</sup>.

Una nueva organización política zapatista que pretenderá influir y condicionar, sin participar ni presentar candidato, la campaña electoral presidencial mexicana de 2006 a través de la que se etiqueta como «La otra campaña», dirigida por una ambigua «comisión sexta del EZLN» y, de nuevo, convertido en icono por el subcomandante Marcos, ahora en el papel de «delegado Cero».

Un movimiento de nuevo, y probablemente también inédito, cuño que, a pesar del, quizás excesivo, quizás inevitable, protagonismo del subcomandante Marcos (ahora también delegado Cero), hace descansar la máxima responsabilidad en un órgano colectivo exclusivamente indígena, el Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI), del que se supone que forma parte y depende la “comisión sexta”.

En efecto, el Ejército Zapatista creó el Comité Clandestino Revolucionario Indígena, apenas unos meses antes de la insurrección, para que actuara durante ésta como el máximo órgano de dirección militar estratégica (política). De ahí que su nombre completo sea CCRI-CG (Comandancia General). El CCRI-CG está constituido por comandantes tzeltales, tzotziles, choles y tojolabales, y de él forman o han formado parte los comandantes catequistas David y Tacho, y durante un cierto tiempo, la comandante Ramona, que llegó a hacerse bastante popular entre los medios de comunicación debido al hecho de ser mujer y a su aspecto físico frágil y acusadamente indígena<sup>689</sup>.

Los textos publicados por el Ejército Zapatista, el mismo 1 de enero de 1994, en particular la *Declaración de la Selva Lacandona* y las *Leyes Revolucionarias*, no hacen mención al CCRI-CG, pero a partir del 6 de enero, el CCRI-CG empieza a emitir comunicados en los que, además de negar la vinculación del Ejército Zapatista con las autoridades religiosas locales y de asegurar que sus mandos y tropa son

---

<sup>688</sup> [www.fzln.org.mx](http://www.fzln.org.mx)

<sup>689</sup> DE LA GRANGE *et al.*, *op. cit.*, págs. 229 y 230.

mayoritariamente indígenas chiapanecos<sup>690</sup>, dan a conocer las demandas propiamente indígenas del movimiento: penalización del racismo, educación bilingüe, reconocimiento de formas de democracia comunitaria (acuerdo y palabra común) y del derecho tradicional, etcétera. El tema de la identidad y las relaciones con las otras organizaciones indígenas, en el marco del Consejo Nacional Indígena, irán cobrando mayor importancia conforme retrocedan sus perspectivas de respuesta a sus otras demandas. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional y su Comandancia General, el Comité Clandestino Revolucionario Indígena, no reivindicán la independencia ni para Chiapas ni para los indígenas, sino el autogobierno de las comunidades por ellas mismas. Sirva como ejemplo, que sus documentos hacen, en alguna ocasión, mención a los estatutos vasco y catalán españoles o al de la Costa Atlántica nicaragüense. Se enfrenta a la subordinación de las comunidades al poder del Estado, pero desconfían de todo estatuto particular que pudiera aislar a los indígenas. La cuestión indígena es para ellos un problema nacional mexicano, que conciben como un problema de reconocimiento más que de asimilación: «La única forma de incorporar con justicia y dignidad a los indígenas a la nación es reconociendo las características propias de su organización social, cultural y política». «La autonomía [que pretendemos] no es separación, sino integración en el México contemporáneo de sus minorías más humilladas y olvidadas»<sup>691</sup>. No quieren ser sólo Votán<sup>692</sup>, pero tampoco sólo Zapata; quieren ser un Zapata mayicizado y un Votán revolucionario. La identidad tiene tanta importancia como la igualdad<sup>693</sup>.

Todas éstas son las razones de que las Fuerzas de Liberación Nacional, un proyecto político-militar clásico, hayan acabado cediendo el lugar a un movimiento comunitario armado (pobremente armado), el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que pretende incardinarse, sin conseguirlo hasta ahora, en un proyecto político nacional mexicano de transformación, el citado Frente Zapatista de Liberación Nacional, aunque sea en su actual y última versión de “La otra campaña”, renunciando a la guerra revolucionaria preconizada por su antecedente, las Fuerzas de Liberación Nacional, al foquismo guevarista, a la guerra popular prolongada de orientación maoísta e, incluso, a

---

<sup>690</sup> DE LA GRANGE *et al.*, *op. cit.*, pág. 230.

<sup>691</sup> EZLN, *Documentos y comunicados*, segundo tomo, ERA, México, 1995, pág. 190.

<sup>692</sup> Personaje legendario de la iconografía maya, defensor de la necesidad de comunidad entre humanidad y naturaleza característica de la cultura maya.

<sup>693</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 82 a 86.

la guerra de insurrección, que proclamó en su primera *Declaración de la Selva Lacandona* el mismo 1 de enero de 1994. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional ya no es sino un ejército simbólico, cuyo principal, y quizás único, armamento son los medios de comunicación de masas de la globalización, incluido, fundamentalmente, Internet. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional no quiere tomar el poder —entre otras cosas porque no puede—, quiere ser el catalizador para que lo tomen otros. Otros a los que alude como la «sociedad civil» mexicana, más o menos identificada como el conjunto de asociaciones y organizaciones ajenas al poder y a los partidos políticos<sup>694</sup>, pero «sometida al neoliberalismo, [...] a quien los indígenas estorban ...»<sup>695</sup>.

### **7.7. El indigenismo como ideología**

Con la disolución y la transformación del Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN), llevadas a cabo por el Comunicado del Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General (CCRI-CG) de 20 de noviembre de 2005, el movimiento zapatista continúa su proceso de creación e institucionalización, resultante de la evolución interconectada y entrelazada de los factores que se acaban de resumir sintéticamente: las teorías y prácticas de la teología de la liberación; la transformación de la sociedad mexicana y consiguiente evolución ideológica de sus órganos de poder, durante los últimos cincuenta años en función del signo de los tiempos, que culminará con la adscripción de México a las teorías y prácticas neoliberales a partir de la década de los ochenta del siglo XX; la ambigüedad cultural y económica de las oscilantes políticas indigenistas de los sucesivos gobiernos mexicanos; la indigenización de la práctica insurgente latinoamericana, ya previamente mexicanizada debido al singular papel que tradicionalmente ha jugado México en estos ámbitos; y la propia dinámica interna de adaptación a todas estas transformaciones de las comunidades chiapanecas.

Un movimiento zapatista que queda articulado por el Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General (CCRI-CG) como máximo órgano político de deliberación y decisión; por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), como su brazo armado o instrumento militar; por la Alianza Nacional

---

<sup>694</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 61 a 82.

<sup>695</sup> *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*, [www.ezln.org/documentos/2005/sexta2](http://www.ezln.org/documentos/2005/sexta2).



Campesina Independiente Emiliano Zapata (ANCIEZ), como su brazo sindical o instrumento reivindicativo; y, finalmente, por el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) o cualquiera de sus versiones subsiguientes, como órgano superior, que permitiría al movimiento las relaciones con el exterior, transformándolo de un actor puramente chiapaneco y lacandón en un actor nacional mexicano e, incluso, mundial.

Han quedado atrás, aunque con bastante probabilidad ni total ni definitivamente, las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), la Asociación Rural de Interés Colectivo (ARIC), las prácticas maoístas, la teología de la liberación y el foquismo guevarista y, por tanto, las ideologías y sistemas de verdad en que cada uno de ellos se sustentaban. Con sus residuos, con sus elementos, el movimiento zapatista ha (re)construido su propia ideología, basada en un indigenismo en el que lo indígena es la fachada y la pobreza, la marginación y la exclusión, el contenido; una nueva ideología en cuyo nombre se sublevarán el 1 de enero de 1994, coincidiendo con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte entre México, Estados Unidos y Canadá, conscientes de que sus enemigos tradicionales: oligarquía local, finqueros, grandes empresas, etcétera, han encontrado en el neoliberalismo, al que México se adapta a marchas forzadas, la gran verdad que justifica sus intereses.

Las comunidades indígenas chiapanecas, así como otras capas sociales chiapanecas no indígenas, aunque siempre situadas entre los colectivos más atrasados y desfavorecidos de la sociedad mexicana, no podían ser inmunes a la evolución de los tiempos y a las transformaciones que éstos conllevan. Las sucesivas políticas indigenistas gubernamentales, se adscriban al nombre que se adscriban en función de la idea base en la que pretendan sustentarse: integración, participación o solidaridad, introducen ciertas mejoras, tales como la alfabetización, la escolarización, ciertas infraestructuras, algunos créditos, etcétera, y una cierta capacidad de autonomía (reparto y distribución de tierras en el ámbito de la nunca acabada reforma agraria) frente al finquismo, que pretende mantenerlas en una situación de permanente subordinación, y la voracidad de las grandes empresas madereras, petroleras y eléctricas.

El proceso de urbanización, consecuencia de la presión demográfica, consecuencia a su vez, entre otras causas, de las mejoras higiénicas, sanitarias y educativas derivadas de la acción gubernamental y de la presencia internacional

(antropólogos, ayuda al desarrollo, internacionalismo humanitario, etcétera), que les permitirá un contacto cada vez mayor con la cambiante realidad mexicana, latinoamericana y mundial, y conocer métodos y procedimientos de resistencia y reivindicación. Por último, la actuación de la diócesis de San Cristóbal de las Casas y el contacto con diversas organizaciones izquierdistas mexicanas, les ayudará a encauzar de forma práctica todos los anhelos que estos procesos van acumulando.

Esta progresiva concienciación y organización reivindicativa va, como ya se ha mencionado, indisolublemente unida a la figura del catequista<sup>696</sup>, que independientemente de los otros muchos papeles que juega en estos procesos, supone, a lo que ya, también, se ha hecho referencia, la creación de una nueva clase dirigente y de unas nuevas autoridades, que han resultado ser el principal factor de cambio y el principal artífice de la nueva ideología, a la que vamos a denominar, como ya se ha hecho anteriormente y por las razones que entonces se expresaron, indigenismo de resistencia.

Este indigenismo de resistencia es distinto de todos sus antecesores inmediatos: indigenismos gubernamentales, Frente de Liberación Nacional, maoísmo, guevarismo, socialismo a la cubana o a la nicaragüense, etcétera, como es no sólo distinto, sino incluso opuesto, a la cultura indígena tradicional. Es una ideología que nace cuando el régimen sandinista acaba de autoinmolarse en las urnas, cuando la guerrilla salvadoreña acaba de firmar la paz y la guatemalteca está a punto de hacerlo y, sobre todo, cuando el mundo bipolar acaba de desaparecer; situación en la que algunos quisieron ver el fin de la Historia, la llegada de un mundo definitivamente homogeneizado bajo las banderas de la democracia liberal y el signo de la mercancía. Pero este mundo ideal deja muchos excluidos, la mayoría desencantados de la dictadura del proletariado, de las vías al socialismo y de la lucha armada para la liberación nacional. La propia historia ha impuesto la búsqueda de nuevos caminos, que no pueden ser ni los viejos esquemas ni

---

<sup>696</sup> No necesariamente todas las personas que juegan el papel de la figura del catequista, tal como se utiliza en esta Tesis, tuvieron que ser auténticos catequistas de la diócesis de San Cristóbal de las Casas. Muchos de ellos se concienciaron y politizaron por contacto con maoístas u otras organizaciones políticas o sindicales; por simple visión del mundo exterior; o en el mismo proceso de lucha reivindicativa comunitaria. No son, por tanto, los catequistas a los que aquí se alude, los actores del cambio y los artífices de la nueva ideología, sino, únicamente, la figura del catequista, es decir, del indio por alguna vía aculturado, modernizado y concienciado.

los partidos políticos democráticos, vía por la que se encauza la exclusión en el políticamente homogeneizado mundo neoliberal de la Posguerra Fría.

En Latinoamérica, uno de estos nuevos caminos son los informes movimientos sociales indigenistas, que buscan la liberación (eleuterotrópica y social) de su marginación y de su posición social subordinada, no bajo su condición de obreros, cuyo ideal se hundió con la Unión Soviética (y se sigue hundiendo a la par que el Estado del bienestar), ni bajo su condición de campesinos, cuando incluso los sucesores de Mao están adoptando el capitalismo socialista del “hacerse rico es glorioso” (Deng Xiaoping), sino precisamente bajo su condición de indígenas. Categoría que va perdiendo poco a poco su especificidad y va incluyendo, cada vez más, a mestizos e, incluso, blancos, con tal de que puedan emparentarse con los auténticos indígenas (si es que esta categoría es lo suficientemente delimitable como para que pueda hablarse de “auténticos”) a través de la desposesión y de la subordinación social.

El indigenismo no es, por tanto, sino un nuevo sistema político eleuterotrópico de verdad, construido con materiales extraídos de la historia, la idiosincrasia, las costumbres y la tradición de las actuales poblaciones consideradas (¿por quién?, ¿en función de qué?) los auténticos descendientes de los pueblos precolombinos. Materiales que se están reconstruyendo, que se están volviendo a ensamblar, de forma que permitan justificar y racionalizar los cambios y transformaciones necesarias para que los hoy excluidos, los hoy marginados, los hoy pobres, los hoy infravalorados, los hoy indigentes, los hoy oprimidos, los hoy reprimidos (sean auténticos indígenas o solamente asimilados) puedan dejar de serlo o de serlo en la medida en que lo son actualmente.

Y el zapatismo no es sino el particular indigenismo (de resistencia) surgido en las tierras altas y en la selva del Estado mexicano de Chiapas, cuando las tendencias liberadoras de una Iglesia que intentaba recuperar su esencia, perdida en la vorágine del poder; cuando las tendencias liberadoras de una izquierda nacional que se estaba quedando sin referentes y sin posibilidad de insertarse en las grandes corrientes mundiales y latinoamericanas de liberación debido al singular papel internacional del México seudorevolucionario; cuando las tendencias liberadoras de un cierto internacionalismo centrado en la propagación del respeto a los derechos humanos; y

cuando el natural proceso de modernización de una población, mayoritariamente indígena, históricamente oprimida, reprimida y marginada y, con la llegada del neoliberalismo a México, excluida; se encontraron, se fusionaron y explotaron en un fenómeno social que no es ni teología de la liberación, ni vía al socialismo, ni regreso a las esencias indígenas, aunque tenga algo de todos ellos.

Un fenómeno social que, sin embargo, combatió durante doce días y ocupó un puñado de municipios en los confines de México durante algunas horas, para acabar retirándose más a retaguardia de sus posiciones iniciales, pero que lleva más de una década consiguiendo, hasta ahora con éxito, recordar al mundo que hay en Latinoamérica, o al menos en México, un grave problema de desigualdad y marginación del que ellos son sólo el símbolo. Consiguiéndolo con tanto éxito, que tres presidentes sucesivos, Ernesto Zedillo (1994-2000), Vicente Fox (2000-2006) y Felipe Calderon, procedentes de dos partidos diferentes, pero ambos de tendencia neoliberal, se han pasado el día rezando para que el problema de Chiapas, o cualquiera de sus vertientes, no salga en las primeras páginas de los periódicos o en los titulares de los telediarios, sin atreverse a erradicarlo por miedo a la reacción de la propia opinión pública y de la opinión pública mundial, pero sin poder tampoco resolverlo, porque cualquiera de sus posibles soluciones contravendría sus principios neoliberales<sup>697</sup>.

Pero el zapatismo no sólo ha surgido del enfrentamiento con el neoliberalismo, sino, asimismo, del enfrentamiento con la cultura indígena tradicional. Lejos de atraer a los sectores más “indígenas”, es decir, más aferrados a las estructuras, a la mentalidad y a los privilegios de las comunidades, germinó y se desarrolló en los sectores que, orientados y encabezados por los catequistas, se enfrentaban precisamente a ellos desde la modernización. Razón por la cual, tuvieron que romper en muchos casos con sus comunidades e incluso abandonarlas<sup>698</sup>. Refugiados en las zonas de colonización de la selva y Las Cañadas y en los cinturones de miseria de las ciudades, los disidentes se ven obligados a reconstruir sus comunidades según nuevos parámetros, que, sin embargo, no pueden obviar los anteriores, so pena de encontrarse sin un “nosotros” en el que refugiarse, ante la imposibilidad de insertarse y hacerlo en los “otros” (en una sociedad mexicana cada vez más competitiva y excluyente), conformando nuevas comunidades

---

<sup>697</sup> LE BON, *op. cit.*, pág. 21.

<sup>698</sup> LE BON, *op. cit.*, pág. 38.

diferentes (en general más abiertas y modernizadas) sobre las viejas bases familiares, étnicas, religiosas y de procedencia<sup>699</sup>.

Se va creando así el nuevo indigenismo, que no es la vieja identidad indígena, sino la vieja identidad indígena reconstruida para satisfacer las nuevas necesidades y las nuevas aspiraciones. Se va creando así, más que una identidad, que ha ido y continúa cambiando a lo largo del tiempo, un identitarismo adaptado al momento, a las circunstancias, actualizado. Un identitarismo que, a través de la liberación de antiguos lazos de dependencia interna: sistema de cargos tradicional, principales<sup>700</sup>, chamanes<sup>701</sup>, ritos ancestrales, etcétera, pretende poder resistirse a los lazos de dependencia externa: las fincas, los contratistas de mano de obra, los intermediarios, los caciques, el sistema político de cooptación por sumisión, las madereras y las petroleras<sup>702</sup>.

Los insurgentes del 1 de enero de 1994 no están manipulados, ni siquiera aunque su jefe militar e icono, el subcomandante Marcos, sea un ladino, como se les ha querido presentar y como gustan de afirmar sus oponentes. Es cierto que los insurgentes del 1 de enero de 1994 no son todos los indígenas de Los Altos, Las Cañadas y la Selva Lacandona. Hay, ya lo hemos visto, importantes divisiones internas intra e intercomunitarias; existen abismos religiosos entre guerrilleros ateos, católicos partidarios de la teología de la liberación, católicos partidarios del antiguo sincretismo conservador e incluso diversos grupos protestantes; existe la diferente actitud vital que separa a rebeldes y finquistas; y hay, sobre todo, la división entre insurgentes y economicistas. Una fragmentación que los más concienciados y educados, aquéllos a quienes la modernización ha despertado sin llegar a beneficiarles, aprovecharon para suplantar la autoridad de principales, chamanes y caciques, e incluso de los catequistas de la primera generación. Es en este resquebrajamiento, en estas fracturas sociales, donde se gestó la insurrección.

Así, aunque el movimiento zapatista presume de democrático, pretende serlo a través de lo que llama, siguiendo viejas expresiones de la comunidad indígena, el 'acuerdo' o 'palabra común', consistente en que «no todos piensen igual, sino que todos

---

<sup>699</sup> LE BON, *op. cit.*, pág. 36.

<sup>700</sup> Los ancianos que han recorrido todo el ciclo completo del sistema de cargos.

<sup>701</sup> Depositarios de la sabiduría tradicional.

<sup>702</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 38 y 39.

los pensamientos o la mayoría de los pensamientos busquen y lleguen a un acuerdo común que sea bueno para la mayoría, sin eliminar a los que son menos; que la palabra de mando obedezca [el célebre mandar obedeciendo zapatista] a la palabra de la mayoría, que el bastón de mando tenga una palabra colectiva y no una sola voluntad»<sup>703</sup>. Pero el acuerdo o palabra común consiste, en realidad, en una copia de la forma en que las decisiones sobre cuestiones esenciales han sido tomadas tradicionalmente en las comunidades indígenas chiapanecas: por una gerontocracia masculina dominada por los principales y los chamanes, que actúan en connivencia con los caciques, a través de los cuales mantienen la conexión con el sistema político y económico mexicano.

Es un acuerdo o palabra común, por tanto, conseguido a través de la violencia y la coerción simbólicas y, muy frecuentemente, de la violencia y la coerción física. Excluye la disidencia, la abstención y el conflicto, así como la participación de las mujeres en las deliberaciones y en las decisiones. Es un sistema caracterizado por el principio de unanimidad y no de mayoría, por la coerción sobre el individuo, por la participación de todos los jefes de familia y por la exclusión de las mujeres<sup>704</sup>.

Una copia en la que los principales y los chamanes han sido sustituidos por los catequistas (mayoritariamente varones) y los cuadros zapatistas (también mayoritariamente varones), en el que las mujeres sólo tienen cabida cuando forman parte de estos últimos, pero en la que se mantiene la idea de la voluntad colectiva, a menudo intolerante frente a opiniones individuales o minoritarias, y en el que las deliberaciones se circunscriben exclusivamente a los miembros del movimiento zapatista y en el que el voto, por ende, aunque personal, no es secreto. En tales condiciones, los resultados son masivos y poco convincentes, como cuando se afirma que el 98% de las personas consultadas habrían votado a favor del levantamiento del 1 de enero de 1994 o que el 98% habrían rechazado la propuesta gubernamental de abril-mayo de 1994<sup>705</sup>.

Ya que, aunque el zapatismo ha creado un nuevo tipo de comunidad indígena constituida por los sectores indígenas dispuestos a emanciparse tanto de la tradición

---

<sup>703</sup> LE BON, *op. cit.*, pág. 74, citando textualmente palabras del subcomandante Marcos en una entrevista realizada por el diario mexicano *La Jornada*, publicada el 31 de diciembre de 1994.

<sup>704</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 73 a 75.

<sup>705</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 74 a 77.

como del cerrado sistema finquero de dominación, las nuevas comunidades zapatistas siguen siendo rehenes de los procesos de socialización tradicionales y de su necesidad de idealizar lo que constituye su seña de identidad y su principal banderín de enganche: las costumbres y la tradición indígena chiapanecas, aunque sean reconstruidas a conveniencia en función de las circunstancias<sup>706</sup>.

El indigenismo zapatista es, por tanto, a juicio de esta Tesis, la creación de una nueva verdad indígena idealizada, con la que se pretende justificar —ante sí mismos, ante las comunidades chiapanecas, y ante México y el mundo— y racionalizar las actuaciones intracomunitarias e internas del movimiento zapatista, y las actuaciones externas, sean sus enfrentamientos de carácter reivindicativo con los poderes locales, sea su enfrentamiento con el Estado mexicano y sus Fuerzas Armadas para la democratización del país. Una verdad que tiene ante sí, como todos los identitarismos, un dilema de difícil resolución: ¿cómo conjugar modernidad e identidad?<sup>707</sup>.

Una verdad que, sin embargo, vislumbra cuál es su principal obstáculo inmediato, contra el que se subleva el 1 de enero de 1994, enfrentándose a quien considera su representante en el país, el Gobierno mexicano, y su instrumento de imposición, las Fuerzas Armadas mexicanas: el neoliberalismo. El neoliberalismo que impone una libertad de comercio, que inunda México de maíz y carne estadounidense y canadiense subvencionadas; el neoliberalismo que cambia el artículo 27 de la Constitución, en nombre de la libre empresa; el neoliberalismo que privilegia las exportaciones sobre las necesidades, en nombre de la macroeconomía; el neoliberalismo que les aconseja no ser indígenas sino consumidores, y no ser comunidad sino competidores.

«Por supuesto, lo que estamos haciendo hoy aquí tiene que ver con el Tratado de Libre Comercio» es la respuesta del subcomandante insurgente Marcos a un periodista italiano el mismo 1 de enero de 1994, añadiendo que la entrada de grano norteamericano subvencionado «certificaría la muerte de las comunidades indígenas mexicanas», incapaces de competir en esas condiciones en los mercados comerciales<sup>708</sup>.

---

<sup>706</sup> LE BON, *op. cit.*, pág. 75.

<sup>707</sup> LE BON, *op. cit.*, pág. 13.

<sup>708</sup> ROSS, *op. cit.*, pág. 21.

Un tipo de respuesta que encontrará su más completa elaboración teórica en la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona* de junio de 2005, que, en el epígrafe dedicado a «De cómo vemos el mundo» argumenta que «el capitalismo está ahora en un paso que se llama globalización neoliberal [...] que trata de dominar en todo el mundo [...] El neoliberalismo es como la teoría [el sistema de verdad] que tiene sus planes económicos, políticos, militares y culturales [...] Es una guerra de conquista [...] a veces con ejércitos [...] pero a veces es con la economía [...] o con las ideas, o sea, con la cultura capitalista». Una conquista militar, económica y cultural de la que el movimiento zapatista debe defenderse, porque «los indígenas estorban a la globalización»<sup>709</sup> y porque «nuestro país [México] está gobernado por neoliberales [...] ya ven que cambiaron las leyes para quitar el artículo 27 de la Constitución y se pudieran vender las tierras ejidales y comunales»<sup>710</sup>.

Ahora bien, ¿es el indigenismo del movimiento zapatista un auténtico sistema de verdad, una ideología completa? No parece fácil afirmarlo. Tal como hemos visto hasta ahora, la argumentación zapatista descansa mucho más en “lo que habría que suprimir” y “lo que habría que superar” que en lo que “debería ser”.

El movimiento zapatista nace, y ha sido capaz de desarrollarse y de desafiar al Estado mexicano, porque las estructuras políticas y económicas de lo que podemos agrupar bajo el nombre genérico de finquismo son manifiestamente injustas y discriminatorias, y porque la progresiva adaptación del país a las estructuras neoliberales amenazan, al menos en la interpretación zapatista, con transformar esta discriminación en exclusión generalizada. Pero, si se lograran superar el finquismo y el neoliberalismo, aunque sólo fuera parcial y limitadamente, ¿qué es lo que en el fondo propone el zapatismo para reemplazarlos?

«Ir a escuchar y hablar directamente, sin intermediarios ni mediaciones, con la gente sencilla y humilde del pueblo mexicano y, según lo que vamos escuchando y aprendiendo, vamos a ir construyendo, junto con esa gente que es como nosotros,

---

<sup>709</sup> *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*, III “De cómo vemos el mundo”, [www.ezln.org/documentos/2005/sexta.2](http://www.ezln.org/documentos/2005/sexta.2).

<sup>710</sup> *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*, IV “De cómo vemos a nuestro país que es México”, [www.ezln.org/documentos/2005/sexta.2](http://www.ezln.org/documentos/2005/sexta.2).



humilde y sencilla, un programa nacional de lucha, pero un programa que sea claramente de izquierdas o sea anticapitalista o sea antineoliberal, o sea por la justicia, la democracia y la libertad del pueblo mexicano». Esto es lo que propone el movimiento zapatista en su *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*<sup>711</sup> y en el Comunicado del CCRI-CG de noviembre de 2005, con el que pretende refundar, reasumiendo su dirección, su brazo político, el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) como una «nueva organización política zapatista, civil y pacífica, anticapitalista y de izquierda, que no luche por el poder y que se empeñe en construir una forma de hacer política»<sup>712</sup>.

No hay propuestas concretas. No hay ni siquiera una aproximación a lo que el movimiento zapatista entiende por un «un programa que sea claramente de izquierdas», o por justicia, democracia o libertad, como no sea el ambiguo ‘mandar obedeciendo’. No hay tampoco mención a cómo debería relacionarse el nuevo México con los demás pueblos de la tierra, salvo la solidaridad inmediata del «queremos decirle al pueblo de Cuba que no está sólo y que vamos a mandarle [...] aunque sólo sea maíz para su resistencia [...] y al pueblo norteamericano que sabemos que una cosa son los malos gobiernos y otra los norteamericanos [...] y a los hermanos y hermanas mapuche e indígenas de Ecuador y Bolivia [...] que vemos y aprendemos de sus luchas [...] y a los hermanos y hermanas de la Europa social [...] artesanías y café para que lo comercialicen»<sup>713</sup>.

Además, como ha dicho un buen conocedor de la problemática zapatista, no precisamente crítico con ella: contra la lógica económica dominante, el principal talón de Aquiles del movimiento zapatista es la falta de un proyecto económico viable, porque, en este campo, la denuncia no puede reemplazar la necesidad de un proyecto. La propensión a confundir economía de mercado con neoliberalismo en el mismo paquete reprobatorio puede condenar a las comunidades a sobrevivir en una economía de subsistencia reducida y a depender eternamente de la ayuda externa, como ocurre hoy día. Encontrar una propuesta económica viable, tanto para el México real que

---

<sup>711</sup> *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*, V “De cómo lo vamos a hacer”, [www.ezln.org/documentos/2005/sexta](http://www.ezln.org/documentos/2005/sexta) 3.

<sup>712</sup> Comunicado del Comité Clandestino Revolucionario Indígena Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional de 20 de noviembre de 2005. [www.fzln.org.mx](http://www.fzln.org.mx).

<sup>713</sup> *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*, V “De lo que queremos hacer”, [www.ezln.org/documentos/2005/sexta](http://www.ezln.org/documentos/2005/sexta) 2.

todavía es, como para el México hipotético que les gustaría que fuera, que pueda acompañar a sus propuestas políticas, sociales, culturales y medioambientales, es una necesidad tan vital para el movimiento zapatista como el conservar la iniciativa política simbólica que lo salva del olvido<sup>714</sup>.

## **7.8. El conflicto armado en Chiapas**

En 1992, mientras el mundo entero se preparaba para celebrar el quingentésimo aniversario, de lo que ahora se llamará “encuentro entre dos mundos”, en vez de “descubrimiento de América”, el movimiento zapatista empieza a considerar que está en condiciones de hacer públicas sus reivindicaciones y exigir su cumplimiento, tras diez años de preparación. A lo largo del mes de agosto de ese año, lleva a cabo un referéndum en el que, según los datos del propio movimiento zapatista, participan casi sesenta y cinco mil miembros de más de sesenta comunidades indígenas, probablemente elegidas entre las que, de antemano, se podía sospechar que serían favorables a las tesis de la dirección del movimiento. Los resultados de este referéndum, que, en última instancia, venía a autorizar a la dirección del movimiento zapatista a declararle la guerra al Estado mexicano, serán comunicados a la dirección de las Fuerzas de Liberación Nacional, que expresa su disconformidad con la oportunidad de iniciar la lucha armada. Pero la decisión está tomada.

Las comunidades zapatistas empiezan a estar económicamente agotadas después de diez años de lenta acumulación de armamento y equipo, por elemental que éstos sean, y la larga espera, que parece no tener fin, comienza a incidir negativamente en la capacidad de reclutamiento del Ejército Zapatista. Chiapas ya no puede ajustarse al lento ritmo de la liberación nacional mexicana, de modo que tendrá que ser ésta la que se precipite, impulsada por la chispa de la insurrección chiapaneca. Las primeras acciones concretas que se desarrollarían, se planean en una larga concentración de dirigentes zapatistas, mantenida en las afueras de San Cristóbal de las Casas, durante los siguientes meses de septiembre y octubre, de la que saldrá la decisión de la toma simbólica de esta ciudad el 12 de octubre de 1992, quingentésimo aniversario del

---

<sup>714</sup> LE BON, *op. cit.*, págs. 92 y 93.

encuentro entre dos mundos, del descubrimiento de América o del inicio de la conquista de América, según quién y en dónde se refiera al acontecimiento.

Así, en la madrugada de ese día, 12 de octubre de 1992, una abigarrada y exótica multitud de indígenas, protegida por insurgentes armados, se concentra a la entrada de la ciudad y la invade pacíficamente, derriba la estatua de Diego de Mazariegos, el fundador de la ciudad, símbolo de la conquista española, y “ocupa” la ciudad durante todo el día, sin que llegue a producirse ningún tipo de reacción de unas autoridades y unas fuerzas del orden demasiado sorprendidas, y probablemente, también, demasiado atemorizadas<sup>715</sup>.

El siguiente paso hacia la guerra se produce unos meses más tarde, al iniciarse el año 1993. La dirección del movimiento zapatista en Chiapas, y especialmente su principal dirigente, el subcomandante Marcos, empiezan a sentirse incómodos con el corsé que supone la dirección de las Fuerzas de Liberación Nacional, mucho más preocupadas por la situación general de México y del mundo, que por los problemas inmediatos y concretos de las comunidades indígenas chiapanecas. El rechazo de esta dirección nacional a las propuestas del Ejército Zapatista en Chiapas, aprobadas en referéndum por las poblaciones indígenas, es el detonante que hará saltar el enfrentamiento. Marcos organiza en la aldea chiapaneca donde tiene su Cuartel General, una nueva asamblea de las Fuerzas de Liberación Nacional, los días 23 al 25 de enero de 1993, a la que asisten todos los miembros del Ejército Zapatista desde el grado de teniente (jefes de un pelotón de cinco o seis miembros) y representantes de un gran número de comunidades. De las múltiples propuestas que se aprueban, reestructurando de forma considerable las Fuerzas de Liberación Nacional y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, siempre en el sentido deseado por Marcos y la dirección del Ejército Zapatista en Chiapas, interesa destacar la creación del Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI), como máxima instancia decisoria del movimiento zapatista en Chiapas, el nombramiento del subcomandante Marcos como número dos de las Fuerzas de Liberación Nacional y su máximo responsable militar, y la ratificación del voto de las comunidades a favor del inicio de las hostilidades lo antes posible<sup>716</sup>.

---

<sup>715</sup> DE LA GRANGE *et al.*, *op. cit.*, págs. 203 a 219.

<sup>716</sup> DE LA GRANGE *et al.*, *op. cit.*, págs. 231 a 236.

Incluso antes de que estas hostilidades se iniciaran “oficialmente” en 1994 pueden contabilizarse un par de incidentes, que parece que deberían haber alertado a las autoridades y a las Fuerzas Armadas mexicanas, y, sin embargo, no lo hicieron. El Ejército mexicano patrullaba las zonas zapatistas con una cierta regularidad, intensidad y profundidad, no por ser zapatistas, lo que al parecer ignoraban, sino por ser áreas de tránsito del narcotráfico. En marzo de 1993, aparecen muertos dos miembros del Ejército mexicano, que aparentemente desarrollaban labores de obtención de información, en las proximidades de la comunidad de San Isidro El Ocotil, que con el tiempo se mostraría mayoritariamente zapatista. Trece miembros de esta comunidad son acusados del asesinato, que habría estado motivado porque la patrulla militar habría encontrado un depósito de armas clandestino. Pero son finalmente absueltos porque su defensa logra demostrar que sus declaraciones han sido obtenidas mediante tortura.

Dos meses más tarde, en mayo, otra patrulla del Ejército encuentra casualmente, mientras patrulla por la zona, uno de los principales campamentos zapatistas, situado en las cercanías de la Garrucha, en la sierra de Corralchén. Los insurgentes tienen tiempo de evacuar el campamento y refugiarse en las montañas, pero no de llegar a impedir que se produzcan, ese día y en los siguientes, algunas escaramuzas, y que el Ejército desmantele el campamento y se apodere de abundante (para los estándares zapatistas) material y equipo. Las autoridades mexicanas informan de dos bajas entre sus filas y una en las de la insurgencia. El subcomandante Marcos añade «al menos doce bajas militares más» en su informe a la dirección de las Fuerzas de Liberación Nacional. Tras 12 días de fuerte presencia militar en el área, las fuerzas mexicanas se retiran, sin que parezca estar claro si esta retirada se debe a consideraciones técnicas o a una decisión política del Gobierno federal, que empieza a poner en vigor la estrategia de “congelación” del conflicto<sup>717</sup>.

El 1 de enero de 1994, coincidiendo —¿casualmente? ¿simbólicamente?— con la fecha de entrada en vigor del tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá, San Cristóbal de las Casas inaugura el año ocupada por un mal pertrechado ejército simbólico de seiscientos indígenas enmascarados con pasamontañas

---

<sup>717</sup> DE LA GRANGE *et al.*, *op. cit.*, págs. 239 a 250.

al mando de la mayor Yolanda (o Ana María, su otro nombre de guerra) de los que solamente una pequeña parte iba armada con algo más (unos pocos AK 47, revólveres y escopetas) que palos de madera tallados en forma de rifles y machetes<sup>718</sup>.

La mayor Yolanda mandaba uno de los ocho batallones que, por entonces, componían el Ejército Zapatista; cada uno de 500 ó 600 personas, de las que en realidad sólo unas cuarenta o cincuenta contaban con armas de fuego individuales<sup>719</sup>, aunque probablemente en San Cristóbal de las Casas (como en otras poblaciones de cierta importancia como Ocosingo), ese día, el batallón de la mayor Yolanda estuviera reforzado con algunas armas de fuego suplementarias.

El plan era ocupar, en primer lugar, las inmediaciones de Los Altos, para proteger la retaguardia de Las Cañadas y la Selva Lacandona, y tomar, después, la capital del Estado, Tuxtla Gutiérrez, y el complejo hidroeléctrico situado al norte de la misma, que proporciona el 45% de la energía eléctrica que produce México. Tras esta primera etapa «marcharemos sobre la capital, derrotando al Ejército federal por el camino», como proclamarán los comandantes del Ejército Zapatista desde los balcones del Palacio San Felipe de San Cristóbal de las Casas, a mediodía del mismo 1 de enero. Una marcha triunfal para la que se contaba con la sublevación popular, que iría incrementando sobre la marcha la entidad y capacidad del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, al que también se unirían los militares “verdaderamente patriotas”.

Sin embargo, la sublevación popular no se produjo, entre otras razones, porque el Ejército Zapatista nunca llegó a salir de la zona que ocupó en el primer día de guerra. ¿Tenían realmente la intención de hacerlo? ¿O la insurrección de enero de 1994 fue sólo un golpe de efecto más, el más importante y trascendental sin duda, del movimiento zapatista? Lo que sí parece innegable es que la ocupación táctica (fáctica) de unos cuantos municipios chiapanecos durante unos cuantos días, consiguió el objetivo estratégico (político y simbólico al mismo tiempo) sin el cual el movimiento zapatista no hubiera existido para el resto del país y para el resto del mundo. La ocupación de unas cuantas poblaciones en fecha tan señalada, y las pocas bajas que ella produjo, consiguieron que, lo que podía haber quedado en un puñado de campesinos indígenas

---

<sup>718</sup> ROSS, *op. cit.*, págs 18 y 19.

<sup>719</sup> DE LA GRANGE *et al.*, *op. cit.*, pág. 212.

aplastados o cooptados por los poderes locales, se convirtiera en la insurrección armada indígena de la Posguerra Fría y, durante muchos años, en un icono y en una referencia de la liberación indígena y de la resistencia a la globalización neoliberal.

Se lo diría el subcomandante Marcos, autodefiniéndose como portavoz del Ejército Zapatista «simplemente por mi facilidad con el [para hablar en] castellano», al periodista italiano de L'Unitá, Gianni Prociettis: «Naturalmente que lo que estamos haciendo hoy aquí tiene que ver con el Tratado de Libre Comercio y con la inundación de grano estadounidense que él traerá, marginando a los Hombres de Maíz, incapaces de competir en los mercados comerciales en las actuales circunstancias»<sup>720</sup>.

La única verdadera batalla de esta corta guerra se produjo, sin embargo, a 60 kilómetros al este, en la ciudad de Ocosingo. Mientras San Cristóbal de las Casas, Las Margaritas o Altamirano fueron ocupadas por sorpresa por la noche, el Ejército Zapatista no entró hasta las primeras horas del día en Ocosingo, a cuya guarnición militar se había dado permiso por ser fin de año, pero en la que permanecía un destacamento de 40 hombres de la Policía Judicial, que hizo frente a los zapatistas, atrincherándose, en última instancia, en la sede municipal, y resistiendo en ella hasta el mediodía. La ciudad fue ocupada, no sin bajas esta vez, pero el Ejército Zapatista cometió el error de infravalorar la velocidad de reacción del Ejército mexicano, olvidando ocupar, o destruir a tiempo, el puente que permitía el acceso a la ciudad desde la guarnición de Villahermosa. A las tres de la tarde del día siguiente, 2 de enero, las fuerzas procedentes de Villahermosa cruzan el puente, y reforzadas por fuerzas paracaidistas y apoyadas por helicópteros y la Fuerza Aérea, inician la recuperación de Ocosingo, que durará dos días. A mediodía del día 4, el Ejército Zapatista se ha visto obligado abandonar la ciudad, tras haber sufrido un número de bajas superior a 150 combatientes<sup>721</sup>.

Mientras, las fuerzas zapatistas que habían ocupado San Cristóbal de las Casas habían continuado su avance hacia el acuartelamiento militar de Rancho Nuevo, sede de la 31 Zona militar, situado a unos seis kilómetros de ella. La guarnición de Rancho Nuevo había quedado, en estos días, reducida a 180 personas, que, desconociendo la

---

<sup>720</sup> ROSS, *op. cit.*, págs 18 a 21.

<sup>721</sup> ROSS, *op. cit.*, págs 21 a 25.

capacidad de los atacantes, se creyeron rodeados por una fuerza que consideraban les superaba en la proporción de 3 a 1. Los zapatistas cercaron el acuartelamiento, más con la intención de impedir la salida de las fuerzas acantonadas en su interior que de ocupar la instalación; pero la suerte les sonrió, y una patrulla zapatista logra infiltrarse y apoderarse de 180 armas automáticas y un considerable número de granadas. Los zapatistas levantan el cerco y se repliegan a la selva. Como diría más tarde el subcomandante Marcos «hicimos lo que un buen ejército hace cuando ha conseguido su objetivo». En este caso, llamar la atención del mundo entero, dar la impresión de ser bastante más fuertes de lo que realmente eran y reforzar considerablemente su capacidad de fuego<sup>722</sup>.

La ocupación había durado cuatro días, los suficientes para conseguir los objetivos antes mencionados. Durante los siguientes ocho días, más de 15.000 hombres del Ejército mexicano, apoyados por helicópteros y la Fuerza Aérea, ocuparán su lugar, con el resultado de algunas escaramuzas y bastantes muertes innecesarias de civiles tildados de zapatistas. Se trataba de limpiar la zona y preparar el asalto a los santuarios zapatistas de Las Cañadas y la Selva Lacandona. Sin embargo, este asalto final no llega a producirse, ya que el Gobierno del presidente Salinas optará otra vez por la estrategia de la congelación. Por muy fuerte que el Ejército Zapatista hubiera podido parecer en los primeros momentos, el tiempo fue mostrando su verdadera capacidad. No sólo era impensable la marcha sobre Ciudad de México, sino que ni siquiera parecía que la capital estatal, Tuxtla Gutiérrez, y sus cercanas instalaciones de producción hidroeléctrica, estuvieran amenazadas. La entrada del Ejército mexicano en los reductos zapatistas sólo podía suponer bajas, la iniciación de un tipo de guerra de las que nunca se sabe cómo y cuándo van a acabar, y convertir un problema local en uno nacional e internacional, en un momento en el que el país, o al menos su Gobierno, confían en que está a punto de producirse el esperado y milagroso desembarco de inversores extranjeros. Reducido a sus santuarios, el Ejército Zapatista podía ser tratado como una banda de forajidos indígenas de los que habría que proteger a la población. Sólo la enorme capacidad de atracción mediática y de actuación cibernética del movimiento zapatista le salvará de verse reducido a esta condición<sup>723</sup>.

---

<sup>722</sup> ROSS, *op. cit.*, págs 25 a 27.

<sup>723</sup> ROSS, *op. cit.*, págs 27 a 37.

Casi un año más tarde, durante los días 19 y 20 de diciembre de 1994, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional vuelve a ocupar pacíficamente 38 municipios, con objeto de mostrar su protesta por la toma de posesión de Ernesto Zedillo como presidente de México y de Eduardo Robledo como gobernador del Estado de Chiapas. La coincidencia de esta breve reaparición fuera de sus santuarios con la devaluación del peso mexicano (la conocida como crisis del tequilazo) le servirá de caja de resonancia<sup>724</sup>.

La reacción gubernamental no se producirá hasta dos meses más tarde, en febrero de 1995, cuando el Ejército mexicano reciba la orden de entrar en la Selva Lacandona, obligando a los zapatistas a replegarse hacia las inhóspitas zonas del interior. Esta vez será el Gobierno el que intente sacar partido mediático de los enfrentamientos, desvelando la identidad del subcomandante Marcos y de otros dirigentes ladinos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional<sup>725</sup>.

Desde entonces, el conflicto armado entre el Ejército Zapatista y el Ejército mexicano se ha visto reducido a un goteo de escaramuzas, algunas de ellas innecesariamente cruentas, que no han alterado significativamente la situación estratégica, pero que ha permitido a las guardias blancas llevar a cabo algunas masacres aprovechando la oportunidad de poder pescar en río revuelto, como las matanzas de Acteal en diciembre de 1997<sup>726</sup>, de El Bosque en junio de 1998<sup>727</sup> o de Amador Fernández en agosto de 1999<sup>728</sup>. Las espadas siguen en alto tras más de catorce años, pero ni por una parte ni por la otra se bajan, excepto para llevar a cabo pequeños amagos.

En definitiva, desde el punto de vista que interesa a esta Tesis, el conflicto de Chiapas no es sino una guerra que no parece tal, pero que con el tiempo va acumulando muertos; un conflicto armado inclasificable entre el ejército simbólico de un identitarismo y las Fuerzas Armadas regulares de un país, cuyo Gobierno pugna por insertarse en la globalización neoliberal; un conflicto armado del siglo XXI, combatido

---

<sup>724</sup> ROSS, *op. cit.*, págs 97 a 99.

<sup>725</sup> ROSS, *op. cit.*, págs 103 a 111.

<sup>726</sup> ROSS, *op. cit.*, págs 238 a 253.

<sup>727</sup> ROSS, *op. cit.*, págs 277 a 280.

<sup>728</sup> ROSS, *op. cit.*, págs 312 a 317.



con las armas de la sociedad de la información, que el movimiento zapatista utiliza, y muy hábilmente por cierto, para no morir de extinción y olvido, y de las que el Gobierno mexicano pretende sacar partido, sabiendo que la profusión de información es tal en el mundo de hoy que, al menos aparentemente, nada debería poder mantenerse como noticia más de diez meses, mucho menos más de diez años; aunque hasta ahora no lo haya conseguido del todo.

Un conflicto, que, sin embargo, parece confirmar, una vez más, la interpretación que esta Tesis hace del aforismo de Castells, en el sentido de que el conflicto político entre el neoliberalismo globalizador y uniformador y un determinado indigenismo (identitarismo) de resistencia, está dando forma a ciertos aspectos de la vida nacional mexicana, y a la vida de un buen número de comunidades esparcidas por las montañas, las selvas y las cañadas chiapanecas. Un conflicto, que, aunque menor, en comparación con la trascendencia internacional de los demás analizados, se ha querido incluir, precisamente, como ejemplo de la aplicabilidad, a conflictos de muy diversas características, de la hipótesis defendida.

Como ha escrito poéticamente un ciudadano, no de Chiapas ni de México, sino de los propios Estados Unidos de América:

«No es una ironía del cambio de milenio que un viejo pueblo como los mayas zapatistas se encuentre a la vanguardia de esta lucha a muerte con los nuevos dioses, el mercado y el dinero, ya que es un pueblo que siempre ha luchado diligentemente por su tierra y por sus árboles, por sus lenguas y por sus culturas — por su forma de hacer las cosas— y porque los indígenas de todo el mundo son los que más tienen que perder en esta guerra entre los campos de maíz y el Banco Mundial, entre la azada y la Bolsa, entre la guerrilla pobremente armada y los ejércitos pertrechados por el Pentágono, entre la aldea y la Organización Mundial del Comercio, entre los más pequeños de los más pequeños y las quinientas mayores fortunas, entre lo local y lo global, entre la mayoría y los pocos»<sup>729</sup>.

---

<sup>729</sup> ROSS, *op. cit.*, pág. 10.

## **IV PARTE**

### **CONCLUSIONES**

1<sup>a</sup>/ La primera conclusión que puede obtenerse de cuanto se ha analizado a lo largo de la Tesis es que, en el mundo actual del cambio de milenio posterior a la Guerra Fría, parece cumplirse, tal como preconiza la hipótesis planteada por la misma, el aforismo del sociólogo español Manuel Castells, según el cual «la oposición entre globalización e identidad está dando forma a nuestro mundo y a nuestra vida», siempre y cuando, al menos, los términos de esta proposición se entiendan en el sentido dado en las páginas precedentes.

En ellas, el término ‘oposición’ hace referencia al conflicto político que se da en nuestro días, entre el mundo o civilización occidental y algunas reestructuraciones identitarias moldeadas con presupuestos culturales desconstruidos, esto es, utilizando materiales procedentes de la historia, la geografía, la lengua, la religión o las costumbres, que se vuelven a ensamblar, a reconstruir, en función de las circunstancias y de las condiciones del momento, y de las propias necesidades, intereses y aspiraciones. La ‘globalización’ de Castells, por su parte, se ha identificado con el ‘neoliberalismo globalizador y uniformador’, que aglutina y en el que se sustenta el mundo occidental. Identificándose, por último, la ‘identidad’ de Castells como las citadas reestructuraciones identitarias, a las que la Tesis se refiere como ‘identitarismos de resistencia’ a dicho neoliberalismo globalizador y uniformador. Identitarismos de resistencia, de los que se han analizado dos: el islamismo y el indigenismo, por ser, de todos ellos, los que han dado el último paso de enfrentarse al neoliberalismo globalizador y uniformador mediante el conflicto armado, cuyas causas profundas y subyacentes, además de las explícitas y declaradas, son, en última instancia, el objeto de esta Tesis. Un enfrentamiento, que el primero lleva a cabo bajo la forma de islamismo salafista yihadista terrorista, y el segundo bajo la forma de indigenismo zapatista en la región mexicana de Chiapas.

Así, la hipótesis que, en realidad, la Tesis pretende haber mostrado, sería la confirmación del aforismo de Castells, enunciado como que ‘el conflicto político entre

el neoliberalismo globalizador y uniformador y diferentes identitarismos de resistencia al mismo, es lo que está dando forma al mundo del cambio de milenio y a la vida de sus habitantes'. Lo que, en última instancia, no deja de ser la versión actual, la versión del momento histórico presente, de una de las constantes de la historia de la humanidad y de sus formas concretas de evolución: el enfrentamiento entre el *cratotropismo* de los grupos sociales dominantes, que aspira a poder ejercer cada vez mayores cotas de poder, y a poder utilizar cada vez más a los demás grupos sociales en su propio beneficio, para la satisfacción de sus deseos, necesidades y aspiraciones. Y el *eleuterotropismo* —o *cratotropismo* emancipador— de los grupos sociales subordinados, que pretenden liberarse en lo posible de este control, de esta dominación, con independencia de la forma o formas concretas que haya tomado en cada situación histórica específica.

Constante histórica, en la que el *cratotropismo* (del griego *crátos*, poder, autoridad, control sobre, y *tropos*, tendencia) se entiende como la tendencia filogenética del ser humano (y de los grupos sociales que forma) a utilizar cuanto le rodea (naturaleza, demás personas y demás grupos sociales) en su propio beneficio, para la satisfacción de sus propias necesidades, deseos y aspiraciones. A una de cuyas facetas, la de intentar liberarse de este dominio ajeno, externo, se la ha denominado *eleuterotropismo* o *cratotropismo* emancipador (del griego *eleutería*, libertad, autonomía, y *tropos*, tendencia), al que se ha preferido denominar de forma diferente, a pesar de ser sólo una forma de manifestarse el *cratotropismo*, para evitar posibles confusiones.

Constante histórica, en la que el *cratotropismo* de los grupos sociales dominantes se encauza a través del concepto de 'propiedad', en función del cual se establecen las pautas de los intercambios sociales, creando las correspondientes estructuras económicas, que dan lugar a los tipos de sociedades estratificadas y jerarquizadas que se han conocido a lo largo de la historia. Y se materializa mediante el ejercicio de las funciones básicas de lo que solemos llamar "poder". Su función creadora, que elabora la ideología que lo justifica, haciéndolo aparecer como un "contrato social"; y su función represora, que, mediante formas violentas o no, busca mantenerse. Ideología, contrato social, presión y opresión, que se expresan mediante el entramado legislativo y normativo, o estructura política, por el que se rige la convivencia de la sociedad de que se trate.

2<sup>a</sup>/ Frente a esta situación de hecho, el *eleuterotropismo* de los grupos sociales subordinados tenderá a elaborar ideologías alternativas, en función de las cuales racionalizar y justificar otras estructuras económicas y políticas, en las que resulten ser ellos los dominantes o, al menos, estar menos subordinados. Esta es la razón por la que esta Tesis —y ésta es su segunda conclusión, aunque metodológicamente previa a la anterior— ha acabado considerando que las formas en que los conflictos políticos se generan y se manifiestan, son de sentido inverso. Ya que teniendo su origen en la rivalidad económica por la posesión de recursos, que permitan usar al “otro” en beneficio propio, se dirimen en intentos de imponer las leyes, normas y prácticas, es decir, la estructura política de convivencia, que les conceda esta posibilidad, racionalizándola, para evitar el conflicto permanente, mediante la correspondiente ideología justificadora. En consecuencia, lo primero que se manifestará será esta polémica ideológica, con la que cada ideología (o conjunto de ideas, principios y valores) pretenderá justificar la imposición de su propia opción política, o forma de organizar la convivencia, para resultar económicamente (cratotrópicamente) favorecida.

Basándose, por tanto, en estas dos primeras conclusiones, puede decirse que la sociedad internacional actual no es sino un campo de confrontaciones cratotrópicas (neoliberalismo) y eleuterotrópicas (identitarismos de resistencia), que buscan, mediante la persuasión (influencia) o la imposición (la guerra), mantener y expandir (Occidente) o eliminar o transformar (identitarismos de resistencia) la estructura económica neoliberal imperante, unificando el mundo bajo formas políticas de poder que le son propias (Occidente) o diversificándolo con modalidades diferentes de poder (preceptos islámicos o ancestrales amerindios, por ejemplo). Estructuras económicas y políticas que se están justificando mediante la elaboración de las ideas, principios y valores que constituyen sus respectivas ideologías: neoliberalismo, islamismo e indigenismo.

3<sup>a</sup>/ En este sentido, esta Tesis ha creído poder identificar tres principales modalidades mediante las cuales se intentan mantener, imponer o subvertir, las estructuras económicas y políticas en la sociedad internacional del cambio de milenio. La primera es la “influencia ideológica” (a la que algunas veces se alude como “influencia cultural” con idéntico significado), que, en términos generales, se correspondería con la función

creadora del poder de Foucault, es decir, con su concepción del poder como fuente de verdad y conocimientos (del poder como creador del discurso de verdad característico de cada sociedad y de cada tipo de sociedad), y con el poder blando del politólogo norteamericano Joseph Nye. La segunda es la “presión económica”, que, de igual manera, se correspondería aproximadamente con el poder sibilino (duro no violento) de Nye y sería la manifestación del antagonismo económico que subyace a todo proceso social según el materialismo histórico. Y, por último, “la guerra” o “conflicto armado”, que traduce la concepción política de la guerra de Clausewitz y tendría su equivalente en el poder duro violento de Nye.

4<sup>a</sup>/ El juego normal en la actual sociedad internacional del cambio de milenio se desarrollaría, por tanto, mediante el intento del mundo neoliberal u occidental, de progresivo y paulatino control del resto del mundo en su propio beneficio (tendencia cratotrópica), mediante la influencia ideológica que le permiten sus potentes medios de producción y difusión, y mediante la presión económica que le permite su extraordinaria superioridad económica, comercial y tecnológica. Frente a esta pretensión, parecen estar surgiendo (tendencias eleuterotrópicas) algunos identitarismos que intentan resistirse a dicho control, dominación y asimilación, a través de ideologías políticas alternativas (aunque se disfracen y se racionalicen como opciones religiosas, como intentaría hacer el islamismo). Un enfrentamiento que, en ocasiones, cuyas causas, especialmente las subyacentes no explícitas, son precisamente el objeto de interés de esta Tesis, trasciende los campos de las confrontaciones ideológicas, políticas y económicas, y acude al empleo de la tercera modalidad de imposición (o intento de imposición) de la propia “verdad”: el empleo de la fuerza.

Como comprobación de todas estas conclusiones y, por tanto, de la hipótesis planteada, la tercera parte de la Tesis se dedica a intentar dilucidar cómo son explicables y comprensibles en función del esquema anterior, los casos concretos en que se ha llegado a utilizar esta tercera modalidad violenta de la guerra o conflicto armado. En ella, se analizan tanto las ocasiones en las que ha sido el mundo occidental neoliberal el que ha utilizado la fuerza —como en los casos de las intervenciones armadas y militares en Irak, los Balcanes y Afganistán— como las ocasiones en las que ha sido este mundo occidental, o algún país, como México, asimilado a él por los insurgentes, el receptor

del embate armado: el terrorismo antioccidental de concepción islamista y el levantamiento indigenista zapatista de México de enero de 1994.

5<sup>a</sup>/ En relación con las sucesivas intervenciones armadas occidentales en Irak, esta Tesis considera que sus principales y primordiales causas son, aunque haya, también, otras más explícitas y declaradas, los intentos (cratotrópicos) de controlar la gestión y los beneficios de los recursos energéticos del país y el control geopolítico del área (Oriente Medio). Estos intentos de control se inician (en 1990, tras la invasión iraquí de Kuwait) por la necesidad y el deseo de mantener y asentar el prestigio (influencia ideológica y cratotropismo geoestratégico) de la potencia hegemónica resultante de la Guerra Fría, Estados Unidos, que aspira, encabezando y dirigiendo al mundo occidental neoliberal, a dominar y controlar al resto del mundo (para poder utilizarlo en su propio beneficio) mediante la constitución de lo que denominó el ‘nuevo orden mundial’. Por ello, aprovechó la oportunidad de la invasión iraquí de su vecino kuwaití, para demostrar al mundo que estaba dispuesto a eliminar cualquier disidencia o veleidad de disidencia de dicho nuevo orden mundial (a construir en función de sus intereses), especialmente si, además, afectaba a sus intereses económicos y energéticos (presión económica y cratotropismo económico). Razón por la cual, la llamada Guerra del Golfo —primera guerra contra Irak para esta Tesis— se continuó con un régimen de sanciones y ataques aéreos (1991-2003) —segunda guerra contra Irak para esta Tesis— cuyo objetivo era desgastar al régimen, hasta el punto de provocar la rebelión interna y su sustitución por otro más amoldable a los intereses estadounidenses.

La conjunción de tres importantes factores, a partir de 2001, a saber, la convicción generalizada de que las necesidades de petróleo en el mundo están a punto de superar a las capacidades de producción (es decir, la necesidad de mantener una estructura económica mundial “favorable” o cratotropismo económico); la evidencia, tras once años, de que el régimen de sanciones y ataques aéreos, por sí sólo, no era suficiente para subvertir al régimen iraquí (para mantener el prestigio de la gran potencia); y el acceso al poder en Washington de una nueva administración radicalmente neoliberal; inducirán el desencadenamiento de la tercera —para esta Tesis— guerra contra Irak (marzo-mayo de 2003), que finaliza con la ocupación del país por una coalición multinacional mayoritariamente estadounidense, que desde

entonces se ve enfrentada —cuarta guerra contra Irak para esta Tesis— a una serie de identitarismos de resistencia de orientación nacionalista e islamista, frente a cuyos procedimientos de combate no parecen estar resultando demasiado útiles las digitalizadas fuerzas armadas occidentales, que con tanta facilidad habían conseguido la victoria en la primera (1991) y tercera (2003) guerras.

6<sup>a</sup>/ Respecto a las intervenciones armadas occidentales en los Balcanes, concretamente en lo que hoy día se conoce como la antigua Yugoslavia, se ha llegado a la conclusión de que las mismas tienen una doble razón de ser, además de las comúnmente aducidas. Por un lado, estarían motivadas por la rivalidad entre Estados Unidos y Alemania por incluir el área dentro de su zona de influencia económica (cratotropismo económico), lo que acabaría “obligando” a Alemania a forzar la partición del territorio yugoslavo de forma un tanto precipitada. Y, por otro lado, se debería al temor, y consiguiente indecisión, de la Unión Europea frente a las posibles repercusiones (riadas de refugiados, por ejemplo) en su territorio y, sobre todo, en el de las entonces bastante inestables regiones circundantes, que habían constituido, hasta hacía pocos años, la llamada Europa Oriental, en las que la Unión Europea estaba intentando influir mediante su prestigio (influencia ideológica) de sociedad políticamente avanzada y económicamente próspera.

Como consecuencia de la primera razón: reconocimiento precipitado de ciertas independencias (Eslovenia y Croacia) “racionalizado” como defensa de los derechos humanos y del de autodeterminación de los pueblos, otros territorios yugoslavos (Bosnia-Herzegovina, Macedonia en cierto modo, y Kosovo) pronto aprendieron a desencadenar “guerras para atraer la atención internacional”, con cuyo apoyo lograrían liberarse del yugo del nacionalismo serbio. Apoyo occidental que, en última instancia, tuvo que adoptar la modalidad violenta de las campañas aéreas de septiembre de 1995 y junio de 1999, y la modalidad disuasoria de las intervenciones militares de las operaciones de estabilización, que traerían consigo la nueva figura del protectorado o administración internacional (Bosnia-Herzegovina y Kosovo), cuyo objetivo principal parece ser la implantación, en los respectivos territorios, de las formas políticas y económicas del globalizador y uniformador neoliberalismo, pero cuya estrategia de finalización no parece vislumbrarse.

7<sup>a</sup>/ Como última situación en la que el Occidente neoliberal ha llegado a emplear la coacción armada, se han estudiado las dos guerras sucesivas contra Afganistán, que, en similitud a lo considerado para Irak, suponen la invasión del país en noviembre de 2001 y la lucha contra los identitarismos nacionalistas e islamistas que han surgido durante la actual ocupación. En cuanto a la primera, se considera que su principal motivación fue mantener el prestigio (influencia ideológica y cratotropismo geoestratégico) de Estados Unidos, golpeado por los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 por una organización, al-Qaeda, cuyos centros de decisión y entrenamiento se encontraban en Afganistán. Cuyo régimen, de esta forma, se convirtió en “disidente” del nuevo orden mundial que el neoliberalismo, con Estados Unidos a la cabeza, estaba intentando implantar en todo el mundo. Sustituido el régimen disidente taliban por un gobierno local de soberanía limitada, y condicionada por la coalición multinacional dirigida por Estados Unidos, y debido a que, ni régimen protegido ni potencias protectoras, han logrado una adhesión generalizada de la mayoría de la población afgana, ambos se ven, en la actualidad, implicados en la citada guerra contra los diferentes identitarismos de resistencia nacionalistas e islamistas, surgidos en el país como consecuencia de la invasión y ocupación extranjera. Guerra para la que, como en el caso del cercano y bastante similar de Irak, no parecen estar resultando las más adecuadas las digitalizadas fuerzas armadas de los países occidentales, articuladas en dos operaciones, la de combate Libertad Duradera y la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad, inicialmente distintas y separadas, pero cada vez más indistinguibles.

8<sup>a</sup>/ Pero las intervenciones armadas o militares del Occidente neoliberal no son las únicas que pueden llegar a entenderse y comprenderse mediante el esquema que preconiza el enfrentamiento entre un identitarismo legitimador de la ideología —el neoliberalismo— actualmente imperante en el mundo, y los identitarismos que intentan resistirse a él mediante la artificial reconstrucción, con materiales sacados del pasado, de una nueva ideología política alternativa. Y en este sentido es en el que esta Tesis considera que el islamismo no es sino la ideología política, que partiendo de la aceptación de la actual situación de “subordinación” del mundo islámico respecto al occidental, y del fracaso que los intentos de imitación de las formulaciones occidentales (elecciones, socialismo, capitalismo, etcétera) han supuesto para compensar y superar



dicha “subordinación”, preconiza, para conseguirlo, la utilización de fórmulas autóctonas, las del propio Islam, las únicas que al parecer les quedan y las únicas que, al menos aparentemente, les diferenciaría de Occidente.

Un islamismo inicialmente concebido para sustituir a los impíos y occidentalizados regímenes gobernantes del mundo musulmán, del que, en la década de los noventa del siglo XX, empiezan a desgajarse grupos y tendencias que, añadiendo a su ideario reformador del mundo musulmán, el tradicional “rencor histórico” de los pueblos ex colonizados hacia sus antiguos colonizadores, derivan su animadversión hacia el mundo occidental e infiel, como consecuencia de la combinación de diversos factores. De entre los cuales deben destacarse, la guerra soviética contra Afganistán (1979-1989), el apoyo estadounidense, saudí y paquistaní en ella a los combatientes afganos (y musulmanes que acuden a apoyarlos), la primera guerra contra Irak (1990-1991), las facilidades que Arabia Saudí proporciona a las tropas occidentales en ella, y el sempiterno problema de la ocupación israelí de Palestina, especialmente ejemplificado en esos momentos por la percepción que, de la Intifada, tiene el mundo musulmán, como una lucha entre niños armados de piedras contra soldados fuertemente armados por Occidente. Son estos grupos y tendencias desgajados del tronco islamista, identificables hoy día como “la nebulosa al-Qaeda”, los que bajo la denominación de ‘salafistas yihadistas’ están utilizando la modalidad violenta y armada (la guerra o conflicto armado) de los atentados terroristas, para intentar imponer su ideología (el islamismo) a las poblaciones musulmanas, ante su incapacidad para convencerlas mediante la influencia ideológica. Y para intentar persuadir a Occidente, que es el aspecto que fundamentalmente interesa a esta Tesis, de que deje de sostener a los regímenes impíos de los países musulmanes, ante su, de igual manera, incapacidad para lograrlo mediante la influencia ideológica o algún tipo de presión económica.

9<sup>a</sup>/ A similares conclusiones se ha llegado respecto al indigenismo, en definitiva explicable como el identitarismo de resistencia, que, en nombre de la tradicional marginación de los descendientes menos occidentalizados de los pueblos amerindios precolombinos, pretende salir de dicha marginación recuperando, de forma parcial e interesada, ciertas características (formas de producción y convivencia, dialectos, usos y costumbres, etcétera) supuestamente ancestrales, que les salvarían del actual estado de

postergación económica y política, a los que los han conducido los procesos de aculturación conocidos como los indigenismos (oficiales y gubernamentales) de segregación, de integración o de participación, que de forma sucesiva han ido históricamente aplicándoseles. Como en el caso del islamismo, un cierto sector de este indigenismo de resistencia, focalizado en el llamado Ejército Zapatista de Liberación Nacional, sublevado el 1 de enero de 1994 contra el Estado mexicano y su socio, Estados Unidos, optó por el empleo de la violencia armada (guerra o conflicto armado), aunque solamente lo haya sido de una forma limitada y más bien simbólica, ante la incapacidad de lograr imponer su propia ideología: el indigenismo entendido como desmarginación y despostergación, por medio de la influencia ideológica o algún tipo de presión económica. Una opción a la que sólo se llegaría cuando en las selvas y montañas del Estado mexicano de Chiapas se conjugasen y reforzasen mutuamente la teología de la liberación, la tradición revolucionaria latinoamericana de la liberación nacional y los propios procesos de modernización de las comunidades indígenas chiapanecas. Un conflicto, que, aunque pueda considerarse relativamente marginal, en función de sus menores repercusiones en la estabilidad y la seguridad de la sociedad internacional, se ha incluido, sin embargo, en la Tesis, precisamente, para mostrar la aplicabilidad, a conflictos de muy diversas características, de la hipótesis defendida.

10ª/ Una hipótesis —cuya validez confío haber podido demostrar a través de las nueve conclusiones precedentes— según la cual, el conflicto político entre el *cratotropismo* del actual neoliberalismo globalizador y uniformador, que aglutina y en el que se sustenta el mundo occidental, y el *eleuterotropismo* o *cratotropismo* emancipador, del islamismo y, en cierta forma, del indigenismo zapatista, en los que se actualizan viejos rencores históricos identitarios con formas posmodernas, está dando forma a la sociedad internacional del cambio de milenio.

**Q.O.D.**

# Los conflictos armados del cambio de milenio

## BIBLIOGRAFÍA

- ABURISH, Saïd, *Sadam Hussein. La política de la venganza*, Editorial Andrés Bello, Buenos Aires, 2001.
- ADAMS, Richard, *Encuesta sobre la cultura de los ladinos en Guatemala*, José de Pineda Ibarra, Guatemala, 1993.
- ADLER, Alfred, *Conocimiento del hombre*, Espasa Calpe, Madrid, 1931.
- ADLER, Alfred, *El carácter neurótico*, Paidós, Barcelona, 1984.
- AHUMADA BELTRÁN, Consuelo (comp.), *La región andina: entre los nuevos populismos y la movilización social*, Observatorio Andino, Bogotá, 2003.
- ALCINA FRANCH, José (compilador), *Indianismo e indigenismo en América*, Alianza Universidad, Madrid, 1990.
- ALDA MEJÍAS, Sonia, *La participación indígena en la construcción de la república de Guatemala, S. XIX*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2002.
- ARNOVE, Anthony (ed.), *Iraq under siege. The deadly impact of sanctions and war*, Pluto Press, Londres, 2001.
- AVILÉS FARRÉ, Juan, *El contexto del 11-M. La yihad terrorista global, 1998-2005*, Instituto Universitario de Investigación sobre Seguridad Interior (IUISI) de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid, 2006.
- BALTA, Paul (comp.), *Islam, Civilizaciones y sociedades*, Siglo XXI editores, Madrid, 1994.
- BARRE, Marie Chantal, “Políticas indigenistas y reivindicaciones indias en América Latina” en *Etnocidio y etnodesarrollo*, San José de Costa Rica, UNESCO-FLACSO.
- BELLO, Walden, *La montée en puissance du complexe “aide et reconstruction”*, Presse International, [www.upi.com](http://www.upi.com).
- BLIX, Hans, *¿Desarmando a Irak? En busca de las armas de destrucción masiva*, Planeta, Barcelona, 2004.
- BEN-AMI, Shlomo, *Cicatrices de guerra, heridas de paz*, Ediciones B, Barcelona, 2006.

BOLSTANKI, Luc y CHIAPELLO, Eve, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid, 2002.

BOTO, Ángela, entrevista al neurobiólogo Giacomo Rizzolatti con ocasión del simposio “El sustrato de la sociedad del conocimiento: el cerebro. Avances recientes en neurociencia”, en Diario *El País* (España) de 19 de octubre de 2005.

BOUTROS-GHALI, Boutros, *Unvanquished. A U.S.-U.N. saga*, Random House, Nueva York, 1999.

BRUCE, James, *Arab veterans of the Afghan War*, Jane’s Intelligence Review, abril de 1995.

BRUNER J.S. *On perceptual Review* nº 64, 1957.

BUTLER, Richard, *Saddam Defiant. The Threat of Weapons of Mass Destruction and the Crisis of Global Security*, Weidenfeld and Nicholson, Londres, 2000.

CASTELLS, Manuel, *La era de la información*, volumen 2 de *El poder de la identidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.

CASTILLA DEL PINO, Carlos, *El delirio, un error necesario*, Ediciones Nóbel, Oviedo, 1998.

CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Teoría de los sentimientos*, Tusquets, Barcelona, 2003.

CLAUSEWITZ, Carl von, *De la guerra*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1999.

CORREA BURROWS, Paulina, *La industria de defensa estadounidense en la post Guerra Fría*, Estrategia Global (España) nº 14, año III, marzo-abril de 2006.

CORREA BURROWS, Paulina, *La alianza entre la industria de defensa norteamericana y los laboratorios de pensamiento*, Estrategia Global (España) nº 15, año III, mayo-junio de 2006.

CORTE, Luis de la y JORDÁN, Javier, *La yihad terrorista*, Editorial Síntesis, Madrid, 2007.

DAMASIO, Antonio, *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*, Crítica, Barcelona, 2005.

DAMASIO, Antonio, *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*, Crítica, Barcelona, 2006.

DE LA GRANGE, Bertrand y RICO, Maite, *Subcomandante Marcos. La genial impostura*, El País Aguilar, Madrid, 1998.

ERIKSON, Erik, *Identidad: juventud y crisis*, Piados, Buenos Aires, 1997.

ESPINOSA, Ángeles, *El petróleo impulsa la banca fiel a la sharía*, Diario *El País* (España) de 26 de junio de 2006.

ESTEFANÍA, Joaquín, *Contra el pensamiento único*, Taurus, Madrid, 1997.

ESTEFANÍA, Joaquín, *Aquí no puede ocurrir. El nuevo espíritu del capitalismo*, Taurus, Madrid, 2000.

FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, José M., *Indigenismo*, Publicación electrónica de la Universidad Complutense de Madrid,  
[www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/indigenismo](http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/indigenismo)

FOUCAULT, Michel, *Un dialogo sobre el poder*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

FOUCAULT, Michel, *Microfísica del poder*, Ediciones La Piqueta, Madrid.

FOUCAULT, Michel, *Estrategias de poder*, Paidós, Barcelona, 1999.

FREUD, Anna, *El Yo y los mecanismos de defensa*, Piados, Barcelona, 1961.

FREUD, Sigmund, *El Yo y el Ello* (y otros ensayos), Alianza Editorial, Madrid, 1973.

FREUD, Sigmund, *Psicología de las masas* (y otros ensayos), Alianza Editorial, Madrid, 1981.

FUKUYAMA, Francis, *The end of history and the last man*, Avon Books, New York, 1992.

GARCÍA CANEIRO, José, *La racionalidad de la guerra. Borrador para una crítica de la razón bélica*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

GARCÍA CANEIRO, José y VIDARTE, Francisco Javier, *Guerra y filosofía. Concepciones de la guerra en la historia del pensamiento*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2002.

GARCÍA CANTALAPIEDRA, David, *La creación del AFRICOM y los objetivos de la política de Estados Unidos hacia África: gobernanza, contraterrorismo, contrainsurgencia y seguridad energética*, ARI nº 53/2007 del Real Instituto Elcano, mayo de 2007.

GLADWELL, Malcolm, *Inteligencia intuitiva*, Taurus, Madrid, 2005.

GNESOTTO, Nicole, *Política de seguridad y defensa de la Unión Europea. Los cinco primeros años (1999-2004)*, Instituto de Estudios de Seguridad de la Unión Europea, París, 2004.

GORCE, Paul Marie de la, *Négociations en trompe-l'oeil*, Le Monde Diplomatique (Francia), juin 1999.

GOWAN, Peter, *La apuesta por la globalización*, Ediciones Akal, Madrid, 2000.

- GROSSMAN, David, *Presencias ausentes*, Tusquets Editores, Barcelona, 1994.
- HARNECKER, Marta, *La izquierda en el umbral del siglo XXI*, Siglo veintiuno de España Editores, Madrid, 1999.
- HERNÁNDEZ DELGADO, Fernando, *Historia de la OTAN. De la Guerra Fría al intervencionismo humanitario*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000.
- HOLBROOKE, Richard, *Para acabar una guerra*, Biblioteca Nueva (Política Exterior), Madrid, 1999.
- HOLBWACHS, Maurice, *La memoria colectiva*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2004.
- HOLBWACHS, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, Anthropos, Madrid, 2004.
- HUNGTINTON, Samuel, en *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Piados, Barcelona, 1997.
- JENNAR, Raoul Marc, *Ces accords que Bruxelles impose à l'Afrique*, Le Monde Diplomatique, Février 2005.
- JUDAH, Tim, *Kosovo. War and Revenge*, Yale University Press, New Haven y Londres, 2000.
- JUNG, Carl, *Teoría del psicoanálisis*, Plaza y Janes, Barcelona, 1974.
- KALDOR, Mary, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Tusquets, Barcelona 2001.
- KEPEL, Gilles, *La yihad. Expansión y declive del islamismo*, Península, Barcelona, 2001.
- KEPEL, Gilles, *Desgraciado San Valentín*, Diario *El País* (España) de 18 de febrero de 2003.
- KHADER, Bichara, *De l'Intifada a la proclamation de l'Etat Palestinian*, número monográfico de la Revista *Awraq* sobre "Europa y Mundo Árabe en la política mediterránea" de 1989.
- KING, Ralph y KARSH, Efraim, *La guerra Irán-Irak*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1988.
- KOJÉVE, Alexandre, *Introducción a la lectura de Hegel*, Gallimard, París, 1930.
- KRAMSCH, Claire, *Language and Culture*, Oxford University Press, 1998.
- LACAN, Jacques, *Escritos*, Siglo XXI editores, México, 1996.

- LACOMBA, Joan, *Sociedad y política en el Magreb*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 1997.
- LAGACHE, Daniel, *El psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1979.
- LE BON, Yvon, *El sueño zapatista*, Anagrama, Barcelona, 1997.
- LÓPEZ ALONSO, Carmen, *Fundamentalismos e identidades nacionales*, Claves de la razón Práctica (España) n.º 112, 2001.
- LÓPEZ ALONSO, Carmen, *Hamás. La marcha hacia el poder*, Los Libros de la catarata, Madrid, 2007.
- LÓPEZ GARCÍA, Bernabé, *El mundo árabo-islámico contemporáneo. Una historia política*, Editorial Síntesis, Madrid, 1997.
- LORENZ, Konrad, *El comportamiento animal y humano*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.
- LUIZARD, Pierre-Jean, *La question irakienne*, Fayard, París 2002.
- MAALOUF, Amin, *Identidades asesinas*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.
- MACKENZIE, Lewis, *Peacekeeper. The road to Sarajevo*, Douglas&McIntyre, Vancouver, 1993.
- MACKINDER, Halford John, “El pivote geográfico de la historia” en *Geographical Journal*, 1904.
- MALCOLM, Noel, *Bosnia. A short history*, Macmillan General Books (Papermac), Londres, 1996.
- MANDOLINI, Ricardo, *Historia General del Psicoanálisis*, Ciordia, Buenos Aires, 1981.
- MARROQUÍN, Alejandro, *Balance del indigenismo. Informe sobre la política indigenista en América*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1972.
- MARTÍN MUÑOZ, Gema, *Irak. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, Tusquets, Barcelona, 200.
- MARX, Karl, *El capital*, Ediciones Folio, Barcelona, 2002.
- MARX, Karl, *Contribución a la crítica de la economía política*, Editorial Comares, Granada, 2004.
- MARZO, Mariano, *El fin de la era del petróleo barato*, Diario *El País* (España) de 9 de mayo de 2004.

- MATOS MAR, José, “El Sistema Indigenista Interamericano” en *Anuario Indigenista*, volumen 32, 1993.
- MEAD, Walter R., *Hiperpotencia pegajosa*, edición española de Foreign Policy nº 2, abril/mayo 2004.
- MESA, Manuela y GONZÁLEZ BUSTELO, Mabel (comp.), *Escenarios de conflicto: Irak y el desorden mundial*, Icaria CIP-FUHEM, Madrid y Barcelona, 2004.
- MINC, Alain, *Capitalismo.com*, Paidós, Buenos Aires, 2001.
- MORALES *et al.*, *Identidad social. Aproximaciones psicosociales a los grupos y a las relaciones entre grupos*, Promolibro, Valencia, 1996.
- NAÏR, Sami, *El imperio frente a la diversidad del mundo*, Random House Mondadori, Barcelona, 2003.
- NAPOLEONI, Loretta, *Yihad. Cómo se financia el terrorismo en la nueva economía*, Tendencias, Barcelona, 2004.
- NAPOLEONI, Loretta, *El campeonato de palabras entre el cristianismo y el islam*, Diario *El País* (España) de 25 de noviembre de 2006.
- NAPOLEONI, Loretta, *Jugar al Monopoly con el dinero iraquí*, Diario *El País* (España) de 4 de marzo de 2007.
- NASIRI, Omar, *Mi vida en al-Qaeda. Memorias de un espía occidental*, Ediciones El Andén, Barcelona, 2007.
- NOYA, Javier, *El poder simbólico de las naciones*, Documento del Real Instituto Elcano, 29 de julio de 2005, [www.realinstitutoelcano.org/documentos](http://www.realinstitutoelcano.org/documentos).
- NYE, Joseph, *El poder blando y la lucha contra el terrorismo*, *El País* 28 de abril de 2004.
- NYE, Joseph S., *La paradoja del poder norteamericano*, Taurus, Madrid, 2003.
- OSCA Segovia, Amparo, *La Psicología de las Organizaciones*, Sanz Torres, Madrid, 2004.
- ORTEGA, Andrés, *De la disuasión a la utilización*, Diario *El País* (España) de 24 de marzo de 2002.
- PAKENHAM, Thomas, *The Scramble for Africa 1876-1912*, Jonathan Bell Publishers, Johannesburgo, 1991.
- PILGER, John, *Los nuevos gobernantes del mundo*, RBA, Barcelona, 2003, pág. 50.
- PONFILLY, Christophe de, *Los muyaidines. Invasión soviética del Afganistán*, Editorial San Martín, Madrid, 1985.



POZZI, Sandro, *Occidente mira al Islam*, Diario *El País* (España) de 26 de junio de 2006.

QUTB, Sayyid, *Justicia Social en el Islam*, Almuzara, 2007.

RASHID, Ahmed, *Los taliban. El Islam, el petróleo y el nuevo "Gran Juego" en Asia Central*, Península, Barcelona, 2001.

REGUEIRO DUBRA, Raquel, *La evolución de la Fuerza de Asistencia para la Seguridad en Afganistán (ISAF), 2001-2007*, Boletín de Información del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN), nº. 300, año 2007.

REINARES, Fernando, *'Yihadismo' paquistaní en Barcelona*, Diario *El País* (España) de 29 de enero de 2008.

REMIRO BROTONS, Antonio, *Civilizados, bárbaros y salvajes en el nuevo orden internacional*, McGraw-Hill, Madrid, 1996.

ROSS, John, *The war against oblivion*, Common Courage Press, Monroe, 2000.

ROY, Olivier, *Globalised Islam. The search for a new Ummah*, Hurst and Company, Londres, 2004.

ROY, Olivier, *Las raíces europeas del radicalismo islámico*, Foreign Policy, edición española, de octubre/noviembre de 2005.

ROY, Olivier, *El islam y el caos. El mundo islámico ante los retos del siglo XXI*, Bellaterra, Barcelona, 2007.

ROZITCHNER, León, *Freud y el problema del poder*, Losada, Buenos Aires, 2003.

RUANO GÓMEZ, Juan de Dios (director), *Más allá de la sociedad del riesgo*, Servicio de Publicaciones de Universidade da Coruña, 2006.

RUSSELL, Bertrand, *La conquista de la felicidad*, Diario EL PAÍS S.L., Madrid, 2002.

SAID, Edward, *Orientalismo*, Random House Mondadori, Barcelona, 2003.

SCHREIBER, Hermann, *En Das Wider die Gute Verdängung Ede des Tods*, Editorial Ro-ro-ro, Hamburg, 2007.

SEGURA, Antoni, *Irak en la encrucijada*, RBA, Barcelona, 2003.

SEGURA, Antoni, *¿Quién mueve los hilos?*, Diario *El País* (España) de 16 de abril de 2007.

SIEFFERT, Denis, *L'emoire contre l'Irak*, Manière de Voir (Francia) nº. 67, febrero de 2003.

- SILBER, Laura, *The death of Yugoslavia*, Penguin Books, Londres 1996.
- SILLAMY, Norbert, *Diccionario de la Psicología*, Plaza y Janés, Barcelona, 1974.
- SIMÓN SEGURA, Francisco, *Manual de historia económica mundial y de España*, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, Madrid, 1992.
- SPONECK, Hans C. von, *Autopsia a Irak. Las sanciones: otra forma de guerra*, Ediciones de Oriente y del Mediterráneo, 2007.
- SUSKIND, Ron, *El precio de la libertad. George W. Bush, la Casa Blanca y la educación de Paul O'Neill*, Península, Barcelona, 2004.
- TAIBO, Carlos, *Para entender el conflicto de Kosova*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 1999.
- TALLAFERRO, Alberto, *Curso básico de psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1979.
- TOBEÑA, Adolf, *Anatomía de la agresividad humana. De la violencia infantil al belicismo*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2001.
- TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, VI, 85, Cátedra, Madrid, 2002.
- TURNER, John, *Redescubrir el grupo social*, Ediciones Morata, Madrid, 1990.
- URBANO, Pilar, *Jefe Atta. El secreto de la casa Blanca*, Plaza y Janés, Barcelona, 2003.
- VAREA, Carlos, *Irak, asedio y asalto final*, Editorial Rin, Hondarribia-Estrella 2002.
- VEGA, Mária, *Las cuatro diásporas lingüísticas del siglo XX*, Actas del Congreso Internacional de la Universidad Lingüística de Moscú "Lenguas en contacto", Publicaciones de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, 2004.
- VEIGA, Francisco, *Slobo. Una biografía no autorizada de Milosevic*, Debate, Barcelona, 2004.
- VERSTRYNGE, Jorge, *La guerra periférica y el Islam revolucionario*, El Viejo Topo, Madrid, 2005.
- VIDAL VILLA, José María, *Iniciación a la economía marxista*, Editorial Laia, Barcelona, 1973.
- VIDAL-BENEYTO, José, *Incógnitas a los 25 días de guerra*, Diario *El País* (España) de 16 de abril de 1999.
- VIDAL-BENEYTO, José, *Las palabras del imperio (I)*, Diario *El País* (España) de 12 de abril de 2002.

VIDAL-BENEYTO, José, *Noticias del caos*, Diario *El País* (España) de 1 de septiembre de 2007.

VILANOVA, Pere, *Seguridad y defensa*, Instituto Universitario “General Gutiérrez Mellado”, Madrid, 2000.

VILANOVA, Pere, *La crisis del vínculo trasatlántico: ¿Coyuntural o estructural?*, Instituto Universitario “General Gutiérrez Mellado”, Madrid, 2005.

VILANOVA, Pere, *Orden y desorden a escala global*, Editorial Síntesis, Madrid, 2006.

VIORTS, Milton, *Tormenta en Oriente Próximo. El choque entre el Oriente musulmán y el Occidente cristiano*, Debate, Barcelona, 2006.

VUKSANOVIC, Aleksandr, LÓPEZ ARRIBA, Pedro y ROSA CAMACHO, Isaac, *Kosovo. La coartada humanitaria*, Ediciones Vosa, Madrid, 2001.

WINICOTT, Donald, *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*, Paidós, Barcelona, 1994.

WOODWARD, Bob, *The Commanders*, Simon&Schuster Ltd., Londres, 1991.

WOODWARD, Bob, *Bush en guerra*, Península, Barcelona, 2003.

#### PÁGINAS DE INTERNET

[www.mfa.gov.yu/Kosovo/Kosovo/documenti/sporazum\\_e](http://www.mfa.gov.yu/Kosovo/Kosovo/documenti/sporazum_e)  
(*Agreement for self-government in Kosmet*)

[www.fzln.org.mx](http://www.fzln.org.mx)  
(*Cuarta Declaración de la Selva Lacandona*)  
(*Sexta Declaración de la Selva Lacandona*)

[www.ezln.org/documentos/1996](http://www.ezln.org/documentos/1996)  
(Comunicado del Comité Clandestino Revolucionario Indígena Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional de 20 de noviembre de 2005)

[www.monde-diplomatique.fr](http://www.monde-diplomatique.fr)  
(*Glossaire conflicts*, Manière de Voir, Le Monde Diplomatique)

[www.jurist.law.pitt.edu/ramb](http://www.jurist.law.pitt.edu/ramb)  
(*Interim agreement for peace and sel-government in Kosovo*)

[www.un.org](http://www.un.org)

[www.nato.int](http://www.nato.int)

[www.europa.eu](http://www.europa.eu)

[www.mde.es](http://www.mde.es)

[www.crisisgroup.org](http://www.crisisgroup.org)

## PERIÓDICOS Y REVISTAS

Análisis del Real Instituto Elcano (*ARI*) (España)

Boletín de Información del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN) (España)

*Diario de Mallorca* (España)

Diario *El País* (España)

Diario *La Razón* (Bolivia)

Diario *The New York Times* (Estados Unidos)

*Estrategia Global* (España)

*Foreign Policy* (España)

*Jane's Intelligence Review* (Estados Unidos)

*Le Monde Diplomatique* (Francia)

*Manière de Voir* (Francia)

*On Perceptual Review* (Estados Unidos)

## DOCUMENTOS

*Concepto estratégico de la Alianza Atlántica*, aprobado por los jefes de Estado y gobierno de los países miembros en la reunión del Consejo del Atlántico Norte celebrada en Washington los días 23 y 24 de abril de 1999.

*Documentos y comunicados*, Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

*La guerra en directo*, Documentos de la Agencia EFE.

*Manual de Área del Contingente español en la antigua Yugoslavia*, División de Inteligencia del Estado mayor del Ejército.

*Manual de Área para Kosovo*, Fuerza de Maniobra del Ejército de Tierra.

*Manual de Operaciones de Paz*, Dirección General de Política de Defensa del Ministerio de Defensa.

*Política Indigenista (1991-1995)*, *América Indígena*, Instituto Indigenista Interamericano.

### MATERIAL AUDIOVISUAL

Vídeo *Marcos: historia y vida* de Producciones Marca Diablo, México, 1996, citado en DE LA GRANGE *et al.*, *op. cit.*, pág. 35.